

C. W. Leadbeater

**LA CIENCIA DE LOS
SACRAMENTOS**

ÍNDICE DE MATERIAS
PARTE PRIMERA

PRÓLOGO

CAPITULO PRIMERO UN NUEVO CONCEPTO DEL CULTO EXTERNO.....

PARTE SEGUNDA Los SACRAMENTOS

CAPITULO II LA SAGRADA EUCARISTÍA.....

Asperges. — Colecta. — Invocación. — Cántico. — Formación del pavimento. —
Relación entre el celebrante y sus ministros. — Confíteor.
— Absolución. — Incensamiento. — Introito. — Kyrie. — Gloria. — Colectas; —
Epístola. — Gradual. — Evangelio. — Sermón. — Credo. — Ofertorio. — Oblación de
los elementos. — Incensamiento. — Lavabo.

— Canon. — Prefacio. — Consagración. — Transubstanciación. — Reciprocidad de
fuerzas. — Simbolismo de la Eucaristía. — Salutación de paz. — Comunión. —
Postcomunión. — Bendición de los rayos. — Ultimo Evangelio.

CAPITULO III SANTO BAUTISMO Y CONFIRMACIÓN

Plática del celebrante. — Eficacia espiritual del bautismo. — Bautismo de adultos. —
Ceremonias y ritual de la Confirmación.

CAPITULO IV

SAGRADAS ÓRDENES

Ordenes menores. — Tonsura. — Portero. — Lector. — Exorcista. — Acólito. —
Ordenes mayores. — Despertamiento de los principios en el acto de la ordenación. —
Subdiaconado. — Diaconado. — Sacerdocio. — Episcopado.

CAPITULO V

SACRAMENTOS MENORES Matrimonio. — Unción.

PARTE TERCERA

INSTRUMENTAL DE LOS SACRAMENTOS

CAPITULO VI

EL EDIFICIO DE LA IGLESIA.....

Planta de una iglesia ideal. — Ventanales, bendita.

..... Campanas. — Agua

CAPITULO VII EL ALTAR Y SUS PERTENENCIAS

El altar y las joyas. — Colores eclesiásticos. — Retablo. — Candeleros y cirios. — Cáliz
y patena. — Otros vasos y lienzos.

CAPITULO VIII LAS VESTIDURAS

Sotana. — Sobrepelliz. — Cota. — Estola. — Capa pluvial. — Alba. — Amito. —
Cíngulo. — Casulla. — Flujo de fuerzas por la casulla. — Manípulo. — Dalmática. —
Tunicela. — Humeral. — Roquete. — Muceta. — Manteleta. — Bonete. — Birrete. —
Vestiduras adicionales. — Pectoral. — Anillo. — Báculo.

PARTE CUARTA OTROS SERVICIOS DE LA IGLESIA

Páginas

CAPITULO IX

VÍSPERAS Y BENDICIÓN SOLEMNE.....

Interacción de las fuerzas durante las Vísperas. — Bendición con el Santísimo.

CAPITULO X

SERVICIOS EVENTUALES.....

Prima y Completas. - Oficio de difuntos.

APÉNDICE

EL ALMA Y SUS VESTIDURAS.....

Los Principios humanos.

ÍNDICE DE DIAGRAMAS

Páginas

DIAGRAMA 1.—Formación del pavimento

DIAGRAMA 2.—Relación entre el celebrante y sus ministros

DIAGRAMA 3.—Incensamiento del altar

DIAGRAMA 4.—Orden de la formación de las burbujas durante el Kyrie

DIAGRAMA 5.—Los variados tipos de formas construidas durante el Kyrie, mostradas en sección o corte transversal

DIAGRAMA 6.—Incensamiento de las oblaciones

DIAGRAMA 7.—Transubstanciación efectuada al consagrar el pan y convertirse en Hostia

DIAGRAMA 8.—Enlace de fuerzas en la iglesia después de la consagración

DIAGRAMA 9.—Simbolismo de la Sagrada Eucaristía

DIAGRAMA 10.—El depósito

DIAGRAMA 11.—Despertamiento de los principios humanos en la Ordenación

DIAGRAMA 12.—Planta de una iglesia ideal

DIAGRAMA 13.—Flujo de energía a través de la estola.....

DIAGRAMA 14.—Cruz de la estola

DIAGRAMA 15.—Flujo de fuerzas a través de la capa pluvial

DIAGRAMA 16.—Flujo de fuerzas bajo el alba

DIAGRAMA 17.—Flujo de fuerzas en la casulla

DIAGRAMA 18.—El báculo.....

DIAGRAMA 19.—Interacción de las fuerzas en la iglesia durante las Vísperas

DIAGRAMA 20.—El ultrímo átomo físico

DIAGRAMA 21.—Los Principios humanos

ÍNDICE DE LAMINAS

Páginas

LAMINA 1.—La iglesia de Santa Sofía en Constantinopla

LAMINA 2.—La burbuja formada por el celebrante en el asperges

LAMINA 3.—La burbuja del asperges ensanchada durante el Salmo

LAMINA 4.—La burbuja del asperges ensanchada por el Ángel

LAMINA 5.—El pavimento de mosaico construido por el Ángel durante el Cántico

LAMINA 6.—Una porción del pavimento a vista de pájaro

LAMINA 7.—Formación de los pétalos al comienzo del Introito

LAMINA 8.—Forma de copa producida por los pétalos al rizarse en movimiento ascendente

LAMINA 9.—Forma cilíndrica alargada con los ángulos romos

- LAMINA 10.—Forma oblonga con ángulos vivos y extremos cuadrados
- LAMINA 11.—La Forma eucarística al fin del Kyrie con las nueve esferas
- LAMINA 12.—La iglesia de San Juan de los Ermitaños
- LAMINA 13.—La cúpula baja resultante del abultamiento de la esfera central.....
- LAMINA 14.—Una mezquita en El Cairo
- LAMINA 15.—La Forma eucarística al finalizar el Gloria
- LAMINA 16.—Imposición de manos en la consagración de un obispo.....
- LAMINA 17.—El Altar
- LAMINA 18.—Cubrecáliz y bolsa. A. Cubrecáliz. B. Bolsa. C. Cruz en el frente del cubrecáliz. D. Corporal. E. Cáliz. F. Patena. G. Purificador H. Corporal. I. Ciborio. J. Paño. K. Palio. L. Bolsa
- LAMINA 19.—Custodia. Sacerdote con casulla y amito
- LAMINA 20.—Sacerdote con casulla y bonete. Obispo con casulla
- LAMINA 21.—Sacerdote con sobrepelliz y estola.....
- LAMINA 22.—Sacerdote revestido para la celebración de la Eucaristía
- LAMINA 23.—Sacerdote con casulla
- LAMINA 24.—Obispo con muceta
- LAMINA 25.—Vestidura de gran pontifical
- LAMINA 26.—Vórtice y fuste que se forman durante las Vísperas
- LAMINA 27.—Aparición de esferas en el momento de la bendición.....

PRÓLOGO

Por doquiera nos rodea un vasto mundo invisible para la mayoría de los hombres, aunque no necesariamente invisible. Posee el alma humana facultades que si se edujeeran, la capacitarían para percibir dicho mundo, de suerte que podría el hombre explorarlo y estudiarlo, precisamente como ha explorado y estudiado aquella parte del mundo que está al alcance de todos. Dichas facultades son herencia de la entera raza humana, y se irán desarrollando en el interior de cada uno de nosotros según adelantemos en nuestra evolución; pero quienes quieran esforzarse podrán adquirirlas antes que los demás, de la propia suerte que el aprendiz de herrero, al especializarse en el uso de ciertos músculos, puede lograr (en cuanto a ellos atañe) mucha mayor robustez que la de otros jóvenes de su edad.

Hay quienes tienen dichas facultades en disposición de actuar y son capaces por su uso de obtener copioso caudal de interesantísima información respecto del mundo que la mayor parte de nosotros no podemos todavía ver. Las noticias que tales investigadores nos allegan son por fortuna de muchísima certeza, y ellos pueden enseñarnos que los superiores mundos de sutilísima materia están regidos por leyes divinas, como lo está el de materia densa; que todas las cosas de este mundo tienen un aspecto interno, a menudo mucho mayor y esplendoroso que el aspecto externo que a nuestra obcecación le parece ser el todo.

Nos dicen que el hombre es un espíritu, una chispa del propio fuego de Dios; que es inmortal y que no hay límite para su progreso y esplendor; que el plan de Dios respecto del hombre es más admirable y hermoso que cuanto quepa concebir, y que nadie puede fracasar definitivamente en el logro de la meta para él señalada, por muy lento que sea su progreso y por lejos que se desvíe del recto sendero.

No presumen de conocer el conjunto de este potente plan, pero ven claramente su dirección. Estamos los hombres en determinado peldaño de la escala de la vida y podemos ver otros peldaños tanto por encima como por debajo de nosotros, y los que están muy arriba (tan altos que nos parecen dioses por su maravilloso conocimiento y poderío) nos enseñan que no ha mucho tiempo, estuvieron donde nosotros estamos ahora, y nos señalan claramente los peldaños intermedios, que también debemos hollar para llegar a ser como ellos. Todo esto no son dogmas de fe sino de certidumbre y seguridad para quienes han aprendido a usar los ojos del espíritu.

Se ha de entender claramente que no hay nada fantástico ni antinatural en esta visión. Es sencillamente una amplitud de facultades con las que todos estamos familiarizados y desenvolverlas equivale a hacerse uno sensible a vibraciones más rápidas que las que nuestros sentidos físicos están habituados a percibir.

Tan radical es el cambio que en nuestro concepto de la vida opera el conocimiento de este mundo interno, que (aunque he procurado evitar tecnicismos) temo que mucho de lo expuesto en las siguientes páginas no sea del todo inteligible para quienes no hayan estudiado el asunto.

Por lo tanto, me parece que servirá de auxilio la reimpresión, como apéndice de este libro, de una conferencia explicativa que di hace algunos años; y a quienes no estén familiarizados con la idea de un mundo circundante, compuesto de materia más sutil que la física, les aconsejo que recurran a dicho apéndice y lo estudien antes de leer el libro.

Sucedé que algunos de nosotros, que después de largos años de labor mucho más ardua que la que la mayoría de las gentes cuidarían de emprender, hemos logrado adquirir estos sentidos superiores, estamos profundamente interesados por la Iglesia y sus ceremonias. Por consiguiente, es natural que habiendo aprendido tanto en otros campos de estudio por el ejercicio de aquellas superiores facultades de observación, las debamos utilizar también en el examen de los aspectos exterior e interior de los sacramentos, a fin de indagar lo que realmente son, en qué pueden favorecernos tanto a nosotros como a los demás, y cómo podremos administrarlos con la necesaria excelencia para que realicen la intención de Cristo, que los estableció. Este volumen contiene el resultado de una larga serie de tales investigaciones y experimentos.

La Sagrada Eucaristía se ha considerado hasta ahora como un medio de gracia para el individuo. Indudablemente lo es; pero quiero demostrar, con toda reverencia, que es todavía más. Es un designio para favorecer la evolución del mundo por la frecuente efusión de raudales de energía espiritual, que nos depara la incomparable oportunidad de llegar a ser, como dice San Pablo, cooperadores de Dios, y prestarle verdadero y loable servicio al actuar de canales de su portentoso poder.

Creo que he escrito algo difusamente, pues en servicio de la Sagrada Eucaristía me desvié a menudo del camino real de mis comentarios para ir por alguna interesante vereda que se abría ante mis pasos; pero lo hice intencionadamente, porque este aspecto del servicio es tan nuevo y sus ramificaciones y entrelaces tantos y tan hermosos, que a mi entender requieren cierta libertad de exposición. No quise insertar ninguna de las afirmaciones teológicas inducidas por el mayor conocimiento adquirido mediante la amplitud de facultades, pero inevitablemente asomarán por aquí y por allá algunos indicios. Si se me concede tiempo, espero componer más tarde un segundo volumen que trate de este aspecto de la cuestión.

Deseo dar las más expresivas gracias al Ilustrísimo señor Jaime I. Wedgwood-obispo presidente de la Iglesia Católica Liberal por sus muchos y valiosísimos juicios e insinuaciones; y al Ilustrísimo señor Irving S. Cooper, obispo de nuestra iglesia en los Estados Unidos de Norte América por su labor relacionada con las cromotipias que exornan el libro, y su colaboración en la tarea de prepararlo para la imprenta. También quiero manifestar mi gratitud al señor E. Warner por la difícil tarea técnica de preparar los grabados de la forma eucarística; a la señorita Julia Fletcher por las fotografías de las vestimentas; y a la señorita Catalina Maddox por su solicitud en tomar notas de los muchos sermones y pláticas incluidos en este volumen. Ojalá que la utilidad que preste a los demás compense el trabajo tan liberalmente empleado en componerlo.



CAPITULO PRIMERO UN NUEVO CONCEPTO DE CULTO EXTERNO

De los diversos auxilios que Cristo ha proporcionado a Sus fieles, indudablemente es el mayor el sacramento de la Eucaristía, comúnmente llamado Misa, la más hermosa, admirable y elevadora ceremonia cristiana. No sólo beneficia al individuo, como los demás sacramentos, sino a toda la congregación. No se administra una sola vez, como el bautismo o la confirmación, sino que sirve de auxilio a los fieles durante toda su vida, y además influye en la vecindad de la iglesia en que se celebra. Las gentes pueden preguntarnos, como a los antiguos israelitas les preguntaban sus hijos. "¿Qué significa ese servicio? ¿Qué es la Eucaristía que celebráis?" Debemos ser capaces de responder inteligentemente a estas preguntas; mas para ello hemos de estudiar ciertos aspectos del asunto, que por lo general se olvidaron. Debemos abstenernos totalmente de todo punto de mira limitado o egoísta, y comprender que nuestra religión está principalmente destinada a capacitarnos para servir leal y fructíferamente a nuestro Señor y Maestro. Conviene recordar que la verdadera religión tiene siempre un aspecto objetivo, pues no sólo actúa desde el interior estimulando el corazón y la mente de sus fieles, sino también desde el exterior, determinando que constantemente ondeen sobre sus vehículos elevadoras y purificantes influencias. No contrae sus esfuerzos a sus propios adherentes, sino que también procura influir por medio de éstos en las gentes ignorantes y descuidadas que los rodean. El templo o iglesia, además de servir de lugar de adoración, es un centro de radiante magnetismo del que puede derramarse la fuerza espiritual sobre toda una comarca.

Pero es necesario que esta radiación se efectúe de la manera más económica posible. El extraño y anticientífico concepto que de los milagros ha prevalecido durante siglos entre los cristianos, tuvo paralizante efecto en el pensamiento eclesiástico y ha impedido la inteligente comprensión de los métodos adoptados por Cristo en bien de Su Iglesia. Debemos comprender que tal disposición se realiza por medio de Potestades intermediarias cuyos recursos no son en modo alguno infinitos por estupendos que parezcan en comparación de los nuestros. Por lo tanto, el efectivo deber de dichas Potestades es economizar su energía, y en consecuencia hacer de la manera más expedita posible lo que les está encomendado. Por ejemplo, en la efusión de energía espiritual, fuera notorio desperdicio derramarla indiscretamente por doquiera como una lluvia, porque requeriría el esfuerzo de materializarla a bajo nivel en mil puntos a la vez. Desde luego es mucho más práctico establecer en determinados lugares centros magnéticos donde se pueda ordenar permanentemente el mecanismo de dicha materialización, de modo que al descender la energía pueda distribuirse en seguida sin inútil gasto en la instalación de provisionales mecanismos.

El plan adoptado por Cristo respecto de esta religión es destinar para su uso un especial compartimiento del vasto depósito de energía espiritual; y que cierto orden de ministros, por medio de señaladas ceremonias, palabras y signos de poder, estén habilitados para extraer la energía en beneficio de la humanidad. El sistema escogido para la transmisión de este poder es el sacramento del Orden, que explicaremos en el último capítulo, al cual remitimos a quienquiera que le sea completamente nueva la idea de un depósito de energía espiritual.

Cada vez que se celebra la ceremonia de la Eucaristía se transmite por su medio al mundo una oleada de paz y fortaleza cuyo efecto difícilmente se puede ponderar, y no nos equivocaremos si lo consideramos como el principal objeto de la ceremonia, porque se obtiene en toda celebración de la Sagrada Eucaristía, tanto pomposa como modesta, y lo mismo si el sacerdote celebra en su oratorio particular que en una magnífica catedral ante multitud de fieles.

Está confirmada esta idea por las circunstancias de que cuando nos encontramos en la iglesia decimos que hemos venido a asociarnos al servicio divino. Creo que muchas gentes- cuando emplean esta frase, se figuran que el servicio divino significa el tributo de alabanza y adoración a Dios; pero no es tal el verdadero significado del servicio. Es muy conveniente y justo, y nuestro indispensable deber el tributar alabanza, humilde adoración y acciones de gracias con todas nuestras fuerzas al soberano Señor del Universo. Esto es para nosotros cosa excelentísima y un gran beneficio para nuestra evolución, pero fuera indigno y aun blasfemo suponer que un Ser infinito pueda complacerse en la lisonja; y cuando nos reunimos para construir una forma de pensamiento o edificio eucarístico (según describiremos más adelante) por cuyo medio pueda efundirse más fácilmente Su energía, echamos de ver en seguida la propiedad de la palabra "servicio", porque comprendemos que nos estamos literalmente ofreciendo como voluntarios de Su poderoso ejército y que aunque con humilde aptitud y a infinita distancia nos convertimos entonces en sus colaboradores, que seguramente es el superno honor y el más insigne beneficio que pueden recaer en el destino del hombre. Es muy notable que la palabra "liturgia" signifique literalmente "servicio público", y que la última parte de la palabra tenga precisamente la misma desinencia aunque con distinta acentuación que "energía".

Otro objeto es el efecto producido en quienes asisten al servicio, y otro además el todavía mayor resultado obtenido por quienes participan del Santo Sacramento, aunque de esto ya trataré más adelante. También hemos de considerarlo como un admirable y augusto símbolo del descenso a la materia de la Segunda Persona de la Trinidad, y también del sacrificio de Cristo al tomar cuerpo y asumir una vida física penosamente restringida a fin de exponernos en nueva forma las buenas nuevas de la antigua sabiduría.

Piadosos Padres de la Iglesia pensaron que podían trazar en el ritual de la Eucaristía una alegórica representación de la alegada vida terrena del Cristo. No trato en modo alguno de negar la verdad de semejantes indicaciones, ni siquiera de achicar su importancia, sino que mi propósito es subrayar el aspecto de la ceremonia como una oportunidad que se nos ofrece de trabajar en servicio de Dios y del mundo, considerando su positivo efecto en diversos planos y describiendo algo del mecanismo por cuyo medio se produce el efecto.

Si los miembros de la Iglesia comprenden bien este mecanismo, echarán de ver que pueden cooperar útil y eficazmente con el clero en una parte de labor de maravillosa hermosura, con lo que no sólo adelantarán muchísimo en su evolución, sino que también mejorarán notoriamente la atmósfera mental y moral de la población en que residen.

Al advertir cuan hermosa oportunidad se nos ofrece en ello, vemos que fuera insensatez y de veras injusticia no aprovecharla tan a menudo y tan del todo como nos sea posible. Más para así hacerlo se necesita algo de estudio y de esfuerzo mental; y para auxiliar a quienes anhelan plena comprensión del asunto se ha escrito este libro.

El método especialmente establecido para recibir y distribuir la efusión de energía,

deriva de los Misterios de algunas antiguas religiones que se valieron predilectamente de él para transmitir la influencia de la Divinidad a Sus adoradores por medio de manjares y bebidas al efecto consagrados. Este recurso es notoriamente útil cuando tiene por objeto que la energía se filtre enteramente a través del cuerpo físico del hombre y lo coloque en armonía con el cambio efectuado simultáneamente en los vehículos superiores.

Al manjar y a la bebida se les llama místicamente el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Cristo- para expresar con toda la pujanza posible, la íntima relación entre la Segunda Persona de la Santísima Trinidad y los fieles, así como también para conmemorar Su eterno sacrificio (porque El es el cordero inmolado desde la fundación del mundo).

Acaso fueran para el gusto del día mucho más atractivas otras expresiones; pero al cristiano le desagradaría toda alteración del simbolismo adoptado, que le allega tan grandes beneficios.

La devoción de la Iglesia se ha enfocado siempre principalmente en torno del ofrecimiento de la Eucaristía como un acto de la más alta y pura adoración posible; y en consecuencia, los más famosos compositores de música religiosa relacionaron con este servicio sus mayores esfuerzos. Aquí podemos ver otro ejemplo de la sabiduría con que se dispuso la primitiva ordenación y de la crasa ineptitud de quienes tan obcecadamente intentaron enmendarla.

Todos los servicios solemnes de la Iglesia (y especialmente la celebración de la Sagrada Eucaristía) tuvieron por original finalidad la construcción de una ordenada y potente forma que expresando y circuyendo una idea céntrica, facilite y dirija la radiación de la influencia sobre el vecindario agrupado en torno de la iglesia.

La idea del servicio tiene dos significados: recibir y distribuir la copiosa efusión de energía espiritual; y acumular la devoción de los fieles para ofrecerla ante el trono de Dios.

En la Eucaristía, tal como la celebran las iglesias romana y griega, las diferentes partes del servicio se agrupan alrededor del central acto de consagración, a fin de dar simetría a la magna forma producida y que tenga directa influencia en los fieles.

Las alteraciones introducidas en 1552 en el *Devocionario* inglés fueron evidentemente obra de gentes desconecedoras de este aspecto de la ceremonia, pues destruyeron por completo aquella simetría; y en ello vemos una razón de que a la Iglesia de Inglaterra le convenga muchísimo obtener cuanto antes permiso para celebrar alternativamente la Misa del rey Eduardo VI con arreglo al *Devocionario* de 1549, que si bien no es un servicio perfecto, es al menos mejor que la última revisión, deplorablemente defectuosa en muchos puntos, porque no proporciona material adecuado a la forma eucarística ni ruega a un ángel que utilice la materia a propósito para proporcionarlo. Parece como si los compiladores hubiesen dispuesto el servicio en exclusivo provecho de los en él presentes, omitiendo por completo la enormemente más vasta e inegoísta intención que tan clara estuvo en el ánimo del Fundador.

Uno de los efectos más importantes del servicio de la Iglesia, tanto en la congregación circunstante como en el vecindario, fue siempre la creación de aquellas hermosas y devocionales formas de pensamiento por cuyo medio pueda tener mayor eficacia la efusión de vida y energía dimanante de los mundos superiores. Las formas de pensamiento se construyen mejor y se intensifica su eficacia cuando gran número de fieles toman parte en el servicio con inteligente comprensión de su significado; pero aun

cuando la devoción sea ignorante, no deja de tener el servicio un hermoso y enaltecedor resultado.

Muchas de las sectas que desgraciadamente se desgajaron de la Iglesia, han perdido de vista esta íntima e importantísima fase del culto público. Desapareció casi del todo la idea del servicio ofrecido a Dios y usurpó su lugar la fanática predicación de estrechos dogmas teológicos casi siempre bala-díes y con frecuencia ridículos.

Se han extrañado muchos lectores de que quienes escriben desde el punto de mira de la visión interna, parecen decidirse en favor de las prácticas de la Iglesia más bien que en pro de las diversas sectas cuyas ideas son en muchos puntos más liberales. La razón estriba precisamente en el aspecto oculto de las cosas, en cuya consideración estamos ahora ocupados.

El investigador del superior aspecto de la vida que aún está oculto para la generalidad de las gentes, reconoce mayormente el valor de los esfuerzos necesarios para lograr la libertad de conciencia y de pensamiento; pero no puede menos de ver que quienes prescinden de las espléndidas fórmulas antiguas y servicios de la Iglesia, pierden con ello casi del todo un importantísimo aspecto de su religión, convirtiéndola en algo esencialmente limitado y egoísta, esto es, en asunto de, ante todo, "salvación personal" para el individuo, en vez del grato ofrecimiento de adoración a Dios; ofrecimiento que es de por sí el indefectible canal por donde sobre todos se derrama el divino amor.

El logro de la libertad de pensamiento era un paso necesario en el camino de la evolución; pero a la desmañada y brutal manera de lograrla y a los insensatos, excesos a que la grosera ignorancia condujo a sus campeones hay que achacar muchos de los deplorables resultados que hoy día advertimos. El mismo desenfrenado afán de destrucción que movió a los brutales soldados de Cromwell a quebrar inestimables estatuas e insubstituíbles vidrieras de colores ha privado también a la Iglesia de Inglaterra de gran parte del valioso efecto producido en los mundos superiores por las continuas oraciones por los muertos y por la universal devoción que el vulgo de la Edad Media tenía a los ángeles y santos. Entonces las masas populares, aunque ignorantemente, eran religiosas. mientras que hoy día son declarada y aun jactanciosamente antirreligiosas. Tal vez sea necesaria esta transitoria etapa, pero difícilmente puede considerarse estimable ni satisfactoria.

Si religión significa *religar*, hemos de comprender que no sólo da a entender que debemos religarnos individualmente con Dios, sino que el mundo entero de Dios ha de estar religado con El; y para ser verdaderamente religiosos, hemos de ser inegoístas, obrar de concordia con El, que es nuestro Señor, por tan gloriosa consumación final. Se ha llegado a considerar la religión como si toda ella se resumiese en plegarias, alabanzas y devociones. Recordemos el proverbio: *laborare est orare*, que significa: "trabajar es orar", aunque tampoco, hemos de olvidar el proverbio hermano que dice: *Bene orasse est bene laborasse* y significa: "Haber orado bien es lo mismo que haber trabajado bien". A nuestra religión la calificamos de plegaria y alabanza; a la religión de Egipto antiguo la llamaron "obra oculta"; y también designa lo mismo con el nombre de "obra" otra poderosa sociedad que aunque no se presente con el nombre de religión, trabaja por el mismo propósito y también ofrece su adoración, tan verdadera y hermosamente como la suya ofrece la Iglesia, a Quien es Sabiduría, Fortaleza y Belleza. Así es que hemos de aprender a servir tanto con nuestras mentes como con nuestros cuerpos. Procuremos comprender el grande y glorioso servicio que Cristo nos proporciona no sólo para nuestro

auxilio sino también como la admirable oportunidad y magnífico privilegio de colaborar en Su divina obra de servicio y santificación.

El eucarístico edificio mental a que me he referido se construye mayormente durante el debido cumplimiento del ritual. Este edificio difiere algún tanto de los que aparecen en el libro *Formas de Pensamiento*¹ aunque guardan mucha analogía con las magníficas formas musicales descritas al fin de dicho libro.

En una celebración menor² el pensamiento y devoción del sacerdote proporcionan el material para el edificio con auxilio de los asistentes si los hay; pero en la celebración mayor, la música y otros accesorios desempeñan parte importantísima en la erección del edificio por más que las palabras y sentimientos del celebrante siguen siendo la energía reguladora, y siempre hay algo de guía y asistencia angélica.

El material de este edificio proviene de los planos mental, astral y etéreo, y en ulterior etapa del servicio, de planos más elevados todavía, según muy luego explicaremos. Entran tan diversos factores en su construcción que caben amplias diferencias de magnitud, estilo, ornamentación y colorido, aunque siempre es la misma la traza general. Se parece en su forma a una basílica; y en efecto, se dice que la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla fue construida a imitación de uno de estos espirituales edificios. (Lámina i).

La planta del edificio es por lo general aproximadamente cuadrada con cierto número de portillos en cada uno de los cuatro lados, y lo corona una gran cúpula central con otras menores, y a veces minaretes, en los ángulos. El flujo de energía, en el *Sanctus*, magnifica de tal manera la cúpula central y sus adyacentes, que se convierten en la parte más importante del edificio, de suerte que una vez efectuada esta transmutación, el cuerpo inferior parece más bien el plinto de una dagoba (!) que una iglesia coronada por una cúpula. Esta gigantesca forma de pensamiento se va gradualmente construyendo durante la primera parte del servicio. Todo el ritual tiene por finalidad la acertada construcción de esta forma, para cargarla de energía divina y después descargarla; y cada canto o rezo contribuye partícipamente a esta obra- además de su eficacia en predisponer el corazón y la mente del sacerdote y de los fieles.

El edificio va surgiendo como una burbuja formada a soplo. En términos generales cabe decir que los cantos preliminares construyen el pavimento; el *Introito* proporciona el material para las paredes y techumbre; el *Kyrie* forma las cúpulas angulares; y el *Gloria* la cúpula central.

Los pormenores del edificio varían según el ritual empleado en el servicio y algún tanto también según el número y devoción de los circunstantes. El que se representa en este libro es resultado de la liturgia reformada, tal como se practica en la Iglesia Católica Liberal. El construido por la misa romana ofrece en general el mismo aspecto; pero las desdichadas expresiones que tan constantemente estropean su belleza producen señalado efecto nocivo en esta arquitectura espiritual.

¹ Formas de Pensamiento por Annie Besant y C. W. Leadbeater.

Se recomienda este libro a todos para quienes sea nuevo el asunto referente a la construcción de formas de materia sutil por el poder del pensamiento.

² En el transcurso del texto se entiende por celebración menor o forma breve del servicio, la que entre nosotros se llama "misa rezada". Además se celebra los domingos y festividades solemnes, en las parroquias rurales donde no hay otros ministros del culto que el parroco y el vicario, la misa cantada por un solo sacerdote, a deferencia de la misa mayor llamada en el texto celebración mayor en la que intervienen el preste el diácono y el subdiácono con acompañamiento de coro, orquesta y órgano. (N. del T.)

Como saben cuantos han estudiado historia, tal como hoy día se celebra la misa en la Iglesia romana, no es un todo coherente, sino un conglomerado de fragmentos de diversos rituales antiguos, con una fraseología en algunos pasajes vulgar e impropia de la augusta realidad que debiera expresar. Pero aunque la fraseología actual haya sufrido muchos cambios, no se ha menoscabado fundamentalmente la magia que entraña, y aún efectúa la acumulación e irradiación de divina energía a que su Fundador la destinó, aunque indudablemente podría influir más copioso caudal de inestimable amor y devoción, si se eliminasen de su fraseología todas las expresiones significativas de temor e impotencia, todos los abyectos clamores por "misericordia" y la petición de que Dios haga por nosotros gran número de cosas que debemos emprender y llevar a cabo por nosotros mismos. En la liturgia reformada que usa la Iglesia Católica Liberal se ha procurado introducir algunas mejoras en este particular.

El servicio usual en la Iglesia de Inglaterra está tristemente mutilado y truncado, y es notorio que los llamados reformadores no sabían ni palabra del verdadero significado del grandioso ritual que tan despiadadamente mutilaron, por lo que si bien la Ordenación sacerdotal de la Iglesia de Inglaterra es válida, y en consecuencia pueden sus ministros extraer fluido del vasto depósito de energía espiritual, el edificio que dicha Iglesia construye para recibir y distribuir energía adolece de graves imperfecciones y está comparativamente inadecuado a su propósito. Esto no impide la efusión de energía, pero disminuye la cantidad disponible para la radiación, porque los ángeles auxiliares han de consumir mucha energía en la construcción del mecanismo que nosotros debiéramos haber dispuesto para ellos.

Este edificio mental desempeña en el servicio función análoga a la del condensador en una instalación para destilar agua. El vapor sale de la retorta y se disiparía en el ambiente si no pasara a una cámara o redoma en donde al enfriarse se condensa en agua. La cámara es necesaria para contener el vapor mientras se transmuta en una inferior y más densa forma aprovechable para los ordinarios usos físicos. Análogamente, el sacrificio de la Sagrada Eucaristía tiene por objeto deparar una oportunidad para una especial efusión de la energía divina de los supremos niveles, y proporcionarle a esta energía un vehículo tal, que los ángeles auxiliares puedan valerse de él para aprovechar dicha energía con determinado propósito en nuestro mundo físico, según explicaremos más adelante.

El agua derramada por un terreno, de poco sirve si no es para fertilizarlo, y si la queremos emplear en otros usos, hemos de disponer un recipiente que la contenga. Así también se necesita una forma donde acumular la energía, a fin de que el ángel sepa cuánta hay y calcule la porción que debe emplear en cada uno de los propósitos a que está destinada.

Al revisar la liturgia fue nuestro objeto mantener las líneas generales de la forma que construye, y conservar la acción de la magia antigua (al efecto de los diversos actos en cada una de las diferentes etapas, como el descenso y retorno de los ángeles, de la Presencia, etc.) ; pero eliminando de ella todos los tonos grises del temor y los sombríos del egoísmo y transmutando hasta cierto punto en gótico su clásico estilo arquitectónico.

Por nuestras investigaciones descubrimos que los Grandes Seres inspiraron a los errabundos gremios de francmasones (que construyeron casi todas las magníficas catedrales de Europa) la idea de estilo gótico, precisamente como un medio material que los condujese a la más jubilosa y anhelante forma de pensamiento que para sus servicios

religiosos deseaban construir; pero fueron demasiado lerdos para echar de ver la analogía.

La general actitud de los cristianos era a la sazón servilmente temerosa. Muchos de ellos consideraban a Dios como un Ser a quien habían de tener propicio, y en sus oraciones le suplicaban que los escuchase por un momento antes de destruirlos, que tuviese misericordia de ellos; y generalmente obraban y hablaban como si Dios fuese un malvado tirano en vez de amante Padre. Así es que su pensamiento devocional construía a lo sumo un edificio de plana techumbre.

Vimos también que la techumbre del edificio, según lo construye el ritual romano, es a menudo una monótona planicie de nerviosismo y ansiedad llena de hoyos y baches de abatimiento causados por las exageradas confesiones de viles y abyectos clamores por misericordia que deshonran igualmente a Dios y al hombre hecho a Su imagen y semejanza.

Cada uno de los tales hoyos ha de substituirse por un pináculo de fervorosa devoción derivada de la completa confianza en el amor de Dios, de suerte que la forma de pensa-

miento muestre todo un bosque de centelleantes agujas como las de la catedral de Milán, en vez del llano o desnivelado techo que suele tener hoy, a fin de que por simpática influencia sus airoas líneas guíen hacia lo alto el pensamiento de las gentes y apartándolas del temor servil les infundan confianza, adoración y amor.

Asimismo vimos cuan funesto efecto producen en la forma de pensamiento los pasajes de los salmos hebreos que respiran venganza, amenaza o adulación, y recibimos la especial impresión de que ni en labios del sacerdote ni en los de los fieles se han de poner palabras cuyo significado no puedan realmente expresar.

Procuramos realizar estas ideas en cuanto nos fuera posible y hemos visto recompensada nuestra labor con la mayor simetría del edificio construido, con mucha mejor adaptación a su propósito.

Nunca insistiremos bastante en advertir que la inteligente cooperación de los fieles con el sacerdote es un valiosísimo factor de esta magna obra, porque al congregarse muchas personas que de corazón se adhieren al servicio puede efundirse copiosísimo caudal de energía y levantar una magnífica y eficaz forma de pensamiento para acumularla. Por lo general es muy difícil obtener este resultado porque la mayoría de los asistentes al servicio no están adiestrados en la concentración, y en consecuencia la acumuladora forma de pensamiento es ordinariamente una masa fragmentada y caótica en vez de un espléndido y orgánico conjunto.

Además, la devoción, ya individual, ya colectiva, varía mucho en calidad. Por ejemplo, la devoción del salvaje primitivo suele estar entremezclada de temor, y la idea dominante en su mente, relacionada con la devoción, es aplacar a la deidad que de lo contrario se mostraría vengativa. Pero no es mucho mejor que la devoción del salvaje la de quienes se conceptúan civilizados y cristianos; porque es una especie de pacto impío por el que se ofrece a la deidad cierta suma de devoción, con tal que ella conceda por su parte cierta suma de protección o auxilio.

Esta devoción, de índole enteramente egoísta y codiciosa, sólo produce efecto en los tipos inferiores de materia astral, y en muchos casos son los resultados sumamente desagradables. Las formas de pensamiento así construidas se parecen muy a menudo a ganchos o garfios cuya energía fluye siempre en curvas cerradas que únicamente reaccionan sobre la persona que la emite, acarreándole cuantos malos resultados puede

producir.

La verdadera, pura e inegoísta devoción es un impulso de sentimiento que nunca retrocede a quien lo emite, pues constituye de por sí en realidad una energía cósmica que produce amplios resultados en los mundos superiores.

Aunque la energía nunca retrocede, la persona que la emite se convierte en el centro de una efusión de energía divina que le llega en respuesta, y así en sus actos de devoción no sólo se bendice a sí mismo al propio tiempo que a otros, sino que además (si su pensamiento sigue la dirección cristiana) tiene el honor de contribuir al especial depósito que Cristo dispuso aparte para la obra de Su Iglesia.

Quien haya leído o tenga ocasión de leer el libro: *Formas de Pensamiento* verá en él un intento de representar dirigida hacia lo alto la espléndida aguja construida por la devoción de este linaje, y comprenderá fácilmente cómo abre camino para una señalada efusión de la energía divina.

Dios derrama su maravillosa energía vital en todos los planos, en todos los mundos; y naturalmente, la efusión correspondiente a un mundo superior es más intensa y copiosa y menos restringida que la relativa a un mundo inferior. Normalmente, cada oleada de esta poderosa energía actúa tan sólo en su propio mundo, y no puede (al menos no lo hace así) transferirle de un mundo o plano a otro; pero precisamente por medio de inegoístas pensamientos y sentimientos, sean de afecto o devoción, se establece temporáneamente un canal por el que la energía peculiar de un mundo superior *puede* descender a otro inferior y producir resultados que de otro modo no hubiera sido posible obtener.

Toda persona verdaderamente inegoísta se constituye con frecuencia en uno de dichos canales, aunque por supuesto en escala relativamente pequeña; pero el vigoroso acto de

devoción de todo un numeroso concurso de fieles perfectamente unánimes y sin pensamientos egoístas, produce el mismo efecto en un grado muchísimo mayor.

Algunas veces, aunque raras, puede verse en plena actividad este oculto aspecto de los servicios religiosos, y nadie que una vez haya tenido el privilegio de ver tan espléndida manifestación podrá dudar ni por un momento de que el aspecto oculto de un servicio de Iglesia tiene infinitamente mayor importancia que cualquier otra cosa puramente física.

Quien presenciara este espectáculo vería surgir derecha hacia el cielo la refulgente aguja o la cúpula del tipo superior de materia astral, por encima de su imagen de piedra que a veces corona el físico edificio en que están congregados los fieles. Vería el deslumbrante fulgor que fluye por conducto de ella y se esparce como caudalosa inundación de vivificante luz por toda la redonda.

Desde luego que el diámetro y altura de la aguja de devoción depende el camino abierto para el descenso de la vida superior, de modo que la energía manifestada proporcionalmente a la intensidad del impulso devocional que se dirige hacia lo alto está relacionada con el grado en que se efectúa la correspondiente efusión de energía divina.

El espectáculo es de veras admirable y quien lo contempla ya no duda jamás de que las influencias invisibles son mucho más numerosas que las visibles, ni tampoco puede dejar de comprender que las gentes que siguen su camino sin hacer caso del hombre devoto, o tal vez mofándose de él, le deben constantemente mucho más de lo que se figuran.

Ningún otro servicio produce un efecto comparable al de la celebración de la

Eucaristía, aunque en aquellos en que hay orquestación se construyen, como es natural, grandiosas formas musicales. En todos los demás servicios (excepto en la bendición con el Santísimo) las formas de pensamiento que se construyen y el beneficio de ellas resultante depende en todavía mayor grado de la devoción de los fieles. Si de la congregación forman parte investigadores de este aspecto interno del cristianismo, pueden prestar eficaz auxilio a sus correligionarios, reuniendo conscientemente las dispersas corrientes devocionales para confluirlas en una armónica y caudalosa corriente.

En nuestra liturgia, lo mismo que en la de la Iglesia romana, se invoca a un ángel para que presida dicha confluencia y dirija la construcción del edificio. Por ejemplo, en el raro caso antes mencionado, el ángel se apoderaría del espléndido flujo de devoción, y en vez de permitir que surgiese hacia lo alto en forma de la refulgente aguja azul, lo modelaría hábilmente en un edificio que desde luego fuera el vehículo de una efusión diez y aun quizá cien veces mayor que la que hubiese obtenido por respuesta en su primitiva forma. El ángel puede proporcionar y proporcionará cuanto se necesite para suplir nuestras deficiencias; pero es evidentemente deseable que le facilitemos su labor en cuanto nos sea posible.

La cooperación de los fieles ha de ser el factor que contra todos los demás prevalezca al elegir la música que haya de emplearse en los diversos servicios. La música sinfónica produce verdaderamente resultados de muchísimo alcance en los niveles superiores y tiene maravillosa eficacia para conmover y realzar a los capaces de comprenderla y apreciar sus bellezas; pero en el actual estado de evolución de la humanidad se hallan éstos siempre en minoría, y deben tener en cuenta que no van a la iglesia con el principal propósito de su personal consolación y enaltecimiento, sino que van a trabajar en servicio de Dios para auxiliar a sus prójimos. Han de aprender a olvidarse de sí mismos y de sus particulares deseos, a humillar la personalidad y actuar como parte de un todo, tal como se conduce el deportista en un equipo de vilorta o de pilapié o en una tripulación de canoas de regatas. No ha de actuar el deportista por su propia honra y gloria sino en beneficio de su club; y se le exhorta a que prescinda en absoluto de sus personales deseos y sacrifique toda ocasión de lucimiento o de fruición. Así debemos nosotros aprender a anular la naturaleza inferior y actuar unánimemente en real congregación de cooperativa fraternidad.

No cabe duda respecto de la comparativa eficacia de ambos métodos. Un servicio acompañado de música sencilla en el que un centenar de fieles se compenetren cordialmente con unánime intención es mucho más beneficioso para el mundo que el fausto de una nutrida orquesta cuyas grandiosas sinfonías escuchen millares de fieles, aunque con deleite y para su personal provecho las escuchen.

Cuidadas y repetidas investigaciones de los resultados en el mundo oculto han evidenciado que si bien los conciertos sacros influyen notablemente en la evolución individual, el servicio de la Iglesia debe disponerse de un modo que todos los circunstantes puedan cooperar cordial e inteligentemente en la obra que está destinado a cumplir.

Debe adoptarse una sencilla forma de servicio musical cuyas principales características permanezcan inalteradas a fin de que todos lleguen a familiarizarse con ellas. Se le debe enseñar a la congregación el significado y efecto de las diferentes partes de la ceremonia, así como la intención que han de tener en su ánimo en cada parte. De esta manera, un corto número de fieles pueden hacer eficaz y útil labor, convirtiéndose en

un verdadero centro de bendición para una vasta comarca; y aun ellos mismos pueden recibir incalculable auxilio si se unen cordialmente en un mismo sentimiento para entonar al unísono cantos e himnos de acertada elección.

No toda la música sencilla es igualmente conveniente. Desde luego que dará mucho menos quehacer al ángel la que por sí misma produzca una forma aproximada a la que él desea. Por supuesto, que la música variará de expresión según la letra, pero siempre ha de ser alentadora y gozosa, evitando a toda costa los pasajes lúgubres, lánguidos y zumbantes. Ninguna de las existentes composiciones de música sagrada se ajusta exactamente a nuestra letra, aunque es posible adaptar algunas sin mayor dificultad. No cabe duda de que pronto surgirán compositores católico-liberales que produzcan las necesarias piezas de música sagrada, e interinamente se publicará un ensayo de servicio que aunque dista mucho de la perfección musical, se ha usado durante varios años con excelentes resultados prácticos.

El sacerdote fervoroso debe procurar para su Iglesia la segura ejecución de un servicio musical que económica pero eficazmente proporcione bastante cantidad del mejor material a propósito para usarlo el Ángel de la Eucaristía; pero debe también precaverse constantemente contra los bien intencionados aunque egoístas esfuerzos del coro para introducir música complicada que la congregación no sea capaz de acompañar.

Ha de tener en cuenta los cantores que se les depara una singularmente valiosa oportunidad de obrar en servicio de Dios para el auxilio de sus no tan inteligentes hermanos, y deben entregarse devotamente a dicha obra sin la vanagloria de lucir sus facultades ni recrearse el oído y levantar el corazón en beneficio de ellos mismos, sino actuando con absoluto inegoísmo y siguiendo por lo tanto las huellas de su Maestro el Cristo.

Hará bien el sacerdote en estimular en su congregación el estudio de la música de modo que gradualmente pueda él intensificar esta parte del servicio, dando conciertos de música Sinfónica, pero sin perder jamás la inestimable cooperación de su rebaño en los servicios de su iglesia.

Ha de tener en cuenta que una iglesia consagrada y en constante uso para los diversos servicios divinos es un puerto de refugio donde guarecerse del incesante torbellino de los mundanos pensamientos, y que su atmósfera está muy cargada de devoción.

Sin embargo, cuantos día tras día entran en ella traen consigo cierta porción de sus privadas inquietudes y tribulaciones, y sus mentes están llenas de todo linaje de ideas y pensamientos relacionados con el mundo exterior, aunque no son necesariamente malos todos los pensamientos sino pensamientos de índole no especialmente religiosa. Algunos fieles pueden estar apesadumbrados por el fracaso o por la culpa, y así conviene hacer un especial esfuerzo para purificar la iglesia antes de comenzar el servicio.

Por este motivo es siempre provechoso empezar por una procesión. El clero y los cantores deben salir ordenadamente para ocupar sus puestos, y siempre que sea posible convendrá que esta necesaria procesión recorra toda la iglesia, pues

de este modo se favorece grandemente la preliminar purificación y se auxilia el recogimiento de los fieles para que con firme pensamiento se concentren en la emprendida obra.

Uno de los más valiosos factores de este esfuerzo es el incienso, que bendecido de antemano por el sacerdote o por el obispo, esparce con su humo purificadoras y

realzantes influencias por doquiera que penetra su fragancia.

Si está presente un obispo bendice al pueblo con la señal de la cruz según va pasando la procesión por entre los fieles, y aunque el sacerdote no tiene el deber de bendecir, podrá auxiliar eficazmente a sus feligreses si al ir en la procesión va con el ánimo henchido de un intenso sentimiento de paz y el vehemente deseo de que su congregación comparta este mismo sentimiento.

Además, el efecto que en los fieles produce un himno cantado durante la procesión es diversamente saludable, porque propende a ponerlos a todos en armónica vibración y a que por un mismo canal fluyan sus pensamientos. Es algo equivalente a la afinación de las cuerdas de un violín, porque el canto tiene positivo efecto para armonizar las emociones y pensamientos de los fieles.

Desde luego que es imposible poner en absoluto unísono los pensamientos y emociones de una heterogénea congregación, pero al menos deben ponerse en mutuo concierto a fin de que se entrefundan en armonioso conjunto como los diversos instrumentos de una nutrida orquesta.

Las intensas y ondulantes vibraciones del himno anulan las ondas mentales que no están en diapason con ellas, y al pasar los coristas por entre junto a los fieles los estimulan con el canto a tomar una más cordial y vigorosa parte en el servicio, con lo que el canto de los fieles es una excelente preparación para la obra subsiguiente.

El himno construye en la materia superior una serie de formas rectangulares trazadas con matemática precisión que se suceden unas a otras cual eslabones de una formidable cadena; y esta continua repetición actúa como reiterados martillazos en la cabeza de un clavo e infunde en la conciencia la lección que ha de enseñar.

Además, el espléndido espectáculo de una procesión bien organizada, los colores y las luces, los hermosos gonfalones y las suntuosas vestiduras, todo contribuye a inflamar la imaginación, a levantar el pensamiento de los fieles sobre el prosaico nivel de la vida ordinaria y favorecer su devoción y entusiasmo.

CAPITULO II LA SAGRADA EUCARISTÍA ASPERGES SALMO

CATÓLICA ROMANA

Antes de la Misa Mayor de los domingos
Antífona
Rocíame con el hisopo y seré limpio;
lávame y quedaré más blanco que la nieve.

Salmo
¡Oh! Dios, ten piedad de mí, según tu gran misericordia.

CATÓLICA LIBERAL

Antes de todo servicio eucarístico
Antífona
Rocíame con el hisopo ¡oh! Señor y seré limpio: lávame y quedaré más blanco que la nieve.

Salmo
Alzaré los ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro.

Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, y ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

Antífona

Rocíame con el hisopo y seré limpio: lávame y quedaré más blanco que la nieve

Mi socorro viene del Señor: Quien hizo los cielos y la tierra.

No dará tu pie al resbaladero ni se dormirá el que te guarda.

He aquí, no se adormecerá ni se dormirá el que guarda a Israel.

El Señor es tu guardador: el Señor es tu defensa a tu mano derecha.

El sol no te fatigará de día: ni la luna de noche.

El Señor te guardará de todo mal: él guardará tu alma.

El Señor guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre.

Gloria sea al Padre y al Hijo: y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, y ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

Antífona

Rocíame con el hisopo ¡oh! Señor, y seré limpio: lávame y quedaré más blanco que la nieve.

La liturgia empieza con el *Asperges* o eeremonia purificadera. *Asperges* es sencillamente la palabra latina inicial de la antífona: "Rocíame con el hisopo", porque es constante costumbre de la Iglesia denominar un cántico o salmo con la primera o primeras palabras de su texto.

Una vez ha conmovido la procesión el ánimo de los fieles, ayudándoles a unirse en emoción y pensamiento, el celebrante hace por medio del asperges un especial esfuerzo para eliminar de la iglesia todo pensamiento mundano. Al efecto asperja agua bendita, enérgicamente magnetizada a este propósito.

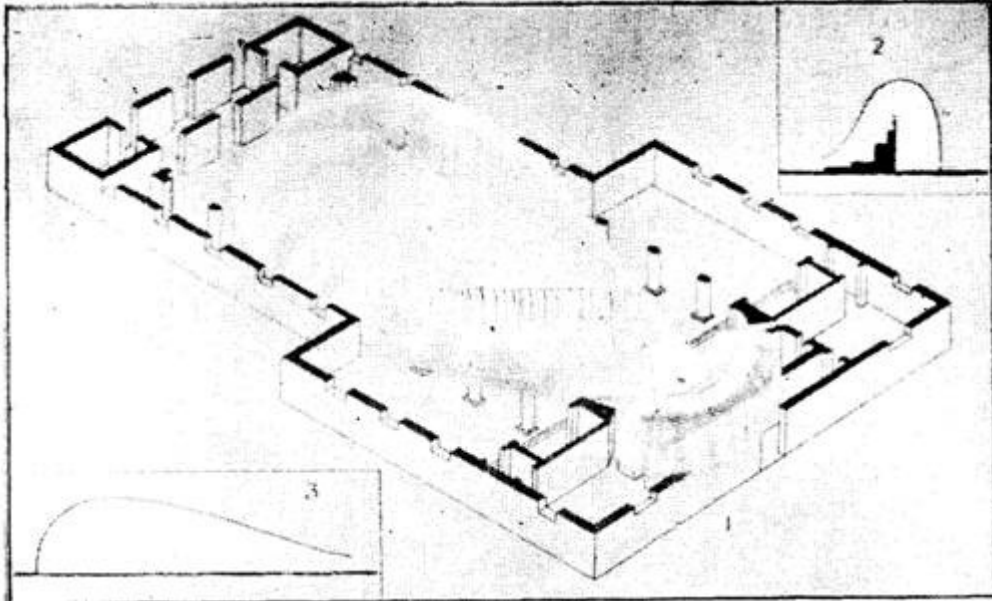
Al llegar al presbiterio, el sacerdote se arrodilla ante el altar y entona las palabras iniciales de la antífona: "Rocíame con el hisopo". El coro y los fieles continúan el canto desde aquel punto. El sacerdote recibe el aspersorio, previamente mojado en agua bendita, y después de santiguarse con él, asperja el altar tres veces, porque es muy necesario que este lugar de la iglesia quede cuidadosamente preparado para recibir la formidable energía que pronto irradiará de allí.

No ha de esparcir el sacerdote para ello mucha agua, puesto que la purificación se efectúa no tanto por las gotas rociadas como por la voluntad del celebrante al dirigir la energía acumulada en el agua magnética. Con cada movimiento que imprime el aspersorio, lanza la energía en la deseada dirección, e inmediatamente fluye por la línea que el aspersorio señala. De esta manera puede arrojar un chorro de energía hacia la cruz que corona el sagrario, hacia los cirios, a través del altar, etc.

Después asperja al clero y al coro y finalmente a los fieles. En todas estas aspersiones brota del aspersorio un flujo de purificadora energía que cuando está dirigida hacia el pueblo llega hasta el último extremo de la iglesia por espaciosa que ésta sea.

Los borbollones de energía forman como una vasta nube o ampolla plana de materia etérea y astro-mental, una construcción de pensamiento, etérea y diáfana, que envuelve a toda la congregación. (Véase lámina 2).

Dentro de dicha nube queda purificada la atmósfera psíquica, porque aquélla



LAMINA 2. (Fig. 1):—La burbuja formada por el celebrante en el asperges. El sacerdote está colocado en el punto que indica la *. (Fig. 2).—Sección transversal de la burbuja después de la aspersión del altar y del santuario. (Fig. 3).—Sección transversal de la porción occidental de la burbuja después de asperjar a los fieles. La iglesia está representada a vista de párao, con las paredes cortadas a treinta centímetros del suelo

rechaza todo cuanto no ha sido afectado, y de esta suerte resulta un área expedita para la actuación del ángel director a quien en seguida se invocará. Mientras el celebrante efectúa esta ceremonia, el coro y los fieles cantan el salmo 121, que puede resumirse en una conocida frase tomada de otro salmo: "Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no guardase la ciudad, en vano vela la guarda".

Esto recalca la idea de que únicamente por el poder de nuestro Señor es posible alejar el mal, lo que evidentemente significa que sólo manteniendo nuestro pensamiento fijo de continuo en El podremos conservar el estado de purificación astral y mental establecida en el edificio por medio del asperges.

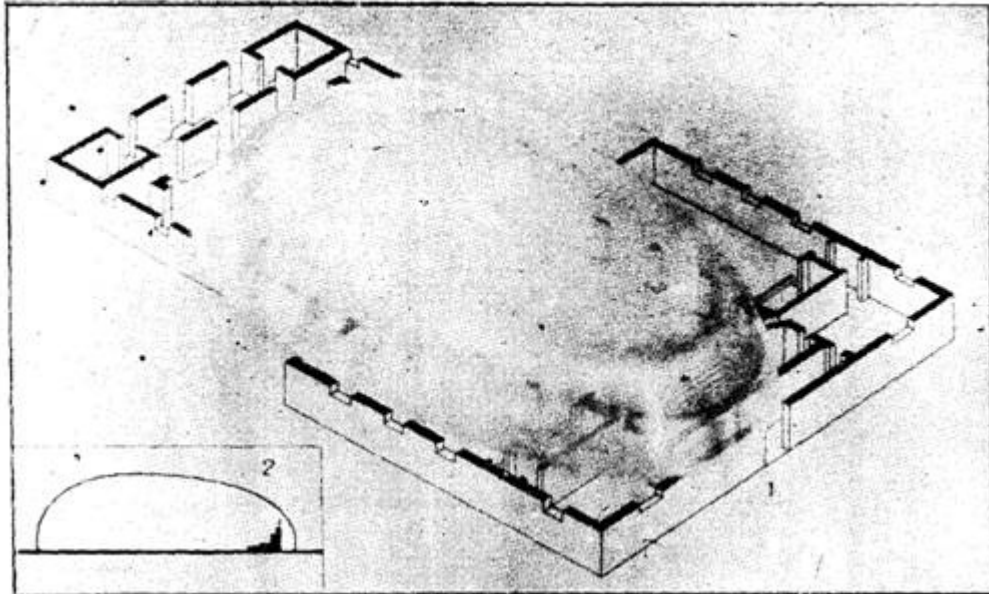
Como siempre, acompaña al salmo una antífona que nos indica el pensamiento que hemos de sostener en la mente durante el canto; y en este caso particular, el pensamiento ha de ser de perfecta pureza.

En la Iglesia primitiva, cantaba los versículos del salmo el sacerdote o un solo cantor, y los fieles repetían la antífona después de cada versículo, como una especie de coro o estribillo. Hasta un período muy posterior no se redujo la antífona al principio y fin de cada salmo, según hoy día se practica.

Así es que con la intención de suma pureza de sentimiento y pensamiento en nuestra mente, cantamos los versículos del salmo que nos dicen que sólo manteniendo el pensamiento en Dios y en las cosas de lo alto es posible conservar tal pureza. La idea dominante no es en este caso la de la general pureza de vida, sumamente apetecible sin que en ello quepa duda, sino es más bien el concepto de pureza de intención, o como podríamos decir la completa aplicación de mente y ánimo al exclusivo punto del servicio divino. Todos los demás pensamientos y emociones han de quedar eliminados, se ha de

reprimir firmemente todo impulso de distracción, a fin de concentrar nuestras energías en la obra que estamos realizando.

Mientras estos pensamientos brotan sin cesar de la mente del sacerdote y los fieles, el canto de las palabras que los expresan, produce simultáneamente el efecto de fortalecer, ampliar y nutrir la ampolla o burbuja formada por el esfuerzo del sacerdote. (Véase lámina 3).



LAMINA 3. (Fig. 1). -La burbuja del asperges ensanchada durante el Salmo. (Fig. 2).-Corte tiarsversal de la burbuja

Este salmo no es indispensable para los efectos de la purificación, y ya veremos cómo prescindimos de él enteramente en las breves formas de servicio. Pero cuando disponemos de mucho tiempo, no cabe duda de que dicho salmo favorece la acumulación de los dispersos pensamientos de los fieles. Hemos de tener en cuenta que para las mentes ineducadas no es fácil sino que apenas es posible la súbita e intensa concentración del pensamiento. La mayoría de las gentes necesitan algún tiempo y más de un esfuerzo para levantar al punto máximo su entusiasmo y devoción, de modo que entren en actividad todas sus energías; y así es que se canta el salmo para que cuantos lo necesiten tengan tiempo de efectuar dicha operación.

Conviene emplear en este salmo uno de los más sencillos tonos del canto gregoriano; por ejemplo, el sexto de primera cadencia o el octavo de primera cadencia han resultado muy satisfactorios. (Estos tonos son los del sistema del conocido salterio de Helinore).

El clarividente que estudia el efecto de la música sacra no puede menos de sorprenderse al advertir la diferencia entre los quebrados aunque brillantes fragmentos del canto anglicano y la espléndida y ardiente uniformidad del griego.

Al fin del salmo está la atribución de gloria a la Santísima Trinidad, con que desde los tiempos primevos acostumbra la Iglesia a terminar todos los salmos y cánticos, bsto no requiere otro comentario que el de señalar la incorrecta traducción de *omnia saecula saeculorum* por la frase "el mundo sin fin", pues su verdadero significado es el literalmente traducido de "por los siglos de los siglos".

El concepto de *eón* o manifestación divina como nombre de un larguísimo período

de tiempo era muy familiar entre griegos y romanos, como también lo era la mas amplia idea de un todavía mayor período llamado un eon de eones, tal como poéticamente podemos llamar nosotros diez mil años a un siglo de siglos. Así "por los siglos de los siglos equivale a "por la eternidad".

También encontramos aquí por primera vez en nuestro servicio la palabra "amén" con la que los fieles manifiestan su conformidad con lo dicho por el sacerdote. Su ordinario sentido es el de una firme aseveración; y así las palabras que tan frecuentemente usa Cristo, traducidas a la lengua vulgar por "En verdad, en verdad, son en el griego que el hablaba:

"Amén, amén".

Los judíos tomaron esta palabra de Egipto en donde era uno de los nombres del dios Sol: *Amen-Ra*. Nadie se hubiera atrevido a quebrantar un juramento hecho en nombre de Amen, ni nadie que tomase a Amen por testigo se hubiese aventurado a decir otra cosa que la verdad; y así, la fórmula: "Por Amen os digo" infundía plena convicción en los oyentes.

De esta suerte, cuando nuestro Señor deseaba recalcar especialmente alguna idea, empleaba la frase a que estaban acostumbrados sus oyentes y que no podía menos de convencer a cuantos la escuchaban.

Pronunciada al final de una plática o de una oración significaba la completa aprobación o conformidad de quienes la proferían diciendo: "Por Amen sea así" o "Por Amen lo aceptamos" hasta que últimamente equivalió a "Así sea" o "Así es".

Ejemplo del primitivo uso de la frase nos lo ofrece el versículo 16 del capítulo LVX de la profecía de Isaías que en la autorizada versión inglesa está traducido como sigue: "Quien se bendijere en la tierra, se bendiga en el Dios de verdad" y quien jurare en la tierra, jure por el Dios de verdad". La palabra hebrea aquí traducida por "de verdad" es amen; de modo que el real significado es que se debe jurar por el Dios Amen, precisamente como se hacía en el antiguo Egipto.

VERSÍCULOS

ROMANA

V. Señor, muéstranos tu misericordia.
R. Y danos tu salvación.
V. Señor, oye mi oración.
R. Y llegue a tí nuestro clamor.

LIBERAL

S. ¡Oh! Señor, abre nuestros labios.
C. Y nuestra boca expresará tu alabanza.
P. ¿Quién subirá al monte del Señor?
C. El de limpias manos y puro corazón.

El sacerdote entona después el versículo: "[Oh! Señor abre nuestros labios"; y el coro responde: "Y nuestra boca expresará tu alabanza".

Este versículo ha estado en uso desde los primeros tiempos de la Iglesia al empezar uno de los servicios matutinos, aunque no en la Misa. Entraña la idea de que únicamente con el auxilio del divino poder inherente en nosotros seremos capaces de tributar verdadera alabanza y adoración.

Cuando hablamos del auxilio del Señor, hemos de entender que nos es posible educir de nuestro interior el poder divino, llamado comúnmente el poder de Dios, porque también nosotros somos Dios, porque fundamentalmente somos parte de El.

La intención de este versículo es que la interna divinidad del hombre surja para armonizarse con la externa Divinidad, aunque la respuesta nos diga que el primer uso que debemos hacer de la palabra al abrir los labios es tributar alabanza

al Señor. Conviene advertir que lo primero que debemos ofrecer es *alabanza* y no oración en demanda de beneficios.

El celebrante canta después: "¿Quién subirá al monte del Señor?"; lo cual significa: "¿Quién podrá subir digna y eficazmente las gradas que conducen al altar?*" Inmediatamente sigue la respuesta: "El de manos limpias y puro corazón".

Con este convencimiento, firmemente arraigado en su ser, el celebrante se vuelve hacia el pueblo y por vez primera en el servicio da la bendición menor.

DOMINÜS VOBISCUM

ROMANA

V. El Señor sea con vosotros
R. Y con tu espíritu.

LIBERAL

S. El Señor sea con vosotros.
C. Y con tu espíritu.

Quienquiera que observe atentamente la celebración de la Misa según el ritual romano notará la frecuencia con que el celebrante se vuelve a los fieles y pronuncia el *Dominus vobiscum*: "El Señor sea con vosotros". El pueblo responde: *Et cum spiritu tuo*: "Y con tu espíritu".

Esta frase parece necesitar revisión, puesto que el espíritu es el único poseedor y en modo alguno puede ser jamás la cosa poseída. Más exacta expresión sería: "Y contigo como espíritu".

Sin embargo, la primitiva Iglesia no hablaba con tan cuidadosa precisión sino que más bien adoptó la fraseología del salmista hebreo quien no infrecuentemente conjura a su alma a que bendiga al Señor, identificándose evidentemente con su cuerpo. San Pablo estaba mejor instruido, porque señala el cuerpo, el alma y el espíritu como la trina constitución humana, aunque considerándolos todavía como posesiones del hombre.

Más científica exposición es que el espíritu (llamado a veces mónada) es la chispa divina en cada uno de nosotros, la causa de todo lo demás y por lo tanto el verdadero hombre; que dicho espíritu abate a niveles inferiores al suyo propio una parcial manifestación de sí mismo, a la que llamamos alma o ego; que esta alma desenvuelve sus divinas cualidades latentes por medio de sucesivas vidas en un mundo todavía más inferior, durante las cuales se reviste de vehículos adecuados a dicho mundo, a los que llamamos cuerpos.

Así es que en cualquier momento de la vida física, el verdadero hombre, el espíritu, posee alma y cuerpo, o mejor dicho varios cuerpos, porque como además declara San Pablo: "Hay cuerpo animal y hay cuerpo espiritual".

Esta expresión no está bien traducida; pero de su contexto se infiere claramente que por "cuerpo animal" significa el cuerpo de carne con el que todos estamos familiarizados y por "cuerpo espiritual" da a entender lo que los induístas llaman "cuerpo sutil" subdividido por los últimos investigadores en vehículo astral y vehículo mental.

Por muy obscurecida que haya estado la idea en el transcurso de los siglos, no cabe

duda de que el servicio de la Sagrada Eucaristía tiene por objeto el de ser una coherente ceremonia que constantemente se dirige hacia su culminación y está hábilmente calculada para producir grandiosos efectos.

Considerando científicamente el ritual desde este punto de vista, tal vez sorprenda algún tanto la frecuente repetición de una advertencia que aunque de por sí hermosa, parece a primera vista que no tiene relación notoria con el magno propósito del grandioso acto espiritual de que forma parte.

La frase se repite nueve veces (en la misa rezada tres) en el transcurso de la liturgia³ con la leve aunque importante adición de salutación de paz en uno de los casos, según más adelante veremos en su correspondiente lugar.

El servicio en conjunto concentra en su alrededor el formidable flujo de energía que desciende en el momento de la consagración. Todo cuanto se dice y hace antes de este momento se dirige por varios conductos a llegar a él y todo cuanto después sucede está relacionado con la conservación y distribución de la energía. La idea de preparar al sacerdote para la realización del gran acto es sin duda superior a la de preparar a los fieles para recibirlo y aprovecharlo. La preparación de los fieles se consigue mayormente poniéndolos en cada vez más magnética armonía con el sacerdote, de modo que mental y emotivamente simpaticen con él en la magna obra que está realizando; y el objeto de la bendición menor no es otro que contribuir constantemente al continuo aumento de energía y estimular la siempre creciente vibración armónica entre el sacerdote y los fieles.

Para el clarividente es notoria la valía de dicha bendición menor, porque cuando el celebrante se vuelve de cara al pueblo y reza o canta las palabras prescritas, se derrama sobre la congregación una poderosa corriente de energía, que inmediatamente fluye hacia el altar con crecido caudal porque arrastra, en su seno los pequeños chorros de energía engendrados por cada uno de los circundantes y que de otro modo se disiparían en el ambiente. Todos estos chorros individuales confluyen en el sacerdote con las palabras: "Y con tu espíritu". El impulso es a veces tan intenso, que si el sacerdote es muy sensitivo casi lo tambalea; pero su deber es recibirlo y retenerlo en sí para que lo utilice el ángel a quien va a invocar.

Esta interacción es más eficaz cuando el celebrante, sus asistentes y la congregación se entrefunden en armónico conjunto como vivido instrumento de la magia eucarística.

Las palabras de la bendición menor se repiten durante el servicio cuandoquiera que el sacerdote ha efectuado algún acto o pronunciado alguna oración que exalte sus emociones o le llene de alguna especial energía, porque mediante la bendición menor puede compartir dicha exaltación o energía con los fieles y por lo tanto realzarlos hasta más cerca de Dios. En este caso debe compartirse la idea y la práctica de la pureza y concentración, para comprender la necesidad de estas virtudes y la determinación de alcanzarlas.

Una vez ha infundido enteramente en los fieles esta idea, el sacerdote procede a otra parte de la preparación, y dice:

³ La frase a que se refiere el texto es "Dominus vobiscum" o bendición menor, cuando el celebrante la pronuncia de cara a los fieles. (N. del T.)

COLECTA

ROMANA

Oremos

Escúchanos misericordiosamente
¡oh! Señor santo, Padre omnipotente,
eterno Dios, y dignate enviar tu santo ángel
del cielo para guardar, nutrir, proteger,
visitar y defender a todos los que habitan
en esta morada. Por Cristo nuestro Señor.
R. Amén.

LIBERAL

Oremos

Guíanos ¡oh! Padre omnipotente en
todas nuestras acciones, y de tu celeste
trono envíanos tu santo ángel para que esté
con tu pueblo, reunido para servirte y
adorarte. Por Cristo nuestro Señor.
R. Amén.

La frase "Oremos" es la señal que el celebrante da a los fieles cuando él va a decir una oración y es para ellos hora de arrodillarse. Dicha señal fue todavía más necesaria en la primitiva Iglesia cuando los fieles no disponían de devocionarios (y en la mayoría de casos incapaces de leerlos aunque los tuvieran) y por lo tanto estaban obligados a confiar enteramente en el sacerdote respecto a las actitudes que habían de asumir.

En efecto, transcurrió mucho tiempo antes de que hubiesen manuscritos de liturgia y cada celebrante cumplía de improviso el plan general de la ceremonia trazado por Cristo.

La investigación, clarividente ha comprobado que Cristo trazó dicho plan. El relato que de la institución del Sacramento de la Eucaristía dan los evangelios es probablemente exacta en esencia, aunque conviene recordar que los evan-gelistas compilaron un admirable y hermoso misterio dramático en el que cuidaron mucho más de comunicar acertadamente las grandes virtudes subyacentes en su simbolismo, que de mantener rigurosamente la unidad de la forma histórica que decidieron dar a su relato.

Pero las palabras pronunciadas por Cristo en aquella Primera Eucaristía de la víspera del Jueves Santo (o como parece más probable inmediatamente después de media noche y por lo tanto en la madrugada del viernes Santo) fueron sencillamente la institución de la magna ceremonia.

Después de la resurrección dio el Señor pormenorizadas instrucciones respecto al método y finalidad de la ceremonia, entre las muchas cosas que "pertenecientes al reino de Dios" enseñó entonces a Sus discípulos.

Mas si bien es cierto que les dio claras instrucciones en cuanto a los puntos principales del servicio eucarístico y les explicó el efecto que cada punto estaba destinado a producir, también es evidente que dejó a Sus apóstoles la facultad de llenar el marco general de la ceremonia como juzgaran conveniente según las variables condiciones de su primitiva obra evangélica.

Por supuesto, los discípulos de cada apóstol procurarían recordar y reproducir sus improvisaciones, con lo que surgirían cierto número de rituales todos ellos fundados en el mismo armazón pero con distinto revestimiento, hasta que en el transcurso de los siglos fue elaborando la Iglesia por experiencia y compilación las diversas liturgias que actualmente posee. Pero tampoco olvidemos que siempre estuvo Cristo tras sus esfuerzos, y siempre dispuesto a inspirar y auxiliar a los paladines de su Iglesia que se apoyaban en

la influencia espiritual.

Efectuada según se ha dicho la purificación preliminar y dispuesto así un campo (dentro de la enorme burbuja formada por el esfuerzo del sacerdote) para que el ángel pueda actuar, el celebrante invocará el socorro de uno de estos benéficos auxiliadores.

Hay muchos órdenes y clases de estos radiantes espíritus no humanos, y la mayoría de ellos tienen poco contacto con la humanidad en la actual etapa de evolución. Sin embargo, algunos están simplemente dispuestos a tomar parte en las ceremonias religiosas, no sólo por el placer de una buena acción, sino porque esta obra les depara la mejor oportunidad posible de progreso.

En el transcurso del servicio eucarístico, invoca cuatro veces el sacerdote el auxilio de los santos ángeles, y podemos asegurar que nunca lo invoca en vano porque una de las ventajas de la Ordenación sacramental es relacionar al sacerdote con las huestes celestiales.

En esta ocasión invoca al que comúnmente llamamos Ángel de la Eucaristía, cuya especial labor en relación con ella es presidir la construcción del edificio a que antes me referí. El ángel determina la magnitud de la forma que puede erigirse en cada caso, teniendo en cuenta el número de fieles, la intensidad de su devoción, la suma de sus conocimientos, su voluntad de cooperar y demás circunstancias.

Una numerosa congregación que actúe inteligentemente puede proporcionar mucho más material para construir la forma que una congregación exigua; y también hay mucho más material aprovechable en la Misa Mayor que en la rezada. Al ángel le incumbe procurar que nuestro material se emplee prudentemente en la construcción del edificio. Si al cantar el himno resultase el pavimento demasiado amplio, tendríamos que una vez construido el edificio sería tan endeble que apenas podría sostenerse.

El ángel modela y dirige la forma, aunque si el celebrante sabe qué se ha de construir y qué destino ha de tener, puede a voluntad modificar su contorno.

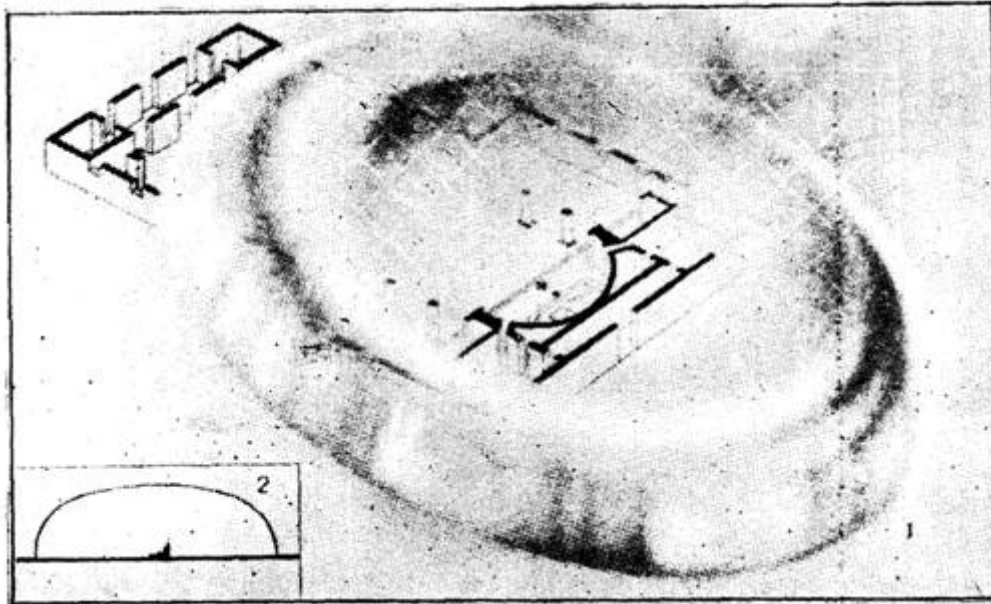
La primera operación del ángel en cuanto descende, es extender la burbuja formada por la voluntad del sacerdote en el asperges (lámina 4). La empuja más allá del altar hasta que por el lado de oriente haya purificado un espacio tan vasto como por el lado de occidente purificó la primitiva burbuja.

Para efectuar esta difusión sin que la burbuja llegue a ser demasiado tenue, el sacerdote debe representar mentalmente en el momento de la aspersion, el espesor que haya de tener, de modo que sea más gruesa en la proximidad del altar y del sagrario que en cualquiera otra parte.

Se observará que el asperges del ritual romano no alude directamente a la obra del ángel en la construcción del edificio, aunque por medio de esta construcción guarda, protege y defiende mayormente a los fieles de los malos o errabundos pensamientos, al paso que con su potente y sin embargo serenísimo magnetismo visita y nutre 3 cuantos anhelan recibir su influencia.

No quiero decir con esto que si cualquiera permite que se le llene la mente de sus particulares inquietudes haya de ir el ángel a librarle de ellas; pero sí elimina del edificio el enorme enjambre de vagas formas mentales que en la vida ordinaria nos oprimen sin cesar y desvían nuestra mente del punto en donde por un momento la fijamos.

La presencia del ángel es ya una bendición, porque de él emana de continuo una



LAMINA 4. (Fig. 1). -La burbuja del asperges ensanchada por el Angel. El sacerdote se halla situado en * y el Angel en + (Fig. 2). -Corte transversal de la burbuja.

radiante y enaltecedora corriente, de modo que su visita depara valiosa oportunidad a cuantos están dispuestos a aprovecharla. En el servicio menor resumimos en una colecta toda la acción del asperges. El sacerdote se santigua con el aspersorio y dice:

Purifíqueme el Señor para que yo pueda cumplir dignamente su servicio. *Asperja el altar y el presbiterio.*

Con la fortaleza del Señor rechazaré todo mal de este santo altar y sagrario, *Asperja al pueblo*

y de esta Casa en donde le adoramos; *Se vuelve de cara al altar*

y ruego a nuestro Padre celestial que envíe Su santo Ángel a construir para nosotros un Templo espiritual por cuyo medio Su energía y bendición se derrame sobre Su pueblo. Por Cristo nuestro Señor. R. Amén.

Esto tiene en todo y por todo tanta eficacia como el ritual mayor, pero requiere vigilante y concentrado pensamiento por parte del sacerdote. Probablemente verá que conviene recitar despacio la colecta infundiendo en cada frase toda la fuerza de su voluntad.

La invocación que en el ritual mayor sigue inmediatamente al asperges lo precede en el ritual menor, resultando así la purificación parte integrante del servicio eucarístico en vez de una predisposición a él.

En el ritual menor hemos procurado adecuar exactamente las palabras al efecto que han de producir, de modo que le sea más fácil a la congregación observar el aspecto interno del servicio.

Todos los ademanes del sacerdote son exactamente los mismos en ambos rituales y no hay diferencia perceptible entre los edificios construidos ni en el caudal de energía efundida.

Cuando no se leen la Epístola ni el Evangelio perdemos el material aprovechable engendrado por el Gradual; y los fieles que necesitan una buena cantidad de firme impulso para excitar su entusiasmo tienen tiempo de contribuir algún tanto más durante las largas oraciones. Pero, en la práctica este leve deficiencia está generalmente

compensada por la mayor vigilancia y mejor comprensión de lo que se lleva a cabo. En el ritual menor, los importantes actos del servicio se suceden unos a otros más rápidamente, porque se elimina todo cuanto no es indispensable a la obra interna. Se omiten pasajes muy hermosos; pero no obstante, el ritual menor será conveniente en muchos casos, cuando sea imposible celebrar Misa mayor.

LA SAGRADA EUCARISTÍA.—PREPARACIÓN.—INVOCACIÓN

ROMANA

En el nombre del Padre + y
del Hijo y del Espíritu Santo.

LIBERAL

En el Nombre del Padre + y del Hijo y
del Espíritu Santo.

R. Amén.

Cuando se va a principiar el efectivo servicio se le quita al celebrante la capa pluvial y se le reviste de la casulla, la vestidura de sacrificio que desde los primitivos tiempos de la Iglesia se reservó para la celebración de la Sagrada Eucaristía.

El significado y uso de esta vestidura se describirán en la Parte III titulada: "Instrumental de los Sacramentos".

Empieza la Eucaristía, como todos los servicios de la Iglesia, con una Palabra y Signo de Poder. Para la completa comprensión de tales palabras y signos debemos estudiar un aspecto de la naturaleza casi enteramente olvidado en nuestros días. Hemos de saber que no vivimos en un vacío e irresponsivo mundo material, sino en medio de un vasto océano de prolífica vida, y rodeados siempre de muchedumbre de testigos, de una formidable hueste de seres invisibles a nuestros ojos físicos. Este enorme ejército incluye seres superhumanos (ángeles de toda clase y jerarquía) las innumerables multitudes de los muertos (que por supuesto están todavía en el nivel humano) e incalculables millones de entidades infrahumanas, como espíritus de la naturaleza, animadas formas de pensamiento, etc.

Todas estas entidades nos están continuamente influyendo, unas en bien y otras en mal, así como nosotros a nuestra vez influimos en ellas.

Muchísimas gentes no notan nada de todo esto o son burlescamente incrédulas, por lo que van a tropezones por la vida sin que nadie las auxilie, aunque también acaso es cierto que la barrera de su ciega incredulidad las protege algún tanto de posibles peligros.

Pero seguramente es designio de Dios que toda Su creación obre conjuntamente en Su servicio y que nos percatemos de los muchos auxilios que pone prestamente en nuestras manos tan luego como somos lo bastante prudentes para comprenderlos. En esto, como en todo lo demás, saber es poder, y quien inteligentemente utilice las fuerzas de la naturaleza podrá obtener grandes ventajas de ello.

Quienes han estudiado comparativamente las religiones conocen la grandísima importancia atribuida a los nombres, y que según las antiguas creencias, el nombre de una cosa está íntimamente relacionado con ella y puede invocarla dondequiera.

Recordemos que según el egipcio *Libro de los Muertos*, al pasar el candidato por el vestíbulo del amenti, encuentra todo linaje de entidades, algunas de ellas de terrible índole, que le cierran el camino y le exigen que las identifique. Si el candidato está convenientemente instruido, muy luego las reconoce y les dice a cada una de ellas: "Te

conozco; tal o cual es tu nombre". Inmediatamente se apacigua el dragón que atajaba el paso, y el candidato sigue triunfante su camino. Es evidente que en este antiguo sistema, conocer el nombre de algo, implicaba el conocimiento de su íntima naturaleza, de sus potencias y cualidades; y por lo tanto, para los antiguos, el mandato en Nombre o por el Nombre de alguna manifestación de Dios equivalía a invocar el poder de esta manifestación.

En esta idea hay buena parte de verdad, sobre todo cuando la invocación se hace verbalmente por quien ligado con la fuente de dicho poder ha recibido autorización para utilizarlo.

Así, al anunciar que empezamos nuestro servicio en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, el celebrante invoca y actualiza la especial relación establecida cuando lo ordenaron, y en respuesta sobreviene una formidable efusión de energía.

Si está presente un obispo, siempre pronuncia él dichas palabras de poder, a causa del adicional flujo de energía que es capaz de invocar. Cuando un seglar hace esta invocación, impetra la equivalente o representativa Trinidad en él inherente, es decir, su espíritu, intuición e inteligencia. Así como en el sistema solar todas las cosas tienen su principio y fin en la Trinidad, así también en el simbolismo de la Eucaristía empezamos por una invocación al Padre, Hijo y Espíritu Santo y terminamos con una bendición en el Nombre de los mismos Tres Aspectos de la Deidad.

El signo de poder que acompaña a esta invocación, el signo de la santa cruz, es un símbolo de diversos aspectos. La cruz griega de brazos iguales significa el Logos en actividad; el brazo del Señor extendido para auxiliar o bendecir. La cruz latina con un brazo largo simboliza el Segundo Aspecto del Logos, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Dios Hijo que desciende a la materia. En todas las bendiciones y exorcismos se emplea esta cruz para imprimir la voluntad del sacerdote en la persona u objeto con que trata. Es un signo por cuyo medio fluye unas veces la energía del sacerdote a otra persona o cosa, y otras veces fluye de lo alto y se infunde en el mismo sacerdote, como en ciertos puntos de servicio.

Cuando una persona hace en sí misma el signo de la cruz está destinado a promover el recogimiento, a recordarle el Nombre que simboliza y ayudarle a reconocer que doquiera se invoca dicho Nombre hemos de confiar en que no ha de sobrevenir mal alguno.

Es el signo de la cruz una especie de diminuto credo expresado en acción en vez de con palabras, porque al tocar primero la frente y después el plexo solar, nos recuerda cómo "por nosotros y por nuestra salvación" vino Cristo del Padre, cabeza de todas las cosas, a esta tierra, al plano físico, a la parte inferior de Su creación; y al tocar primero el hombro izquierdo y después el derecho, recordamos que Cristo pasó de la tierra al subplano inferior del mundo actual, llamado infierno, simbolizado en la mano izquierda de Dios (aunque aún así es superior a la tierra) y desde allí fue a sentarse para siempre con gloria a la diestra del Padre.

Aquel cuyos pensamientos y emociones estén siempre en el más alto nivel posible, es fácil que no necesite tal recor» dación; pero la mayoría de nosotros no somos aún perfectos, y por lo tanto no es prudente rechazar nada de lo que en algo pueda auxiliarnos.

Muchos de nosotros tenemos buenas intenciones, pero somos olvidadizos, y nos es beneficioso todo cuanto sirva para recordarnos el ideal y ayudarnos a desechar los malos

pensamientos y malignas influencias. Todavía no somos santos; aún estamos expuestos a que nos afecten oleadas de iracundia o egoísmo o nocivos pensamientos. El signo de la cruz hecho en nosotros mismos atraerá a nuestro alrededor invisibles influencias que propendan a rechazar todo lo desagradable y al propio tiempo faciliten la retención de lo bueno.

Para activar el poder del signo de la cruz, hemos de advertir, según ya dije, que vivimos en medio de una numerosísima hueste de otros seres. Entre ellos, las entidades infrahumanas (o espíritus de la naturaleza como a veces se les llama) son peculiarmente susceptibles de la influencia de los signos de poder, uno de los cuales es la cruz. Doquiera se hace este signo, atrae al punto la atención de las entidades dichas que por allí están, e inmediatamente se agrupan en torno de quien ha hecho el signo, esperando que emita pensamientos y vibraciones de la índole que les complacen.

No hay que confundir los espíritus de la naturaleza con los ángeles. Si un poderoso ángel que acierta a pasar, ve el signo de la cruz y los buenos sentimientos que lo acompañan, seguramente dirigirá al hombre que lo hizo una radiante sonrisa de auxiliadora influencia, pero en modo alguno se distraerá de su labor.

Los espíritus de la naturaleza evolucionan mayormente por las vibraciones en que se bañan; y en consecuencia, los mueve su instinto a estar siempre al acecho de las que pueden beneficiarlos. Están algunos en una etapa de evolución que necesita groseras vibraciones que para nosotros (mas no para ellos) expresan malignos o pasionales pensamientos y emociones.

Esta clase de entidades nos rodean cuando denotamos iracundia o sensualidad, y su presencia estimula y fortalece toda nociva inclinación que acierte a manifestarse, no en modo alguno porque dichas entidades sean de por sí malignas o quieran dañarnos, sino porque obedecen a su instinto y se agrupan en torno de una fuente de emanaciones para ellas agradables, como las moscas acuden a un tarro de miel o los hombres se juntan en invierno alrededor de una fogata.

Otros espíritus de la naturaleza se hallan en una etapa de evolución en que necesitan las sutiles vibraciones que para nosotros expresan buenos pensamientos y emociones y el signo de la cruz atrae a las entidades de dicha categoría, así como ahuyenta a las de la anterior.

No es cierto como generalmente se supone (sabemos que el himno dice: "A la señal de la cruz huye la hueste de Satán") que estas otras entidades temen el signo de la cruz; la verdad es que les desagrada su radiación y comprenden que nada bueno para ellas ha de haber donde se haga dicho signo, por lo que en seguida se marchan en busca de más prometedores pastos.

Comprenderíamos mejor la manera de actuar estas entidades si desecháramos completamente las pueriles supersticiones sobre el demonio y los ángeles malos y Consideráramos la cuestión desde un punto de vista científico y de sentido común. Las ideas morales del bien y del mal nada tienen que ver con este asunto. El reino de los espíritus de la naturaleza contiene tantas variedades como el reino animal. Algunos espíritus de la naturaleza nos son útiles, como nos lo son algunos animales, mientras que otros individuos de ambos reinos nos son nocivos; y así como ahuyentamos o matamos las ratas, culebras, escorpiones y bichos parásitos, así debemos ahuyentar a las entidades etéreas o astrales desagradables. Muchas gentes miran con indiferencia estos asuntos, pues o son estúpidamente supersticiosos o estúpidamente incrédulos porque no pueden

ver el mundo de materia sutil que los circunda. No pueden ver los microbios patógenos; y sin embargo, estas invisibles entidades, lo mismo que las astrales, influyen frecuentemente en alto grado en su conducta.

Sean benéficos o nocivos, los espíritus de la naturaleza responden anhelosamente a las vibraciones que los evocan y las reproducen e intensifican en sí mismos de modo que a su vez reaccionan en nosotros y propenden a perpetuar en nosotros las condiciones que los atrajeron. Por este motivo, aunque las gentes ignorantes suelen achacarlo a superstición, el signo de la cruz es de positiva y práctica eficacia.

CÁNTICO

ROMANA

Antífona

Me llegaré al altar de Dios. Al mismo Dios, que llena mi juventud de regocijo.

Se omite en todas las misas desde el Domingo de Pasión hasta el Sábado santo.

Salmo

Júzgame, Dios mío y separa mi causa de la de la gente que no es santa. Líbrame del hombre injusto y engañoso.

Pues si tú eres mi fortaleza, Dios mío ¿por qué me has desechado? V ¿por qué camino yo con semblante triste cuando mi enemigo me aflige?

Derrama en mí tu luz y tu verdad: ellas me condujeron y me llevaron a tu monte santo y a tus divinos tabernáculos.

Y me lleeraré al altar de Dios, al mismo Dios aue llena mi juventud de regocijo.

Cantaré tus alabanzas sobre el arpa ¡oh! Dios, ¡oh! Dios mío: alma mía ¿por qué estás triste? ¿por qué me turbas?

Espera en Dios, porque aun le haré mis acciones de gracias, como que él es la salvación y la luz de mi rostro, y mi Dios.

Gloria sea al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, y ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

LIBERAL

Antífona

Me llegaré al altar de Dios. Al "Dios de mi gozo y alegría.

Cántico

Yo me alegré con los que me decían: A la casa del Señor iremos.

Me alegraré y regocijaré en Tí: haré mis cantos de Tu Nombre ¡oh! Altísimo.

¡ Oh! envía Tu luz y Tu verdad para que me guíen y llévame a Tu santo monte y a Tu morada.

Y que vo pueda llegarme al altar de Dios, al Dios de mi gozo y alegría: y sobre el arpa te daré gracias ¡oh! Dios, mi Dios.

El Señor está en Su Santo templo: el solio del Señor está en el cielo.

Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento denuncia la obra de Sus manos.

¡Oh! engrandezcamos al Señor nuestro Dios y adorémosle sobre su santo monte: porque el Señor nuestro Dios es santo.

El Señor dará fortaleza a Su pueblo: el Señor bendecirá a Su pueblo en paz.

Gloria sea al Padre, y al Hijo: y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, y ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amn.

Antífona

Me llegaré al altar de Dios. Al Dios que llena mi juventud de regocijo.

Antífona

Me llegaré al altar de Dios. Al Dios de mi gozo y alegría.

A esta invocación sigue inmediatamente el cántico de introito que indica con toda claridad la actitud que han de adoptar los fieles, pues rebosa alegría, regocijo y gratitud.

Lo oración: ¡Oh! envía Tu luz y Tu verdad para que me guíen, y llévame a Tu santo monte y a Tu morada" expresa el pensamiento de que podremos acercarnos dignamente al altar de Dios con tal que nos acerquemos en plena luz de la verdad, no rehuyendo nada de lo que pueda traernos verdad, y llenos de tan vigoroso valor y resolución que estemos completamente libres de temor, cobardía y desconfianza. Nunca podremos apreciar el entero significado de la Eucaristía ni participar abundantemente de sus beneficios si nos invade el temor a Dios que nos ama. Después hemos de procurar comprender la gloria y santidad de Dios y que de El dimanen la fortaleza y la paz. Así decimos: "El Señor dará fortaleza a Su pueblo: el Señor bendecirá a Su pueblo en paz".

Todo el cántico está destinado a colocar los cimientos de lo que ulteriormente se ha de hacer, poniendo a los fieles en la necesaria actitud de gozo, alegría, confianza y paz para que tomen provechosa parte en el servicio; y como de costumbre, la antífona nos da el diapason, o sea el p3nsa-miento que hemos de sostener durante el cántico.

Está más allá de toda ponderación la importancia de adoptar esta correcta actitud mental en el comienzo del servicio. Es probable que en la primitiva Iglesia se cantara el introito en procesión al entrar el clero y el coro en el templo.

El cántico que entonan el celebrante y sus ministros en la Iglesia romana contiene versículos que parecen impropios y superfluos, por lo que los hemos substituido por otros que expresan mejor la idea. Hemos seguido este plan en todos nuestros servicios, escogiendo de los salmos tan sólo aquellos versículos de inteligible significado y prescindiendo de los que expresan lamento, bajeza o maldición.

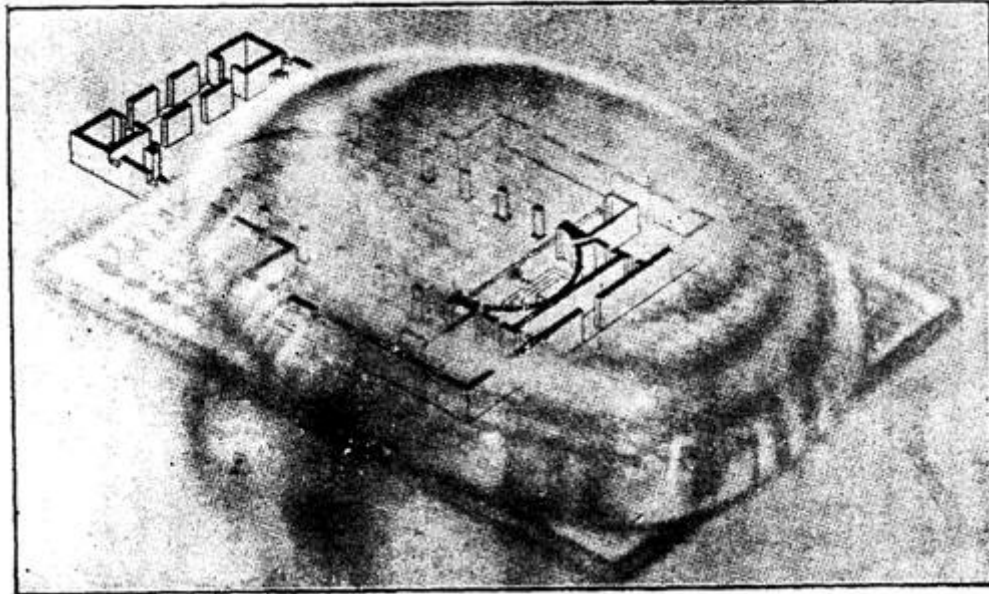
Mientras las palabras del cántico contribuyen a preparar nuestro ánimo, el Ángel de la Eucaristía trabaja activamente, aunque con donoso desembarazo, utilizando a la par las formas engendradas por la música del cántico y el flujo dimanante de nuestros sentimientos de amor y devoción durante el canto.

Con este material construye el ángel el pavimento o fundación de su edificio, ejecutando primero la parte inferior con la tenue burbuja formada por el asperges, y volviéndose después hacia oriente para extender el pavimento por detrás del altar hasta contruir un piso cuyo tamaño sea doble del en que está la congregación, (Véase lámina 5).

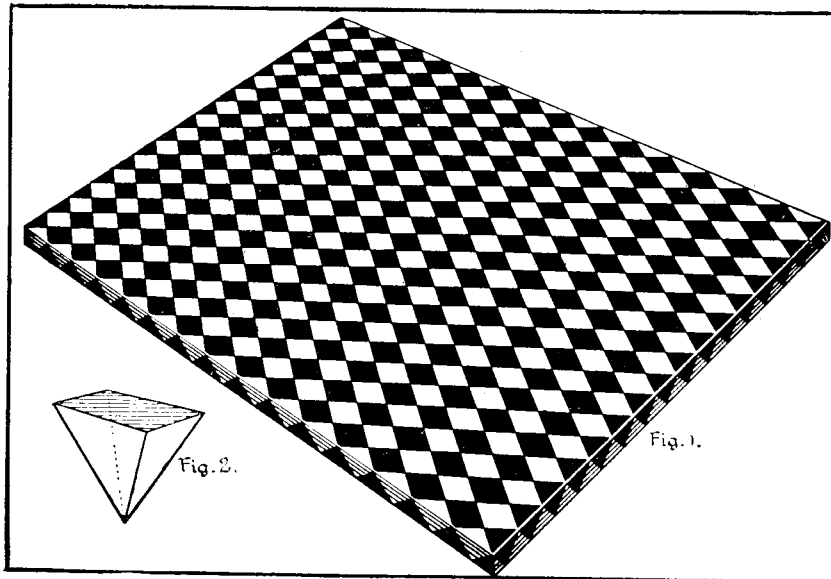
La obra del ángel está condicionada por el número de circunstancias y por la cantidad y calidad de la vivida materia que con su entusiasmo le proporcionan. Si la iglesia está llena, el ángel acostumbra a tomar la planta por configuración de su pavimento; pero si sólo está medio llena, no lo extiende por toda la planta, sino que lo limita hasta detrás del punto en que se halla el último individuo de la congregación.

Cualquiera que sea la superficie abarcada desde el altar hacia el oeste, extiende el pavimento otro tanto en opuesta

dirección por detrás del altar, que invariablemente ha de ser el centro de la construida forma.



LAMINA 5.-El pavimento de mosaico construido por el Angel durante el Cántico, visto a través de la burbuja, mostrando la superficie superior y el margen variegado. Nótese que la burbuja cubre los cuatro costados del pavimento.



LAMINA 6 (Fig. 1). - Una porción del pavimento a vista de pájaro, mostrando la disposición de las losetas. (Fig. 2).-Una loseta suelta.

Si dispone el ángel de suficiente material, suele ampliar el edificio hacia el norte y el sur, de modo que a veces tiene forma de cruz, aunque más a menudo es cuadrado, y muy parecido a la basílica antes mencionada.

El espesor del pavimento depende del material disponible. En una Misa Mayor muy concurrida, puede tener hasta una yarda de espesor, coincidiendo su superficie superior con el piso de la iglesia. El dibujo es siempre un mosaico de losas azules y carmesíes dispuestas diagonalmente de modo que formen rombos o losanges.

En los bordes, donde se ve el espesor del pavimento, ofrece una taraceada franja de triángulos alternos de los mismos colores, dando con ello a entender que las losas empleadas en la construcción no son cubos sino pirámides. (Véase lámina 6).

El carmesí y azul simbolizan respectivamente amor y devoción y los matices varían según la índole de estas emociones. Generalmente son hermosos e intensos; pero cuando entre los fieles hay muchos instruidos y abnegados se ven brillantes y delicados tonos de azul celeste y rosa.

Empieza el ángel por extender los brazos en cruz y efundir por medio de ellos una corriente de amor que traza una línea carmesí desde donde él está hasta las paredes de la iglesia. Moviéndolo después suavemente hacia adelante, traza una serie de líneas paralelas que arrancan de la anteriormente trazada como las púas de un peine, con la diferencia de que se dirigen hacia el centro de la iglesia, entrecruzándose para formar el dibujo diagonal. (Diagrama

Otro movimiento análogo efunde una corriente azul de devoción que llena los espacios dejados por la carmesí de amor.

Después se vuelve el ángel hacia oriente para reiterar los mismos movimientos y construir un pavimento análogo en la parte de la forma eucarística exterior a la iglesia.

Estos primeros movimientos elaboran una especie de tablero de damas, tenue como telaraña, una verdadera sombra de pavimento, tan ligero y diáfano que sólo puede mantenerse dentro de la burbuja que rechazó el caos de estridentes vibraciones que hubieran quebrantado su delicadeza.

Pero el pavimento se consolida rápidamente según resuenan los versículos del cántico, y es interesante notar que cuando los versículos se cantan antifónicamente, el ángel desvía las alternativas oleadas sonoras y las emplea en trazar las líneas diagonales que labran el material del pavimento en rombos o más bien en pirámides. (Véase lámina 6).

En la misa rezada el edificio suele ser muy pequeño, y sombrío el color del pavimento, aunque el dibujo es el mismo.

Conviene tener en cuenta que la misa rezada tiene per-iecta eficacia para defluir la divina energía y difundirla por todo el contorno, aunque naturalmente es en diversos aspectos mucho más poderosa la eficacia de la Misa Mayor, que está circundada de esplendente belleza, a fin de conmover el corazón y la mente de los fieles y hacerlos así más receptivos. En este caso, la concurrencia es mucho más numerosa, y el número es un factor de gran importancia. Desde luego que la consagración y la calidad de la energía irradiante de la sagrada Hostia son las mismas en ambas celebraciones; pero si son en mayor número los que sienten devoción, también será mayor la *cantidad* de la radiación,

porque el aumento de devoción actualizará más caudal de energía.

Considero de suma importancia el convencimiento de que esta divina energía es una realidad, un definido y científico hecho. La fuerza espiritual a que suele llamarse gracia de Dios es tan cierta como el vapor, la electricidad o cualquiera otra de las grandes fuerzas de la naturaleza. Actúa en materia algo superior a la en que actúa la electricidad y sus efectos no son perceptibles para la vista física; pero no obstante, es de todos modos tan real y mucho más poderosa que la electricidad, pues más bien obra sobre el alma, la mente y las emociones del hombre que sobre su cuerpo físico.

Verdaderamente, la Sacratísima Eucaristía difunde en nuestro beneficio hasta el plano físico la divina energía, pues tan grande es la solicitud de nuestro Señor por Su pueblo y tanto anhela que tengamos cuantos auxilios seamos capaces de recibir. La efusión de la energía divina no puede medirse científicamente ni es conmensurable por los métodos del plano físico; pero sí puede computarse comparándola con otras efusiones de los mundos superiores.

La distribución de la energía divina se efectúa con arreglo a las mismas divinas leyes que rigen la radiación en el plano físico, excepto algunas diferencias provenientes de la más rápida vibración de materia en estado superior.

Por ejemplo, la acción de la energía invocada en la ceremonia eucarística puede compararse adecuadamente al

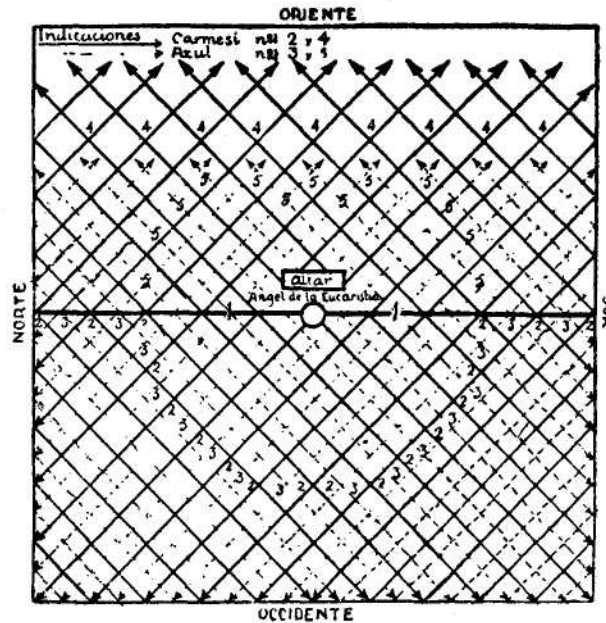


DIAGRAMA 1.—FORMACIÓN DEL PAVIMENTO.— El Ángel de la Eucaristía traza primeramente las líneas carmesíes (*) en los lados de la iglesia. Después, dando cara a Occidente traza las líneas carmesí (*) y las azules (³). Luego dando cara a Oriente traza las líneas carmesíes (*) y las azules (³) estableciendo así el delicado dibujo del pavimento. Se han dejado incompletas las líneas de la parte superior del diagrama para que se vea claramente el aspecto de las líneas carmesí antes de añadir las azules.

flujo de una corriente eléctrica. Si el voltaje de una corriente que pasa por un alambre permanece constante, la cantidad de luz obtenida dependerá de las lámparas encendidas. Si suponemos que la corriente que fluye por un alambre proviene de un manantial inagotable y puede satisfacer cuanto se le exija, es evidente que podremos añadir cuantas lámparas queramos y obtener mayor intensidad lumínica.

En el servicio de la Eucaristía, cada persona que a su celebración coopera inteligentemente es como una lámpara, y con la adición de cada una de ellas se ensancha y acrecienta el canal para el flujo de la corriente.

Una congregación de cincuenta fieles que todos comprendan la finalidad del servicio y sepan exactamente la función que ha de desempeñar cada parte, puede difundir a la redonda tanta luz como una numerosa pero ignorante congregación de millares de personas reunidas en una espaciosa catedral.

La magnitud de la asamblea es sin duda un elemento favorable, porque cuanto mayor sea el número de fieles que efundan su devoción más ancho será el canal; pero cuando a la devoción se añaden la inteligencia y la voluntad de servir, el resultado es enormemente mayor.

Cuando de la congregación surge una aguja devocional, su altura y refulgencia indican la intensidad de la devoción y su diámetro la cantidad de la emoción.

Una aguja ancha y corta, a manera de barrica y de color algo mortecino indicaría que se ha sentido mucha devoción, pero ignorantemente y sin fervor sino más bien como cosa de costumbre.

Si los fieles están animados de sentimientos verdaderamente hondos y firmes surge por sobre sus cabezas una gran aguja de refulgente azul, y en este caso la efusión de energía es exactamente proporcional al ascendente flujo.

La finalidad de un servicio religioso es formar un canal por donde fluya la energía divina. Cuanto mayor es el número de fieles y más entusiastas, y devotos son, mayor es el canal para la divina energía. En este sentido, es un servicio que rendimos a Dios, porque al congregarnos formamos un mayor canal para Su amor y bendición que siempre está deseando derramar sobre el mundo.

Podemos preguntar: "Pero ¿por qué no los derrama siempre por Sí mismo?" Así lo hace; pero recordemos que Dios opera, como también nosotros debemos operar, por la línea de menor resistencia. Inunda los mundos superiores de energía espiritual; mas para defluirla a nuestro cerebro físico y cuerpo astral sería necesario un esfuerzo que no justificarían los resultados obtenidos si Dios hubiese de hacerlo todo por Sí mismo.

Pero si nosotros cooperamos a la ejecución de la menor parte de la obra, constituyéndonos en canales de flujo divino, entonces será provechosa la efusión de energía.

Los fieles no cumplen todo el deber de cristianos fervorosos con sólo acomodarse en sus asientos para disfrutar del estímulo de la ceremonia. Si quieren, pueden acrecentar mayormente la eficacia del servicio y ampliar su esfera de influencia.

No por el propio beneficio sino por el ajeno debemos adherirnos a una institución que como la Iglesia existe para el bien. Verdad es que mucho nos beneficiamos al adherirnos ; pero cuanto menos pensemos en el beneficio que podamos recibir y cuanto más consideremos el auxilio que podamos dar, tanto mejor será para nosotros y para la organización a que pertenezcamos. Los fieles han de asistir al servicio con el deseo de auxiliar. Quienes asisten regularmente sin temor al mal tiempo y se entregan cordialmente al servicio hacen de la Eucaristía una fuerza viva, sobre todo si han estudiado cuidadosamente el ritual y están por lo tanto en inteligente disposición de cooperar con el celebrante.

Si el celebrante es sensitivo y los fieles cooperan con él, será capaz de notar tras sí y en derredor como impetuoso viento la energía engendrada por el pensamiento de la

congregación; y entonces experimentará el singular estremecimiento eléctrico que a veces notamos en medio de una multitud agitada por alguna violenta emoción.

Sin embargo, el celebrante es a modo de capitán de buque o director de orquesta; y así como el capitán no debe perturbarse cuando los pasajeros son presa de excitación, así también debe el celebrante dominar sus emociones a fin de utilizar la auxiliadora energía engendrada por la congregación. No sólo ha de dirigir las fuerzas sino vigilar exactamente lo que hacen sus asistentes, a fin de que si alguno no cumple la debida cosa a su debido tiempo, pueda él subsanar inmediatamente la deficiencia emitiendo adicional energía y auxiliar de todos los modos posibles.

Además, en la Misa Mayor tenemos la casi incalculable ventaja de la música. Ya dijimos que las concentradas vibraciones del sonido vivifican grandes masas de materia, proporcionando con ello al Ángel de la Eucaristía muy excelente material para su edificio; pero todavía hay mucho más que esto, aunque es difícil hallar palabras para describirlo; y no es este lugar adecuado a una prolija disertación sobre asunto tan recóndito. Digamos que la Tierra es una gran Inteligencia y que la música es una de sus facultades, y cuando instrumentamos o cantamos auxiliamos la expresión de la Tierra. Por otra parte, la música es una especie de entidad o congerie de entidades, y cuando la usamos ponemos en acción un completamente nuevo sistema de fuerzas correspondientes a otro aspecto de la Naturaleza, que asocian con nosotros en nuestra obra a una hueste de hábiles músicos angélicos. No podemos detenernos aquí en pormenores; pero aun tan leve insinuación permitirá tener un fugaz vislumbre de la magna perspectiva, suficiente para mostrar la poderosa razón de acompañar con música nuestros servicios siempre que sea posible.

Estas consideraciones convienen también a la misa cantada; pero en la Misa Mayor tenemos además la asistencia del diácono y el subdiácono que forman un triángulo con el celebrante y mientras dura el servicio actúan como una ampliación de la conciencia de él, aliviándole de algunos pormenores de su obra para dejarlo en libertad de concentrar sus energías. Algunas de las fuerzas empleadas irradian a través del diácono y subdiácono cuya presencia y actuación las intensifica. Su labor es la de intermediarios en el acopiamiento y distribución de energía; tarea que de este modo se efectúa más fácil y eficazmente. (Diagrama 2).

Para mejor explicar las funciones del diácono y subdiácono podemos compararlas con las del cuerpo humano. El celebrante es el cerebro y el diácono y subdiácono ganglios que tienen determinadas regiones a su cargo. Desde luego que el cerebro preside a los ganglios, pero hay cosas que éstos pueden hacer de por sí.

En la Iglesia primitiva, el diácono y el subdiácono representaron en un principio a los hombres y a las mujeres respectivamente, porque el diácono estaba a la derecha del sacerdote, es decir, al lado de la epístola, donde se sentaban los hombres, cuyo flujo de devoción acopiaba y disponía para

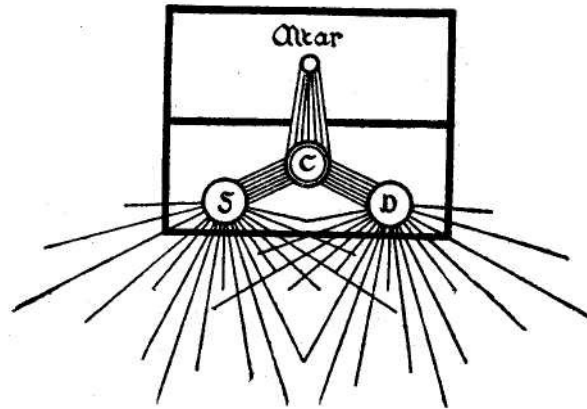


DIAGRAMA 2 —RELACIÓN ENTRE EL CELEBRANTE Y SUS MINISTROS. Los círculos indican su posición ante el altar. C es el celebrante, D el diácono y S el subdiácono. Las líneas muestran cómo fluyen las fuerzas, ya desde¹ el celebrante a los fieles por medio de los ministros, ya del pueblo, por medio de los ministros al celebrante, y después a los Elementos que están en el altar.

que lo utilizara el celebrante, mientras que el subdiácono hacía lo mismo en el lado de las mujeres.

Todavía en algunas iglesias están separados los sexos, pero no veo en ello ventaja alguna a no ser que cuando el número de un sexo es igual o aproximado al del otro, produce agradable efecto el canto de la antífona.

El flujo de devoción, anhelo, amor y adoración dimanante de los fieles se derrama sobre el sacerdote en una lluvia de variadas vibraciones, y no es fácil reducirlas a una especie de común denominador para convenientemente transmitir las. El diácono y subdiácono las reciben de los fieles y las tamizan y combinan en gran parte al pasar de ellos a las manos del sacerdote, a quien así le ahorran no poco trabajo.

Para el ritual menor de la Sagrada Eucaristía hemos escogido un cántico que alude más directamente a la obra que ejecuta el ángel al cimentar su edificio. Está precedido de una invitación del sacerdote, quien dice:

Hermanos, coloquemos los cimientos de nuestro Templo.

Antífona

Cristo es nuestro fundamento.

Y nuestra suprema piedra angular.

Ya no somos extraños ni extranjeros; conciudadanos de los santos y de la casa de Dios.

Y estamos edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas; y Jesús Cristo es la suprema piedra angular.

En Quien todo el edificio se construye y se convierte en un santo templo del Señor.

En Quien también estamos todos edificados para morada de Dios por medio del Espíritu.

Sólo el Señor edifica la casa; pierden su trabajo quienes la edifican.

Seguro permanece el fundamento de Dios con este sello; Que todos cuantos pronuncian el Nombre de Cristo se aparten de la iniquidad.

Antífona

Cristo es nuestro fundamento y nuestra suprema piedra angular.

VERSÍCULOS

ROMANA

LIBERAL

V. + Nuestro auxilio está en el nombre del Señor.

R. Que hizo el cielo y la tierra.

Los correspondientes versículos y respuestas siguen a la Absolución.

P. +Nuestro auxilio en el Nombre del Señor.

C. Que hizo el cielo y tierra.

P. Vuélvnos de nuevo ¡oh! Señor y danos vida.

C. Para que Tu pueblo se regocije en Tí.

P. Esperad por siempre en el Señor.

C. Porque el Señor es nuestra fortaleza de los siglos.

Llegamos ahora a una nueva etapa de nuestra preparación para la magna obra que vamos a realizar. Hemos procurado purificar la atmósfera mental ahuyentando los pensamientos errabundos y poniéndonos en la necesaria actitud de fortaleza, paz y júbilo para llevar a cabo nuestra obra. Sin embargo, pueden quedar todavía en nuestro camino algunas dificultades materiales que también es preciso vencer. Pero ésto sólo cabe lograrlo expeditamente por medio de especial auxilio externo; y así, procedemos a emplear el método establecido por Cristo para Su Iglesia, o sea el de la confesión y absolución.

Los versículos iniciales de esta parte del servicio están destinados a determinar una actitud mental a propósito para la realización de dicho método. Primeramente reconocemos que sólo mediante el divino poder cabe lograr rápidamente este resultado (porque Nombre equivale aquí a Poder); y al propio tiempo recordamos que para el omnipotente Creador de cielos y tierra este rápido cambio es cosa sencillísima. Así es que nos santiguamos a fin de que nos acerque a El la eficacia del signo de la cruz; y como quiera que nos habíamos apartado algún tanto de El y de la actitud de completo amor, paz, conocimiento y unión, restringiéndonos en la misma medida como canales de energía espiritual, le pedimos diciendo: "Vuélvnos de nuevo ¡oh! Señor y danos vida"; esto es, que nos vuelva al sendero del sincero esfuerzo y nos vivifique con Su radiante vida.

Sin esta renovación de vida no podremos disfrutar el profundo gozo que tan necesario es si queremos obtener el mejor bien del Sacrificio que ha de seguir. Después, para recalcar nuestra completa confianza en su bondad y poder, decimos: "Esperad por siempre en el Señor"; porque el Señor es nuestra fortaleza de los siglos".

La posibilidad de la rápida reconciliación depende de nuestro absoluto convencimiento de que nos reconciliaremos. Si dudamos de ello, la duda levantará una barrera que impedirá la libre acción de la energía divina, que siempre está dispuesta a efundirse; pero nosotros debemos abrir el corazón.

Examinemos el método de reconciliación, por medio de la confesión y la absolución, para ver cómo actúa.

CONFITEOR

ROMANA

S. Me confieso a Dios to-

LIBERAL

Todos. ¡ Oh! Señor, Tú creaste al

todopoderoso, a la bienaventurada siempre virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los santos, y a vosotros, hermanos míos, que pequé gravemente, con el pensamiento, palabra y obra; por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Por tanto ruego a la bienaventurada Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado san Juan Bautista, a los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y a vosotros, hermanos, que ro-guéis por mí a Dios nuestro Señor.

hombre para ser inmortal, y le hiciste imagen de Tu eternidad. Pero a menudo olvidamos lo gloria de nuestra herencia y nos apartamos del sendero de justicia. Pero Tú ¡ oh! Señor, nos hiciste para Tí, y nuestros corazones están siempre intranquilos hasta que hallan descanso en tí. Mira con los ojos de Tu amor nuestras imperfecciones y perdónanos todos nuestros defectos, para que seamos llenos del fulgor de la sempiterna luz, y nos convirtamos en el límpido espejo de Tu poder y en la imagen de Tu bondad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

M. El Señor Dios todopoderoso tenga misericordia de tí, te perdone tus pecados y te conduzca a la vida eterna.

M. Me confieso, etc.

S. El Señor Dios todopoderoso, etc.

El ritual de la Iglesia romana empieza con la palabra *Confíteor* "Me confieso", y de aquí su nombre.

La finalidad de esta confesión es auxiliar a los fieles al recogimiento de modo que se coloquen en la necesaria actitud mental para que les favorezca la absolución que sigue inmediatamente después.

La fraseología del *Confíteor* usado en el ritual de la Iglesia católico-liberal es original en cierto grado, y según puede verse su tono difiere notablemente del de las Iglesias romana y anglicana.

La confesión romana que dice: "pequé gravemente por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa", la observación anglicana de "no hay salud en nosotros", y otras declaraciones por el estilo son exageradas y no expresan lo que en realidad siente una persona normal. Ningún individuo sano y razonable puede creer que es del todo malo, y al poner tales palabras en sus labios, o se le convierte en hipócrita o se le da un concepto enteramente equivocado de la naturaleza humana.

Esta constante reiteración de la maldad del corazón humano surgió probablemente en la Iglesia primitiva como una reacción contra ciertos excesos que manchaban las civilizaciones en cuyo seno arraigó la nueva fe.

Las más potentes civilizaciones con que hubo de tratar la nueva religión fueron la griega y la romana, y ambas eran sumamente cuerdas y razonables. Por ejemplo, los griegos tributaban culto a la belleza y estaban henchidos del gozo de la vida. Conocían muy bien la existencia de los planos superiores e inferiores, cielo y tierra, y decían que Dios había hecho tanto los superiores como los inferiores; y que mientras estamos en los

inferiores debemos hacer cuanto de mejor nos quepa en ellos y obtener el mayor gozo posible de la vida. Naturalmente que según fueron decayendo estas antiguas y admirables civilizaciones, sobrevinieron excesos y en el cultivo de la belleza solió olvidarse la bondad.

Tales excesos eran aborrecibles para los cristianos primitivos que al exaltar el ideal del ascetismo cayeron en el opuesto extremo de su modo de pensar y condenaron por maligno todo lo perteneciente al mundo y a la vida material.

Tales exageraciones son nocivas e innecesarias; y según el Señor Buda nos enseñó hace largo tiempo, el Sendero Medio de la razón es el más seguro, pues el inconveniente ascetismo es por una parte tan peligroso y antinatural como lo es el libertinaje por otra, y por esto hemos evitado cuidadosamente en la fraseología de la confesión todo cuanto no pudiéramos sinceramente subscribir. Hemos empleado las palabras de San Agustín quien dice que Dios nos hizo para El, y por lo tanto nuestros corazones están intranquilos hasta que hallan su descanso en El. Siempre que nos apartamos de lo que sabemos que es justo, como más o menos nos sucede por negligencia u olvido, nos sentimos desazonados hasta que se restablece la justicia, pues comprendemos que incurrimos en error. Siempre somos desdichados cuando nos extraviamos del sendero, aunque no nos demos cuenta de la Causa de nuestra desdicha. Decimos que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, a la imagen de Su propia eternidad, lo cual es un hermoso pensamiento tomado del versículo 23, capítulo II de la *Sabiduría* de Salomón.

Puesto que somos imagen de Dios, debemos mantenernos siempre en intimidad con El, en la plena luz de su poder y de su amor; pero a causa de nuestra ignorancia y error nos apartamos de El.

La finalidad de la confesión es desechar la actitud mental que nos aparta de Dios y sustituirla por una abierta y receptiva condición del hombre entero, para que pueda penetrar la luz de Dios.

La confesión no afecta directamente al eucarístico edificio que estamos construyendo, aunque es un importante factor en prepararnos para construirlo. Veamos cómo la siguiente absolución completa su resultado.

ABSOLUCIÓN

ROMANA

El Señor todopoderoso y misericordioso nos conceda indulgencia, + absolución y perdón de nuestros pecados.

R. Amén.

V. Dios mío, si nos vuelves tu rostro, nos darás vida nueva.

R. Y tu pueblo se regocijará en tí.

V. Señor, muéstranos tu misericordia.

R. Y danos tu salvación.

V. Señor, oye mi oración.

R. Y llegue a tí mi clamor.

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

LIBERAL

Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo os bendiga, guarde y santifique; el Señor, en su amable bondad, os mire graciosamente; el Señor + os absuelva de todos vuestros pecados y os conceda la gracia y consuelo del Espíritu Santo.

R. Amén.

Los correspondientes versículos y respuestas preceden al Confíteor.

S. Te suplicamos, Señor, que nos perdones y apartes de nosotros nuestras iniquidades, para que podamos llegar al Santo de los Santos con la pureza debida. Por Cristo nuestro Señor, Amén.

Te suplicamos, Señor, por los méritos de los santos cuyas reliquias yacen aquí, y por los méritos de todos los demás bienaventurados, te dignes perdonarme todos mis pecados. Amén.

Para comprender el efecto de la absolución, debemos explicar primeramente que son de todo punto falsas y engañosas las ideas de ordinario relacionadas con el perdón de los pecados.

El común concepto parece ser que habiendo hecho Dios al hombre y conociendo por lo tanto sus capacidades y exactamente cómo ha de conducirse en cualesquiera circunstancias, le vuelve no obstante la espalda y se enemista con él siempre que hace lo que por un cómputo de términos medios cabe esperar del hombre ordinario.

Con esta misma confusión tropiezan todos los investigadores del cristianismo. Si los cristianos hubiesen desechado el primitivo concepto judío de un gentilicio Dios receloso y vengativo, aceptando la enseñanza de Cristo, su guía, hubieran desaparecido inmediatamente la mayor parte de estos toscos y blasfemos conceptos.

Supongo que convendremos en que la doctrina de que Dios se encoleriza cuando el hombre yerra y que se necesita aplacarlo y suplicarle perdón, es un grosero y materialista modo de enunciar cierta ley de la Naturaleza, con la terriblemente grave objeción de que da al hombre un falso y degradante concepto de Dios e imposibilita que tome respecto de la Deidad la única actitud que facilita su progreso.

Nadie que esté en sus cabales puede suponer que Dios alimenta animosidad contra sus criaturas. Hemos de rechazar del todo la idea de que quien ha obrado mal necesita perdón, porque decir que Dios ha de perdonar a un hombre implica que si *no* lo perdonara guardaríamos rencor contra él.

Nadie tiene derecho a decir esto del divino Padre. No tiene Dios rencor a ningún hombre. Por el contrario, siempre está deseoso de auxiliar, como el sol está siempre refulgiendo. El sol no se irrita contra nosotros cuando una pasajera nube intercepta su luz y calor. El brillo del sol está siempre allí, y lo único que hemos de hacer es esperar a que pase la nube.

El Dios que suspendió nuestro sistema solar en el espacio, derramando en él Su propia vida, a fin de que nosotros y Sus otras criaturas pudiéramos existir, preside con benévolo y paternal interés el progreso de Su formidable Obra. Nos conoce mucho mejor de lo que nosotros nos podamos conocer. Tiene en cuenta nuestra fortaleza y nuestra debilidad, y no siente respecto de nosotros más rencor del que pudiéramos nosotros sentir respecto de una flor de nuestros jardines.

Al contrario, vigila nuestro adelantamiento y nos auxilia diversamente en nuestro camino, y acaso se complace cuando comprendemos y nos aprovechamos del auxilio; pero aun cuando así no lo hagamos, nunca está lejos de nosotros el sostén de Su auxiliadora mano, pues de lo contrario rápidamente dejaríamos de existir.

La *atención* de Dios mantiene Su sistema en existencia, y si por un momento la retirara se disgregaría inmediatamente en las burbujas⁴ de que está construido. Y esta *atención* se manifiesta en los planos inferiores como una energía o más bien como un número de diversas energías. Difícil es verbalizar estos conceptos sin forzosamente materializarlos; pero más vale materializarlos aun con exceso, que desconocer por completo su esplendor y belleza.

Procuremos explicar lo que realmente sucede cuando un hombre comete lo que suele llamarse pecado. El pecado es algo contrario a la divina voluntad, es decir, a la corriente de evolución. Si un hombre hace intencionadamente algo que entorpezca su propia evolución o la del prójimo, obra categóricamente mal. Pero dudo de que haya alguien capaz de obrar mal por el mero deseo de hacer mal, excepto en muy raros casos, como el de las atrocidades germánicas. Generalmente, lo que llamamos pecado deriva de dos causas: o el hombre es ignorante y yerra por ignorancia, o es negligente y egoísta sin reparar bien en las consecuencias de sus actos. Si el hombre comprendiese del todo lo que está haciendo cuando peca, no pecaría. Muchas iniquidades provienen de la avaricia, de la apetencia de dinero, porque los avarientos no conocen nada mejor y para ellos es de suma importancia el dinero.

Otra gran coluvie de males dimanar de la pasión animal. También los lujuriosos son ignorantes y egoístas, y no comprenden verdaderamente el daño que se hacen a sí mismos y a los demás. El medio de eliminar el mal es el acrecentamiento de la sabiduría como el Señor Buda predicó en la India hace dos mil quinientos años.

Por lo tanto, definamos el pecado diciendo que es todo pensamiento, palabra y obra que no está en armonía con la voluntad de Dios respecto del hombre, esto es, con la evolución. El pecado es íra-wígresión en vez de progresión. No es un movimiento *hacia adelante* aparejado con la fuerza evolucionadora sino que *atraviesa* la línea de su corriente. La divina voluntad actúa con presión continua hacia adelante y hacia arriba, produciendo efectivamente en la materia superior (hasta el nivel etéreo) una especie de tensión que verbalmente sólo cabe expresar diciendo que es una tendencia a moverse en determinada dirección, como el flujo de una corriente espiritual.

Cuando los pensamientos, palabras y acciones del hombre son buenos, se abre más plenamente a dicho flujo que en él penetra y lo impulsa. Pero cuando piensa u obra mal, se desvía de la dirección de la corriente espiritual, produciendo con ello un retorcimiento o esguince en la materia mental, astral y etérea, de suerte que ya no está en armonía con la Naturaleza ni es una fuerza coadyuvante sino entorpecedora, un tocón en el río de la vida.

Dicho retorcimiento o esguince paraliza casi por completo entre tanto el progreso del hombre y lo incapacita para aprovecharse de las benéficas influencias que continuamente brotan a lo largo de la citada corriente espiritual. Antes de que el hombre sea capaz de hacer verdadero bien a sí mismo o a otro es indispensable que enderece aquel retorcimiento y se coloque en armonía con la Naturaleza para de nuevo ser capaz de recibir las benéficas influencias y aprovecharse de los muchos y valiosos auxilios que tan pródigamente están dispuestos para él.

Los diversos vehículos del hombre no están separados en espacio, porque los tipos de materia sutil interpenetran siempre los de grosera. Pero cuando se miran desde abajo, dan la impresión de que están colocados uno sobre otro y enlazados por innumerables y

⁴ Véase el Apéndice.

finísimos hilos o líneas de fuego, que a cada obra contraria a la evolución se retuercen y enmarañan. Cuando el hombre procede muy malignamente en cualquier sentido, la maraña llega a ser tan confusa que obstruye gravemente la comunicación entre los cuerpos superiores y los inferiores; y ya no es el hombre su verdadera individualidad, pues sólo se manifiesta plenamente el aspecto inferior de su carácter.

Hemos de comprender claramente que en el largo y lento transcurso de la evolución, las fuerzas naturales son perfectamente capaces de enmendar esta deplorable condición. La constante presión de la corriente espiritual acabará por vencer el obstáculo, aunque tal vez hayan de transcurrir meses y aun años antes de realizarse por completo la normalidad, si bien el ardiente esfuerzo por parte del hombre puede acortar este período; pero aun entonces queda la propensión a reincidir en el retorcimiento, y por lo tanto le conviene al hombre encontrar otro medio más expedito de restablecer la normalidad.

La Iglesia proporciona este método, porque una de las facultades conferidas al sacerdote en la ordenación es la de poder desenmarañar el embrollo ocasionado en la materia superior.

Cristo habló de este poder en clarísimas palabras, aunque las gentes no hacen caso de ellas o tratan de explicarlas caprichosamente, porque han entorpecido su entendimiento con la idea de un perdón sentimental y no pueden comprender que tratamos de un método rigurosamente científico.

Pero el sacerdote de por sí no puede obrar este maravilloso prodigio de curación, pues necesita el concurso del enfermo. Nadie puede forzar a un hombre a ponerse en armonía si persistentemente se mantiene en discordancia. Tan sólo "si confesamos nuestros pecados", entonces "él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad".

Es indispensable que el pecador anhele sobreponerse a las imperfecciones de su naturaleza y vivir la vida superior. En todos sus principales servicios, la Iglesia proporciona una fórmula de confesión general para que la reciten los fieles, y una fórmula de absolución para que la pronuncie el sacerdote. Si alguien de la congregación siente verdadero dolor de algún desliz o error en que haya incurrido, y anhela fervorosamente ponerse de nuevo en armonía con la corriente de evolución, no cabe duda de que la energía divina que fluye por conducto del sacerdote cuando pronuncia la absolución fluirá por los vehículos superiores del penitente desenredando la maraña y enderezando los torcidos hilos hasta colocarlo de nuevo en perfecta armonía con la voluntad de Dios.

El sacerdote derrama la anergía absolutoria sobre los fieles sin saber en quién ni en qué sentido produce su efecto; pero si alguien se llega a él y en privado le declara su culpa, tendrá tal vez el sacerdote alguna ventaja para concentrar toda la energía en el preciso punto en que necesite concentrarla. Además, independientemente del poder que se le ha conferido, podrá el sacerdote dar por experiencia muy valiosos consejos.

Pero no hemos de suponer que la pública absolución dada al conjunto de la grey sea en modo alguno menos eficaz que la absolución privada, con tal que el propósito de enmienda por parte del pecador sea igualmente fervoroso y sincero. Según queda dicho, en el lento transcurso del tiempo, el retorcimiento puede enderezarse por influencia de las fuerzas evolucionarías, y no cabe duda de que el ardiente deseo de enmienda por parte del pecador apresurará dicho proceso. La acción del sacerdote en este particular es lo que comúnmente se llama un "medio de gracia", un leve auxilio en el camino de la evolución,

concedido por Cristo a sus fieles.

En la Iglesia católica liberal, la confesión auricular es enteramente optativa y no se requiere como preliminar para recibir la Sagrada Comunión. No se estimula su práctica frecuente y sistemática, pues comprendemos que en tales condiciones la confesión detallada arriesga convertirse en rutina invalidando toda eficacia espiritual en la conducta del individuo. De ordinario, basta la confesión general en la Sagrada Eucaristía.

Conviene advertir que el efecto de la absolución se contrae estrictamente a corregir el retorcimiento antes descrito. Desobstruye algunos canales que en gran parte obturó el mal pensamiento o la vitanda acción; pero en modo alguno neutraliza las materiales consecuencias de la mala acción ni evita la necesidad de reparar el perjuicio causado.

Por ejemplo, el que hurta se hace culpable de tres modos distintos: ha quebrantado la ley de amor y justicia, y por lo tanto se ha separado de la plena y libre comunicación con el aspecto superior de la Naturaleza; ha infringido las leyes de su país; y ha perjudicado al individuo a quien hurtó. Si reconoce completamente el mal que ha hecho y desea de todo corazón enmendarlo, la absolución del sacerdote desenredará la maraña etérea, astral y mental producida por la culpa o más bien por la mental actitud que la hizo posible; pero no le libra de la penalidad legal correspondiente a su acción ni de restituir en seguida y del todo lo que hurtó.

La embriaguez es una tentación para quienes están en un grado inferior de desenvolvimiento. El que a ella sucumbe se halla sin duda en la triste necesidad del auxilio de la absolución para derribar las barreras que interpuso entre él y el fulgor de la gracia de Dios; pero al embriagarse ha también debilitado su voluntad y perjudicado su salud, y no ha de esperar que la absolución le fortalezca la voluntad ni le repare la salud.

El sacramento vuelve a poner al hombre bien con Dios; pero no le libra de la responsabilidad de sus acciones ni en modo alguno invalida sus materiales consecuencias. Es un proceso espiritual que desata las ligaduras del pecado; un proceso de aunamiento con el Yo superior, la restauración de la interna armonía perturbada por la culpa, a fin de que el hombre pueda hacer un nuevo esfuerzo hacia la rectitud, fortalecido por el incesante flujo de la divina energía en su interior. El hombre no puede eludir las consecuencias de sus maldades, aunque sí puede neutralizarlas, estableciendo nuevas causas de armónica índole. "No os engaños; Dios no puede ser burlado; que todo lo que el hombre sembrare, eso también cosechará".

EL INCENSAMIENTO

Sigue después la hermosa ceremonia del incensamiento que requiere unas cuantas palabras de explicación. Data esta ceremonia de los primeros días de la Iglesia y la menciona Orígenes. Muy significativo es el uso del incienso, y al propio tiempo simbólico, honorífico y purificador. Se eleva ante Dios como símbolo de la devoción y oraciones de los fieles, pero también se difunde por toda la Iglesia como símbolo del suave perfume de la bendición de Dios. Se ofrece en señal de respeto, como se hacía en varias religiones antiguas, aunque asimismo se usa con la concreta idea de purificación, por lo que el sacerdote infunde en el incienso una santa influencia con el propósito de que doquiera penetre su perfume y por doquiera pase la más mínima partícula bendita, entrañará un sentimiento de paz y pureza, ahuyentando todos los discordantes pensamientos y emociones.

Aun el incienso no bendito es de por sí beneficioso, porque está cuidadosamente elaborado con ciertas gomas cuya longitud de onda vibratoria armoniza perfectamente

con las vibraciones devocionales y espirituales, mientras que es hostil a casi todas las demás vibraciones. La magnetización tan sólo intensifica sus naturales características, aunque puede añadirle otras vibraciones especiales; pero en todo caso, siempre es conveniente usarlo en las ceremonias religiosas. También tiene muchas de las mismas propiedades la madera de sándalo; y el perfume del puro aceite esencial de rosas produce asimismo buen efecto, aunque de distinto carácter. Se conocen más de cien variedades de incienso y cada uno de los ingredientes empleados tiene su especial influencia en los cuerpos superiores del hombre. Hay una ciencia de los perfumes, pues por medio de ellos es tan posible invocar a las malas como a las buenas Potestades.

Casi todos los inciensos elaborados con destino a la Iglesia contienen gran proporción de benjuí y olíbano, pues la experiencia ha demostrado que ambos son eficaces y agradables. El benjuí es por todo extremo ascético y purificante, y arrasa toda forma grosera de impuros pensamientos. Es excelente para usarlo en una espaciosa catedral atestada de gentes no muy evolucionadas. En asambleas menos numerosas y de no tan rústica mentalidad es necesario añadir otros ingredientes para obtener buenos resultados.

El olíbano es el incienso especial de la devoción y su fragancia despierta vivamente este sentimiento en cuantos son capaces de él, y lo intensifica hondamente en quienes ya existe. En la práctica resulta muy satisfactoria una prudente mixtura de ambas gomas, por lo que se emplean frecuentemente como fundamental perfume al que pueden añadirse otros secundarios.

Al acercarse el turiferario con el portador de la naveta, el celebrante echa un poco de incienso en el incensario, y lo bendice solemnemente, diciendo: "Bendito seas >ft por Aquel en cuya honra quemarás". Si está presente un obispo, será mejor que él lo bendiga, añadiendo algo más de incienso sin intervención del celebrante. Mientras se bendice el incienso, la mejor intención mental es la capaz de allanar el camino, perforar el espacio y polarizar cuanto encuentre a su paso. El pensamiento que yo mantengo en la mente al bendecir el incienso es que "enderece los caminos del Señor".

Se ha preguntado si sería posible bendecir de antemano toda la naveta, en vez de la porción de incienso que se echa en el incensario. No tendría esto tanta eficacia, porque el incienso no retiene indefinidamente el magnetismo como lo retendría una piedra preciosa. Es mejor bendecirlo cada vez que se echa una porción sobre las ascuas, porque de este modo el magnetismo se infunde en el incienso en el preciso momento de quemarse, cuando es más fácil que lo compenetre y así se obtiene el mejor efecto.

Después procede el celebrante a incensar el altar, procurando con ello henchirlo, así como la atmósfera circundante, de elevadas y santas influencias y proseguir en los planos superiores el preparatorio proceso ya cumplido en el etéreo nivel por medio del asperges.

El altar va a ser el centro de una formidable radiación y es necesario repararlo a fin de que no se disipe ninguna de las energías que ha de transmitir. Si no se incensara, gran parte de la energía que fluye en el acto de la consagración, se consumiría en ordenar las partículas del altar para transmitir la energía de suerte que convenientemente se distribuya. La incensación del altar da buen resultado porque infunde con completa exactitud el magnetismo por todo el altar y por doquiera sobre él.

La línea central del altar, en donde se colocan la Hostia y la Cruz, señala la dirección que ha de seguir la energía de la Consagración, y por lo tanto es preciso incensar primero dicha línea y desembarazar el camino.

Hemos adoptado con leves modificaciones el ritual romano de la incensación; pero damos a la Cruz nueve balanceos de incensario, dispuestos en grupos de tres, lo cual es más conveniente al propósito que los tres dobles balanceos de la Iglesia romana. En este acto tributamos cuanto honor nos cabe a todo lo que la cruz simboliza: el Cristo y el magno Sacrificio que dio existencia al universo. También los nueve balanceos del incensario tienen bello y especial significado, porque simbolizan la ofrenda que el trino hombre presenta al trino Dios que lo hizo a su imagen y semejanza. Denota que "en espíritu, alma y cuerpo" (fase cristiana equivalente a lo que los estudiantes llaman mónada, ego y personalidad) nos dedicamos sucesivamente a cada una de las Personas de la Santísima Trinidad.

A medida que el sacerdote incensa el altar, todos los fieles deben hacer mentalmente la entrega de sí mismos, despertando con ello todo cuanto todavía puede estimularse en cada uno de los tres aspectos de su ser, y preparándose para tomar luego parte en el Kyrie.

Al tomar el sacerdote el incensario de manos, del diácono, se vuelve y haciendo una genuflexión, dice en voz baja:

"Dedico al Padre (al balancear tres veces el incensario) espíritu, alma y cuerpos". Aquí se detiene un momento para decir mentalmente. "Dedico al Hijo (según hace los tres balanceos) espíritu, alma y cuerpos". Se detiene de nuevo antes del tercer juego de balanceos, y dice mentalmente: "Dedico al Espíritu Santo (mientras balancea el incensario) espíritu, alma y cuerpos". Después hace una genuflexión, se vuelve hacia los candeleros del lado de la epístola y los va incensando uno tras otro con un sencillo balanceo de incensario (Diagrama 3) que no sólo magnetiza los cirios sino también aquella porción de la superficie del altar cubierta por el movimiento del incensario.

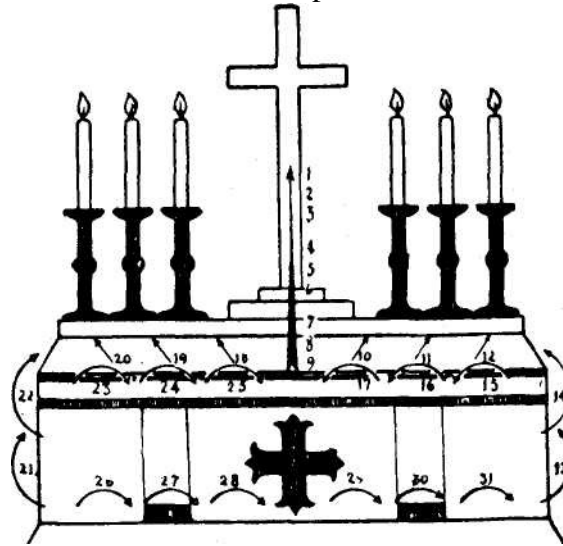


DIAGRAMA 3.—INCENSAMIENTO DEL ALTAR. Los números indican el orden de los balanceos o golpes de incensamiento que hace el sacerdote. Las flechas indican la dirección del balanceo. Nótese que en el diagrama no está representado el tabernáculo que debe formar parte de todo altar, porque su exclusión deja el dibujo más compacto.

Mientras esto hace, el sacerdote ha de pensar en cada uno de los siete Rayos, simbolizados por los seis cirios y la

cruz, o más exactamente por la lámpara que está delante de la cruz y puede considerarse como su prolongación.

Siendo esto categóricamente una religión de Cristo, Cabecera del segundo Rayo, y

la cruz latina Su símbolo especial, la cruz del altar representa para nosotros el segundo Rayo, y al dirigir el incensario hacia la cruz, adoramos a la Santísima Trinidad "por medio de Cristo nuestro Señor" según solemos decir en nuestras oraciones.

El primer cirio incensado (el más cercano a la cruz en el lado sur o de la epístola) representa el primer Rayo; el siguiente representa el cuarto; y el del extremo representa el quinto. El cirio más próximo a la cruz en el lado del evangelio representa el séptimo Rayo (el que actualmente predomina en el mundo); el siguiente el tercero; y el último, el sexto.

La asignación de los Rayos a los cirios está en armonía con la disposición de las joyas en el ara según se manifiesta en la Parte III. El Diagrama 8 esclarecerá la relación entre ellos.

Al incensar cada cirio debe pensar el sacerdote en «1 Rayo que simboliza, tributando adoración a Dios en este particular respecto, y los fieles también han de mantenei, en cuanto sean capaces, el mismo pensamiento. Esto significa lo que en realidad es una clase de doble pensamiento: procurar el desenvolvimiento en nuestro interior de la cualidad peculiar del respectivo Rayo, y al propio tiempo dedicar al servicio de Dios todo cuanto uno posea de dicha cualidad. Por lo que a nuestro propósito se refiere, las características de los Rayos y las aspiraciones que debemos ofrecer, pueden expresarse como sigue:

1. Fortaleza.

"Seré fuerte, valeroso y perseverante en Su servicio".

2. Sabiduría.

"Alcanzaré la intuitiva sabiduría que sólo cabe educir por el perfecto amor".

3. Adaptabilidad o tino.

"Procuraré adquirir la facultad de decir y hacer precisamente la cosa justa en su oportuno momento, y de tratar a cada cual en su propio terreno, a fin de auxiliarle más eficazmente".

4. Belleza y armonía.

"En cuanto se me alcance, infundiré belleza y armonía en mi vida y en mi ambiente, para que sean más dignos de El. Aprenderé a ver lo bello en la Naturaleza toda para mejor servirle".

5. Ciencia (conocimiento concreto).

"Adquiriré conocimiento y corrección para emplearlos en Su obra".

6. Devoción.

"Fomentaré en mí la potente facultad de la devoción para por su medio traer a otros a El".

7. Ordenado servicio (ceremonial en que se invoca el auxilio angélico).

"Dispondré y ordenaré mi servicio de Dios según las reglas que El prescribió, a fin de capacitarme plenamente para aprovechar el amoroso auxilio que Sus santos ángeles están siempre en espera de prestar".

Es evidentemente imposible emitir estos pensamientos durante el tiempo que se tarda en un solo balanceo del incensario, y así conviene insinuar que cuando el sacerdote dobla la rodilla después de incensar la cruz, debe decirse: "Para Su servicio fomentaré en mí (según vaya incensando uno tras otros los cirios) (1o.) la fortaleza, (4o.) la armonía (5o.) el conocimiento. Después incensa el lado sur del altar por debajo y por encima (Diagrama 3) cuidando de abarcar bien todo el lado. Entre tanto, y durante la siguiente

operación, mantendrá firmemente este pensamiento: "Que Su fortaleza haga un seguro escudo para Su gracia". Después incensa el borde y el extremo del altar, incluso los vasos sagrados que haya en él. Al volver al centro del altar, dobla la rodilla y de nuevo piensa: "Para Su servicio fomentaré en mí (según vaya incensando los cirios) (7o.) el orden, (3o.) la adaptabilidad y (6o.) la devoción.

Después de incensar también el borde y extremo del lado norte o del evangelio, reitera la previa idea de engendrar un tan impetuoso torbellino de fuerza que nada sea capaz de resistirlo, empleando las mismas palabras que en el lado sur o de la epístola, y manteniendo este pensamiento mientras incensé la parte inferior del altar en ambos lados. Cuando sólo hay dos cirios, como en las misas privadas, el sacerdote debe incensar tres veces cada cirio, manteniendo los mismos pensamientos ya referidos.

De esta suerte queda el altar envuelto en una cubierta de poderoso magnetismo que produce su efecto en el material de que está construido y en los objetos puestos encima de él, a manera de la magnetización de una varilla de hierro. Por esta misma influencia, la masa de éter que rodea el altar se separa del resto, pues entre tanto no ha de incorporarse a la general circulación etérea, sino que por estar especialmente polarizada permanece allí como en remanso, pero sin perder elasticidad y circunscrita durante un lapso alrededor del altar hasta que la dilata y extiende la segunda incensación.

Si consideramos la Hostia como uno de los polos de un imán (siendo el otro polo el mismo Cristo) el remanso etéreo será el campo de fuerza de tal imán. Así como durante la celebración queda el espacio interior del edificio eucarístico separado por una valla del mundo exterior, así también el campo magnético alrededor del altar queda temporalmente circuido y separado del resto de la iglesia, como el Lugar Santísimo o Santo de los Santos en el interior del templo. Variando el símil podemos suponer que la iglesia o más bien el edificio eucarístico es una central eléctrica, el remanso etéreo la dínamo y el celebrante el ingeniero director. En señal de que únicamente el sacerdote está adscrito a este intérrimo santuario, se le incensa exclusivamente a él.

Aquí echamos de ver otra de las muchas ventajas de la Misa Mayor respecto de la ordinaria celebración. Se comprenderá claramente que conviene reservar dicho campo magnético para el exclusivo fin de recibir y almacenar la energía de lo alto, y evitar, en cuanto quepa, la acción de cualquier fuerza que pudiera entremezclarse con ella. Tal es la función del celebrante, quien por necesidad ha de estar dentro del área reservada, para recibir los flujos de fuerza engendrados por la devoción de los fieles, y expedirlos por su ascendente camino. Pero como dichos flujos son de diversa índole y distinta intensidad, es preciso armonizarlos, coordinarlos, purificarlos y a veces considerablemente transmutarlos antes de que el sacerdote pueda utilizarlos con la mayor ventaja posible y entrefundirlos en una corriente capaz de entrañar cuanta cantidad de energía extraiga del inagotable depósito divino.

Esta operación de clasificar, ordenar y depurar consume mucha parte de la energía del celebrante (aunque acaso él no lo note) e irremediablemente ocasiona rozamientos y perturbaciones en el campo etéreo. Todo esto se evita en la Misa Mayor, porque según ya dije, los flujos de fuerza de los fieles pasan por el diácono y el subdiácono quienes los clasifican y depuran *fuera* del campo magnético, enviando después homogéneas y depuradas corrientes de fuerza al celebrante cuya eficacia puede así mantenerse en alto nivel dentro del campo. En verdad que sólo por este procedimiento cabe tratar del todo satisfactoriamente con el heterogéneo y confuso flujo de una numerosa y entusiasta

congregación (Diagrama 2).

Al considerar los muchos beneficios que nos allega el uso del incienso no debemos pasar por alto el auxilio de la especial jerarquía de ángeles y de espíritus de la naturaleza que actúan por su medio. Los ángeles del incienso son dos órdenes completamente distintos, y ni uno ni otro será comprensible para nadie excepto para quienes hayan dedicado mucho estudio a tales asuntos. Estos investigadores saben que hay ángeles de la música; seres poderosos que se expresan en música como nosotros nos expresamos en palabras, y para quienes un arpegio es un saludo, una fuga, una conversación y un oratorio una oración. Hay ángeles del color, que se expresan por medio de caleidoscópicos cambiantes de brillantes matices y por coruscaciones y centellos de irisada luz.

También hay ángeles que viven en lo que nosotros llamamos perfumes y fragancias y por su medio se expresan, aunque ambas palabras parecen degradar y materializar las exquisitas emanaciones en que tan gozosamente se solazan. Una subdivisión de este orden incluye los ángeles del incienso cuyas vibraciones los atraen y ellos se complacen y deleitan grandemente en utilizarlas.

Además, hay otro orden al que no le cuadra con tanta propiedad el título de ángel. Son igualmente bellos y graciosos en su porte, pero en realidad pertenecen al reino de los espíritus de la naturaleza. Se parecen en un aspecto a los infantiles angelitos de Ticiano o Miguel Ángel, aunque sin alas. No se *expresan* por medio de perfumes, sino que viven y *se nutren* de emanaciones aromáticas, por lo que siempre están en donde se difunde una fragancia. Hay muchas variedades, y unos se alimentan de groseros y repugnantes olores, mientras que otros sólo gustan de los exquisitos y delicados aromas. Algunos de ellos acuden especialmente al olor del incienso y siempre están en donde se quema.

Cuando incensamos el altar, formando con ello un campo magnético, encerramos en él a unos cuantos de estos deliciosos pigmeos que absorben buena porción de la energía allí acumulada y son útiles agentes de distribución a su debida hora.

De tantas maneras vale el incienso en nuestro servicio, que es sumamente apetecible aprovechar sus notables cualidades doquiera sea posible. Todo sacerdote debería tener en cuanto le cupiera un incensario en su oratorio particular y usarlo en la diaria celebración. La iglesia maronita del monte Líbano siempre usa incienso, tanto en la misa rezada como en la mayor, y la Iglesia católica liberal sigue en este punto su ejemplo en cuanto le es posible.

DOMINUS VOBISCUM

ROMANA

V. El Señor sea con vosotros
R. Y con tu espíritu.

LIBERAL

S. El Señor sea con vosotros.
C. Y con tu espíritu.

Mediante esta segunda bendición menor, el sacerdote colecta toda la fuerza que los fieles han engendrado con su sentimiento de gratitud por la absolución. También los coloca dicha bendición en tan estrecha armonía con el sacerdote como sea posible, y él procura compartir con ellos, en cuanto alcanza, la admirable electrización recibida durante la ceremonia del incensamiento. El campo magnético, el espacio aislado, se va

cargando de más en más, y por esta acción proyecta el sacerdote parte de aquella fuerza sobre la congregación, y la pronta respuesta de los fieles los liga íntimamente con él, de modo que las vibraciones de ellos se elevan a más alto nivel. Las cuerdas de la conciencia superior se fortalecen y templan.

La enmienda efectuada por la absolución hizo posible este concierto, de modo que los fieles pueden estar mucho más unidos de lo que antes les hubiera sido posible, así como un haz de varillas se puede atar más estrechamente que un montón de irregulares y retorcidas ramas. Cada uno de los fieles tenía sus angulosidades y torceduras que ya se han enderezado considerablemente, y al menos hay ahora un aproximado paralelismo y por lo tanto mayor capacidad para la colaboración psíquica en la construcción del edificio euca-rístico por el hermoso acto de adoración llamado Introito. En la forma breve de Eucaristía, en vez de la bendición menor antes del Introito se hace especial referencia a la obra que hemos emprendido. El sacerdote canta: "Con alabanza y oración será construido nuestro Templo". Y los fieles responden: "De sólo Dios sea la gloria".

INTROITO

ROMANA

LIBERAL

El introito varía. El siguiente es el del domingo de la Trinidad.

+ Bendita sea la Santísima Trinidad e indivisa Unidad; confesémosla porque usó de misericordia con nosotros. ¡Oh! Señor-, Señor nuestro. ¡Cuan admirable es en toda la tierra tu alto nombre!

Gloria sea al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio y ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén. Bendita sea la Santísima Trinidad e indivisa unidad: confesémosla, porque usó de misericordia con nosotros.

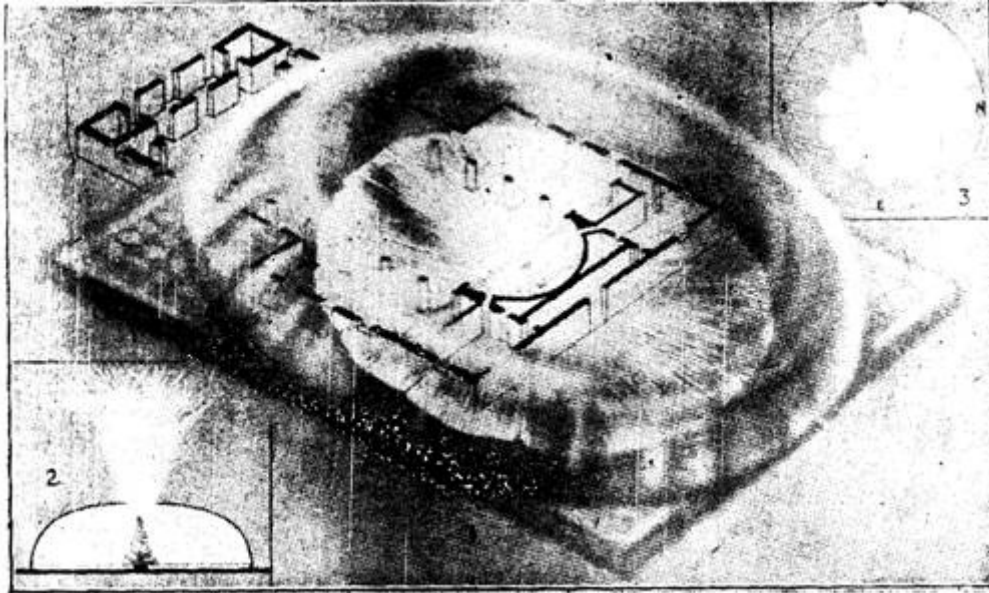
+ Bendita sea la Santísima Trinidad, la indivisa Unidad, eterna, inmortal, invisible, a Quien sea honor y gloria por siempre y siempre Amén.

¡ Oh! Señor nuestro; ¡ cuan excelente es Tu nombre en todo el mundo!

Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, y ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén. Bendita sea la Santísima Trinidad, la indivisa Unidad, eterna, inmortal, invisible, a Quien sea honor y gloria por siempre y siempre.

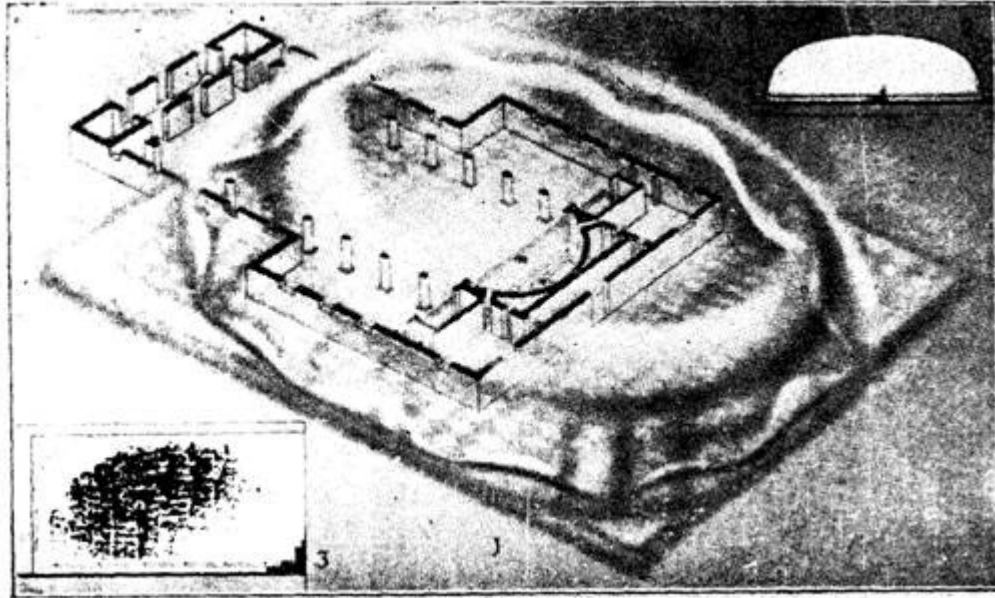
El Introito es esencialmente un ulterior reconocimiento e invocación de la potencia y esplendor del Nombre que supera a todo nombre; y nos recuerda siempre que en realidad es sinónimo del Poder que excede a todo poder. Porque su principal distintivo es el versículo: "¡Oh! Señor nuestro Dios ¡cuan excelente es Tu nombre en todo el mundo!" El resto del Introito consiste en el usual Gloria Patri que se añade a dicha frase, y una magnífica antífona que la precede y sigue. No fuera fácil inventar un más delicado tributo de alabanza, y es sumamente eficaz para proporcionar el material de las paredes y techumbre del edificio. La vivificada materia se derrama en copiosas ondas sobre el pavimento de mosaico, lo inunda, y se encorva hacia arriba en los bordes siguiendo (en lo concerniente a la iglesia) la configuración de la burbuja formada en el asperges, pero reduplicando la configuración también en el lado oriental del altar.

Por la señal de la cruz al principio, cada persona se abre plenamente a la influencia de la electrización, y movida de este admirable estímulo se deshace en amor, devoción y adoración.



LAMINA 7. (Fig. 1).-Formación de los pétalos al comienzo del Introito. No se forman simultáneamente como aparecen en la lámina, sino que brotan *uno* tras otro dirigidos por el Angel. (Fig. 2).-Sección transversal que muestra el vórtice del rededor del altar puesto en acción cuando aparecen los pétalos. (Fig. 3).-Orden de formación de los pétalos. El primero dirigido hacia occidente, y los demás a intervalos a medida que el Angel da vuelta en círculo en el sentido de las manecillas de un reloj.

La primera oleada de esta fuerza que fluye de la congregación al altar forma en su torno un enorme vórtice (lámina 7) en el cual se vierte torrencialmente la divina respuesta al devoto sentimiento; pero el Ángel de la Eucaristía la extiende rápidamente por fuera del vórtice y la impulsa hacia abajo de modo que fluye en todas direcciones a lo largo del pavimento y se encarama por las paredes, con curiosa semejanza al rápido crecimiento del cáliz de una flor. (Lámina 8).



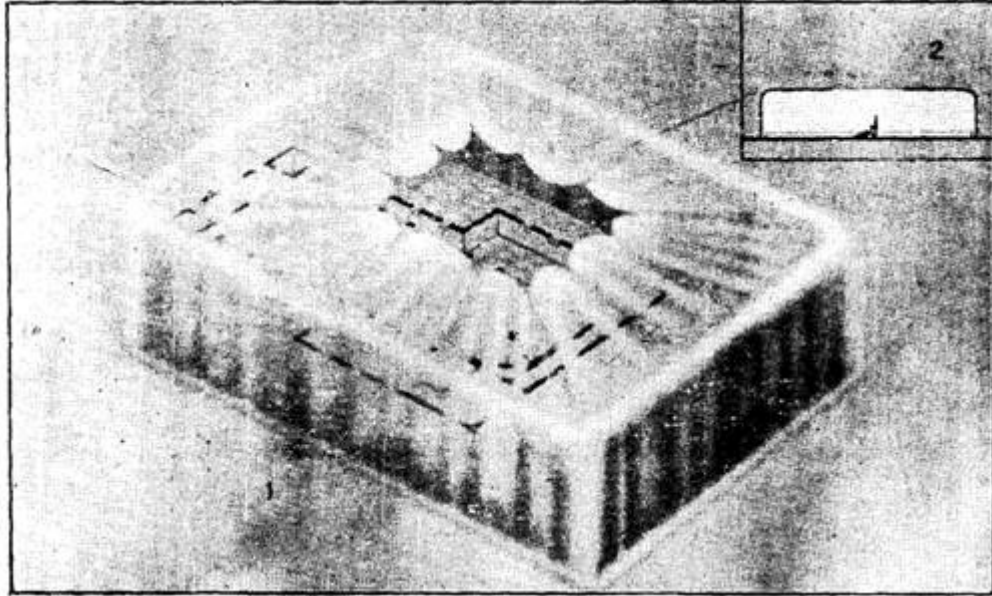
LAMINA 8. (Fig. 1).-Forma de copa producida por los pétalos al rizarse en movimiento ascendente, siguiendo la película de la burbuja. (Fig. 2).-Sección transversal que muestra dos juegos de pétalos en diferentes grados de desarrollo. (Fig. 3).-Sección transversal que muestra los varios contornos de forma al cambiar de burbuja redonda en oblonga.

Cada frase del Introito envía una nueva oleada, y el ascendente material se vuelve a encorvar en forma de techumbre, de suerte que en esta etapa se parece el edificio a un enorme saco cilindrico con los cantos y bordes redondeados (Lámina 9).

El Angel, magníficamente idóneo, está en el centro, junto al altar, difundiendo hábilmente la energía en todas direcciones con maravillosa facilidad y exactitud, logrando así comprimir las curvas en ángulos hasta que tenemos un edificio de oblonga configuración (Lámina 10). Los colores son todavía principalmente el carmesí y el azul, los mismos del pavimento, aunque a veces se entrefunden en morado con ocasionales toques de hermoso color de oro.

El material es al principio más grueso cerca de la base de las paredes y por lo tanto de más intenso azul; en la parte superior es más delgado y ligero, con delicados tonos de rosa y azul celeste de indescriptible luminosidad; pero a medida que prosigue la erección, el edificio va siendo más firme y menos tenue.

En el misal romano, el Introito es distinto según la temporada del año. Nosotros hemos creído mejor evitar esta variedad, y hemos adoptado con preferencia la costumbre de la Iglesia griega que no altera de tal suerte su servicio.



LAMINA 9. (Fig. 1).-Forma cilíndrica alargada con los ángulos romos, tal como se ve hacia el fin del Introito Los pétalos brotan hacia el centro de la techumbre un momento antes de encontrarse y unirse. (Fig. 2).-Sección transversal de la forma.

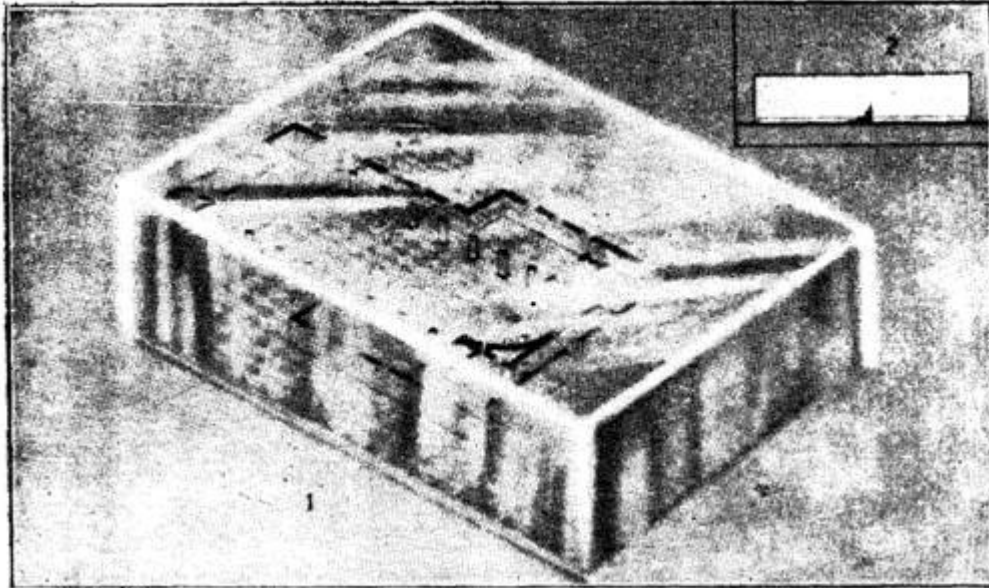
Vemos que los diversos Introitos de la Iglesia romana no tienen en modo alguno la misma eficacia para producir el material necesario para el edificio, por lo que parece conveniente escoger el mejor de ellos con levísimas modificaciones; y aun más importante consideración es que los fieles se aunan más fácil y cordialmente si les son familiares las palabras. Cuando conocen lo que se está haciendo en el servicio, son capaces de poner su pensamiento en lo que dicen, en vez de tener que fijarse en cómo adaptar la letra a la música; por lo que si deseamos cooperación verdaderamente entusiasta y cordial por parte de quienes no están muy versados en el canto, resulta evidente que la mayor parte del ritual ha de ser invariable, para que lo puedan aprender de memoria.

ROMANA	KYRIE	LIBERAL
Kyrie, eleison.	Kyrie, eleison.	
Kyrie, eleison.	Kyrie, eleison.	
Kyrie, eleison.	Kyrie, eleison.	
Christe, eleison.	Christe, eleison.	
Christe, eleison.	Christe, eleison.	
Christe, eleison.	Christe, eleison.	
Kyrie, eleison.	Kyrie, eleison.	
Kyrie, eleison.	Kyrie, eleison.	
Kyrie, eleison.	Kyrie, eleison.	

En nuestra liturgia han quedado las mismas palabras del lenguaje original. La frase "Kyrie eleison" suele traducirse por "Señor, ten misericordia de nosotros". Esta versión

entraña la falsa e indigna idea de que Dios está enojado con nosotros y que debemos impetrar misericordia. Además, corre parejas con la servil actitud a que antes nos referimos diciendo que tan funesta es para la verdadera devoción.

Ciertamente que el verbo griego *eleo* es susceptible de aquel significado cuando se usa para expresar la petición de un preso a un juez; pero tiene otra acepción más natural según demuestra el uso que hacemos de la palabra inglesa *eleemosynary* que de dicho verbo griego se deriva y nos sugiere la idea de dar liberalmente, como limosna, por lo que fuera más propia traducción de la frase *Kyrie eleison*, la de "Señor, entrégate a nosotros" o bien "Señor, efúndete".



LAMINA 10. (Fig. 1).-Forma oblonga con ángulos vivos y extremos cuadrados tal como se ve al final del Introito. (Fig. 2).-Sección transversal de la forma

La deprecación del Kyrie es evidentemente precristiana, porque en realidad traduce la que en los Misterios egipcios se dirigía a Ra, dios solar, suplicándole que derramase sobre los fieles sus benéficos y vivificantes rayos, no los que abrasan y destruyen.

Cuando nos damos cuenta del verdadero propósito de la celebración de la Eucaristía y comprendemos que va a continuar el magno Sacrificio, echamos de ver al punto cuan sumamente adecuada es una deprecación como aquella y cuan hábilmente trazada está la singular fórmula que la expresa.

Porque esta nóuple invocación corresponde a la nóuple ofrenda de espíritu, alma y cuerpos durante la incensación, da acceso al hombre a aquellos tres niveles, y la respuesta que recibe llena los abiertos canales.

Mientras el celebrante canta la primera deprecación, acercándose con todas sus fuerzas al Padre de todo y procurando realizar su absoluta unidad con El, debe pensar con profundo convencimiento: "Soy una chispa de Tí, Viviente llama. ¡Oh! Padre efúndete en Tu chispa y a través de Tu chispa".

Manteniendo la misma actitud de ánimo mientras canta la segunda deprecación, pensará: "Padre, inunda mi alma de modo que alimente a otras almas". Y la tercera: "Padre, Tuyos son mis cuerpos. Empléalos en Tu gloria".

En la cuarta, quinta y sexta deprecaciones reiterará dichos pensamientos, pero substituyendo la idea del Padre por la del Hijo; y en la tercera serie de deprecaciones, las

ofrecerá al Espíritu Santo.

Sin embargo, nada debe pedir el celebrante para sí solo ni enorgullecerse de haber sido escogido como especial conductor de la gracia de Dios, sino que más bien ha de reconocerse como uno entre sus hermanos y un soldado entre sus compañeros.

Cuando la congregación comprende este sistema deprecatorio y eficazmente lo realiza, se producen notables resultados en el edificio eucarístico. De la techumbre brota un espléndido grupo de agujas hermosas y sugestivamente dispuestas (Diagrama 4). La primera identificación del espíritu con el Padre de todo hace surgir una hermosa aguja central; la segunda y tercera deprecaciones proyectan análogas, pero algo más pequeñas agujas en el norte y sur de la primera. La cuarta deprecación produce otra aguja a oriente de la central, mientras que la quinta y sexta engendran más pequeñas agujas en los ángulos nordeste y sudeste de la techumbre formando un triángulo con la cuarta. La séptima deprecación levanta una aguja a occidente de la central, completando así en forma de rombo el grupo que a éste rodea, mientras que la octava y novena deprecaciones ocupan los ángulos noreste y sudeste formando un triángulo con la séptima. Los grabados darán más clara idea de este ordenamiento.

Únicamente una congregación muy bien ejercitada es capaz de erigir este bosque de agujas. Los primeros esfuerzos producen cuencos invertidos a manera de cúpulas de poca altura (Lámina 11) como las de techumbre de la iglesia de San Juan de los Ermitaños de Palermo (Lámina 12); pero la disposición es siempre la misma.

A veces, si la congregación está especialmente ejercitada y es muy devota, la erupción de energía forma espléndidos minaretes. Si la energía es débil se forma un cuenco invertido, y cuando intensa, un minarete (Diagrama 5). En el

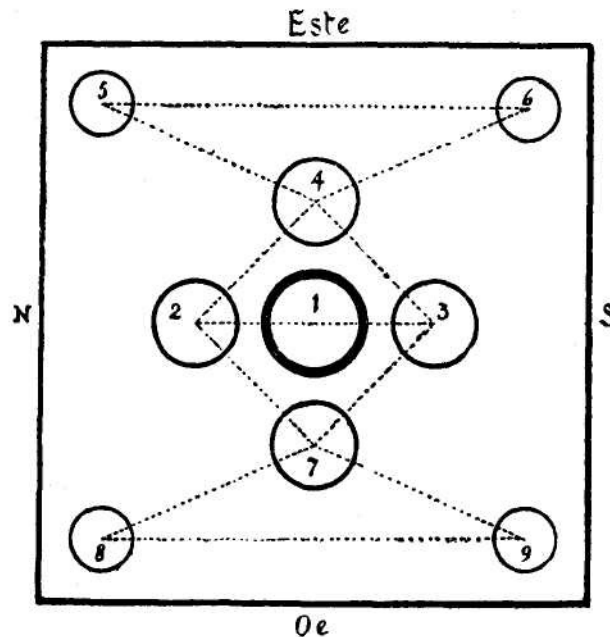


DIAGRAMA 4.—ORDEN DE LA FORMACIÓN DE LAS BURBUJAS DURANTE EL KYRIE. Cada burbuja aparece, por el orden en que están numeradaSi a cada frase del Kyrie que se reza o canta. Las cinco burbujas d«l grupo central se entrefunden al empezar el Gloria, por expansión de la burbuja No. 1, para formar la base de lá cúpula central del edificio euca-rístico, mientras que en el Sanctus, si no antes, las burbujas de los ángulos se izan para formar los minaretes.

servicio romano estos cuencos o tazones suelen hundirse y formar hoyos en la techumbre en vez de alzarse sobre ella, a causa de las ideas de temor y rebajamiento que tan a menudo acompañan al error ocasionado por la impropia traducción de las palabras griegas.

Cuando nos creemos miserables pecadores y de continuo impetramos de Dios misericordia es muy percuciente el efecto que esto produce en el edificio, porque se forman hoyos y angulosas curvas en vez de turgentes cúpulas y centelleantes agujas. En el aspecto oculto de las cosas, adorar a Dios con

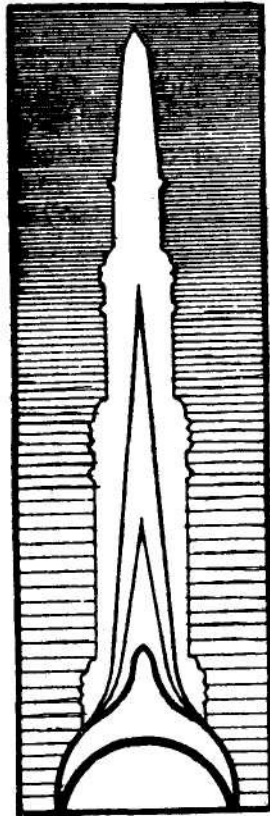


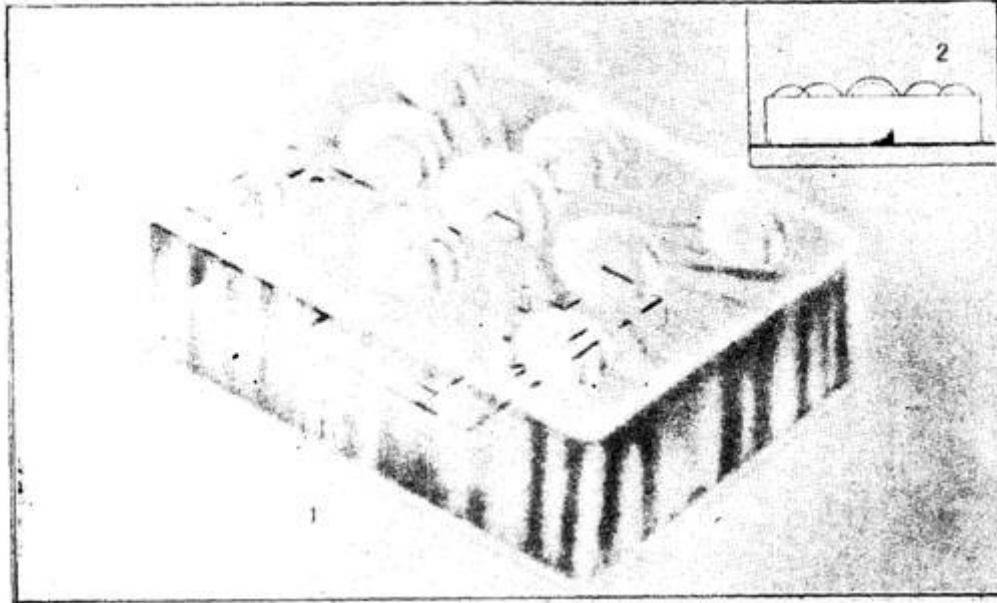
DIAGRAMA 5.—LOS VARIADOS TIPOS DE FORMAS CONSTRUIDAS DURANTE EL KYRIE, MOSTRADAS EN SECCIÓN O CORTE TRANSVERSAL.

Generalmente, cuando se recita el Kyrie y aun cuando lo cantan congregaciones poco numerosas, las protuberancias empujadas hacia arriba desde la lisa techumbre del edificio eucarístico semejan burbujas invertidas, dé la configuración mostrada en la parte inferior de este diagrama. Cuando hay mayor número de fieles, que comprenden algo de lo que invisiblemente sucede durante la celebración de la Eucaristía, las burbujas construidas son mayores y pueden estar coronadas por una cúpula o bien por una espira puntiaguda. El diagrama muestra los contornos de dichas formas. Raras veces, cuando los fieles cooperan plenamente con el celebrante, pueden formarse espiras de esplendente brillo y aun ornados minaretes, anticipándose así a los minaretes que en cuanto se refiere a las burbujas de los ángulos, surgen cuando los ángeles llegan a punto del Prefacio y prorrumpen en alabanzas durante el Sanctus.

temblor y miedo equivale a alejar de nosotros gran parte de la efusión de su amor que nos inundaría si supiésemos confiar en El completamente como amoroso Padre.

En los servicios religiosos de la Iglesia romana suelen verse hermosos brotes de individual devoción; pero es raro hallar un combinado conjunto de la inteligente devoción de cierto número de individuos, por lo que el efecto se parece más bien a unos pocos y desperdigados maderos de andamio que a un minarete. A veces, los circunstantes proporcionan voluminosas nubes rodantes de devoción, por lo general vaga e ininteligente, de modo que aunque pueda emplearse en la erección del edificio, recae sobre el Ángel todo el trabajo de la construcción. Es importantísimo que cada uno de los circunstantes piense vigorosamente, no en sí mismo, sino en que actúa como parte de una unidad, pues así la energía de su devoción, en vez de atravesar la techumbre del edificio como una vara, contribuye a la erección y turgencia de las cúpulas o de los minaretes.

En el servicio eucarístico de la Iglesia anglicana el efecto del Kyrie se ha invalidado casi completamente por la ridícula interposición de los mandamientos de la ley mosaica, entre los cuales se interpolan los nueve Kyries, añadiendo después iel último mandamiento un décimo Kyrie que se supone dirigido a las Tres Personas colectivamente.



LAMINA 11. (Fig. 1).—La forma eucarística al fin del Kyrie con las nueve esferas. (Fig. 2). —Sección transversal de la forma

El Kyrie tiene por principal objeto conducir al Gloria in Excelsis, disponiendo a los fieles para que digna y eficazmente se asocien a aquel hermosísimo acto de alabanza y adoración; pero los sedicentes reformadores, supinamente ignorantes de todo esto, han divorciado ambos actos, colocando uno al principio y otro al fin del servicio, por lo que en tal caso los Kyries no pueden levantar agujas ni cúpulas como debieran, por la sencilla razón de que no hay todavía ni asomo de edificio ni se ha invocado a ningún ángel, excepto en aquellas pocas iglesias que aunque usan la liturgia anglicana, subsanan sus deficiencias interpolando las principales características del rito romano.

GLORIA IN EXCELSIS

ROMANA

Se suprime en las semanas de Pasión y Santa

Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos. Te damos gracias por tu gloria infinita, Señor Dios, Rey del cielo, Dios Padre todopoderoso.

Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios; ¡oh! Señor Dios, Cordero de Dios,

LIBERAL

Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos. Te damos gracias por tu gloria infinita, ¡oh! Señor Dios, Rey del cielo, Dios Padre todopoderoso, Señor Jesucristo, unigénito del Padre; ¡oh! Señor Dios, Interna Luz, Hijo

Hijo del Padre, que borras los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros. Que borras los pecados del mundo, recibe nuestras súplicas. Que estás sentado a la diestra del Padre, ten piedad de nosotros. Porque tú sólo eres Santo, tú sólo Señor, tu sólo Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo + en la gloria de Dios Padre. Amén.

del Padre cuya sabiduría poderosa y suavemente ordena todas las cosas, derrama Tu amor; Tú, cuya fortaleza mantiene y sostiene toda la creación, recibe nuestra súplica. Tú, cuya belleza brilla por todo el universo, revela Tu gloria. Porque Tú sólo eres Santo Tú sólo Señor; Tú sólo ¡oh! Cristo, con el Espíritu Santo, + eres Altísimo en la gloria de Dios Padre. Amén.



LAMINA 12—La iglesia de San Juan de los Ermitaños, en Palermo, con cúpulas semejantes a las que se forman durante el Kyrie.

El Gloria in Excelsis, tal como se expone en los devocionarios romanos y anglicanos es traducción de un primitivo himno griego. La primera mención auténtica de él está en una orden dada por el papa Telésforo el año 128. Hay notable variación entre las antiguas formas que del himno han llegado hasta nosotros, y las primitivas traducciones carecen de algunas de sus menos sustentables características. Durante siglos sólo se cantaba cuando era obispo el celebrante; después se autorizó a los sacerdotes para que lo usaran únicamente el día de Pascua; y por fin hacia el siglo XII se permitió usarlo en todas las misas festivas.

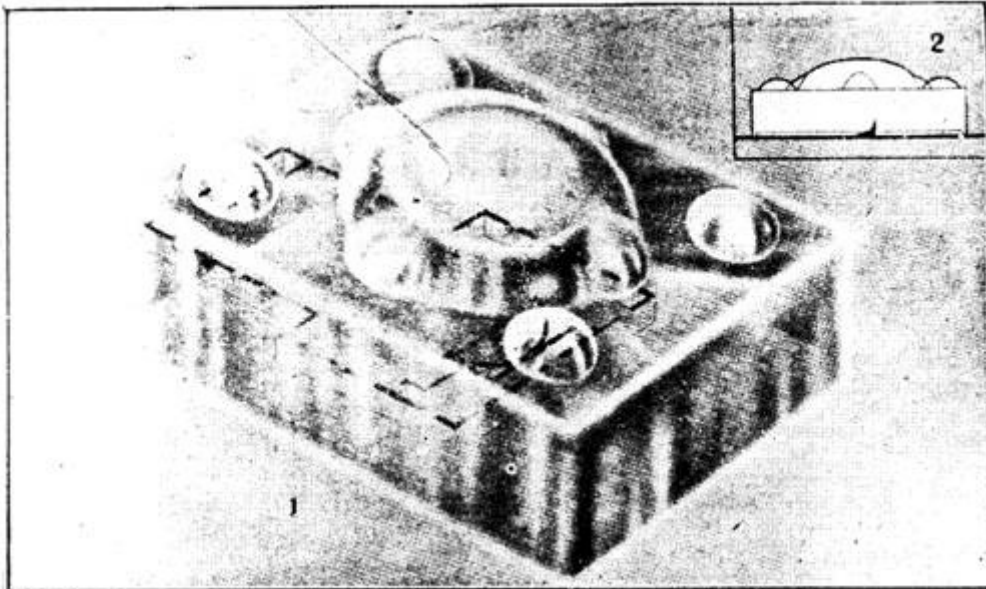
Hemos adoptado la traducción del primero y último de sus tres párrafos tal como aparece en el servicio anglicano de la Comunión, excepto la frase "buena voluntad hacia los hombres" que aunque tal vez más sentimentalmente pintoresca, no puede admitirse como traducción del generalmente aceptado texto del original griego y obscurece la significativa conclusión de que sólo pueden disfrutar de paz quienes están animados de buena voluntad hacia sus prójimos.

En el segundo párrafo se han hecho algunas modificaciones. Hemos enmendado el enorme error de traducir *mono-genes* por *unigénito*, substituyéndolo por su verdadero significado de *uninato*, es decir, nacido solamente de padre y no de sizigia o pareja como

los demás seres creados. Hemos suprimido la engañosa frase "ten misericordia de nosotros" poniendo en su lugar otra más en armonía con el espíritu de este glorioso himno. En vez de la lúgubre alusión a los pecados del mundo, hemos entresacado de otro ritual la sublime descripción de la Santísima Trinidad como Sabiduría, Fortaleza y Beldad.

Al cantar este himno el sacerdote y los fieles, no pueden hacer nada mejor que acomodarse a su letra tan íntimamente como les sea posible, procurando sentir y comprender por completo el significado de las palabras; porque así como en el Asperges tratábamos principalmente con material etéreo, así en toda esta otra parte del servicio hemos estado principalmente ocupados en vivificar la materia astral, aunque sin duda también se han levantado intensas vibraciones de intuitiva sabiduría en los capaces de ellas.

Percucientísimo es el efecto del Gloria in Excelsis en el edificio eucarístico. Cada una de sus tres partes contribuye definidamente a la construcción. Al cantar el primer párrafo, la aguja central, engendrada por el canto del primer Kyrie, se amplía y enturgece hasta entrefundirse con las cuatro agujas circundantes y formar una gran cúpula central (Lámina 13). Esta cúpula es baja en proporción a su diámetro, y no tiene la base exactamente circular, pues aún muestra en esta etapa los vestigios de las cuatro pequeñas cúpulas o agujas que absorbió. La configuración de la cúpula central en esta etapa se parece a la de la mezquita del Cairo representada en la lámina 14. Al cantar el segundo párrafo, esta gran cúpula achatada gira sobre sí misma y surge de su cima otra airosa y



LAMINA 13. (Fig. 1). -La cúpula baja resultante del abultamiento de la esfera central durante el primer párrafo del Glories_ Todavía se ven huellas de las cuatro esferas circundantes. (Fig. 2).-Sección transversal de la forma

bien proporcionada cúpula. Por último, en la tercera parte brota de esta cúpula una enestadura semejante a una linterna, formando en conjunto una construcción de tres cuerpos, algo parecida a la cúpula del Capitolio de Washington, aunque difiere en los pormenores (Lámina 15). Finalmente cuando los fieles se santiguan al cantar las últimas palabras se forma sobre sus cabezas una cruz rosada que flota en la linterna del edificio.

Considerando la importante parte que este magnífico himno desempeña en la erección de la forma, resulta muy merecedora de censura la costumbre romana de

omitirlo junto con el Credo, en las que algunos se complacen en llamar épocas de penitencia.

DOMINUS VOBISCUM

ROMANA

LIBERAL

V. El Señor sea con vosotros
R. Y con tu espíritu.

S. El Señor sea con vosotros.
C. Y con tu espíritu.

Al finalizar el Gloria in Excelsis, cuando los fieles están especialmente exaltados por las sublimes palabras que acababan de pronunciar, y es por lo tanto más sensitiva y receptiva su actitud mental, se vuelve otra vez el sacerdote hacia ellos y por medio de la bendición menor procura infundirles algo de su propio entusiasmo. La pronta respuesta de los fieles los coloca en más estrecha unión con el sacerdote, en cuyas manos ponen cuanta energía han engendrado.

COLECTA

ROMANA

LIBERAL

La Colecta varía. La que sigue es la del domingo de la Trinidad.

Dios todopoderoso y eterno, que en la confesión de la verdadera fe habéis hecho conocer a los que os sirven la gloria de la Trinidad eterna, y les habéis hecho adorar una perfecta unidad en vuestra naturaleza soberana: concedednos que fortalecidos con esta fe, quedemos inalterables en todos los males de esta vida. Por nuestro Señor.

Siguen las colectas adicionales y después se lee la Epístola.

Dios todopoderoso, para Quien todos los corazones están abiertos y conoce todos los deseos, y de Quien no se oculta ningún secreto; limpia los pensamientos de nuestro corazón por la inspiración de Tu Santo Espíritu, para que podamos amarte perfectamente, y dignamente magnificar Tu Santo Nombre. Por Cristo nuestro Señor.
R. Amén.

Sigue la Colecta del día, y después se lee la Epístola.

Los espléndidos actos de adoración e invocación en que acaban de tomar parte los fieles han despertado del todo su amor y devoción; y en consecuencia, el edificio eucarístico está ya completo en cuanto atañe a sus porciones astrales. Ahora conviene despertar el mental entusiasmo de la congregación, a fin de que también haya en el edificio materia del nivel mental. Esto se consigue leyéndoles a los fieles la Epístola y el Evangelio y exhortándoles a asociarse a la recitación del Credo. Pero antes se dicen unas oraciones llamadas Colectas, de las cuales se usa invariablemente una en nuestra revisada liturgia, y las demás varían según el calendario.

Estas breves y comprensivas oraciones se han usado en la Iglesia desde los

primitivos períodos, y el nombre con que se les designa es muy antiguo, pero de oscuro origen. Los liturgiólogos opinan que se llamaron así porque se dicen cuando están juntos los fieles en congregación o *coleccion*, o bien porque se reunían en un breve sumario todas las peticiones por los fieles formuladas, o también porque colectaban las ideas contenidas en la Epístola y el Evangelio del día, resumiéndolas en una oración.

Asimismo se ha insinuado que en los primitivos días el sacerdote "colectaba" los deseos de los fieles y los incorporaba en su improvisada oración. Otra conjetura por muchos mantenida se funda en que antiguamente, al celebrar el servicio llamado *estación* había la costumbre de que el clero y el pueblo se congregaban primero en otra iglesia para ir después en procesión a la en que se había de celebrar el servicio eucarístico. Antes de salir de la primera iglesia se recitaba una corta oración llamada *Oratio ad collectam*, y de aquí el llamar *colecta* a la misma oración. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que hay colectas en todas las liturgias conocidas.

Nuestra primera Colecta, la invariable, es una oración de la primitiva Iglesia, llamada Colecta de Pureza, que sigue inmediatamente al Padrenuestro en el comienzo del servicio de Comunión de la Iglesia anglicana. El fervoroso anhelo por la pureza de pensamiento que dicha oración entraña, viene aquí muy a propósito porque estamos a punto de proporcionar la necesaria materia mental para el edificio eucarístico; y la petición de que nos llenemos de perfecto amor y podamos alabar dignamente el Santo Nombre de Dios, pulsa la nota justa y nos guía a la exacta actitud mental que debemos mantener para tributar a Dios el debido servicio.

Al elegir las Colectas para los domingos y días festivos, hemos escogido en muchos casos las del devocionario usual de la Iglesia anglicana, las cuales se eligieron a su vez de las de la antigua liturgia; pero hemos eliminado resueltamente cuantos pasajes denotan adulación o desconfianza, al paso que nos hemos esforzado en mantener ante la mente de los fieles el pensamiento del amor y gloria de Dios y el supremo gozo del abnegado servicio.

Respecto a las conmemoraciones seguimos la ordinaria costumbre de la Iglesia. Cuando coinciden dos fiestas celebramos el servicio de la más importante de las dos, y añadimos la Colecta de la otra para que los fieles no prescindan de ella.

LA EPÍSTOLA

Parece que en los primeros tiempos de la Iglesia hubo la costumbre de leer en este punto del servicio algunas lecciones cuyo número sólo estaba limitado por el tiempo disponible, y el obispo o el sacerdote hacían una señal cuando juzgaban que se había leído bastante. En un período posterior, esta saciedad de lecciones quedó reducida a tres; la Profecía, la Epístola y el Evangelio; y más adelante desapareció la primera, quedando tan sólo la Epístola y el Evangelio, tal como ahora, aunque todavía restan vestigios de la condensación de lecciones, en que la llamada Epístola está tomada algunas veces de los libros de los profetas.

Desde luego que el propósito es dar a los fieles alguna enseñanza concreta, pues no hemos de olvidar que en los primitivos tiempos no había libros impresos, por lo que sólo podía darse oralmente la enseñanza. Respecto al edificio, el objeto de estas lecturas a estimular las facultades intelectuales de los fieles, dándoles alimento para su mente, a fin de proporcionar materia mental como se proporcionó la astral.

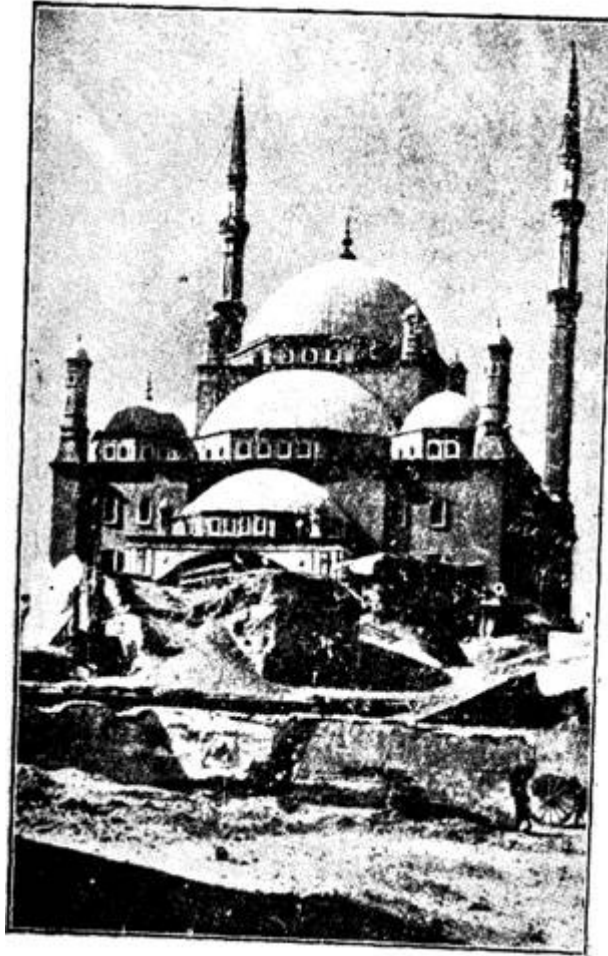
Al seleccionar lecturas para la Epístola, hemos escogido lecciones diferentes de las usadas por las ramas romanas y anglicana de la Iglesia. No nos sentimos inclinados a tomar íntegro tal o cual pasaje, pues de hacerlo así nos hubiéramos visto en la precisión de leer trozos completamente inadecuados e ineducativos. Por lo tanto, en vez de escoger versículos invariablemente consecutivos, preferimos los que expresan algún elevado y alentador pensamiento, prescindiendo de otros que no tienen relación con el tema propuesto, o se acercan a él desde un punto de vista incompatible con la firme fe en el amor y sabiduría de Dios.

Naturalmente que los críticos nos acusarán de aceptar de las Escrituras tan sólo lo que a nuestro propósito conviene y desconocer o repudiar lo demás. No tratamos en modo alguno de refutar semejante acusación, porque es precisamente lo que hacen todos los escritores y oradores, que al entresacar de un libro citan aquello que dilucida el punto de que tratan y prescinden de lo que con él no se relaciona. En la Iglesia católica liberal dejamos a los fieles en absoluta libertad en materia de creencia, de modo que si alguno sostiene la teoría de que la traducción inglesa de las Escrituras está verbalmente inspirada, queda en completa libertad de sostenerlo.

El autor opina que la traducción inglesa de las Escrituras es uno de entre tantos volúmenes de la Sagrada Erudición, que en el transcurso de los siglos reverenciaron y estudiaron santos varones de diversa religión; y todos ellos contienen joyeles de verdad engarzados en hermosas y poéticas frases que perpetuamente enseñan y auxilian; pero también en todos hay mucho inverídico o de temporáneo y local interés.

Diputar por infalible alguno de tales libros es ir en contra de la verdad, de la razón y de la historia, porque fácilmente cabe demostrar que contienen muchas inexactitudes y en casi todos ellos se encuentra materia sumamente censurable.

Pero nada de esto impide que entresaquemos de ellos todo cuanto sea estimulante, instructivo y enaltecedor. Al fin de la Epístola, los acólitos, el coro y la congregación dicen o cantan: "A Dios gracias".



LAMINA 14.-Una mezquita en El Cairo, con los cuatro minaretes angulares y el grupo central de cinco cúpulas.

ROMANA

El Gradual varía. El siguiente es el del domingo de la Trinidad.

Bendito eres, Señor, que ves los abismos y te sientas sobre querubines.

Bendito eres, Señor, en las alturas del délo y digno de loor por siempre. Aleluya, aleluya.

Bendito eres, Señor Dios de nuestros padres, y eres digno de loor para siempre. Aleluya.

GRADUAL

LIBERAL

El Gradual varia únicamente en los días de Navidad. Pascua, Asunción, Pentecostés y Trinidad. El que sigue se usa en todo el resto del año.

El que ama la sabiduría ama la vida: y quienes tempranamente la busquen se llenarán de gozo.

Muéstrame, Señor, el camino de Tus estatutos, y lo seguiré hasta el fin.

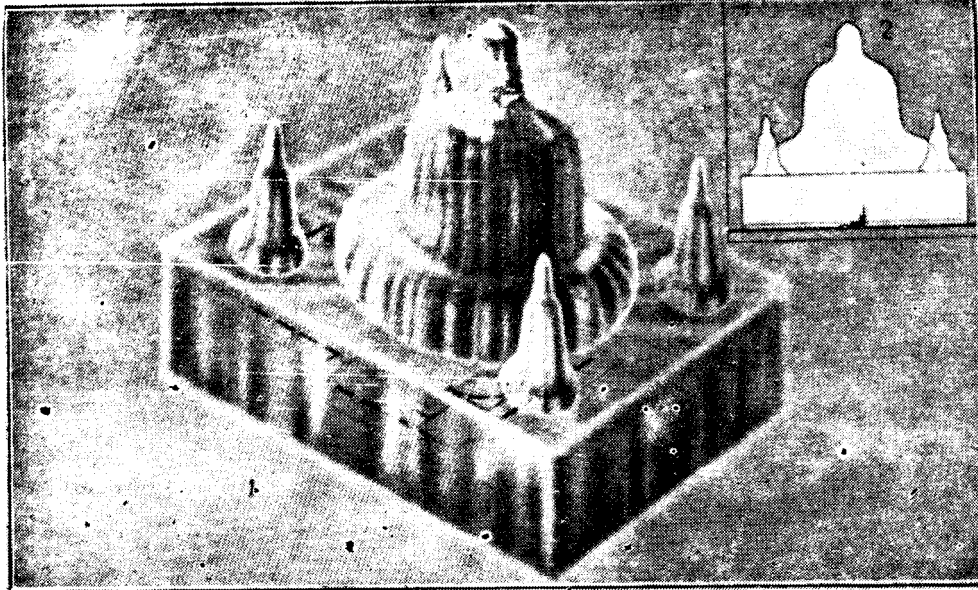
Dame conocimiento y guardaré Tu ley: sí, la guardaré de todo corazón.

El sendero del justo es como luz brillante: brillará más y más hasta el perfecto día.

El Gradual es una de las partes más antiguas del servicio, y deriva su nombre de la palabra latina *gradus* (peldaño, grada o escalón) porque se cantaba desde el peldaño inferior del ambón o pulpito en que se cantaban la Epístola y el Evangelio.

En los días de muchas lecciones, se cantaba siempre un salmo después de la Epístola y el Evangelio, y el llamado Gradual se interpoló primitivamente entre la Profecía y la Epístola, mientras que la palabra "aleluya", varias veces repetida, se cantaba precisamente antes del Evangelio para expresar el agradecimiento de los fieles por las buenas nuevas que les traía. Establecióse la costumbre de prolongar la última sílaba de dicha palabra subiéndola y bajándola errabundamente por muchas notas (a veces hasta trescientas o cuatrocientas y en un caso lo menos hasta ¡setecientas!) creyendo simbolizar de algún modo con este vago e inarticulado ruido la alegría de los santos en el cielo.

Según fue despertándose lentamente el rudimentario sentido musical de los primitivos cristianos, se les ocurrió que mejor sería substituir por un himno aquel extraño laberinto, y al hacerlo así llamaron al himno *Secuencia* porque seguía a la *Aleluya*.



LAMINA 15. Fig. 1). -La Forma eucarística al finalizar el Gloria. La división o segmento central de la cúpula se formó durante el segundo párrafo del-Gloria, y é l remate durante el tercer párrafo. Nótense las estrías que van desde la base ala cús pide. Las cuatro esferas angulares se han transmutado en cupulitas. (Fig. 2).-Sección transversal de la forma.

En ocasiones, cuando se deseaba dar un aire luctuoso al servicio, como en la cuaresma o los funerales, substituían la Aleluya por un salmo al que llamaron Tracto, porque se cantaba todo de una vez y no en versículos alternados. El Tracto y la Secuencia se usan todavía hoy en la liturgia romana ; pero a nosotros nos ha parecido innecesario conservarlos, pues un gran número de pasajes cortos que varían continuamente producen confusión y dificultad que los fieles atiendan al servicio. Por la misma razón usamos el mismo Gradual durante todo el año, excepto en las solemnes festividades que tienen señalado un Prefacio especial.

Como quiera que en esta parte del servicio nos estamos concentrando en la vivificación de la materia mental, el Gradual aboga por amor y sabiduría y explica la necesidad de instrucción a fin de que sea posible el verdadero progreso, y por lo tanto que podamos adquirir conocimiento para ser así luz y auxilio del mundo.

El Ángel de la Eucaristía emplea la materia que le proporciona el canto del Gradual en robustecer y hermostrar su edificio, y especialmente en la división de cada una de las cuatro paredes en entrepaños a propósito para erigir columnas de media caña.

En la celebración breve, cuando se omite el Gradual no aparecen columnas ni ornamentaciones, aunque suele haber un ligero indicio de los entrepaños. Naturalmente, la forma construida en una celebración breve no sólo es mucho más pequeña que la de la Misa mayor con orquesta, sino también más lisa en todos aspectos y menos ornamentada.

Otro factor que influye muchísimo en la diferencia de forma es la inteligente cooperación del sacerdote. En las Iglesias que no han estudiado este ramo del asunto, todo el trabajo de trazar y construir el edificio recae en el Ángel de la Eucaristía (o si no se le invoca, en el Ángel director); pero cuando el sacerdote sabe lo que hace, puede facilitar y facilita muchísimo la labor, proporcionando material en el exacto punto y hora en que se necesite.

MUNDA COR MEUM

ROMANA

Purifica mi corazón y mis labios ¡oh!
Dios omnipotente, como purificaste los
labios del profeta Isaías con un carbón
ardiente: hazme la gracia por tu
misericordia de purificarme a mí del mismo
modo para que pueda anunciar dignamente
tu santo Evangelio. Por Jesucristo nuestro
Señor. Amén.

Señor, dame tu bendición.

El Señor esté en mi corazón y en mis
labios, para que anuncie diariamente su
santo Evangelio.

LIBERAL

Purifica mi corazón y mis labios ¡ oh!
Dios, Quien por mano de Tu serafín
limpiaste los labios del profeta Isaías con
un carbón ardiente de Tu altar, y en tu
amable bondad purifícame de modo que
pueda anunciar dignamente tu santo
Evangelio. Por Cristo nuestro Señor.

R. Amén.

El Señor esté en mi corazón y en mis
labios para que por mi corazón brille el
amor de Dios y por mis labios Su poder se
manifieste.

R. Amén.

Esta oración se dice tal como está en la celebración menor y en la Misa cantada; pero en la Misa mayor, el diácono repite la primera parte y después se arrodilla ante el celebrante (o ante el obispo si se halla presente) quien recita la segunda parte de la oración substituyendo la palabra "mí" por la de "tú".

El recitador de esta oración ha de sentir el ferviente anhelo de purificarse de tal modo que pueda hacer dignamente su obra y ser adecuado canal de la energía que va a efundirse. Verdadera respuesta a este anhelo recibe por medio de la bendición del obispo o del celebrante, quien de este modo le concede parte de la electrización producida al incensar, y lo incluye temporáneamente en el campo magnético, admitiéndole así en el Lugar Santísimo o Santo de los Santos para efectuar aquella especial labor.

DOMINUS VOBISCUM

ROMANA

V. El Señor sea con vosotros

LIBERAL

S. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

C. Y con tu espíritu.

Inmediatamente el diácono se vuelve y participa de esta bendición particular con los fieles (a quienes por supuesto no puede incluir en el campo) y se coloca en estrecha relación con ellos merced a la pronta y fervorosa respuesta que dan. Por supuesto que el anhelo de los fieles ha de ser que su corazón quede tan limpio de bajas emociones, que sean dignos de recibir y aprovechar la enseñanza.

EL EVANGELIO

ROMANA

El sacerdote anuncia el pasaje del Evangelio que va a leer, haciendo la señal de la cruz sobre el misal con el pulgar de la derecha.

Lee el Evangelio.

R. Alabado seas, Jesucristo. *El sacerdote besa el libro y dice:*

Sean borrados nuestros pecados por el santo Evangelio que se ha leído.

LIBERAL

El sacerdote anuncia el pasaje del Evangelio que va a leer, haciendo sobre el libro la señal de la cruz con el pulgar de la derecha.

C. Gloria a Tí ¡Oh! Señor

El sacerdote incensó, el libro tres veces y lee el Evangelio.

C. Alabanza a Tí ¡ oh! Cristo.

El Evangelio se ha considerado siempre como la lectura más importante, por suponer que contiene las palabras del mismo Cristo o el relato de algún incidente de Su vida terrena. Desde este punto de vista, el libro en que estaba escrito fue rodeado de la mayor reverencia, y lo besaba e incensaba el lector acompañado de acólitos con cirios.

Hoy sabemos con seguridad que históricamente no existen la mayoría de razones para este especial respeto; sabemos que en su mayor parte no son dichos libros obra de los autores a quienes se les atribuyen; que muchas de las palabras que en ellos se asignan a Cristo rto las pronunció jamás; y en todo caso no fue la intención de los autores tomarlas como un relato de sucesos históricos, sino tan sólo como la representación alegórica de los magnos y eternos hechos del progreso humano, según también hicieron los antiguos en los dramáticos misterios.

Así lo comprendieron perfectamente los insignes doctores gnósticos de la Iglesia primitiva, aunque cayó en olvido, como muchas otras cosas, cuando las tenebrosas épocas de ignorancia y barbarie envolvieron al mundo.

Orígenes, el más erudito y brillante de todos los Padres eclesiásticos, nos dice:

"El gnóstico o sabio ya no necesita al Cristo crucificado. El eterno o espiritual evangelio de que está en posesión demuestra claramente todo lo relativo al Hijo de Dios, tanto los misterios declarados por Sus palabras como las cosas de que Sus acciones fueron símbolos. No es que Orígenes niegue o dude de la verdad del relato evangélico, sino que a su juicio pueden carecer de importancia sucesos que acaecieron sólo una vez, y considera la vida, muerte y resurrección de Cristo, tan sólo como la manifestación de una ley universal, no decretada en este efímero mundo de sombras sino en los eternos consejos del Altísimo. Opina Orígenes que quienes están completamente convencidos de

las universales verdades reveladas por la Encarnación y la Propiciación no han de preocuparse de sus particulares manifestaciones en el tiempo". (*Misterios Cristianos*, por Dean Inge, pág. 89).

Orígenes habla explícitamente respecto de la diferencia entre la ignorante fe de las muchedumbres rudimentarias y la superior fe razonada peculiar del definido conocimiento. Establece la distinción entre la popular fe irracional que conduce a lo que llama el cristianismo corpóreo (es decir, la mera forma física de la religión) y el cristianismo espiritual ofrecido por la gnosis de sabiduría. Manifiesta Orígenes claramente que da a entender por cristianismo corpóreo la fe basada en la supuesta narración evangélica. De la enseñanza fundada en esta narración, dice Orígenes: "¿Qué mejor método podía trazarse para auxiliar al vulgo?".

Resulta claro, por lo tanto, que difícilmente puede considerarse el actual libro de los Evangelios merecedor de tan exagerado respeto, porque indudablemente hay otros volúmenes en que la Sagrada Erudición está expuesta con mayor exactitud y menos alegóricamente; pero la reverencia con que todavía lo saludamos se le tributa como un símbolo. Nos inclinamos ante la cruz del altar y la incensamos, no porque adoremos este particular Nehushtan, sino porque es el reconocido símbolo de Cristo y de su potente sacrificio. Saludamos la bandera nacional, no porque aquel pedazo de lanilla sea mejor que cualquier otro, sino en atención al glorioso ideal que está destinado a recordarnos.

De la propia suerte el libro de los Evangelios es la cristiana presentación de la Sabiduría antigua, de la Gnosis, de la Verdad que nos libera. Es para nosotros lo mismo que el Dhamma o Ley de Vida es para los budistas. Por lo tanto, le tributamos reverencia y de él le damos gracias a Cristo, por muy imperfectamente que esta especial manifestación de ella represente Su enseñanza.

Algunas cruces de altar son de madera y algunas de oro; y sin embargo, igualmente nos inclinamos ante todas. Algunas banderas no son más que algodón estampado; y no obstante, el símbolo es el mismo.

Los tres signos de la cruz que nos manda hacer antes de la lectura del Evangelio, simbolizan la dedicación de la mente, los labios y el corazón a la obra de difundir la verdad, y también sirven para abrir los tres centros de la frente, la garganta y el pecho a la influencia pronta a efundirse.

El libro se convierte en un centro de fuerza rodeado por una especie de capullo de reverentes y agradecidos pensamientos, de suerte que es el canal a propósito para conducir el flujo destinado a estimular nuestras facultades mentales y

ayudarnos a contribuir con materia del plano mental a la construcción del edificio.

La primera señal de la cruz que el diácono hace sobre el libro sirve para abrir la puerta de la casa del tesoro, para levantar la tapa, por decirlo así; y las otras tres hechas por los fieles los abren al influjo.

Se hace un especial esfuerzo para proporcionar un buen centro radiante. El subdiácono sostiene el libro, y a uno y otro lado se coloca un acólito con cirio encendido. Se incensa el libro, y el turiferario permanece allí cerca durante la lectura, de modo que la vibración de la luz y el aroma del incienso se utilizan para difundir diversos aspectos de la influencia. El empleo del pulgar para hacer el signo de la cruz corresponde a un pase de puño en el mesmerismo, y en el servicio de la Eucaristía sólo se prescribe en este caso y en el de la lectura del último evangelio en la liturgia romana; pero también se usa en las ceremonias del Bautismo y la Confirmación, y la Iglesia romana lo admite en el servicio

de la consagración de un obispo al ungirle las manos, refiriéndose "a la unción de esta consagrada mano o pulgar". Parece que se emplea cuando se necesita una pequeña pero poderosa corriente de energía, y asimismo para abrir los centros.

Terminada la lectura del Evangelio, el diácono se vuelve hacia el celebrante y lo inciensa, con lo que retoman a él los restos no utilizados de la energía proporcionada por el *Munda cor meum* para aprovecharlos en la obra del servicio.

Durante la lectura, los fieles la han de escuchar atentamente, procurando siempre comprender tanto su interno como su externo significado; y cuando al final cantan todos: "Alabado seas ¡oh! Cristo" deben tener en cuenta que manifiestan su agradecimiento no sólo por lo que se acaba de leer, sino por el inapreciable don de la Sabiduría antigua, del conocimiento que a todos ellos allega vida y luz.

EL SERMÓN

Si hay sermón, se pronuncia después del Evangelio. Antes de comenzar, el predicador debe volverse hacia el altar, santiguarse y entonar las antiguas palabras de poder, de la invocación: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo"; a la que los fieles todos responden: "Amén". Después del sermón, vuelve otra vez al altar y santiguándose de nuevo, entona la jaculatoria: "Y al Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, Tres Personas en un solo Dios, le sean dados todo honor, alabanza, majestad y dominio, ahora y por siempre". Los fieles responden como antes.

El sermón no es en modo alguno parte necesaria del servicio, y al criterio del celebrante se deja que haya o no sermón. En ningún caso debe durar más de quince minutos.

CREDO

ROMANA

Se omite en ciertos días.

Creo en un solo Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios; que nació del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consubstancial al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas. Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los cielos, y encarnó por el Espíritu Santo en la Virgen María, y se hizo hombre. Que fue crucificado por nosotros, bajo el poder de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado. Y resucitó al tercer día, según las Escrituras. Y subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre. Que vendrá segunda vez lleno de gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, cuyo reino no tendrá

LIBERAL

Creemos en un solo Dios, Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles e invisibles.

Y en un solo Señor, Jesús Cristo, el unigenito Hijo de Dios, engendrado por Su Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios. Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consubstancial al Padre, por Quien todas las cosas fueron hechas. Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y encarnó por el Espíritu Santo en la Virgen María y se hizo hombre. Y fue crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado. Y al tercer día resucitó según las Escrituras y subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre. Y vendrá segunda vez con gloria a

fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo; que juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado; que habló por los profetas. Y una, santa, católica y apostólica Iglesia. Confieso un solo bautismo para el perdón de los pecados; espero la resurrección de los muertos y la + vida del mundo venidero. Amén.

juzgar a los vivos y a los muertos: cuyo reino no tendrá fin.

Y creemos en el Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida, que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado; que habló por los profetas. Y creemos en una santa, católica y apostólica Iglesia. Reconocemos un solo bautismo para la remisión de los pecados. Y esperamos la resurrección de los muertos + y la vida del mundo venidero. Amén.

El rezo o el canto del Credo desempeña en la obra de la celebración eucarística una parte especialmente importante, cuya importancia sube de punto con la capacidad intelectual de los fieles. Porque así como los grandes tributos de alabanza evocaron una efusión de material astral, y la Epístola y el Evangelio añadieron materia mental inferior, así ahora se determina un superior esfuerzo por el abstracto pensamiento que entraña la comprensión de las grandes verdades expuestas en el Credo.

Las fuerzas de los cuerpos emocional y mental están ya movilizadas; y en este punto del servicio debe ponerse también en actividad todo cuanto en cada individuo quepa educir del mucho más elevado cuerpo causal. El grado en que esto pueda efectuarse depende de la extensión con que el individuo comprenda el verdadero significado de las palabras que pronuncia, pues los conceptos que entraña son tan magníficos y transcendentales, que sólo por medio del paciente estudio y la gradual asimilación es posible que el hombre se identifique con ellos.

En la Iglesia católica liberal, según ya dije, no ponemos restricción alguna a la fe de nuestros miembros, de modo que si alguien prefiere aceptar la casi histórica interpretación del Credo, libre es de hacerlo así al paso que estamos dispuestos a enseñar a los capaces de entenderlo; el espiritual significado del Credo, que se encontrará en otro volumen de esta serie.

Aquí sólo tratamos del efecto que el Credo produce en el edificio eucarístico, y es que lo empapa de un espléndido fulgor dorado de materia mental superior, mucho más sutil y radiante que cualquiera de las anteriormente suministradas.

La fórmula del Credo tal como queda expuesta es la que comúnmente emplea la Iglesia latina. Aunque suele suponerse, no es el Credo del Concilio de Nicea, sino la fórmula enmendada que aprobó el Concilio de Constantinopla el año 381.

En la Misa rezada o celebración menor se emplean otras fórmulas substitutivas, como el llamado Credo de los Apóstoles, el original Credo de Nicea y un Acto de Fe, que aunque más antiguo que todos es más claro en la expresión del interno significado. Todavía podemos escoger otras fórmulas más breves en los oficios de Prima y Completas.

Durante la recitación del Credo, como en la del *Gloria Patri* y doxologías de todos los himnos, ha sido universal costumbre, desde los primeros días de la Iglesia, volverse hacia el altar, que usualmente significa (o debiera significar) volverse hacia Oriente. Esta costumbre de dar rostro al nacimiento del sol, la fuente de luz, es precristiana y heredada del antiguo culto del sol. En nuestro servicio significa siempre un especial esfuerzo a

emitir energía hacia adelante y a lo alto como de gloria a Dios directo tributo al que se asocia toda la congregación y el reconocimiento de que Cristo es el verdadero Grande Oriente, el Sol de Justicia que se levanta por el Este para iluminar, activar e instruir al mundo.

DOMINUS VOBISCUM

ROMANA

LIBERAL

V. El Señor sea con vosotros
R. Y con tu espíritu.

S. El Señor sea con vosotros.
C. Y con tu espíritu.

Probablemente el sacerdote comprende mucho mejor que los fieles las luminosas enseñanzas del Credo, pues como las ha estudiado profundamente significan mucho más para él. De aquí que su intelectual entusiasmo deba ser mayor que el de los fieles, y precisamente para con ellos compartirlo les da la bendición menor que inmediatamente sigue al Credo. En la respuesta enfocan los fieles en el sacerdote toda la energía

que actualizaron, y con ella completa el Ángel de la Eucaristía su edificio en cuanto se refiere a los tres planos inferiores.

OFERTORIO

ROMANA

LIBERAL

El Ofertorio varía. El que sigue es el del domingo de la Trinidad.

Bendito sea Dios Padre y el Hijo unigénito de Dios, y también el Espíritu Santo porque usó de misericordia con nosotros.

Del orto al ocaso del sol sea magnificado el Nombre del Señor, y por doquiera séale ofrecido el incienso y una pura ofrenda. Óigase en este lugar la voz de júbilo y la voz de alegría, la voz de quienes traen el sacrificio de alabanza a la casa del Señor.

Llegamos ahora al Ofertorio cuyo objeto es dar a los fieles oportunidad de expresar prácticamente en el plano físico los sentimientos en ellos despertados por las precedentes partes del servicio, de modo que a todo lo anterior se añada el gozo de dar y de hacer una ofrenda.

Hoy día no se ofrece otra cosa que dinero; mas en antiguos tiempos cada cual traía de su casa lo que le era posible economizar, y más tarde consistió la ofrenda en vituallas para la manutención del clero y el reparto entre los pobres. Después se ofreció vino, trigo y aceite, y posteriormente tan sólo pan y vino, de los que se apartaba lo necesario para la Eucaristía y el resto se daba a los pobres.

Pero fuese lo que fuese lo traído por los fieles, siempre lo ofrecía primero solemnemente a Dios el sacerdote, y como vamos a ver en seguida, todavía perduran en nuestro servicio las palabras de aquella dedicación, aunque los elementos que han de ser empleados en la Eucaristía tienen también el carácter de simbólica ofrenda.

OBLACIÓN DE LOS ELEMENTOS

ROMANA

LIBERAL

El sacerdote ofrece la hostia.

Recibe ¡ oh Padre Santo! Dios todopoderoso y eterno, esta hostia pura y sin mancha, que te ofrezco yo tu siervo indigno a tí que eres mi Dios vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y omisiones, por todos los que se hallan aquí presentes, y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos, para que así a ellos como a mí nos aproveche y sea salud para la vida eterna. Así sea.

Hace la señal de la cruz con la patena, coloca la hostia sobre el corporal, bendice el agua que mezcla con el vino puesto antes en el cáliz y dice:

¡Oh! Dios, que por un efecto admirable de tu poder has criado al hombre de una naturaleza tan excelente; y por una maravilla aún mayor has reparado esta obra de tus manos; danos, Señor, por el misterio que representa la mezcla de esta agua y vino, la gracia de hacernos partícipes de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad, el que siendo Dios, vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Así sea.

Ofrece el cáliz. Te ofrecemos, Señor, este cáliz saludable, y suplicamos a tu clemencia que suba a tu divina Majestad como un agradable olor, para nuestra salvación y la de todo el mundo. Así sea.

Hace la señal de la cruz con el cáliz y lo coloca sobre el corporal, y dice:

Nos presentamos a tí, Señor, con espíritu humilde y corazón contrito; recíbenos propiciamente, acepta nuestro sacrificio, y de tal modo sea llevado a tu presencia, que te sea agradable ¡oh! Señor Dios.

Ven, oh! santificador, Dios todopoderoso y eterno, y bendice este sacrificio destinado y preparado para

El sacerdote ofrece la hostia.

Te adoramos ¡oh Dios! fuente de toda vida y bondad, y con fieles y agradecidos corazones Te ofrecemos de Tus propios vivificantes dones que nos concediste, pues eres el dador de todas las cosas.

Hace la señal de la cruz con la patena y coloca la hostia sobre el corporal. Pone vino y un poco de agua en el cáliz, diciendo:

¡ Oh! Señor; según inmemorial costumbre, mezclamos agua con este vino, rogándote que moremos perpetuamente en Cristo y El en nosotros.

Ofrece el cáliz.

Te ofrecemos ¡oh! Señor, este cáliz, con júbilo y alegría. Que la adoración por nosotros ofrecida llegue a Tu Divina Majestad como sacrificio puro y aceptable a Tu vista. Por Cristo nuestro Señor. R. Amén.

Hace la cruz con el cáliz y lo coloca sobre el corporal.

honrar tu santo nombre.

El pan y el vino no tienen aquí otro significado que el simbólico de las ofrendas de los fieles; no como la mística Hostia y el místico Cáliz del Sacramento, sino como muestras de los dones de Dios al hombre que gozosa y agradecidamente se dedican a su Servicio por el signo de la cruz. Esto se denota más claramente en el servicio menor, por la interpolación de las palabras: "esta muestra". La patena se aparta, colocándola debajo del corporal, porque en este período del servicio no hemos de considerar lo que la patena simboliza.

Es costumbre usar en la Eucaristía hostias de pan ázimo de trigo, porque indudablemente Cristo usó el pan ázimo de la Pascua al instituir el rito y además porque la hostia elaborada con masa ázima de trigo es más pura y su forma más a propósito para la administración del Sacramento. Pero aunque loable esta costumbre, no es necesaria, y para satisfacer las condiciones del Sacramento basta el pan ázimo de usual elaboración, mientras sea de la mejor calidad posible, pues no se puede emplear en el servicio eucarístico el que no esté elaborado con flor de harina de trigo ni el en que esta harina se haya mezclado con otras en proporciones tales que no pueda decirse que es pan de trigo.

No cabe duda de que en la última Cena usó Cristo el vino virgen o zumo de uvas que las gentes acostumbraban a beber en tiempo de Pascua; y es muy cierto que lo mezclaban con agua, porque tal era la invariable costumbre de la época. Desde luego que mejor es seguir el ejemplo de Cristo; pero si no es posible obtener vino virgen, bastará el vino usual mientras sea puro de uvas sin mixtificaciones. En ningún caso puede substituirse por zumos de otras frutas, como los de saúco o grosella.

La mezcla de agua y vino no es indispensable para la validez del Sacramento, pero sí lo es para la perfección del simbolismo, según veremos más adelante. Se ha de tener mucho cuidado de quitar las gotas de agua que puedan adherirse a las paredes del cáliz, porque si quedará algo de agua sin mezclarse con el vino resultaría inexacto el simbolismo.

La reglamentación que acabo de exponer es la que obliga a los sacerdotes de la Iglesia católica liberal; pero mucha discusión hubo entre los teólogos y muy diversas opiniones se han sustentado respecto a estos sagrados elementos. La Iglesia romana usa hostias ázimas, y la Iglesia oriental emplea pan con levadura, excepto los maronitas, armenios y en Jerusalén y Alejandría.

Algunos teólogos anglicanos sostienen que el vino virgen no es materia válida para el Sacramento; los católicos romanos afirman que *es* válido, pero que usarlo constituye una grave ofensa, ¡aunque el mismo Cristo diera el ejemplo!

Mejor es ajustarse lo mayormente posible al plan del Sacramento, tal como se nos ha trazado, pues toda divergencia de este plan, perturba grandemente a los ángeles ocupados en la obra y disminuye en consecuencia la cantidad de energía efundible, que si nuestras disposiciones son perfectas se apro-chará casi toda entre los diversos fines con que se ofrece la Eucaristía; pero si desempeñamos chapuceramente nuestra parte, se consume gran porción de energía en subsanar nuestros errores y es menor el beneficio resultante.

EL INCENSAMIENTO

En el ritual antiguo sobrevénía una transmutación en este punto del servicio. Se

apartaba a un lado el pan y vino ofrecido por los fieles y se ponían en el altar los elementos utilizables en la Eucaristía. Pero como quiera que aprovechamos el pan y el vino con dos fines, señalamos la transmutación en símbolos por medio de un solemne incensamiento que excluye de todo uso ordinario el pan y vino empleados en la Eucaristía y forma en su alrededor uno de aquellos vórtices o envolturas que tan a menudo empleamos en las ceremonias religiosas. El celebrante hace sobre los elementos tres veces el signo de la cruz con el incensario (Diagrama 6) bendiciéndolos y enlazándolos con él al decir calladamente: "Yo ligo estas oblaciones conmigo en espíritu, alma y cuerpo".

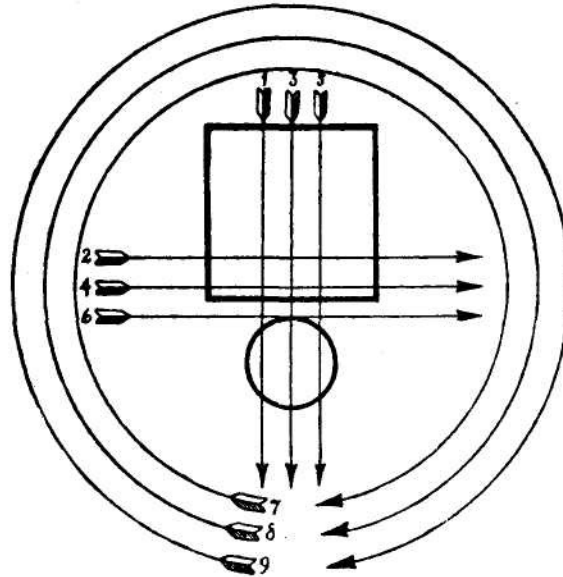


DIAGRAMA 6.-DÍCENSAMIENTO DE LAS OBLACIONES.-El preste traza en el aire tres cruces con el incensario sobre las oblaciones, según indican las flechas rectas. El círculo representa el pan; el cuadrado representa el vino, y también el cubre-cáliz. Después traza el preste tres círculos alrededor de las oblaciones, en la dirección indicada por las flechas circulares.

En la ofrenda anterior, los elementos simbolizaban nuestros bienes materiales, en demostración de que ponemos a la disposición de Dios todo cuanto tenemos; y en esta ofrenda han de estar los elementos más íntimamente ligados con nosotros, porque van a simbolizar todo cuanto somos y depositarlo también a los pies de Dios.

Después el celebrante traza con el incensario tres círculos alrededor de los sagrados elementos (Diagrama 6) aislándolos de toda extraña influencia. Según traza los círculos, dice silenciosamente: "Y yo los escudo en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Desde el punto de vista interno, consideramos más conveniente trazar estos tres círculos de izquierda a derecha, en vez de trazar dos de ellos en retroceso como en el rito romano, pues este último método ocasiona innecesaria perturbación y forma en el éter algo semejante a un mar agitado más bien que el constante vórtice que para el caso se requiere.

Después repite el celebrante el incensamiento del altar como la vez primera, sosteniendo los mismos pensamientos que entonces, aunque con más amplia aplicación, porque ahora, no sólo el celebrante sino todos los fieles han de quedar atraídos en íntima y mística comunión. El campo magnético que precedentemente se formó en torno del

altar, se ha de extender ahora hasta que incluya toda la iglesia, al paso que alrededor de los sagrados elementos se forma un nuevo joyelero. Es muy importante que el sacerdote concentre exclusivamente su atención en lo que está haciendo y en los pensamientos apropiados a cada una de sus operaciones, y así es mejor que mientras maneja el incensario no recite una oración como prescribe el rito romano, sino que la diga una vez haya terminado el manejo. Permanece entonces el celebrante de pie durante un momento en medio del altar, y sosteniendo al nivel de su pecho el humeante incensario dirigido hacia la cruz, ora diciendo:

ROMANA

En la Misa Mayor, mientras incensa las ofrendas, dice:

¡Oh! Señor. Que este incienso que bendiciste suba hasta tí, y concédenos tu misericordia.

Incensa el altar diciendo:

¡Oh! Señor. Que mi oración sea como incienso ante tu vista, y la elevación de mis manos como sacrificio vespertino. Vigila ¡oh! Señor mi boca y pon puerta a mis labios, para que mi corazón no se incline a las malas palabras ni busque excusas al pecado.

LIBERAL

Incensa las ofrendas y el altar y después dice:

Como este incienso sube hasta Tí, ¡oh! Señor, así aparezca nuestra oración ante Tu vista. Que Tus santos ángeles acompañen a Tu pueblo y derrama sobre ellos el espíritu de Tu bendición,

Esta oración se refiere naturalmente a los Angeles del Incienso ya descritos, y es un maravilloso espectáculo verlos descender a la iglesia para derramar su influencia en la congregación, llevando con ellos la esencia del perfume que según van pasando esparcen en grandes oleadas. El principal objeto de su esfuerzo está expresado en las palabras del sacerdote cuando devuelve el incensario diciendo:

ROMANA

Devuelve el incensario, diciendo:

Que el Señor encienda en nosotros el fuego de Su amor y la llama de perpetua caridad. Amén.

LIBERAL

Devuelve el incensario, diciendo:

Que el Señor encienda en nosotros el fuego de Su amor y la llama de perpetua caridad.

Después van incensándose el clero, el coro y los fieles por orden de dignidad. Esto tiene tres objetos: 1o. Tributarles una muestra de respeto, como lo evidencia la variación del número de incensaciones. 2o. Incluirlos a todos en el campo magnético. 3o. Evocar las potencias de amor y devoción que cada cual tiene latentes, a fin de que todos desempeñen cumplidamente su parte en la gran obra que se va a efectuar. El

incensamiento establece una condición de enlace y vibración sincrónica, que puede utilizarse para dirigir tanto al exterior como al interior el flujo de energía. Por ejemplo, si está presente un obispo en el servicio, se le incensa inmediatamente después de al celebrante; pero con nueve incensaciones en vez de seis, no sólo en reconocimiento de su oficio y para incluirlo en el campo magnético, sino también para depararle oportunidad de derramar en el campo la espiritual energía de que es viviente acumulador.

Un obispo vive en perpetua radiación de energía, según puede comprobar cualquier persona sensitiva que a él se acerque. Así sucede siempre sin especial volición de su parte; pero cuando deliberadamente quiere, puede concentrar dicha energía y proyectarla sobre el punto que prefiera. Al marchar el obispo en procesión, se comunica por este medio con los fieles, y al incensarlo inunda por virtud del incienso el campo con el poder que se le confirió.

Cada sacerdote ha de dar de igual suerte al incensarlo tanto como reciba, pues también está relacionado con el Señor, aunque su relación difiera de la del obispo, según veremos al tratar del Sacramento del Santo Orden; y por lo tanto, ha de añadir al acopio general su cuota de bendición.

El turiferario (o el diácono y el subdiácono cuando manejen el incensario) ha de pensar principalmente en la purificante virtud del incienso y su eficacia para desbaratar obstáculos en diversos planos; pero también ha de procurar emitir una oleada de amor cada vez que oscile el incensario.

Al pueblo se le incensa con tres prolongados abaláneos de incensario: el primero hacia el centro, el segundo hacia la izquierda y el tercero hacia la derecha. Mientras el turiferario da estos tres abaláneos debe pensar firmemente: "Os amo a todos. Os incluyo en nuestro santo círculo. Purificad vuestros pensamientos y elevadlos a las cosas santas". Recordemos que los pensamientos son substancias. El pensamiento es una formidable y vivida energía. Tal como uno piense, así será.

LAVABO

ROMANA

Lavaré mis manos entre los inocentes
y cercaré tu altar ¡ oh! Señor.

Para escuchar todas tus alabanzas y
cantar todas tus maravillas.

Señor, he amado el decoro de tu casa
y el lugar donde reside tu gloria.

No pierdas mi alma con los impíos ni
mi vida con los hombres sanguinarios.

Cuyas manos están llenas de
iniquidades y cuya diestra está colmada de
presentes.

Pero yo he caminado en la inocencia;
líbrame y ten misericordia de mí.

Mi pie ha permanecido firme en el camino
recto; y te bendeciré en la congregación de

LIBERAL

Lavaré mis manos en inocencia, ¡oh!
Señor, y así me acercaré a Tu altar. Para que
mues-tre la voz de gratitud y hable de tus
maravillas.

Señor, yo he amado la habitación de
Tu casa y el lugar donde mora Tu honra.

Mi pie permanece firme. Yo alabaré al
Señor en las congregaciones.

los fieles; ¡oh! Señor.

Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio y ahora y siempre y en los siglos de los siglos.

Amén.

Recibe, ¡oh! Trinidad santa esta oblación que te ofrecemos en memoria de la pasión, resurrección y ascensión de Jesucristo nuestro Señor y en honra de la bienaventurada siempre Virgen María, del bienaventurado Juan el Bautista, de los santos apóstoles Pedro y Pablo, de éstos y de todos los demás santos, para que a ellos les sirva de gloria y nos aproveche para nuestra salvación; y estos santos cuya memoria veneramos en la tierra, se dignen interceder por nosotros en el cielo. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Gloria sea al Padre, y al Hijo: y al Espíritu Santo.

Como era en el principio y ahora y siempre: y en los siglos de los siglos.

La correspondiente oración sigue al Orate Frates.

La finalidad del Lavabo es limpiar las manos de cualquier partícula de polvo que pudiera haber quedado después de tocar el cubre-cáliz, los corporales y el incensario. Desde luego que también va asociada con el Lavabo la idea de una final y completa purificación de pensamientos y emociones antes de entrar en el Canon, la parte más sagrada del servicio. La palabra *Lavabo* es la traducción latina de la inicial del salmo que acompaña a la ceremonia; pero como estos versículos no tienen especial efecto en el servicio, se omiten en la celebración breve, que sin embargo es más completa y significativa que su predecesora, en la siguiente expresión:

ORATE FRATES

ROMANA

LIBERAL

V. Rogad, hermanos, para que mi sacrificio, que lo es también vuestro, sea agradable a Dios todopoderoso.

R. El Señor reciba de tus manos el sacrificio en honra y gloria de su nombre para nuestro beneficio y de toda su santa Iglesia.

S. Rogad, hermanos, para que mi sacrificio, que también es vuestro, sea agradable a Dios todopoderoso.

C. El Señor reciba el sacrificio de tus manos y santifique nuestra vida en Su servicio.

En la celebración breve del servicio eucarístico en la Iglesia católica liberal se han incluido las siguientes palabras en el Orate Frates:

Hermanos: hemos construido un Templo para la distribución del Poder de Cristo. Preparemos ahora un canal para recibirlo; y al efecto, rogad a fin de que mi sacrificio, etc.

Una vez incluidos los fieles en el sagrado círculo por virtud del incensamiento, el sacerdote los exhorta a que se unan a él en el sacrificio que va a ofrecer, y ellos ponen con su cordial respuesta en manos y a disposición de él todo el entusiasmo y buen propósito evocados durante el incensamiento del altar, y entonces lo ofrece el celebrante en la siguiente oración:

ROMANA

La correspondiente oración precede al Orate Frates. Secretas

Las Secretas varían. La siguiente es del domingo de la Trinidad.

Admite, Señor, aplacado, como solicitamos, nuestras hostias dedicadas a tí, y otórganos llegar al perpetuo socorro. Por nuestro Señor.

LIBERAL

Ponemos ante Tí, ¡oh! Señor, estas Tus criaturas de pan y vino en + muestra de nuestro sacrificio de alabanza y acción de gracias; porque aquí Te nos ofrecemos y presentamos nosotros mismos, nuestras almas y cuerpos en santo y continuo sacrificio, para que como verdadero miembros incorporados en el místico cuerpo de Tu Hijo, bendita compañía de todos los fieles, escuchemos aquella Su gozosísima voz: "Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". Por el mismo Jesús Cristo nuestro Señor, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, siempre un solo Dios por los siglos de los siglos. R. Amén.

La liturgia de la Iglesia católica liberal carece de las correspondientes oraciones.

El especial objeto de esta oración se manifiesta de ordinario más claramente en nuestra breve celebración de la Eucaristía, donde se dice:

Ponemos ante Tí, ¡oh! Señor, estas Tres criaturas de pan y vino + enlazadas espiritualmente con nosotros y Te rogamos que por medio de ellas recibas nuestro sacrificio de alabanza y acción de gracias; porque aquí Te nos ofrecemos y presentamos nosotros mismos, nuestras almas y cuerpos en santo y continuo sacrificio. Que nuestras fuerzas se empleen en Tu servicio, y nuestro amor se derrame sobre Tu pueblo, ¡oh! Tú que vives eternamente. R. Amén.

El sacerdote se ofreció a sí mismo cuando el incensamiento; pero ahora va a hacer la misma solemne oblación en beneficio de los fieles. A este fin los relaciona místicamente con el pan y el vino por medio de un poderoso esfuerzo de voluntad al hacer el signo de la cruz, y derrama en aquellos momentos la formidable energía que acumuló de la congregación, de modo que los fieles no sólo sean símbolos de la oblación de "nosotros, nuestra alma y cuerpos" sino también los místicos canales del sacrificio. De esta suerte atestigua el celebrante que todos los esfuerzos de los fieles están inspirados por el único deseo de cumplir la obra para la cual los ha enviado Dios a este mundo.

Aquí debemos precavernos contra un común y desdichadísimo error. Cuando

ignorantes cristianos inventaron la grosera y absurda doctrina del cielo y el infierno, equipararon la hermosa expresión de Cristo: "el reino de los cielos", con su groseramente material paraíso, y supusieron que al hablar El de las dificultades para entrar en el reino de los cielos significaba que la mayoría de los seres humanos serían arrojados en su notoriamente ridículo infierno. El "reino de los cielos" es sinónimo de la Gran Fraternidad Blanca, de la Comunión de los Santos; y así, al decir que nos ofrecemos para ganar el reino, no hacemos ningún esfuerzo egoísta por la personal "salvación", sino que prometemos dedicar nuestra vida al objeto para que vinimos al mundo, es decir, el logro del adeptado o santidad, que es el destino señalado desde el principio para quienes sean lo bastante fuertes para alcanzarlo.

Más completa explicación de este punto se encontrará en un volumen ulterior, junto con una nota sobre el verdadero significado de las palabras: "Por Cristo nuestro Señor" que tan constantemente emplean muchísimos sin idea de su verdadero significado. El cuerpo místico es la Iglesia.

CANON

Se llama así por ser la parte invariable y más sagrada del servicio, establecida con estricta sujeción a una regla que escrupulosamente debe seguirse. Ya hemos desempeñado nuestra parte; hemos construido nuestro edificio; nos hemos puesto absolutamente a la disposición de Dios. Ahora esperamos con sincera fe la respuesta de lo alto, la respuesta a nuestro esfuerzo, que hará cuanto nosotros no podemos hacer. Nos hallamos a punto de proferir el tradicional llamamiento a las huestes angélicas al que durante dos mil años están acostumbradas a responder, y para efectuarlo digna y reverentemente nos hemos de colocar en la debida actitud mental.

DOMINUS VOBISCUM

ROMANA

LIBERAL

V. El Señor sea con vosotros
R. Y con tu espíritu.

S. El Señor sea con vosotros.
C. Y con tu espíritu.

Para auxiliarnos en este punto aprovecha el celebrante el adicional lazo que anudó con los fieles al unirse con él en ofrecimiento al Señor, y procura fortalecer y estrechar todavía más íntimamente este lazo por medio del perfecto cumplimiento de aquella hermosa invocación. Desde este punto en adelante, hasta después de la Consagración, no se consiente intervención alguna en la sacrificial obra del celebrante. La admirable y hermosa magia de la Eucaristía le abre camino en todas sus etapas, y únicamente volverá el celebrante a atraer a sí los fieles por medio de la bendición menor en la Salutación de Paz, después de haberse difundido por toda la redonda la estupenda influencia espiritual y antes de tomar personalmente la comunión.

SURSUM CORDA

ROMANA

LIBERAL

V. Elevad vuestros corazones.
R. Los tenemos ya hacia el Señor.
V. Demos gracias a Dios nuestro Señor.

S. Elevad vuestros corazones.
C. Los levantamos hacia el Señor.
S. Demos gracias a Dios nuestro Señor.

R. Digno y justo es.

C. Digno y justo es hacerlo así.

El nombre de *Sursum Corda* aplicado a estos versículos y sus respuestas es, como de costumbre, la forma latina de su frase inicial: "Levantad los corazones". En un principio sirvió de preparativo a la magna invocación, pero al cabo de muy largo uso es hoy parte de la misma invocación. La exhortación de levantar nuestros corazones es evidentemente el llamamiento que se nos hace para concentrar todas nuestras energías en el alto nivel de entusiasmo y devoción a que acaban de realizarse y dirigirlas por la línea indicada en el segundo versículo, o sea la de intensa gratitud hacia Dios expresada en la más alta forma de adoración de que seamos capaces. Con nuestros corazones henchidos de estos sentimientos hemos de seguir con firme intención las palabras que va a entonar el sacerdote. El segundo versículo tiene otro hermosísimo significado que no debemos perder de vista. "Demos gracias" es en griego *eucharistesomen* es decir "ofrezcamos la Eucaristía". Así es que al comienzo del Canon, el sacerdote invita con estas palabras a los fieles a que se unan a él en el mayor de todos los actos de adoración, y en este respecto asienten a ello cuando responden que digno y justo es hacerlo.

Para estos versículos y sus respuestas hay una melodía tradicional que se ha usado desde la fundación de la Iglesia, y bien pudo prescribirla Nuestro Señor mismo o poco después alguien que conocía el efecto del sonido en el mundo oculto. Según ya dijimos, en un principio sólo se dieron las ideas capitales del ritual en cuyo torno agruparon los celebrantes improvisadas oraciones; pero aquellas ideas capitales o puntos definidos tuvieron desde un principio fórmulas invariables cuyo exacto significado todavía se conserva, a pesar de haber sido traducidas de uno a otro idioma. El Cartón es una de dichas fórmulas primitivas y el mismo tono o cadencia se ha venido usando para ella desde los primeros días, con ligerísimas modificaciones que indican las costumbres de las diferentes localidades; y tan eficaz es dicha fórmula expresada en inglés, como lo era cuando se cantaba en latín o griego.

El Ángel de la Eucaristía se apodera a un tiempo de la graciosa forma musical y de la energía mental emitida por el celebrante y las esparce por la iglesia en actitud de supremo dominio; y cuando la respuesta de los fieles le llega en torbellino como erupción de vivo fuego, la arremolina hacia lo alto en potente llama que se cierne hasta llenar la cúpula del edificio eucarístico y por el espacio la difunde en radiaciones la linterna.

El segundo versículo y su respuesta emiten otro impulso de la misma índole, y la flotante cruz rosada refulge con deslumbradora luz para los ojos capaces de ver. Y por el canal así formado, el celebrante envía a lo alto las palabras de antiguo señaladas.

PREFACIO

ROMANA

El prefacio varia. El siguiente es el del día de la Trinidad y domingos que no tienen prefacio propio.

En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, Señor Santísimo, Padre todopoderoso, Dios eterno, que con tu unigénito Hijo y con el Espíritu Santo eres un solo Dios y un solo Señor, no en una sola persona, sino en tres personas de una misma substancia. Porque lo que tú nos has revelado de tu gloria, lo creemos también sin diferencia alguna de tu Hijo y del Espíritu Santo. De modo que confesando una verdadera y eterna Divinidad adoramos la distinción en las personas, la unidad en la esencia y la igualdad en la majestad; la que alaban los ángeles y los arcángeles, los querubines y los serafines; día tras día no cesan de cantar diciendo con voz unánime:

Empieza el sacerdote por recalcar corroboradamente la respuesta de la congregación, repitiendo que verdaderamente es nuestro deber en todo tiempo y lugar ofrecer este santo sacrificio de alabanza y acción de gracias. En consecuencia, procede a invocar el auxilio de las huestes angélicas que le capaciten para realizarlo mediante los poderes que le confirió el lazo con las esferas superiores anudado cuando su Ordenación.

En algunas festividades solemnes se incluye un Prefacio propio que expone el motivo de la festividad. Esta fórmula verbal es también parte de la invocación, porque solicita al ángel encargado de la especial energía efundida en aquella particular ocasión. En esta parte del servicio seguimos exactamente el ritual de la Iglesia anglicana (esencialmente el mismo de la romana) con la salvedad de que añadimos los nombres de algunas Jerarquías angélicas que en aquel sé omiten.

Aunque no es este lugar a propósito para una pormenorizada disquisición sobre las huestes celestiales, convendrá decir algunas palabras de general explicación. Los ángeles forman uno de los reinos de la naturaleza, superior al humano, así como el hombre es superior a los animales. Hay al menos tantos tipos de ángeles como razas de hombres, y en cada tipo hay diversos grados de poder, inteligencia y general desenvolvimiento, de modo que hallamos centenares de variedades. La idea tan a menudo sostenido por los ignorantes de que estas poderosas huestes de gloriosos espíritus existen principalmente para estar de plantón junto al hombre, es simplemente fruto de la estúpida presunción

LIBERAL

El prefacio sólo varia en las fiestas de Navidad, Resurrección, Ascensión, Pentecostés y Trinidad, en que se interpola un prefacio propio entre los dos párrafos del siguiente:

En verdad es digno, justo y de nuestro obligado deber, darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, ¡oh! Señor, Santo Padre, omnipotente y eterno Dios.

Por lo que con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos, Dominaciones, Principados, Virtudes, Potestades, Querubines y Serafines y toda la hueste de los cielos alabamos y magnificamos Tu glorioso Nombre, perpetuamente alabándote y diciendo:

de la raza humana, como lo era la teoría geocéntrica, o la todavía más incomprensible ilusión de que el mismo Dios bajó a este mundo a sufrir muerte física para salvar de imaginarios horrores a los habitantes de esta particular mota de barro.

Los ángeles existen, como los hombres, para glorificar a Dios y gozar de El eternamente; y el establecido método de esta glorificación consiste primeramente en el propio desenvolvimiento (lo que los hombres llaman evolución) y segundamente en el servicio, que es de muy diversas clases y sólo unas cuantas de ellas ponen en contacto a los ángeles con los seres humanos, principalmente en relación con las ceremonias religiosas.

Se han dividido los ángeles en nueve órdenes cuyos nombres se usan en la liturgia según se dan en la Escritura. De los nueve órdenes, siete corresponden a los grandes rayos que constituyen el sistema solar, y a los otros dos se les puede llamar cósmicos porque son comunes a otros sistemas. Cada orden tiene asignado concretamente un departamento de acción, y en todo servicio eucarístico se invoca a los representantes de cada uno de dichos departamentos para que se encargue de lo concerniente al suyo respectivo.

Como quiera que, según he dicho, la evolución angélica empieza mayormente por servicio, una ceremonia tal como la Eucaristía les depara ocasión sumamente favorable que ellos no tardan en aprovechar. Como Cristo es el Jefe de todas las religiones, le rodean numerosas huestes de ángeles en espera de volar anhelosamente en dirección de Su pensamiento, y así se dice que *envía* a Sus ángeles a hacer tal o cual cosa (como, por ejemplo, en el Asperges) aunque el único caso en que esto es literalmente verdad es en el del Ángel de la Presencia, de quien hablaremos más adelante.

De la propia suerte que en el acompañamiento que rodea al Señor hay siempre un ángel dispuesto a asumir la dirección del servicio eucarístico en cuanto se emite el llamamiento del Asperges, así también hay representantes de los nueve órdenes siempre dispuestos a responder a la invocación del Prefacio. En los mundos superiores, nombrar a una entidad equivale a atraer su atención, y lo mismo sucede respecto de una clase, como lo es un orden de ángeles. En la Misa rezada o celebración menor responde primero el Ángel director, que reúne a los demás; pero en la Misa sinfónica o Celebración mayor como quiera que la melodía de los versículos ha sido siempre la misma en el transcurso de los siglos, todos los ángeles la oyen en cuanto resuena, y los primeros en orden se preparan para descender instantáneamente cuando el sacerdote cante el nombre de cada uno de los órdenes, jerarquías o tipos.

En verdad es un espectáculo admirable y glorioso para el clarividente ver a los celestes visitantes pasar como un relámpago a colocarse en sus señaladas posiciones en respuesta a las tradicionales palabras de poder. Mientras el Ángel de la Eucaristía permanece de ordinario junto al celebrante o planea sobre su cabeza, los ínclitos embajadores de los nueve órdenes se alinean siempre detrás del altar de cara al celebrante, y tras ellos se colocan a su vez muchos ángeles inferiores que acuden a bañarse en un magnetismo tan estimulante y enaltecedor. Asimismo suele haber una numerosa congregación astral de seres humanos que generalmente se colocan en los lados extremos del altar, aunque también suelen llenar la parte superior de la nave, planeando sobre los fieles de cuerpo físico.

Los católicos que durante su vida terrena se deleitaron en los servicios de la Iglesia prosiguen naturalmente asistiendo a ellos después de la muerte de sus cuerpos físicos, y

algunas veces hacen lo mismo los habitantes del otro hemisferio que dejan su cuerpo físico durante el sueño.

La devoción y fervor de la física congregación de una iglesia puede darle popularidad entre los ángeles y los difuntos de modo que los adorantes a quienes las gentes no puedan ver sean a menudo más numerosos que los perceptibles a todos.

Tan pronto como llega el Ángel del primer Rayo, asume la dirección del conjunto de la obra y determina la cantidad de energía que con mayor provecho puede utilizarse. Los demás ángeles se mueven bajo sus órdenes y se agrupan del modo más conveniente para mejor recibir y utilizar la efusión. El Ángel director lleva usualmente un cetro, símbolo de su oficio, cuyo color varía según la fuerza que transmite. Predomina, aunque no invariablemente, el color del día. Por ejemplo, en una fiesta del Espíritu Santo, tanto el cetro como el fuego que de él fluye serán de rojo vivo, color consagrado a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, aunque dirija la ceremonia el representante de la Primera Persona.

SAÑCTUS

ROMANA

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosana in excelsis.

LIBERAL

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de Tu gloria. Gloria a tí, ¡oh! Altísimo Señor.

Después de haber congregado este preclaro y augusto acompañamiento de los santos ángeles, nuestro primer acto es unirnos a ellos en el tributo de gloria y adoración de Dios. Esta magnificente explosión de alabanza, llamada *Trisagio* o *Tersanctus* (ambas palabras significan "Tres veces Santo") es de suma antigüedad. No sólo se ha usado en este mismo punto de la liturgia desde su fundación, sino que anteriormente se empleó en el servicio judaico. Una primitiva fórmula se halla en el versículo 3, capítulo VI de la profecía de Isaías. La palabra hebrea *Sabaoth*, que significa huestes o ejércitos, suele dejarse a veces introducida en este pasaje. Aunque la Iglesia la interpreta hoy día con referencia a los ángeles, apenas cabe duda de que originalmente le dieron los judíos el significado de hueste de estrellas. Sea lo que fuere, este breve cántico ocupa en nuestra liturgia un lugar y produce un efecto cuya importancia sería difícil estimar debidamente.

Nuestros anteriores esfuerzos de alabanza y adoración han proporcionado mucho material devocional que el Ángel de la Eucaristía empleó en la construcción del edificio; pero en este noble acto tradicional de homenaje, los ángeles representativos y sus satélites se unen a nosotros, y su poder de devoción es tan enormemente superior al nuestro que su cooperación cambia por completo el carácter del edificio. Su actuación vivifica una inmensa cantidad de materia astral y mental, y el Ángel del primer Rayo, que ya tiene a su cargo la construcción, dirige la mayor parte de la energía hacia lo alto. El cuerpo inferior de la fábrica aumenta a veces muchísimo de tamaño, sin alterar su forma; pero las cúpulas crecen tan prodigiosamente en diámetro y altura, que la basílica no es en proporción más que el tímpano que soporta su gigantesca masa. El edificio se parece ahora mucho a una dagoba, pero hueco en vez de macizo, y las cupulitas angulares se erigen en esbeltos minaretes según demuestra el grabado. (Frontispicio).

Pero esta modificación de traza no es el único cambio producido por la cooperación

de los ángeles, pues introducen un factor enteramente nuevo en el edificio. La devoción es en nosotros una energía de los niveles superiores del astral que por reflejó o vibración simpática despierta una ligera actividad en la parte intuitiva de nuestra naturaleza; pero en los ángeles superiores, se invierte esta relación, porque su energía devocional actúa por su propia índole en aquel plano superior y se produce reflejamente todo efecto emocional. Así es que añaden a nuestro edificio abundantísimo material perteneciente a un nuevo y exaltadísimo plano de la naturaleza que embebe y eterealiza los demás. De esta suerte todo el monumento toma un nuevo y superior carácter, a la vez más delicado y magnífico, indescriptiblemente deleitoso y capaz de muchísimo más refinadas vibraciones. Es un vehículo apropiado para la celeste energía.

Algunos suelen preguntar: "Si los ángeles pueden hacer todo esto tan expeditamente y mucho mejor que nosotros ¿no fuera más prudente dejar toda la obra en sus manos sin atrevernos a ofrecer nuestro inferior material?". Doble respuesta merece esta insinuación: lo. Tomar parte en tan sublime y hermosa edificación es un máximo beneficio, que seguramente desenvuelve nuestra naturaleza y nos adelanta rápidamente en el curso de nuestra evolución, pues cada vez que practicamos semejante obra crecemos espiritualmente algún tanto. 2o. La idea que predomina en tales operaciones sin excepción es la de economizar energía y difundirla tan allá como sea posible.

Evidentemente, cada ergo de energía engendrada o de material suministrado por la congregación es otro tanto para el bien y conserva la energía de que disponen los ángeles. Por lo tanto, les sirve de auxilio el que nosotros nos conmovamos profundamente de entusiasmo y devoción, de modo que podamos emitir firmes e intensas vibraciones, pues si así no lo hacemos, habrán de suplir los ángeles la deficiencia. Verdaderamente toda energía es energía divina; pero fluye en diversos mundos a distintos niveles y por muchos canales, y cuanto más podamos servir de canales para conducir la energía divina de los altos o los bajos niveles, mayor cantidad de ella se aprovechará en el plano físico. Si sentimos honda devoción y en consecuencia manifestamos vivo entusiasmo, actualizaremos fuerzas que de otro modo quedarían latentes; y por lo tanto, haremos la parte inferior de la obra, difícil para los ángeles, dejándoles más energía para utilizarla en los niveles superiores en donde están enteramente en su morada y son espléndidamente hábiles.

Siento decir que la Iglesia anglicana echa casi toda la obra sobre los angélicos auxiliares, con lo que no es económica en el consumo del glorioso don del cielo. Al comienzo del servicio no cuida de invocar a un ángel para que construya el edificio eucarístico (como tampoco hace la Iglesia romana en ocasiones, cuando no se canta el Asperges) y así nada se hace de cuanto se ha hecho hasta el punto a que hemos llegado. Tampoco menciona en pormenor la Iglesia anglicana los nueve órdenes de ángeles, aunque acuden al tradicional llamamiento, y entonces procede el Ángel del primer Rayo a construir el edificio que ya debiera habérsela preparado. Generalmente dispone por desgracia de escaso material, pero lo aprovecha lo mejor que puede. La Epístola, el Evangelio y el Credo le proporcionan mayor cantidad de materia mental de la que suele adquirir de ellos en el servicio romano, donde se dicen en latín y por lo mismo evocan escaso pensamiento del promedio de la congregación. Como en la Iglesia anglicana la Sagrada Comunión sigue de ordinario a la Oración Matutina, suele haber algunas nubes de provechosa devoción que deja dicho acto, y una buena porción se efunde al cantar o rezar las palabras del Trisagio, aunque el efecto es deplorablemente infructuoso en

comparación del producido por las antiguas y científicas formas del servicio divino.

En una iglesia de más afortunada liturgia es en verdad maravilloso el espectáculo que se le ofrece al clarividente. Aparte del admirable monumento erigido, no es posible olvidar jamás la espléndida aparición de los ángeles. Cada majestuosa presencia tiene entre las coruscantes fulguraciones de su propia aura algún deleitoso matiz predominante, que resplandece con una radiación imposible de asimilar a nada de este mundo; y todo el grupo despliega una magnífica y armoniosa policromía que no hay medio de reproducir en el mundo físico.

Como quiera que el Sanctus es uno de los especiales puntos del servicio, se hacen nuevos esfuerzos para capacitar a la congregación a que fácilmente se asimile la energía. Los hombres difieren en temperamento y receptividad. Unos quedan muy luego afectados de una manera y otros de otra, por lo que incitamos los tres sentidos de olfato, oído y vista. Para favorecer la difusión del exquisito magnetismo angélico, se quema incienso en este punto del servicio, resuena la sagrada campanilla y los acólitos levantan sus encendidos cirios. Por doquiera penetre el incienso y se oiga el sonido se extenderán estas extraordinariamente suaves y beneficiosas vibraciones. Cuanto más argentino sea el timbre de la campanilla, mejor adecuada estará a su objeto, y lo cumplirá con muchísima mayor eficacia, si la ha bendecido el obispo, es decir, si la magnetizó para este especial propósito. Es lícito el uso del batintín⁵ con la condición de que su son sea dulce y musical, aunque emite un continuo rumor en vez de un número de sucesivos impulsos y así es algo menos conveniente. El Tri-sagio se ha de cantar con la mayor solemnidad y reverencia posibles, pronunciando cuidadosamente el celebrante las palabras, de modo que sienta su significado en todas las fibras de su ser, pero manteniéndose al propio tiempo en completa calma y serenidad. En la primera recitación de la palabra "Santo" se ofrece homenaje a Dios Padre, y la segunda y la tercera se dirigen respectivamente al Hijo y al Espíritu Santo, Nuestros fieles han de tener esto muy en cuenta y orientar de conformidad sus pensamientos.

BENEDICTUS QUI VENIT

ROMANA

+ Bendito el que viene en el nombre del Señor. Hosana en las alturas.

LIBERAL

Bendito el que viene en el Nombre del Señor. Hosana + en las alturas.

Terminado el acto de adoración en el Sanctus, el celebrante permanece derecho y nos juntamos todos para bien recibir a los santos ángeles, agradeciéndoles su venida y agradeciendo también al Señor haberlos enviado o, mejor dicho, disponer que viniesen. La palabra "hosanna" es hebrea y su literal o etimológico significado es "haz salvo" o "salva ahora"; pero este original significado se perdió por completo en un primitivo período de la historia judaica, convirtiéndose en una nueva y gozosa jaculatoria de alabanza equivalente a "gloria de Dios". En este sentido aparece en el Antiguo y en el

⁵ Especie de campana que fabrican los chinos, fundida de dos metales y sumamente sonora. Tiene por lo común la figura de *vm* gran pandero, y se hace sonar golpeándola con un mazo o badajo separado de ella y cuya parte gruesa es a manera de pelota. (Definición del Diccionario de la Academia, citada por el Traductor).

Nuevo Testamento, y así la emplearon los judíos en la Fiesta de los Tabernáculos, la más alegre de todo el año y del mismo modo la volvemos a ver empleada por los que el domingo de Ramos arrojaron ramas al paso de Cristo. Algunos han sostenido que la interjección francesa "hosché" y la inglesa "huzza"⁶ derivan de dicha palabra hebrea.

Hay aquí un hermosísimo e interesante fragmento del ritual. Los clarividentes deben observar atentamente su actuación y unirse a él en pensamiento y palabra, tanto si pueden como no ver lo que sucede.

Cuando todos nos inclinamos al entonar las palabras ".Santo, Santo, Santo", se inclinan también los ángeles y los muertos y una copiosa comente ascensional de devoción surge como humo de incienso, con la diferencia de que no es humo sino Juz lo que brota, e inmediatamente invoca en respuesta una todavía más copiosa efusión. Pero una vez cumplido este acto de adoración, se yergue el celebrante y a través del altar dirige a los ángeles las hermosas palabras de bienvenida y gratitud: "Bendito el que viene en Nombre del Señor". En una iglesia donde los fieles comprendan lo que se hace, fluye horizontalmente a través del altar una corriente de gratitud hacia los santos ángeles quienes se inclinan ligeramente para recibirla y en respuesta envían por la misma línea otra corriente de benignos sentimientos que en verdad es una bendición. A las palabras "Gloria a Dios en las alturas" divertimos nuestra corriente de gratitud hacia lo alto, dirigiéndola al Señor, y dando con ello lugar a que por debajo pase la corriente de bendición angélica cuya santa influencia atraeremos al santiguarnos. Muy deleitable es observar el rápido cambio de dirección de nuestra corriente energética y la hábil manera con que la enviada por los ángeles se desliza inmediatamente por debajo de aquélla en cuanto se curva hacia arriba. Al cantar dichas palabras debemos tener muy arraigado en nuestra mente el pensamiento de gratitud. Por desgraciadla Iglesia anglicana omite esta expresión de agradecimiento a nuestros angélicos visitantes.

PLEGARIA DE CONSAGRACIÓN

ROMANA

Por lo tanto, ¡oh! clementísimo Padre, te suplicamos y rogamos por Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor, que recibas y bendigas estos + dones, estas + ofrendas y estos + santos sacrificios sin mancha.

LIBERAL

Por lo tanto, ¡oh! amantísimo Padre, Tus siervos Te rogamos por Jesús Cristo, Tu Hijo, nuestro Señor, que + recibas, +purifiques y + santifiques esta oblación que Te hacemos.

También aquí encontramos que nuestro servicio breve expresa más claramente lo que está sucediendo. La fórmula para esta oración es:

¡ Oh! Señor, estas nuestras oblaciones han servido de señales y conductos de nuestro amor y devoción hacia Tí; pero ahora + rompemos el lazo con nosotros y con todas las cosas inferiores y Te rogamos que + las purifiques y +santifiques como terrenos canales de Tu admirable poder.

⁶ Equivalente a "hurra". (N. del T.)

El pan y el vino, primeramente empleados como símbolos de las ofrendas del pueblo y después como canales de nuestro sacrificio, desempeñan ahora una función mucho más elevada y actúan como externas manifestaciones o vehículos del poder y la vida del mismo Cristo. Así es que el sacerdote rompe primero el lazo que anudó, y después desmagnetiza los elementos, limpiándolos de toda mácula terrena que pueda haberse entremezclado con nuestro amor, devoción y adoración, y dejando en ellos toda la parte espiritual de nuestra ofrenda para depositarlos después a los pies de Cristo nuestro glorioso Rey. La primera señal de la cruz rompe el lazo; la segunda efectúa la desmagnetización; y la tercera bendice especialmente los elementos para el estupendo destino que les aguarda. En la celebración mayor, las tres cruces producen exactamente el mismo resultado, aunque no son tan apropiadas las palabras que se emplean.

Ésta imposición de la ofrenda espiritual en los elementos es el primer paso en el proceso de preparar el canal para recibir la copiosa efusión de energía divina que es la capital característica y objeto del servicio eucarístico. Pero antes de comenzar esta obra, el sacerdote se vuelve durante unos momentos para explicar cómo se ha de distribuir dicha energía.

ROMANA

Que en primer lugar te ofrecemos por tu santa Iglesia católica, a la cual dignate dar la paz, conservarla, mirarla y gobernarla por todo el orbe de la tierra, juntamente con tu siervo el Papa nuestro N., nuestro Prelado N. y nuestro Rey N. y todos los demás que profesan la fe católica y apostólica.

LIBERAL

Queremos ofrecer este santo sacrificio, primeramente por tu santa Iglesia católica, a la cual dignate dar la paz, mirarla, unirla y guiarla por todo el mundo; igualmente por Tus siervos Jofge nuestro Rey, N. nuestro obispo presidente, N. nuestro obispo, por todos nuestros obispos, clero y fieles y por todos los aquí presentes, cuya fe y devoción conoces. También nos acordamos de todos los que en esta transitoria vida están atribulados, afligidos, menesterosos, enfermos o en cualquiera otra adversidad (especialmente...) . Asimismo Te lo ofrecemos por todos aquellos Tus hijos a quienes Te complugo librar de la pesadumbre de la carne (especialmente por...), para que libres de las fatigas y cuidados terrenos, gocen perpetuamente de la felicidad de Tu presencia, alabándote por siempre jamás en palabras y obras, ¡oh! Dios eterno, viviente y verdadero.

Preciso es comprender que la distribución del magnífico flujo de energía espiritual alumbrado por medio del ofrecimiento de la Eucaristía está mayormente dirigido por la voluntad del celebrante. El ritual establece ciertas direcciones por las cuales siempre conduce el celebrante la energía, y son las que tienen por fin la Iglesia, el

Rey, los obispos, el clero y los fieles; pero siempre queda una gran porción disponible para especiales propósitos. La cantidad de energía atraída durante la ceremonia depende en parte del grado de evolución del celebrante y de los fieles; y en parte también de la devoción del celebrante, del número y devoción de los fieles presentes, del género de música y de las necesidades del caso, como, por ejemplo, si en la vecindad hay alguien menesteroso del auxilio que por este medio se le pueda proporcionar. Si hubiese alguna extrema necesidad muy relacionada con la iglesia, la Celebración depara la oportunidad de recibir la energía suficiente para remediarla. Esto lo mismo cabe lograrlo en la Celebración Mayor que en el diario servicio que el sacerdote celebre privadamente en su oratorio. No sabemos hasta qué límite (si acaso lo hay) alcanza la cantidad de energía aprovechable en cada ocasión; ni tampoco sabemos en cuantos puede influir a la vez la efusión en una sola iglesia; pero sí sabemos que es enorme el caudal de energía.

El Ángel director computa la porción de energía que se ha de emplear en cada propósito. Escucha atentamente la relación de recipiendarios enumerada por el celebrante, y a medida que éste los va nombrando, el Ángel director indica con el centro el ángel o grupo de ángeles que han de asistir a aquella particular persona u objeto. Después de la efusión distribuye la energía entre los ángeles escogidos quienes cada uno de por sí absorbe la que se le da y se dispone a llevarla a su destino en cuanto escuche la orden de partida. Es interesantísimo ver cómo cada cual se adelanta y brilla con mayor refulgencia cuando se le confiere el encargo.

En cada uno de los grandes órdenes hay muchas clases de ángeles; unos operan, otros guardan y algunos meditan, mientras que otros están todavía en una etapa en que se han de ocupar principalmente en su propio desenvolvimiento. A los encargados de la distribución de la energía se les suele llamar ángeles apostólicos o mensajeros, enseñados a conocer y responder al antiguo llamamiento del Prefacio. Algunos lo han hecho así centenares de veces y son muy expertos en ello. Otros son novicios que anhelosamente aprenden qué se ha de hacer y cómo hacerlo; pero todos se deleitan en la oportunidad de progreso que la Eucaristía les depara y se resuelven completamente a aprovecharla. Quienes lo deseen, pueden estar continuamente ocupados en esta labor, porque siempre se ofrece la Eucaristía en algún lugar del mundo. No siempre acuden unos mismos ángeles a la misma iglesia, porque muy variada es su labor; pero suele suceder que un grupo de ángeles se adscribe a determinado altar y asiste al servicio que en él se celebra mientras no estén empleados en otra función. El Ángel director emplea también a veces en la benéfica obra de distribución a los seres humanos que por el sueño o por la muerte dejaron su cuerpo físico y actúan en el mundo astral; pero sólo puede utilizar a los que han educido las requeridas cualidades. Se ha visto un considerable número de "católicos" difuntos, especialmente los pertenecientes a las órdenes religiosas, deseosos de someterse al necesario adiestramiento que los capacite para ser útiles en este respecto; y esperamos que aumente el número cuando mejor entiendan los fieles la ciencia de los Sacramentos.

Volviendo ahora a considerar los objetos por los que se ofrece el sacrificio, vemos que son de dos distintas clases, que podemos denominar personales e impersonales. Siempre se mencionan concretamente los nombres de Su Majestad el Rey y de nuestro Obispo presidente; y cuando se desea, los de otros individuos que a la sazón necesiten el auxilio que de este modo se les puede dar.

Quienes no estén familiarizados con la acción de las sutiles fuerzas de la Naturaleza, acaso pregunten que qué resultado se obtiene de esta infusión de energía

espiritual en una persona, es decir, qué cambio operará en su carácter. En este punto puedo ofrecer personal testimonio, pues no sólo he observado clarivamente la distribución sino que he tenido la fortuna de ser durante mi enfermedad receptor de la efusión, por lo que puedo atestiguar que experimenté un enaltecimiento espiritual y un creciente bienestar físico en el momento en que se me nombraba en el servicio.

Nos referimos colectivamente a todos los atribulados, afligidos, menesterosos y enfermos, y a veces nombramos a determinada persona que sabemos que sufre de algún modo; pero si esta persona está en la otra parte del mundo ¿cómo la afectamos al pensar en ella? En el reino del pensamiento no se tienen en cuenta las distancias; pero en dicho caso no sólo alcanzan a la persona las vibraciones mentales. El ángel encargado de asistirle absorberá la porción de energía espiritual a ella destinada e instantáneamente la encontrará doquiera esté y en su beneficio empleará la energía del modo que le sea más provechosa. Se la derramará en el corazón y la mente, infundiéndole valor y fortaleza. Si está afligida, perpleja o atribulada aquella persona le dará sostén y consuelo; si está abatida, iluminará su lobreguez.

El sacrificio no sólo se ofrece por los vivos sino también por los impropriadamente llamados muertos a quienes del mismo modo auxilia, porque el infalible discernimiento del Ángel director lo aplica para darles el aliento y socorro que mayormente necesitan. Para comprender bien todo esto es necesario tener siempre en cuenta la absoluta realidad de la energía divina, que es posible medir tan cumplidamente como la eléctrica aunque es algo distinto e, l método empleado.

Si el individuo que ha de recibir el beneficio está fuera de su cuerpo físico, ya por el sueño, ya por la muerte, suele suceder que el intenso pensamiento del sacerdote en él lo atraiga a la iglesia y no tenga el ángel que tomarse la molestia de buscarlo. Si por hacer poco tiempo que ha muerto, está todavía en inconsciencia, lo hallará no obstante el ángel y empleará como mejor le parezca la energía asignada. En tal caso emplea a veces parte de ella en despertar de su estupor al individuo, y otras veces juzga más conveniente almacenar la energía en el aura del beneficiario para que la aproveche al recobrar la conciencia. Pero podemos tener la completa seguridad de que en todo caso se obtiene un concreto resultado, pues no es posible que la energía se pierda ni malogre. El enfoque de la voluntad del sacerdote en determinado objeto suele llamarse la *intención* de la Eucaristía y es un acto perfectamente legítimo de magia invocatoria; pero por desgracia se ha injertado a veces un maligno y del todo ilegítimo elemento en la operación al exigir por el ejercicio de este espiritual poder un estipendio jamás admisible. Lo indispensable es que el sacerdote tenga con toda claridad en su mente el objeto en que desea que se emplee la energía y que quiera firmemente que se le dé tal empleo.

Todo cuanto está en la mente del celebrante, aparece muy claro ante el Ángel director; pero, como algunas veces sucede, cuando el celebrante no conoce a la persona para quien impetra el auxilio, el ángel encargado de esta particular labor ha de hallar al menesteroso siguiendo la línea por donde la petición le llegó al sacerdote. Esta petición implica un ardiente deseo de beneficio por parte de alguien, ya del mismo menesteroso, ya de alguno de sus parientes o amigos en su nombre; y como este ardiente anhelo aparece notoriamente en los planos superiores, no es por lo general muy difícil la actuación del ángel ni tampoco es difícil de entender, aunque conviene explicar algo más para dar idea de su aplicación a colectividades como la "Santa Iglesia Católica" "a los

atribulados" y "a los ya libres de la carga de la carne".

Según dijimos en una de nuestras colectas, Dios estableció con admirable ordenación el servicio de los ángeles y de los hombres, y en la vasta economía de la Naturaleza hay amplia provisión para mutuos servicios en gran escala, aunque hoy día la civilización europea apenas se aprovecha de ello, por haberse orientado en otros sentidos. Además de los ángeles apostólicos, y en muchos casos subordinados a ellos, hay ejércitos enteros de ángeles administrantes que también evolucionan por servicio y están dispuestos y anhelosos precisamente de aprovechar tal ocasión como la que la Eucaristía les depara. El superior Ángel mensajero escogido por el Director para administrar la totalidad de energía asignada por él a la Iglesia católica, pongamos por caso, la distribuye entre veinte o cien ángeles subalternos que a su debido tiempo parten en todas direcciones en busca de probabilidades de fomentar la paz, unidad y sabiduría de la Iglesia de Cristo, que son los objetos prescritos en la oración litúrgica.

Análogamente, otra cohorte se dirige a auxiliar a los atribulados y afligidos, y no necesitan ir muy lejos para encontrar abundancia de clientes. Todavía otra legión emprende la misma obra entre la numerosa hueste de los muertos, y a menudo no han de apartarse de las cercanías de la iglesia para cumplir su misericordioso encargo, porque los muertos rodean en gran número la iglesia para tomar parte en el grandioso acto devocional.

Según ya dijimos, esta religión pertenece al segundo Rayo; y por lo tanto, nuestro primer cuidado en la distribución de la energía es proporcionársela a la Iglesia católica por ser el canal asignado para nuestra participación en la obra de dicho Rayo. Pero tan pronto como hemos hecho esto y antes de la distribución al pormenor en nuestra Iglesia, pensamos en aquel otro Rayo complementario que guía y gobierna el mundo, y que para nosotros está simbolizado, personificado y enfocado en Su Majestad el Rey.

El rey Jorge es el centro y cabeza del mayor imperio que jamás conoció el mundo, y en tal concepto le debemos suma lealtad como se la tributa siempre alegremente todo fiel ciudadano. Pero si nos atrevemos a decirlo, para el estudiante del aspecto interno de la vida, Su Majestad es todavía más, porque es la viviente encarnación de una potente idea, el Conservador del Imperio, el céntrico quicio en cuyo torno gira, una estupenda realidad en los planos superiores. Es para nosotros el polo o punto físico de esta formidable realidad, el principio de la realeza del que irradia poder de gobierno y de justicia por todo el Imperio.

Las místicas palabras "en nombre del Rey" no son mera fórmula. Recordemos que un nombre equivale a poder, y que como este gran centro de energía está siempre irradiándolo, necesario es suministrársela sin cesar. Nosotros contribuimos al suministro con nuestra fervorosa lealtad y ardiente afecto y reverencia. Cada vez que se canta el himno nacional, cada vez que se brinda a la salud del Rey en la Eucaristía, se expide una nueva oleada de energía en dirección a aquella potente idea-raíz de fortaleza hermanada con justicia que se emplea para mantener la paz, la céntrica energía del primer Rayo. El Ángel director, representante de este Rayo; absorbe aquella porción de energía, aunque seguramente repercute en el rey Jorge.

Al mencionar a nuestro Obispo presidente, se encarga a un ángel de transmitirle la energía; otro ángel le transmite al Ordinario (es decir, al obispo de la diócesis); y otro, que se vale de varios auxiliares, se encarga de distribuir la energía destinada "a todos nuestros obispos, clero y fieles", reservando una aspersion para "todos los aquí

presentes", pues reciben tanta directa radiación que no es tan urgente su necesidad de esta otra energía.

Como quiera que la Iglesia anglicana nada sabe de la distribución de la divina energía no alude a ella, y así toda la obra queda en manos de los ángeles auxiliares. Parte de la antigua fórmula católica aparece en la anglicana oración por la Iglesia de Cristo militante aquí en la tierra; pero las palabras empleadas parece como si adrede evitaran ofrecer la Eucaristía en beneficio de los que se mencionan, y en todo caso se les nombra antes de la llegada de los ángeles.

ROMANA

Comunicando y venerando la memoria, en primer lugar de la gloriosa Virgen María madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo, y después la de tus bienaventurados apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Jacobo, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián y de todos tus demás santos por cuyos méritos y ruegos nos concedas que en todas nuestras cosas nos fortalezca el auxilio de tu protección. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.

LIBERAL

Uniéndonos en este gozoso Sacrificio con Tu santa Iglesia por todos los siglos, levantamos nuestros corazones para adorarte, ¡oh! Dios Hijo, consubstancial y coeterno con el Padre, Quien morando inmutablemente en Tí mismo, infundiste Tu divina vida en Tu universo mediante el misterio de Tu infinito amor y eterno sacrificio, ofreciéndote así como el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, y muriendo para que nosotros viviésemos. Omnipotente y omnipenetrante mantienes sin cesar noche y día la creación, por este Tu sacrificio, obrando perpetuamente por medio de la augustísima jerarquía de Tus gloriosos santos, que sólo viven para hacer Tu voluntad como perfectos canales de Tu admirable poder, y a quienes ofrecemos siempre cordial amor y reverencia.

Tú, ¡oh! amadísimo Señor santo, Te dignaste en Tu inefable sabiduría, ordenar para nosotros este Santísimo Sacramento de Tu amor, para que en él no sólo conmemoráramos simbólicamente Tu eterna oblación, sino que en verdad fuéramos partícipes de él y dentro de los límites de tiempo y espacio que velan a nuestros ojos la superabundancia de tu gloria, perpetuáramos el continuo sacrificio que alimenta y mantiene al mundo.

La principal intención de estas hermosas frases es despertar en el sacerdote y en los fieles el más vivo entusiasmo de que sean capaces y actualizar todas sus potencias latentes de mente y ánimo para que se preparen al estupendo acto de la Consagración.

Cuando nos ocupábamos en revisar la liturgia, sentíamos el deseo de abreviarla en

lo que fuese posible, y como esta parte de la larga plegaria de la Consagración no tiene directo enlace con lo que hemos llamado operación mágica de la Eucaristía, indiqué a nuestro Obispo presidente que acaso se pudiera omitir. Pero él no favoreció esta idea, diciendo que si bien nosotros, que nos habíamos adiestrado para percibir la actuación de la divina energía y en algún modo comprenderla, podíamos colocarnos desde luego en disposición de recibirla y aprovecharla, había inevitablemente en nuestra Iglesia muchos sacerdotes que aún no la veían ni comprendían, por lo que necesitarían algún tiempo para elevarse al requerido nivel, y les serían de eficaz auxilio para ello los inspiradores pensamientos expresados en las frases de la citada plegaria. Creo que tenía razón.

Después hemos de pensar también no sólo en nuestros sacerdotes, sino en todos los miembros de la congregación que asimismo quedan afectados por tan conmovedoras palabras.

Primeramente hemos de recordar que al cumplir esta santa obra proseguimos la tradición secular de la Iglesia, pues siempre tuvo por costumbre ofrecer este sacrificio en perpetua memoria de aquel otro primordial Sacrificio de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Se alude a varios puntos doctrinales de importancia, no porque la creencia en ellos sea necesaria para la "salvación" como tan a menudo han enseñado los ignorantes, sino porque necesita comprenderlos quien desee comprender el plan de evolución en el grado asequible al cerebro físico. Por esta razón se afirma que Dios Hijo es consubstancial y coeterno con Dios Padre y que permanece inmutable aunque ponga parte de su divina vida en la materia a fin de dar existencia al universo. Prolijos y ridiculamente enconados fueron los argumentos sobre estos recónditos puntos en los primitivos días de la Iglesia. En nuestros tiempos de mayor tolerancia parece apenas creíble la violencia de los Padres cristianos al discutir tales temas, y la acerba controversia entre Atanasio y Arrio dice muy poco en favor del talento y del cristianismo de ambos. En conjunto, el mundo ha adelantado desde entonces en liberalidad y en caridad; pero todavía hay muchos que parecen incapaces de comprender el hecho fundamental de que la creencia de un hombre en determinado punto es cuestión que sólo a él le incumbe, pues nosotros únicamente atendemos a sus obras. En nuestra liturgia afirmamos lo que algunos de nosotros sabemos que es verdad; pero si alguien no es capaz de ver estos hechos ni está dispuesto a aceptarlos, nadie sino él sufrirá las consecuencias, y su ineptitud para apreciar la vida, en modo alguno nos autoriza para privarle de los auxilios que Cristo ofrece al mundo en los Sacramentos.

No debemos olvidar que estas referencias al descenso de la Divinidad a la materia incluyen siempre la idea del sacrificio realizado por el Instructor del mundo que periódicamente encarna para auxiliar a Su pueblo; pero este es un tema del que trataremos más adecuadamente en el volumen teológico de esta serie. Se insiste especialmente aquí en que en ambos casos el sacrificio es continuo según nuestro ilativo concepto del tiempo. La obra de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad no se contrajo al único acto de la creación. Verdaderamente "sin El nada de lo que es hecho fue hecho", pero su obra no ha terminado, pues Su poder mantiene aún los mundos. Análogamente, el sacrificio de Cristo no terminó al dejar esta tierra, sino que debemos considerarlo, según El mismo dijo, como eternamente vivo, el viviente Cristo, que aquí y ahora está siempre dispuesto a guiar y bendecir a Su Iglesia.

Y en ambos de estos aspectos, como Dios y Hombre, actúa sempiternamente por medio de la augustísima Jerarquía de Sus gloriosos Santos, que por otro nombre

conocemos con el de la Gran Fraternidad Blanca. En la tercera frase, el sacerdote recuerda por sí y recuerda a los fieles que en este Santísimo Sacramento no sólo conmemoran la obra que Cristo hizo y está haciendo, sino que en la cortísima medida de su capacidad toman parte en ella y así se convierten verdaderamente en colaboradores de El.

ROMANA

Por lo tanto, te suplicamos, Señor, que recibas propicio esta ofrenda de nuestra servidumbre, que es también la de toda tu familia, y hagas que gocemos de tu paz durante esta vida, nos libres de la condenación eterna y nos cuentes en el número de tus escogidos. Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

LIBERAL

Por lo tanto, ¡ oh! Señor santo, Padre omnipotente, te suplicamos que mires y aceptes estas ofrendas que nosotros, Tus siervos y toda tu familia te presentamos en obediencia al mandato de tu sacratísimo Hijo nuestro Señor Jesús Cristo.

Puesto que nos esforzamos en cooperar de tal manera, suplicamos la aceptación de estas ofrendas como un canal y como un símbolo, según explícitamente afirma la breve celebración de nuestro servicio. Con estas palabras se aventura directamente el sacerdote a llamar la atención de nuestro Señor sobre lo que él está a punto de hacer. La conciencia de nuestro Señor es tan superior a nuestra comprensión, que en modo alguno podemos pretender medirla ni limitarla. Los estudiantes se han extrañado de si es posible que cuando se ofrecen simultáneamente millares de Eucaristías pueda el Señor atender a todas ellas; y en caso de que así sea, preguntan que en qué sentido y en qué grado.

No tenemos suficiente conocimiento para responder cumplidamente a esta pregunta; pero no cabe duda alguna respecto a la plena e instantánea respuesta recibida a cada invocación, y en muy inferiores niveles hay al alcance de nuestra visión hechos que nos señalan la línea por la cual podría explicarse este aparente milagro.

Se ha comprobado reiteradamente que la conciencia de un ego puede estar simultánea y plenamente presente en la vida celeste de centenares de individuos separados, sin el más leve menoscabo de la actividad de dicho ego por medio de su personalidad en la vida física; y si de esto es capaz una ordinaria alma humana, seguramente que no hay dificultad para suponer que la conciencia de nuestro Señor es enormemente más capaz en este respecto.

Hablando con profundísima reverencia y humildad, creo por mi parte que Cristo conoce subconscientemente cuanto sucede en todas Sus Iglesias. No quiero decir que según el significado ordinario de la frase "fije Su atención" en cada uno de los millares o millones de altares, sino que en El, la atención es algo muy superior a lo que es en nosotros. La atención que por medio de sus muchos millares de ángeles puede Cristo conceder a cada altar es probablemente tanta como la que nosotros podemos fijar si concentramos toda nuestra mente en el altar; pero lo que llamamos Su atención concentrada está más allá de nuestra presente comprensión.

Fundo esta mi opinión en el íntimo conocimiento de algo mucho menos importante cual es la relación en que cada discípulo de estudios esotéricos está con su Maestro. Todo cuanto el discípulo percibe, lo percibe el Maestro, aunque no precisamente en el mismo

momento si está ocupado en otra cosa; pero lo percibido por el discípulo se halla dentro de la esfera de conocimiento del Maestro quien al cabo del día lo recuerda si quiere recordarlo. En todo momento puede el Maestro fijar Su atención en aquella porción de Su conciencia que está en Su discípulo y percibirá todo cuanto esta porción de conciencia perciba y recordará cuanto recuerde.

Inmediatamente de pronunciada la antexpuesta invocación, el celebrante vuelve a preparar el canal para la recepción de la divina energía. Difícil nos es describir este proceso porque se relaciona con cuestiones que en gran parte no están al alcance de los entendimientos inexpertos.

La efusión de la energía es obra enteramente propia del Señor Jesucristo por medio del Ángel de la Presencia, pero parte de la preparación se hace por mano de Su sacerdote. Si cuidadosamente recordamos que todos los símiles son imperfectos y no se deben exagerar, acaso nos favorezca en la comprensión de lo que va a suceder compararlo con la instalación de un teléfono. El edificio en cuya construcción hemos estado ocupados hasta ahora es una cámara lo suficientemente aislada de la vocería del mundo exterior para permitirnos recibir la comunicación y al propio tiempo es un megáfono por medio del cual una vez recibida la comunicación puede alcanzar a toda la vecindad. En los sagrados elementos, tan cuidadosamente purificados y santificados, hemos dispuesto un aislado receptor y ahora vamos a colocar un tubo para proteger los alambres que instalará el Ángel de la Presencia para que el mismo Cristo pueda enviar la comunicación.

Tomando por punto de partida los elementos como aislado receptor, el sacerdote va a ejercer su voluntad en el vehemente esfuerzo para colocar su tubo en dirección ascendente. Las palabras que se le asignan mientras esto se hace, no tienen manifiesta relación con la obra; pero como se han empleado durante algunos siglos en los rituales romano y anglicano no las hemos alterado. Son como sigue:

ROMANA

La cual oblación te suplicamos, ¡oh! Dios, te dignes hacerla en todo bendita + aprobada + razonable + y agradable a tus ojos, a fin de que se convierta para nosotros en el verdadero cuerpo + y sangre + de Jesucristo, tu amado Hijo nuestro Señor.

LIBERAL

Dígnate, ¡oh! Padre, con Tu Santo Espíritu y Palabra + bendecir+ aprobar y + ratificar estas ofrendas, a fin de que se conviertan para nosotros en Su preciosísimo + Cuerpo y + Sangre.

Con estas cruces hechas sobre las ofrendas al pronunciar las palabras: "bendecir, aprobar y ratificar" coloca el sacerdote su tubo a través de las materias etérea, astral y mental inferior respectivamente, y las otras dos cruces hechas separadamente sobre la hostia y el cáliz, llevan el mismo tubo

(ahora con dos ramificaciones) a través del mundo mental superior hasta el límite de otro todavía más alto. Para ello empleará el sacerdote las fuerzas de su propio cuerpo causal, impeliendo su pensamiento hacia el más alto nivel posible. El Ángel director le complementará el esfuerzo cuando sea necesario; mas para el sacerdote ha de ser punto de honor hacer tanta parte de la obra como pueda. Por supuesto que muchos sacerdotes desconocen en absoluto la mágica eficacia del servicio eucarístico, y así durante siglos, ha recaído en el Ángel el trabajo de construir este tubo de sutilísima materia, con lo que mengua la cantidad de energía espiritual disponible para la distribución. Además,

¡pensemos en la inefable dicha y honor de cooperar en esta gloriosa obra de amor, tan más allá de nuestras esperanzas y ensueños! El sacerdote prosigue:

ROMANA

LIBERAL

Quien el día antes de su Pasión, tomando el pan en sus santas y venerables manos, levantando sus ojos al cielo, a tí, Dios, su Padre todopoderoso, dándote gracias lo bendijo + partió y dio a sus discípulos, diciéndoles: Tomad y comed todos de él porque

Quien el día antes de Su pasión, tomando el pan en sus santas y venerables manos, levantando sus ojos al cielo, a Tí, Dios, Su Padre todopoderoso, lo bendijo + partió y dio a Sus discípulos, diciéndoles: Tomad y comed todos de él porque

Aquí da principio el sacerdote a la más solemne parte de la Eucaristía: la recitación de las circunstancias referentes a la institución del Sacramento, según relatan los Evangelios, y que desde un principio ha sido en todas las ramas de la Iglesia la fórmula de la Consagración. El sacerdote repite los actos del mismo Cristo en aquel aposento alto de Jeru-salén hace dos mil años, al tomar en sus manos el pan de Pascua, la mirada de gratitud que dirigió al cielo y la bendición y partición de dicho pan.

Al bendecir el pan con el signo de poder, completa el sacerdote su esfuerzo, impeliendo el tubo con él relacionado, desde las fronteras de los tres mundos en donde comúnmente vive el hombre (físico, astral y mental) al mundo de unidad más allá existente, al mundo en donde no se conoce la separación, donde todos son unos con El como El es uno con el Padre.

Se echará de ver que al sacerdote se le prescribe especialmente que incluya dicho signo todas las partículas que se han de consagrar, porque la consagración de la hostia depende enteramente de la intención del sacerdote. Si concentra su pensamiento en la hostia que sostiene en sus manos, olvidándose de las que están en el corporal o en el copón, probablemente no quedarán consagradas estas otras. El sacerdote *no* debe olvidar. Es *posible* que el Ángel de la Presencia desvíe las líneas de enlace de todas las hostias que hay en el corporal; pero el sacerdote no ha de ocasionar la molestia de decidir qué hostias han de consagrarse sirio que debe indicarlas concretamente pensando en ellas e incluyéndolas de este modo en su tubo. Evidentemente no es asunto del Ángel consagrar más hostias de las que el sacerdote se proponga.

Es costumbre hacer primero el signo de la cruz sobre la hostia del sacerdote y después sobre el copón que contiene las más pequeñas para los fieles; pero bastará un solo signo de la cruz sobre la mayor *si* el sacerdote tiene en su mente la firmísima intención de que el signo actúe también sobre las demás hostias.

Vemos que un solo signo de la cruz por cada grado de densidad de materia basta para construir el relativamente amplio tubo que incluye ambos elementos sagrados y los conduce felizmente a través de la materia etérea, astral y mental inferior; pero cuando el sacerdote ha de relacionarse con la materia mental superior en el nivel del cuerpo causal, ha de dividir su tubo en dos y dedicar a cada ramificación un especial esfuerzo de voluntad, no porque la materia con que opera sea más densa (al contrario, es mucho más sutil) sino porque se halla muy lejos del nivel en que acostumbra a ejercer su voluntad y por lo tanto es menos eficaz. Ahora que todavía ha de ir más allá en su campo de actuación e impeler uno de sus tubos por el ilimitado esplendor del mundo intuicional, su esfuerzo ha de ser aún más intenso y ha de tener sumo cuidado en indicar lo que desea

incluir en su esfera de actividad.

Hecho el santo signo de la cruz aparece el Ángel de la Presencia al propia tiempo que fluye la vida del mundo intuicional, estableciendo condiciones propicias para las admirables transmutaciones de la Consagración que inmediatamente sigue al recitado de las palabras originarias de la institución.

ROMANA

LIBERAL

Este es Mi Cuerpo.

Este es Mi Cuerpo.

Estamos en el punto culminante de la ceremonia, el momento para el cual todo lo demás fue preparación. La vida divina fulgura por el tubo para ella construido y se efectúa el prodigio de la transubstanciación que ha sido objeto de tan enconadas e inútiles controversias. No presumimos nosotros de comprender plenamente un proceso en que intervienen mundos superiores a cuantos somos capaces de alcanzar; pero no cabe error respecto a la parte que de dicho proceso ocurre dentro de la esfera de la observación clarividente, y esta parte trataremos de describir.

Todo objeto físico tiene su contraparte en los planos superiores; pero, según creo, no todos conocen la constitución química de esta contraparte. Los mundos astral y mental poseen elementos que les son peculiares y que desconocen los químicos físicos, así como también tienen sus combinaciones que no corresponden necesariamente a las nuestras en este bajo mundo. La contraparte de uno de nuestros elementos químicos es ordinariamente un compuesto en los mundos superiores; pero sea como fuere no lo afectan nuestras terrenas combinaciones. La combinación del carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y otros elementos químicos en definidas proporciones da por resultado la harina de trigo con que elaboramos el pan; pero no hemos de suponer que la contraparte astral de estos elementos se combine en algo que el plano astral produzca el mismo efecto que el pan en el mundo terrestre. Cada uno de dichos elementos tiene una línea de enlace que lo dirige hacia su creadora Deidad; y aunque esta línea pase a través de un grupo de los que llamamos elementos astrales, y de otro grupo todavía mayor de elementos mentales, permanece siempre la misma línea, sean cuales sean las combinaciones terrenas en que entren dichos elementos.

Podemos representarnos más claramente la citada línea, imaginándola como una sarta de perlas, cada una de las cuales es la contraparte del elemento físico en uno de los planos (Diagrama 7). Las perlas están realmente una dentro de otra desde el punto de vista físico; pero si las miramos desde superiores dimensiones, están una junto a otra al propio tiempo que dentro una de otra, produciendo así el efecto de una línea.

La contraparte astral de lo que llamamos pan es cierta agrupación de elementos astrales muy conocidos del clarividente que ha estudiado química oculta; y lo mismo cabe decir de los planos superiores hasta donde alcanza nuestra vista. Así es que el pan está representado por un definido e inmuta-ble grupo de líneas, como si dijéramos un haz de alambres que se dirigen hacia el alma de las cosas.

En el momento de la Consagración de la Hostia se desvía instantáneamente este haz de alambres (Diagrama 7). Se ladea con la velocidad del relámpago y ocupa su lugar una línea de fuego, un singular hilo de comunicación que sin alterarse ni dividirse llega al Señor Cristo, Instructor y Jefe de la Iglesia, y per su medio a una altura más allá de toda potencia de visión clarividente de que hoy podemos disponer.

DIAGRAMA 7. —
 TRANSUBSTANCIACION
 EFECTUADA AL
 CONSAGRAR EL PAN Y
 CONVERTIRSE EN HOSTIA.
 El mazo de "alambres" que
 enlazan los átomos del pan con
 los correspondientes átomos del
 pan con los correspondientes la
 figura de la izquierda) queda
 desviado y substituido por una
 línea de fuego semejante al
 fulgor de un permanente rayo
 (véase la figura de la derecha).



Llega hasta aquel otro divino Aspecto de Cristo en que es verdadero Dios de Dios verdadero.

Acaso se diga que esto es un milagro, una infracción de las leyes de la Naturaleza; pero no hay tal milagro en el sentido que se da a esta palabra. Todo cuanto en el mundo ocurre, por insólito e increíble que parezca, debe ocurrir y ocurre según las eternas e inmutables leyes que Dios dictó a Su creación. Indudablemente que ello trasciende nuestra capacidad física, pues muy poco sabemos de tan poderosas leyes, y mucho de lo que para nosotros es imposible está muy en poder de las formidables Inteligencias encargadas de la ejecución del divino plan.

De lo que he descrito se inferirá que si bien la forma externa del pan y del vino no se alteran después de la Consagración, es de todo punto distinta la manifestación de la vida divina en ellos subyacente. Antes fueron vida divina, como divina es toda vida; pero ahora son una más completa e íntima epifanía de Dios, y por esto la Iglesia ha insistido siempre tan firmemente en la Presencia Real de Cristo en el Sacramento y considera este Sacramento como el vehículo de Cristo, como si verdaderamente fuera Su propio y viviente Cuerpo y Sangre.

En el transcurso de los siglos ha sido necesario combatir el materialismo del hombre insistiendo vehementemente en la realidad de la transmutación efectuada cuando el ordinario pan cotidiano se convierte en manjar espiritual que entraña una especial y formidable potencia. La circunstancia de que a los ojos físicos el pan y el vino sigan siendo evidentemente como eran antes de consagrarlos, exige que insistamos en afirmar que en otro y superior sentido son completamente diferentes. A quienes no ven los planos superiores se les debe explicar que la "substancia" se ha alterado definitivamente aunque los "accidentes" no hayan cambiado.

Si se nos permite una breve excursión por la etimología advertiremos cuán significativa es la derivación de las palabras técnicamente empleadas en dicho cambio. El nombre de "accidentes", dado al pan y vino físicos, significa filosóficamente "una propiedad no esencial a nuestro concepto de substancia", y deriva del latín *ad* "a" y *cadete* "caer". Por lo tanto significa "caer en yuxtaposición con". La palabra "substancia" deriva del latín *sub* "debajo" y *stans* "permanente"; es decir, lo que permanece debajo o tras un objeto físico. *Trans* significa en latín "a través", y ya hemos visto cómo la "substancia" del pan y del vino se desliza a través y la substituye otra.

Las "perlas" no son tales a menos que se consideren separadamente las contrapartes, pero en términos físicos es imposible describirlas tal cual son. Para comprender la

verdadera relación entre la materia física de la Hostia y sus contrapartes es preciso ver otras superiores dimensiones del espacio. Así es que en cierto modo sólo trazamos el diagrama cuando decimos que el Ángel de la Presencia desvía el haz de alambres o líneas que desde la Hostia se dirigen a la Deidad; pero no hay otra manera de representar el proceso a los incapaces de ver el mundo oculto. Si tratáramos de analizar la cuestión la encontraríamos algo complicada porque todo átomo está en perpetua relación con la Deidad. Verdaderamente la vida divina está por doquiera, según ya dije; pero mediante el acto de la consagración fulgura en la Hostia una especial manifestación de la divina vida que brota del corazón de Cristo, de suerte que en aquel momento es una verdadera epifanía de El. Entonces refulge la Hostia con ultraterrena radiación cual corresponde al más valioso don otorgado por Dios al hombre.

Esta refulgencia fue lo primero que me insinuó la posibilidad de estudiar clarivamente el aspecto oculto del servicio eucarístico. Tal vez le será más fácil al lector comprender la efectividad y material naturaleza del fenómeno si reproduzco un relato (escrito poco después) de la primera vez que tuve coyuntura de observarlo.

Fijé mi atención por vez primera en este asunto al notar el efecto producido por la celebración de la misa en la iglesia católicoromana de una aldea de Sicilia. Quienes conozcan esta hermosísima isla comprenderán que no se halla allí la Iglesia católico-romana en su superior modalidad intelectual y que ni el sacerdote ni los fieles están muy adelantados en su evolución; pero con todo, la ordinaria celebración de la misa era un magnífico despliegue de la aplicación de la oculta energía. En el momento de la consagración la Hostia refulgió con deslumbradora brillantez, apareciendo en realidad como un sol a los ojos del clarividente; y cuando el sacerdote la elevó por encima de las cabezas de los fieles, observé que fluían de ella dos distintas variedades de energía espiritual que quizá podían compararse aproximadamente a la luz del sol y a las flámulas de su corona. La primera energía (a la que designaremos por A) irradiaba indistintamente en todas direcciones sobre los fieles que estaban en la iglesia, cuyas paredes atravesaba como si no las hubiese e influía en una considerable zona de los alrededores.

Esta energía mostraba la índole de un poderoso estímulo, y su acción era la más intensa de todas en el mundo iñtucional, aunque también sumamente imperiosa en las tres superiores divisiones del mundo mental. Asimismo se notaba su actividad en la primera, segunda y tercera subdivisiones del mundo astral, pero era esto un reflejo del mental o tal vez resultado de vibración simpática.

El efecto producido en los fieles que recibían la influencia de la energía era proporcional a su desenvolvimiento. En muy pocos casos (en quienes tenían algo de intuición) actuaba como poderoso estimulante del cuerpo iñtucional duplicando o triplicando por algún tiempo su actividad y la radiación que eran capaces de emitir. Pero como en la mayoría de las gentes estaba aún casi del todo dormida la materia iñtucional, el principal efecto se producía en el cuerpo causal de los habitantes.

Además, la mayoría de ellos sólo estaban despiertos y eran parcialmente respondientes hasta la materia de la tercera subdivisión del mundo mental; y por lo tanto, perdían gran parte de las ventajas que hubiesen podido obtener si tuvieran su cuerpo causal en plena actividad. Sin embargo, todo* los egos sometidos a la influencia de la energía recibían sin excepción un señalado impulso y beneficio del acto de la consagración aunque apenas supieran ni reconociesen nada de lo que estaba ocurriendo.

También las vibraciones astrales, aunque mucho más débiles, producían trascendente efecto, porque la generalidad de los cuerpos astrales de los sicilianos están del todo bien desarrollados y no es difícil excitar sus emociones. Muchas personas distantes de la iglesia, que transitaban por las calles de la aldea o se ocupaban en sus diversos menes^feres en las solitarias laderas, sintieron por un instante un estremecimiento de afecto o devoción al pasar por la campiña aledaña la potente oleada de fortaleza y paz espiritual, aunque seguramente nunca pensarían en relacionar dicho estremecimiento con la Misa que se estaba celebrando en <u iglesia parroquial.

Me pareció evidente que estaba en presencia de un magno v trascendental plan. Desde luego que uno de los más señalados objetos, quizá el principal, de la diaria celebración de la Misa es que cuantos están bajo su influencia reciben al menos una vez al día una de aquellas conmociones eléctricas a propósito para fomentar el adelanto de que cada cual sea capaz. La efusión de energía allega a cada uno la cantidad que es capaz de recibir; pero aun el más rudo e ignorante no puede menos de mejorarse al pasajero contacto de una noble emoción, aunque para los pocos más adelantados significa un espiritual enaltecimiento cuya valía

fuera difícil debidamente ponderar.

Dije que había un segundo efecto comparable a las flámulas de la corona del sol. Llamémosle energía B. La luz que acabo de describir (energía A) se derramaba indistintamente sobre todos los circundantes, justos y pecadores, creyentes y burlones. Pero esta segunda energía sólo se actualizaba en respuesta a un vivo sentimiento devocional por parte del individuo. A la elevación de la Hostia, todos los fieles se arrodillaron debidamente, aunque era notorio que algunos lo hacían tan sólo por hábito si bien otros estaban invadidos por un profundo sentimiento de devoción.

A los ojos del clarividente, el efecto era muy admirable y hondamente conmovedor, porque de la elevada Hostia surgían ígneos rayos que como dardos iban a dar en cada uno de los devotos, cuya parte superior del cuerpo astral refulgía entonces con intenso éxtasis, quedando también el vehículo intuicional notablemente influido por medio del astral a causa de la relación entre ambos.

Aunque en ninguno de aquellos labriegos estaba *despierto* el vehículo intuicional, se estimulaba indispensablemente su crecimiento en el interior de su envoltura, aumentando su capacidad para influir en el astral. Desde luego que la intuición *despierta* puede moldear y dirigir conscientemente el astral; pero aun en el vehículo intuicional menos desarrollado hay un gran acopio de energía, que aunque inconsciente y automáticamente, vibra en todo el cuerpo astral.

Por supuesto que me interesó vivamente este fenómeno y me propuse asistir a varias funciones religiosas en distintas iglesias, para cerciorarme de si lo visto en aquella primera ocasión era o no invariable, y en caso de ser variable, cuándo y en qué condiciones variaba. Observé que el efecto era el mismo en toda celebración y aparecían siempre las dos descritas energías; la primera sin notoria variación apreciable, pero el despliegue de la segunda dependía del número de individuos verdaderamente devotos que formaban parte de la congregación ⁷

El Pan se ha convertido en verdadero vehículo de Cristo, y en cierto modo en una avanzada de Su conciencia, por lo

que vemos irradiar de la Hostia el maravilloso fulgor semejante al del sol.

Sin embargo, las dos energías que hemos descrito son enteramente distintas de la que han de distribuir los ángeles a la que llamaremos C) aunque todas dimanen de la misma fuente. Estas energías o emanaciones difieren algún tanto de las del radio, porque éstas son una vibración como la de la luz o el calor que irradian incesantemente en todas direcciones y al parecer son inextinguibles, mientras que la cantidad de energía C es limitada y puede dividirse, por decirlo así, en parcelas para distribuirla a prorrato como si fuese una substancia material, aunque su índole parece ser análoga a la de una carga eléctrica.

La energía es de por sí invisible, tanto en los mundos superiores como en el terrestre. Sólo cabe percibirla por sus efectos en alguna clase de materia. Las nubes y rayos de azul y carmesí con que el Ángel construye su edificio no son de por sí el amor y la devoción de los fieles sino el efecto de este amor y devoción en los diversos tipos de materia etérea, astral y mental. Análogamente, cuando decimos que *vemos* irradiar de la Hostia la energía C ha de entenderse que vemos su admirabilísima y hermosísima manifestación en todavía más sutiles modalidades de materia, como un arroyo de lumbre líquida o de tintilante polvo de oro, o mejor aún del polvo estelar que forma la refulgente e ígnea neblina del espacio cósmico. No hay en la tierra analogía que bien le cuadre; pero podemos considerar la energía como una carga de electricidad acumulada de propósito para que se descargue con sólo tocarla, y el requerido toque es la acción del Ángel director. Las otras energías A y B irradian continuamente y no exigen la intervención del Ángel, pero hasta cierto grado puede concentrarlas y dirigir las la voluntad del sacerdote.

⁷ El aspecto oculto de las cosas por C. W. Leadbeater, Vol. 1, páginas 228-231, edición inglesa.

Al efundirse la energía de lo alto se efectúa por el poder del Ángel de la Presencia la íntima transubstanciación de los elementos. El Ángel de la Presencia se distingue de entre todos los mencionados en que no es una entidad del glorioso reino de los ángeles, sino una forma mental a semejanza de Cristo.

En un nivel infinitamente inferior tenemos, a lo que entiendo, una analogía de ello, en lo que ya dije respecto a que el afectuoso pensamiento de un hombre atare en el mundo celeste la atención del ego en quien piensa, el cual responde inmediatamente, infundiéndose en una forma mental y manifestándose por medio de ella, aunque nada sepa de ello la conciencia física del amigo. Acaso esto favorezca la comprensión de cómo la misma energía elevada a la enésima potencia posibilita que Cristo emita simultáneamente Su pensamiento a mil altares, abriendo a través de cada uno de ellos el maravilloso canal de Su fortaleza y Su amor, y sin embargo pueda proseguir tan expeditamente como siempre cualquier excelsa obra en que esté ocupado.

Pero no solamente es Su virtud, por inmensa que n.os parezca, sino que es la energía del Segundo Aspecto de la Deidad, de Quien el Instructor del Mundo es canal escogido y una tan particular y maravillosa epifanía, que es para nosotros un misterio, aunque no cabe duda alguna de que esta admirabilísima y hermosísima manifestación se efectúa siempre que se celebra la Sagrada Eucaristía, pues la han reiteradamente observado muy competentes testimonios.

No hemos de extrañar que los clérigos del todo sensitivos a esta santa influencia la consideren como un "medio de gracia" que estimula poderosamente su vida espiritual.

Cuando aparece el refulgente Ángel de la Presencia atrae numerosas huestes que no pertenecen al tipo de los ángeles de acción sino al de los contemplativos y guardianes, que acuden revoloteando alrededor de la Hostia para bañarse en la radiante luz que de ella emana. Estos ángeles están en el reino angélico en nivel análogo al en que en el reino humano están los seres humanos que asisten al servicio con el solo objeto de adorante devoción, sin la menor idea de hacer algo por sí mismos y sin saber que hay un medio por el cual pudieran hacer algo. Sin embargo, dichos ángeles engendran y proporcionan gran cantidad de energía con su devoción. Tal es su oficio, y así acuden siempre cuando de la Hostia irradia la luz.

Se ha de prodigar el incienso en el arto de la elevación, porque los ángeles emiten sus pensamientos estimulados por el incienso. Al reservar la Hostia, siempre hay ángeles que revolotean a su alrededor no sólo para disfrutar de sus radiaciones, sino también porque consideran como un gran beneficio darle guardia y permanecer en vela. Doquiera está la Hostia, aunque reservada en el tabernáculo o sagrario, cabe la seguridad de que siempre hay ángeles allí presentes.

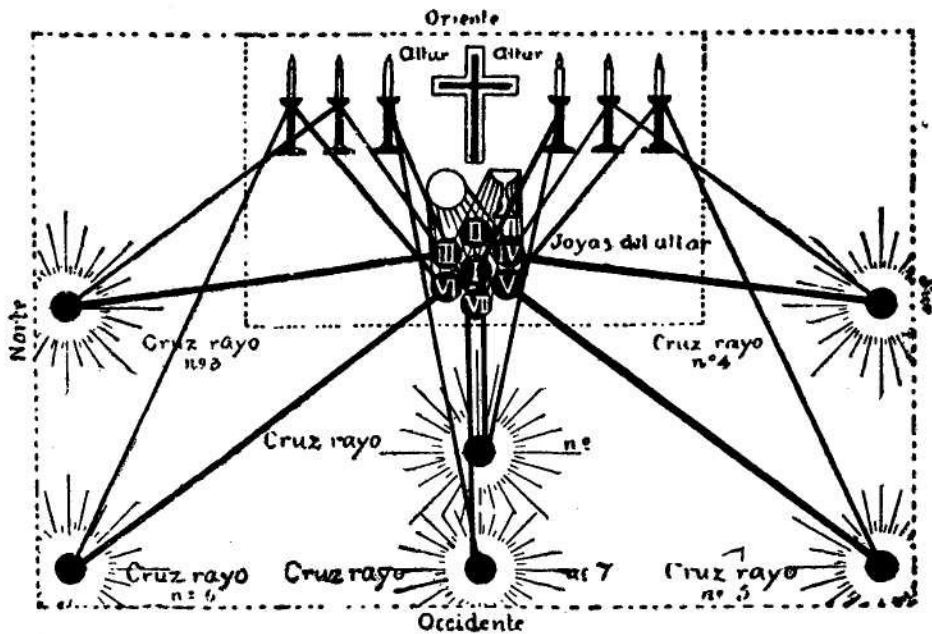
Cuando el Ángel de la Presencia desvía el haz de "alambres" relacionado con la Hostia, lo substituye un a modo de relámpago permanente o línea de fuego que no sólo se dirige hacia la Hostia, sino también hacia la consagrada ara del altar en donde están las siete joyas descritas en el capítulo VII, y entonces estas siete joyas fulguran como siete ígneos focos. Desde luego que el celebrante se halla en uno de los Rayos con los cuales se relacionan dichas joyas, y la influencia fluye sobre él más fácilmente por medio de la joya relacionada con su Rayo, realzándolo a su máxima posibilidad, de suerte que por su conducto se derrama sobre los fieles la energía invocada en el acto de la consagración. Así es que se efectúa un intercambio de energía entre la Hostia, las joyas del ara, los candelabros, los centros de los Rayos en las paredes de la iglesia, el sacerdote situado

frente al altar y el Ángel de la Presencia (Diagrama 8).

Cuando celebra un obispo, resulta la actuación más compleja y la energía se intensifica a causa de otra serie de intervenciones. El obispo lleva la cruz pectoral en la que están engarzadas siete joyas correspondientes a las del ara; y cuando éstas fulguran en respuesta a la efusión de energía, también quedan influidas las del pectoral que entonces refulge de extraordinaria y hermosa manera como un sol. También interviene en la acción el anillo episcopal que está consagrado y puesto en especial relación con Cristo cuya energía individual (no la acumulada) fluye a través de la piedra preciosa del anillo que a su vez reacciona sobre las del altar y las del pectoral, de suerte que por todo en derredor hay rayos de fulgurante luz. Esta interacción intensifica la energía dando por resultado una efusión sobre los fieles y las gentes en general, produciendo para todo verdadero y solícito clarividente un espectáculo de muy hermosa y admirable visión.

Cuando además de todo esto está cerca del altar el báculo del obispo sobreviene en el entrelace de las líneas de luz una todavía mayor complicación casi imposible de descri-

DIAGRAMA 8.—ENTRELACE DE FUERZAS EN LA IGLESIA DESPUÉS DE LA CONSAGRACIÓN.—Tan pronto como están consagrados la Hostia y «l Cáliz y mientras permanecen en el altar, ocurre un vivo entrelace de fuerzas entre ambos y las diminutas piedras preciosas, ya consagradas, engarzadas en el ara, la cruz del tabernáculo (o del altar), los seis escudos de los candelabros y las seis cruces de Rayo colocadas en la iglesia. Las piedras preciosas del ara actúan a manera de potente prisma que descompone en sus partes la fuerza irradiante de los sagrados Elementos, y desde cada una de las piedras preciosas del ara irradia un dardo de fuerza hacia cada cruz de Rayo y cada escudo de candelabro. Las cruces Rayos y los candelabros están asimismo enlazados por análogas aunque más débiles líneas de radiación. Cada objeto consagrado irradia a su vez fuerza, derramándola generalmente sobre los fieles, de modo que todo el interior de la iglesia queda lleno de un entretrejado laberinto de líneas de policromado fuego. Conviene advertir que las piedras preciosas del ara y las cruces Rayos están dispuestas en la iglesia de modo que, generalmente hablando, los Rayos positivos o masculinos están representados en el lado Sur o de la epístola y los negativos o femeninos en el lado Norte o del evangelio. Preciso es recordar especialmente que los Rayos 4o. y 5o. son predominantemente masculinos; el 3o. y 6o. predominantemente femeninos; el 2o. es dual pero casi equilibrado; el 1o. dual pero con intensificación masculina; el 7o. dual con intensificación femenina.



bir. Las siete joyas fulguran en el báculo como siete estrellas y entre éstas y todas las demás joyas se entrecruzan incesantemente dardos de vivida lumbre. En la mecánica física cada vez que se transfiere una fuerza se pierde algo de ella por los rozamientos; pero durante la consagración sucede todo lo contrario, porque todos los instrumentos de este admirable Sacramento están ya magnetizados con una *viviente* energía que mayormente se intensifica cuanto más interactúa.

Después de postrarse en adoración ante esta prodigiosa epifanía de la Presencia de Cristo, el sacerdote eleva reverentemente la Hostia sobre su cabeza para que todos los circunstantes la vean; y en este momento de la elevación, los secundarios rayos de fuego fluyen en respuesta a los especiales sentimientos de devoción, tal como yo los vi en aquella iglesia de Sicilia.

La elevación de la Hostia a la vista de los fieles ha sido costumbre de la Iglesia desde los primitivos días, aunque no siempre se hacía inmediatamente después de la consagración, pues hasta el siglo XII no se introdujo esta otra costumbre, pero como resulta beneficiosa nadie rehusará adoptarla porque sea relativamente moderna. Hemos de precavernos contra la negación de la viviente influencia de Cristo en Su Iglesia, como la niega la teoría de que todas las innovaciones introducidas desde la fecha de la Ascensión de Cristo no han sido aprobadas por El. Seguramente que una parte de Su Iglesia cometió muchos errores en que El no ha intervenido para corregirlos; pero por eso no hemos de dudar de que en diversas épocas inspiró a sus ministros para efectuar cambios que la experiencia demostró que eran valiosos, y uno de ellos puede muy bien ser el caso que nos ocupa.

Después de una segunda genuflexión y una pausa de pocos momentos, el sacerdote procede a consagrar el cáliz.

ROMANA

Del mismo modo, después de haber cenado, tomando este cáliz excelente en sus santas y venerables manos, dándole igualmente gracias lo + bendijo y dio a sus discípulos, diciéndoles Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno Testamento, misterio de fe, que será derramada para vosotros y por muchos por el perdón de los pecados. Cuantos veces hicieris esto lo haréis en memoria mía.

LIBERAL

Del mismo modo, después de haber cenado, tomando también este noble cáliz en Sus santas y venerables manos, dándole igualmente gracias lo + bendijo y dio a sus discípulos, diciéndoles: Tomad y bebed todos de él, porque Esta es Mi Sangre, Cuantas veces hicieris esto lo haréis en memoria mía.

Por el signo de la santa cruz impele el sacerdote su segundo tubo hacia los mundos superiores, según hizo con el primero un momento antes de la consagración y nuevamente por efecto de la Palabra de Poder se realiza la transubstanciación, y el haz de líneas que representa las internas realidades del agua y del vino se desvía y lo substituye el vivido fuego de la vida de Cristo. Pero esta vez no es el deslumbrador brillo de blanco y oro que da a la refulgente Hostia la apariencia de un sol, sino una centelleante espada de intenso carmesí, de tonalidad semejante, como dice Tennyson, a "los dedos de la mano ante la llama de una vela".

Se repiten la genuflexión y la elevación, y se derrama sobre los fieles esta segunda modalidad de la energía divina, que es complemento de la otra, pero que parece descender algo más cerca de nosotros, pues el Vino tiene potísima influencia en los niveles superiores del astral y el Agua emite vibraciones etéreas.

La energía de la Hostia puede considerarse como esencialmente monádica y actúa más poderosamente en todo lo que en nuestro interior representa la directa acción de la mónada: la fortaleza, exactitud y ritmo correspondientes al lado de la Epístola en el altar. La energía del Cáliz es más propia al ego, y parece expresar mayormente la fervorosa devoción y la adaptabilidad y el método ceremonial del lado del Evangelio. Ambas energías son a la par necesarias, y cuando conjuntamente irradian estimulan todo bien y apaciguan todo mal con sus vibraciones.

Aparte de su efecto, hemos de recordar que la Sagrada Eucaristía entraña el doble simbolismo de la Santísima Trinidad y del descenso de Cristo a la materia (Diagrama 9)

La Hostia simboliza a Dios Padre y también la Divinidad una e indivisible. El Vino simboliza a Dios Hijo cuya vida se derrama en el cáliz de forma material; y el Agua representa a Dios Espíritu Santo, al Espíritu que planeaba sobre la faz de las aguas, y sin embargo está al propio tiempo simbolizado por el agua.

Cuando aplicamos el mismo simbolismo a la manifestación de la Divinidad en el hombre, la Hostia simboliza la Mónada, la totalidad, la invisible causa de todo, mientras que la patena simboliza la trina Atma o Espíritu por cuyo medio actúa la Mónada en la materia. El Vino representa la individualidad efundida en el cáliz del cuerpo causal y el Agua es símbolo de la personalidad, tan íntimamente entremezclada con la individualidad. Esta es la razón de que en una etapa anterior, cuando simbolizábamos un estado en que la mónada no hacía más que cobijar la manifestación inferior, permanece la patena cubierta por el corporal, o por un velo prendido en el pecho del subdiácono. Cuando se descubre la patena y se coloca sobre ella la Hostia simbolizamos la unión.

Desde el punto de vista del descenso a la materia, la Hostia significa la Eternal Unidad, el Cristo en el seno del Padre, mientras que el Vino y el Agua representan la dual manifestación de Cristo en la materia, positiva y negativa o masculina y femenina.

Muchas objeciones han opuesto los ignorantes a la perpetua afirmación de la Iglesia, de que la celebración de la Eucaristía es una diaria repetición del sacrificio de Cristo. Pero cuando comprendemos que desde el interno punto de vista el sacrificio de Cristo significa el descenso a la materia de la efusión del Segundo Aspecto de la Divinidad, vemos que es exacto el simbolismo, pues el flujo de energía evocada por la consagración está íntimamente relacionado con la esfera de la naturaleza que es expresión de dicho divino Aspecto. Verdaderamente vuelve a encarnar Cristo y así perpetúa Su sacrificio cada vez que se celebra la Sagrada Eucaristía, porque algo de Sí mismo infunde en el Pan y el Vino que al asimilárnoslos llegan a formar parte de nuestra carne y sangre.

El sacerdote que así lo comprenda, no vacilará en asignar a dicho servicio su debida posición y cuidará de rodear su punto culminante de todo cuanto por medio del ritual y de la música pueda intensificar su efecto y disponer a los fieles a que tomen más receptiva parte en él. Teniendo también en cuenta que es el custodio de un pavoroso misterio, emprenderá la celebración con suma reverencia y respeto, porque si bien su actitud personal no altera el punto céntrico del servicio ni sus efectos, no cabe duda de que su profunda devoción, su comprensión y cooperación, pueden atraer una adicional influencia que servirá de poderoso auxilio a sus feligreses y. su parroquia. Al sacerdote que al

propio tiempo tenga la ventaja de ser estudiante del lado oculto de las cosas materiales que se le ofrece magnífica ocasión de prestar amplísima utilidad. Asimismo tiene la ulterior ventaja de comprender algún tanto la índole de la estupenda energía que está administrando, y así será capaz de evitar los muchos errores en que tan fácilmente incurren los desconocedores de estos asuntos. Muchas y muy diversas son las modalidades de energía que Dios derrama sobre Su mundo, y cada una de ellas tiene su peculiar ocasión y su apropiado canal que El le destinó. No es prudente que el hombre cavile sobre las restricciones que Dios tuvo por convenientes, ni tampoco es cuerdo que desconozca las leyes eternas de la Naturaleza para satisfacer de una manera más o menos egoísta su temporal con veniencia.

Por ejemplo, la maravillosa efusión de la Sagrada Eucaristía está dispuesta para sincronizarse con determinadas condiciones de la cotidiana relación entre la Tierra y el Sol y aprovecharse de ellas. Entre la Tierra y el Sol hay un flujo y reflujo de energía magnética, una marea magnética por decirlo así, y las horas de mediodía y media noche señalan el paso del flujo al reflujo en determinado punto de la superficie terrestre, de modo que las corrientes matinales son distintas de las vespertinas. Por lo tanto, la Sagrada Eucaristía nunca debe celebrarse (o por lo menos no ha de comenzar a celebrarse) después de mediodía. Siendo esta hora la del cambio de la marea, el flujo no es muy intenso poco antes ni tampoco lo es el reflujo poco después de dicha hora, de modo que sí, pongamos por caso, la consagración se efectúa antes de las doce y media, el reflujo no tendrá la suficiente eficacia para malograr el apetecido resultado. Pero necesario es tener muy bien entendido que ni las huestes angélicas ni su Señor y Maestro violarán las leyes de la Naturaleza para satisfacer los caprichos del perezoso; y los sacerdotes que administran la comunión por la tarde a personas de la llamada buena sociedad, acaso les presten un satisfactorio servicio devocional, pero no celebran la gloriosa ceremonia de la Sagrada Eucaristía. Una vez acumulada la energía en la Hostia consagrada, puede utilizarse lo mismo por la mañana que por la tarde, de modo que la Hostia reservada se puede administrar a cualquier hora y de ello se obtiene admirable resultado en el servicio de la Bendición con el Santísimo Sacramento, a la que nos referiremos en otro capítulo.

Otra de las condiciones en que recibimos este potente don de gracia es que está dispuesto para efluir por medio del organismo masculino. En estos tiempos en que es moda desconocer o vituperar todas las distinciones naturales y afirmar que todos pueden hacerlo todo igualmente bien, las mujeres han pretendido a veces el acceso a la dignidad del sacerdocio, preguntando por qué ellas no pueden desempeñar este ministerio y ejercer sus poderes lo mismo que los hombres. Los clérigos responden a esto con las viejas palabras: "Ni nosotros ni las Iglesias de Dios tienen tal costumbre".

Tal vez corroboran esta respuesta con el recuerdo de que, según se dice, Cristo escogió exclusivamente de entre los varones sus doce apóstoles y sus sesenta discípulos menores. Este argumento tiene alguna fuerza; pero el estudiante puede añadir la ulterior consideración de que esta particular modalidad de energía no está dispuesta para obrar por medio del organismo femenino. Hay otras modalidades de energía que *están* dispuestas para actuar por este último medio; pero son de muy diversa índole y completamente desconocidas de la actual civilización, en su detrimento a lo que presumo. El culto que la Iglesia romana tributa a Nuestra Señora es el inconsciente esfuerzo de llenar un hueco que muchas gentes echan de ver por instinto.

HIMNOS DE ADORACIÓN

En este respecto, son de exclusivo uso en la liturgia católica liberal los himnos siguientes.

Te adoramos, ¡ oh I Esplendor oculto que Te dignas estar en Tu Sacramento. Te adoramos bajo este terreno velo y en él devotamente Tu Presencia saludamos.

¡ Oh! venid vosotros los fieles, gozosos y triunfantes; venid, venid a Belén; venid y contemplad al Rey de los ángeles.

Venid y adoremos, Venid y adoremos, Venid y adoremos, A Cristo el Señor.

Dios de Dios, Luz de Luz, que sin embargo vela bajo terrenas formas Su Luz. Verdadero Dios uninato del Padre.

Venid y adoremos, etc.

Cantad, coros angélicos, Cantad con alborozo. Cantad, habitantes de los altos cielos. Gloria a Dios en las alturas.

Venid y adoremos, etc.

Ciertamente, Señor, Te saludamos entronizado en Tu altar. Siempre Te será tributada la suprema gloria, Verbo del Padre, sempiterno Esplendor.

Venid y adoremos, etc. Amén

Después de la consagración nos prosternamos durante unos cuantos momentos en silenciosa adoración, y entonces resuena en nuestros oídos la melodía del antiguo himno y en voz baja cantamos los apropiados versículos. Luego hay una ligera pausa y en seguida todos se levantan y entonan al unísono de voces y corazones el hermoso canto *Adeste fideles*, compuesto originalmente para el nacimiento de Jesús en Belén, y seguramente todavía más a propósito para bienvenida de este nuevo nacimiento de Cristo sobre Su altar en esta más moderna Casa de Pan. Es indescriptible la escena que se ofrece al clarividente durante el canto de estos himnos, porque los ángeles se unen a ellos con fervor verdaderamente celestial y el impulso de su amor y devoción llena de vivido fuego el edificio mental y lo adorna y enriquece. A este punto se forman las secretas aberturas a que hemos llamado puertas, y la basílica queda completa (Véase el frontispicio).

El tubo construido por el celebrante se ha explayado en un enorme túnel que todavía se dibuja claramente en medio de todo aquel mar de luz. La Hostia, el Cáliz y el Ángel son aún el centro de todo y de ellos brotan los ígneos rayos que iluminan y vivifican el mundo circundante. Las energías A y B están entonces en plena actuación, y la energía C se va acumulando lentamente para llenar el edificio mental y sufrir una especie de transmutación o materialización en manos del Ángel de la Presencia.

El misal romano no contiene himnos de adoración para después de la consagración, pero en su lugar inserta algo posteriormente en el servicio, el *Agnus Dei* que por desgracia no es tan eficaz. Se ha puesto a sus palabras tan agradable música por varios compositores, que arriesgamos descuidar su verdadero significado. Tan sólo el narcotizador efecto de la costumbre nos ha reconciliado con la irreverente impertinencia del zoológico apostrofe de San Juan Bautista, y la idea de que Cristo lleva en sí los pecados del mundo es tan teológicamente extraviadora como la de pedir que tenga misericordia de nosotros. Puede suceder que quienes canten el *Agnus Dei* no piensen en su significado y que quienes lo escuchen estén tan sólo invadidos por un vago sentimiento de devoción; pero el positivo efecto es que la devoción está frecuentemente teñida de servil temor, y que en algunas grandes catedrales, antes de que los ángeles

puedan utilizar el material en servicio del Rey de amor, han de emprender los ángeles la tarea de rastrillar el gris que empaña el azul de las densas nubes que flotan lentamente sobre las cabezas de la congregación. Muy a menudo he visto una especie de montón de escombros, una enorme masa de desechos, una espesa neblina de gris limo astral, que los ángeles sacan de la iglesia antes de comenzar su labor relativa a la Sagrada Eucaristía. Por el contrario, nuestras frases sólo sugieren júbilo, alabanza y amor, de modo que según siguen los fieles el ritual y cantan con sentimiento y comprensión, proporcionan excelente material a los angélicos operarios.

La Iglesia anglicana emplea el *Gloria in excelsis* por himno de gratitud y adoración; y difícilmente cupiera hallarnada más hermoso, si no contuviese la misma frase de "Cordero de Dios" que acabo de tildar por creerla impertinente. Otra objeción contra el canto del *Gloria* en este punto del servicio es que se omite en su tradicional lugar de la primera parte, donde tan necesario es para la construcción de un magnífico y eficaz edificio sacramental.

Aun en la misa rezada conviene recitar los versículos primero y último del *Adeste*, porque si no se recitan, se verá obligado el Ángel a extraer para esta parte del servicio, energía de la que tiene acopiada; y por consiguiente, no quedará tanta disponible para el objeto de la ceremonia. El edificio construido en una misa rezada es naturalmente mucho más pequeño que el erigido en la Misa Mayor con orquesta y una numerosa congregación; pero si el celebrante comprende verdaderamente todos los pormenores de su obra, si pone su corazón en ella y coopera inteligentemente con los ángeles que la tienen a su cargo, la relativamente pequeña forma mental será un esplendoroso joyel; una verdadera Capilla Palatina, como la de Palermo, y la energía difundida por su medio iluminará la vecindad cual fuente de fuego.

ROMANA

Y por lo mismo, ¡oh! Señor, nosotros tus siervos y con nosotros tu pueblo santo, en memoria de la bienaventurada pasión del mismo Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, y de tu resurrección de entre los muertos, como también de su gloriosa ascensión a los cielos, nírecemos a tu incomparable majestad, de los dones que nos has concedido, esta Hostia, +pura, esta Hostia + santa, esta Hostia + sin mancha, el pan + santo de la vida eterna y el Cáliz + de la eterna salvación. Dígnate mirar con dulce y propicio semblante estos dones, y aceptarlos tan agradable y benignamente como recibiste los dones del justo Abel tu siervo y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham y el santo sacrificio y hostia sin mancha que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedec. Te rogamos humildemente, Dios todopoderoso, que ordenes que todas

LIBERAL

Por lo tanto, ¡oh! Señor y Padre celestial, nosotros Tus humildes siervos (conmemorando el inefable sacrificio de Tu Hijo, el misterio de Su admirable encarnación, Su potente resurrección y Su triunfante ascensión, te presentamos aquí ante Tu Divina Majestad, el memorial que nuestro Señor quiso hacernos, y nosotros) Te ofrecemos este preciosísimo don que nos has concedido+esta pura + Hostia, esta santa + Hostia, esta gloriosa + Hostia. El pan + santo de vida eterna y el + Cáliz de eterna salvación.

Lo presentamos ante Tí) en muestra de nuestro amor y del perfecto sacrificio y devoción de nuestras mentes y corazones hacia Tí; y Te rogamos que ordenes a Tu santo Ángel que lleve nuestra obligación a Tu altar altísimo, para ofrecerla allí por quien como eterno Sumo Sacerdote se

estas cosas vayan en manos de tu santo ángel a tu sublime altar, ante la presencia de tu divina majestad. ofrece perpetuamente a Sí mismo en eterno sacrificio.

(En la forma breve del servicio se omiten las porciones señaladas entre paréntesis, y las cinco cruces se hacen en el punto correspondiente al significado de la acción al pronunciar las palabras: amor, devoción, sacrificio, mentes y corazones).

El pan y el vino, ya verdaderos vehículos de Cristo, son para nosotros las más preciadas joyas del mundo, los más admirables dones de Dios. Por lo tanto, los depositamos en seguida a Sus pies en muestra y expresión de nuestro amor, devoción y sacrificio. Es alijo más que un mero símbolo. Recordaremos que en una primitiva etapa de la celebración nos ofrecimos enteramente, en cuerpo y alma, para ser útiles en servicio de Dios. Después el sacerdote eliminó de la oblación todo lo bajo y mundano, rompiendo el enlace con ello, a fin de constituirlo en canal adecuado a la augustísima energía. En el punto que del servicio estamos considerando, la divina energía llena por completo la oblación y nada sino lo altísimo puede entrar en su sagrario. Y así reiteramos nuestra humilde ofrenda de todo cuanto somos, de toda nuestra gratitud por este Su maravilloso don de Sí mismo, de toda la fortaleza, amor y devoción que este don suscitó en nosotros, todo lo cual sentimos y expresamos en el acto de la elevación y durante el canto de los himnos, procurando emitirlo por conducto del canal que Su desinteresado favor ha abierto para nosotros, mientras que el santo Ángel, que en realidad es parte de El, está todavía presente entre nosotros. Y así como este Ángel actúa en la divina efusión de energía, de modo que se la asimilen los mortales, así también actúa en nuestra ascendente respuesta de amor, por débil que sea transmutándola de suerte que no sea del todo indigna de ofrecerla a la Majestad en el cielo.

Cuando el sacerdote hace los cinco signos de poder, piensa en el quintuple hombre, simbolizado en los misterios herméticos por la estrella de cinco puntas. Los cinco principios o partes son: 1o. espíritu; 2o. intuición; 3o. inteligencia (tres aspectos del verdadero hombre interno, al que se le suele llamar alma o ego, simbolizados por el amor, la devoción y el sacrificio); 4o. mente inferior; 5o. emociones (Diagramas 11 y 21). El sacerdote ofrece por completo y sin reservas a nuestro bendito Señor todos estos principios y toda la energía de ellos dimanante, al estímulo de la Sagrada Eucaristía, por el directo y peculiar conducto que ahora se le abre, suplicando que el Ángel de la Presencia lleve esta nuestra humilde oblación al eterno altar del Altísimo. Este Ángel es un explaye de la conciencia de Cristo, y cuando nuestro Señor atrae hacia Sí el rayo que antes emitió, lleva el rayo consigo la impresión que en él hemos estampado por medio de los sagrados elementos. Así la energía por nosotros generada en el mundo terreno, se utiliza efectivamente en los mundos superiores, y tenemos el inefable privilegio de contribuir, aunque en corto grado, al gran acopio de energía espiritual, del que los sacerdotes de Cristo extraen su poder cuando administran los Santos Sacramentos. Así es que cuando el Ángel desaparece con su esplendente sonrisa en el momento en que se le nombra en la oración, se lleva consigo nuestra engendrada energía como en tributo de amor. La presencia del Ángel era necesaria para el acto de la consagración y la transmutación de energías; pero después se va, llevándose las gavillas de la cosecha.

No cabe duda de que es divina toda energía de este mundo; y así, como dice un conocido himno:

Nosotros te damos; pero tuvo es el don, cualquiera que sea.

Pero la voluntad y el plan de Dios para nuestro adelanto está en darnos a cada uno de nosotros una limitada porción de dicha energía para ver en qué la empleamos. Como en la parábola de los talentos, Unos la aprovechan, otros la desperdician y otros la entierran, del todo ignorantes de su valor. Así es que aunque sólo por el poder de Dios seamos capaces de hacer cuanto hacemos, también es verdad que al henchirnos de extrema devoción, empleamos en el bien cierta cantidad de energía que de ser insensatos o ignorantes hubiéramos empleado menos discretamente. Entonces hacemos lo que Dios quiso que hiciéramos, o sea emplear la energía que nos dio, de acuerdo con Su plan de evolución.

Recordemos también aquella otra ley de la vida superior, que ya he mencionado; porque todo, impulso de amor y devoción recibe generosa respuesta de lo alto, y como la energía es *viviente*, el efecto es mucho mayor que la causa. Todo esto se añade también a nuestra contribución al acopio de energía. Podemos decir con suma reverencia que Dios cuenta con la cooperación de Sus criaturas; y es parte de Su plan, que tan luego como sean lo bastante inteligentes para comprender dicho plan, deben apresurarse ansiosamente a militar como operarios bajo su bandera. Recapitulemos brevemente. Primero, el sacerdote hincha con el *Asperges* una especie de burbuja gigantesca; después, el Ángel de la Eucaristía comienza a construir dentro de la burbuja, con nuestro amor y devoción por materiales, el gran edificio eucarístico.. La segunda incensación efectuada por el sacerdote forma en el interior de este edificio una especie de casquete esférico alrededor de los elementos, aislándolos del resto de la iglesia, así como antes había aislado internamente la iglesia del mundo exterior. Dentro de este intérrimo casquete empieza el sacerdote a construir su tubo, en cuyo interior se volvió a efectuar el cambio en el acto de la consagración, de modo que pudiese fluir la divina energía.

El mismo Cristo derrama la energía, y a fin de facilitarle la tarea de modo que se esfuerce en ella lo menos posible, y proporcione el máximo de energía utilizable para su verdadero empleo, el Ángel de la Presencia, mediante la efectiva transubstanciación, traza la ígnea línea por la que Cristo transmite la energía. Sin embargo, el sacerdote ha posibilitado esta labor del Ángel impeliendo su tubo hacia lo alto. Hay muchos experimentos electrotécnicos que se han de efectuar en el vacío y en este caso, es natural que primero se haya de hacer el vacío. Así en el caso de que tratamos debe construirse el tubo antes de instalar en él aquella especial línea de comunicación. Pero el sacerdote no puede construir el tubo sin antes hacer un casquete convenientemente aislado desde donde dirigirse hacia lo alto, determinando la aislación de los elementos. Los fieles auxilian al sacerdote proporcionando el material para el edificio por cuyo medio se transmite la energía una vez efundida. Así vemos que todos toman su debida parte en el algún tanto complicado proceso que produce tan magnífico resultado.

ROMANA

Para que todos los que participemos en este altar y recibáremos el sacrosanto + cuerpo y + sangre de tu Hijo + seamos llenos de toda bendición y gracia celestial. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén.

LIBERAL

Y (como El ordenó que el celeste Sacrificio fuese reflejado aquí en la tierra por ministerio de mortales, y a fin de que Tu santo pueblo se una más estrechamente en comunión contigo) Te rogamos por medio de Tu siervo oficiante en este altar, que al celebrar los misterios del Sacrosanto

+ Cuerpo y + Sangre de Tu Hijo, quede +
lleno de Tu formidable poder y bendición.

En la forma breve del servicio se omiten las palabras entre paréntesis. Una vez desaparecido el Ángel de la Presencia, luego de cumplida su obra, es necesaria cierta reordenación. Hasta el momento de retirarse el Ángel, había en plena actuación tres enlaces con Cristo: el Ángel, la Hostia y el Cáliz, entendiéndose por este último, no la copa material, sino la intensamente cargada mezcla de vino y agua que la copa contiene. Dichos tres canales tienen cada uno por sí su peculiar función, y están uno con otro en mutua relación análoga a la que observamos en toda trina manifestación, desde las Tres Personas de la Santísima Trinidad hasta las tres cualidades esenciales de la materia. En el caso que nos ocupa, los tres canales están llenos de la vida de nuestro Señor y son en realidad ampliaciones de Su conciencia, aunque cada uno de ellos representa lo que desde nuestro inferior punto de vista podríamos llamar una parte de Su conciencia, de modo que cuando uno de los canales desaparece se ha de substituir equivalentemente por otro, so pena de quedar incompleta la representación.

Al recibir el sacerdote el Sacramento del Orden, quedó especialmente ligado con su Maestro el Cristo, y esta íntima conexión lo capacita para substituir al Ángel de la Presencia, no ciertamente para el acto de la consagración, sino para la obra que aún queda por hacer en un plano inferior. Está el sacerdote a punto de derramar la energía divina sobre los fieles; pero no le es posible hasta tanto que se haya constituido en una porción del canal; y así, "a fin de que Tu santo pueblo se una más estrechamente en comunión contigo" ruega el sacerdote que le sea posible celebrar los misterios de modo que se llene del formidable poder y de la bendición del Señor. Mientras pronuncia dichas palabras hace el signo de poder sobre la Hostia, sobre el Cáliz y sobre sí mismo, para restablecer la trina manifestación.

ROMANA

Acuérdate, Señor, de vuestros siervos y siervas N. y N. que nos han precedido con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz. Te pedimos, Señor, que a éstos y a todos los demás que descansan en Cristo, les concedas el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Cristo nuestro Señor, Amén.

Y a nosotros también, pecadores, tus siervos, que esperamos en la abundancia de tus misericordias, dízname concedernos parte y compañía con tus santos apóstoles y mártires Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, y con todos tus santos, en cuya compañía y unión te pedimos que te dignes admitirnos; no por nuestros

LIBERAL

La correspondiente oración precede a la Consagración

Igualmente Te rogamos que santifiques a Tu pueblo aquí presente con estos Tus celestes dones, y por medio de estos misterios los + santifiques + vivifiques y + bendigas para que tanto en su corazón como en su conducta muestren Tu alabanza y glorifiquen Tu santo Nombre.

méritos, sino por efecto de tu gracia y misericordia. Por Cristo nuestro Señor. Por medio del cual, Señor, creas + santificas + vivificas y + bendices estos siempre generosos bienes que nos das.

El sacerdote derrama ahora la divina energía sobre los fieles, y al hacer las tres cruces ha de pensar en la trina naturaleza de la energía con que está inundando a la congregación, deseando ardientemente que produzca positivo efecto en el corazón y conducta de los fieles.

ROMANA

Por + el mismo, con + el mismo y en el + mismo, a tí, Dios Padre+ omnipotente, en unión con el Espíritu + Santo, todo honor y gloria. Por todos los siglos de los siglos. Amén.

LIBERAL

Todo esto pedimos, ¡oh! Padre, en Nombre y por mediación de Tu santísimo Hijo, porque reconocemos y confesamos de corazón y con los labios que por + El fueron hechas todas las cosas del cielo y de la tierra; +con El, que es la Vida íntima, existen todas las cosas; y + en El, como trascendente Gloria, todas las cosas viven, se mueven y tienen ser. A Quien contigo, ¡oh! Padre + poderoso, en unidad del Espíritu + Santo, sea dado todo honor y gloria por los siglos de los siglos. R. Amén.

En agradecimiento de tan admirable efusión, se asocian los fieles al sacerdote en un magnífico tributo de alabanza y adoración a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, reconociendo que no habría vida en el mundo si no fuese por Su influencia. Y al dar así gracias, reciben como siempre mucho más de lo que dan, porque cuando el sacerdote hace las tres cruces con la Hostia sobre el Cáliz y sobre su pecho, desea vivamente que la santa influencia del plano monádico descienda al ego en su trina manifestación de espíritu, intuición e inteligencia, y después, al hacer las dos cruces entre el Cáliz y su pecho, atrae dicha influencia hacia sus cuerpos astral y mental para por medio de éstos derramarla completamente sobre los fieles.

La simbología es en este particular tan precisa como hermosa, siendo muy notable que se haya conservado tan exactamente en el transcurso de los siglos, cuando parecía que se había de perder casi del todo su significado. Durante las primeras etapas de evolución, la mónada planea sobre sus inferiores manifestaciones cobijándolas y actuando en ellas, pero sin jamás tocarlas, y así es que el sacerdote sostiene la Hostia sobre el Cáliz; y no obstante, no los pone en contacto hasta que llega el oportuno momento.

Una vez termina el sacerdote la oración, realiza la llamada *Elevación menor*, elevando la Hostia con la mano derecha sobre el Cáliz que levanta con la izquierda, de modo que no sólo simboliza así el cobijamiento de la mónada sino que también señala la línea por donde fluye la energía. Es ahora costumbre que el sacerdote mantenga los

sagrados elementos ante su pecho; pero en los primitivos días probablemente los levantaba en alto para que el pueblo los viese. En este punto insertan algunas liturgias las palabras *sancta sanctis* que significan las "cosas santas para el santo".

Al observar el simbolismo debemos tener presente que la religión cristiana tributa culto al Segundo Aspecto del Logos y se concentra en la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, por lo que adoramos especialmente al Verbo y ensalzamos la Sabiduría antes que la Fortaleza y la Belleza. Ha de haber sabiduría para concebir, fortaleza para ejecutar y belleza para adornar. La tendencia vaishnavita en la religión induísta y el notable culto de Mithra que por poco reemplaza al cristianismo en el mundo romano, son otros ejemplos de la misma índole. El aspecto saivita del induísmo se enfoca en la primera persona, como hacen el mahometismo y el judaísmo, en cuanto este último se libertó del elemental culto sediento de sangre que tuvo en sus comienzos. Todos los cultos femeninos, los de Isis, Astarté, Vesta, Venus, Palas Atenea, se enfocan especialmente en la Tercera Persona llamada hoy día Espíritu Santo.

ROMANA

Oremos. Instruidos por tus preceptos de salvación y en obediencia al divino mandamiento, nos atrevemos a decir:

Padre nuestro que estás en los cielos; santificado sea Tu Nombre; venga a nos el Tu rei' no; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Más líbranos del mal.

LIBERAL

Oremos. Instruidos por las palabras de la Sagrada Escritura y siguiendo la antigua tradición de la santa Iglesia, decimos:

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu Nombre; venga a nos el Tu reino; hágase Tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Porque Tuyo es el reino, el poder y la gloria por siempre jamás.

En el ritual romano está en este lugar la oración dominical o Padrenuestro. Se halla en todas las liturgias conocidas, y por lo mismo lo hemos insertado aquí, pues muchos fieles lo recitan por motivos sentimentales. En cuanto a mí, rara vez lo uso porque no tiene parte alguna en la magia de la ceremonia, y honradamente debo permanecer silencioso mientras se repiten algunas de sus cláusulas. Si he de pedir a Dios que nos dé hoy el pan cotidiano, forzosamente he de buscar una simbólica interpretación de la frase, porque sé que Dios *no* da el pan cotidiano a nadie a menos que se lo gane o pueda comprarlo o se lo regale alguien. Ya no ocurre en nuestros días, si es que sucedió en otro tiempo que los cuervos lleven el alimento a un hombre que lo espera sentado en el desierto. Seguramente valiera más que fuese una petición de alimento espiritual; y aun en este sentido es innecesaria la plegaria, porque Dios ofrece continuamente al hombre todo cuanto es capaz el hombre de recibir, y suya será la culpa si por negligencia o ignorancia no lo aprovecha.

A la petición: "perdónanos nuestras deudas" se le puede objetar lo mismo que a las

frases de las antiguas confesiones, o sea que Dios fuera capaz de guardar rencor al hombre si no le hiciese la petición. La frase denota falta de fe y un concepto totalmente erróneo de Dios. Todavía peor es la siguiente frase: "no nos dejes caer en tentación" porque denota un positivo insulto al Padre celestial. Ninguna buena deidad ha inducido jamás a los hombres a la tentación. San Jaime dice con muy consolador sentido común: "Nadie diga cuando se ve tentado, que lo tienta Dios; porque a Dios no lo puede tentar el mal ni tienta a ningún hombre, sino que cada cual es tentado y seducido por su propia concupiscencia". Esto es exactamente lo que también nos enseña la investigación de los mundos superiores.

La petición "líbranos de mal" puede tomarse indudablemente en varios sentidos, pero tiene barruntos de desconfianza, porque ningún mal puede afligirnos a menos que lo hayamos merecido, y como esto sucede según la ley de Dios, puede decirse que está de acuerdo con su voluntad; pero nuestro notorio deber es arrostrar valerosa y sinceramente el mal, a fin de que aquel pretérito error cuya causa fue, lo convirtamos en bien presente por la actualización del valor, del júbilo y de la propia iniciativa. Podríamos emplear dicha frase interpretándola como un apostrofe dirigido a nuestra interna divinidad para que nos guíe en las tormentas del mal; pero aún así parece que pudiera expresarse la idea más claramente.

En cuanto a las cláusulas que preceden y siguen a las citadas, las admiro hondamente, y si se suprimiera la parte intermedia de la oración no tendríamos reparo en conscientemente recitarla.

Muchos que no están conformes con el sentido de dicha parte intermedia, se creen obligados a rezar el Padrenuestro porque se atribuye su composición a nuestro Señor mismo, Pudo o no prescribir esta oración a Sus discípulos; pero es cierto que no la compuso, porque todas sus cláusulas se recitaban en las sinagogas judías y en los templos babilónicos siglos antes de que Jesús Cristo naciera en Belén. El Rev. Juan Gregorie cita la siguiente forma de dicha oración, entresacada de los Eucologios judíos⁸ :

Padre nuestro que estás en los cielos, sé benigno con nosotros. ¡ Oh! Señor nuestro Dios, santificado sea tu nombre, y tu memoria glorificada arriba en el cielo y aquí abajo en la tierra. Que tu reino reine en nosotros ahora y siempre. Los santos de antiguo dichos, remitan y perdonen a los hombres todo cuanto hayan hecho contra mí. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Porque tuyo es el reino y tú reinarás en gloria por siempre jamás.

No cabe duda de la antigüedad de esta oración. Basnage, en su *Historia de los judíos*, dice que algunas de sus cláusulas se encuentran en el *Kadish*, una de las más antiguas oraciones conservadas por los judíos, tan antigua, que se recitaba tradicionalmente en idioma caldeo, desde la vuelta del cautiverio. Por lo tanto, no estamos obligados a recitarla por razón de su autoridad.

Tal es mi sentir; pero hay muchos que la tienen en estima por dilatado hábito y motivos sentimentales, y para ellos transcribo la hermosísima interpretación que al Padrenuestro da mi querido y erudito amigo el señor Jinarajadasa:

¿Qué mejor modo de infundir desde luego Su potente mística acción en nuestros corazones, que las palabras de El dadas un tiempo a los hombres en Palestina? Repetidlas a menudo; repetidlas una y otra vez; pero ya de diferente modo. Las recitasteis y las recitáis cada día: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre". Sí,

⁸ Obras de Gregorie, ed. 1671, pág. 163.

pero también es nuestro Hermano y Su cielo no está lejos; Su vida centellea diariamente en nosotros, y Su nombre es santificado, porque El se regocija con la grandiosa vida de Dios, aunque en Su conciencia está también el mal y la aflicción de los hombres.

Decimos: "Venga a nos el tu reino". No un reino lejano, sino el reino que proyecta El proporcionar a todos los hombres, como parte del divino plan que estableció en la tierra para todos los hombres por primera vez en la historia de la humanidad, o sea el Reino de la Justicia en la tierra. En este reino hemos de pensar al decir "venga a nos el tu reino", porque es el reino que ha de proporcionar a todos los hombres y es muy largo su establecimiento.

"Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo". ¿Quién podrá comprender estas palabras mejor que nosotros? Porque en aquel invisible mundo de Su conciencia, en aquel misterioso mundo celeste que está aquí y no lejos de aquí, fulgura El Sus inspiraciones; y allí no hay miseria ni tribulación, sino insistente gozo; y El está allí derramando este gozo sobre todos Sus amados hijos.

Y desea infundir este gozo en todos los hombres de la tierra. Siempre está la voluntad de Dios allí, en el mundo celeste; pero es muy raro que las condiciones permitan conocer a los hombres de la tierra algo del cielo. Para esto ha congregado a Sus hijos de la Estrella, y nosotros nos predisponemos a este servicio haciendo aquí Su voluntad.

"El pan nuestro de cada día dánosle hoy". ¿Qué pan cotidiano necesitan los hombres? No el sustento terrenal, sino aquel pan de Amor que cada mañana renueva nuestros corazones y los despierta cada día a un nuevo brote de vida. Porque tan acerbos son para todos nosotros las condiciones de la vida que necesitamos amor para aliviar nuestra carga. El amor está por doquiera, pero no lo vemos. Así la petición ha de significar para nosotros: "Enséñanos a ver por doquiera este amor, este pan cotidiano". Porque aquí está para todos, con tal de que tendamos la mano para recibirlo. Por muy dura que nos sea la vida, a Sus hijos de la Estrella todas las circunstancias de la vida les pueden deparar la ocasión de amar.

"Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Tan difícil es perdonar las culpas ajenas y comprender por qué ofendieron, que se necesita un entendimiento casi divino; y sin embargo, allí está nuestro Hermano, el Hermano mayor, a nuestro lado para enseñarnos. Y si queremos que nos enseñe, nos enseñará. Nos está enseñando. Ha penetrado en nuestra vida y nos habla de devoción, constancia y mansedumbre. Si viviéramos de conformidad con estos ideales, nos ayudaría, y entonces veríamos que perdona nuestras culpas cuyo peso se desvanece, y se ha borrado la culpa al pagar el tributo a la naturaleza. Porque el supremo Instructor hará de nuestra culpa Su culpa y destejará toda transgresión como si nunca se hubiese cometido.

"Y no nos dejes caer en la tentación". Por doquiera hay tentaciones para transgredir la ley de amor; pero El está con nosotros para enseñarnos a vencerlas. Nunca hemos de dudar de esto. Cuando obramos por El y en su nombre, Su fortaleza es nuestra fortaleza.

"Mas líbranos del mal". El amor nos libra de todo mal y Su caudal de amor es nuestro para transmutar en bien todo mal.

"Porque Tuyo es el reino, el poder y la gloria". Verdaderamente es así, puesto que buscamos con preferencia el gran reino de amor, es decir, Su reino, que será tanto más nuestro cuanto más amemos. Como mediador de Dios acrecienta nuestra capacidad para amar; nuestra gloria es también Su gloria, puesto que nosotros somos suyos y El es de

Dios.

Tales son los caminos para hallarle. Sólo necesitamos comprender y recitar Su oración, querer que Su reino quede establecido en la tierra y determinarnos firmemente a su establecimiento, para experimentar que conoce nuestro corazón y en él mora⁹.

ROMANA

LIBERAL

Te rogamos, Señor, que nos libres de todos los males pasados, presentes y futuros, y nos concedas la paz en nuestros días por intercesión de la gloriosa y bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios, y por los ruegos de tus fieles apóstoles San Pedro y San Pablo, San Andrés y todos los santos; para que asistidos y protegidos de los auxilios de tu misericordia, vivamos siempre libres de todo pecado y seguros de toda turbación. Por el mismo Jesucristo tu Hijo y nuestro Señor, que contigo vive y reina en unidad de Dios Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

Te damos, Señor, altísima alabanza y cordial gratitud por la admirable gracia y virtud declarada en la santa Virgen María, la siempre virgen Madre y en todos Tus gloriosos santos desde el principio del mundo, que han sido los escogidos vasos de Tu gracia y refulgente luz ¡para muchas generaciones. Y nosotros ¡< nos unimos a ellos en adoración ante Tu gran trono blanco de donde fluye todo amor, toda luz y toda bendición por todos los mundos que hiciste.

En la misa rezada decimos sencillamente:

Te alabamos y damos gracias, Señor santo, por la gloria de Tus Santos y nos + unimos a ellos ante Tu gran trono blanco, del que fluye el amor, luz y bendición por los mundos que hiciste.

También aquí es notable el simbolismo, porque cuando el sacerdote pronuncia estas palabras retira la patena de su apartamiento y se santigua con ella. Así como la Hostia simboliza la mónada, así la patena representa el vehículo de la mónada, es decir, el trino Espíritu por cuyo único medio influye la mónada en nosotros o podemos en algún modo conocerla en nuestra actual etapa de evolución. El trino Espíritu permanece en el que por lo mismo llamamos mundo espiritual (y a veces plano atómico o nirvánico) y en este plano actúa la conciencia de los adeptos y de todos los grandes santos. Sólo en este plano nos podemos unir perfectamente con ellos, y así hace el sacerdote con la patena el signo de esta unión, y después la coloca debajo de la Hostia para denotar que la mónada asume su vehículo a fin de influir en el ego.

Sin embargo, los elementos no son tan sólo símbolos sino también mágicos utensilios por cuyo medio se realiza lo simbolizado en cuanto cabe realizarlo. Si los miembros de la congregación estuvieran muy adelantados en su progreso espiritual *se efectuaría* al pronunciar aquellas palabras una perfecta entrefusión de conciencias entre los circunstantes y los grandes santos de la antigüedad; pero aunque esto no sea posible todavía, seguramente cabe llegar tan cerca como podamos de aquellos santos seres y ponernos en contacto con sus pensamientos y sentimientos en el nivel a donde lleguemos. Mientras caminemos por la tierra no es para nosotros la perfecta unidad del mundo

⁹ El Mensaje del Porvenir, por C. Jinarajadasa, M. A. (Cantada), pág. 84.

espiritual, aunque sí lo es hasta cierto punto la admirablemente estrecha unión del mundo intuicional. Muchos de nosotros no hemos enaltecido la conciencia hasta este nivel, por lo que no podemos tener todavía la tranquila certidumbre del conocimiento; pero antes de llegar a este estado hay un largo período de gestación, un lapso de inconsciente progreso comparable al del polluelo dentro del huevo, y este período ha empezado ya para muchas devotas y fervorosas gentes, que si aún no son capaces de ver, pueden no obstante sentir algo de lo que se está realizando y experimentar una grande elevación y de cuando en cuando quizás un impulso devbcional en algún punto crítico de servicio. La iglesia se llena de potísimas vibraciones que inevitablemente han de estimular los altos pensamientos y emociones de los circunstantes, tanto si son como no conscientes de su efecto. El servicio está dispuesto para adyutorio de todos y cada cual obtiene de él lo que por su grado de adelanto es capaz de obtener. Algo les llega a todos, pero más aún a quien comprende lo que se está efectuando y sabe cómo hacerse receptivo. La oración romana menciona en este punto varios santos cuya intercesión suplica. Nosotros sólo nos referimos particularmente a Nuestra Señora. No es lugar éste a propósito para la explicación del admirable y copioso significado que para nosotros entraña este título. Lo explicaremos en un ulterior tratado sobre las Festividades Cristianas.

ROMANA

Por el mismo Jesucristo tu Hijo y nuestro Señor que contigo vive y reina en unidad de Dios Espíritu Santo. Por todos los siglos de los siglos. R. Amén. La + paz del Señor sea+siempre con + vosotros. R. Y con tu espíritu.

Esta mezcla y consagración del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo sea para nosotros, que lo hemos de recibir, una fuente de gracia que nos conduzca a la vida eterna. Amén.

LIBERAL

¡Oh! Hijo de Dios, que te muestras hoy en mil altares y sin embargo eres uno e indivisible; en señal de tu gran sacrificio, fraccionamos este Tu Cuerpo, rogando que por esta acción, ordenada de muy antiguo, se difunda por toda Tu grey, Tu + fortaleza, Tu + paz, Tu + bendición, las cuales nos das en este Santo Sacramento; y así como Tus discípulos, ¡ oh! Señor Cristo, te reconocieron al partir el pan, así Tus hijos se reconozcan en unidad contigo, como Tú eres uno con el Padre.

R. Amén.

Ya traté de la "Presencia en multitud de altares" que aquí nos muestra simbólicamente el sacerdote. En señal del magno Sacrificio (el descenso del Segundo Aspecto del Logos a la materia) divide la Hostia en dos partes, simbolizando con ello la primordial división del Uno en Dos, lo Inmanifestado y lo Manifestado que al fin conduce al Espíritu y la Materia, a lo positivo y negativo, a lo masculino y femenino, y es el comienzo de todos los pares de opuestos que encontramos en la tierra. Después, como quiera que la mano derecha significa siempre lo superior y la izquierda lo inferior, rompe una menuda porción de la parte izquierda de la Hostia, para recordar la continuación del proceso, las ulteriores divisiones de aquella inferior manifestación en lo múltiple, y con aquel fragmento magnetiza el Cáliz, suplicando que la fortaleza, la paz y la bendición se difundan por el mundo.

Hasta ahora la ceremonia tuvo por propósito el acopio y acumulación de la energía

y su efecto en los circunstantes. Desde ahora, aquellas palabras inician la caudalosa efusión sobre la vecindad, que es uno de los principales objetos de la Eucaristía. Prosigue durante la Salutación de Paz y la Comunión, y en realidad durante el resto del servicio. Pero no hemos de confundir esta efusión con las radiaciones de las energías A y B que no han cesado ni un momento, pues de éstas difiere aquélla en que es un aflujo de la tercera energía llamada C que penetra a muy alta presión por las puertas del edificio eucarístico y lo dirigen y especializan los subalternos ángeles encargados de esta labor.

Conviene advertir que el plan de magia dispuesto para la Iglesia cristiana lo está de manera que sea valedero y eficaz aunque el celebrante y los fieles lo desconozcan por completo. El investigador aprende intencionada e inteligentemente a utilizar las superiores energías; pero el plan de la Iglesia está especialmente proyectado para proporcionar algo de beneficio de dichas energías a quienes las desconozcan. Para esto existe el especial depósito y se determina la cantidad de energía que cada sacerdote ha de extraer durante la celebración de las diarias ceremonias, y la influencia que se ha de derramar sobre toda la parroquia, aunque haya pocos en ella lo bastante responsivos para obtener señalado beneficio. La energía irradiante de la Hostia reservada se notaba mucho mejor en la Edad Media, y así vemos que en todas las antiguas aldeas de Inglaterra están las viviendas agrupadas en torno de la iglesia, y se consideraba por muy conveniente ir todas las mañanas a orar un rato en la iglesia, aparte de la asistencia a determinado servicio religioso. Las religiones antiguas, aunque derivadas de la misma fuente divina, no tienen el mismo plan de la especial acumulación y distribución de la energía espiritual por medio de un servicio público. Esta es la peculiar y nueva idea, si con toda reverencia nos atrevemos a decirlo; que el Instructor del mundo inventó para esta religión, y la Iglesia cristiana fue la primera que practicó exactamente dicho plan en esta forma. Las antiguas religiones no tienen en realidad servicios públicos; son casi enteramente individuales. Cada cual va al templo cuando le parece, entrega su ofrenda y recita sus oraciones, Las imágenes que los misioneros llaman ignorantemente ídolos están intensamente magnetizadas y quien se pone en contacto con ellas recibe la influencia de este magnetismo que también irradia permanentemente en cierto grado sobre toda la comarca. La nueva invención de nuestro Señor para el cristianismo fue la diaria ceremonia en la que el cotidianamente renovado acto de magia debía suscitar una especial y formidable oleada de energía que junto a la suave pero persistente radiación había de proporcionar mucho mayor estímulo, por lo menos una vez al día. Bien sé que no siempre se ha celebrado diariamente la Eucaristía; pero afirmo que nuestro Señor inspiró a Su Iglesia para que siguiera este rumbo en cuanto llegase la época a propósito.

Algunos han preguntado si no indicaría una superior etapa de evolución la capacidad de prescindir de estos "medios de gracia" y obtener por privada meditación el mismo beneficio que el sacerdote recibe en la Eucaristía. Indudablemente está el hombre en una más adelantada etapa de evolución cuando por medio de sus principios superiores se reconoce como una parte del Señor puesto en contacto directo con El; y esto es lo que los estudiantes aprenden gradualmente a hacer.

Los "medios de gracia" sirven sobre todo para los incapaces de hacerlo, y les son eficaces; pero no hay razón para que nosotros (que sabemos algo más) no hayamos de aprovecharnos también de sus ventajas si conocemos que nos han de valer; pero cuando *verdaderamente* estemos muy evolucionados podremos prescindir de ellos. Al propio tiempo, si en las etapas intermedias, mientras todavía estamos aprendiendo, recurrimos a

dichos medios, no cabe duda de que obtendremos mayor beneficio que quienes no los comprenden.

El sacerdote no ha de buscar su beneficio personal mientras celebra la Sagrada Eucaristía, sino que ha de constituirse en vehículo del enorme beneficio espiritual de sus prójimos. La energía de la reservada Hostia es enteramente distinta de la que pueda adquirirse en la meditación privada. No podemos comparar dos cosas de todo punto diferentes. La radiación de la Hostia armoniza y fortalece los diversos vehículos de quienes se colocan en su esfera de influencia. La meditación es una especie de gimnasia o agonística espiritual y mental para actualizar las potencias de los vehículos superiores. El hombre ordinario se enaltece y recibe auxilio por influencia del servicio religioso; el investigador se va -adiestrando gradualmente a sí mismo de un modo del todo distinto para servir de auxilio al prójimo. El sacerdote actúa como canal que atrae las energías hacia los planos inferiores; el investigador aspira a ponerse en condiciones de ejercer el universal sacerdocio de los siervos de Dios en los planos superiores, el sacerdocio de la orden de Melquisedec.

Cuando en la oración que estamos considerando, el sacerdote hace los tres signos de poder, simboliza la trina constitución del ego: el espíritu, la intuición y la inteligencia que representan los Tres Aspectos de la Divinidad, porque Dios hizo al hombre a su propia imagen. Después deja caer el sacerdote en el Cáliz el fragmento de Hostia, con lo que simboliza el descenso de un rayo de la mónada en el ego. Anteriormente, la mónada planeó sobre las formas desde lo alto, pero sin contacto con ellas. Ahora emite un rayo, y la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza se manifiestan en inferior nivel. Y mientras el sacerdote emite este rayo, ruega que los hombres adviertan su unidad con Dios, y entre sí, porque por más que en física apariencia esté la Hostia dividida, en realidad está todavía entera, pues la parte nunca puede separarse de aquello a que pertenece, y nosotros somos unos con Cristo como Cristo es uno con el Padre. Y aunque ha descendido un rayo al ego, aún queda por manifestar la estupenda realidad divina que todavía no podemos conocer.

Al gozar de la belleza de esta serie de simbolismos, ha de ir el investigador con mucho cuidado de no olvidar que no son meros simbolismos, sino que todo ello está dispuesto para obrar defunidamente en los vehículos superiores de los circunstantes en grado proporcional a la etapa de su evolución. Es notabilísimo su poder de reproducir lo que simbolizan, y en cuanto se nos alcanza sólo está limitado dicho poder por la capacidad de cada cual para recibir la influencia,

SALUTACIÓN DE PAZ

ROMANA

LIBERAL

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Omitido en la liturgia católica liberal.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz.

¡Oh Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: yo os doy la paz, yo os dejo la

¡Oh Señor Jesucristo, que dijiste a Tus apóstoles: La paz os dejo, Mi paz os

paz: no mires a mis pecados, sino a la fe de tu Iglesia, y dignate conservarla en paz y en santa unión, según tu voluntad. Que vives y reinas Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

V. La paz sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

doy; no mires nuestra flaqueza, sino la fe de Tu Iglesia, y concédele aquella paz y unidad y que son gratas tu voluntad y mandamiento. R. Amén.

S. La paz del Señor sea siempre con vosotros.

C. Y con tu espíritu.

Esta forma de bendición menor apenas difiere de las otras nueve que se hallan en el servicio de la Eucaristía. En vez de extender sus manos hacia toda la congregación y emplear la fórmula usual, el celebrante se vuelve hacia el clérigo de mayor categoría de los que están en el presbiterio y le da el llamado por antigua tradición ósculo de paz. Le llamamos ahora salutación de paz, porque ya no se estampa el beso con los labios, sino que el celebrante toca al otro clérigo simultáneamente en ambos hombros como si fuese a abrazarlo, y le dice: 'La Paz del Señor sea siempre contigo'. El clérigo que recibe este saludo se arrodilla con los brazos extendidos y toca los codos del celebrante en ademán de abrazarlo y responde con las usuales palabras: 'Y con tu espíritu'. Inmediatamente se levanta y procede a saludar al clérigo que le sigue en categoría, empleando las mismas palabras y ademanes, transmitiéndose de esta suerte la salutación hasta que todos los del presbiterio la han recibido y respondido a ella.

En tiempos antiguos era costumbre que el acólito más joven, último en recibir la salutación, bajaría del presbiterio y dirigiéndose al individuo sentado en el extremo del primer banco, le transmitiese el saludo, que después iba pasando por todos los del banco, y en seguida por los demás hasta que la congregación toda quedaba de este modo ligada individuo por individuo con el celebrante. Las condiciones modernas no permiten el pleno pormenor de esta conmovedora ceremonia de pasadas épocas. Nuestra apresurada vida europea no deja bastante tiempo para semejante atención individual; y así cuando el saludo ha pasado por todos los clérigos, a veces el mismo celebrante y otras veces el más joven acólito que lo acaba de recibir, se acerca a la entrada del presbiterio y desde allí saluda a la congregación en masa, y los seglares responden a una voz: "Y con tu espíritu".

Desde luego que esto entraña doble significado: primero establecer un doble lazo magnético individual de positivo contacto con cada uno de los circunstantes; y segundo, expresar clara y enérgicamente la idea de que todos están en absoluta paz unos con otros y en perfecta armonía y amor antes de realizar el admirable y hermoso acto de la comunión.

Esta ceremonia es también de suma importancia para los por cualquier motivo imposibilitados de comulgar, pues la estrecha conexión que el saludo establece con el sacerdote, les permite participar espiritualmente de su comunión. En la forma breve del servicio se omite el contacto físico, y el sacerdote establece el lazo por medio de un intenso esfuerzo de su voluntad, como en las demás bendiciones menores. En nuestro moderno plan, esto no implica diferencia respecto de los miembros de la congregación, que en ningún caso reciben el contacto físico.

ROMANA

LIBERAL

¡Oh! Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que según la voluntad del Padre y la cooperación del Espíritu Santo diste por tu muerte la vida al mundo, líbrame por tu sacratísimo cuerpo y sangre aquí presentes, de todos mis pecados y de todos los demás males; y haz que de tal modo cumpla yo tus preceptos, que nunca permitas que me separe de tí, que siendo Dios vives y reinas con el mismo Dios Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

¡Oh! Tú, que en este adorable Sacramento nos dejaste viviente memoria y prenda de Tu maravilloso amor al género humano, y por él nos pones en admirable y mística comunión contigo, concédenos la recepción de los sagrados misterios de Tu Cuerpo y Sangre, de modo que nuestras almas se alcen a la inmensidad de Tu amor y que llenos de un alto propósito, reconozcamos siempre Tu interna Presencia y respiremos la fragancia de una santa vida.

R. Amén.

La recepción de tu cuerpo, ¡oh! Señor Jesucristo, que intento sin merecerlo, no me sea motivo de juicio y condenación, y sí me sirva por tu bondad y misericordia, de defensa para el alma y cuerpo, como también de saludable remedio. Que siendo Dios vives y reinas con Dios Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Una vez así unidos estrechamente los fieles, el celebrante recita en beneficio de ellos una oración de peculiar belleza, para que la recepción del Santo Sacramento obre en ellos todo el efecto que nuestro Señor quiso que tuviera, es decir, que sean capaces de comprender Su amor y advertir su perpetua presencia, y que ello los estimule a vivir santamente en Su servicio con nobles acciones en auxilio del prójimo.

El celebrante procede después inmediatamente a darse la comunión; pero conviene recordar que esto no es una libre acción personal, sino necesaria parte del conjunto de la ceremonia. Por su conducto se efectúa el final y más físico aspecto de la efusión. Comulga con pan y vino, pues como es factor importante en la transmutación de energía, ha de ser capaz de transmutarla. Al participar de ambos puede efectuar más fácilmente la transmutación, porque al entrar el Pan y el Vino en su cuerpo forman parte de él, y por lo tanto, todas sus fuerzas están en el plano físico a la disposición de la energía que fluye por conducto de él. Si no tomara el Cáliz, sería tan solo un canal etéreo, en vez de serlo también de la densa parte del plano físico. Los sagrados elementos¹⁰ se identifican con él, penetran en su organismo y posibilitan que la energía dimane de él de distinto modo y en grado superior. Si el sacerdote no comulgara, la energía perdería su anillo externo o círculo de influencia en el plano físico, porque el celebrante es el quicio de la distribución. En seguida administra el Santísimo Sacramento al clero y a los del coro que deseen recibirlo, y después bendice a todos los fieles con una de las Hostias menores, y llama a los que deseen comulgar.

¹⁰ La teología dogmática de la Iglesia romana les da el nombre de especies sacramentales. (N. del T.)

ROMANA

LIBERAL

Recibiré el pan celestial e invocaré el nombre del Señor.

Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada; pero di una sola palabra y mi alma será sana.

El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén.

¿Con qué corresponderé al Señor por todos los beneficios que de su liberalidad he recibido?

Tomaré el cáliz de salud e invocaré el nombre del Señor cantando sus alabanzas y quedaré libre de mis enemigos.

La sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén.

Después de dar la comunión a los fieles:

Haz, Señor, que recibamos con alma pura lo que hemos tomado por la boca y que este don temporal sea para nosotros un remedio eterno.

El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo me guarde para la vida eterna.

La sangre de nuestro Señor Jesucristo me guarde para la vida eterna.

+ Quienes deseen participar del Cuerpo del Señor, que se acerquen a recibir este Santísimo Sacramento.

Aquí culmina el servicio para el comulgante, pues atrae hacia sí la línea de viviente Fuego divino que sin interrupción dimana del mismo Cristo en su doble naturaleza de Hombre e Instructor del Mundo, y por su medio, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad o Segundo Aspecto del Logos, de quien por sagrado misterio es Cristo real manifestación. Porque Cristo es verdaderamente Dios y Hombre, y tiene dos naturalezas, no en el concepto que por lo general se le supone, sino en el mayor y más fiel significado que hemos dicho.

Las formidables oleadas de energía que de esta suerte ha traído el celebrante en íntima relación consigo mismo, no pueden menos de influir intensamente en sus cuerpos inferiores. Las vibraciones de estas oleadas se ponen en armonía, y si el celebrante es del todo sensitivo suscitan en él un sentimiento de intensa exaltación; que impresiona violentamente sus vehículos, aunque después recobran su estado normal. Durante largo tiempo, la indescriptible vivida influencia superior lucha contra la propensión de los vehículos a bajar de nivel; pero el peso muerto de la relativamente enorme masa de las diarias ondulaciones propias del hombre, actúa como una brancada sobre aquella increíble energía y gradualmente arrastra los vehículos a su ordinario nivel. Pero indudablemente, cada experiencia de esta índole coloca al hombre en una infinitesimal fracción más alto de lo que antes estaba, dejando así permanente huella de su paso. Durante algunos momentos o por unas horas estuvo en directo contacto con fuerzas de un mundo muy superior a cualquiera que de otro modo pudiese alcanzar.

No sólo recibe el comulgante por todos conceptos estímulo y fortaleza al ponerse en tan íntimo enlace con esta espléndida manifestación del divino poder, sino que con el tiempo se convierte en un centro subalterno de dicho poder

y lo irradia sobre cuantos le rodean en la misma fácilmente asimilable y material forma como lo irradia el sacerdote. Así es que entretanto, asume la misma función del sacerdote y se convierte en un radiante sol entre sus hermanos, dando con ello ejemplo de la doctrina del sacerdocio seglar. De este modo auxilia eficazmente a los demás miembros de la congregación, así como a los parientes, amigos y vecinos entre quienes haya de convivir durante las primeras horas siguientes.

Algunos ángeles subalternos planean por corto tiempo sobre los que han comulgado, pues como quiera que alrededor de ellos hay una tan formidable manifestación de energía superior en este bajo mundo, no renuncian los ángeles a la placentera ventaja de bañarse en su influencia mientras hay algo de ella. La razón de esto consiste en que en normales condiciones no pueden alcanzar el nivel de aquella superior energía, y es para ellos intenso deleite y favorable ocasión, cuando esta energía desciende al plano físico e irradia de un cuerpo humano.

A fin de comprender claramente las diferentes modalidades de actuación de la energía divina, debemos tener en cuenta, que la manifestada en la Eucaristía dimana de la misma Divinidad, y al descender a través de los diversos grados de materia irradia por todos los niveles a donde alcanza y no únicamente en el ínfimo. Así tenemos que mientras la radiación física actúa sobre la materia física etérea y densa, la radiación astral afecta los cuerpos astrales de los fieles y de los visitantes astrales, al propio tiempo que la radiación mental influye en los cuerpos mentales de los fieles, de los muertos y de aquellos ángeles que no se manifiestan en un plano inferior al mental. Si alguien está del todo evolucionado en el nivel intuicional recibirá de la energía un estímulo todavía mayor sin comparación posible con nada de lo conocido en los inferiores planos del pensamiento y de la actuación. En aquel elevado mundo, el efecto se manifiesta en el acrecentado fulgor de la luz que siempre rodea a quienes son allí conscientes.

La cantidad de energía que cada cual puede asimilarse depende de dos factores: el estado de adelanto en su evolución y la actitud en que se acerca al Sacramento. Aunque un vehículo esté todavía adormecido, la maravillosa energía eucarística puede influir como el calor obra en el germen no salido aún del huevo, esto es, llevándolo cerca de la vida consciente. Así lo hacen en todos los niveles cuantos asisten al servicio, pues algo desarrollada ha de estar en todos los circunstantes la consciencia astral y mental y allí en donde exista recibirá estímulo. Sin duda que algunos sólo recibirán una corta fracción de lo que podrían recibir; pero cuanto más abra un hombre su corazón y alma a la influencia, tanto más cerca llegará del sentimiento de unidad y mayor provecho obtendrá de su presencia en la ceremonia o de la recepción del sagrado Pan.

Este maravilloso adyutorio para el progreso espiritual, esta incomparable oportunidad de beneficiar al prójimo nos la depara diariamente nuestra Santa Madre la Iglesia. En verdad, aquellos de sus miembros que descuidan aprovecharse frecuentemente de ella son ingratos o locos. Ciertamente que no es "necesaria para la salvación", como imprudentemente han dicho algunos; pero sin disputa ofrece a los hombres poderoso auxilio al apresurar su evolución. Nuestra Iglesia sigue el mismo plan de la romana en la administración del Sacramento bajo una sola especie, colocando con preferencia la Hostia en la boca y no en las manos del comulgante. En algunas antiguas Iglesias, y a veces hoy

día en la anglicana, prevaleció la costumbre de colocar la mano derecha palma arriba sobre el revés de la izquierda, recibiendo la hostia en la palma abierta y consumiéndola reverentemente. No veo contra este método más objeción que la de añadir sin necesidad otro toque al sagrado símbolo. Los seglares nada pierden con no participar del Cáliz como participan de la Hostia, aunque mi personal criterio es que mejor fuera la comunión bajo ambas especies, si se hallara medio a la vez reverente, seguro e higiénico de hacerlo así.

El método anglicano, en que todos beben el mismo cáliz, me parece repugnante, y con seguridad es antihigiénico, aunque se limpie el borde del cáliz cada vez que beba un comulgante. Además, la acción de limpiar o enjugar el borde del cáliz es una irreverencia. Se ha insinuado que cada comulgante traiga una copa de su propiedad; pero contra esto cabe objetar que el deber del sacerdote es lavarlas con sumo cuidado sin que pueda delegar esta tarea en los seglares. Aunque la iglesia proporcionara multitud de copitas, el lavado tropezaría con grave dificultad y consumiría tanto tiempo que fuera el procedimiento prácticamente irrealizable. Por otra parte, al escanciar en tan menudas copitas el vino consagrado, arriesgaría el derrame de algunas gotas, y ningún sacerdote querría arrostrar la responsabilidad de semejante profanación.

En los Misterios del antiguo Egipto se administraba un Sacramento en el que cada comulgante traía una pequeña vasija de tierra de escaso valor, y el sacerdote ponía en ella una cucharada del sagrado líquido. Tan pronto como el comulgante lo bebía, un acólito depositaba la vasija en un gran cuenco de oro, y el sumo sacerdote arrojaba después al Nilo todas las vasijas, de modo que jamás se usaba dos veces la misma vasija; pero como este método requería que cada comulgante se acercara por separado al sacerdote, sólo se empleaba cuando eran pocos los fieles. También se ha ensayado el procedimiento de intuición, que consiste en mojar la Hostia en el vino en el momento de administrarla; pero hay en esto un terrible riesgo de irreverencia porque la Hostia medio empapada en el vino se pone flácida y es de imposible manejo. La Iglesia oriental subsana esta dificultad dando a cada comulgante una cucharada del vino del Cáliz y colocando en cada cucharada un diminuto fragmento de la Hostia; pero como la misma cuchara entra en todas las bocas, aún resulta peor que beber todos del mismo Cáliz. Se ha ensayado también la absorción del vino por medio de una cañizuela. Sin embargo, las objeciones quedan en pie, porque si se emplea una sola cañizuela para todos, es antihigiénico y si una para cada uno tropezamos con la dificultad del lavado. No cabe duda de que la administración del Sacramento bajo una sola especie ahorra mucho tiempo y asegura la reverencia, la incolumidad y la higiene. Veamos, no obstante, los inconvenientes con que tropieza en la práctica este plan.

Recordemos que el celebrante echa una fracción de la Hostia en el Cáliz con lo que enlaza místicamente las dos especies. La comunión del sacerdote (a su vez íntimamente enlazado con los fieles) ha atraído ambas series de radiaciones al mismo nivel físico, de modo que indudablemente quien recibe la Hostia consagrada recibe la energía de ambas especies. Si también participa del Cáliz recibirá un suplemento de la energía secundaria en un nivel algo inferior y en una forma más inmediatamente asimilable, pero no recibirá nada nuevo. Si el celebrante no hubiese participado del Cáliz, la corriente de energía no hubiera penetrado completamente en el plano físico, y sólo hubiera sido útil en parte; pero como el sacerdote ha comulgado cumplidamente, la recepción de sólo la Hostia hace de por sí cuanto cabe hacer en beneficio del comulgante, quien no se ha de figurar que la

comuni3n del sacerdote vale por la suya propia, pues aunque verdaderamente obtiene mucho beneficio de presenciarla, para recibir el mayor provecho e identificarse con la vida de Cristo e irradiarla, es preciso que coma del sagrado Pan. Pero no recibir3a m3s plenamente esta divina gracia aunque tambi3n bebiera del C3liz. Sin embargo, si fuera posible, gustosamente lo har3a uno para cumplir literalmente las palabras de Cristo, aunque por supuesto las dirigi3 a los ap3stoles, pero tambi3n les dijo: "A quienes perdonareis los pecados, les ser3n perdonados", y esta frase no era por cierto de general aplicaci3n.

Una costumbre sobre la cual insisten vehementemente diversas autoridades eclesi3sticas es la de tomar la comuni3n en ayunas. Aquellos de nuestros miembros que as3 lo prefieran, quedan en libertad de seguir dicha costumbre, pero no la prescribimos, porque despu3s de escrupulosas investigaciones no hemos podido comprobar que la presencia de alimento en el est3mago influya para nada en la acci3n o intensidad de la energ3a.

ROMANA

Se dice lo siguiente durante las abluciones

Tu cuerpo, Se3or, que he recibido, y tu sangre, que he bebido, se apeguen a mis entra3as, y conc3deme por tu gracia que no permanezcan ni queden manchas ni vestigio de pecado en m3, a quien han alimentado sacramentos tan puros y santos. Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Am3n.

LIBERAL

Se dice lo siguiente despu3s de las abluciones

Bajo el velo de cosas terrestres nos hemos puesto en comuni3n con nuestro Se3or Jes3s Cristo: pronto le contemplaremos cara a cara, y regocij3ndonos en su gloria, seremos semejantes a El. Entonces llevar3 con sumo gozo a Sus verdaderos disc3pulos ante la presencia de la gloria de Su Padre.

Aqu3 se afirma que en ampl3simo sentido estamos en directo contacto con el mismo Cristo nuestro Se3or. Expresamos nuestra esperanza y nuestra creencia en que siguiendo la norma de desenvolvimiento ordenada por la Iglesia, pronto estaremos en todav3a m3s estrecho contacto, y como declaran las Escrituras seremos semejantes a El, porque le veremos cual es, y cuando nos convirtamos a su semejanza, quedaremos con ello satisfechos. Despu3s se da un vislumbre de todav3a un mayor adelanto, cuando El nos lleve a contemplar cara a cara la gloria del Padre.

ROMANA

COMUNI3N

LIBERAL

La Comunión varia. La que sigue es la del domingo de la Trinidad.

Bendecimos a Dios del cielo y le confesamos ante todos los vivientes; porque usó misericordia con nosotros.

Amén. Bendición y gloria y sabiduría y gratitud y honor y fuerza y poder sean en nuestro Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

S. El Señor sea con vosotros.

C. Y con tu espíritu.

A este punto, toda la congregación prorrumpie en una espléndida acción de gracias, y los ángeles conducen a lo alto la energía por ella engendrada. Después el sacerdote repite de nuevo la bendición menor, procurando una vez más compartir con los fieles las nuevas y superiores condiciones ya establecidas. También se tiene en cuenta que cuantos han tomado el Sacro Cuerpo y Sangre deben por medio de la bendición menor hacer igualmente partícipes del beneficio recibido, a quienes por uno u otro motivo no tomaron la comunión aunque estaban presentes en el sacrificio. Y además, se considera asimismo la idea de que participen cuantos no han asistido a la iglesia y (según se manifiesta en la siguiente oración) la necesidad de utilizar prácticamente la energía recibida.

POSTCOMUNION

ROMANA

La Postcomunión varía. La siguiente es la del domingo de la Trinidad.

Repletos, Señor, de tantos dones, otorga, como solicitamos, que tomemos las dádivas saludables y nunca cesemos en tu alabanza. Por nuestro Señor.

LIBERAL

Nosotros, que hemos sido refrigerados con Tus celestiales dones, Te rogamos, ¡oh! Señor, que Tu gracia quede tan grabada en nuestros corazones, que continuamente se manifieste en nuestra conducta. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Esta breve oración es muy interesante porque manifiesta que el admirable estímulo recibido no se evapora en mero sentimiento, sino que obra continuamente en nosotros hasta el punto de afectar toda nuestra conducta futura. Y esto no es puro formulismo verbal, pues según ya dije, si se aprovecha plenamente la ventaja de la efusión de la energía espiritual, quedará sin duda un permanente saldo a favor del bien, aun después de que haya refluído hasta su prosaico nivel ordinario el caudaloso flujo de temporáneo entusiasmo. Mas para el cristiano que regular y frecuentemente se pone así en alta comunión con su Señor, muy luego deja de ser prosaica la vida ordinaria, porque vive bajo la continua radiación de la luz que nunca alumbró tierras ni mares, y el efecto de cada fulguración persiste hasta que la siguiente lo renueva.

Dicha oración tiene análoga eficacia al acto de "encerrar" un talismán después de magnetizado, para que no se prodigue y disipe la energía en él acumulada, sino que irradie en constante flujo y prosiga efectuando durante muchos años su peculiar obra.

ROMANA

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

LIBERAL

S. El señor sea con vosotros.

C. Y con tu espíritu.

Después se dice:

V. *Ite, missa est. O bien:*

V. *Benedicamus Domino.*

R. *Deo gratias.*

Séate agradable, ¡oh! Beatísima Trinidad, este culto de mi obligado deber, y concédenos que este sacrificio que yo, aunque indigno, he ofrecido a los ojos de tu augusta majestad, lo aceptes por tu misericordia en propiciación para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

S. *Ite, missa est.*

C. *Deo gratias.*

La bendición menor se da por última vez inmediatamente antes de las místicas palabras: *Ite, missa est* que anuncian el fin de la parte mágica de la ceremonia. Varias teorías se han expuesto para expresar el exacto significado de dichas palabras, todas ellas basadas en la idea de que se dirigen a los fieles. La explicación generalmente aceptada es que *missa* es una forma baj ¡latinizada de la palabra *missio*, cuyo significado original era sencillamente separación o despedida. En la primitiva Iglesia se les dirigían a los catecúmenos dichas palabras antes del Canon, y así se cree que de esto provino la costumbre de repetirlas a los fieles al fin del servicio, en equivalencia a: "Idos, es la separación".

Pero en realidad, la frase no se dirige a los fieles, sino a la numerosa hueste de ángeles mensajeros que se congregaron para participar del acto más maravilloso de todos. Es, por decirlo así, *Su* frase de despedida, su formal relevo del servicio a que devotamente se dedicaron. Es la señal de un espléndido éxodo de irisadas entidades mayestáticas, cada una de ellas cargada con su proporcional cantidad de efusión divina y presurosas para cumplir el encargo que se les ha confiado. Puesto que tantas dudas se suscitan acerca de la traducción de la frase, acaso convenga dejarla en la pintoresca incertidumbre del original latino. Los fieles responden cordialmente: "Gracias a Dios", expresando así de nuevo y por última vez su gratitud hacia los ángeles que tan admirable auxilio nos han prestado, así como a Quien nos los envió. Hasta cierto punto podemos imaginar una interpretación de la frase, junto con la de la precedente bendición menor, como si también tuviera algún significado para los fieles, esto es, como si el celebrante les dijese: "Idos ahora; pero antes de despediros, acercaos tanto como podáis para recibir la final efusión de la bendición de Dios".

Una vez realizada su beneficosa obra, el Ángel director deshace el material del potente edificio que le ha servido de instrumento, a fin de que todo el amor y la devoción empleados en construirlo se derramen sobre el mundo al par de la bendición con que inmediatamente después concluye el celebrante el servicio, volviéndose al pueblo y diciendo:

BENDICIÓN DEL SEGUNDO RAYO

ROMANA

LIBERAL

Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo eche su bendición sobre

La paz de Dios, que excede a toda comprensión, mantenga vuestras mentes y

vosotros.

R. Amén.

corazones en el conocimiento y amor de Dios y de Su Hijo, Cristo nuestro Señor; y la bendición de Dios omnipotente, el Padre +el Hijo y el Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca para siempre.

R. Amén.

Esta hermosa bendición está tomada del Servicio de Comunión de la Iglesia anglicana. Los compiladores del Devocionario la copiaron del ritual romano, ampliándola con una cita de la epístola a los filipenses. Fue por cierto una feliz idea, porque ha demostrado ser eficaz y apropiado fin de varios servicios. Tiene una robusta tónica de paz y simpatía, y derrama su influencia sobre las gentes en oleadas de suaves matices de rosa y verde. Cuando la da un obispo se acrecienta su belleza y siempre es uno de los actos más conmovedores y dramáticos del servicio en que se emplea.

Esencialmente es una bendición del Segundo Rayo, y por lo tanto una apropiadísima conclusión de una ceremonia que tiene concretamente el carácter de dicho Rayo, terminando el servicio como empezó, con el nombre de la Santísima Trinidad.

En los servicios anglicano y romano, tan pronto como se acaba de dar la bendición, el Ángel director desaparece del escenario de su labor, haciendo un donoso ademán de despedida. Sin embargo, hemos creído conveniente a nuestro servicio añadir una ulterior bendición de distinto carácter, perteneciente al Primer Rayo, al Rayo de Poder, de modo que el Ángel se espera todavía unos cuantos momentos más, para dar esta especial bendición en Nombre del Rey espiritual.

BENDICIÓN DEL PRIMER RAYO

Que los Santos Seres cuyos discípulos aspiráis a ser, os muestren la Luz que buscáis y os den la fortaleza y auxilio de Su compasión y Su sabiduría. Hay una paz que trasciende a todo entendí-mentó y mora en el corazón de quienes viven en lo Eterno. Hay un poder que renueva todas las cosas y vive y se mueve en quienes conocen la unidad del Yo. Que esta paz descienda sobre vosotros; que este poder os realce hasta colocaros en donde se invoca al supremo Iniciador y veáis brillar su estrella. R. Amén.

Que sepamos, no se usa esta bendición en ninguna otra liturgia; pero su efecto es admirablemente vigorizador. Desde luego que los Santos Seres son la Gran Fraternidad Blanca, la Comunión de los Santos. Todos cuantos nos esforzamos en seguir adelante y hacia arriba por el camino de perfec* ción, deseamos ponernos bajo Su tutela; y así el sacerdote manifiesta la ferviente aspiración de que seamos capaces de aprender de Ellos la divina sabiduría que necesitamos. El Supremo Iniciador es el título dado al Jefe de aquella gran Jerarquía como principal representante del Primer Rayo en la tierra. La Estrella argentina es Su signo y su fulgor la señal de que aprueba al candidato a una de las iniciaciones que conducen de grado en grado y paso a paso a la gran Logia Blanca por el ascendente sendero. Es un ruego para que todos los circundantes alcancen las sublimes alturas a que aspiran, y que al alcanzarlas les sostengan la fortaleza y paz divinas.

El flujo que se derrama sobre la congregación es de diversos colores, entre los que suele predominar el azul eléctrico; pero todos están intensamente teñidos de una

refulgente luz dorada con brillantes rayos argentinos que brotan sin cesar a través de su corriente. Al recitar la oración suelen percibir los clarividentes el fulgor de la estrella en la frente del Ángel mientras éste permanece sobre la cabeza del celebrante.

Nuestro servicio termina aquí con el himno de despedida, pero en la misa romana se añade el último evangelio, que si bien no aparece en ninguna de las liturgias antiguas, lo mandó insertar el papa Pío V en 1570, en el lugar que hoy ocupa. Antes de 1570 solían recitarlo los sacerdotes como privada devoción después de la misa, y el misal Sarum ordena que lo rece el sacerdote al volver desde el altar a la sacristía. Aun hoy día un obispo lo reza privadamente al volver a su sitial luego de terminado el servicio.

ULTIMO EVANGELIO

ROMANA

+ Principio del santo Evangelio según San Juan.

En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios. Todas las cosas han sido hechas por él; y nada de lo que ha sido hecho, se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz resplandeció en medio de las tinieblas, y las tinieblas jamás la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo de vista para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. El no era la luz, pero había venido para dar testimonio de la luz. La luz verdadera era la que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo. Él estaba en el mundo, y el mundo había sido hecho por él; pero el mundo no le conoció. Vino a lo que era suyo. Y los suyos no le recibieron. Pero él ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios a todos aquellos que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre ni de la voluntad de la carne ni de la voluntad del hombre, sino de Dios mismo. *Aquí se arrodillan todos.*

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (y nosotros hemos visto su gloria, gloria como del unigénito del Padre) estando lleno de gracia y verdad

R. Demos gracias a Dios.

Evidentemente no es parte necesaria del servicio; pero podemos considerarlo así hasta cierto punto, pues una vez más establece el celebrante el enlace con los fieles por medio de la bendición menor antes de leer el último evangelio, cuya lectura viene de propósito para recordar el origen de toda esta belleza y esplendor. Es como si les dijera a los fieles: "Ahora que tenéis la bendición de Dios, participad de ella una vez más en toda plenitud y conservadla, sin nunca olvidar que por entero la debemos al potente Logos cuya gloria hemos contemplado y es Luz y Vida de los hombres. Hay muchos que no conocen a Dios, y a causa de su ignorancia son ingratos; pero vosotros acabáis de tener pruebas de Su dulzura y de Su amor. No las olvidéis jamás".

CAPITULO III SANTO BAUTISMO Y CONFIRMACIÓN

Dice nuestra Liturgia: “El Bautismo es un sacramento por el cual quien lo recibe queda solemnemente admitido en la comunión de la Santa Iglesia de Cristo e injertado en Su místico Cuerpo”.

La administración de este Sacramento empieza con la invocación acostumbrada en todos nuestros servicios; para demostrar que toda nuestra obra se hace en el Nombre y por el poder de la siempre bendita y Santísima Trinidad. Después el padrino presenta la criatura al sacerdote, suplicándole que la admita en el gremio de la Iglesia, y el sacerdote accede a la súplica, y se dirige a la congregación diciendo:

Hermanos: nuestro benigno Padre Cristo, en su grande amabilidad ordenó que Su Mística Esposa, nuestra santa Madre la Iglesia, guíe y proteja a sus hijos en todas las etapas de la vida, desde la cuna al sepulcro. Para este fin se instituyó el Sacramento del santo Bautismo, de modo que en Nombre de Cristo reciba y bendiga la Iglesia a quien acaba de venir a este mundo de peregrinación, y que el alma more en un cuerpo limpio de la mancha del mal, santificado y destinado al servicio de Dios omnipotente. Por lo tanto, hermanos de la católica Iglesia de Cristo, os ruego que os asociéis a mí en este nuestro santo rito, con lo cual esta criatura sea partícipe de estos celestes dones y miembro del místico cuerpo de Cristo.

Vemos así que la Iglesia se relaciona con el alma tan pronto como se incorpora a sus nuevos vehículos, y le ofrece bienvenida y asistencia. ¿Qué auxilio se le puede prestar al alma en el momento de asumir un nuevo cuerpo físico? Recordemos que no nos es posible relacionarnos mediatamente con el alma, sino que tratamos con vehículos en el plano físico. Lo que el alma mayormente necesita es poner en orden dichos vehículos a fin de actuar por su medio. Viene cargada con el resultado de sus pasadas vidas, lo cual significa que trae consigo semillas de buenas y también de malas cualidades. A las malas semillas se les ha solido llamar pecado original, de todo punto erróneamente referido a la fabulosa culpa de Adán y Eva. Esto es una mera tergiversación de que cada alma trae consigo sus peculiares cualidades, unas buenas, otras no tanto y algunas concretamente malas según hubieren sido sus vidas pasadas. Evidentemente el deber de los padres o tutores respecto del niño es hacer cuanto les quepa para cultivar los buenos gérmenes y reprimir o eliminar los malos privándolos de todo estímulo. El investigador de la vida interna comprenderá que la educación de las cualidades depende en su mayor parte del ambiente de que se rodea al niño. Si se le rodea de amor y nobleza, despertarán y se educirán el amor y nobleza que *haya en él*. Si, por el contrario, se ve rodeado de vibraciones de cólera e irascibilidad, despertarán y brotarán los gérmenes que de esta índole haya en él, como seguramente los habrá por pocos y débiles que sean. Así resultará una enorme diferencia en su conducta según la serie de vibraciones que primero se pongan en actuación. El sacramento del Bautismo está especialmente destinado a este propósito. El agua que se emplea está magnetizada con el particular objeto de que sus vibraciones influyan en los vehículos superiores, de modo que todos los gérmenes de las buenas cualidades existentes en los informes cuerpos astral y mental del niño reciban poderoso estímulo al paso que los malos gérmenes queden aislados y amortecidos. La idea capital es aprovechar esta temprana ocasión de favorecer el desenvolvimiento de los buenos gérmenes a fin de que preceda al de los malos con el propósito de que cuando éstos den ulteriormente su fruto, estén ya los buenos lo bastante educidos para dominar con relativa facilidad a los malos.

Este es un aspecto de la ceremonia bautismal. Tiene además el de símbolo de la iniciación a que cabe la esperanza de que el novel miembro de la Iglesia encamine sus pasos cuando hombre. Es el Bautismo la consagración y dedicación del nuevo grupo de vehículos a la fiel expresión del alma y al servicio de la Gran Fraternidad Blanca. Sin embargo, también hay en el Bautismo un aspecto oculto relacionado con los nuevos vehículos; y si la ceremonia se efectúa debida e inteligentemente, no cabe duda de que será muy poderosa su eficacia. Por lo tanto se puede

considerar este Sacramento como una operacin de magia blanca de concretos resultados influyentes en la futura conducta del niño. ¿Qué factores influyen en el recién nacido? En primer lugar el llamado por los investigadores elemental kármico, que requiere alguna explicación para quienes desconocen el proceso del renacimiento. Al fin de cada vida se hace un balance de cuentas, y se modela en materia etérea una forma que representa la clase de cuerpo que el hombre merece para su nuevo paso por la tierra. Al renacer el ego, un espíritu de la naturaleza vivifica dicha forma que sirve de molde para construir el nuevo cuerpo físico del niño según el resultado de las acciones de su vida pasada, y el espíritu de la naturaleza es la fuerza principal de cuantas cooperan a la construcción del cuerpo. En segundo lugar, el alma trata de ver cómo le es posible valerse de sus nuevos vehículos y asumirlos cuanto antes; pero generalmente no es muy poderoso factor en las primeras etapas, porque le es muy difícil ponerse en contacto con el nuevo cuerpo. Lo efectúa gradualmente y se supone que se ha incorporado en definitiva a los siete años de edad, y en algunos casos antes de este tiempo, aunque a veces parece que no domina del todo sus vehículos hasta la vejez. El espíritu de la naturaleza y el ego son los principales factores; pero intervienen otras fuerzas subalternas, como, por ejemplo, el pensamiento de la madre que ejerce inmensa influencia en los vehículos del niño, antes y después del nacimiento. Así es que el alma procura influir rectamente en sus vehículos tanto como le es posible, y el sacramento del Bautismo actualiza en su auxilio una nueva fuerza. Suelen decir los católicos que en el acto del Bautismo recibe el niño un ángel custodio; y es cierto, aunque no del todo en la forma que generalmente se entiende, si bien es un hermoso símbolo de lo que sucede en realidad, porque en el acto del Bautismo se construye una nueva forma de pensamiento o elemental artificioso que se hincha de energía divina y se incorpora en él un espíritu de la naturaleza, de categoría superior, llamado silfo, que permanece junto al niño como un factor benéfico, de modo que a todo intento y propósito es un ángel custodio cuya labor acaba por individualizarlo, transformándose de silfo en serafín por medio de su asociación con una forma mental henchida de la vida y pensamiento del Cabeza de la Iglesia. Esto no significa que Cristo piense en cada criatura tal como de ordinario se entiende el pensar en una persona. Un poder tan formidable como el de Cristo puede actuar simultáneamente en millones de casos sin necesidad de ejercitar la facultad a la que llamamos atención. Según dije al hablar de la presencia de Cristo en millares de altares, caso análogo, aunque en nivel infinitamente inferior, es el del hombre en el mundo celeste, quien forja imágenes mentales de sus deudos y amigos cuyas almas de este modo influidas se incorporan en aquellas formas mentales. Las personalidades de los deudos y, amigos no se dan cuenta de ello; pero el verdadero deudo o amigo, el hombre real, el ego, el alma, se manifiesta simultáneamente en centenares de dichas formas mentales en la vida celeste de diferentes individualidades. Algo parecido, pero infinitamente superior, ocurre en el Bautismo, y tal es el primer adyutorio que a Su pueblo da Cristo por medio de Su Iglesia.

Un Sacramento no es una panacea mágica. No puede alterar la disposición de un hombre, pero sí puede auxiliarle para manejar más fácilmente sus vehículos. No transmutará de pronto en ángel a un demonio o en santo a un malvado, pero seguramente ofrece al hombre una favorable oportunidad. Este es precisamente el objeto del Bautismo y el límite de su eficacia.

Después de dar a los fieles la citada explicación, lee el sacerdote el pasaje del evangelio de San Marcos en que Cristo les dice a Sus discípulos que dejen que se le acerquen los niños, y en seguida recita la siguiente oración:

¡Oh! Dios omnipotente y omnipresente cuyo poder actúa en todo ser viviente, que eres fuente única de toda vida y bondad, dignate derramar un rayo de Tu luz sobre este Tu siervo, que ha sido llamado a los rudimentos de la fe. Aparta de él toda ceguera de corazón; rompe las cadenas de iniquidad que le han tenido aherrojado; ábrele, ¡oh! Señor, la puerta de Tu gloria para que henchido del espíritu de Tu sabiduría y vigorizado por Tu formidable poder, quede libre de la mancha -de todo mal deseo y adelantando firmemente en santidad Te sirva gozoso durante el curso que le señalaste. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Esta oración impetra auxilio para el niño, pero también está destinada a dirigir el

pensamiento del sacerdote y capacitarlo para acumular sus fuerzas y emplearlas en el exorcismo que sigue inmediatamente, durante el cual le ordena la rúbrica que mantenga con toda firmeza en su mente la requerida intención.

El ritual romano del Bautismo empieza usando un lenguaje áspero, suponiendo que el demonio está dentro de la inocente criatura, tratándola como si estuviese maldita, y hablando en general, como si quisiera exterminarla. Pero el diablo personal no existe. Es una de las extrañas supersticiones surgidas en el transcurso de los siglos. No es más que el significado de lo ya dicho respecto al esfuerzo para detener y extirpar los gérmenes del mal. Es un esfuerzo, según decimos en nuestro ritual, para contrarrestar con el hechizo de la Santa Iglesia de Cristo todas las influencias y semillas del mal, para “atarlas como con férreas cadenas y arrojarlas a las tinieblas exteriores para que no conturben a este siervo de Dios”. La idea es que en modo alguno se nutran ni fomenten, a fin de sujetarlas en su presente condición y que acto continuo se atrofien y fallezcan de inanición.

Todos estos gérmenes del mal pueden considerarse como una especie de tentación. Están prontos a vitalizarse, y tan luego como se intensifiquen sus vibraciones propenderán inevitablemente a levantar análogas vibraciones en los varios cuerpos del infortunado infante y ejercer en él continua presión hacia el mal. Si es posible reprimirlas, se apartará del infante la tentación y tendrá entonces mejor oportunidad. El hombre ordinario es muy mucho un producto de su ambiente, y si se lo proporcionamos favorable, haremos de él, en cuanto cabe a las probabilidades humanas, un hombre mucho mejor de lo que sería de otro modo. Esto es exactamente lo que hace la Iglesia: proporcionar una mejor oportunidad. Por esta razón se concede tanta importancia al bautismo de los niños, sobre todo si están en peligro de muerte, pues fuera muy posible que los malignos gérmenes traídos de la vida anterior se desarrollaran considerablemente en el mundo astral, más allá de la muerte, ya que en dicho mundo abundan las influencias capaces de estimularlos. Por lo tanto, es importantísimo hacer cuanto quepa para matarlos antes de que el niño muera. De la propia suerte pueden estimularse los buenos gérmenes durante la corta vida astral de un niño; y así, el Bautismo le proporciona también concretamente mejor oportunidad en dicha vida. Entonces, cuando el ego del niño asume nuevo cuerpo, no han medrado los malos gérmenes, por lo que estará precisamente en el mismo punto en que estaba antes, con la ventaja de haber añadido alguna buena cualidad que el estímulo haya modelado en su carácter.

Después sigue otra curiosa característica del servicio. El antiguo ritual romano prescribía que el sacerdote, inclinado sobre el niño, repitiera la palabra de Cristo: EPHPHATA, que significa *ábrete*, haciendo al propio tiempo la señal de la cruz en los oídos y ventanas de la nariz del niño. Retrocediendo a tiempos antiguos, vemos que el sacerdote hacía el signo de la cruz sobre la frente, garganta, corazón y plexo solar; y así, hemos restablecido esta práctica en el rito de la Iglesia católico-liberal, porque dichos puntos son cuatro especiales centros de fuerza del cuerpo humano, y el efecto del signo de la cruz y del inteligente ejercicio de la voluntad es actualizarlos.

El clarividente que observe a un recién nacido verá dichos centros señalados como tenues círculos del diámetro de una moneda de tres peniques, como pequeños discos de muy débil fulgor que apenas se mueven. El particular poder que el sacerdote ejerce en el Bautismo abre dichos centros y los pone en más rápido movimiento, de modo que el clarividente los verá crecer a vista de ojos hasta el tamaño quizá de una moneda de corona, y empezarán a centellear y girar como en los adultos. El centro se abre de un modo análogo a como un gato abre los ojos en la obscuridad; o mejor todavía, como se abre un bien construido diafragma iris de cámara fotográfica. Se abren estos centros a fin de que fluya más fácilmente la energía que se ha de efundir, pues de otro modo errumpiría violentamente con innecesaria distensión del cuerpo del niño. Una vez ha efectuado el sacerdote la citada operación, prosigue diciendo:

Que tu mente y tu corazón se abran al santísimo Espíritu del Dios vivo y que todo tú te dediques a Su servicio. Que puedas recibir los preceptos celestiales y te portes de tal manera que seas puro templo del Dios vivo.

Todavía de pie, extiende el sacerdote la diestra sobre el niño, diciendo:

¡Oh! Señor, con Tu inmanente poder haz que este Tu siervo, que a Tu servicio dedicamos, use bien los principios de Tu gloria y observe cuidadosamente Tus santas leyes, a fin de que Se le considere digno de alcanzar la plenitud del nuevo nacimiento. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Con estas palabras procura mayormente el sacerdote preparar al niño para recibir la copiosa efusión de energía que se le va a otorgar. Después coloca el extremo de la estola sobre el hombro del niño, y dice: “Entra en el templo de Dios para que participes con Cristo de la vida eterna”. Dícese que en tiempos antiguos, hasta llegar a este punto se celebraba el servicio en un vestíbulo exterior al recinto de la iglesia, y que al pronunciar las antedichas palabras conducía el sacerdote al neófito o a quien lo llevaba en brazos hasta el baptisterio.

Abiertos así los centros, el sacerdote procede a construir la forma de pensamiento. Tanto en la Iglesia católico-liberal como en la romana y la griega, se emplea en el Bautismo no solamente agua sino también aceite. Tres distintas clases de aceite usa la Iglesia que se magnetizan con diversos propósitos de la propia suerte que se magnetiza un talismán. Una de estas tres clases de aceite (el de los catecúmenos) se emplea en el Bautismo para hacer los signos con que se construye la forma de pensamiento. El sacerdote dice:

En el nombre de Cristo nuestro Señor te unjo con aceite para tu salvaguarda; que Su santo ángel vaya delante de tí,

Mientras así dice, hace con el aceite una crucecita en el pecho del niño, y ante él una cruz mayor en el aire, de modo que alcance toda la longitud del cuerpo, en tanto que dice:

y te siga

Hace entonces una crucecita en la piel, entre los hombros, y una cruz grande en el aire, que abarque lo largo de la espalda, y prosigue diciendo:

y esté contigo al acostarte y al levantarte y guarde todos tus pasos

Se me figura que muchos sacerdotes que practican casi diariamente esta ceremonia apenas tienen idea de su verdadero significado. Mediante su esfuerzo construyen los dos aspectos de la forma de pensamiento, y elaboran una especie de coraza de luz blanca delante y detrás del niño. Entre tanto, debe imaginarse intensamente esta armadura, mientras dice "que su Santo ángel vaya delante de tí y te siga". El sacerdote que no sabe nada de esto, sólo suele construir una tenue película; pero quien lo comprende y ejercita su voluntad elabora una más recia forma.

Después de abrir los centros y plasmar la forma de pensamiento, el sacerdote se quita la estola morada, se pone la blanca y procede a efundir la energía espiritual, pensando de continuo muy intensamente en lo que está haciendo. Mientras el padrino sostiene al niño sobre la pila, el sacerdote le derrama por tres veces en la cabeza la consagrada agua bautismal contenida en una concha u otra vasija semejante. El agua se ha de verter en forma de cruz sobre la coronilla, cuidando de que chorree en parte por la frente. Al propio tiempo, el sacerdote pronuncia las palabras:

N.: Yo te bautizo en el nombre del Padre + y del Hijo +y del Espíritu +Santo. Amén.

Esta efusión de energía divina es el efectivo Bautismo, y por esto ha enseñado siempre la Iglesia que son necesarias dos cosas: el empleo del agua y la fórmula: 'Yo te bautizo (o en la Iglesia griega: el siervo de Dios es bautizado) en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Hay razón para que ambas cosas sean necesarias de modo que resulte eficaz la ceremonia. El agua magnetizada es necesaria porque, como ya he dicho, todavía no podemos relacionarnos directamente con el alma; pero por medio del agua física magnetizada, el sacerdote pone enérgicamente en vibración la parte etérea del cuerpo físico, estimula el cerebro y a través del cuerpo pituitario, afecta al cuerpo astral y por éste a su vez al cuerpo mental. Así la energía descende y vuelve a ascender como agua que halla su propio nivel. En esto estriba la necesidad del uso del agua y de su efectivo contacto con la piel y no tan sólo con los cabellos. Si el agua no se aplicara debidamente quedaría truncado el Sacramento y sin eficacia alguna en cuanto se refiere a la personalidad. Pero es posible que aun en este caso, llegue al alma algo de la energía divina o de su influencia por una especie de osmosis o por medio de otra dimensión. El contacto

del sacerdote y el ejercicio de su voluntad deben de producir algún resultado, pero el Sacramento del Bautismo no se administra entonces por su apropiado conducto.

Sigue después la invocación a las Tres Personas de la Santísima Trinidad. Esta invocación es una verdadera palabra de poder que actualiza tres modalidades de energía, y los investigadores reflexivos no necesitarán mayores explicaciones. Brevemente las daremos, y los lectores deseosos de más amplio informe pueden recurrir al volumen de esta serie que trata de Teología.

Dios hizo al hombre a su imagen. Nos dicen los teólogos que al hacer Dios a Adán previo la forma física que había de asumir Cristo al venir al mundo y con arreglo a este modelo hizo a Adán. Todo esto nos parece una trabajosa, vaga y ridícula explicación, porque sabemos que el cuerpo del hombre ha ido evolucionando gradualmente de las formas inferiores. Nosotros decimos más bien que no el cuerpo sino el alma del hombre es imagen de Dios.

Así como en Dios hay tres Personas, así en el hombre reside el Espíritu trino, que se manifiesta según lo que hace millares de años llamaron en sánscrito los filósofos índicos: *atma*, *bud-dhi*, *manas* o espíritu, intuición e inteligencia, exactamente como los tres Aspectos de la Trinidad se manifiestan como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por lo tanto, el hombre no es un mero reflejo de Dios sino de misteriosa manera una efectiva expresión de Dios; y cada uno de aquellos principios (Diagrama 21) del hombre, es de un modo que todavía no podemos comprender, parte de un correspondiente Principio o Persona de la Divinidad.

Así es que el uso de aquellas palabras con el esfuerzo de voluntad para bendecir en aquel Nombre trae de las alturas la trina energía que simultáneamente actúa sobre los tres principios del hombre. La energía fluye sin duda alguna de las Tres Personas de la Divinidad solar, aunque llega a nosotros por conducto de estados intermedios. Está dicha energía almacenada en el vasto depósito de que hablaremos al tratar del Sacramento del Orden y de allí se induce en los correspondientes principios del Cristo nuestro Señor, Jefe de la Iglesia. Al recibir el sacerdote la ordenación, sus principios quedaron especialmente enlazados con los de su Maestro el Cristo; y así, por conducto de Cristo y su sacerdote le llega al infante la energía divina, y de Cristo es el pensamiento que anima la forma y vivifica al ángel custodio. Es una energía que auxiliará al alma en sus esfuerzos para conseguir el dominio propio y le alentará para perseverar.

El bautismo administrado por un diácono no es tan eficaz como el que administra un presbítero, porque no está tan plenamente relacionado con el Señor. Aún es menos eficaz si lo administra un seglar, incapaz de extraer energía del acumulador o de atraerla por medio de Cristo como puede hacerlo el sacerdote. Al pronunciar el seglar las palabras sacramentales con la intención de bautizar al infante, estimula, aun sin darse cuenta, el espíritu, intuición e inteligencia de sí mismo, y estos principios atraen alguna influencia de sus mucho más superiores contrapartes. Así, el bautismo administrado por un seglar es válido e indudablemente útil y eficaz; pero no tanto como el administrado por un sacerdote. Aun cuando el seglar no sea cristiano (por ejemplo, podría ser un rabino) el bautismo que administre será válido si emplea agua pura y las palabras sacramentales con la sincera intención de auxiliar y satisfacer a los deudos del infante, haciendo lo que éstos quieren que se haga. La palabra “válido” suele usarse a este propósito, pero está expuesta a erróneas interpretaciones. Debe entenderse por “validez” que como el bautismo tiene por finalidad el auxilio, el grado de su auxiliante eficacia dependerá de los medios empleados.

Tan pronto como se ha infundido la energía divina, procede el sacerdote a cerrar los centros que abrió, para que no vuelva a salir en seguida la energía, sino que permanezca en el infante como fuerza viva y vaya irradiando lentamente de él para influir en los demás. Por lo tanto, el siguiente acto consiste en cerrar los centros con otra clase de aceite sagrado que se llama crisma¹¹

¹¹ En la liturgia romana es una mezcla de aceite y bálsamo que consagran los obispos el Jueves Santo para ungir a los que se bautizan y confirman, a los obispos cuando se consagran, a los sacerdotes cuando se ordenan y a los moribundos cuando se les administra la Extremaunción. (N. del T.)

El sacerdote dice:

Con el santo crisma de Cristo te + unjo, para que Su fortaleza te preceda en tus idas y venidas y te conduzca a la vida eterna.

El crisma es una clase de aceite sagrado que contiene incienso, y por lo tanto, se emplea siempre con propósito de purificación. Según dijimos, el incienso se elabora de diversas maneras, pero casi siempre contiene benjuí, que es muy eficaz purificador; y por lo tanto, con el crisma se hace la cruz en la coronilla del infante, a fin de “purificar la puerta-vía”. Recordemos que cuando el hombre “se entrega al sueño”, como suele decirse, sale de su cuerpo físico pasando por el centro de fuerza llamado coronilla, y por el mismo punto se reincorpora a su cuerpo físico al despertar. Por esta razón, mientras el sacerdote pronuncia las palabras sacramentales, aplica el crisma a la puertavía por donde el hombre sale y entra en su cuerpo físico¹².

Muy poderosa es la eficacia de esta unción, aun en los pocos evolucionados, pues convierte el centro de energía en una especie de cedazo que rechaza las groseras influencias sentimientos y partículas. Se le ha comparado a una de esas esterillas felpudas que se ponen delante de las puertas para limpiarse la suciedad de los pies, llamadas por lo mismo salvabarros, o bien a un ácido que disuelve determinados constituyentes de los vehículos superiores y deja otros intactos. Si durante el día ha cedido el hombre a una pasión de cualquier clase, sea ira o lujuria, dicho magnetizado centro de energía detendrá las excitadas partículas astrales, no dejándolas pasar hasta que se hayan amortiguado en cierta medida sus vibraciones. De la propia suerte, si durante su apartamiento del cuerpo físico se levantaron en el hombre emociones siniestras, el cedazo opera entonces en sentido inverso y apacigua las vibraciones a medida que el hombre se reincorpora en su cuerpo físico para volver a la vida vigílica. Con un esfuerzo de su voluntad cierra el sacerdote los cuatro centros de energía que antes abiera y son: frente, garganta, corazón y plexo solar. Todos están todavía distendidos, aunque sólo queda un pequeño orificio efectivo semejante a la pupila de un ojo; pero cuando el centro estaba abierto, todo él era pupila, como el ojo en que se ha instilado atropina. Poco después de cerrados los centros, la pupila tiene sus normales dimensiones y queda un amplio iris que se contrae ligeramente después de pasado el inmediato efecto de la ceremonia. No se toca el centro correspondiente a la base de la columna vertebral, porque en la actual etapa de evolución no conviene levantar la energía en él latente, llamada en los antiguos libros serpiente ígnea. Tampoco se toca el bazo porque ya está en plena actividad absorbiendo y especializando vitalidad física para el infante. El centro sito en la coronilla ya fue ungido con el crisma, de modo que todos los centros ya están despiertos y en el ejercicio de su respectiva función.

Una vez cumplida esta parte de la ceremonia, el sacerdote admite formalmente al niño en el gremio de la Iglesia. También tiene este acto un aspecto interno y mágico. El sacerdote coloca su diestra sobre la cabeza del infante y dice: “Recibo a esta criatura en el gremio de la Iglesia de Cristo, y la señalo con el signo de la cruz”. Dicho esto persigna a la criatura en la frente con el aceite purificador. Es un símbolo hermosísimo; pero también es algo más que símbolo, porque la cruz trazada de este modo es visible en el doble etéreo durante toda la vida de una persona. Es el signo del cristiano, precisamente del mismo modo que el tilaka es el signo de Shiva y el tridente el de Vishnu. Estos últimos signos se trazan en la frente de los infantes indos con pintura material, aunque son los signos visibles y externos de una interna y efectiva dedicación que puede verse en los planos superiores. Por lo tanto, la señal de la cruz en el niño indica que está dedicado al servicio de Cristo cuyo sello se le estampa para admitirlo en el gremio de los fieles.

Siguen después dos primorosos fragmentitos de primitivo simbolismo. El sacerdote toma y

¹² En este punto advierte el autor que emplea en el texto original la palabra prevent en la acepción del inglés antiguo que significa preceder, y no en la moderna acepción de contrariar, impedir, desbaratar, frustrar o desconcertar. (N. del T.)

trae del altar un pañuelo o una trena de seda blanca, y la coloca sobre los hombros del infante diciendo:

Recibe de la santa Iglesia esta blanca vestidura como un modelo de la inmaculada pureza y esplendor de Aquel a cuyo servicio has hoy entrado, y en muestra de tu comunión con Cristo y Sus santos ángeles, a fin de que Su paz colme tu vida.

Después toma una vela que enciende en una de las que arden en el altar en el lado del Evangelio, y poniéndola en la diestra del infante, dice:

Toma esta ardiente luz, encendida en el fuego del santo altar de Dios, como símbolo de la perennemente encendida luz de tu espíritu. Quiera Dios que de ahora en adelante Su amor brille a través de tu corazón de tal manera, que ilumines sin cesar la vida de tus prójimos.

La vela vuelve a colocarse en el altar y la apaga el monaguillo.

En la primitiva Iglesia se le ponía en este punto al infante o al candidato adulto una túnica blanca, para indicar la condición de relativa pureza en que el Sacramento lo ha colocado, y manifestar la esperanza de que en su futura conducta se esfuerce en cumplir las buenas promesas de tan felices auspicios, sin olvidar jamás el privilegio y la obligación que le corresponden por su ingreso en la Santa Iglesia de Cristo. No vemos razón alguna en las promesas que de los padrinos se exigen respecto de lo que el infante ha de creer y hacer cuando adulto, porque una promesa es cosa demasiado solemne para darla a la ligera o cuando no hay posibilidad de asegurar su cumplimiento. Por esto omitimos del todo esta parte del servicio, aunque en el citado fragmento de simbolismo manifestamos la viva esperanza de que la semilla sembrada por este hermoso Sacramento fructifique opimamente a su debido tiempo.

Los padrinos proporcionan la trena de seda blanca que el sacerdote bendice y coloca sobre el altar antes del comienzo de la ceremonia. Está destinada a que el bautizado la conserve cuidadosamente, con su nombre bordado en ella, y se la ponga alrededor del cuello cuando reciba el Sacramento de la Confirmación. En la primitiva Iglesia se llamaba poéticamente a esta trena “la blanca vestidura de los ángeles” y “el don de Cristo a Su recién nacido hijo”. Es la trena descendiente directo del blanco ropaje que el candidato llevaba siempre en los antiguos Misterios; y en efecto, la palabra “candidato” se deriva de dicho ropaje, pues *candidas* significa en latín, *blanco*.

La vela encendida en el altar es un símbolo del amor de Dios manifestado hacia Su criatura, así como también expresa la esperanza de que agradecido por el auxilio que ahora se le concede, el infante dedique cuando hombre su fortaleza al auxilio del prójimo. A veces el infante agarra la vela; pero si no, el padrino se la sostiene en la mano, cuidando por supuesto de que la llama no lo quemee, y entregando después la vela al acólito.

Entonces el sacerdote coloca la mano sobre la cabeza del infante en actitud de bendición y le dice: “Ve en paz y que vaya el Señor contigo”. En seguida, exhorta a los padrinos al cumplimiento de sus obligaciones, diciéndoles:

Habéis traído aquí a esta criatura para que recibiese el bautismo; y ahora que está regenerada por el agua y el Espíritu Santo e injerto en el místico cuerpo de la Iglesia de Cristo, recordad que recae err vosotros un deber demasiado grave para descuidarlo. corresponde vigilar para que tan luego como el bautizado esté en disposición de comprender, se le enseñen los santos mandamientos y la santa voluntad de Dios, tal como la expresó nuestro mismo Señor al decir: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Este es el primero y gran mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. De estos dos mandamientos dependen la ley y los profetas”. También se le enseñará la doctrina de la santa Iglesia católica en cuyo seno hoy se le ha admitido, y a su tiempo se le llevará al obispo para que lo confirme.

Estas son las verdaderas responsabilidades de los padrinos; no hacer imposibles promesas en nombre del infante, sino procurar que se le enseñe la magna ley de amor y que tenga la ventaja de recibir el Sacramento de la Confirmación tan luego como la edad le consienta aprovechar su eficacia. El mandamiento que se le enseñe no ha de ser el fantástico embrollo jehoviano del decálogo mosaico, con la blasfema atribución a la Deidad de uno de los peores y más insensatos pecados del hombre, sino la versión dada por nuestro mismo Señor,

Muy acerbadas controversias ha promovido lo referente al verdadero significado de la palabra regeneración. Significa sencillamente “nacer de nuevo” y no es en modo alguno inadecuada descripción de lo que ocurre en el bautismo. La apertura de los centros del cuerpo a la influencia espiritual, la represión de los gérmenes malignos y el dotar al infante de un ángel efectivamente custodio cual nueva y poderosa influencia en la dirección del bien, constituyen en conjunto una tan señalada mudanza en la condición del infante, que se puede considerar como un nuevo nacimiento, como el nacimiento en la Iglesia de Cristo, que sigue rápidamente a su reingreso en el mundo físico.

BAUTISMO DE NIÑOS MAYORES Y DE ADULTOS

Hay en nuestra liturgia otras dos formas de servicio bautismal: una para los niños que están en edad de comprender algo de la ceremonia; y otra para los adultos deseosos de ser formalmente admitidos en la Iglesia. Tan sólo se han introducido en estas dos otras formas las modificaciones necesarias para adaptar las oraciones y preceptos a la edad del candidato. Se omite el exorcismo de todas las influencias y semillas del mal, así como la apertura y cierre de los centros energéticos, porque estos centros están ya funcionando para el bien y para el mal y aquellas semillas ya se desarrollaron algún tanto. En vez del exorcismo se reza una oración para que el candidato quede purificado de tal modo que reciba dignamente el Sacramento.

Si el candidato ha recibido ya alguna forma de bautismo, pero cabe la duda de si pronunciaron las palabras de poder o si se empleó debidamente el agua, lo rebautizamos condicionalmente, diciendo: “Si ya no estás bautizado, te bautizo...” Aun en el caso de que tengamos conocimiento, prueba o presunción de que el bautismo fue debidamente administrado, pero que se omitió la unción o cualquiera otra parte de la ceremonia (como por ejemplo, sería el caso de un bautizado en la Iglesia anglicana) es lícito repetir el rito a fin de suplir los actos omitidos si el candidato lo desea. Entonces debe también emplearse la forma condicional.

Si previamente se ha administrado cualquier forma de bautismo, se prescinde de la recepción en la Iglesia de Cristo, porque el bautismo admite en el conjunto de esta Iglesia y no en tal o cual sección de ella; y debemos presumir que tal fue la intención de quienquiera que administró el Sacramento. La exhortación final se dirige al candidato en persona y no a los padrinos.

En el caso de los adultos se omite el pasaje evangélico referente al acercamiento de los niños a Cristo, así como la trena blanca y la vela encendida, a menos que el candidato lo desee. El bautismo está principalmente destinado a los niños, y su omisión en la infancia no puede subsanarse completamente en las ulteriores épocas de la vida. La eficacia del Sacramento en el infante es transcendental, porque la energía fluye por todos los vehículos y los purifica enteramente, poniendo en perfecto ajuste y funcionamiento todo el mecanismo. El adulto dejó necesariamente que el suyo funcionara por sí mismo y las corrientes fluyen de una manera muy parecida a como el bautismo las hubiera hecho fluir; pero por lo general no están del todo limpios los esconces, gran parte del aura aparece invívida y hay mucha materia indefinida con la cual nada se hace y por lo tanto propende a desviarse de la general circulación, formando una especie de poso o sedimento que poco a poco va obstruyendo el mecanismo e impidiendo su eficaz funcionamiento. Se evita gran parte de este enojoso resultado cuando la persona ha sido bautizada en su infancia, porque en el bautismo del niño, el poder de Cristo actualiza los gérmenes del bien y establece así los magníficos cimientos del subsiguiente desarrollo. El niño no bautizado ha de efectuar por sí mismo esta labor y se halla expuesto a no efectuarla satisfactoriamente tanto más por cuanto carece de la ventaja de reprimir los gérmenes del mal.

Otra razón en pro del bautismo de los niños es que ofrecen un despejado campo de acción que no existe en el adulto; y así, aunque la forma de pensamiento se construye de la misma manera, son tan diferentes las condiciones en que ha de actuar el silfo, que su actuación no tiene igual grado de eficacia, pues a los adultos se les dota de un silfo muy distinto del de los niños, con algo menos, tal vez, del maternal amor del serafín, pero con mayor sabiduría mundana, capaz de

desenvolverse en agudo entendimiento. Hay en él algo de se-micínico¹³ y es infatigable su paciencia aunque no es mucha su esperanza, mientras que el ángel custodio del niño es optimista, y aunque más indefinido acaso, está henchido de amor y esperanza y forja planes para el porvenir.

Sin embargo, la administración del bautismo influye saludable y benéficamente en el adulto; la unción con el crisma no deja de tener eficacia en la limpieza de la puertavía, y aún la construcción de la coraza es conveniente para los jóvenes y solteros.

Los Sacramentos están dispuestos en determinado orden: el Bautismo para auxiliar al infante en cuanto nace; la Confirmación para fortalecerlo durante la difícil época de la pubertad; y la Sagrada Eucaristía para proporcionarle frecuente alimento espiritual durante toda su vida. Desde luego que es muchísimo mejor que se reciban en la época y por orden en que fueron establecidos, pero me parece infundada la teoría de que la ausencia de uno invalida los demás. Opinan los católicos-romanos que no puede recibir el Sacramento del Orden quien no haya recibido el del Bautismo, y esta idea ha causado mucha aflicción en varios casos. Hubo quienes dudaron respecto al bautismo del difunto arzobispo Tait, de Canterbury (perteneciente a una familia presbiteriana de Escocia) y de otros varios prelados anglicanos, temiendo por esta razón que los clérigos a quienes ordenaron no fueren en modo alguno sacerdotes, y por consiguiente no tuvieran eficacia los Sacramentos por ellos administrados. Pero no es así.

Al propio tiempo, para desvanecer la más ligera posibilidad de duda o dificultad en la mente de nuestros miembros o de los fieles de otras Iglesias, los de la Iglesia católico-liberal tenemos siempre sumo cuidado en rebautizar condicional-mente a todo candidato a la Ordenación, a menos que tengamos prueba irrefragable de que ya ha sido bautizado según un rito de plena y absoluta confianza, tal como lo es el de la comunión romana de la Iglesia católica.

Según costumbre de esta Iglesia, el agua bautismal se bendice una sola vez al año, el día de Sábado Santo, y se derrama en ella una corta porción del óleo santo. A nosotros nos parece más conveniente bendecir el agua cada vez que haya de emplearse, usando la misma fórmula que para hacer agua bendita, con la única diferencia de que el sacerdote mantiene firmemente la especial intención de prepararla para el Sacramento del Bautismo.

CONFIRMACIÓN

Es el siguiente adyutorio que la Iglesia ofrece a sus jóvenes miembros. Consiste en una maravillosa efusión del Espíritu Santo que se otorga al niño tan luego como es capaz de recibirla inteligentemente y de pensar hasta cierto punto por sí mismo. Por supuesto que no es posible fijar edad determinada, porque los niños difieren muchísimo en su grado de desenvolvimiento; pero en la Iglesia occidental no es costumbre administrar este Sacramento antes de los siete años, edad en que se supone que el alma ha tomado definitiva posesión de sus vehículos. La exposición teológica de esta verdad (deficiente y tergiversada como tan a menudo sucede) es que antes de los siete años es el niño incapaz de pecado mortal. Hacia los doce años es quizá la ideal, aunque muchos niños están dispuestos mucho más pronto. No conviene diferir la confirmación más allá de los doce años, porque este sacramento está destinado principalmente a que lo reciba el niño cercano a la pubertad para auxiliar durante una difícil época de su vida. El servicio, tal como lo prescribe nuestra liturgia, está tan bien explicado que por la mayor parte puede transcribirse sin comentario.

El obispo, revestido de blanca capa pluvial y mitra, báculo en mano, se sienta en un faldistorio frente al altar, de cara a occidente, y los candidatos a la confirmación se sientan en debido orden ante él, fuera del presbiterio, cada cual con su padrino si todavía vive y es capaz de

¹³ Indudablemente se refiere el autor a las doctrinas de esta antigua escuela de filosofía; pero en modo alguno a la vulgar y errónea acepción de obsceno, impúdico y desvergonzado. (N. del T.)

asistir¹⁴ colocándose junto al ahijado para presentarlo a su debido tiempo. Después, el obispo les dirige la siguiente exhortación:

Amados niños: Al venir a esta vida mortal, os trajeron a la casa de Dios y nuestra santa Madre la Iglesia os proporcionó entonces el auxilio que podíais recibir. Ahora que ya pensáis y habláis por vosotros mismos, os ofrece la Iglesia por nueva merced el don del Santísimo Espíritu de Dios, y aunque mejora de día en día y de año en año, dista aún mucho de la perfección. Todavía hay mucho pecado y egoísmo. Todavía hay muchos que no conocen a Dios ni comprenden Sus leyes. Así están en constante lucha el bien y el mal, y puesto que sois miembros de la Iglesia de Cristo, os apresuraréis a colocaros al lado de Dios y pelear bajo la bandera de nuestro Señor.

En el Sacramento de la Confirmación, la Iglesia os depara a un tiempo la oportunidad de alistaros en la milicia de Cristo y la fortaleza necesaria para portaros como hombres.

Pero si entráis al santísimo servicio de Dios habéis de ser los soldados que El quiere que seáis. Debéis ser fuertes como el león y sin embargo mansos como el cordero; siempre dispuestos a proteger al débil; siempre vigilantes para prestar auxilio doquiera sea necesario y reverenciar a los dignos de reverencia mostrándoos caballerosamente corteses con todos.

No olvidéis nunca que Dios es amor; cuidad constantemente de derramar amor en torno vuestro doquiera vayáis; y así vuestro aliento convertirá en viva llama el rescoldo de amor latente en el corazón de en que oes todavía brilla débilmente la chispa divina. Recordad que el Soldado de la Cruz debe desarraigar enteramente de su corazón el gigantesco hierbajo del egoísmo, y no ha de vivir para sí mismo sino para el servicio del mundo, porque nos manda Cristo que quien ama a Dios ha de amar también a su hermano. Recordad que el poder de Dios, que ahora vais a recibir de mi mano, obrará siempre en vuestro interior en pro de la rectitud, inclinándoos hacia una noble e integérrima conducta. Por lo tanto, esforzaos ardentemente en que vuestros pensamientos, palabras y obras sean cual convienen a un hijo de Cristo y a un caballero dedicado a Su servicio. Todo esto procuraréis celosamente hacer por el dulce amor de Cristo y en Su santísimo Nombre.

Después pregunta el obispo a los candidatos si se esforzarán en vivir con espíritu de amor hacia la humanidad; si pelearán varonilmente contra el pecado y el egoísmo; si procurarán manifestar en sus pensamientos, las palabras y obras el poder de Dios que va a conferirles. Los candidatos responden afirmativamente y el obispo les da la siguiente bendición :

Recaiga sobre vosotros la bendición del Espíritu Santo, y el poder del Altísimo guarde todos vuestros pasos.

Tiene por objeto esta preliminar bendición ampliar el nexo entre el alma y sus vehículos, preparando así el camino para lo restante de la ceremonia. Podemos decir que su objeto es dar al alma y sus vehículos la máxima capacidad de que son susceptibles, para que reciban cuanto les quepa de la divina efusión. Inmediatamente se arrodillan todos y entonan el *Veni Creator*.

Se disputa este himno por el más famoso de todos. Es de autor incierto. Se ha atribuido a San Ambrosio, a San Gregorio el Grande y al emperador Carlomagno; pero mayores probabilidades hay en favor de Rabanus Maurus¹⁵ arzobispo que fue de Maguncia y abad de Fulda hacia el año 850. Hay unas sesenta traducciones inglesas y paráfrasis de diversos grados de mérito. Nosotros hemos elegido la que figura en el servicio de Confirmación de nuestra liturgia.

En el Breviario romano está asignado a las Vísperas y Tercia de Pentecostés y su octava. Se canta asimismo en la coronación de los reyes, la consagración de los obispos y la ordenación de los sacerdotes. En la Iglesia católico-liberal lo cantamos en las dos últimas ocasiones mencionadas así como en la ordenación de los diáconos y en el sacramento de la Confirmación. Ha llegado a ser la fórmula aceptada para invocar a Dios Espíritu Santo en todas las ocasiones en que impetramos una especial efusión de Su formidable poder. Tan pronto como termina el canto

¹⁴ En la Iglesia romana pueden ser padrinos de los niños y madrinas de las niñas quienesquiera que se presten a serlo, y aun cabe la posibilidad de que muchos niños y niñas tengan colectivamente un sólo padrino o madrina. (N. del T.)

¹⁵ Nombre latino de Raban Maur, sabio benedictino alemán nacido en Maguncia el año 776. Fue uno de los más fecundos escritores del siglo IX. Teólogo, hebraísta, hagiógrafo y poeta latino. Abad del monasterio de Fulda en 822 y después arzobispo de su ciudad natal donde presidió un concilio en 852. Fundó la escuela de Fulda, la más famosa de Alemania y mereció el sobrenombre de Proceptor Germaniae. Entre sus poesías latinas se cuenta el himno *Veni Creator*. (N. del T.)

del *Veni Creator*, procede el obispo a la confirmación.

Se sienta en el faldistorio (o en su defecto en una silla ordinaria) con mitra y báculo, un almohadón a los pies y el gremial sobre las rodillas¹⁶. El padrino conduce por separado ante el obispo a cada candidato, quien previamente instruido se arrodilla en el almohadón y coloca sobre el gremial las manos palma con palma juntas. El obispo entrega el báculo a su familiar y con sus manos abarca por uno y otro lado las juntas del candidato, las cuales quedan así entre las del obispo. Entonces dice el candidato, si es lo bastante despejado para pronunciar la fórmula, o le dicta el padrino:

Reverendísimo Padre: Me ofrezco a ser un caballero en el servicio de Cristo.

El obispo, oprimiendo suavemente las manos del candidato, responde:

Te acepto en el santísimo Nombre de Cristo.

En este punto se nota más señaladamente el sabor militar y caballeresco que en la Iglesia católico-liberal tiene el servicio de la Confirmación. El candidato adopta precisamente la actitud de quienes rinden pleito homenaje al rey en el acto de la coronación, declarándose sus vasallos y poniéndose leal y abnegadamente a su servicio. El obispo toca en respuesta por ambos lados las manos del candidato, de la propia suerte que lo hace el rey al aceptar el homenaje y prometer su protección. Por conducto del obispo llega el voto a Cristo de quien emana la respuesta.

Después pronuncia el obispo las palabras de poder. Con el báculo en la izquierda, moja el pulgar derecho en crisma y extiende la mano sobre la cabeza del candidato, diciendo:

Recibe el Espíritu Santo para el suave sabor de una vida piadosa; y así te señalo con el signo de la cruz y te confirmo con el crisma de salvación. En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Al decir “te señalo”, traza el obispo la cruz con el crisma en la frente del neófito, y después de la palabra “salvación” levanta la mano y hace tres veces la señal de la cruz sobre la cabeza del neófito, pero sin tocarla, mientras pronuncia los nombres de la Santísima Trinidad.

La energía que el obispo infunde en el candidato es definida y distintamente la de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad o Tercer Aspecto del Logos; pero se efunde en tres oleadas y actúa en los tres niveles sobre los principios del candidato. Lo mismo que en el bautismo, la energía determinada primero una apertura, y se mueve de abajo a arriba. Después viene la plenitud y el cierre, que actúa de arriba abajo.

Pero ahora tratamos con el alma y no tan sólo con sus vehículos. Al pronunciar el obispo las palabras: “Recibe el Espíritu Santo” la divina energía fluye por conducto del alma o ego del obispo hasta llegar al estrato inferior del alma o ego del candidato, al que llamamos inteligencia (o en sánscrito manas superior)¹⁷. Al hacer la señal de la cruz, la energía divina llega a budí, o sea la intuición; y al pronunciar las palabras: “te confirmo con el crisma de salvación”, la energía alcanza al alma o espíritu.

Pero conviene advertir que hay un aspecto de Tercera Persona para cada uno de dichos principios (Diagrama 21) y que en todo caso se efectúa la operación por medio de tal aspecto, puesto que es la directa acción del Espíritu Santo. Algunos candidatos son más susceptibles que otros al proceso de apertura. En algunos es enorme y duradero el efecto producido, mientras que en otros suele ser leve a causa de estar muy poco evolucionado e incapaz de respuesta ló que ha de despertarse.

Una vez realizado el despertamiento en todo lo posible, sobreviene la plenitud y el sello, que como siempre se efectúan por la expresión de la gran palabra de poder, el Nombre de la Beatísima Trinidad. Al Nombre del Padre se llena y sella el principio superior; al Nombre del Hijo, el principio intuitivo; y al Nombre del Espíritu Santo se completa la obra por la acción

¹⁶ El gremial es una tela de lino en forma de toalla que suele llevar bordados en hilo rojo algunos símbolos sagrados y sirve a manera de delantal para resguardar las vestiduras del obispo.

¹⁷ Es el principio a que los teósofos llaman cuerpo causal. (N. del T.)

sobre la mente superior¹⁸ Cuando se realiza esta ulterior efusión a que hemos llamado plenitud, el efecto sobre el espíritu se refleja en el doble etéreo del neófito en cuanto su desenvolvimiento lo consiente. El efecto sobre la intuición se refleja análogamente en el vehículo emocional; y la acción recibida por el manas superior repercute en el inferior. Sin embargo, todos estos reflejos sobre la personalidad dependen del grado en que ésta es capaz de expresar y reflejar el alma que la vivifica.

La verdadera finalidad del Sacramento de la Confirmación es estrechar los lazos y establecer un más íntimo enlace entre el alma y la personalidad que de vehículo le sirve, así como también entre el alma y el espíritu por ella manifestado. Este efecto no es meramente temporáneo. El incremento de dicho enlace abre un más amplio canal en donde puede mantenerse un constante flujo. La Confirmación arma y equipa al niño para la batalla de la vida y facilita la actuación del alma por medio de sus vehículos.

Cumplido este gran acto sacramental, el obispo vuelve a extender la diestra sobre la cabeza del neófito, diciendo:

Así, pues, ve, hermano mío, en el Nombre del Señor, porque todo lo podrás con Su Fortaleza”.

Después le golpea ligeramente en la mejilla en muestra de cariñosa despedida, diciéndole: “La paz sea contigo”.

Una vez vueltos todos los candidatos a sus puestos se canta un hermoso y apropiado himno, terminado el cual dirige el obispo unas cuantas palabras de advertencia a los neófitos exhortándolos a que procuren mantener siempre puro y limpio su cuerpo como digno templo del Altísimo y canal de un tan formidable poder. Después les añade que si mantuviesen este canal abierto por una útil vida empleada en el servicio del prójimo, la vida divina en su interior inmanente brillaría con siempre más intenso fulgor.

Acto continuo el obispo recita una oración ofreciendo a Cristo las vidas que El ha bendecido aquel día y suplicando que aquellos a quienes El ha aceptado como soldados de la Iglesia militante aquí en la tierra se conduzcan como cumplidos y fieles caballeros para que en el porvenir sean dignos de permanecer ante El en las filas de la Iglesia triunfante.

Después empuña el obispo el báculo y con la mitra puesta a fin de que los neófitos reciban el mayor beneficio de todos los canales posibles, los despide con una hermosa variante de la aarónica bendición:

Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo os bendiga, guarde y santifique. El Señor os mire benignamente y os conceda Su gracia. El Señor os ilumine con la luz de Su rostro y os dé Su paz ahora y siempre.

A ésta sigue la bendición del primer Rayo, lo mismo que al fin de la celebración de la Sagrada Eucaristía.

También entraña el Sacramento de la Confirmación, según antes dije, la idea de preparar al niño¹⁹ para las tentaciones y dificultades que le amenazan al acercarse a la pubertad; y en general, auxiliarle a que piense y obre por sí mismo. Indudablemente, el efecto de este Sacramento es un poderoso y vigorizador estímulo. El uso que de esta oportunidad haga el neófito depende de él mismo, pero de todos modos, la Iglesia se la depara.

Recibido el sacramento de la Confirmación, ya es digno el neófito de recibir el más auxiliador de todos, el de la Sagrada Eucaristía. Sin embargo, la Iglesia ha reconocido universalmente que no es requisito esencial, pues siempre admitió en sus altares eucarísticos a quienes estaban “dispuestos y deseosos de recibir la Confirmación”.

Se me ha preguntado varias veces si querríamos repetir el sacramento de la Confirmación en quienes ya lo recibieron en la Iglesia anglicana. Estamos dispuestos a ello si así se desea, pues

¹⁸ Manas superior o más propiamente el cuerpo causal. (N. del T.)

¹⁹ No habría necesidad de advertir que en cuantos países se habla del niño o del infante, se aplica también lo que se dice al sexo femenino. (N. del T.)

dicha Iglesia ha prescindido de tantos puntos de la fórmula de Confirmación transmitida de siglo en siglo, que nos parece que cabe añadir algo a lo que administra. Desde luego que no insistimos en ello, pues ningún sacramento es de indispensable *necesidad*; pero lo recomendamos porque conocemos su auxiliadora virtud y que su auxilio puede actuar en inesperados sentidos. Nuestra actitud es que si nuestro amado Señor y Maestro nos ha ofrecido con desinteresado favor este valiosísimo adyutorio, sería tanta locura como ingratitud no aceptarlo. Si el sol de Su amor está siempre refulgiendo ¿por qué no acercarnos a su fulgor? Pero si alguien viene a nosotros procedente de la Iglesia romana, fuera inútil e impropio repetir la ceremonia puesto que su fórmula contiene todo cuanto nosotros podemos administrar.

En la Iglesia oriental puede decirse que no existe el sacramento de la Confirmación, en el sentido que damos a esta palabra. Lo que llaman con dicho nombre es una ceremonia suplementaria del bautismo y administrada inmediatamente después por el sacerdote, aunque con crisma bendecido por el obispo. Acaso sea una supervivencia de la tradición de ungir con crisma en el bautismo, de modo que se han llagado a confundir algún tanto dichos sacramentos.

CAPITULO IV SAGRADAS ORDENES

Transcribo el prefacio de esta sección de nuestra liturgia :

“Las sagradas Ordenes²⁰ son el sacramento por el cual los ministros de la Iglesia, en sus varios grados, reciben poder y autoridad para cumplir sus sagrados deberes. Nuestro Señor actúa por medio de agentes humanos, y a fin de que sean más expeditos canales de Su gracia los escogidos para este sagrado ministerio, como obispos, sacerdotes y diáconos, ordenó que se enlazaran estrechamente con El por este sagrado rito, confiriéndoles así poder para administrar Sus sacramentos y actuar como distribuidores de Su bendición. Pero importantísimo es que las gentes sepan que reciben los sacramentos de la propia mano de Cristo y que el sacerdote sólo es un instrumento en esta mano”.

Muy diversas opiniones mantienen los historiadores eclesiásticos acerca del origen de las Sagradas Ordenes. La Iglesia romana ha sostenido siempre que el mismo Cristo instituyó los tres órdenes de obispo, sacerdote y diácono, y que los apóstoles consagraron a los primeros obispos. Los presbiterianos y otros que no poseen la sucesión apostólica arguyen que en la primitiva época eran palabras sinónimas obispo y presbítero. Añaden que cuando se fundaba una iglesia bajo la influencia judaica, se les llamaba ancianos a los ministros, y si predominaba la influencia gentil se les denominaba obispos. Algunos dan mucha importancia a la imposición de manos; pero dicen que se ha venido sucediendo a lo largo de una continua línea de presbíteros desde Cristo hasta nuestros días, y por lo tanto, no es necesaria la intervención del obispo. Sobre este asunto escribió el obispo Light-foot un esmerado y erudito ensayo, sosteniendo la opinión de que en un principio se instituirían probablemente el pres-biteriado y el diaconado, y que el episcopado se añadiría poco después al requerirlo las necesidades de la creciente Iglesia. Cuando San Ignacio escribió el año 107 de la era cristiana, ya se consideraban necesarios para constituir verdadera Iglesia los tres órdenes de obispos, sacerdotes y diáconos.

En 1883, Brieno, arzobispo griego ortodoxo de Nico-media, descubrió el documento llamado *Didache* o Enseñanzas de los Doce apóstoles a que aluden en sus escritos algunos Padres de la Iglesia. En este tratado hay algunos pasajes oscuros que se ocupan en el asunto y sugieren que los primitivos órdenes fueron apóstoles, profetas e instructores, nombrados carismáticamente, por directa inspiración²¹; pero que además había un ministro de administración local. Sin

²⁰ En la liturgia romana se le denomina en singular: sacramento del orden sacerdotal. (N. del T)

²¹ Carisma en teología el don gratuito que concede Dios con abundancia a una criatura. Equivalente, según dice el texto, a directa inspiración. (N. del T.)

embargo, se ignora la fecha y origen del *Didache*, aunque debió de ser muy primitiva producción; y por lo tanto, algunos autores no le conceden gran importancia. Por ejemplo, el obispo Gore lo considera fruto de una comunidad sernicristiana y el Dr. Swete dice que más bien representa la práctica de alguna antiquísima Iglesia, y que es dudosa su autenticidad como documento histórico.

Parece cierto que en los primeros días de la Iglesia hubo corporaciones de creyentes (en efecto, se menciona una de ellas en los Hechos de los apóstoles) que desconocían los ritos sacramentales, aunque habían llegado hasta ellos algunos fragmentos de la predicación de Cristo. Es muy posible que el *Didache* represente las creencias de tal corporación.

El Rev. A. E. J. Rawlinson, en su ensayo inserto en el conocido libro *Foundations*, dice gráficamente respecto del argumento, que está en tablas, esto es, que las pruebas históricas disponibles son insuficientes para corroborar ninguna de las teorías expuestas. En la página 384 dice así: “Todas son interpretaciones más o menos legítimas de las pruebas, pero ninguna es certeramente demostrable”. Esto compendia cabalmente el resultado del mucho estudio minucioso y detenido que se ha dedicado a la cuestión.

Quienes deseen leer lo que dicen los doctos cuya erudición da peso a sus opiniones, pueden recurrir a la obra: *Ensayos sobre la primitiva obra de la Iglesia y el Ministerio*, editado por el Dr. Swete. Entresaco las siguientes observaciones del editor cuando resume en su prólogo las conclusiones del ensayista:

“El primitivo cristianismo no reconocía por seguro ningún don de gracia fuera de la comunión católica. En la primera época el obispo era un presbítero distinguido de los demás por la facultad de ordenación. La hipótesis de un ministerio carismático, según el *Didache*, no está corroborada por las Epístolas de San Pablo. El peligro gnóstico del siglo II dio preeminencia al principio de la sucesión apostólica. Cuando el gnosticismo manifestó que había una secreta tradición derivada de los apóstoles, la Iglesia católica replicó señalando las iglesias cuyos obispos ostentaban una ininterrumpida sucesión desde los apóstoles fundadores. No hay motivo para creer que los profetas fuesen admitidos sin ordenación al presbiteriado”.

Otro libro sobre el mismo asunto es *El Gobierno de la Iglesia en el siglo primero* por el Rev. Guillermo Moran. En la *Enciclopedia Católica*, artículo sobre las Sagradas Ordenes, se encuentra una clara y sucinta exposición de la doctrina romana, cuyo es el siguiente pasaje:

“El Nuevo Testamento no muestra claramente la distinción entre presbíteros y obispos, y nosotros hemos de examinar sus pruebas según el criterio de épocas posteriores.

A fines del siglo II era universal e indiscutible tradición que los obispos y su superior autoridad databan del tiempo de los apóstoles. Esto arroja mucha luz sobre las pruebas del Nuevo Testamento, y vemos que lo que aparece distinto en la época de Ignacio puede referirse, pasando por las epístolas pastorales de San Pablo, a los orígenes de la historia de la Iglesia madre de Jerusalén, donde Santiago, el hermano del Señor, ocupa la posición de obispo. Timoteo y Tito poseían plena autoridad episcopal y siempre los reconoció así la tradición. Sin duda que hay mucha obscuridad en el Nuevo Testamento, pero hay varias razones para ello. La tradición no relata nunca completamente la vida de la Iglesia; y por lo tanto, tampoco cabe esperar que en lo referente a la interna organización de la Iglesia existente en tiempo de los apóstoles, nos la den completa las someras alusiones en los ocasionales pasajes del Nuevo Testamento. La posición de los obispos sería necesariamente mucho menos elevada que en épocas posteriores. La suprema autoridad de los apóstoles, el gran número de personas carismática-mente dotadas, la circunstancia de que varias Iglesias estaban gobernadas por delegados apostólicos que ejercían autoridad episcopal bajo la dirección apostólica impediría dicha preeminencia especial. La unión entre obispos y presbíteros era íntima y los nombres permanecieron intercambiables hasta mucho después de reconocerse comúnmente la distinción entre presbíteros y obispos²². De esto resultaría que, si bien confusamente, se halla ya en el Nuevo Testamento el mismo ministerio que tan claro

²² Ejemplo de ello nos da Ireneo en su obra *Contra herejes*. IV, XXVI, 2.

y distinto aparece después”.

La clarividente investigación de aquellos primitivos períodos corrobora en absoluto el tema sostenido por la Iglesia romana. A quienes saben escudriñar los indelebles registros del pasado no les cabe duda alguna de que Cristo deliberadamente proyectó y estableció en Su Iglesia los tres Ordenes. Por lo tanto, no es para ellos de primario interés esta discusión. Saben que no se ha interrumpido la sucesión apostólica; pero también saben que los gnósticos tenían razón al afirmar la existencia de una secreta tradición, esto es, la que Cristo comunicó a Sus apóstoles no solo después de Su resurrección sino también después de su ascensión, enseñándoles muchas cosas referentes al reino de los cielos; y que algunas de “estas cosas” se mantuvieron secretas por orden Suya entre los miembros de la comunidad esenia a que había pertenecido. Sin embargo, la ulterior explicación de todo esto pertenece más bien a nuestro volumen sobre la Doctrina cristiana.

Actualmente hay en la Iglesia cristiana dos grupos de Ordenes: las menores y las mayores, y cada grupo tiene una etapa preliminar. Las Ordenes menores son cuatro, cuyos antiguos nombres pueden traducirse por los de portero, lector, exorcista y acólito. La etapa preliminar de este grupo es la tonsura. Las Ordenes mayores de la Iglesia son tres: diácono, sacerdote y obispo. La etapa preliminar de este grupo es el subdiaconado. Para mejor recordarlas formaremos el siguiente cuadro sinóptico:

ORDENES MENORES
ETAPA PRELIMINAR: TONSURA

1. *Portero*
2. *Lector*
3. *Exorcista*
4. *Acólito*

ORDENES MAYORES
ETAPA PRELIMINAR: SUBDIACONADO

1. *Diácono*
2. *Sacerdote*
3. *Obispo*

Estas tres últimas son las únicas Ordenes universalmente reconocidas en la Iglesia, las únicas Ordenes en el genuino y amplio sentido de que ponen al recipiendario en relación con Cristo como Su representante y le confieren determinados poderes. Las Ordenes menores, aunque tienen su utilidad, no gozan de dichas prerrogativas ni fueron instituidas por Cristo como las mayores.

ORDENES MENORES

De muchas maneras pueden los laicos auxiliar en los servicios de la Iglesia, y natural y hermosa idea es que quienes se dediquen a tal obra, tan regular y constantemente como se lo permitan sus mundanas ocupaciones, reciban la especial bendición de la Iglesia para sus tareas. De esta suerte se originaron las Ordenes menores. No fueron establecidas como etapas de progreso, ni se esperaba que un hombre debiera pasar por todas ellas, sino que a cada cual se le bendecía para la obra que había de realizar. El portero recibía su bendición y el lector la suya. Los que por su mucha fe y recia voluntad era capaces de curar los casos de obsesión, recibían una bendición destinada a fortalecerlos todavía más para dicha obra, mientras que quienes mostraban especial devoción, pureza y santidad de vida eran escogidos y se les bendecía para el efectivo servicio del altar.

Así se establecieron estas cuatro Ordenes, y muy posteriormente quedaron dispuestas en su actual ordenación y consideradas necesarias o al menos como apetecibles preliminares de las Ordenes mayores. Aunque la Iglesia romana las coloca consecutivamente, los servicios para estas Ordenes prescinden de la colocación y son reliquias de la época en que cada cual estaba aislada. En la Iglesia católica-liberal hemos creído conveniente tener en cuenta su enlace y esclarecer el preciso efecto que cada una de ellas ha de producir. Los preceptos que nuestra liturgia pone en

boca del obispo lo explican tan bien, que para nuestro propósito bastará reproducirlos sin apenas comentarlos.

TONSURA

El tonsurado se dedica al servicio divino y desea para ello hacer algún sacrificio; emplear buena parte de sus ocios, por ejemplo, en ayudar a la obra religiosa o renunciar a la ambición mundana para entregarse a las necesidades del santuario. En otro tiempo se cortaba el pelo en demostración de que estaba pronto al sacrificio, porque en aquel entonces una cabellera larga y perfumada se consideraba como una gran aureola. La verdadera razón para la tonsura, que sin embargo nunca se mencionaba y probablemente ni aun era en todas partes conocida, era dejar al descubierto el centro energético de la coronilla (la puertavía a que nos referimos al considerar el sacramento del bautismo) a fin de que no pudiera haber ni el más leve impedimento en el conducto de la energía psíquica que el candidato había de procurar poner en acción en sus meditaciones.

En los preceptos que el obispo da a los tonsurados, indica todo el camino que han de recorrer quienes desean recibir Ordenes menores, y hace hincapié en el Cuidado y gobierno del cuerpo físico, que caracteriza este primer paso en el sendero ascendente. Dice así el obispo:

Quienes en tiempos antiguos deseaban dedicarse al servicio de la santa Iglesia de Cristo, eran admitidos, como etapa preliminar, en esta Orden de tonsura. Apartados de la vida mundana se les amonestaba para que diesen de mano a toda diversión profana y deseos del siglo, cuyo abandono, simbolizado en el adorno exterior de la persona, se indicaba por la tonsura de la cabeza y la dejación del traje secular. Vosotros, que ahora venís ante Nos, pensáis igualmente dedicaros al servicio de Cristo, con deseo de entrar en esta antigua Orden para recibir auxilio e instrucción, preparándoos para la vida de servicio. En estos días ya no es necesaria la tonsura ni llevar un traje especial fuera de la iglesia: pero no es menos cierto que quien desee servir fielmente a Cristo ha de apartarse del mundo, considerando que la obra de Cristo ha de prevalecer contra la satisfacción de los meros deseos personales. En este grado de clerecía tenéis ante vosotros el magno y glorioso ideal de llegar a ser cooperadores de Dios, colaborando en Su plan para el perfeccionamiento de Su creación. Por esto debéis aprender el dominio propio y al mismo tiempo adquirir adicionales poderes. En vez de permitir que vuestro cuerpo os gobierne y esclavice, habéis de procurar vivir para el alma. Por lo tanto, como primer paso debéis aprender en este grado de clerecía a dominaros y a manifestaros rectamente por medio del cuerpo físico, así como en la siguiente etapa, en la de portero, será vuestro deber gobernar y rectamente educir las emociones, para que todo el poder en ellas subyacente se utilice en servicio de Dios. En el grado de lector se os enseñará a manejar las potencias de la mente y dedicarlas también al servicio de Dios. Habiendo así trabajado diligentemente en el adiestramiento del cuerpo, de las emociones y de la mente, entraréis en una fase superior de vuestra obra, y en el orden de exorcista educiréis más definidamente el poder de la voluntad, de suerte que venzáis el mal en vosotros mismos y toda maligna sugestión que os viniese del exterior; y también seréis capaces de auxiliar a los demás expulsando el mal de sus naturalezas. Después del grado de exorcista está el de acólito, en el que vuestra tarea será avivar la intuición y abriros a todo linaje de influencia espiritual.

Más allá de estos grados, los cuales entre nosotros están destinados a muchos, hay para los pocos un superior aunque más estrecho servicio, en el que el hombre se dedica por completo al servicio del Cristo, y después de pasar por el grado probatorio de subdiácono entra en las órdenes mayores de diácono y sacerdote. Pero aunque no seáis elegidos para entrar en este superior sendero, debéis teneros por dichosos, porque también en las órdenes menores educiréis muchos internos poderes que rectamente actualizados y disciplinados os capacitarán para ofrecer aceptable servicio a Aquel en cuyo servicio sólo cabe la perfecta libertad.

Por lo tanto, en esta Orden de clerecía debéis aprender el dominio propio respecto del cuerpo. Habéis de acostumbrarlo a hábitos de exactitud y pureza, manteniéndolo en perfecta salud y aseo, procurando emplear sus energías en servicio de Dios, no desordenada y egoístamente, sino con ritmo y armonía. En vuestros gestos, ademanes y palabras esforzaos en manifestar el ideal de belleza, no olvidando nunca que nuestro cuerpo físico es el templo del Espíritu Santo. Además, así como debéis aprender a respetar vuestro cuerpo, así también deberéis respetar escrupolosamente los cuerpos ajenos representándooslos siempre como el templo de la Belleza eterna.

Terminada la exhortación, se arrodillan los candidatos ante el obispo, quien se levanta y

dice:

¡ Oh! Señor Cristo, que siempre estás dispuesto a recibir y fortalecer las vehementes aspiraciones de Tus hijos, dignate mirar amorosamente a estos Tus siervos que desean ser merecedores de servirte como clérigos en Tu santa Iglesia. Santifícalos, ¡oh! Señor con tu gracia celestial, para que creciendo de continuo en virtud practiquen rectamente los deberes de su oficio, y sean aceptables a Tus ojos, ¡oh! gran Rey de Amor a Quien sea dada gloria por los siglos de los siglos. R. Amén.

Los ordenandos se van arrodillando uno tras otro ante el obispo, quien coloca la diestra sobre la cabeza de cada uno de ellos, mientras dice:

En el Nombre de Cristo nuestro Señor te admito en la Orden de clerecía.

El obispo pone un sobrepelliz a cada ordenando, dicién-dole:

Te revisto con la vestidura de santidad y te amonesto diligentemente para que eduzcas los poderes que están en ti, de modo que tu servicio produzca buen efecto.

Ordenados todos los candidatos, bendice a los nuevos clérigos, diciendo:

La bendición del Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros para que cumpláis rectamente lo que hoy habéis emprendido. R. Amén.

ORDEN DE PORTERO

El objeto especial que ha de lograr el portero es la general purificación y dominio del aspecto emotivo de su naturaleza. El obispo le exhorta como sigue:

En tiempos antiguos era deber del portero repicar las campanas de la iglesia, abrir la puerta a los fieles a la hora señalada, pero mantenerla cerrada para los infieles, abrir el libro del predicador y guardar diligentemente los enseres de la iglesia de modo que no se perdiera ninguno. En nuestro tiempo ya no corresponden estas funciones a la Orden de portero, sino que más bien las consideramos simbólicas y las revestimos de significado moral. Así, vuestro deber como porteros será guardar las llaves de vuestro corazón, abrir en todo tiempo vuestro corazón para que exprese cuanto hay de noble y bueno, pero mantenerlo rigurosamente cerrado contra malévolas y siniestras sugestiones. Tal como es vuestro deber guardar vuestro corazón, así también deberéis procurar predisponer a lo bello el corazón de los demás y exponerles en persuasivo lenguaje la gracia de los nobles ideales. Así podréis en estos días desempeñar los deberes de servicio que señalaban la obra de nuestros primitivos hermanos.

En este grado aprenderéis a dominar las emociones y pasiones, como antes aprendisteis a dominar los groseros instintos del cuerpo físico. Hay quienes creen que la emoción es necesariamente mala y han enseñado a los demás a desarraigarla de su naturaleza. Vosotros no habéis de pensar así. Dios nos ha dado la facultad de sentir emoción, y esta facultad puede llegar a ser poderosa en Su servicio. En cualquier grado que estén las emociones del hombre representan la operación del divino poder en su interior, y no deben reprimirse, sino realizarse para consagrarlas al servicio de Dios. Si por descuido o egoísmo se lian concentrado las emociones en la personalidad, nuestro deber es no matarlas, sino purificarlas y enaltecerlas; substituir la devoción a nuestros placeres por la devoción a Dios y a la humanidad; desechar en lo posible el afecto egoísta y fomentar el afecto que da sin esperanza de recompensa; no pedir amor, sino darlo. De aquí que vuestra tarea como porteros ha de ser la de disciplinar vuestras emociones depositándolas como una dádiva en el santo altar de Cristo para emplearlas en Su servicio.

Entonces el obispo admite formalmente en la Orden a los candidatos, dando a cada uno de ellos una llave y una campanilla. Cada ordenando abre y cierra la puerta de la iglesia y toca la campanilla por tres veces. El obispo le dice a cada uno:

Así como el que lleva la llave abre la iglesia para utilidad de todo el género humano, así debes tu abrir las puertas de tu corazón para el servicio de tus hermanos. Y así como el que toca la campana avisa a los hombres para el culto divino, así por virtud del buen ejemplo avisarás a los hombres para el servicio de Dios.

ORDEN DE LECTOR

Tal como en la anterior etapa el candidato ha de aprender a disciplinar su naturaleza emotiva, así en esta etapa le toca domeñar las fuerzas mentales, y el poder que el obispo le confiere está especialmente dirigido a fortalecer para dicho propósito. La exhortación es como sigue:

Sabemos por antigua tradición que en pasados tiempos le correspondía al lector leer para el que

había de predicar, entonar las lecciones y bendecir el pan y las primicias. Con los siglos se han descargado del oficio de lector estos deberes y sus funciones; pero todavía pertenece a la esencia de su oficio dedicar los dones de su mente a la gloria de Dios. En las precedentes Ordenes habéis aprendido que debéis disciplinar el cuerpo físico y domeñar las emociones para el servicio; y habéis visto por experiencia que en tanto concedisteis vuestro afecto a los demás les auxiliasteis para educir en ellos el afecto. Ahora es vuestro inmediato deber disciplinar la mente e influir por el bien en la del prójimo. Así como hubisteis de vencer y disciplinar las morbosas tendencias de la emoción, así también ahora es necesario disciplinar vuestro pensamiento; porque así como ya sabéis que no sois el cuerpo físico ni sois vuestras emociones por gloriosas y bellas que puedan ser, así tampoco ois vuestra mente. Vuestro pensamiento es un grande y espléndido poder que se os ha dado para el servicio de Dios, y también ha de ser vuestro siervo y no vuestro amo. Necesita solícita disciplina es el especial propósito del paso que vais a dar. Os veréis propensos al vagoroso pensamiento, y habéis de vencer esta propensión. Habréis de vigorizar en vuestro interior el poder de concentración, para estudiar eficazmente y comunicar a los demás los resultados de este estudio.

Así como aprendisteis a purificar la emoción, así debe ser pura vuestra mente. Así como aprendisteis a percibir la necesidad de la limpieza corporal y a desechar con repugnancia la rastrera emoción, así también debéis desechar todo indigno pensamiento, recordando que es indigno todo pensamiento impuro, egoísta, ruin o abyecto, como por ejemplo si al pensar en el carácter o en las acciones del prójimo buscarais taras en vez de joyas. Todo pensamiento por el estilo es impuro comparado con la blanca luz del pensamiento de Cristo, quien es nuestro modelo y perfecto ejemplo. Por lo tanto, vuestro deber como lectores es educir y disciplinar las facultades de la mente, estudiar y hacerlos aptos para educir y disciplinar las mentes ajenas.

La oración y la fórmula de admisión son iguales a las precedentes, y el obispo entrega un libro a cada ordenando, diciéndole:

Estudia diligentemente la Sagrada Ciencia, para que seas capaz de dedicar tu mente con todas sus facultades al servicio de Dios.

ORDEN DEL EXORCISTA

La ordenación de clerecía está destinada principalmente a actuar en el cuerpo etéreo; la de portero en el astral y la del lector en el mental. Continuando la serie, la ordenación del exorcista está destinada al cuerpo causal, con objeto de fortalecer la voluntad y dar al alma pleno dominio de los vehículos inferiores. La exhortación del obispo es como sigue:

En la antigua Iglesia era deber del exorcista expulsar los demonios, avisar al pueblo que los no comulgantes debían ceder el puesto a los que iban a comulgar, y escanciar el agua necesaria para el divino servicio. Se le entregaba el libro de exorcismos diciendo: “Toma y apréndelo de memoria y recibe el poder de posar tus manos en los endemoniados, estén bautizados o sean catecúmenos.” Se le advertía al candidato que al arrojar los demonios del cuerpo de los endemoniados debía limpiar su propia mente y cuerpo de toda impureza y maldad, para no quedar vencido por aquellos a quienes por su ministerio expulsaba de los cuerpos ajenos. Porque sólo sería seguramente capaz de dominar los demonios de los demás cuando primero hubiera vencido la múltiple malicia de su interior.

Hoy día sólo practican en la Iglesia este exorcismo los ordenados de sacerdote, y aún necesitan para ello expresa autorización. También las demás funciones del exorcista se han concentrado con el tiempo en el sacerdocio.

Además, nuestro concepto de estos asuntos es algo distinto del mantenido en otro tiempo. Los antiguos creían que la tentación resultaba de los ataques externos del demonio; pero en realidad no es generalmente así. Todos tenemos un pasado que pues que crecemos en gracia* debe haber sido mucho menos apetecible que el presente. Hay hábitos e instintos estampados en el cuerpo que se revuelven contra nosotros cuando tratamos de entrar en la vida superior. Esto que nos esforzamos en vencer no es un poderoso demonio que desde fuera nos ataque, ni tampoco es una malicia en nosotros inherente, sino la consecuencia y reliquias de pretéritas acciones cometidas en días de ignorancia.

En este grado de exorcista es vuestro deber actualizar esforzadamente el poder de la voluntad y por su ejercicio expulsar de vosotros el maligno espíritu de egoísmo y separatividad. Una vez hayáis aprendido a vencer vuestros viciosos hábitos, tendréis mayor poder para auxiliar a otros arrojando de ellos el mal, no sólo por el ejemplo, sino por el precepto y aun por directa acción de vuestra parte.

En antiguos tiempos solía suceder y aun hoy ocurre algunas veces, que a causa de flaqueza o de

persistencia en el mal, permitían los hombres que los obsesionaran o dominasen en parte los espíritus malignos.

Hay quienes han recibido especial poder y autoridad para mantener a raya a los espíritus impuros y expulsar esta maligna influencia de los cuerpos de otros hombres. También hay quienes poseen el don de curación y por la virtud que de ellos emana son capaces de aliviar los sufrimientos y mitigar las aflicciones corporales. Este don puede intensificarse en el Orden del exorcista; y en efecto, antiguamente al exorcista se le consideraba en la Iglesia como un saludador.

Por lo tanto, amadísimos hijos, esforzaos diligentemente en este nuevo oficio a que se os ha llamado para ejercer señorío sobre

vosotros mismos, de suerte que podáis auxiliar más eficazmente a otros a que de la propia suerte venzan sus flaquezas.

El obispo entrega como símbolo a cada candidato una espada y un libro, y les dice al entregárselos:

Toma esta espada, símbolo de la voluntad, y este libro, símbolo del conocimiento, para que seas fuerte en las luchas del espíritu.

EL ORDEN DE ACOLITO

Es seguramente la más importante de las cuatro Ordenes menores, no sólo porque faculta al recipiendario para el directo servicio del altar, sino porque la especial efusión de energía está destinada a estimular y robustecer en su intimidad el poder de la superior intuición. La exhortación es como sigue:

En tiempos antiguos tenía el acólito el deber de llevar el candelabro, encender los cirios y las lámparas y presentar el vino y el agua para el servicio eucarístico. Estos deberes ya no están circunscritos al acólito, sino que los desempeñan los monacillos o los seglares. Por lo tanto, como en el caso de los órdenes anteriores, consideramos los deberes simbólicamente y • les atribuimos significado moral. Así como en otro tiempo el acólito servía ante el altar de la iglesia, así habéis de servir vosotros ante el altar del humano corazón en el que todo hombre debe ofrecerse en sacrificio a Dios.

Habréis advertido que en los anteriores grados, el adiestramiento consistió en parte en el cultivo de vuestros propios poderes, pero también en aprender a ejercitarlos en beneficio del prójimo.

Seguramente que esta disciplina por que habéis pasado hubiera sido vana si no os condujese en obsequio de Cristo a consagrar todas vuestras fuerzas a los, amplios intereses de la humanidad. Acordaos de las palabras de Cristo cuando dijo: “Y el que entre vosotros quiera ser primero, sea vuestro siervo. Así como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir.”

Por lo tanto como quiera que estáis a punto de ofrecer a Cristo para alistaros en la compañía de quienes anhelan contarse entre los verdaderos servidores espirituales del mundo, debéis esforzaros con sencillez de corazón en desempeñar el oficio que ahora emprendéis. Porque sólo presentaréis dignamente el vino y el agua para emplearlos en el sacrificio de Dios, cuando por la continua práctica del altruismo os hayáis ofrecido en sacrificio acepto a Dios.

En el antiguo simbolismo de este Orden, además de recibir el candidato una vinagrera en manifiesta señal de este sacrificio, se le daba un candelero con su cirio, para enseñarle que estaba destinado a encender las luces de la iglesia en el Nombre del Señor.

Pero también significa que debéis llevar siempre en vuestro interior la espiritual luz de la sagrada Presencia de Cristo, esforzándose en encender este sentimiento de la Presencia de Cristo en el corazón de vuestros hermanos, que forman la gran Iglesia católica de la humanidad.

En muchas modalidades de fe religiosa, se ha tomado por símbolo de la Deidad la Luz que alumbraba a todo hombre que viene al mundo. Esta Luz es universal, pero también mora en el corazón del hombre. Debemos ver esta Luz en todos por muy débilmente que arda y por muy velada y obscurecida que aparezca a nuestra ordinaria percepción. Y habiendo así aprendido a ver esta Luz tanto en nosotros como en los demás, podremos ayudarlos a que esta radiación de su interna divinidad refulja con su prístino brillo y esplendor hasta que la Luz interior se identifique con la universal Luz exterior.

A tal fin nos amonestan constantemente las palabras de las Escrituras cristianas: “A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.” “Y los entendidos brillarán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan la justicia a la multitud como estrellas a perpetua eternidad.”

O según dice el apóstol Pablo: “En medio de una depravada y aviesa generación, entre los cuales

resplandecéis como lumbreras en el mundo.” Y dijo Cristo: “Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos, para que seáis hijos de la luz”. Y añade San Pablo: “Desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz.” “Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Andad como hijos de luz.”

Este grado de acólito sirve para ayudarlos a avivar vuestras facultades espirituales y especialmente la intuición por cuyo medio alumbrará vuestro entendimiento la luz de la sabiduría divina y del divino amor..

Si cumplís fielmente vuestro ministerio auxiliando a los demás, también recibirás auxilio de los Grandes Seres cuyos oídos jamás ensordecen y cuyos corazones nunca se cierran para Su amado mundo.

Terminada esta exhortación, el obispo entrega a cada candidato un candelero con cirio encendido, diciéndole: “Así como debes llevar esta visible luz, así has de difundir siempre en torno tuyo el fulgor de la divina Luz.”

Después le entrega una vinagrera y le dice: “Derrama tu vida en unión del gran sacrificio que mantiene el mundo.”

Se echará de ver que en la Iglesia católica-liberal, las Ordenes menores representan una serie de concretas oportunidades de progreso espiritual. En los últimos siglos ha sido costumbre conferirlas todas en un mismo día; pero fácilmente se comprende que pueden separarse por un período de algunos meses durante los cuales el candidato puede hacer un determinado esfuerzo para la educación de las cualidades requeridas por cada etapa y puede recibir auxilio mediante escogidas meditaciones, especiales consejos y un curso de clases o conferencias. Por supuesto que la admisión en una de estas Ordenes no puede conferir las cualidades a ella asignadas; pero el obispo, al posar sus manos sobre la cabeza del ordenando le infunde una corriente de energía a propósito para estimular su progreso y, proveerle de fuerzas de reserva que el ordenando podrá utilizar para dicho propósito.

Según establece nuestra liturgia, hoy está permitido que seglares, niños u hombres, sirvan en el altar, y en nuestro devocionario consta un breve servicio para la admisión de un seglar a tales funciones; pero en cuanto sea posible, valdrá muchísimo más que quienes hayan de desempeñarlas reciban las Ordenes menores a fin de que se dediquen especialmente a la sagrada obra que tienen el privilegio de realizar. Sin embargo, es evidente que a nadie se ha de recomendar para la recepción de dichas Ordenes a menos de que se tenga la seguridad de su buen carácter y de que verdaderamente se ha de dedicar a la obra de la Iglesia.

Conviene que quienes han recibido cualquiera de estos grados, lleven durante el desempeño de su oficio, alguna divisa o distintivo de su Orden, a saber: una llave el portero, un libro el lector, una espada el exorcista y un sol radiante el acólito. Estas insignias podrán estar bordadas en seda y prendidas en el sobrepelliz o bien ser de metal y llevarlas pendientes de una cinta o de una cadenita.

ORDENES MAYORES

Consideremos ahora las Ordenes mayores de la Iglesia, las que en definitiva confieren poder²³. Dejando aparte el subdiaconado que es puramente preparatorio y no confiere poder, hay tres Ordenes mayores: obispo, sacerdote y diácono.

El diácono es en realidad una especie de ayudante o aprendiz del sacerdote. No está todavía facultado para consagrar el Sacramento ni para bendecir al pueblo ni perdonar los pecados. Puede bautizar a los niños; pero como ya dije, también puede bautizar un laico en caso de necesidad.

Después de servir un año en el diaconado, es elegible para la ordenación sacerdotal, y esta segunda ordenación le confiere pleno poder para utilizar la energía de reserva a que antes me referí. Recibe entonces el poder de consagrar la Hostia y varios otros objetos, de bendecir al pueblo en nombre de Cristo y absolver los pecados.

Además de todos estos poderes, el obispo tiene el de ordenar a otros sacerdotes, continuando de este modo la sucesión apostólica, y es el único que puede administrar el

²³ En la Iglesia romana se dice que imprimen carácter. (N. del T.)

sacramento de la confirmación y consagrar una iglesia o sea dedicarla al servicio de Dios. Estas tres son las únicas Ordenes que significan definidos grados, separados unos de otros por ordenaciones que confieren distintos poderes. Hay muchos títulos que se aplican al clero cristiano, como los de arzobispo, archidiacono, deán, canónigo, prebendado, rector y vicario; pero éstos sólo son títulos de oficios que entrañan diferentes deberes sin diferencia de grado en el sentido de espiritual poder.

Los clérigos existen para beneficio del mundo y están destinados a servir de canales para la distribución de la gracia de Dios. Los sacerdotes y obispos han olvidado a veces esta primaria circunstancia y han cedido a la tentación de buscar poderes para sí mismos y para la rama de la Iglesia a que pertenecían. Su deber es explicar la verdad tal como la comprenden y prestar guía y consejo donde sea necesario; pero en ningún caso tienen el derecho de dominar las mentes, ajenas ni obligar a nadie a que obre en determinado sentido.

Cualquier rama de la Iglesia que se inmiscuya en cuestiones políticas, vende su espiritual herencia y se desvía del camino que trazó nuestro Señor, con lo que se expone a la justa condenación de las gentes honradas y reflexivas.

Me parece que poca duda cabe de que en otro tiempo se expuso la Iglesia romana a esta condenación, y aún sigue exponiéndose en varios países del mundo. La situación de la Iglesia romana en la Edad Media está muy bien descrita en un reciente libro de considerable influencia titulado: *El futuro catolicismo liberal* por el Rev. W. G. Peck quien dice en la página 44:

El romano pontífice, aferrado a sus pretensiones políticas e incapaz de concebir como puramente espirituales las funciones de la Iglesia, llegó a ser uno de tantos en el tropel de monarcas que se empujaban unos a otros. La Iglesia fue una de las grandes potencias de Europa; pero cayó en el grave peligro de dejar de ser el canal del poder de Dios. Las energías y el talento de fieles eclesiásticos se requerían para mantener los intereses políticos de la Iglesia, que negociaba y conspiraba con la turba de diplomáticos, contraía alianzas mundanas y se mostraba torvamente arrogante con el débil y servil con el fuerte. Empezó la Iglesia a parecer como si sólo existiese para su provecho no cual la esposa de Cristo, sino como una corporación política y mercantil que en todo tiempo ponía sus manos en una u otra nación y cada nación a su vez revolvía contra ella sus manos.

Muy sinceramente espero y firmemente confío en que nuestra Iglesia católico-liberal cuya carrera empieza con tan benignos auspicios no será nunca falsa a nuestro Señor y Maestro, porque Su reino no es de este mundo y Su trono es el coraron del hombre.

La gracia de Dios es la vida de Dios que sin cesar se derrama sobre el mundo de muchas maneras y en diversos planos. Uno de los propósitos de cada religión es proveer a sus fieles de canales o conductos de este derrame y prepararlos a que de él se aprovechen. Evidentemente es la voluntad de Dios que según vayan los hombres ascendiendo a mayor altura en la escala de la evolución y sepan verle más claramente y comprender mejor Su plan, tengan la oportunidad y el beneficio de cooperar en este poderoso y admirable plan. Para comprender cómo pueden hacer esto, necesitamos un somero conocimiento de lo que pudiéramos llamar la física de los mundos superiores o sean las leyes de actuación de estas potentes fuerzas y la manera de aprovecharlas.

Por cada plano de Su sistema solar difunde Dios Su luz, Su poder y Su vida; y naturalmente, los planos superiores reciben con mayor abundancia esta efusión de energía divina. El descenso desde cada plano al inmediatamente inferior supone una casi paralizadora limitación de todo punto incomprensible, menos para quienes han experimentado las superiores posibilidades de la conciencia humana. Así la divina vida se efunde incomparablemente con mayor abundancia en el mundo mental que en el astral; y sin embargo, aún es muchísimo más inefable su esplendor en el mundo intuicional. En circunstancias normales, cada una de estas admirables oleadas de influencias se difunde horizon-talmente, digámoslo así, por su respectivo mundo, y no pasa a otro inferior; pero hay circunstancias especiales en que la gracia y energía propias de un mundo superior pueden pasar a otro inferior y difundirse por él con admirable eficacia.

Repetidos experimentos y prolongadas y pacientes investigaciones demuestran que ésto sólo ocurre cuando para ello se abre un conducto especial desde el inferior nivel y por el esfuerzo

del hombre.

Cuando el pensamiento o el sentimiento del hombre es egoísta, la energía que engendra se mueve en curva cerrada, por lo que inevitablemente regresa y se consume en su propio plano; pero cuando el pensamiento o el sentimiento es absolutamente inegoísta, la energía se difunde en curva abierta y *no* regresa en el ordinario sentido, sino que penetra en el plano superior, porque sólo en esta alta condición con su adicional dimensión puede hallar sitio por donde difundirse.

Cuando un pensamiento o sentimiento inegoísta se abre así camino, puede decirse que mantiene abierta una puerta de tamaño equivalente a su propio diámetro, proporcionando de este modo el requerido conducto por donde la divina energía propia del mundo superior se derrame en el inferior con admirables resultados no sólo para el emisor del pensamiento o del sentimiento sino también para los demás.

Siempre está un infinito flujo del superior tipo de energía dispuesto y en espera de confundirse en cuanto se le depare apropiado conducto, análogamente a como puede decirse que el agua de un depósito está esperando para fluir, el primer tubo que se le aplique.

El resultado de esta efusión de energía divina es además del crecido fortalecimiento y alteza del constructor del canal, la irradiación de una potísima y benéfica influencia por todo su alrededor. Se ha solido explicar este efecto diciendo que es la respuesta a una oración, y los ignorantes lo atribuyen a una concreta interpretación providencial, en vez de a la infalible acción de la suprema e inmutable ley divina.

Fácilmente se comprende que la devoción de los ángeles y los grandes santos es muy superior a la nuestra, por lo que sus esfuerzos pueden llegar a mucho más altos niveles de los que al presente somos nosotros capaces de alcanzar.

Todas las religiones han tenido santos, quienes durante milenios inundaron el mundo con energía espiritual de ele-vadísimo tipo, formado así un vasto depósito de ella, que en determinadas condiciones sirve para el auxilio y enaltecimiento de la humanidad.

Muchos santos varones y mujeres, especialmente los de las órdenes contemplativas, se entregan sin darse cuenta a esta obra, y también nosotros podemos, con nuestros humildes medios, participar de tan glorioso beneficio. Por débiles que sean nuestros esfuerzos en comparación del copioso flujo de energía de un ángel o de un santo, también podemos añadir nuestra gota al depósito por medio del inegoísta amor y devoción a que antes me he referido.

Los pensamientos y sentimientos inegoístas no sólo mantienen abierta la puerta del cielo, según dije, sino que la mayor y más excelente porción de su energía asciende hasta el trono del mismo Dios y la magnificante respuesta de bendición que de El al punto emana cae en el depósito para auxilio de la humanidad. Así que aun el más débil y pobre de nosotros puede de esta bellísima manera auxiliar al mundo. Ea esta adición al depósito de espiritual energía consiste la verdad subyacente en la singular idea de las obras de supererogación²⁴.

El ordenamiento establecido por Cristo respecto a su nueva religión fue que se reservara para ella un especial compartimiento de dicho depósito, y que un cuerpo de ministros recibiesen por medio de ciertas ceremonias, palabras y signos de poder, la potestad de extraer energía del compartimiento en beneficio de sus fieles.

El plan adoptado para conferir dicha potestad se llama ordenación, en la que vemos desde luego el significado verdadero de la doctrina de la sucesión apostólica sobre la que tanto se ha discutido. Más adelante volveremos a tratar este punto. La economía y eficacia del plan de Cristo estriba en que en una restricta corporación de hombres espirituales dispuestos cabe distribuir poderes muchos mayores de los que cupiera distribuir entre todas las gentes sin un incalculable consumo de energía.

Per ejemplo, en la religión induísta, cada jefe de familia es al propio tiempo su sacerdote, y por lo tanto es preciso tratar con millones de tales sacerdotes de toda variedad de temperamentos

²⁴ Las buenas obras o acciones ejecutadas además de aquellas a que por deber estamos obligados. (N. del T.)

sin ninguna preparación especial. En el cristianismo, el plan de la ordenación de los sacerdotes confiere mayor poder a un limitado número, quienes por virtud de dicha ordenación han sido especialmente destinados a la obra. Ampliando este mismo principio, se confieren todavía mayores poderes a un número más limitado, cual es el de los obispos, quienes son los canales de la energía que confiere la ordenación y de la mucho menor manifestación de la misma energía que acompaña al rito de la confirmación. El lado oculto de estas ceremonias es siempre de sumo interés para el investigador de las realidades de la vida. Desgraciadamente, hoy día yon todas estas cosas en muchos casos meros formulismos, y aunque no por ello se invalida el resultado, y e aminora su eficacia; pero cuando se emplean debidamente las viejas fórmulas, el efecto invisible supera incomparablemente a todo cuanto de visible hay en el mundo físico.

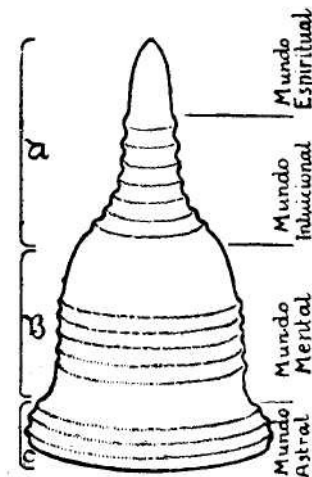
El sacramento de las Sagradas Ordenes confiere a un hombre la potestad de extraer con determinado objeto, energía del depósito precedentemente descrito. Las tres etapas de dicha potestad y al propio tiempo tres grados de relación con nuestro Señor. Cada ordenación confiere un poder peculiar, y cuando el ordenado pasa de una a otra categoría se coloca más cerca de su excelso Maestro el Cristo. Se pone más y más en contacto y dispone mayormente del copioso depósito en el cual también hay diferentes niveles y grados de poder.

El mecanismo del plan puede simbolizarse hasta cierto punto por medio de un diagrama, según veremos muy luego, aunque un dibujo mecánico sólo da muy débil idea de la realidad, porque todas dichas fuerzas son divinas y vividas, y si bien su actuación tiene un aspecto mecánico, tiene otro que no es posible representar por dibujo ni por palabras.

No es fácil describir la reservada porción del depósito. Se extiende por diversos planos o estados de materia y si tratamos de representarla por una forma de tres dimensiones, la más apropiada será la de una especie de campana algo parecida a una dagoba budista (Diagrama 10). Está dividida en tres partes señaladas con las letras A B C. La ordenación de un diácono lo pone en contacto con el borde de la campana y lo capacita para extraer energía del depósito, utilizable primeramente en su propio progreso a fin de prepararse a la recepción de lo advinente. Sin embargo, también hasta cierto punto puede transmitirla a los demás por un esfuerzo de su voluntad y auxiliar así astral y mentalmente a las gentes.

Pero el verdadero poder principia en el sacerdocio. El sacerdote extrae energía de la parte del depósito señalada con la letra B, que es la más recia. La ordenación ha despertado más definitivamente al ego o alma del ordenando, quien así puede influir directamente en otras almas al nivel del cuerpo causal. Esta relación le confiere el poder de rectificar el torcimiento causado por la desviación del recto sendero, y así se dice que puede perdonar los pecados. También está

DIAGRAMA 10.—El Depósito.—Es tan sólo una diagramática y no efectiva representación de aquella parte del depósito espiritual de los mundos superiores, enlazado con la Iglesia, del cual fluye la fuerza manifestada en la Eucaristía, y en el que se vierten las fuerzas de in-egoísta amor y devoción por nosotros engendradas. Un diácono es capaz, en virtud de su ordenación, de extraer fuerza de la parte inferior C del depósito, situada mayormente en el mundo astral. Un sacerdote puede extraerla de la más amplia porción central B que se halla en el mundo mental. Un obispo puede extraerla de la porción superior A que se extiende por los elevados niveles de los mundos in- tuicional y espiritual.



investido del poder de bendecir el sacrificio de la Sagrada Eucaristía. La energía extraída por el sacerdote no ha de ser para sí mismo sino para la grey confiada a su cuidado.

La espira de la dagoba o mango de la campana, señalado con la letra A, llega hasta los mundos intuicional y espiritual. El obispo ha de ser una verdadera manifestación del principio de Cristo, capaz de irradiarlo sobre cuantos con él se relacionen, y el poder en él subyacente para el bien excede a todo encomio.

Así tenemos en la ordenación dos aspectos: el don del Espíritu Santo que proporciona la llave del depósito y el lazo personal de Cristo con Su ministro. El don del Espíritu Santo capacita al sacerdote para consagrar la Hostia, absolver y bendecir. Este es el irreducible mínimo de poder peculiar de todos los debidamente ordenados de sacerdote, independientemente de cuanto por otra parte adquieran, como, por ejemplo, su progreso espiritual o devocional o su comprensión del mecanismo de los sacramentos que administran, de la propia suerte que un hombre puede ser un rápido y exacto telegrafista aunque ignore la naturaleza de la electricidad y su carácter moral no esté libre de reprensión.

A muchos les parece todo esto extraño porque no comprenden la naturaleza de la relación entre el sacerdote y el sacramento. Si la Hostia fuese un talismán en que el sacerdote hubiese de infundir su personal magnetismo, desde luego que sería importantísima la índole de este magnetismo; pero no se trata aquí de magnetizar sino del debido cumplimiento de una ceremonia en que el carácter personal del celebrante no tiene nada que ver con la eficacia del resultado.

Si los fieles hubiesen de indagar escrupulosamente la conducta privada de un sacerdote para estar seguros de la validez del sacramento recibido de sus manos, se introduciría un elemento de incertidumbre que en la práctica invalidaría el maravilloso plan concebido por Cristo para auxiliar a Su pueblo.

Pero no hubo semejante ineptitud en el otorgamiento de Su generoso don. Comparando lo grande con lo pequeño, diremos que la asistencia a la celebración de la Sagrada Eucaristía, es como quien va a un Banco para sacar una cantidad de dinero en monedas de oro. El cajero podrá tener las manos limpias o sucias, y desde luego será preferible que las tenga limpias; pero en uno y otro caso tomaremos el dinero. Así es mejor bajo todos aspectos que el sacerdote sea hombre de noble carácter y profunda devoción y que comprenda en cuanto cabe a la humana comprensión el estupendo misterio que administra; pero aunque así no sea, se le ha entregado la llave de cierta puerta y con ella abre la que principalmente nos atañe.

No puedo menos de repetir aquí lo que sobre el particular expuse en *El aspecto de las cosas* cuando por primera vez investigué este asunto.

En primer lugar únicamente pueden producir eficaz efecto los sacerdotes que hayan sido legítimamente ordenados y tengan sucesión apostólica. Quienes no pertenezcan al sacerdocio no pueden efectuar dicho resultado por buenos, devotos y santos, que sean. En segundo lugar, ni la conducta del sacerdote ni su conocimiento o ignorancia de lo que hace afecta en lo más mínimo al resultado. Reflexionando sobre ello, ninguna de estas afirmaciones debe sorprendernos, pues evidentemente se trata de ser capaz de efectuar determinada acción, y sólo aquellos que pasaron por ciertas ceremonias recibieron el don de efectuarla, de la propia suerte que para dirigir la palabra a un auditorio es necesario conocer el idioma de los oyentes, y quien lo desconozca no podrá comunicarse con ellos por bueno, fervoroso y devoto que sea; pero la capacidad de comunicación no quedará afectada por su conducta particular sino por si puede o no comunicarse, y este poder lo confiere el conocimiento del idioma.

No significa esto en modo alguno que las demás circunstancias dejen de producir su debido efecto, según veremos más adelante, sino que me limito a decir que nadie podrá extraer energía del particular depósito a menos que se le haya conferido para ello el poder dimanante de la debida ordenación dada según las instrucciones legadas por Cristo.

Me parece que encontraremos el justo motivo de esta ordenación si consideramos la necesidad de un plan que ponga simultáneamente un copioso raudal de energía al alcance de todos en millares de iglesias esparcidas por el mundo. Acaso le fuera posible a un hombre de

excepcionalísimo poder y santidad transferir por medio de su devoción un raudal de energía divina equilavente al obtenido mediante los citados ritos; pero son sumamente raros los hombres de tan excepcional poder, y en ninguna época de la historia los hubo en número bastante para proporcionar simultáneamente ni la milésima parte de la energía necesaria para llenar los lugares que la requerían.

Pero tenemos un plan de disposición hasta cierto punto mecánico, según el cual, cierto acto debidamente realizado es el reconocido método de atraer la energía, y que con relativamente corto adiestramiento la atraerá quien reciba poder al efecto.

Para bombear agua se necesita un hombre fornido, pero un niño puede dar vuelta a un grifo. Se necesita un hombre robusto para construir una puerta y colocarla en el vano; pero cuando está montada sobre los goznes, un niño puede abrirla.

Como quiera que yo recibí la ordenación sacerdotal en la Iglesia anglicana y conocía las acerbas discusiones sobre si dicha Iglesia tiene o no la sucesión apostólica, se me despertó naturalmente el interés en averiguar si sus sacerdotes poseían dicho poder. Me satisfizo mucho saber que en efecto lo poseían; pero no tardé en inquirir por examen que los ministros de las llamadas sectas disidentes no los poseían, por buenos y fervorosos que fueran. Su bondad y fervor producen otros efectos que describiré muy luego; pero sus esfuerzos no extraen energía del referido depósito.

Me interesó especialmente el caso de uno de estos ministros a quien conocía y era bueno, devoto, muy erudito investigador del ocultismo y que respecto del verdadero significado del acto de la consagración sabía más que el novecientos noventa y nueve por mil de los sacerdotes que diariamente lo realizaban. Sin embargo, me vi obligado a reconocer que éstos producían el efecto sacramental, mientras que los mejores esfuerzos, de aquél no lo producían, aunque sí otros efectos más inmediatos de que aquéllos carecían.

Si reflexionamos sobre el particular veremos que no podía ser de otra manera. Supongamos por ejemplo que un rico masón lega una suma de dinero para distribuirla entre sus hermanos pobres. La ley no consentiría que el dinero se distribuyese entre quienes no fuesen los masones pobres en cuyo favor se instituyó el legado, aunque hubiera otros pobres mucho más menesterosos entre los no masones.

Otro punto que me interesó muchísimo fue el indagar si la intención del sacerdote afectaba, y hasta qué punto, el resultado producido. En la Iglesia romana observé que muchos sacerdotes practicaban mecánicamente las ceremonias, como una rutina diaria sin pensar concretamente en lo que hacían; pero fuese por enquistada reverencia o por dilatado hábito, siempre parecían ponerse sobre sí poco antes del momento de la consagración y efectuar este acto con definido propósito.

Me puse luego a indagar lo que ocurría en la secta o división de la Iglesia anglicana, opuesta al ritualismo, muchos de cuyos ministros rechazan en absoluto el título de sacerdotes, y aunque al consagrar sigan la rúbrica, su intención es la misma que la de los ministros de otras denominaciones extrañas a la Iglesia anglicana. Sin embargo, observé que los antiritualistas producían efecto sacramental, mientras que los ministros de las sectas no lo producían. De esto infiero que la “intención” requerida no ha de ser más que la de hacer lo que la Iglesia prescribe sin preferencia a la particular opinión del sacerdote respecto al significado de la prescripción.

En efecto, hubo un obispo cuya vocinglera ignorancia llegó al extremo de decirles a los candidatos a la ordenación, que no los ordenaba como sacerdotes de sacrificio sino tan sólo como ministros del evangelio. Sin embargo, aun en caso tan extremo cual éste, su mal dirigida voluntad fue incapaz de invalidar lo que la Iglesia quería que hiciese. Ciertamente es que todos los sacramentos se reciben de manos del mismo Cristo, por débil e ignorante que sea el instrumento mediador. No dudo de que muchos pensarán que todo esto debiera arreglarse de otra suerte; pero yo sólo expongo sinceramente el resultado de mis investigaciones.

En modo alguno se ha de entender que no determinen diferencia la devoción, fervor, conocimiento y buen carácter del celebrante. Determinan gran diferencia, pero no alteran el poder

de extraer energía del depósito particular. Cuando el sacerdote es devoto y ferviente, sus sentimientos irradian sobre los fieles y despiertan los mismos sentimientos en cuantos son capaces de expresarlos. También su devoción excita inevitable respuesta y la efusión de energía divina así evocada beneficia a la congregación tanto como a él mismo, de suerte que puede decirse que el sacerdote cuyo corazón y alma se infunden en su obra atrae una doble bendición sobre los fieles, aunque la segunda clase de influencia no es de la misma magnitud que la primera. El segundo flujo, atraído por la devoción en sí misma, suele hallarse lo mismo dentro que fuera de la corporación eclesiástica.

El poder complementario de auxilio que el sacerdote es capaz de educir, depende del cultivo que haga del segundo don que recibe al ordenarse, o sea el personal enlace entre él y su Señor y Maestro.

También Cristo explicó esto a Sus discípulos, diciéndoles que había rogado al Padre que fuesen una sola cosa con él, como él una misma cosa con el Padre. Las gentes tienen muy vaga idea de esta frase, sin percatarse de su referencia a determinados hechos científicos. Además les dice con absoluta claridad: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos".

Si examinamos el aspecto oculto de la ceremonia de ordenación veremos que tiene un especial sentido en que se encierra dicha promesa. No sólo reside en el sacerdote, como en todo hombre, el principio de Cristo²⁵ sino que el maravilloso amor y condescendencia del Gran Instructor del Mundo llegó al punto de que por un acto de ordenación coloca a Sus sacerdotes en íntimo enlace personal con El, estableciendo un definido lazo por el que puede fluir la divina energía convirtiéndolos en canales suyos, a imitación, en un nivel infinitamente inferior, del misterioso y admirable modo en que El es un canal del Segundo Aspecto o Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Desde luego que hay muchísimos sacerdotes que ignoran todo esto; y desgraciadamente también hay muchos que apenas aprovechan la magnífica posibilidad que este canal les depara.

Sin embargo, la afirmación de Cristo de que estaría con Sus discípulos hasta el fin de los siglos es verdadera; y por lo tanto, no es mera figura retórica, sino la expresión de una sublime realidad decir que Cristo está todavía presente en Su Iglesia, guiando definitivamente a cuantos se abren a Su influencia.

Aunque un diagrama no puede expresar esta gran verdad espiritual, nos ayudará a comprender algo de su método de actuación, algo que nos permita ver un poco más de él, de modo que sea más real para nosotros. Quienes no han actualizado todavía la clarividencia no pueden *ver* la efectiva operación del proceso, como pueden verla algunos de nosotros; pero podrán formar opinión propia según los razonamientos expuestos por los clarividentes y asimismo podrán obtener gran número de pruebas corroboradoras de varios puntos, ya por sus propios sentimientos o bien por los ajenos. A quienes me conocen les doy la seguridad de que todo cuanto expongo es el resultado de repetidas observaciones y experiencias, de suerte que no me cabe duda alguna de su exactitud tal como lo expongo.

En un capítulo precedente declaré que Dios hizo al hombre a Su imagen, y que en consecuencia el alma humana muestra trina manifestación correspondiente en su nivel a la trina manifestación de la Deidad; y en este caso, lo inferior no es mero reflejo o símbolo de lo superior, sino en algún modo su efectiva expresión.

El verdadero hombre, la mónada señalada con el número i en el diagrama n, es una chispa de la vida divina, residente en un plano al que por lo mismo llamamos monádico, que hoy está fuera del alcance de nuestras clarividentes investigaciones, y todo lo más que cualquiera de nosotros sabe actualmente del hombre por directa observación es que la mónada se manifiesta como trino espíritu en un plano inmediatamente inferior al de su residencia.

²⁵ Por principio de Cristo se entiende la unión de la divinidad o • Yo superior con la humanidad o yo inferior. Esta unión culminó en Cristo y está en vías de culminación en la generalidad de los hombres. (N. del T.)

Cada uno de los tres aspectos de este espíritu tiene sus peculiares cualidades y características. El primero permanece en su propio nivel²⁶, mientras que el segundo desciende (o mejor dicho se mueve hacia adelante) al plano intuicional; y el tercero se mueve hacia abajo (o hacia fuera) en dos planos y se manifiesta como inteligencia en el mundo causal.

Estos tres aspectos o manifestaciones (señaladas en el diagrama con los números 2, 5 y 7) constituyen en conjunto el alma o ego humano²⁷ cuya peculiar morada es el cuerpo causal, y cuando revestido de este cuerpo, se le ha llamado *augoeides*, que pasa de vida a vida sin otra mudanza que el adelanto resultante de las buenas obras practicadas en cada encarnación.

Tras los principios señalados con los números 5 y 7 (la intuición y la inteligencia) hay otros tres, todavía latentes y rudimentarios en nosotros, señalados con los números 3, 4 y 6 en la figura 1 del diagrama n. Conviene advertir que los principios 2, 5 y 7, aunque ya no están latentes como aquellos otros, distan todavía muchísimo del pleno desenvolvimiento que alcanzarán en el santo perfecto. (Fig. io; diagrama n.)

Cristo nuestro Señor es hombre perfecto según nos enseña el credo de Atanasio. Por lo tanto, también existen en El dichos principios en el mismo orden, aunque todos ellos plenamente educidos y en mística unión con la Segunda Persona de la Santísima Trinidad²⁸ (i).

El segundo don conferido por la ordenación sacerdotal es el enlace de algunos de estos principios del ordenando con los correspondientes principios de su Señor y Maestro, de modo que se establece positivamente un canal o conducto por el que la energía y sabiduría divinas influyen hasta el extremo límite de la receptividad del ordenando.

La apertura de este canal supone un tan gran apartamiento de la vida ordinaria, que sólo puede realizarse por grados, el primero de los cuales es una operación psicoquírgica, que se efectúa al conferir el orden del diaconado, siendo el subdiaconado el intervalo durante el cual se coloca al paciente en condiciones a propósito para sufrir con éxito la operación.

El don del Espíritu Santo que confiere poder sacerdotal se recibe plena y definitivamente en cada uno de los grados y es el mismo en todos los casos; pero la operación de unir al hombre con Cristo, aunque nunca fracasa, puede tener mayor

²⁶ Nótese que en todo el transcurso de la obra el autor emplea sinónimamente las palabras *aivel*, *plano* y *mundo*, que expresan idéntico concepto. (N. del T.)

²⁷ Advierta el lector que Leadbeater, cuya autoridad como clarividente es irrecusable, identifica en éste y otros pasajes de la obra los conceptos de alma y ego, que con notorio error consideraban distintos algunos autores de la primera época del actual renacimiento teosófico. (N. del T.)

²⁸ He aquí un admirable exégesis del que la teología dogmática llama misterio de la Encarnación del Verbo. La expuesto por Leadbeater está de completo acuerdo con la *maïrn* Mpostática de que habla la doctrina católica resumida en la siguiente definición rigurosamente ortodoxa: 'Torno Dios en las entrañas de la Virgen Mfirfa un *e^p** perfectísimo al cual unió un *»ha»*, y a este *ctiwp*» y alim unidos se unió la secunda persona de la Santísima. Trinidad.' Esta afirmación católica es idéntica al concepto teosófico de la naturaleza de Cristo. (N. del T.)

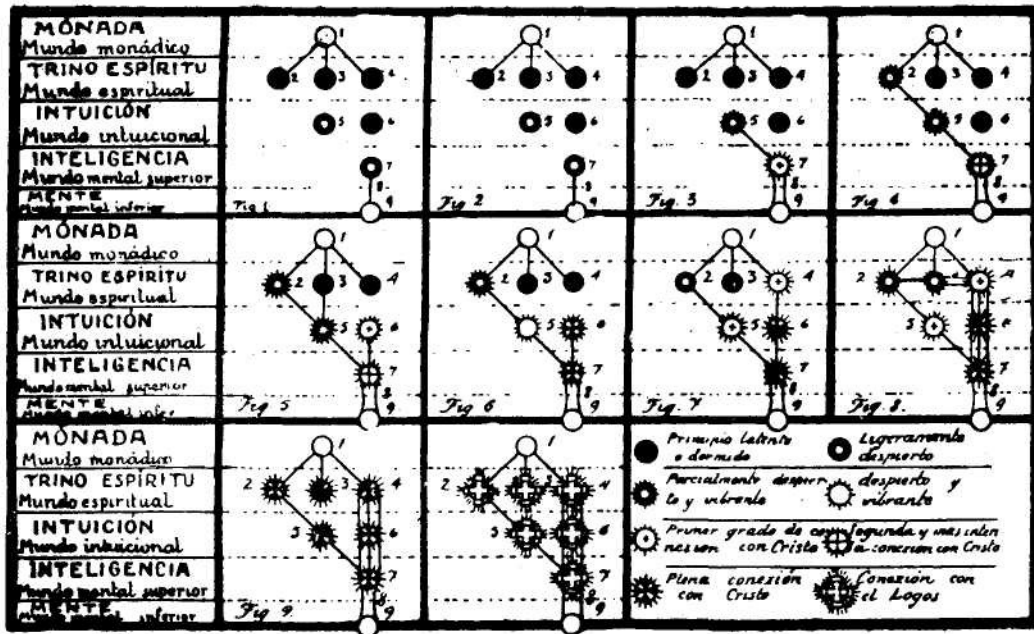


DIAGRAMA 11.—DESPERTAMIENTO DE LOS PRINCIPIOS HUMANOS EN LA ORDENACIÓN.— En el diagrama, el No. 1 representa la mónada; 2, 3 y 4 el trino espíritu manifestado en el mundo intuitivo; 7 la inteligencia; 7 en el cuerpo causal o del alma; 8-el enlace entre la individualidad y la personalidad; 9 la mente en el cuerpo mental. (Para la explicación de estos principios del hombre, véase el apéndice.)

Fig. 1.—EN UN SEGLAR CULTO E INTELIGENTE, el cuerpo causal sólo está medio despertado. También puede estar algo despertada la intuición 5 y aun el espíritu, 2 Es muy leve el enlace 8 entre la individualidad y la personalidad.

Fig. 2.—EN LA ORDENACIÓN AL SUBDIACONADO se amplía el enlace 8 para disponerlo al súbito estallido que ha de experimentar en la siguiente ordenación.

Fig. 3.—E EN LA ORDENACIÓN AL SUBDIACONADO el enlace se amplía hasta convertirse en canal, y la inteligencia 7 se conecta con el correspondiente principio del Cristo. También en algunos casos puede despertarse el principio 5 y brillar débilmente, estableciendo así una ligera línea de conexión con el 7.

Fig. 4.- A PRIMERA IMPOSICIÓN DE MANOS EN LA ORDENACIÓN AL SACERDOCIO resplandecen los principios 2 y 5, se establece una línea entre 2 y 5, mientras que se intensifica la ya existente entre 5 y 7. El resplandor es generalmente débil en 2, pero más notable en 5. Se ensancha el canal 8.

Fig. 5.—A LA SEGUNDA IMPOSICIÓN DE MANOS el principio del nuevo sacerdote se enlaza con el correspondiente del Cristo y se fortalece el enlace previamente establecido con 7. La línea oblicua entre 2, 5 y 7 se intensifica, y 7 se abre todavía más para acrecentar el flujo de fuerza proveniente de la línea oblicua.

Fig. 6.—PUEDE CONVERTIRSE EN SACERDOTE ideal el hombre de firme determinación que durante años se esfuerce en fortalecer los enlaces entre sus principios y los de Cristo. Puede intensificar el enlace entre 6 y 7 y poner en vigorosa acción los principios 2 y 5, constituyéndose así en un canal de extraordinario poder.

Fig. 7.—EN LA CONSAGRACIÓN DE UN OBISPO al pronunciar la efectiva fórmula de consagración, se enlazan los principios 4 y 5 con los de Cristo y se intensifican muy mucho los enlaces ya establecidos con 6 y 7.

Fig. 8.—AL UNGIR CON EL CRISMA LA CABEZA DEL NUEVO OBISPO refuglen maravillosamente sus principios 2 y 3. Las tres líneas que enlazan los principios 4, 6 y 7 indican que un obispo puede actuar en el cuerpo causal y efundir en la bendición el triple poder del trino espíritu.

Fig. 9.—PUEDE CONVERTIRSE EN OBISPO IDEAL el que aproveche cuantas ocasiones se le deparen. Todos sus principios se convierten en canales del poder y amor de Cristo, y él es un verdadero sol de energía y bendición espiritual.

Fig. 10.—EL HOMBRE PERFECTO no sólo está enlazado con Cristo y con su Yo superior o Mónada, sino que también es una manifestación del Logos, de la Divinidad que emanó el sistema solar. Es el Maestro que ya no necesita reencarnar.

éxito en unos casos que en otros según el grado de evolución del ordenando, del que depende su receptividad a la divina influencia. También puede cultivarse esta receptividad y acrecentarse muchísimo después de la ordenación por medio del fervor y la devoción y el decidido esfuerzo del sacerdote para poner su humana naturaleza en armonía con la naturaleza divina, o sea vivir como vivió Cristo.

En la ordenación de un diácono (fig. 3 diagrama n) se perfora por primera vez la roca y se establece un definido lazo, pues la inteligencia (señalada con el número 7 en el diagrama) se une con el correspondiente principio de Cristo, de modo que éste influya en aquél y lo ponga en beneficiosa actividad. Sin embargo, no quiere decir esto que forzosamente haya de influir, pues la

influencia depende del diácono pero al menos queda abierto el camino y establecida la comunicación, de suerte que al diácono le toca hacer cuanto esté de su parte para recibir la influencia. Ha de adquirir tantos conocimientos como le sea posible de las cosas ocultas del alma y esforzarse con todo ahínco en fortalecer las mentes superior e inferior para reflejar en ambas el pensamiento de su Señor. Así dice: “Que vuestra mente sea la misma de Cristo Jesús”.

Ha de procurar adaptarse a su nueva condición y aprovechar del todo la oportunidad que se le depara. Así quedará a su debido tiempo bien dispuesto para recibir la divina gracia del Orden sacerdotal.

La responsabilidad del sacerdote es mucho mayor porque también es mucho mayor el poder que se le confiere, pues la relación con Cristo aumenta de grado, el principio hasta entonces latente (señalado con el número 6) se pone en actividad y se enlaza con el correspondiente principio de Cristo. (Fig. 5 diagrama n.) Esto supone también que el canal o conducto previamente abierto aumenta de calibre desde 7, de modo que puede fluir por él más copioso caudal de energía.

Además, se establece otra comunicación que es respecto de la primera como la radiotelegrafía es a la telegrafía ordinaria. La visión clarividente distingue con toda claridad una línea de fuego que enlaza los principios 6 y 7 del sacerdote con los correspondientes de su Maestro²⁹; pero además, el espíritu y la intuición³⁰ del sacerdote con los números 2 y 5 en la fig. 4 del diagrama 11) refulgen por vibración simpática en armonía con la deslumbrante luz de los correspondientes principios de su Señor. De ordinario el efecto es muy débil en el espíritu, pero muy señalado en la intuición.

Todo clarividente comprenderá desde luego la diferencia entre ambos métodos de conexión; pero a quien no haya actualizado todavía este interno sentido, sólo podrá dársele a entender por medio del tosco simbolismo que acabo de des» cribir.

El resultado es que este segundo aspecto de la ordenación une al sacerdote con su Maestro y lo convierte en “Su ministro”, y realmente en una avanzada de Su conciencia, en un canal de Su gracia, en el limosnero que distribuye su energía, entre las gentes. En los países de habla inglesa se le llama *parson* al párroco o rector de una parroquia, y dicho nombre significa la *person* o persona que representa a Cristo en determinada parroquia. Si recordamos que la palabra *person* o *persona* y SONA que quiere decir *sonido*; y que se llamaba *persona* la máscara que llevaban en Roma los actores y por medio de la cual llegaba el sonido de su voz, comprenderemos el primitivo significado de la palabra *parson* o párroco.

Evidentemente, al párroco le incumbe vivificar esta sagrada conexión interna y ser de más en más una personal manifestación de su Señor.

Tristísimo es reconocer que millares de sacerdotes sólo se enlazan mecánicamente con el depósito que los capacita para cumplir sus deberes oficiales, permaneciendo ignorantes de la directa conexión individual con Cristo cuyos ministros son. Por fortuna, también hay muchos sacerdotes que sin saber una palabra de la ciencia del sacerdocio son en su conducta verdaderos imitadores de Cristo, de modo que la energía del Maestro fluye por ellos poderosa y suave, para medicina de las gentes.

La consagración de un obispo representa la suprema posibilidad de logro en la serie de Sagradas Ordenes. En el caso del obispo se añaden dos importantísimos lazos a los que posee el sacerdote. En primer lugar, la conexión de la inteligencia, abierta en el diaconado y ampliada un grado más en el sacerdocio, se ensancha ahora inmensamente y llega al extremo límite de nuestro alcance, cual es el tercer aspecto del trino Espíritu, señalado con el número 4 en la fig. 7 del diagrama n.

En segundo lugar, se abre un directo enlace entre la intuición (señalada con el número 5) y

²⁹ A mi entender, aquí está el significado esotérico de la venida del Espíritu Santo en lenguas de fuego sobre el colegio apostólico, o sea la Pentecostés. (N. del T.)

³⁰ Alma y Buddhi. (N. del T.)

el correspondiente principio de nuestro amado Señor. Este enlace capacita para *conferir* órdenes, y significa también la posibilidad de despertar el principio de Cristo en la segunda etapa (3). Así es que en el obispo hallamos la directa conexión operante en 4, 5, 6 y 7, y un vivo fulgor simpático en 2 y 3. Vemos, por lo tanto, cuan íntimamente relacionado está el obispo con el Señor por Quien actúa como delegado, y cuan formidable es el poder para el bien puesto en sus manos.

Examinemos y comentemos ahora las ceremonias correspondientes a los diversos grados de las Ordenes mayores.

SUBDIACONADO

Tan esencialmente es una mera preparación a los grados siguientes, que tiene muchas de las características de las Ordenes menores; y en efecto parece que se contó entre ellas hasta mediados del siglo XII. El primer documento histórico en que se menciona este Orden es una carta del papa Cornelio a Fabio de Antioquía, el año 255 de la era cristiana.

San Cipriano, que escribió en el mismo siglo, también alude al subdiaconado, lo mismo que el concilio reunido en Elvira (España) cincuenta años más tarde.

La Iglesia griega todavía considera el subdiaconado como Orden menor y la Iglesia anglicana no lo admite. El Nuevo Testamento no menciona este Orden ni se atribuye su institución a Cristo durante su vida terrena ni tampoco a Sus inmediatos apóstoles.

Desde el punto de vista oculto no confiere poderes, aunque prepara el camino para la que hemos llamado operación quirúrgica del diaconado. En el servicio de la Iglesia romana para este Orden no hay imposición de manos, pero sí la hay en el servicio de la Iglesia griega. En este particular hemos seguido el ejemplo de la última, porque nuestro ritual prescribe que el obispo coloque su diestra sobre la cabeza del ordenando y lo admita solemnemente en el Nombre de Cristo nuestro Señor, como en las Ordenes menores.

La Iglesia romana considera que este Orden obliga al celibato y al rezo diario del Oficio divino. La finalidad general del rito es capacitar al ego para que se manifieste más⁷ libremente por medio de la personalidad.

Transcribiré, según antes hice, la exhortación del obispo:

Carísimos hijos: El Orden del subdiaconado es una etapa probatoria para los Ordénes superiores del diaconado y sacerdocio. Confiere a quienes lo reciben mayor energía y firmeza de propósito a fin de que se dediquen con sencillez de corazón a Cristo en Su santa Iglesia. Porque tanta es la responsabilidad que contraen quienes en las Ordenes superiores llegan a ser representantes de Cristo, que muchas veces se establece con este grado preparatorio una temporada de prueba, a fin de que quienes aspiren a tan sublime estado, denoten, si es necesario, sobre todo si son jóvenes en edad o novicios en materias eclesiásticas, que no acometen de ligero o imprudentemente tan solemne empresa. Vosotros, muy queridos hijos, que ya os habéis ofrecido al servicio de Dios y a fomentar Su reino en la tierra, sentís ahora en vuestro corazón el impulso de dedicaros todavía más a Su servicio y al de vuestros hermanos. A este fin impetramos la bendición divina y con el auxilio y cooperación de los fieles aquí reunidos, procederemos en el ejercicio de nuestro ministerio a conducirlos como santa oblación a la Presencia de Cristo, rio dudando de que en último término, con el testimonio de fiel servicio, brillaréis como puras y refulgentes joyas en la corona de nuestro Maestro.

En el rito romano sigue aquí una fatigosa e inadecuada letanía llena de serviles clamores por misericordia y liberación. Nosotros la hemos substituido por una poética letanía del Espíritu Santo, que en este grado preparatorio ocupa el lugar del *Veni Creator* en los grados superiores.

La importancia de estas letanías, tanto de la romana como de la liberal, consiste en las tres peticiones formuladas por el obispo, durante las cuales hace un especial esfuerzo, mediante el signo de poder, para purificar los cuerpos físico, astral y mental de los candidatos. Hace una cruz para el cuerpo físico, dos para el astral y tres para el mental. El obispo entona a solo los tres versos siguientes de la letanía, y para la mayor eficacia de su labor, se levanta, se pone la mitra y empuña el báculo, de modo que completamente revestido sea más expedito canal de la energía divina. Los versos son:

Te suplicamos que escuches nuestra oración.

Bendice # a Tus siervos aquí postrados.
Sostenlos con Tu solícito amor.
Escúchanos, Santa Trinidad.
Escucha la oración de Tus siervos.
Auxilia hoy a Tus escogidos.
Bendícelos |)f | santificalos para siempre.
Escúchanos, Santa Trinidad.
Derrama tu gran bondad
En cada escogido candidato.
Bendice gí los Ill santificalos fli conságralos.
Escúchanos, Santa Trinidad.

Después cantan todos la última estrofa de la letanía, y el obispo reanuda la exhortación como sigue:

Carísimos hijos: Estáis a punto de ser admitidos al oficio de subdiácono, y debéis conocer cuál era en antiguos tiempos el ministerio de vuestra Orden. Al subdiácono le incumbía proporcionar el agua para el servicio del altar, servir al diácono, lavar los corporales y las ropas del altar, presentar al diácono el cáliz y la patena que habían de emplearse en el sacrificio, guardar las puertas de la iglesia o del santuario, y en época posterior leer la epístola ante los fieles.

Por lo tanto, al cumplir pronta, pulcra y diligentemente estos visibles menesteres que todavía forman parte de vuestro oficio, habéis de mostrar sincera reverencia por las cosas invisibles que simbolizan. Porque el altar de la santa Iglesia es el trono del mismo Cristo, y conviene que quienes ministren ante él, se porten circunspectamente y tengan en cuenta que en ellos recae el alto honor de guardarlo. Por lo tanto, id con cuidado para que seáis vigilantes centinelas de la milicia celeste y que adelantando continuamente en virtud, brilléis lustrosos y castos en compañía de los santos. Esforzaos con ahinco en modelaros al ejemplo de nuestro divino Maestro, a fin de que sirváis dignamente en el divino sacrificio, tanto en el invisible santuario de vuestros corazones como en el visible santuario de la santa Iglesia.

También desde antiguos tiempos se ha exigido de quienes reciben este Orden, que procuren adquirir ciertas virtudes de carácter, simbolizadas por las vestiduras que han de llevar. El amito simboliza refreno de la palabra; el manípulo, el amor al servicio o la diligencia en toda buena obra; la tunicela, el espíritu de gozo y júbilo, la carencia de inquietud y abatimiento, es decir, la confianza en la Buena Ley, lo que equivale a reconocer el plan revelado por Dios omnipotente para el perfeccionamiento de Su creación.

Dicho esto, el obispo requiere de los ordenandos la solemne promesa de que harán cuanto les quepa para a justar su conducta a los conceptos que acaba de exponer; y hecha la promesa, extiende el obispo las manos hacia ellos, rogando a Dios que se abran sus corazones y mentes para recibir lo que va a darles, de modo que se mantengan firmes en el servicio de Cristo y acrecienten su conocimiento hasta el punto de ofrecerle su vida en santo y perpetuo sacrificio. A! propio tiempo hace el obispo el signo de la cruz sobre los ordenandos e inmediatamente después cada uno de ellos se arrodilla ante él y queda formalmente admitido en el Orden del subdiaconado, tal como se hace en los Ordenes menores.

El efecto del subdiaconado se ha de considerar con relación a lo que ha de suceder en el Orden siguiente, pues, como en la ordenación de un diácono se ha de realizar una grave operación, habrá más probabilidades de éxito si el candidato está preparado para ella. El obispo procura ensanchar poco a poco la conexión (Fig. 2, diagrama n) entre el alma y el cuerpo, a fin de que el alma sea más capaz de actuar en y por medio del cuerpo.

Después procede el obispo a entregar a cada ordenando las que bien pudieran llamarse las herramientas de su grado, y a investirlo de sus especiales insignias. Primero le entrega un cáliz vacío y una patena, amonestándole para que se porte en su ministerio de modo que sea grato a los ojos de Dios. Después, en Nombre de la Santa Trinidad y con el signo de poder lo reviste del amito, el manípulo y la tunicela, aludiendo de nuevo en cada caso a las virtudes que respectivamente se supone que simbolizan dichas vestiduras. Luego le entrega el libro de las epístolas autorizándole para leerlas en la santa Iglesia de Dios a los vivos y a los muertos. Termina la ceremonia con la solemne bendición cuya principal finalidad es que los neófitos perseveren firme y celosamente en la vida que han emprendido.

El grado de subdiácono sólo puede conferirse durante la celebración de la Sagrada Eucaristía e inmediatamente después de rezadas las colectas. Conferida la ordenación, uno de los nuevos subdiáconos lee la Epístola del día.

DIACONADO

La ordenación de diáconos se efectúa después de la Epístola y antes del canto del Gradual. El servicio principia por la presentación de los candidatos por un sacerdote quien los conduce ante el obispo, diciendo:

Reverendísimo Padre: Nuestra Santa Madre la Iglesia católica ruega que ordenéis a estos subdiáconos aquí presentes, al cargo de diáconos.

El obispo le pregunta al sacerdote que si sabe si merecen tal adelanto, y el sacerdote responde:

En cuanto me permite juzgar la fragilidad humana, sé y afirmo que son dignos de desempeñar tal oficio.

Entonces el obispo se dirige a la congregación diciendo:

Carísimos hermanos: Estos subdiáconos que veis, han sido presentados para recibir el Orden del diaconado y dedicarse irrevocablemente al servicio de Cristo por el don del Santísimo Espíritu de Dios. Atento a la sagrada confianza en Nos depositada, hemos procurado asegurarnos de que sólo se presenten los que aprovechen a la santa Iglesia de Cristo; mas para mayor precaución conviene preguntar si alguien conoce alguna causa o impedimento por los cuales estas personas no deban ser admitidas al ejercicio del diaconado. Por lo tanto, si alguno de vosotros sabe algo contra ellos, que en Nombre de Dios y en bien de Su Iglesia se adelante valerosamente y lo diga, aunque también se ha de considerar a sí mismo.

Esta última cláusula tiene por objeto prevenir a quien fuese el denunciante contra el peligro de la d+mación, y representarle la necesidad de asegurarse del fundamento antes de aventurar la inculpación. Si nadie habla, el obispo exhorta brevemente, diciendo:

Carísimos hijos: Estáis a punto de ascender al Orden de diácono y debéis procurar recibirlo dignamente y cumplir sin tacha sus deberes una vez lo hayáis recibido. Al diácono le incumbe servir en el altar, leer o cantar el Evangelio, predicar y bautizar en ausencia del sacerdote. Por lo tanto, carísimos hijos, como ahora vais a estar encargados de cuidar de la grey de Cristo, debéis sobreponeros a toda indigna inclinación hostil al alma. Portaos decorosa y cortesmente, henchidos de nobles deseos y de amor a Dios y al prójimo, cual corresponde a los ministros y mayordomos de Cristo, encargados de distribuir los misterios de Dios. Y como ahora participaréis en el ofrecimiento y distribución del Cuerpo y Sangre del Señor, habéis de, según dicen las Sagradas Escrituras: "Purificaos los que lleváis los vasos del Señor."

Cuidad de mostraros a los demás con obras vivas, con el evangelio que vuestros labios les proclamen, de modo que pueda decirse de vosotros: "¡Cuan hermosos son sobre las montañas los pies de quien pronuncia la buena nueva y predica la paz!"

El obispo recibe de los ordenandos la promesa de que procurarán usar dignamente el poder que les va a conferir, y en seguida se postran ante el altar mientras se canta la poética letanía, que esta vez no es la del Espíritu Santo, sino una especial impetración al Señor Cristo, en la que se reconoce Su presencia y se anuncia que el obispo va a usar del poder que el mismo Señor le confirió a su consagración, y se ruega que aumente la fortaleza de sus manos para esta gran obra.

El obispo reza entonces una oración durante la cual hace por dos veces el signo de la cruz sobre los ordenandos. La primera vez con el intento de mantener firmemente los tres vehículos purificados por la letanía y establecer por medio de ellos entre la personalidad y el ego el lazo a que los filósofos indios llaman *antaskarana*, cuyo objeto, lo mismo que en el subdiaconado, es ampliar dicha conexión y dar al alma mayor influencia sobre sus cuerpos.

Mucha ventaja habrá si el obispo es por fortuna clarividente de modo que pueda ver el cuerpo pituitario y observar la acción de la energía que él emite, pues entonces podrá dirigirla más científicamente.

Abierto así en todo lo posible el camino hacia el cuerpo causal, dirige a este cuerpo la segunda cruz con objeto de llevar un poco más adelante el mismo procedimiento, de suerte que el candidato sea capaz de recibir mayor caudal de energía del Espíritu Santo.

Preparado así el camino tan por completo como sea posible, se canta el *Veni Creator*; el tradicional llamamiento al Espíritu Santo; e inmediatamente después, el obispo, con mitra y el

báculo en la izquierda, extiende la diestra sobre la cabeza del ordenando, y dice:

Recibe el Espíritu Santo para el oficio y obra de diácono de la Iglesia de Dios.

A estas palabras sobreviene la efusión de energía, aunque la palabra efusión no expresa el concepto exacto, porque en realidad la energía fulgura hacia abajo y hacia arriba repetidas veces con inconcebible rapidez a manera de relámpago. La cantidad de energía que un hombre puede recibir depende de cómo se haya predispuesto y del grado en que se haya abierto a la divina influencia. Ya está horadada la costra; establecido el lazo con su Señor y Maestro en cuanto atañe al principio 7 (Fig. 3 diagrama n) ; ensanchado el canal; y al ordenando le incumbe mantenerlo en esta mejorada condición, procurando que por él fluya constantemente la gracia divina para auxilio del prójimo.

El obispo representa vivamente esta idea al ordenando, cuando al ponerle una estola blanca, le dice:

Toma la estola blanca en símbolo de tu oficio, y ten presente que según emplees en el servicio y amor de la humanidad el poder que ya está en ti, fluirá por tu conducto con cada vez mayor plenitud y gloria.

Al decir esto hace la señal de la cruz sobre el corazón del diácono, a fin de que se mantenga y acreciente el despertamiento y vigor del principio intuicional (5) que pueda haber ocurrido en el acto de la ordenación. La estola, símbolo del yugo de Cristo, denota el oficio del diácono porque la lleva a modo de ceñidor sobre el hombro izquierdo y sujeta bajo el brazo derecho. El sacerdote la lleva sobre ambos hombros, para denotar que ha asumido plenamente el yugo y la responsabilidad, de la que sólo una corta parte recae sobre el diácono.

Después, el obispo, en Nombre de la Santa Trinidad y con la triple cruz, inviste a cada diácono con la dalmática, diciendo:

El Señor te vista con vestidura de gozo y te circuya siempre con la dalmática de justicia.

En el mismo santo Nombre y con el mismo triple signo de poder le autoriza para leer el Evangelio en la Iglesia de Dios, a los vivos y a los muertos. En cada uno de estos casos, la trina influencia de que el obispo es tan especial custodio, se intensifica, efluye y se manifiesta poderosamente, de modo que obrando en los correspondientes principios del ordenando los excita en simpática vibración y durante algún tiempo son enormemente más activos y receptivos que jamás lo habían sido. Al dicono le toca procurar que se mantenga y acreciente esta temporánea ventaja.

Termina el servicio con una hermosa plegaria relativa a la estrecha asociación con las huestes angélicas de que disfrutaran aquellos cuya dichosa labor es servir en el santuario.

¡Oh! Cristo; Señor de Amor, que por el celeste y terreno servicio de los ángeles a quienes ordenaste, derramas sobre todos los elementos la eficacia de Tu voluntad, infunde en estos Tus siervos Tu plena bendición, para que en compañía de los gloriosos ángeles sirvan terrenamente en Tus santos altares, y dotados de celestial virtud y gracia sean siempre vigilantes y celosos en el servicio de Tu Iglesia; Tú que reinas por los siglos de los siglos. R. Amén.

El último signo de la cruz que se hace durante esta oración intensifica todo cuanto se ha efectuado anteriormente. Su especial propósito es espesar las paredes del ensanchado enlace entre el alma y la personalidad y fortalecer y afirmarlas en su nueva forma. Es como si en el interior del conducto, para impedir que se estreche, se colocara un entramado a manera de revestimiento.

Se comprenderá fácilmente que es muy ventajoso dejar un considerable intervalo entre la ordenación del diaconado y la del sacerdocio a fin de que se consolide en su nueva forma el amplio canal, cuya apertura, comparable a una operación quirúrgica, determina una tan profunda mudanza, un total apartamiento de todo cuanto ocurrió hasta entonces, que el hombre necesita tiempo para adaptarse a las nuevas condiciones antes de someterlo a mayor esfuerzo. Por lo tanto, la Iglesia prescribe que en lo posible permanezca el neófito por lo menos un año en el orden de diácono antes de ascender a sacerdote.

También es evidente la incalculable ventaja de los clérigos que saben lo que hacen en la ordenación, y aún es mayor la ventaja de quienes pueden *ver* el efecto de sus operaciones. La gran mayoría de obispos proceden a ciegas; y sin embargo, no cabe duda de que logran su objeto, aunque ciertamente sería mucho más eficaz si fuese mayor su conocimiento del mundo espiritual

y de la actuación de sus fuerzas.

Uno de los nuevos diáconos lee el Evangelio, y en seguida prosigue la celebración de la Sagrada Eucaristía como de ordinario, excepto que en la oración recitada al consagrar se menciona especialmente a los que en el Santo Nombre de Cristo acaban de ser admitidos en el Orden del diaconado. Dicha mención se interpola en todas las Ordenaciones mayores, pero no en las menores, pues éstas pueden conferirse aparte de la celebración de la Sagrada Eucaristía, aunque siempre antes de mediodía.

EL SACERDOCIO

La ordenación al sacerdocio³¹ se efectúa después del canto del Gradual, y principia con la presentación de los candidatos por un sacerdote, lo mismo que en la anterior ordenación. El obispo dirige entonces la siguiente plática:

Carísimos hermanos: Como quiera que el capitán y los pasajeros de un buque tienen iguales motivos de seguridad o de temor, les importa pensar unánimemente por ser comunes sus intereses. No fue en vano que los Padres decretaron que también fuese consultado el pueblo en la elección de quienes habían de emplearse en el servicio del altar, porque lo que muchos ignoran acerca de la conducta y trato de los aquí presentados, pueden saberlo unos cuantos; y ciertamente prestarán las gentes mayor obediencia al sacerdote a cuya ordenación asistieron.

Por lo tanto, si alguien sabe algo en contra de estos hombres, que en el Nombre de Dios y en bien de Su Iglesia se adelante sin temor y lo diga; pero antes, que examine su propia conciencia.

Tras una pausa, se dirige el obispo a los ordenandos y los exhorta como sigue:

Carísimos hijos: Antes de que se cumpla el irrevocable acto por el cual recaerá en vosotros la dulce pero pesada carga del sacerdocio, es nuestro deber representaros- solemnemente y por última vez cuan grandes son la dignidad y responsabilidad de este oficio y cuan graves los deberes que han de cumplir los en él ordenados.

Al sacerdote le corresponde ofrecer el sacrificio, bendecir, presidir, atar y desatar, unguir, predicar y bautizar.

Por lo tanto, carísimos hijos, la decisión de nuestros hermanos desea que seáis consagrados a este oficio como nuestros auxiliares; pero sólo después de solemne premeditación y con profundísimo respeto es posible acercarse a tan sublime oficio. Por lo tanto, muchísimo ha de ser el cuidado con que determinemos que los escogidos para representar a nuestro bendito Señor y presidir en Su Iglesia se recomienden a sí mismos por su gran discernimiento, excelencia de conducta y el perseverante ejercicio de la justicia y de la verdad.

Por lo tanto, carísimos hijos, recordad todas estas cosas y mostrad su fruto en vuestro porte y trato, en la casta y santa integridad de conducta, en la continua abundancia de todo linaje de buenas obras. Esforzaos sin tregua en acrecentar interiormente la perfección del celeste amor, pues si henchís vuestro corazón de amor a Dios y al prójimo seréis distribuidores de las bendiciones de Cristo y portadores de su amor a los corazones de la humanidad.

No olvidéis jamás cuan gran privilegio es el que tenéis de conducir los pequeños velos a Cristo por la porta vía del bautismo y levantar por la gracia de la absolución la pesada carga de tristeza y pecado que oprime al mundo.

Considerad atentamente lo que hagáis e imitad lo que en la Iglesia de Dios es vuestro deber servir y desempeñar. Y puesto que vais a ofrecer el santo sacrificio ante el trono de Dios y a celebrar los sagrados misterios del amor de Dios, esforzaos en desembarazar vuestros miembros de toda imperfección.

Vosotros, cuyo deber es ofrecer a Dios el suave incienso de oración y adoración, haced que vuestras enseñanzas sean espiritual bendición y consuelo lo auxilién y fortalezcan; que el suave olor de vuestra conducta sea una fragancia en la santa católica y apostólica Iglesia de Dios.

Así con vuestras palabras y obras modelaréis el templo de Dios, de modo que ni Nos aparezcamos con culpa ante el Señor en cuyo Nombre os ascendemos ni tampoco vosotros que ascendéis, sino que más

³¹ En la Iglesia romana se le llama más comúnmente presbiterado y presbítero al que recibe este Orden, porque antiguamente sólo lo recibían los más ancianos, que tal es el significado etimológico de la palabra presbítero. De aquí el nombre de presbiterio dado al área del altar mayor hasta el pie de las gradas por donde se sube a él, que regularmente suele estar cercada con una reja o barandilla. Antiguamente sólo podían sentarse allí los presbíteros. (N. del T.)

bien encontremos todos aceptación y abundante recompensa por el acto de hoy al que en Su infinita bondad y desinteresado favor se digne asentar.

Después requiere el obispo y dan los ordenandos la promesa de esforzarse en emplear debidamente el conferido poder, y postrados los candidatos ante el altar se canta la letanía de ordenación como en el anterior servicio. La plegaria siguiente empieza con las mismas palabras que la rezada en el diaconado, aunque difiere en sus últimas peticiones.

¡Oh! Señor Cristo, Fuente de toda bondad, que por obra del Espíritu Santo has señalado diversos Ordenes en Tu Iglesia y para su mayor beneficio y perfección derramas copiosamente Tus dones sobre los hombres, infunde Tu santificante gracia en estos Tus siervos que van a ser contados entre los sacerdotes de Tu Iglesia. Que sus manos sean fuertes para la acción; que la sabiduría guíe y ordene su conducta; que la belleza de la beatitud los santifique y esparza una espiritual fragancia por su sendero, de modo que todas sus obras comiencen, prosigan y terminen en Ti y muestren la abundancia de Tu poder y glorifiquen Tu santo nombre, ¡oh! Tú gran Rey de amor, a quien tributen alabanza y adoración los hombres y las huestes celestiales de los santos ángeles. R. Amén.

Inmediatamente después de esta oración, el obispo, en medio de un profundo silencio, extiende ambas manos sobre la cabeza de cada ordenando. Lo mismo hacen después de él sucesivamente todos los sacerdotes allí presentes, cada uno de los cuales ha de tener el intenso deseo de dar al candidato el mayor auxilio y consagración posibles. El obispo emplea su poder para infundir el de Cristo en el candidato y ponerle en la más íntima relación posible con El.

Volviendo a la fig. 4 del diagrama n, los tres principios: espíritu, intuición e inteligencia³² del ordenando (señalados con los números 2, 5 y 7) refulgen con indescriptible fervor. La línea oblicua que los enlaza se ensancha y pone en actividad de modo que no sólo se acrecienta la unión del espíritu con el espíritu de Cristo sino que es capaz de manifestarse más plenamente que antes por medio de la intuición y la inteligencia.

De ello no se infiere en modo alguno que así *haya de ocurrir* en la vida diaria, porque esto depende del esfuerzo individual del sacerdote; pero allí está la potencialidad, y quien lo sabe puede utilizarla si quiere con muchísima eficacia.

El aura del ordenando se amplía prodigiosamente al recibir esta directa influencia del poder de Cristo y cada átomo de su ser se conmueve según se avivan los diversos órdenes de espirillas³³El flujo se efunde en los principios 2, 5 y 7 del ordenando por medio de los correspondientes principios del obispo, y por esta razón coloca ambas manos sobre la cabeza del candidato en vez de emplear tan sólo la mano derecha para distribuir la energía que fluye por el báculo que tiene en su izquierda como hace en el caso del diácono o en la confirmación.

Cuando el aura del neófito está así dilatada y es sumamente sensitiva, derraman su influencia los sacerdotes, quienes no confieren poder como el obispo, sino que cada cual contribuye con su cuota de bondad, añadiendo lo que de valía posee mientras el neófito está en condiciones de recibirlo.

Probablemente, los sacerdotes, pueden pertenecer a diversos Rayos, y de todos modos diferirán en carácter, por lo que cada cual tendrá alguna cualidad que infundir. La gracia del sacerdocio es sobre todo la concesión de una maravillosa y colosal oportunidad, y no se escatima esfuerzo alguno para ayudar al recipiendario a que la aproveche.

El poder de Cristo, la directa efusión de la Segunda Persona de la Santa Trinidad, sobreviene siempre en silencio, porque no ha descendido todavía lo bastante en la materia para manifestarse en sonido; pero el Espíritu Santo descendió como un impetuoso y potente viento, y se manifestó en lenguas de fuego confirmando a los apóstoles un insólito poder de palabra.

Así en la segunda imposición de manos se emplea la palabra de poder como en las demás Ordenes; pero el formidable don conferido en la primera imposición desciende en silencio. En este acto adquiere el ordenando carácter sacerdotal y recibe el poder de celebrar la Sagrada Eucaristía. A la ordenación sigue esta hermosa plegaria:

³² Atma-Buddhi-Manas según la Teosofía. (N. del T.)

³³ Véase el Apéndice

¡Oh! Señor Cristo, cuya fortaleza está en el silencio, haz que estos Tus siervos a quienes ahora unes a Ti con el santo lazo del sacerdocio, administren fielmente de aquí en adelante el sacerdotal poder a quienes lo impetren en Tu nombre. R. Amén.

Oremos, queridos hermanos, para que Dios omnipotente multiplique los dones del Espíritu en estos Sus siervos para la obra del sacerdocio.

En la Iglesia católico-liberal cantamos a este punto el *Veni Creator* y en seguida procedemos a la segunda imposición de manos; pero la Iglesia romana tiene otro ordenamiento, pues su ritual prescribe, entonces una interesante oración, impetrando para los ordenandos “la bendición del Espíritu Santo y el poder de la gracia sacerdotal”. En un principio era la finalidad de esta oración realizar la obra que ahora se efectúa por medio de la segunda imposición, es decir, prolongar y ensanchar enormemente el canal abierto por el diácono. En el caso de este último, el principio señalado con el número 7 en nuestro diagrama se enlazó con el correspondiente principio del Señor Cristo. En el caso del sacerdote se establece análoga conexión respecto al principio número 6, mientras que el 7 queda sumamente fortalecido y acrecentado. Se intensifica la línea diagonal trazada por la primera imposición entre los principios 2,5 y 7, abriéndose este último de modo que la energía fluyente por la diagonal tenga mejor derrame, pues sin ello habría allí riesgo de grave congestión.

La mera señal de la cruz que acompaña a las palabras anteriormente mencionadas pareció no ser bastante poderosa para realizar por completo la obra; y así fue que hacia el siglo XII se introdujo la segunda imposición con su peculiar fórmula escrituraria. Algunos libros romanistas consideran la antedicha oración como “la bendición del Espíritu Santo”, y la reza el obispo con las manos extendidas sobre la cabeza de los nuevos sacerdotes, a manera de una segunda imposición, que sirve de precedente a la tercera.

Después de dicha oración en el rito romano, se canta el prefacio empezando por el *Sursum corda*; pero en vez de “con ángeles y arcángeles” se dice: “Fuente de los honores jerárquicos y Dispensador de toda dignidad”. La oración o exordio transcurre en una especie de históricos ejemplos retrospectivos del primitivo sacerdocio, citando a Moisés, Eleazar e Ithamar. Después de esto, el obispo romano coloca debidamente las estolas de los nuevos sacerdotes, los reviste de la casulla y reza una oración que en los primeros pontificados se llamó de consagración y a veces consumación (o último toque) del sacerdote. Dicha oración impetra con el signo de poder la gracia de la bendición de Dios sobre los neófitos, y es una muy útil parte de la ceremonia, según explicaremos inmediatamente después de la segunda imposición. Tras dicha oración en el rito romano se canta el *Veni Creator* y durante el canto el obispo unge las manos juntas de los nuevos sacerdotes y los autoriza para ofrecer sacrificio a Dios y celebrar misa en beneficio de vivos y muertos.

Entonces se reanuda el ordinario transcurso de la Eucaristía con el Evangelio, el Credo y el Ofertorio, recitando los nuevos sacerdotes a la par del obispo las palabras del servicio desde: “Recibe., ¡oh! Santo Padre”. Hasta después de la comunión no pronuncia el obispo la frase de formidable importancia: “Recibid el Espíritu Santo”.

Me ha parecido conveniente hacer esta prolija digresión explicativa del procedimiento adoptado por el ritual romano, a fin de que se vea que en el nuestro no omitimos ninguno de sus puntos capitales, aunque los disponemos de la manera que consideramos más a propósito para la efectiva actuación de las fuerzas interiores de los ordenandos.

Reanudemos ahora el comentario sobre nuestro servicio. Inmediatamente después de la exhortación mencionada en la pág. 284 para rogar a Dios que multiplique los dones del Espíritu, los fieles responden cantando el *Veni Creator*, y al propio tiempo, el obispo se pone de pie, y colocando sucesivamente las manos extendidas sobre la cabeza de cada ordenando, le dice:

Recibe el Espíritu Santo para el oficio y obra de sacerdote de 1ª Iglesia de Dios. A quien perdones los pecados, le serán perdonados, y a quien se los retuvieres le serán retenidos.

Ya hemos considerado el efecto producido por la efusión de energía espiritual que acompaña a estas transcendentales palabras y sólo hemos de añadir que la conexión establecida

con los principios 6 capacita al sacerdote para extraer energía de la vasta cámara central del depósito, señalada con la letra B en el diagrama núm. 10. Esta conexión capacita al sacerdote para absolver y bendecir en el Nombre de la Santa Trinidad.

La Iglesia anglicana empica una forma de ordenación algo más larga, pues después de las palabras: “Iglesia de Dios”, añade: “ahora confiada a ti por la imposición de nuestras manos”; y al final, después de la palabra “retenidos”, añade: “y sé fiel dispensador de la palabra de Dios y de Sus santos Sacramentos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”.

En este punto sigue nuestro texto de la oración llamada de consumación, a que antes nos referimos, y dice así:

¡Oh! Dios, fuente de toda santidad, a quien pertenecen la verdadera consagración y la plenitud de bendición espiritual. Te rogamos ¡oh! Señor, que abras a Tu celeste gracia el corazón y la mente de estos Tus siervos elevados al sacerdocio, a fin de que por medio de ellos fluya abundantemente Tu poder en beneficio de Tu pueblo. Que sean ardientes y celosos colaboradores en nuestro Orden y demuestren así que son dignos del sagrado cargo que se les confía.

Y como en virtud de inmaculada bendición, transubstanciarán en beneficio de Tu pueblo el pan y el vino en el Santísimo Cuerpo y Sangre de Tu Hijo, que vigilen constantemente para mantener siempre puro y sin mancha el vaso de su ministerio. Que de su interior brote toda rectitud y estén sus corazones tan llenos de compasión por las gentes, que se olviden de sí mismos al amar al prójimo. Y constantes en Tu gozosísimo servicio, brille con creciente fulgor en sus corazones la radiación de Tu amor y de Tu gloria, hasta alcanzar la virtud espiritual, la plena estatura de Cristo, cuando su vida se identifique con la de Cristo en Dios. R. Amén.

El signo de poder que se hace al pronunciar la palabra “abras” tiene por objeto desembarazar el camino entre los principios superiores y el cerebro físico. La bendición inunda el cerebro etéreo y está destinada a fluir por el cuerpo pituitario, que es el punto de más estrecho enlace entre los cuerpos denso, etéreo y astral; pero mayor ventaja habrá si el obispo puede infundir la energía en el cuerpo mental del sacerdote y actuar en descenso.

Llegamos ahora a la unión y revestimiento. Los neófitos llevan todavía las estolas como los diáconos, por lo que el obispo se las coloca según corresponde al sacerdote y se las cruza sobre el pecho como las lleva el celebrante de la Sagrada Eucaristía. Las palabras con que acompaña el obispo este acto no sólo se refieren al simbolismo de la estola, sino también a su eficaz uso como transmisora de energía. Dice así:

Toma esta estola como símbolo de la potestad del oficio de sacerdote y como un canal de la perenne corriente del amor de Cristo.

Después reviste el obispo a cada ordenando con la casulla, diciéndole:

Toma la vestidura sacerdotal para que en ella ofrezcas con nuestro Señor Cristo el santísimo sacrificio de Su sagrado Cuerpo y Sangre.

Procede entonces el obispo a ungir las manos de los nuevos sacerdotes con el aceite de los catecúmenos. El ordenando coloca sus manos juntas con la palma hacia arriba sobre el gremial extendido sobre las rodillas del obispo, quien mojando en aceite el pulgar derecho, traza una línea a través de ambas palmas, desde el pulgar derecho hasta el primer dedo de la mano izquierda del ordenando. Hace una cruz en cada palma y las frota circularmente en toda la superficie, diciendo después:

Dígnate, ¡oh! Señor, consagrar y santificar estas manos por esta unción y nuestra *ifc* bendición. Que a quienquiera que >{(bendigan sea bendito, y a quienquiera que consagren sea consagrado y santificado en el Nombre de nuestro Señor Cristo. R. Amén.

El obispo junta entonces las manos de los ordenandos palma con palma y las ata con una tira de lienzo blanco. Esta es una curiosa e interesante ceremonia simbólica que como todos los ritos tiene además su aspecto práctico. El aceite de los catecúmenos es constructivo y se emplea en la construcción de formas. La unción con él destina las manos al servicio del santuario y las modela para la transmisión de la portentosa energía espiritual. La mano del sacerdote es un instrumento especializado para transmitir la bendición. El ungimiento dirige las fuerzas hacia las manos y las dota de poder de modo que la influencia pase por las líneas trazadas al ungir. Nótese

que los dos dedos que el obispo unge especialmente son los que tocan la Hostia.

No tan sólo se establecen en el aura las líneas de fuerza, sino que la operación es todavía más elevada y similar a la imanación del acero. El ungimiento actúa de modo que las fuerzas pasen por las manos y al propio tiempo templan las manos de suerte que soporten dichas fuerzas. No solamente es una consagración, un apartamiento, sino también la preparación del aspecto espiritual del sacerdote, a fin de que pueda dirigir la energía y transmitirla con toda seguridad. Es lo mismo que la conducción de un rayo, que sin el ungimiento podría resultar peligroso. La energía de la Hostia es capaz de producir extraños efectos en ambientes ruines. Así, por ejemplo, se refiere que el contacto de la Hostia abrasó a veces a un vampiro.

De las dos cruces que hace el obispo mientras recita las palabras, la primera tiene por objeto ordenar la distribución de la energía que fluye por la línea diagonal 2, 5, 7 (fig. 5 del diagrama n); y la segunda, la distribución de la energía procedente del principio 6. Como quiera que esta imanación preparatoria tarda algún tiempo en penetrar en las manos y empaparlas de fluido, se comprende la conveniencia de mantenerlas atadas durante un rato.

El obispo ofrece entonces al sacerdote un cáliz con agua y vino, y encima una patena con una Hostia, pues son los principales instrumentos del grado a que acaba de ascender en la Iglesia. Pero como el sacerdote tiene atadas las manos, no puede tomar los sagrados vasos, y así se los pone el obispo entre las yemas de los dedos para que toque el cáliz y la patena, mientras le dice:

Recibe autorización para ofrecer sacrificio a Dios y celebrar la Sagrada Eucaristía por los vivos y por los muertos. En el Nombre del Señor. R. Amén.

Ahora se desatan las manos del sacerdote y se las limpia, según la costumbre medieval, con limón y corteza de pan. Prosigue después la celebración con la lectura del Evangelio, y poco antes del Ofertorio, los nuevos sacerdotes se postran durante un momento ante el obispo y cada uno le ofrece un cirio encendido en visible muestra de gratitud por el don recibido y del sacrificio de sus vidas en aras de la obra de Cristo.

Desde aquel punto en adelante, los nuevos sacerdotes recitan con el obispo el resto de la Sagrada Eucaristía palabra por palabra, cuidando especialmente de pronunciar al mismo tiempo que él la fórmula de consagración con el debido intento de consagrar.

En la fórmula de consagración se intercala una cláusula alusiva a los nuevos sacerdotes, quienes después de las abluciones se adelantan para postrarse una vez más ante el obispo y prestar el juramento canónico de obediencia, comprometiéndose a aceptar el gobierno del obispo en todos los asuntos referentes al servicio de la Iglesia y no apartarse sin su permiso de las fórmulas prescritas. El obispo les precave con las siguientes palabras contra el peligro de alterar las antiguas lindes, y les representa la necesidad de ir con cuidadosa vigilancia en la administración de los Sacramentos:

Carísimos hijos: Como quiera que lo que vais a administrar no está libre de percances, os advierto que debéis poner suma diligencia en la ceremonia de la Sagrada Eucaristía, y especialmente en lo tocante a la Consagración, al fraccionamiento y comunión de la Hostia. Tened también cuidado de que en todo lo referente a la administración de los Sacramentos de la santa Iglesia de Cristo debéis ajustaros a las fórmulas establecidas por la legítima autoridad y no aventuraros a discrepar de ellas en pormenor alguno.

Después da el obispo una especial bendición para la nueva obra que han de hacer:

La bendición de Dios omnipotente, *¡if* Padre, + Hijo y Espíritu *(¡f* Santo descienda sobre vosotros para que seáis benditos en el Orden sacerdotal y en el ofrecimiento de sacrificio a Dios todopoderoso, a quien pertenecen el honor y la gloria por los siglos de los siglos. R. Amén.

El obispo termina el servicio ordinario con un breve y hermoso recordatorio del único medio por el que los nuevos sacerdotes pueden mostrar su gratitud a Dios por el don recibido y proseguir acercándose cada vez más a El. Así dice:

Carísimos hijos: Considerad atentamente el Orden que habéis recibido y tened siempre muy presente la sagrada confianza en vosotros depositada. Puesto que nuestro Señor se ha complacido en llamaros más cerca de El, no olvidéis el servicio a vuestros hermanos, porque es el áureo sendero que conduce a Su gloriosísima Presencia. Graciosamente recibisteis. Dad graciosamente.

Después prosigue la celebración de la Sagrada Eucaristía hasta su término usual.

Antes de concluir el tema del sacerdocio conviene responder a algunas preguntas que se han solido formular respecto a él. Una de ellas es si el deplorablemente truncado servicio de la Iglesia anglicana confiere menos poder que el íntegro ritual de la Iglesia romana.

Los Ordenes de la Iglesia anglicana son válidos y su fórmula de ordenación confiere el poder de entresacar del depósito energía espiritual y enlaza a los sacerdotes anglicanos con Su Señor y Maestro. Por lo tanto, se efectúa todo lo esencial; pero necesario es confesar que no se efectúa tan íntegramente porque es mucho menor el número de adyutorios recibidos. Desde luego que la especial preparación de las manos capacita a los sacerdotes para transmitir un volumen mucho mayor de energía, y el canal de enlace con el cerebro físico les permite comprender más claramente lo que hacen en su cotidiana conciencia vigílica, y por ello es mayor su confianza.

Estoy seguro de que muchos sacerdotes anglicanos no entienden lo que hacen en su ministerio, y si bien por un acto de sublime y del todo sincera fe se *creen* capacitados para transubstanciar el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, para perdonar los pecados y bendecir al pueblo, no suelen darse cuenta del potente flujo de divina energía de que son canales; y por lo tanto, carecen de la absoluta certeza que les permita decir que *saben*. Esta certeza puede adquirirse por el propio perfeccionamiento, por constante labor y vehemente aspiración; pero al ordenarse el sacerdote anglicano no la consigue con tanta facilidad como los de las antiguas iglesias.

El rito anglicano abre el enlace; pero su ampliación se deja enteramente al cuidado y conocimiento individual del sacerdote, por lo que no siempre se efectúa. Además, las ceremonias subalternas abren muchas líneas de actividad de que carece el sacerdote que no pasa por aquéllas. Conviene advertir que las energías fluyentes a lo largo de diversos conductos reaccionan unas en otras y se intensifican recíprocamente, con lo que de este modo se acrecienta el poder.

Otro punto, al que se ha dado mucha importancia es el del celibato del clero. La Iglesia romana insiste en ello como materia a la par de disciplina y conveniencia, aunque reconoce que el celibato no es de institución apostólica. La Iglesia griega prohíbe el matrimonio de los clérigos, pero si se casó antes de la ordenación no ha de separarse de su mujer. En Grecia revelan las estadísticas que hay 5,423 sacerdotes casados y tan sólo 242 célibes, mientras que en Rusia parece que en la práctica es el matrimonio requisito para la ordenación, aunque no hay regla establecida sobre el particular.

La Iglesia anglicana, lo mismo que nuestra Iglesia católico-liberal, dejan a su clero en completa libertad sobre el particular. Desde el especial punto de vista en que me coloco en este libro, es indiferente que el clérigo contraiga o no matrimonio, pues en modo alguno afectará al poder de transmitir cualquiera de las fuerzas. El celibato puede o no ser apetecible desde el punto de vista de la conveniencia, y mucho habría que decir en pro y en contra; pero en cuanto al aspecto interno de la obra no tiene importancia. Desde luego que el hombre esclavo de las lujurias de la carne no es a propósito para servir a Dios como sacerdote, pero esto es una cuestión de todo punto diferente.

Se ha preguntado a veces si sería válida la ordenación de una mujer. La respuesta se dio virtualmente en un capítulo anterior. Las energías dispuestas para distribuirlas por medio del sacerdocio no actuarían eficazmente en un cuerpo femenino, aunque cabe concebir que el Señor podrá alterar el actual ordenamiento cuando vuelva al mundo. No hay duda de que le sería fácil, si quisiera, restaurar alguna de las antiguas modalidades religiosas en que el aspecto femenino de la Divinidad estaba servido por sacerdotisas, o bien modificar la dinámica del sistema católico de fuerzas de modo que pudiera emplearse satisfactoriamente en la obra un cuerpo femenino.

Como quiera que alguno de nosotros afirmamos que no tardará mucho el segundo advenimiento de Cristo, se resolverá la cuestión con irrecusable autoridad en un cercano porvenir; pero hasta que Cristo advenga no tenemos más remedio que administrar Su Iglesia de acuerdo con las instrucciones que nos dio.

A veces se ha argumentado contra el juramento de obediencia canónica, diciendo que así como dejamos a nuestros fieles libres en materia de creencia, también deberíamos dejar a

nuestros sacerdotes libres para usar el ritual que quisieran o no usar ninguno. Todo hombre es ya libre de hacerlo así sin afiliarse a Iglesia alguna; pero si desea la admirable prerrogativa del sacerdocio ha de aceptar voluntariamente sus condiciones. La Iglesia de Cristo existe para auxiliar a la humanidad por medio de la distribución de Su energía y dispuso que esto se efectuara con arreglo a determinados procedimientos. Quienes se figuren que saben más que Cristo y deseen realizar la obra de otro modo, estarían evidentemente fuera de lugar en nuestra corporación; y por lo tanto, no tienen motivo de querer llegar a ser sus sacerdotes. Es necesario que la dirección de los servicios de la Iglesia esté en manos de quienes conozcan la actuación de las fuerzas ocultas que intervienen, pues de otro modo se mancillaría con toda suerte de grotescas e ineficaces ridiculeces la buena fama de la Iglesia.

Otra objeción levantada ocasionalmente por los ignorantes es que la obediencia canónica puede involucrar la obediencia política y que por lo tanto se viese un sacerdote obligado a votar o actuar contra su conciencia. Sin embargo, esta objeción es pueril, porque el adjetivo “canónica” define los límites de la promesa. El sacerdote se obliga a emplear en los servicios públicos, únicamente las fórmulas establecidas por la Iglesia a que representa, y si alguna razón le induce a variarlas debe solicitar para ello permiso del obispo. Pero puede votar según le plazca, abogar por cualquier causa que se le encomiende, aunque declarando que obra como individuo particular y no en representación de la Iglesia a que pertenece. La Iglesia no se inmiscuye absolutamente para nada en política, por más que cada miembro es libre de seguir su peculiar opinión.

EL EPISCOPADO

La final y superior ceremonia de los Sagrados Ordenes es como debe ser la más hermosa de todas. De diversas maneras, entre ellas su situación en el servicio, hemos indicado la progresiva importancia de los sucesivos Ordenes.

La ordenación clerical puede efectuarse a cualquier hora; pero los otros cuatro grados de las Ordenes menores sólo pueden conferirse por la mañana y separadamente de la celebración de la Sagrada Eucaristía, aunque si se confieren durante ella, la ordenación clerical se ha de efectuar después del Introito y los otros cuatro grados después del Kyrie.

Las Ordenes mayores sólo pueden conferirse durante la celebración de la Sagrada Eucaristía: la del subdiácono después de las Colectas; la del diácono después de la Epístola; y la del sacerdote y obispo después del Gradual, aunque en la del obispo se interpolan las partes de la ceremonia en diversos puntos del rito eucarístico. Así, por ejemplo, la consagración de un obispo principal al fin del Asperges, presentándolo al consagrante el obispo más antiguo de los presentes. Después se lee el protocolo de la elección, y el obispo electo se arrodilla ante el consagrante y presta el juramento de obediencia canónica con la fórmula expresada en los siguientes términos:

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Yo, N. obispo electo de la Iglesia, prometo la debida obediencia y reverencia en materias canónicas a - ... y a sus sucesores. Así me ayude Dios por medio de Jesús Cristo.

Desde este punto en adelante, los obispos asistentes (que conviene sean dos) repiten todo cuanto el consagrante va diciendo aparte del ordinario servicio eucarístico y hacen sobre el obispo electo todos los signos que le hace el consagrante, quien procede con unas cuantas palabras de introducción a requerir del obispo electo cierto número de fianzas respecto del uso que hará del poder tan luego como se le confiera, y así se entabla entre ambos el siguiente diálogo:

Consagrante.—El orden establecido de antiguo por los Padres enseña y manda que los elegidos para el orden episcopal sean de antemano diligentemente examinados con toda caridad respecto a la doctrina de ía Santa Trinidad y a las diversas relaciones y virtudes a propósito para dicho cargo; y conviene mantener esta práctica. Porque como verdaderamente creemos que esta mayordomía nos ha sido conferida por el mismo Cristo, nos corresponde asegurarnos de que aquellos a quienes a nuestra vez la confiamos, conozcan y en su corazón estén plenamente convencidos de cuan grande es su responsabilidad ante El. Por lo tanto, en Su Nombre y en virtud de esta autoridad y mandato, Nos preguntamos, muy querido hermano, con sincera caridad, si después de ordenado en este sagrado cargo ejercerás tus poderes enteramente en lo que

te parezca el verdadero beneficio de la santa y católica Iglesia de Cristo, y no en ningún otro propósito cualquiera que sea, prescindiendo de toda idea de personal predilección o adelanto.

Obispo electo.—Así me esforzaré en hacerlo de todo corazón. *Consagrante.*—¿Quieres en cuanto se te alcance poner tu afecto en las cosas del cielo y no en las de la tierra? *Obispo electo.*—Quiero.

Consagrante.—¿Quieres con la ayuda de Dios recordar siempre que en este alto oficio al que has sido llamado, es tu ineludible deber y será tu constante cuidado dar ejemplo de piadosa vida a todos cuantos estén a tu cargo? *Obispo electo.*—Quiero.

Consagrante.—¿Quieres estimar siempre como una sagrada confianza el poder que se te va a conferir, y comprometerte solemnemente a elegir con exquisito cuidado y discreción a quienes en Nombre de Cristo habrás de otorgar el don de las Sagradas Ordenes? *Obispo electo.*—Quiero.

Consagrante.—¿Quieres mantenerte siempre dispuesto a servir en Nombre de Cristo a todos los hombres en cuanto esté a tu alcance, recordando que el más noble título de un obispo es el de “siervo de los siervos de Dios”?

Obispo electo.—Quiero.

Consagrante.—¿Quieres en nombre del Señor mostrarte siempre amable y compasivo con los afligidos y menesterosos? *Obispo electo.*—Quiero.

Consagrante.—¿Quieres tener siempre en cuenta que debes ser un padre para tus diocesanos y sobre todo amar a los pequeñuelos de tu grey recordando que Cristo dijo: “Dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de Dios”?

Obispo electo.—Quiero.

Consagrante.—El Señor te guarde en estas cosas, amado hermano, y te fortalezca en toda virtud. R. Amén.

El consagrante prosigue diciendo:

—¿Crees en cuanto alcanzan tu comprensión y tus facultades mentales en la Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo de Quien, por Quien y en Quien son todas las cosas del cielo y de la tierra, visibles e invisibles, corporales y espirituales?

Obispo electo.—Creo.

Consagrante.—El Señor aumente en ti esta fe, amado hermano en Cristo, de modo que conduzcas a tu grey al conocimiento de la divina Sabiduría. R. Amén.

En el rito romano se le dirigen al electo muchas más preguntas condermientes a la creencia, y en algunas de ellas es el contexto tan groseramente material que apenas le es posible responder afirmativamente a quien comprenda la verdad. Desde luego se echa de ver que como en materia de fe dejamos por completo libres a nuestros fieles, fuera incongruente que exigiéramos más de nuestros obispos. Pero aunque opinamos que ni la ignorancia ni cualquier forma de honrada creencia o no creencia inhabilita a un hombre para recibir el auxilio dado por Dios en los Sacramentos, consideramos que aquellos a quienes confiamos su administración deben tener el suficiente conocimiento para dar una razonable explicación del plan divino según hoy por hoy lo conocemos, y por lo tanto queremos conservar mucha parte del antiguo catecismo.

Otra razón es que el obispo ha de utilizar tan frecuentemente en su obra el poder de la Santa Trinidad que es convenientísimo que tenga mucha fe y comprensión. Pero en modo alguno anatematizaremos a quienes no opinen como nosotros, según sucede en el rito romano.

El consagrante y el obispo electo se revisten a este punto para la celebración de la Eucaristía cuyo servicio principia aquél como de ordinario. Después de la Confesión general, el obispo electo, acompañado de los dos asistentes, se dirige, a un altar lateral, levantado en el presbiterio y desde allí va recitando el servicio eucarístico al par del consagrante, quien luego de cantado el Gradual se sienta en el faldistorio frente al altar mayor. El obispo electo se postra ante él y éste le dice:

Corresponde al obispo consagrar, ordenar, ofrecer sacrificio, ungir, bendecir, atar y desatar, bautizar, presidir, interpretar y juzgar.

Se canta entonces la letanía de ordenación, lo mismo que para el diácono y el sacerdote, mientras que el obispo electo permanece de rodillas, y los tres obispos se levantan y bendicen al pronunciar los versículos correspondientes. Después se coloca sobre el cuello y hombros del obispo electo, que se arrodilla, un libro abierto de los Evangelios sosteniéndolo un clérigo,

mientras que el consagrante y sus asistentes con las manos extendidas sobre el electo, recitan la siguiente oración, que siempre precede a la ordenación efectiva en las Ordenes mayores, aunque el texto varía según el grado que se ha de conferir:

¡Oh! Señor Cristo, Fuente de toda bondad, que por obra del Espíritu Santo estableciste diversos Ordenes en Tu Iglesia, y para su mayor engrandecimiento y perfección derramas copiosamente Tus dones sobre los hombres de suerte que unos sobresalen en sabiduría, otros en devoción y otros son hábiles en la acción, infunde en este Tu siervo la plenitud del Espíritu Santo, a fin de que en la dignidad pontifical a que vamos a elevarle, resplandezca con toda especie de celestiales virtudes, ¡oh! Tú, Pastor y Obispo máximo de las almas de los hombres, a quien por siempre adoren y alaben los hombres y las huestes de los angeles. R. Amén.

Se arrodillan todos para cantar el *Verá Creator*, y al terminar se levantan el consagrante y los dos obispos asistentes, pero la congregación permanece de rodillas. El consagrante y los dos asistentes, con la mitra puesta, y los báculos que les llevan tras ellos sendos capellanes, extienden solemnemente sus manos sobre la cabeza del electo, (Lámina 16) diciendo pausada y distintamente:

Recibe el Espíritu Santo para el oficio y obra de obispo en la Iglesia de Dios.

Exceptuando el *Hoc est Corpus meum* estas son las palabras más transcendentales que se pronuncian en la liturgia y es tan formidable como indescriptible la efusión de energía divina que provocan.

Refiriéndose una vez más al diagrama II fig. 7 impelen la línea perpendicular de la derecha hacia 4 y ensanchan enormemente los conductos que enlazan 6 y 7 con los correspondientes principios de Cristo. De esta suerte queda el obispo enlazado por medio de 4 directamente con el trino Espíritu de nuestro Señor y desde este nivel le fluye la bendición, porque los tres aspectos son realmente uno, y por esto al bendecir a los fieles traza el obispo tres signos de la cruz en vez de uno como el sacerdote, quien atrae su bendición por la diagonal 2, 5 y 7 hacia sus propios principios y la emite después por su cuerpo causal, mientras que el obispo, más completamente evolucionado, es capaz de manifestar el poder de una manera más inmediata y enérgica.

En la consagración de un obispo se abre un conducto del todo nuevo que enlaza directamente su principio intuicional (5) con el de nuestro Señor y posibilita su desenvolvimiento hasta un punto mucho más allá de nuestra imaginación. La maravillosa energía de Cristo capacita al obispo para transmitir a otros su poder.

Digno es de nota que por decirlo así hay un constante progreso en los signos externos de la ordenación. En la Confirmación y en las Ordenes menores, el obispo sostiene en la mano izquierda el báculo y extiende la derecha sobre la cabeza del candidato, y lo mismo hace al ordenar al subdiácono y al diácono; pero al ordenar al sacerdote deja el báculo y coloca ambas manos sobre la cabeza del ordenando. Al sacerdote le ordena un obispo; pero si están presentes otros obispos y sacerdotes, todos van poniendo uno tras otro las manos sobre la cabeza del ordenando, porque cada cual tiene o debe tener algo que dar, algún auxilio con qué contribuir a la plenitud de la ordenación. Los obispos y sacerdotes cooperantes pertenecen desde luego a distintos Rayos, y así cada uno tiene algo que dar peculiarmente al sacerdote cuyos conductos acaban de abrirse y están por lo tanto en condición de recibir semejante influencia.

En el grado supremo de las Ordenes conferidas por Cristo, converge la mayor cantidad posible de energía; y esta es la razón de que al consagrar a un obispo, todos los demás obispos allí presentes actúen simultáneamente y reciten a una voz las palabras de la ceremonia, mientras que en la ordenación de un sacerdote, sólo un obispo pronuncia la fórmula y los demás contribuyen después en lo que pueden. Cabe la seguridad de que en estos servicios todo pormenor tiene su significado.

Tras una pausa, con las manos extendidas sobre el nuevo obispo, el consagrante enuncia la siguiente oración, y los obispos asistentes, con las manos asimismo extendidas, la acompañan en voz baja:

¡Oh! Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, santísima y adorable Trinidad, que fuiste, eres y serás. Pues has otorgado a este Tu siervo parte de tu formidable poder y Te has dignado consagrarle como

Tu representante e instructor de Tu pueblo, Te rogamos que *ijt* abras su corazón y su mente a Tu celeste gracia, que dé prudentemente lo que ha recibido, y que pensando siempre en Ti, ejerza su sagrado poder en honra y gloria de Tu santo Nombre. Colma en Tu elegido obispo la perfección de Tu servicio; y pues le has conferido la suprema dignidad, santificalo con la unción del cielo.

Esta oración substituye a la que en el rito romano impetra la alentadora bendición de Dios sobre el nuevo obispo, y desempeña muy importante parte en la obra, porque abre el camino por donde llegue a los vehículos mental y astral la influencia del pasmoso desenvolvimiento que acaba de ser posible en el principio intuicional.

Aunque al obispo se le confieren todos los poderes espirituales en el momento de pronunciar el consagrante las palabras de poder, sería sumamente difícil actualizarlos sin el auxilio prestado por la apertura de dicha vía y el ungimiento de cabeza y manos. Al suprimir esta parte de la ceremonia, pierde mucho la Iglesia anglicana y hace más ardua y menos eficaz la obra de sus preladados. En vez de la citada plegaria, impetra el favor del cielo poco antes de la bendición final; pero sería mucho más eficaz si lo hiciese en su apropiado lugar. También amplía la Iglesia anglicana la fórmula de consagración, que es la siguiente:

Recibe el Espíritu Santo para el oficio y obra de obispo de la Iglesia de Dios, que se te confiere por la imposición, de nuestras manos, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Y recuerda que has de poner en movimiento la gracia de Dios que se te da por esta imposición de nuestras manos; porque Dios no nos ha dado el espíritu de temor, sino el de poder, amor y templanza.

Se echará de ver cuan resuelto es el esfuerzo que en esta fórmula se hace para imprimir en el obispo electo la realidad del poder que le confiere la acción ordenada por Cristo; pero aún se le imprime más enérgicamente al nombre de la Santísima Trinidad. La exhortación de “poner en movimiento la gracia” es muy extraña, pero demuestra que aun los llamados reformadores vislumbran la capital verdad de que todo poder recibido de lo alto se acrecienta precisamente en la proporción en que se utiliza. Dicha frase es la que en el mutilado rito de la Iglesia anglicana efectúa, en cuanto alcanza, la obra de abrir, disponer y enlazar lo que en más científicos métodos realiza la unción.

Volviendo a considerar nuestro ritual, el consagrante ocupa su silla y se pone la mitra. Envuelven entonces la cabeza del electo con una larga toallita, y el consagrante unge aquélla con el santo crisma trazando primero con el pulgar una cruz en la coronilla y después una serie de círculos concéntricos hasta ungir toda la cabeza con el aceite sagrado, mientras dice:

Que la bendición del cielo unja . y consagre tu cabeza en el Orden pontifical, de modo que el poder recibido de lo alto fluya de ti con siempre creciente abundancia y exaltación. En el nombre del + Padre y del + Hijo y del Espíritu + Santo. Amén.

La unción de la cabeza es una importante parte de la ceremonia, porque el crisma es el vehículo especial del Fuego divino. En los planos inferiores es una poderosa influencia purificante y en los superiores da fortaleza y claridad. Aunque se aplica en el plano físico, sus efectos trascienden a los mundos invisibles. El alma se refleja en la personalidad, y este reflejo, como muchos otros, queda invertido en el plano físico. La mente superior o intelecto se refleja en la mente inferior, la intuición en el cuerpo emocional o astral, y el espíritu en el cuerpo físico.

Ordinariamente, el trino espíritu está tan separado del hombre según le conocemos, que dicho reflejo, no produce notorio resultado; pero como en el obispo está despierto el trino espíritu, el ungimiento de la cabeza con el crisma intensifica el poder de reflexión y acrecienta maravillosamente el esplendor del trino espíritu además de desembarazar la vía por donde las nuevas fuerzas han de llegar al cerebro físico.

El centro de fuerza situado en la coronilla³⁴ es en la mayoría de los hombres un vórtice que produce una ligera depresión a manera de salserilla, lo mismo que los demás centros del cuerpo humano. Toman esta forma porque constantemente está fluyendo por ellos en el cuerpo físico la

³⁴ Llamado chakram brahmarandra por los físicos indos. y al que nos hemos referido en el bautismo diciendo que es la portavía por donde “sale y entra el hombre verdadero.

energía de los planos superiores; pero en los hombres muy santos, la energía que ellos mismos generan brota continuamente de la coronilla para auxiliar al mundo, por lo que el vórtice gira con mayor rapidez que nunca, formando en vez de una depresión un cono que suele verse en las imágenes del Señor Buda como una notoria proyección en la coronilla de la cabeza.

Manifiestamente hay el propósito de que el obispo pertenezca a este adelantado tipo de almas, pues la acción del crisma propende intensamente a impeler tal desenvolvimiento. Si el obispo se da cuenta de su oficio y aprovecha sus oportunidades debe ser un sol radiante, un faro en medio del borrascoso mar de la vida, una batería de acumuladores Cargados con casi ilimitado poder para el bien, de modo que se convierta en una fuente de fortaleza, amor y paz, y que su sola presencia sea una bendición. Después del ungimiento de la cabeza, el consagrante se levanta, y extendiendo de nuevo las manos, dice:

Tú que eres sabiduría, vigor y belleza, muestra Tu gloria en este Tu siervo. Que Tu sabiduría more en su mente e ilumine su entendimiento, para que sea verídico en sus juicios y prudente consejero de su grey, discreto en todo conocimiento espiritual. Que sea fuerte y valeroso para sostener a su pueblo frente a la lobrete y el desaliento, como torreón de fortaleza para quienes desfallezcan en el camino. Que la belleza de la santidad brille en sus palabras y obras. Cólmale, ¡oh! Señor, de reverencia y hazle devoto y constante en Tu servicio. Que la mansedumbre adorne su conducta para que gane los corazones de los hombres y los abra a la luz del Espíritu Santo. Y sobre todo, que tan henchido esté de Tu amor, que toque el corazón de los hombres con el fuego del cielo y los transporte de las tinieblas de la ignorancia a Tu maravillosa luz. Tú que vives y reinas, ¡oh! Trinidad de Poder, Sabiduría y Amor, un solo Dios por los siglos de los siglos. R. Amén.

El consagrante unge después las manos del electo con el sagrado crisma, diciendo:

Que estas manos queden consagradas y santificadas para la obra del Orden pontifical por esta unción con el sagrado crisma de santificación. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. R. Amén.

La unción de las manos con el crisma dispone el mecanismo para distribuir las tres modalidades de energía³⁵ que fluyen por el obispo en virtud del don del Espíritu Santo, recibido al consagrarle. Por esta razón se hace tres veces sobre él la señal de la cruz.

Después el consagrante hace la señal de la cruz sobre el corazón del consagrado, y luego en las manos, diciendo:

Abunda en la plenitud de bendición *if espiritual, de modo que sea bendito todo aquel a quien bendigas y santificado todo aquel a quien santifiques y que la imposición de esta consagrada mano sirva de salvaguarda espiritual de tu pueblo. En el nombre de nuestro Señor Cristo. R. Amén.

El consagrante junta las manos del electo y las ata con una blanca faja de lienzo. El signo de poder que hace al pronunciar las palabras: “la plenitud de bendición espiritual” abre del todo la línea de directo enlace entre la intuición y el cuerpo astral, de modo que una vez desarrollada la intuición llegue al vehículo destinado a manifestarla en la vida física.

El hombre no evolucionado se guía casi enteramente por sus sentimientos y emociones que a menudo pueden ser meros impulsos nacidos de prejuicios o de errores. Más adelante se desenvuelve la mente inferior y el hombre empieza a contrastar sus impulsos con el raciocinio que sin embargo suele ser estrecho y basado en falsas premisas. En esta etapa es con frecuencia rabioso librepensador que niega a gritos todo cuanto con sus limitadas facultades no puede ver, sentir ni comprender.

Poco a poco se va desenvolviendo la mente superior y capacita al hombre para colocarse en un más amplio y conveniente punto de vista, y darse cuenta de que debe compulsar sus menudas experiencias personales con las de otros, convenciéndose de que el estrecho límite de su comprensión no es en modo alguno la frontera del universo. Así aprende a subordinar a leyes generales las observaciones aisladas y a considerar las conclusiones antes de aceptarlas. Paulatinamente va aprendiendo que por encima y más allá del acopio de conocimientos obtenidos por amplia experiencia, hay una sabiduría que por instinto conoce la verdad e infaliblemente la

³⁵ Si efectuamos nuestra investigación a la luz de la inefable gloria, estas tres modalidades de energía dimanar de los Tres Aspectos o Personas de la siempre bendita Trinidad.

distingue del error. A esta íntima facultad la llamamos intuición, residente en un plano superior, denominado por lo mismo intuicional, y en Oriente *buddhi* o iluminación, pero que en el mundo físico se manifiesta como instintivo sentimiento por medio del cuerpo emocional.

Lentamente, paso a paso, aparece esta facultad en la conciencia del hombre, y prudentemente recela confiarse a ella hasta que con toda seguridad la reconoce. Sin embargo, ¡cuán a menudo nos ha sucedido a todos menospreciar un instintivo sentimiento y lamentarnos después de no haber hecho caso de la advertencia!

Indudablemente existe la intuición; pero no todos estamos lo bastante evolucionados para tener la seguridad de reconocerla al instante cuando en nosotros relampaguea, y tan graves son los riesgos de error en el impulso, que haremos muy bien en ser precavidos.

El logro de la intuición confiable en la vida diaria significa la apertura del directo conducto entre los vehículos intuicional y emocional, y este es el resultado que se intenta conseguir al trazar el signo de poder sobre el corazón del obispo electo. Una vez puesto así en actuación el enlace, al obispo le toca vigorizar la intuición por medio del ejercicio.

El signo trazado sobre el corazón no es en modo alguno meramente simbólico, porque por medio de dicho centro más bien que por la mente actúa la intuición. El signo trazado sobre las manos al pronunciar las palabras “a quienquiera que bendigas sea bendito” dispone el mecanismo para la distribución de la maravillosa energía de Cristo que se infunde en el obispo por el conducto establecido entre su intuición y la de su Maestro.

Después el consagrante bendice el báculo, el pectoral y el anillo, que en seguida se le entregan al nuevo obispo, pudiendo muy bien denominarse los instrumentos del sublime grado que se le ha conferido. El consagrante toma el báculo y dice:

Eterno Dios trino y uno, ante cuyo gran trono blanco están siete flamígeros Espíritus, y a quienes, sin embargo, envías por todo el mundo, ¡derrama en este báculo Tu séptuple fuego de modo que sea una vara de poder para el gobierno y fortalecimiento de Tu Iglesia. Por Cristo nuestro Señor. R. Amén.

En otro capítulo explicaré la disposición de las siete joyas en el ara del altar y su especial enlace con los Jefes terrenos de los siete Rayos, que a su vez representan en nuestro planeta a los siete Espíritus que no obstante permanecer siempre ante el trono de Dios, penetran todo el sistema solar. Análogo plan se ha adoptado respecto del báculo y pectoral del obispo, quien todos los años, en la festividad de San Miguel y Todos los Angeles efectúa el enlace de las joyas con los vicegerentes de los magnos Espíritus, de suerte que el objeto de la citada oración no es establecer enlace, sino ofrecer el báculo como un canal de la divina energía e impetrar la bendición sobre él. El profundo investigador del aspecto interno de la vida apreciará la alusión a la vara de poder, que los místicos orientales suelen llamar el *dorge*.

Después, el consagrante toma el pectoral y dice:

Dios todopoderoso, que por Tu santísima voluntad Te ofreciste en sacrificio al mundo, y por limitación de Ti mismo santificaste el signo de la cruz haciéndolo para siempre Tuyo, permite que los siete Rayos de Tu inefable gloria + brillen a través de este sagrado símbolo, y que esta santa cruz sea siempre un radiante sol para el que la lleve y un manantial de luz y bendición para todo Tu fiel pueblo, ¡oh! Tú que por siempre reinas desde la cruz. R. Amén.

También por medio de esta oración, análoga a la prean-tecitada, se ofrece la cruz como un canal de potente energía cósmica, y todos cuantos posean vista interna reconocerán lo muy acertado que es compararla a un radiante sol, porque tal es su aspecto. Cada joya refulege con su peculiar color y sin embargo se entremezclan en armónico conjunto, y ciertamente que el sagrado símbolo derrama una potísima y continua influencia no sólo sobre quien lo lleva, sino en cuantos se relacionan con él.

Por la circunstancia de que la cruz simboliza el sacrificio correspondiente al descenso de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad en la materia, para dar existencia a los hombres y a los mundos, resulta el símbolo todavía más adecuado como vehículo mediante el cual brille la divina gracia en el mundo que debe su existencia al significado de la cruz.

El consagrante deja entonces a un lado el pectoral y toma el anillo entre sus manos, del

mismo modo, diciendo:

¡ Oh! Cristo, puro Señor de Amor, a quien obedecen las huestes angélicas, toca con sagrado fuego este anillo que en Tu nombre + bendecimos, para que quien lo lleve, muestre siempre Tu amor y pureza, y que cuantos lo toquen experimenten Tu saludable gracia. R. Amén.

Se observará que el carácter de esta oración difiere del de las precedentes. Ya no es una invocación a la Deidad para que reconozca un establecido enlace, sino una petición al Instructor del mundo para que acepte el anillo como un centro de radiación del fuego de Su admirable amor. Así magnetizado el anillo se convierte en un efficacísimo talismán del que perennemente emana la especial bendición de Cristo sin que intervenga el obispo, aunque éste es capaz de concentrarla y dirigirla por el ejercicio de su voluntad. Esto se explicará más detenidamente en la parte III al tratar de los instrumentos sacramentales.

Una vez preparados debidamente el báculo, el pectoral y el anillo, el consagrante se los da uno tras otro al nuevo obispo. Primero el báculo que el recipiendario toma con las puntas de los dedos mientras tiene todavía las manos atadas con la tira de lienzo blanco. El consagrante dice:

Recibe este báculo y maneja cuidadosamente tu poder como pastor de la grey de Cristo. Por virtud del séptuple fuego de Dios Espíritu Santo sélo todo para todos los hombres, dando mayor fortaleza al fuerte y sin embargo mostrándote amable con el débil; lleno de sabiduría con el sabio y lleno de profunda devoción con el devoto. Y así como los siete refulgentes colores del iris se sintetizan en un puro rayo blanco, así tu séptuple poder se compendie en el gran poder de amor.

El consagrante cuelga ahora el pectoral al cuello del obispo diciendo:

Recibe esta cruz y recuerda que sólo por el perfecto sacrificio de la naturaleza inferior en aras de la superior te capacitarás para llevarla dignamente. Sal con el poder de la cruz y que la séptuple luz del Espíritu Santo brille por medio de tí de tal modo que atraigas a otros a la belleza del sacrificio.

Coloca el anillo en el dedo anular de la mano derecha del nuevo obispo, diciendo:

Recibe este anillo en señal del lazo que te liga a nuestro Señor, como símbolo de tu oficio de Su legado en tu pueblo. En Su santísimo Nombre sé el médico de las almas de los hombres y un canal de Su amor.

Después le entrega el Libro de los Evangelios, cerrado, que antes se lo colocó sobre los hombros, y le dice:

Recibe el Libro de los Evangelios y sé instructor de la Sabiduría divina en el pueblo que se te confía.

El consagrante, y después los obispos asistentes, dan la salutación de paz al nuevo obispo, a quien se le desatan las manos y se retira junto con los obispos asistentes al altar lateral. Se lee el Evangelio y se canta el Credo. Después del Credo e inmediatamente antes del Ofertorio el nuevo obispo presenta al consagrante sus ofrendas, que según antigua costumbre consisten en dos pequeñas hogazas de pan, dos antorchas o dos velas y dos barrilitos de vino. Las hogazas y los barrilitos llevan estampadas en escudo de oro las armas episcopales del consagrante y en escudo de plata las del consagrado. Este, acompañado de los obispos asistentes se dirige al extremo meridional del altar mayor y celebra junto con el consagrante, palabra por palabra, en voz alta, el resto del oficio de la Sagrada Eucaristía que se celebra como de ordinario, excepto la cláusula especial, intercalada en la plegaria de la consagración.

Después de la última bendición, consagrante y consagrado se revisten de capa pluvial, y el consagrante se sienta en el faldistorio para bendecir la mitra y los guantes del nuevo obispo. Hecho esto, los tres obispos, el consagrante y los dos asistentes, colocan la mitra en la cabeza del nuevo obispo, diciendo el consagrante:

Recibe esta mitra con que te coronó para el servicio de nuestro amadísimo Señor, quien aunque sea Dios y Hombre no es doble entidad, sino una en Cristo. Y como en El están indisolublemente unidas las dos naturalezas, así puedas tú unir en tí por siempre los atributos de sabiduría y amor.

Convendrá transcribir aquí el correspondiente pasaje del ritual romano, porque el simbolismo de la mitra difiere del nuestro.

¡Oh Señor, colocamos en la cabeza de este obispo, Tu campeón, el yelmo de defensa y salvación, para que con apuesto continente y con su cabeza armada con los cuernos de ambos Testamentos, aparezca terrible a los contradictores de la verdad y sea su vigoroso arremetedor mediante el copioso don de Tu gracia, pues hiciste brillar el rostro de Tu siervo Moisés después de conversar familiarmente contigo y le

adornaste con los resplandecientes cuernos de Tu fulgor y Tu verdad y mandaste poner la mitra en la cabeza de Aarón Tu sumo sacerdote. Por Cristo nuestro Señor.

En el rito romano, se reza la siguiente oración al calzar los guantes en las manos del nuevo obispo:

¡Oh! Señor, circuye las manos de este Tu siervo con la pureza del hombre nuevo que bajó del cielo, para que así como Tu amado Jacob cubrió sus manos con pieles de cabrito y le llevó a su padre sabrosos manjares y bebida, obteniendo la bendición de Isaac, así él, al presentarse en sus manos la salvadora Víctima, merezca obtener Tu graciosa bendición. Por nuestro Señor Jesucristo, Tu Hijo, que en semejanza de carne inmaculada se Te ofreció en nuestro beneficio. R. Amén.

La liturgia liberal no prescribe oración alguna para este acto. El consagrante, auxiliado por los obispos asistentes, le pone silenciosamente los guantes al nuevo obispo; y en seguida, se levanta el consagrante y dice:

Te rogamos, ¡oh! Señor, que colmes en Tu siervo aquello que está significado por estos visibles emblemas, de modo que la virtud prefigurada en estas prendas por el brillo del oro, el fulgor de las joyas y la primorosidad de las variadas bordaduras, resplandezca continuamente en su vida y obras. R. Amén.

Luego se entroniza solemnemente al nuevo obispo, llevándolo de la mano derecha el consagrante y de la izquierda el más antiguo de los dos obispos asistentes. Se le entrega el báculo y se canta un solemne Tedeum, durante el cual, el nuevo obispo, acompañado por los dos asistentes, da la vuelta a la Iglesia bendiciendo a los fieles.

Nos ha parecido conveniente modificar algunos versículos del Tedeum, pues en el original hay frases que en conciencia no podemos honradamente recitar.

Al volver la procesión al presbiterio, el nuevo obispo se sienta en el trono o faldistorio, teniendo a su derecha al consagrante y a los dos obispos asistentes a su izquierda. El consagrante se vuelve de cara a los fieles, da la bendición menor, y dice:

¡Oh! Dios, Pastor y Guía de todos los fieles, mira benignamente a este Tu siervo, que ya es pontífice y gobernante en Tu Iglesia. Te rogamos, ¡oh! Señor, que le concedas que tanto por su ministerio como por su palabra y ejemplo, sirva de provecho a cuantos estén bajo su gobierno junto con la grey confiada a su cuidado, y crezca continuamente en el conocimiento de Tus misterios. Por Cristo nuestro Señor. R. Amén.

El consagrante y a cada uno de sus lados un obispo asistente, se colocan en el lado del Evangelio. El nuevo obispo se adelanta al medio del altar, da la bendición solemne en la forma acostumbrada, y después tributa homenaje al consagrante, según antigua tradición de la Iglesia, adelantándose en tres pasos y otras tantas genuflexiones, diciendo: *Ad mullos annos*. Finalmente recibe la salutación de paz del consagrante y de los dos asistentes. Concluido esto, la procesión deja el presbiterio.

Aunque la rúbrica requiere la presencia de tres obispos para consagrar a otro, no es en modo alguno necesario para la validez del sacramento. Un solo obispo basta para transmitir el episcopado y así ha sucedido frecuentemente en la historia. Cuando toman parte en la ceremonia tres obispos, cada uno es independiente canal de energía, de modo que aunque por extraño error no fuese el consagrante obispo auténtico, la acción de los otros subsanaría la deficiencia y sería válida la consagración, porque los obispos asistentes tendrían la intención de consagrar, con la fórmula de consagración explícita en su mente, y esta intención operaría en el acto de ungir las manos, un cuando oralmente no se enunciara. Así para mayor seguridad está mandado que los tres obispos pronuncien simultáneamente la fórmula.

Privilegiados pueden considerarse los seglares que tengan oportunidad de presenciar alguna de las ordenaciones mayores. Grande y delicada cosa es ser capaces de ver el desenvolvimiento de este plan que nos dio Cristo hace siglos. Con su presencia y devoción pueden los seglares prestar auxilio y fortalecer las manos de quienes transmiten este admirable don. Como no están ordenados no les es posible conferir las Sagradas Ordenes; pero sí está en su poder apoyar las manos de los que las confieren y dar de este modo positivo auxilio en todo cuanto se efectúa.

Además, el servicio de ordenación depara una magnífica oportunidad a quienes tratan de educir la clarividencia. Quienes empiezan a ver deben procurar ver cuanto puedan. La humanidad está en evolución y las potencias de nuestros cuerpos superiores están ya próximas a la superficie,

y algunos de nosotros suelen ver algo más de lo que alcanza la vista ordinaria. En las ordenaciones hay coyunturas para ver muchísimo más de lo invisible al ojo físico. Mucho les importa a los circunstantes hacer un esfuerzo para colocarse en actitud receptiva con la esperanza de ver y experimentar algo de lo subyacente en las formas externas de la ceremonia. Habrá copiosas efusiones de energía, visibles para quienes aprendieron a percibir las; raudales de luz, relámpagos de espléndido color y poderosos ángeles que acuden a prestar auxilio. Quiénes se percatarán de su presencia y cuáles los verán, por lo que no hay razón para que otros no participen de esta ventaja. Que se coloquen en actitud de simpatía y que procuren ver y sentir. Día llegará en que lo consigan, y acaso sea pronto. Este es un medio en que los seglares pueden cooperar con los clérigos en la obra que hemos de cumplir.

CAPITULO V

SACRAMENTOS MENORES EL SANTO MATRIMONIO

En la ordinaria vida mundanal, el matrimonio de un hombre señala uno de los más importantes puntos, porque entonces empiezan para él una enteramente nueva fase de su vida. Por lo tanto, en este punto procede la Iglesia a reconocer formalmente y bendecir la acción del hombre, para que dé principio a aquella nueva fase con recto espíritu, proporcionándole tanto auxilio como sea capaz de recibir.

La general intención de la ceremonia del matrimonio es abrir una hacia otra las naturalezas de los contrayentes, especialmente los niveles astral y mental; y una vez hecho esto, trazar en torno de ellos un anillo que en cierto modo los separe del resto del mundo.

Desde el punto de vista de la vida interna, el matrimonio es una tremenda prueba en que los contrayentes se comprometen a hacer determinados sacrificios de su libertad y sus preferencias, con la esperanza y con la intención de que, en primer lugar, por efecto de su mutua acción, cada uno intensifique la vida interna del otro, de modo que su conjunta cantidad de energía espiritual sea muchísimo mayor de lo que sería la suma de sus separados esfuerzos; y en segundo lugar, de tener el privilegio de proporcionar apropiados vehículos a las almas que deseen y merezcan una favorable oportunidad de rápida evolución.

Naturalmente, hay muchos casos en que no se consiguen estos resultados, pues para ello se requiere una positiva y cuidadosa cooperación de la que son incapaces muchas gentes. Es necesaria muy elevada norma, pues su objeto es nada menos que mantener perpetuamente a los cónyuges en mutuo amor; pero no de un modo frío o aparatoso, sino firme, profundo y sinceramente, con discreción y completo olvido de sí mismo. No cabe duda de que cada cual sacrifica algo. El célibe puede obrar a su albedrío en cualquier sentido y obtener de ello provechosos resultados por medio de este éxtasis de devoción.

De la propia suerte que los cónyuges se enlazan, y en realidad son dos en uno, por la mutua consideración y el propio sacrificio, así llegará algún día a identificarse toda la humanidad. Entretanto, el estado de matrimonio es una bonísima práctica para la mayoría de las gentes.

El servicio de la Iglesia para el santo matrimonio es corto y sencillo. Principia con una plática dirigida a la congregación, anunciando el deseo que de unirse en matrimonio tiene la pareja, y preguntando si alguien sabe de algún impedimento contra dicha unión. Si nadie se opone, el sacerdote pregunta al novio si quiere aceptar por legítima esposa a la novia, y después hace a la novia análoga pregunta respecto del novio. Si ambos responden afirmativamente, el sacerdote rocía con agua bendita y bendice solemnemente el anillo nupcial colocado en una bandeja, impresionándolo vigorosamente con el pensamiento de sincera fidelidad y perpetuo y profundo amor, para que se convierta en poderoso talismán. El padre o tutor de la novia se adelanta entonces y tomándola entonces de la mano derecha, la entrega formalmente al sacerdote,

como representante de la Iglesia de Cristo. El sacerdote la entrega, acto seguido, al novio diciéndole: “Recibe el precioso don de Dios”. Después el novio repite, según va pronunciándola el sacerdote, la magna y solemne obligación de la ceremonia del matrimonio, la hermosa fórmula del tradicional compromiso de fidelidad, que dice así:

Te tomo para que seas mi esposa y tenerte y mantenerte desde hoy más, en lo mejor y en lo peor, en riqueza y en pobreza, en salud y en enfermedad, amándote, confortándote y honrándote hasta que la muerte nos separe. Por lo tanto, en presencia de Dios y en el poder y amor de Cristo nuestro Señor y Maestro te prometo fidelidad. Amén.

Concluye esta solemne promesa con el Amén, que según explicamos en un capítulo precedente, significa, por parte del novio, el enfático empeño de: “Por Amén, Señor de vida, juro que esto será así”. Y por parte de la congregación significa la vehementísima plegaria de: “Así sea. Que se mantenga la promesa”.

La novia promete entonces lo mismo respecto del novio, y después se efectúa la curiosa y antigua ceremonia de colocarle a la novia el consagrado anillo, primeramente, durante un momento, en el pulgar derecho y después en el índice y del medio hasta el anular, su permanente morada. Entretanto, el novio invoca el Sagrado Nombre de la Santísima Trinidad, terminando con la usual aseveración. Después repite otra antigua promesa:

Con este anillo me uno contigo. Te prometo mi verdadero amor. Con mi cuerpo te reverencio y con todas mis fuerzas te escudo. Amén.

El sacerdote moja con agua bendita la frente de los novios, les junta las manos derechas y sosteniéndolas con la suya, pronuncia la efectiva fórmula que los convierte en marido y mujer:

Os uno en matrimonio en Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Cubre después el sacerdote con la estola las juntas manos de los esposos, en muestra de la protección de la Iglesia, y añade las conocidas palabras: “Lo que Dios unió, no lo separe el hombre”.

En seguida se vuelve el sacerdote hacia la congregación y proclama públicamente que está efectuado el matrimonio.

Esta ceremonia tiene su aspecto legal además del eclesiástico, según demuestra la costumbre de publicar las amonestaciones durante tres semanas, la pregunta al principiar el servicio de si alguien sabe de algún impedimento, y la última proclama al público en general, todo lo que es de carácter legal y nada tiene que ver con el aspecto sacramental de la ceremonia.

Siguen ahora algunos versículos en que el sacerdote impetra para los recién casados la bendición de amor., prudencia y fortaleza. Después se rezan dos oraciones por el porvenir de los nuevos esposos: una para que mantengan perpetuamente sus promesas; y la otra (sólo se reza cuando conviene) para que tengan el “fruto de bendición” mencionado en el himno que sigue inmediatamente a las oraciones.

Aunque la tradición está por completo en su favor, hemos omitido la segunda de dichas oraciones en deferencia a la extraña costumbre moderna de negarse a reconocer la existencia de los más notorios fenómenos de la naturaleza. Esta parte del servicio se explica por sí misma y basta con citarla.

¡Oh! eterno Dios, Creador y Conservador del género humano, Dador de toda gracia espiritual, Autor de eterna vida, bendice a estos Tus siervos, a este hombre y a esta mujer, a quienes bendecimos en Tu Nombre, de modo que con seguridad mantengan y cumplan la promesa y pacto entre ambos establecido, y retengan de tal suerte su vida en Tu conocimiento y amor, que moren juntos en santa paz y amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre de los Alientos, en cuya mano están las almas que vienen a la tierra, bendice el matrimonio de estos Tus siervos con fecundidad de progenie. Que su vida esté tan santificada en Tu servicio, que se les puedan dar hijos radiantes con Tu poder y gloria. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Sigue después el conocido himno nupcial de Keble, en el que nos hemos visto obligados a hacer algunas modificaciones de importancia, para ponerlo en armonía con los ideales de nuestra Iglesia.

El sacerdote bendice a los novios, diciendo:

Dios todopoderoso derrame sobre vosotros los tesoros de Su gracia y os santifique y bendiga para que le sirváis en cuerpo y alma y viváis juntos en santo amor hasta el fin de vuestra vida. R. Amén.

Se ha considerado oportuno que en el mismo acto del matrimonio o tan pronto como después sea posible, reciban juntos los esposos la sagrada Comunión. Si la reciben al casarse, la misa se llama nupcial, según la costumbre romana, en la que hemos introducido unos pocos cambios apropiados, sobre los cuales no insistiremos por haberlos señalado ya en nuestra liturgia, sin que necesiten mayor explicación.

Desde luego que el Sacramento del Matrimonio no da motivo a una tan copiosa efusión de energía espiritual como la Sagrada Eucaristía, las Vísperas o la Bendición solemne; pero es de inmensa importancia para quienes están íntimamente relacionados con el sacramento, y sus internos efectos pueden ser grandes, no sólo en el mismo acto sacramental, sino permanentes, con tal de que estén en disposición de recibir lo que el cumplimiento de la ceremonia les pueda dar.

A veces son los contrayentes tan pagados de sí mismos o tan nerviosos y aturridos que poco beneficio reciben; pero otros hay equilibrados y profundamente fervorosos; y en este caso vale la pena de observar el aspecto interno de la ceremonia. Cuando el novio pronuncia la fórmula de la promesa, toda su aura brilla y se ensancha hasta envolver completamente a la novia, quien al pronunciar a su vez la promesa envuelve al novio con su ensanchada aura, quedando así ambas auras interpenetradas y por consiguiente en intensa reacción mutua. Al entrar el consagrado anillo en esta doble esfera, ilumina instantáneamente ambas auras cuyas vibraciones intensifica hasta hacer a los novios más sensitivos que de ordinario. Mientras dura esta condición de ampliada conciencia e intensa receptividad, pronuncia el sacerdote la fórmula matrimonial, y al pronunciarla brota de él un raudal de luz que se enfoca en las combinadas auras y las entrefunde temporáneamente en una sola. Esta luz y esta admirable unión persisten durante el resto del servicio y probablemente algún tiempo después en favorables circunstancias. Luego va cada aura restituyéndose poco a poco a una forma y condición semejante a la que antes tenían, aunque permanentemente más amplia y modificada, reteniendo cada una de ellas una especial vibración simpática respecto de la otra, de modo que pueden quedar mucho más fácilmente influidas por ella que por cualquier otro estímulo externo. De esta suerte los cónyuges pueden continuar reaccionando indefinidamente uno en otro para el bien, si son capaces de conservar perfecta armonía.

Tan magna oportunidad entraña necesariamente responsabilidad y riesgos. La íntima conexión que capacita a los cónyuges para auxiliarse uno a otro, los hace sin remedio extraordinariamente receptivos a las influencias y sentimientos de cada cual, de suerte que si dan paso a la discordia, el lazo de unión será tan potente para el mal y la tristeza como de lo contrario hubiese sido para la alegría y el bien.

Tal como empecé diciendo, el matrimonio es una prueba tremenda, para cuyo feliz éxito se requiere tacto, altruismo, adaptabilidad y un inagotable manantial de amor.

La muerte física no rompe un tan fuerte y estrecho lazo, porque como el poder de influir y la susceptibilidad de recibir la influencia, no reside en el cuerpo físico no se pierde erando éste se desintegra. Los individuos difieren mucho en este particular, pues son distintos sus temperamentos y méritos. Quiénes se alejan rápidamente del contacto terrenal; otros quedan retenidos contra su voluntad durante algunos años en inmediata cercanía de la tierra; y algunos se rezagan intencionadamente a fin de estar cerca de los seres amados.

Consciente la Iglesia de la continuidad del lazo, mira con alguna duda las segundas nupcias, y aunque no se niega a celebrarlas, debe dejarse pasar a lo menos un decoroso intervalo.

El Santo Matrimonio ha de celebrarse siempre antes del mediodía, porque después de esta hora no son tan favorables las condiciones magnéticas.

ABSOLUCIÓN

Ya expliqué la obra del Sacramento de la absolución³⁶ al tratar en su lugar y valor en el transcurso de la Sagrada Eucaristía (pág. 81); pero acaso convenga como apéndice de aquella explicación, transcribir algunas frases de lo que sobre el asunto expone nuestra liturgia.

Al sacerdote y al solicitante de absolución les está prohibido con sumo rigor, respectivamente preguntar o descubrir la identidad de otros complicados en alguna falta confesada. El penitente va a confesar sus faltas y no las de los demás. El sacerdote ha de mostrarse tan afectuoso, natural y humano como le sea posible con quienes a él se llegan para recibir la absolución.

Los niños menores de siete años no están obligados a confesar, porque es tradición de la Iglesia que no son capaces de grave y responsable pecado. Desde los siete años hasta que tienen completa responsabilidad, la Iglesia católica liberal los admite a la confesión auricular previo consentimiento del padre o de la madre, salvo en casos de apremiante necesidad.

El sacerdote oirá la confesión de una sola vez, a no ser que se vea forzado a interrumpirla. Después dará cuantos consejos le sugiera su buen criterio. Según costumbre de la Iglesia católica liberal, el sacerdote no impone penitencia; pero puede insinuar al confeso que asista a la Sagrada Eucaristía, para que la energía que entonces reciba, pueda usarla contra alguna especial falta o conjunto de faltas.

LA SANTA UNCIÓN

También transcribo de nuestra Liturgia:

Los propósitos del Sacramento de la Santa Unción son: 1o. Favorecer el recobro de la salud del cuerpo, 2o. Preparar al hombre para la muerte. 3o. Remisión de los pecados, pues también entraña una forma de absolución. Aunque la tendencia y costumbre de la Iglesia latina ha sido limitar la administración de este Sacramento a los que están en grave peligro de muerte, convendría que se empleara de un modo más general como un adyutorio para recobrar la salud los gravemente enfermos. Por este motivo llamamos a este Sacramento la Santa Unción en vez de la Extremaunción aunque se dice que este nombre deriva de la idea de que es la última unción dada al cristiano, siendo las precedentes las del Bautismo y Confirmación.

No se debe considerar la Santa Unción como si en circunstancias ordinarias produjera un efecto casi milagroso. Está meramente destinada a auxiliar el normal proceso de la naturaleza, librando al cuerpo de siniestras influencias y abriéndolo a la influencia espiritual.

Poco se sabe con seguridad respecto a este Sacramento. Se supone que deriva de la instrucción dada por el apóstol Santiago: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la Iglesia y oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si estuviese en pecados, le serán perdonados. Rogad los unos por los otros para que estéis sanes. La oración ferviente y eficaz del justo es muy valiosa”.

Sin embargo, no hay prueba alguna de que esta idea fuese original del apóstol; y es muy posible, como algunos creen, que el Cristo insinuara este procedimiento y que el apóstol Santiago se limitara a repetir en beneficio de sus prosélitos lo que le había oído decir al Maestro. Parece que posteriormente no se ha tenido en cuenta el aspecto saludable de este Sacramento, y se le considera como una final preparación para la muerte.

Acaso haya aquí alguna confusión con la antigua costumbre de sellar todos los centros de fuerza del moribundo a fin de que no viniesen siniestras entidades a apoderarse de su cuerpo en cuanto él lo dejase y lo emplearan en propósito de magia negra. Sin duda esta operación se convirtió con el tiempo en el actual método romano de ungir los órganos de los sentidos, pidiendo a Dios que le perdone al enfermo los diversos pecados cometidos por medio de ellos. Pero hacia el siglo XII la práctica de la Iglesia occidental fue indudablemente dar la unción sin restricciones a todos los enfermos graves aunque no estuvieran en inminente peligro de muerte.

Varias razones contribuyeron a limitar el uso de la unción a los moribundos. La *Enciclopedia Católica* habla de la rapacidad de los sacerdotes y de ciertas supersticiones populares según las que si el ungido enfermo recobraba la salud quedaba impedido para el resto de su vida de usar del matrimonio, comer carne, otorgar testamento y andar descalzo.

No parece improbable que en un cercano porvenir se restablezca el uso de este Sacramento

³⁶ La Iglesia romana le llama Sacramento de la Penitencia. (N. del T.)

con fines medicinales, así como se administra a los moribundos. En cuanto a éstos, se ha considerado más conveniente que reciban la Sagrada Comunión siempre que sea posible, y entonces se le llama el Viático o prevención para el viaje.

También puede emplearse la unción en la cura de enfermedades etéreas, porque la mayor parte de las dolencias están complicadas con afecciones nerviosas y es probable que pueda remediarlas la unción con el óleo sagrado. El Sacramento está destinado para curar y remediar al enfermo si es posible; pero si ha de dejar el cuerpo físico, le facilita y simplifica la partida. Cuando el enfermo está en evidente peligro de muerte, la Iglesia debe despedirlo con su bendición, dándole un final impulso hacia el bien por medio del Viático y después sellarle los centros a fin de que ni él ni nadie puedan hacer siniestro uso del cadáver. Porque casos hubo en que hombres atemorizados y mal instruidos hicieron frenéticos esfuerzos para reincorporarse al cadáver después de la muerte, y si alguien lo consiguiera quedaría en tan dañosas y antinaturales condiciones que es prudente imposibilitar el logro del intento. Hay una vasta e interesantísima bibliografía sobre el tema de la vida después de la muerte; pero no es lugar éste a propósito para considerarlo.

CAPITULO VI EL EDIFICIO DE LA IGLESIA

En los primeros tiempos del cristianismo se edificaban invariablemente las iglesias en forma de basílica, a imitación de los edificios públicos de aquella época³⁷. No era la basílica muy diferente de la generalidad de las iglesias de hoy día, pues constaba de un salón oblongo, correspondiente a nuestra nave, y alas con galerías, separadas de la nave por hileras de columnas. En el extremo oriental había un pequeño ábside semicircular en donde se sentaban los magistrados cuando el edificio servía de tribunal de justicia. Este ábside estaba separado del cuerpo de la nave por una celosía de listones de madera, precursora de nuestras modernas persianas. En la Iglesia griega se ha convertido en una alta pared de madera suntuosamente pintada que oculta por completo la vista del altar a los fieles, excepto cuando se abren las puertas del presbiterio durante algunas partes del servicio. En algunas catedrales inglesas es igualmente formidable la barrera; pero en las iglesias más modernas se ha reducido a la verja del presbiterio donde los fieles se arrodillan para recibir la Sagrada Comunión.

En la Edad Media surgió la idea de la Iglesia cruciforme, y aún se edifican gran número de iglesias en esta forma por respeto al simbolismo. Sin embargo, no es muy práctico este plan, porque si la Iglesia es algo grande, los fieles situados en el extremo inferior de la nave están muy lejos del altar y la mayor parte de los que se hallan en el crucero no pueden ver ni oír. Se intentó mejorar la situación de estos fieles con el invento del hagioscopio o abertura practicada en los ángulos de las paredes del campanario entre el crucero y el presbiterio, pero sólo fue un parcial remedio.

Lo importante es que todos los fieles puedan ver al celebrante y oigan lo que dice. También son éstas las condiciones deseadas en un teatro, y me parece que al trazar el plan de nuestra ideal Iglesia, haríamos bien en aprovecharnos de la experiencia de la arquitectura escénica. Desde luego que nuestro edificio ha de ser muy alto, y creo que deberíamos suprimir las galerías, aunque las reconozco necesarias cuando es preciso acomodar una numerosa congregación en un espacio relativamente pequeño. También son indispensables la adecuada ventilación, alumbrado y calefacción.

El reverendísimo Irving S. Cooper, obispo regional de nuestra Iglesia católica liberal en los Estados Unidos, me enseñó un proyecto de edificio destinado a nuestra peculiar modalidad de

³⁷ La basílica era un edificio público que servía a los romanos de tribunal de justicia y de lugar de reunión y de contratación. (N. del T.)

culto, que me parece muy recomendable. Lo reproduzco con su explicación en el diagrama 12.

Cualquiera que sea su forma, se ha de consagrar nuestra Iglesia una vez construida. En nuestra Liturgia se encontrará el servicio que se celebra a este propósito, y la plática con que empieza explicará su método y finalidad.

Es costumbre inmemorial de la santa Iglesia consagrar el edificio en que permanentemente se ha de celebrar el culto, y con este objeto nos hemos congregado hoy. Lo primero que hemos de hacer en esta ceremonia es procurar la purificación del ambiente mental del edificio por medio del agua bendita y del incienso para eliminar toda influencia y pensamiento mundanos, por lo que durante la primera procesión hemos de dedicar a este fin nuestros

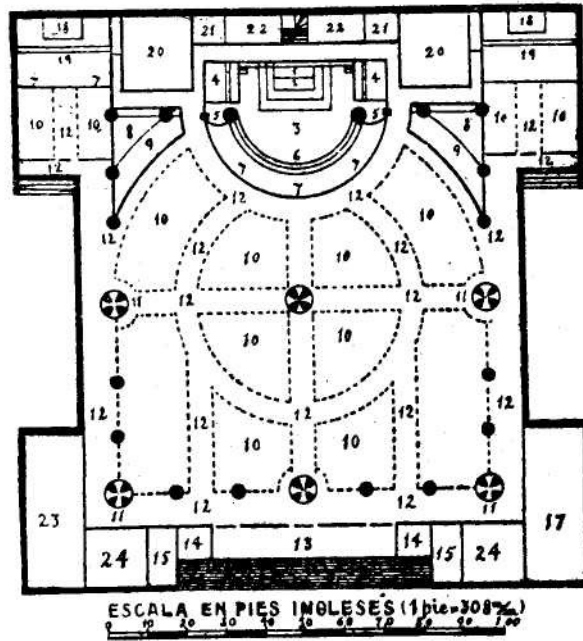


DIAGRAMA 12.—PLANTA DE UNA IGLESIA IDEAL—Las ventajas de esta planta son: que puede verse el altar desde todos los puntos de la iglesia; que el celebrante está cerca de los fieles; que el coro está de cara a oriente y por lo tanto puede guiar el canto de los fieles; que las alas o costados del edificio están en conveniente disposición, simbólicamente trazados y permiten el fácil paso de las procesiones por entre los fieles; y que una planta cuadrada favorece la construcción de un hermoso edificio eucarístico.

pensamientos. Después de cumplido el ritual de purificación, invocaremos a Dios todopoderoso a fin de que consagre y santifique las diversas partes del edificio para los propósitos de Su servicio a que están destinadas, y al efecto ungiremos con óleo santo ciertos especiales centros de influencia. En la segunda procesión de consagración debemos fijarnos firmemente en la idea de que esta iglesia no sea tan sólo un lugar libre de egoístas y mundanos pensamientos sino concretamente un activo centro de buenos y santos pensamientos; que además de estar libre de los malos, sea activamente bueno. Una vez efectuado cual cumple este magno acto de consagración, celebremos en seguida nuestro primer servicio, el mayor y más santo que conocemos: la Sagrada Eucaristía, ordenada por el mismo Cristo. Mientras se celebre este servicio, se efectuará la tercera procesión llevando la Sagrada Hostia por todo el rededor de la iglesia a manera de culminante bendición. Durante este tiempo nuestros corazones han de estar henchidos de profunda adoración a nuestro Señor, dándole cordialísimas gracias por Su admirable amor. Así, pues, recordemos las tres notas fundamentales de las diversas partes del Servicio: primera, purificación; segunda, consagración; y tercera, adoración y acción de gracias.

La primera parte del servicio empieza con una oración para que el edificio quede tan purificado por influencia del Espíritu Santo, que no pueda entrar en él ningún mal pensamiento. A este fin, el obispo toma el aspersorio y de pie ante el altar lo asperja tres veces con agua bendita;

después recorre toda la longitud del altar asperjándolo continuamente; y por último se vuelve hacia los fieles para también asperjarlos. En seguida se organiza una procesión que va marchando arrimada a las paredes de la Iglesia, que el obispo asperja copiosamente. Entretanto se canta un himno, que suele ser el titulado: “Adelante, soldados de Cristo”.

Terminada la purificación, empieza la consagración con una hermosa plegaria adaptada de la Liturgia de Irving, que dice así:

Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo + acepta + santifica y + bendice este lugar para el objeto a que lo hemos destinado, cual es para ser santuario del Altísimo e iglesia del Dios vivo. Que el Señor mire benévolamente nuestra obra y nos conceda Su espiritual bendición y gracia para que por El sea la casa de Dios y para Su pueblo que allí adore, la puerta del cielo. R. Amén.

El obispo se dirige al altar y con crisma hace el signo de la cruz sobre las cinco cruces entalladas en el ara. Después unge con crisma la cruz del tabernáculo y la del altar, diciendo:

¡Oh! Dios, cuya sabiduría ordenó poderosa y benignamente todas las cosas, Te suplicamos que mires la obra de Tus siervos y llenes esta casa de celestial sabiduría, para que quienes en ella Te sirvan queden llenos del espíritu de sabiduría y amor y constantemente trabajen para sacar a Tu pueblo de las tinieblas de la ignorancia y conducirlo a la luz de Tu santa verdad.

Por lo que + consagramos y + santificamos este altar a la gloria de Dios, a la perfección de la humanidad y en honor de Su glorioso mártir, el alma san...³⁸. En el nombre del igi Padre y del + Hijo y del Espíritu lE Santo. R. Amén.

Concluida esta oración, se adorna el altar, colocando el cáliz y la patena como de costumbre, y se encienden los cirios. El obispo lo incensa entonces de la manera usual. Se organiza otra procesión que también da la vuelta por la iglesia, cantando el himno: “Bendita ciudad, celesial Salem” y deteniéndose ante cada una de las cruces; porque en vez de los terroríficos cuadros del Vía Crucis, que desfiguran las iglesias romanas, ponemos en las paredes de las nuestras, unas cruces que representan los siete Rayos, realizando con ello una idea que explicaremos completamente al tratar del ara del altar, pues disponemos las cruces en la más posible correspondencia con las joyas del ara. La cruz de la puerta del tabernáculo representa el segundo Rayo. La representativa del primer Rayo se coloca tan cerca como sea posible del centro de la iglesia. La del cuarto en el sudeste; la del quinto en el sudoeste; la del séptimo en el oeste; la del sexto en el noreste; y la del tercero en el nordeste (Diagrama 8). Cada cruz lleva grabado el símbolo de un Rayo y encajada una chispita de su correspondiente joya.

Cuando, como a veces sucede, se ha de adaptar a nuestro uso un edificio ya existente, la orientación puede ser inadecuada, y en tal caso la relativa posición de las cruces debe ser la misma ya citada, aunque se hayan de variar los puntos cardinales. Es un inconveniente que el altar no esté situado hacia oriente, porque dificulta la obra que los auxiliares ángeles hacen en nuestro servicio. Cuando la iglesia está debidamente orientada, los ángeles aprovechan las corrientes etéreas que constantemente fluyen en ángulos rectos por la superficie de la tierra, de norte a sur y de este a oeste; pero cuando la iglesia está ubicada sesgadamente, los ángeles han de impulsar sus líneas de fuerza con toda clase de angulosidad a través de las corrientes terrestres, y aunque pueden hacerlo les cuesta mayor esfuerzo, porque es como nadar contra la corriente.

Al unguir el obispo la cruz del cuarto Rayo, situada en el ángulo sudeste, dice el obispo:

¡Oh! Tú cuya belleza brilla a través del universo entero, concédenos que así como en este Tu santuario procuramos reflejar las bellezas de Tu gloria celestial, así podamos iluminar nuestra vida con la luz de Tu residente Presencia.

En cada cruz, la oración concluye con las palabras: “Por lo que consagramos y santificamos, etc.” lo mismo que se dijo en el altar. En la cruz del quinto Rayo, dice el obispo:

¡Oh! Tú, gran Arquitecto, que pusiste en orden y simetría los cimientos del universo, concédenos que Tu pueblo modele y pulimente el tosco material de sus naturalezas, de suerte que resulten justos y exactos a Tu vista.

³⁸ Esto varía según la dedicación de la Iglesia.

En la cruz del séptimo Rayo, situada en el oeste:

¡Oh! Dios, Rey de los ángeles, Gobernador de las huestes celestiales, Te rogamos por el auxilio que estos tus radiantes siervos tan gozosamente nos prestan, que tengamos la fortaleza necesaria para desplegar tal valor, sabiduría y pureza, que seamos dignos de cooperar con ellos en Tu gloriosísimo servicio.

En la cruz del sexto Rayo:

¡Oh! Cristo, Señor de amor, ponemos nuestro corazón en tu santuario. Que en esta Tu casa de alabanza, pueda la ferviente adoración de Tus siervos elevarse a Ti como incienso hasta que la luz de su amor se identifique con Tu infinita Luz.

En la cruz del tercer Rayo:

¡Oh! Dios, que sales al encuentro del hombre en el sendero por el cual se acerca a Ti, concédenos la gracia de verte en el corazón de todos los hombres de modo que nunca quebrantemos la armonía y cortés correspondencia. Y así como Tú, ¡oh! Señor, por diversos modos te cumples, así podamos nosotros discernir acertadamente Tu propósito entre el tumulto de nuestra vida terrena.

La procesión se dirige a la cruz del primer Rayo situada en el centro de la iglesia, y al ungir la dice el obispo:

¡Oh! Dios, Roca de los Siglos, fortaleza de todos cuantos en Ti ponen confianza, Te rogamos que mires benignamente nuestra obra y llenes esta casa de Tu formidable poder, a fin de que quienes aquí Te adoren se vean circuidos de fortaleza para Tu santo servicio.

Vuelve la procesión al presbiterio y se celebra la Sagrada Eucaristía. Después de la Consagración se coloca la Hostia en el viril y se conduce alrededor del recinto mientras se canta la letanía como en el servicio de bendición con el Santísimo Sacramento.

Hemos comprobado el maravilloso efecto de este método de consagración según los siete Rayos. La concreta invocación de los principios o verdaderos ángeles de amor y devoción, de divina sabiduría y fortaleza espiritual, produce un resultado de veras espléndido; de modo que logramos establecer casi inmediatamente unas condiciones que requerirían siglos de servicios ordinarios, y nuestras iglesias quedan empapadas del sentimiento de devoción y reverente respeto que notamos en algunas grandes catedrales de la Edad Media, cuyas paredes exudan absoluta y literalmente un sentimiento de devoción y pavoroso respeto, porque durante siglos se han ido creando en ellas devocionales formas de pensamiento por sucesivas generaciones. Aun al levantarse aquellas paredes, se infiltraba en ellas la energía devocional, pues en aquella época era mayor la fe y menos señalada la influencia del mundo exterior, y los operarios rezaban al par que construían, colocando cada piedra como si fuese una ofrenda sobre un altar. Así es que antes de la consagración por el obispo, cada piedra era un verdadero talismán, cargado con la reverencia y devoción del constructor y capaz de irradiar en los demás las mismas ondas de sensación para despertar en ellos los mismos sentimientos; y las muchedumbres que iban después en adoración al santuario, no sólo sentían dichas radiaciones sino que las vigorizaban por la reacción de sus propios sentimientos.

Acaso algún día retornemos a este saluberrimo marco de pública mentalidad. Entretanto nos aproximamos a sus resultados por este especial método de consagración. Y aunque no cabe esperar que la mayoría de los actuales albañiles sigan tan elevada línea de conducta, no será vana la esperanza de que los fieles encargados de hacer las prendas y ropa del altar y de disponer la ornamentación interior, emprendan con rectitud de espíritu su obra. Cada toque de brocha o pincel en una pintura, cada punto de aguja dado en una casulla o un sobrepelliz, debe ser una directa ofrenda a Dios, de modo que la acabada obra de arte quede envuelta en una atmósfera de reverencia y amor y derrame perpetuamente sobre los fieles las vibraciones de estas cualidades. Por lo dicho es infinitamente preferible siempre que se pueda, que todas las prendas, ropas de altar y ornamentos salgan de las propias manos de los miembros de la congregación, más bien que adquirirlos en una tienda para regalarlos. Desde luego que ha de haber "primor artístico además de amor y devoción, porque una magnífica obra de arte puede irradiar aquellos santos sentimientos tan plenamente como otra menos perfecta, y además, auxiliará mayormente con su estímulo a los capaces de apreciarla y comprender lo que significa.

LOS VENTANALES DE LA IGLESIA

Los ventanales con vidrieras de colores son sumamente convenientes cuando son de buena calidad y artísticos. Hay que evitar en absoluto los lúteos tonos grises y oscuros de algunas modernas vidrieras, como son los insignificativos dibujos de alfombra que suelen verse reproducidos en vidrio. Son admisibles las figuras de Cristo, de Nuestra Señora, de los Santos y de los ángeles, así como representaciones de algunos de los más conocidos pasajes del Evangelio, aunque en gran parte son místicos. Pero sólo se han de permitir colores vivos y puros, tan semejantes como sea posible a las espléndidas vidrieras de las mejores ventanas medievales. Verdaderamente nos ha de ser difícil igualarlas, no sólo porque los modernos artífices en este ramo carecen de la habilidad de sus antecesores, sino porque cuando nuestros antepasados construyeron aquellos maravillosos mosaicos lo hicieron por amor a Dios y por la gloria de sus santos; y así cada pedazo de vidrio es un verdadero talismán, y los rayos de sol que a su través se filtran entrañan un fulgor que no del todo es del mundo físico.

LAS CAMPANAS

Se me ha preguntado a menudo si era conveniente que nuestras iglesias tuvieran campanas en sus torres. No es una excepción que podamos tener un dulce y armonioso repique; y si está a nuestro alcance será una adquisición, pero es un gasto supérfluo.

El toque de las campanas desempeña su parte en el plan de la Iglesia, aunque hoy día apenas se comprende. La moderna explicación parece ser que sirven para convocar a los fieles poco antes de comenzar el servicio, y no cabe duda de que en la Edad Media, cuando no había campanas ni relojes, se introdujeron precisamente para dicho uso. De este restricto concepto del objeto de las campanas nació la idea de que cualquier cosa que haga ruido puede servir para lo mismo, en muchas ciudades inglesas, la mañana del domingo es un tormento para los oídos por el simultáneo y discordante estrépito de gran número de inarmónicos pedazos de metal.

De tiempo en tiempo reconocemos el verdadero uso de las campanas, como cuando las empleamos en solemnes festividades o en ocasiones de regocijo público, porque en el plan primitivo sólo se tuvo en cuenta un repique de musicales campanas que emitieran armoniosas notas, a fin de que ejercieran doble influencia. Aún quedan reminiscencias de ello, aunque comprendidas a medias en la ciencia de la campanología y quienes conocen las delicias de la virtuosa ejecución de un repique general de campanas, estarán quizás preparados para saber cuán singularmente perfectas y magníficas son las formas construidas por ellas.

Uno de los efectos señalados al armonioso toque de campanas era lanzar una corriente de formas musicales reiteradamente repetidas de la misma manera y con el mismo objeto que el monje cristiano acostumbraba a repetir centenares de avemarias no en modo alguno en beneficio propio ni por su progreso espiritual, sino para que una particular forma de pensamiento y su significado pudiese de esta suerte imprimirse repetidamente en todos los cuerpos astrales que estuviesen a su alcance.

La bendición de las campanas tenía por objeto añadir alguna cualidad a estas ondulaciones. El toque de las campanas en distinto orden produce naturalmente diferentes formas; pero sean éstas las que sean, resultan de la vibración de las mismas campanas, que si desde un principio están cargadas de cierto tipo de magnetismo, cada forma por ellas construida entrañan algo de dicha influencia. Es como si el viento que trae a nuestros oídos trozos de música entrañara al propio tiempo un sutil perfume. Así el obispo que bendice las campanas las carga de la misma intención como si bendijese agua, esto es, con la intención de que doquiera llegue su son, desaparezcan los malos pensamientos y emociones y prevalezcan la "armonía y la devoción. Es una verdadera y legítima obra que bien pudiera llamarse mágica, y de completa eficacia cuando debidamente la realiza el mago. La ceremonia romana de la bendición de las campanas es muy complicada. Se la moja con agua bendita, se la unge con crisma y con el óleo de los enfermos, y se la incensa con un especial humo de tomillo, mirra e incienso.

Cuando nuestras congregaciones sean bastante numerosas y ricas, convendrá disponer de un suave y melodioso juego de campanas en las iglesias ventajosamente situadas. Hasta entonces será mejor permanecer en silencio para no molestar a los vecinos. Una campana de iglesia que suene armónicamente es agradable, y también hay mucho que decir en favor del suave son de la campana de torre en aquellos puntos del servicio en que abajo suena la campanilla del presbiterio, de modo que cuantos tienen oídos sepan lo que se está efectuando y puedan unirse en espíritu a nuestro culto si así lo desean.

AGUA BENDITA

Al describir el Asperges mencioné el uso del agua bendita, pero conviene ampliar la explicación. Para bendecirla, toma el sacerdote agua clara (*no* destilada) y sal pura, procediendo a desmagnetizarlas, eliminando de ellas toda fortuita influencia exterior que pudiera impregnarlas. El agua es un disolvente casi universal y absorbe con suma facilidad todo linaje de magnetismo circundante; y así, la tomada de una cañería o de una fuente ya estará algún tanto contaminada. Para nuestro propósito necesitamos agua magnéticamente pura, tan pura como físicamente sea posible, pero de ningún modo destilada, porque la destilación le arrebatara la vida y la deja irresponsiva. Nada importan, por lo despreciables, las exiguas cantidades de substancias químicas; pero es preciso hacerla magnéticamente pura, y al efecto el sacerdote elimina de ella todas las impurezas. Podemos decir que el sacerdote la filtra etérea, astral y mentalmente, con la diferencia de que en vez de pasar el agua a través del filtro, pasa el filtro a través del agua y elimina lo nocivo. Si el sacerdote es clarividente percibirá tal vez las impurezas en forma de una nube gris, y así tendrá la satisfacción de ver el éxito de sus esfuerzos; pero si todavía no posee la clarividencia, no por ello ha de sentirse menos seguro de su capacidad para purificar el agua. El lazo que estableció con nuestro Señor al ordenarse le confiere un poder sin otro límite que el de su reconocimiento de dicho lazo, y obra en nombre del Nombre que prevalece contra todo nombre. En toda acción magnética de esta índole, la completa confianza es condición de éxito. Tal es la fe que con el poético hiperbolismo oriental, dijo Cristo que era capaz de trasladar las montañas. En aquellos primitivos tiempos, las gentes lo personificaban todo, y así eran a sus ojos demonios las fortuitas impurezas y las exorcisaban con terribles maldiciones, según puede verse al leer el ritual romano para el bautizo de los niños, en el que abundan las enérgicas imprecaciones desproporcionadas con el resultado que se desea obtener.

Además, debemos tener en cuenta las circunstancias de quienes no están acostumbrados a actuar en este sentido, y por ello necesitamos cierto tiempo para formar vapor. En nuestro ritual es la ceremonia más suave, y sin embargo, da el mismo resultado.

Análogamente se desmagnetiza la sal que puede bendecirse en grandes cantidades y guardarse en acopio; pero el agua ha de renovarse en cada servicio. Ambas substancias se emplean para completar el simbolismo y porque verdaderamente son complementarias y más eficaces en combinación que lo serían separadas. El cloro es un elemento ardoroso que sea que su acción etérea es de índole ígnea, y como la sal común es cloruro de sodio resulta la forma más manejable en que puede obtenerse el cloro. El agua y el fuego son los más eficaces agentes purificadores, y los dos están mezclados en el agua bendita.

Una vez completamente desmagnetizadas el agua y la sal, las carga el sacerdote por separado de energía espiritual con muy fervorosas repeticiones hasta que por fin echa la sal en el agua en forma de cruz con otros vehementes conjuros y la bendición final que cierra la ceremonia.

Si se efectúa debida y cuidadosamente, el agua se convierte en un talismán efficacísimo para el especial propósito a que se la destina o sea el de eliminar de quien la use todo mundano y vagoroso pensamiento, convirtiéndole hacia la pureza, concentración y devoción.

El investigador de las cosas internas comprenderá fácilmente cómo es así, y cuando vea con astral luz la efusión de energía espiritual que sobreviene al usar o asperjar alguien el agua bendita, no tendrá dificultad en convencerse de que es un poderoso factor en la eliminación de morbosos pensamientos y emociones y en el apaciguamiento de las irregulares vibraciones de los cuerpos

astral y mental.

Siempre que el sacerdote ejecuta su obra, fluye por ella la energía espiritual, pero puede acrecentarla con el fervor de su devoción y la vivida conciencia de lo que está haciendo. El agua bendita ha de producir algún efecto en quien la use, pero el efecto es mucho mayor si la persona se abre convenientemente a su influencia y al tomar agua bendita se dice a sí misma una especie de conjuro u oración, como la siguiente u otra por el estilo: “Que el magnetismo infundido en esta agua purifique mis cuerpos astral y mental.” Será un excelente medio de obtener los mejores resultados.

Indudablemente es ventajoso tener agua bendita en la entrada de la iglesia, aunque preciso es confesar que la disposición adoptada es antihigiénica y repugnante. En deferencia a la opinión moderna habremos de modificar el actual medio de ofrecerla a los fieles. Acaso resultaría práctico el sistema de que pulsando un botón, brotaran una cuantas gotas.

Se ha preguntado si le sería posible a un seglar hacer agua bendita por un suficientemente determinado ejercicio de su voluntad. Seguramente que puede, aunque no de la misma manera, pues como no está ordenado de sacerdote, no puede extraer energía del depósito especial ni puede consagrar los sagrados elementos de la Eucaristía; pero puede cargar un objeto con su propio magnetismo y nacerlo poderoso para el bien. El seglar es asimismo una manifestación de la Divinidad, una chispa del divino Fuego; y si de esto está convencido puede infundir su poder, que es un aspecto del Poder divino, en el agua bendita y convertirla en talismán sumamente eficaz.

CAPITULO VII

EL ALTAR Y SUS PERTENENCIAS

Hemos considerado la celebración de la Sagrada Eucaristía desde el punto de vista del efecto interno que produce y hemos visto que tal consideración¹ nos capacitaba para comprender que es una hermosa, admirable y compleja ceremonia adaptada con notable ingenuidad a la obra que está destinada a realizar. Comprendida esta obra, podemos ver fácilmente cuál de las varias liturgias conviene mejor a su propósito y cuál de los diversos métodos posibles de efectuar el rito dificulta menos la tarea de los ángeles auxiliares y les proporciona mayor cantidad de valioso material.

Ahora procederemos a examinar desde el mismo punto de vista lo que podríamos llamar los instrumentos sacramentales, como el altar, las luces, los vasos y las vestiduras del celebrante y susceptible de variación y veremos que unas disposiciones son más convenientes que otras.

EL ALTAR Y LAS JOYAS

El altar mide por lo general unos 99 cm. de altura y poco más de un metro de anchura, incluyendo la gradería para los vasos y candeleros. Una longitud de dos metros y medio es suficiente en las iglesias ordinarias.

Puede ser el altar de piedra o de madera; pero en este último caso se ha de enquistar encima una losa nivelada, con la superficie de la tabla cerca del frente, pero a mitad de entre los extremos. Esta losa es por lo común de mármol de unos treinta centímetros en cuadro y de 25 a 50 milímetros de grueso. Esta losa es el verdadero altar y sobre ella se colocan el cáliz y la patena durante la celebración de la Sagrada Eucaristía. En la losa están grabadas cinco cruces de Malta, una en el centro y otra en cada ángulo. Los autores católico-romanos han considerado estas cinco cruces como símbolos de las supuestas cinco llagas de Jesús; pero su primitivo significado fue indicar las cinco direcciones que en el espacio siguen las radiaciones, de la Hostia. En el centro de la losa hay un hueco en el que la Iglesia romana coloca bajo sello una reliquia de algún santo. En la Iglesia católica liberal hemos adoptado un plan bastante diferente que muy luego describiré, aunque antes quiero decir unas cuantas palabras del tema de las reliquias en general.

Los ignorantes de estas materias suelen ridiculizar la idea de venerar un pedazo de hueso

que perteneció a un santo; pero si bien fuera impropio la veneración tributada al hueso en sí mismo, la influencia irradiante del hueso puede ser una realidad digna de atención detenida. No cabe duda de que el comercio de reliquias ha determinado en el mundo entero el fraude por una parte y la ciega superstición por otra; pero esto no menoscaba la valía de una auténtica reliquia que, tanto si perteneció al cuerpo físico de un gran Ser, como si es un fragmento de los vestidos que lo cubrieron, está impregnada de su magnetismo personal, es decir, que está cargada de las poderosas olas de pensamiento y sentimiento que solían emanar de él, como puede cargarse una batería de acumuladores, aunque en el caso de la reliquia permanece la carga sin menoscabo durante siglos, según saben los psicómetras.

La energía acumuladora se intensifica y perpetúa por las ondas mentales que sobre la reliquia derraman año tras año la fe y devoción de las multitudes que visitan el relicario. Por lo tanto, todo el que en actitud receptiva se acerque a una reliquia, recibirá sus intensas vibraciones y pronto quedará más o menos armonizado con ellas. Como quiera que estas vibraciones son indudablemente mucho mejores y más intensas que cuantas pudiera emitir de sí propio, le allegarán gran beneficio y temporáneamente lo elevarán de nivel abriéndole un mundo nuevo; y aunque el efecto sea transitorio le beneficiará grandemente, dejándole para el resto de su vida algo mejor que si no hubiese sucedido.

Todo esto suponiendo que la reliquia sea auténtica, porque poca duda cabe de que no lo son la mayor parte de las reliquias. Conocido es el caso de aquel obispo que cuando al visitar una ciudad le enseñaron su más valioso tesoro, cual era el cráneo de San Juan Bautista, exclamó: “\Pecador de mí; Este es el cuarto cráneo del santo Bautista que he tenido en mis indignas manos.” También se refiere que hay suficiente madera de la cruz para construir un buque de alto bordo, aunque tengo entendido que algunos escritores católico-romanos niegan indignados esta versión.

Por extraño que parezca, es lo cierto que no importa gran cosa el que una ordinaria reliquia sea o no auténtica, porque el original magnetismo de las generaciones de los santos es poquísima cosa en comparación de la fuerza infundida en la reliquia por siglos de sentimiento devocional, y cabe la seguridad de que sea o no auténtica emite intensa radiación, siempre beneficiosa para los visitantes. Por supuesto que una auténtica reliquia de Cristo o de Buda tiene formidable poder y brillo como el sol en todo su esplendor; pero hay muy pocas.

Las reliquias dan motivo a peregrinaciones que suelen ser muy provechosas, pues aparte del original magnetismo del santo que vivió en aquel paraje o de la reliquia que de él allí se conserva, tan pronto como se establece el lugar de la peregrinación y lo visitan las gentes, se carga del sentimiento devoto de las huestes de peregrinos y lo que allí dejan reacciona sobre los que luego vienen. Así es que la influencia de estos santos lugares no suele menguar con el tiempo, porque si la fuerza original tiende a disminuir ligeramente, está en cambio sin cesar alimentada por nuevas oleadas de devoción.

La Iglesia católica liberal usa para los altares en vez de reliquias un grupo de joyas intensamente magnetizadas y dispuestas del modo que trataré de explicar lo más claramente posible.

Al referirme a los cirios del altar, ya dije algo acerca de los siete Rayos y sus cualidades, mencionando sus principales características, por lo que no es necesario repetir lo dicho, aunque puede ser útil alguna mayor explicación del asunto.

Toda vida procede de Dios, pero por diferentes conductos. El libro de la Revelación nos habla de los siete Espíritus que están delante del trono de Dios, aunque muy poco dice de su función. Los investigadores de la vida interna saben que aquellos siete principales ministros son mucho más que simples servidores o mensajeros, pues son, por decirlo así, miembros del mismo Dios, quien obra en ellos y por ellos como canales de Su energía y partes de El mismo, que bajo Su dirección funcionan, análogamente a como en el cuerpo humano los ganglios subalternos funcionan bajo el gobierno del cerebro.

La vida divina fluye por estos siete Ministros, toma el color del canal por donde pasa y

durante toda su larga evolución lleva el sello de uno u otro de aquellos potentes Espíritus, siendo siempre vida de aquel tipo y no de otro en cualquiera de las etapas mineral, vegetal, animal o humana de su evolución.

De aquí se infiere que estos siete tipos se han de encontrar entre los hombres y cada quien ha de pertenecer a uno u otro de ellos. Siempre se han reconocido fundamentales diferencias de esta índole en la raza humana. Hace un siglo se clasificaba a los hombres en temperamento linfático» sanguíneo, nervioso y bilioso; y los astrólogos distinguían con los nombres de los planetas, como hombres de Júpiter, de Marte, de Venus, de Saturno, etc. A mi entender éstos no son más que otros métodos de exponer las fundamentales diferencias de disposición, resultantes del canal por donde vinimos a la existencia, o más bien, por donde se dispuso que viniésemos.

Como quiera que todos estos tipos existen entre los hombres, es evidente que la energía divina actuará en nosotros de diversos modos, o como si dijéramos, que su incidencia formará distintos ángulos. La Iglesia de Cristo nos ha ordenado establecer ciertas disposiciones para la recepción de dicha energía, proveer un cáliz y una patena, un altar y un edificio para la iglesia. Nuestros obispos empuñan un báculo y llevan una cruz pectoral, que son ambos centros físicos para la irradiación de la energía; y si las características de los diversos Rayos pudieran incluirse de un modo u otro en estos especiales centros, y si en cada uno de ellos pudiera haber un centro subalterno para cada uno de los Rayos, se facilitarían la distribución de la fuerza.

Explicemos esta idea por medio de una analogía, pero recordando que no es más que analogía sin llevarla demasiado lejos. Supongamos que los hombres de cada Rayo puedan absorber fácilmente luz de un solo color, esto es, violeta los del primer Rayo, azul los del segundo y así sucesivamente. La energía dimanante de lo alto es la luz blanca que resume todos los colores, y al bañar a cada hombre, tomará éste el único color que sea capaz de absorber, dejando pasar los demás, que apenas influirán en él. Pero la facultad de seleccionar el propio color y separarlo de los restantes, existe en los hombres en muy diversos grados, y parece probable que si pudiésemos idear algo semejante a un prisma físico, algún método para descomponer la luz blanca en los siete colores del espectro, como la descompone el prisma físico, se la asimilarían mucho más fácilmente los fieles.

Los Rayos se difunden por la naturaleza entera, de suerte que así como hay hombres pertenecientes a cada uno de ellos, así también hay animales, vegetales y minerales con las especiales características de su Rayo correspondiente.

Por ejemplo, vemos que cada Rayo tiene su representativa piedra preciosa o grupo de ellas, por cuyo medio actuará la energía del Rayo mucho más fácilmente que por cualquier otra piedra; y así nos ha parecido que procurándonos una serie de dichas joyas, cada una de ellas apropiada a un Rayo, y colocándolas en el ara del altar, proporcionaríamos unas lentes a propósito para la radiación de los tipos de la séptuple energía.

Efectuamos la prueba experimental, y tuvo notable e instantáneo éxito, hasta el punto de que nos alentó para ampliar el plan al mismo edificio de la iglesia, así como al pectoral y báculo de nuestros obispos. Basta la más menuda partícula de la joya requerida, de modo que el costo no es prohibitivo (de cuatro a seis chelines por grupo) ni el valor de la joya es bastante para tentar a los ladrones. Así tenemos por costumbre engarzar un círculo de diminutas piedras preciosas en el centro del ara, en vez de reliquias.

Cada partícula se magnetiza intensamente según su especial índole, de modo que sea el más expedito canal para el gran Ángel de su particular Rayo, siempre que aparte de su función quiera usarlo como prisma relacionado con la consagración de la Hostia.

El diagrama 8 indica la más conveniente disposición de las piedras preciosas y también demuestra cómo fluye la energía entre las joyas del ara, de los candeleros y las de las cruces de los Rayos en las paredes de la iglesia.

Tales son las piedras peculiares de cada uno de los siete Rayos, pero no las exclusivas, pues toda piedra preciosa pertenece a uno u otro Rayo. Las enumeradas en la primera columna son las principales de su respectivo Rayo en el reino mineral, y por lo tanto son sus más adecuados

representantes. No sabemos *por qué* lo son, y desde luego no será por su constitución química, porque el zafiro y el rubí la tienen casi idéntica y sin embargo son radicalmente distintas las fuerzas que fluyen por ellas. Acaso sea factor importante

1	Diamante	Cristal de roca.
2	Zafiro	Lapislázuli, turquesa y sodalita.
3	Esmeralda	Aguamarina, jade y malaquita.
4	Jaspe	Calcedonia, ágata y serpentina.
5	Topacio	Cetrina y esteatita.
6	Rubí	Turmalina, granate, cornerina, carbúnculo, tulita y rodonita.
7	Amatista	Pórfido y vólolana.

la coloración de las piedras, y las investigaciones posteriores esclarecerán seguramente este punto. Entretanto, nuestros sacerdotes pueden confiar en la exactitud de la lista tal como queda expuesta.

En la segunda columna aparecen los nombres de algunas piedras menos valiosas que pueden substituir a las primeras en caso necesario; pero habrán de ser de mayor tamaño para que produzcan el mismo efecto.

El altar (lámina 17) se levanta del suelo sobre una gradería de al menos tres peldaños, y el superior forma ante el altar una amplia tarima donde se coloca el sacerdote para celebrar la Sagrada Eucaristía. Los peldaños dan la vuelta por los lados del altar.

El altar debe cubrirse con tres lienzos: el de encima de la misma anchura que la de la tabla del altar y lo bastante largo para que casi toque al suelo por ambos extremos. El rito romano usa un cuarto lienzo colocado debajo de los otros tres, de tejido impermeable, llamado *crismal*, para tal vez en caso de accidentes. El lienzo frontal (denominado en latín *antependium* porque se coloca en el frontis del altar) se cambia según el día o la época del año eclesiástico, según explicaré en otro "volumen de esta serie, sobre las Festividades cristianas.

COLORES ECLESIAÍSTICOS

Saben muy bien los investigadores de la vida interna que el color es una de las modalidades de expresión de la naturaleza. El color es una modalidad vibratoria, y nuestras variadas emociones se manifiestan en cambiantes de color del cuerpo astral a la vista de quienes han desarrollado la necesaria para percibirlos. De la propia suerte, los cambios de color del cuerpo mental indican la índole de pensamientos que por él pasan. La investigación de los colores y sus combinaciones en estos mundos superiores es sumamente fascinadora y poco a poco se va concretando en ciencia. Yo he escrito un libro sobre el asunto con muchas ilustraciones pintadas por un clarividente, y a dicho libro remito a quien desee estudiar más determinadamente el tema³⁹

Hay en este punto una cierta reacción. Si en el cuerpo astral se levanta una emoción cuya modalidad vibratoria se manifiesta en color, este mismo color en un objeto que vibre en idéntica proporción, al chocar con un cuerpo astral relativamente sosegado, propende a conmover las partículas del cuerpo poniéndolas en simpática vibración, lo cual significa que cada color tiende a despertar en el hombre la emoción que expresa. La influencia no es muy notable ni determinada cuando hay poca cantidad de color; pero si abunda, ejerce indudablemente una lenta y firme presión hasta que por grados produce apreciable efecto.

En los primitivos tiempos, cuando no eran numerosas las reuniones de fieles, las paredes del aposento o de la iglesia estaban cubiertas con colgaduras del color del día, de modo que la pequeña congregación se reunía en un local encarnado, verde o morado para el servicio del culto. Las dimensiones de nuestras actuales iglesias nos impiden seguir el ejemplo de nuestros antepasados; pero la Iglesia todavía prescribe que el frontis del altar y las vestiduras sacerdotales se cambien en correspondencia con la especial modalidad de energía que está irradiando y con la condición mental que procura promover. Así no sólo nos muestra la Iglesia un interesante tema de

³⁹ El hombre visible e invisible por C. W. Leadbeater.

simbología sino que hace un esfuerzo notoriamente científico en la obtención de determinado objeto.

Cabe, además, otra consideración. Todas las fuerzas de auxilio y favor divino, invocadas durante los servicios, fluyen por conducto del celebrante y sus asistentes cuyas vestiduras están especialmente dispuestas para la recepción y distribución de dichas fuerzas, según explicaremos. Por lo tanto, el color de la vestidura es en este caso un factor muy importante, pues matiza con sus vibraciones la energía en ella almacenada, y así, aunque fuese cual fuese el color de la vestidura sacerdotal no impediría jamás el flujo de la energía divina, facilitará algún tanto su paso si está en armonía con la particular modalidad, de dicha energía que en aquel momento esté en acción, mientras que si el color no es adecuado puede producir un leve rozamiento. Por regla general, se usan muy poco los tonos sombríos y opacos, y el negro (que es la ausencia de todo color) opone graves obstáculos, por lo que la Iglesia católica liberal nunca usa el negro.

De esta suerte, las épocas de la Iglesia son de por sí una especie de sacramento dispuesto en beneficio de los fieles, de modo que unas veces desarrolle un aspecto y otras veces otro de su naturaleza mediante aquella lenta y firme influencia del color que sobre ellos actúa sin cesar ni siquiera un momento mientras están en el recinto del sagrado edificio.

Desde luego que la presión ejercida por el color no logrará colocar en determinada actitud mental a una persona negligente, frívola o perjudiciosa, sino que tan sólo a quienes estén simpáticamente dispuestos a realizar un esfuerzo en recto sentido, proporcionará dicho plan favorable ambiente para tal esfuerzo. La Iglesia no puede forzar la evolución de nadie; sólo puede proporcionar favorable ambiente para el desenvolvimiento de cada cual, a quien le toca aprovecharlo. Todo lo dicho son auxilios y el hombre prudente no menosprecia nada, por ínfimo que sea, capaz de ayudarle en un camino rodeado de dificultades.

Actualmente usa la Iglesia cuatro colores: blanco, encarnado, morado y verde. También emplean el rosa, pero sólo dos veces al año, las iglesias que de él disponen. Cada uno de estos colores es el más conveniente a cierta modalidad de energía efundida. En varias épocas de la historia de la Iglesia se ha ensayado el uso de otros colores, especialmente en Inglaterra, y en el antiguo rito de Sarum⁴⁰.

Se usó el azul en las fiestas de Nuestra Señora y el amarillo en la de los confesores; pero echóse de ver que había en ello escasa utilidad, y en cambio era considerable el exceso de gasto, de modo que hubo una general reversión a los cuatro principales colores señalados originalmente por la tradición.

El blanco se usa en las solemnes festividades, como Pascuas, Navidad, Ascensión, Trinidad, y también en las fiestas de Nuestra Señora, de los ángeles y de los santos no mártires. Se ha de entender que estas festividades no son meras conmemoraciones históricas, sino ocasiones de especial efusión de energía divina. En un principio pudo haber veces en que por razones astronómicas o de época del año, fueran fáciles estas efusiones; y ahora, como si dijéramos por convenio entre cielo y tierra, son deparadas coyunturas para especiales “lluvias de beneficios”.

Fácilmente se comprende que en una época como Navidad, cuando todos los hombres están predispuestos a caritativos y benévolos pensamientos, son más asequibles a las superiores influencias que entre los recelos y violencias de la vida ordinaria. De momento se hallan dispuestos a recibir la gracia de lo alto, y aprovechando su actitud sobreviene la efusión. Los ángeles y otras entidades que se ocupan en ayudar a esta obra, conocen de antemano dicha disposición, como la conocemos nosotros, y están prontos a prestar su asistencia.

⁴⁰ Antiguo castillo romano, situado en las cercanías de la actual ciudad inglesa de Salisbury. Allí murió el rey Canuto, y Guillermo el Conquistador reunió a los barones del reino para renovar el juramento de fidelidad. El obispo Hermán unificó en Sarum las dos sedes de Ramsbury y Sherborne, y empezó la construcción de una catedral, terminada por su sucesor San Os-mundo, quien estableció un rito especial que después se generalizó por gran parte de Inglaterra. (N. del T)

El blanco es la síntesis de todos los colores, la combinación de todos ellos, y el símbolo no sólo de la pureza sino de la más pura alegría y el más intenso regocijo. Así es que en las solemnes festividades se explaya con toda plenitud la luz blanca. Acaso en cierto modo está casi mejor expresado por el esplendor áureo que por el blanco, pero no quiero decir el amarillo de oro, sino el mismo brillo del metal. Por esta razón la Iglesia permite el uso del dorado como sustituto de todos los colores menos el morado. La luz blanca representa la plena y perfecta efusión; pero no somos capaces de soportar ni responder de una vez a toda su energía vibratoria, por lo que para recibirla con pleno beneficio debemos predisponernos a ello por la separada acción de algunos de sus componentes. La descomposición de la luz solar en diversos colores es un símbolo de la acción del amor divino en el hombre, y así empleamos aquellos variados matices para estimular distintos aspectos de nuestra naturaleza.

El morado es el color que empleamos para disponernos a la inmediata recepción del blanco, porque las vibraciones del morado son intensamente rápidas, penetrantes, actíneas y purificadoras. Se le considera como color de penitencia, pero estará mejor expresada la idea diciendo que promueve la introspección y moviliza las fuerzas internas actuando mejor sobre el verdadero hombre. El morado expresa y estimula la suprema aspiración espiritual que es la entremezcla del azul de la devoción y el carmín del perfecto amor. Se ha comprobado que el blanco es el más a propósito para la recepción del *resultado* de las semanas del devoto esfuerzo en Adviento y Cuaresma que predisponen reactivamente a las festividades de Navidad y Pascua; pero el morado es más útil durante el tiempo de preparación porque sus vibraciones actúan en nuestros cuerpos superiores y propenden a hacernos buenos canales para la conducción de la energía efundida en aquellas festividades. De ningún modo significa esto que la mera presencia del color morado en la iglesia haya de mudar la índole de los fieles que asisten al servicio; pero quienes comprendan su influencia y quieran recibirla y sepan lo que consigo han de hacer para ello, la prevalencia de aquel color les facilitará la tarea mayormente que de cualquiera otro modo. Lo mismo cabe decir de las vigiliias de los días de santos, por lo que también es el morado el color escogido para usarlo en ellas. Por igual razón de su penetrante y purificadora virtud se emplea en todos los exorcismos, en la santa unción, en el sacramento de la Absolución y en los funerales.

El encarnado se usa en las fiestas del Espíritu Santo y en las de los mártires, como símbolo en el primer caso de las lenguas de fuego cuando la Pentecostés, y en el segundo de la sangre derramada. Su energía es de poder espiritual, valor y expansibilidad.

El título de Consolador dado al Espíritu Santo ha sido sin duda un solaz para muchos afligidos; pero sin embargo dicha palabra es una parcial e insatisfactoria traducción de la palabra griega *Parakletos* que resultaría mucho mejor traducida por Alentador, Fortalecedor y también Auxiliador⁴¹. La acostumbrada traducción sugiere la idea de que el Espíritu Santo actúa principal o únicamente en tiempos de aflicción, siendo así que Su poder está con nosotros a cada momento, como siempre presente manantial de inspiración, torre de fortaleza, fuente de vida y venero de energía a Quien nunca invocaremos en vano. En el sistema cristiano, el aspecto de Consolador de los afligidos se ha transferido a Nuestra Señora, con quien el Espíritu Santo está tan caramente relacionado; pero la consideración de este punto corresponde a nuestro próximo volumen. El encarnado también simboliza el fuego del amor; y el amaranto rojizo es tal vez la entremezcla del rosa del amor y del escarlata laqueado de la valentía. Es un magnífico color cuyas vibraciones son siempre vivas y alentadoras. Está en el opuesto extremo del violado en el espectro, pero tiene alguna semejanza con los efectos de este otro color, aunque incita a la actividad externa en vez de a la introspección.

El verde está situado en el punto medio del espectro, entre el rojo y el violado, y es el color de la naturaleza, de las hierbas y de los árboles. Representa la condición intermedia el equilibrio de las fuerzas y su efecto se dirige hacia la simpatía, benevolencia y el cariñoso interés que en

⁴¹ La palabra griega significa literalmente “abogado defensor”. (N. del T)

tranquila, pacífica y sin embargo afectuosa actitud debemos sentir siempre por todas las gentes. Es el color a que recurrimos cuando ninguno de los demás conviene, y simboliza para nosotros la práctica de cuanto hemos aprendido, el empleo en la vida ordinaria de las formidables fuerzas acumuladas durante las festividades.

Por antigua costumbre, el rosa substituye al morado el tercer domingo de Adviento y cuarto domingo de Cuaresma, pero muchas iglesias no lo usan, y por lo tanto se deja su empleo a la discreción del párroco. El rosa simboliza el puro amor espiritual que a un tiempo debe ser el resultado y el céntrico pensamiento de nuestros períodos de preparación.

EL RETABLO

En la parte posterior del altar se extienden a todo lo largo uno o dos estantes de como 15 cm. de altura, llamados retablo o gradinas⁴² sobre los que se colocan los seis grandes candeleros, búcaros con flores y en el centro la caja llamada tabernáculo donde se guarda la Hostia. Frecuentemente descansa el tabernáculo o sagrario sobre la misma tabla del altar, y en este caso se corta el retablo por el centro para dejar sitio. Las instrucciones de la Iglesia romana recomiendan que sea el sagrario o tabernáculo una pequeña arca de hierro, como las de caudales, empotrada en la pared o en el tope del ara. Debe tener en su cara frontal una portezuela de una hoja que se abra hacia afuera, o a veces será más conveniente que tenga dos hojas y se abran hacia el medio. Hay algunos tabernáculos de frontis alabeado y portezuela corrediza. Encima de la puerta ha de haber una sencilla cruz latina de latón, cubierta a veces por un velo de seda del color del día. El interior del tabernáculo ha de estar todo dorado o con forro de seda blanca. Sobre el tabernáculo se coloca una gran cruz de bronce (*no* un crucifijo) que fácilmente la distinga la congregación. Siempre se ha de evitar la ordinaria figura del crucifijo porque está asociada con muchas ideas falsas y engañosas. Hay una figura muy rara que representa a Cristo coronado como triunfante rey sobre la cruz, y esta figura es mucho más antigua y aceptable que la otra.

Sobre el altar ha de haber búcaros con flores, y en las festividades se colocan candelabros de varios brazos para los complementarios cirios de menor calibre. Cuando detrás del altar hay dos o más estantes, en el superior se colocan los seis candeleros mayores y los complementarios y los búcaros de flores en el inferior. En la misa rezada bastan dos cirios en el estante inferior. La lámpara del sagrario (que debe arder siempre que el Santísimo Sacramento esté reservado) ha de colgar del techo de la iglesia algo cerca de enfrente del medio del altar pero muy por encima de las cabezas de los clérigos oficiantes.

LOS CIRIOS

Convendrá decir unas cuantas palabras acerca de la tan frecuentemente tergiversada función de los cirios. Cada uno de los grandes candeleros está especialmente consagrado y dedicado al Jefe de uno de los Rayos. Todo objeto consagrado se convierte en canal de las fuerzas superiores. Por medio de la consagración provocamos en dicho objeto, aquí en el plano físico, ciertas definidas vibraciones de que antes carecía. Pero así como cada nota musical tiene sus armónicos, así también toda vibración física tiene sus armónicos o resonancias en los diversos mundos superiores.

Al describir el efecto de la consagración de la Hostia hablamos de los “hilos” que desde cada objeto físico llegan al infinito; y aunque en la consagración del objeto no removemos dichos hilos (pues sólo el Ángel de la presencia puede removerlos) levantamos en él un nuevo grupo de vibraciones que lo capacitan para responder de nueva manera a las fuerzas superiores y atraerlas a este bajo mundo. Una vez establecido este lazo lo utilizamos por el procedimiento de combustión, pues al poner un objeto en estado candente excitamos todas sus contrapartes en los diferentes niveles, y por lo tanto lo convertimos en una directa y expedita línea de comunicación.

⁴² En la Iglesia romana se llama retablo la obra de arquitectura que compone la decoración de un altar con una serie de figuras pintadas o de talla, que representan una escena o suceso sagrado. (N. del T.)

Recordando cuan rigurosamente toda superior manifestación dinámica está gobernada por la idea de economía de fuerza, vemos que el establecimiento de una expedita línea de comunicación ha de producir su resultado. Por lo tanto, al encender los cirios consagrados a los Rayos, tenemos por decirlo así un alambre telegráfico hasta los pies del Jefe de cada Rayo, determinando con ello una ampliación de su conciencia hasta nosotros, y le dirigimos una invocación en respuesta a la cual fluye en descenso su fuego y efectúa su obra. Cuando los judíos quemaban la carne de bueyes y carneros evocaban con ello a una baja y repugnante variedad de elementales, porque ninguna otra entidad podría complacerse en la matanza ni en los vapores de la sangre ni en la pestífera hediondez de los chisporroteantes cadáveres.

Pero la idea de sacrificio urente está muy lejos de ser deleznable superstición. Tanto el fuego como la luz son poderosos elementos de comunicación con los mundos superiores para quienes saben aprovecharlos. La lumbre de nuestros cirios, de la lámpara del sagrario y del incienso no arde en vano. Los antepasados que nos legaron estas tradiciones las habían heredado de los partícipes de los antiguos Misterios cuyas operaciones tenían fundamento científico. La ciencia moderna no ha llegado todavía a estos niveles suprafísicos, pero se dirige notoriamente hacia ellos, y los discretos consideran ya sin prejuicios muchas cosas de que se habían burlado los necios.

Durante los cuarenta días comprendidos entre Pascua Florida y el día de la Ascención arde un voluminoso cirio, llamado pascual, que constituye un conducto para la energía suplementaria que a la sazón irradia, y de paso recuerda a los fieles la especial oportunidad que se les depara. El mismo objeto tienen los cirios suplementarios que se encienden en otras festividades.

Todo esto lo ven y conocen los clarividentes, pero necesita explicación para quienes aún no tienen más que vista física.

La Iglesia romana afirma insistentemente que, al menos en los de gran tamaño, sólo pueden usarse cirios que contengan abundante proporción de cera. Hay una curiosa relación entre la cera y la laboriosidad de las abejas que puede servir de emblema a nuestra labor. Sin embargo, conviene recordar que estas reglas datan de un período en que la cera y el sebo eran los únicos materiales de que se podían elaborar las velas y los cirios, y por lo tanto el sebo era de todo punto inadmisibile. Parece que no hay objeción contra los cirios de parafina ni los de aceite de palma y coco.

No tiene límite el número de cirios suplementarios que pueden encenderse en las solemnes festividades. En la misa rezada no puede haber menos de dos cirios o (según costumbre (romana) cuatro si es obispo el celebrante. Cuando está de manifiesto el Sacramento o se ha de dar la bendición debe haber por lo menos doce cirios encendidos, aunque generalmente arden muchos más. Si el obispo de la diócesis celebra misa pontifical se enciende un séptimo cirio que se coloca detrás de la cruz del altar, un poco más alto que los otros seis. A veces se adhiere a la misma cruz.

CÁLIZ Y PATENA

De los instrumentos sacramentales, ningunos tan importantes como el cáliz y la patena (lámina 18). Han de ser siempre de oro o de plata sobredorada por la superficie superior de la patena y la interior del cáliz. Si la pobreza obliga, el pie y la barreta pueden ser de inferior metal, aunque no es conveniente. Los ha de consagrar un obispo, y cuando se hayan de sobredorar de nuevo por desgaste, se han de volver a consagrar antes de usarlos.

En tiempos antiguos, el cáliz y la patena eran de muy complicada labra, estaban cuajados de joyas y a veces mucho mayores de los hoy en uso. He leído que una patena medieval pesaba treinta libras⁴³ y en el famoso cáliz de Ardagh caben tres pintas,⁴⁴ tiene dos asas, es de configuración muy parecida a la de las modernas soperas y está maravillosamente ornamentada de oro y preciosos esmaltes. Es una verdadera obra maestra de la antigua orfebrería irlandesa. No se sabe a punto fijo la fecha de su construcción, aunque se supone entre los 800 y 900 años de la

⁴³ Unos 13,620 Kg. (N. del T.)

⁴⁴ 1,704 litros. (N. del T.)

era cristiana. Tenemos noticia de que las iglesias primitivas usaban cálices de vidrio, cristal, marfil y aun de madera y hueso, aunque estos últimos fueron muy luego rigurosamente prohibidos.

OTROS VASOS Y PAÑOS

En relación con el cáliz debemos considerar el corporal y el purificador (lámina 18). Son dos lienzos cuadrados del hilo más fino que sea posible adquirir. El corporal, así llamado porque en él descansa el Corpus o sagrado Cuerpo, se extiende sobre el ara del altar y encima se colocan la Hostia y el cáliz durante la celebración. Terminado el servicio, se dobla y se guarda en la bolsa (lámina 18). El purificador se usa para limpiar y enjugar el cáliz, la patena y los labios y dedos del sacerdote después de las abluciones. La hijuela es un recio lienzo cuadrado, con una cruz por adorno, que sirve de tapadera de cáliz. La bolsa no es más que una envoltura cuadrada en que se guarda el corporal, y usualmente está reforzada con cartón como la hijuela, y tiene una cruz bordada en oro en medio de uno de los lados. El cubre-cáliz es un paño lo bastante amplio para tapar el cáliz y caer colgando por ambos lados hasta la tabla del altar. También lleva una cruz de oro cerca de uno de los bordes, dispuesta de modo que cuando el paño cubra el cáliz quede en el centro frente a la congregación. Tanto la bolsa como el cubre-cáliz son de la misma estofa y color que las vestiduras del día y su ornamentación hace juego con la de ellas.

Antes de principiar la celebración se disponen las cosas (lámina 18) como sigue: Se extiende ante todo el corporal sobre el altar, de suerte que su centro coincida con el ara. Encima se coloca el cáliz vacío que lleva colgante el purificador sobre el que descansa la patena en la cual se coloca la Hostia sin consagrar y encima la hijuela y sobre ella el cubre-cáliz que como cuelga a uno y otro lado hasta la tabla del altar, tapa todo el cáliz, con la cruz frente a los fieles. La bolsa vacía se coloca aparte en el altar, del lado del evangelio, o apoyada en uno de los búcaros o jarros de flores, con la cruz frente a los fieles. Después de las abluciones se vuelve a colocar todo en la misma disposición, aunque desde luego ya no está la Hostia sobre la patena, y la bolsa, con el corporal en su interior, descansa sobre el cubre-cáliz con la cruz hacia arriba. Conviene advertir que la Hostia consagrada sólo puede estar en contacto con oro o lino blanco, sin permitir que toque algodón, seda ni ninguna otra materia.

El copón (lámina 18) es en realidad un cáliz tapado y la regla para su uso es la misma que para el cáliz, pues ha de ser de oro o de plata sobredorada en el interior. La tapadera lleva generalmente por remate una asa en figura de cruz. Contiene el copón las hostias para los fieles, y se coloca en el altar junto al cáliz hasta tanto que se consagren las hostias. Después se distribuyen al clero y al pueblo tomándolas del copón, que luego se guarda en el tabernáculo con las hostias sobrantes, tapándolo cuidadosamente y cubriéndolo con una tela de seda blanca. En las iglesias muy concurridas, donde han de dar la comunión varios sacerdotes puede haber el correspondiente número de copones. Si en una misa rezada son pocos los fieles que han de comulgar, pueden consagrarse las formas para ellos en la misma patena, al propio tiempo que el sacerdote consagra la suya, distribuyéndolas desde la patena, aunque con sumo cuidado de que no ocurra algún accidente, pues las modernas patenas son unos platillos circulares de oro o plata sobredorada sin reborde de ninguna clase y con muy ligera concavidad, por lo que se requiere exquisita vigilancia para que no resbalen y caigan al suelo las hostias al sacar la patena del altar o al llevarla de uno a otro lado. Conviene que en toda iglesia haya una píxide o pequeña caja, usualmente de plata sobredorada por dentro, en la que se reserva una Hostia para dar la bendición o administrar el Viático a un enfermo. En otro tiempo las píxides eran mucho mayores que las de ahora y estaban suntuosamente ornamentadas. Una de la catedral de San Pablo en Londres pesaba cuarenta y dos onzas⁴⁵. Algunas tenían figura de cúpula, espléndidamente esmaltada, otras de torre y otras de copa con tapadera. A veces estaba suspendida sobre el altar, desempeñando de este modo el

⁴⁵ 1,190 Kg. (N. del T.)

mismo servicio que nuestro tabernáculo, el cual prevaleció contra la píxide a últimos del siglo XV. Cuando pasaron de moda los pesados doseles de los altares, fue más difícil suspender la píxide, por lo que se inició la costumbre de guardarla en un nicho abierto en el retablo, provisto de portezuela con llave, y así no tardó en convertirse en tabernáculo. Entonces se le puso a la píxide un pie para mayor comodidad y fue la predecesora de nuestro copón.

El viril (lámina 19) en que se coloca la Hostia para

dar la solemne bendición y llevarla en las procesiones no es en realidad otra cosa que una píxide transparente. Las antiguas custodias se labraban en muy diversas figuras: imágenes de toda clase; cruces; ángeles que llevaban un viril rematado en cruz; un largo tubo de cristal con pie metálico; figuras de nuestro Señor con una portezuela de cristal en el pecho, tras la que se guardaba la Hostia consagrada. Muy diversa y extraña era su configuración, pero casi siempre artísticas y a veces de incalculable valor. El modelo que hoy casi invariablemente se usa fue adoptado en el siglo XVII. Es un radiante sol de oro o plata con viril en el centro donde se coloca verticalmente la Hostia, y se mantiene en esta posición mediante una pinza de oro o plata sobredorada en forma de media luna, llamada luneta. Es indispensable que la Hostia no esté en contacto con el cristal del viril.

CAPITULO VIII

LAS VESTIDURAS

Dos distintas opiniones se han expuesto respecto al origen de las vestiduras sacerdotales. Durante largo tiempo se supo que eran copia directa de las de los sacerdotes israelitas, sobre las cuales tan minuciosas instrucciones se dan en la ley atribuida a Moisés. Posteriores investigaciones parecen demostrar concluyentemente que derivan del traje usual de los ciudadanos romanos del primer siglo de nuestra era, aunque con diversas modificaciones en el tejido, corte y número, para adecuarlas todo lo posible a los sistemas judío y cristiano. En un principio, los sacerdotes vestían el traje común de los ciudadanos, cuidando tan sólo de que fuese de la mejor calidad y siempre muy limpio; pero cuando hacia el siglo VI empezó a cambiar la moda del traje, la Iglesia consideró el cambio poco conveniente a la dignidad de su obra y de los divinos oficios, por lo que mantuvo las antiguas vestiduras, aunque modificándolas gradualmente en el transcurso de los siglos. No me cabe duda de que para decretar tales modificaciones ha recibido la Iglesia inspiración de las superiores potestades que la celan, si no en todos los pormenores, la suficiente para establecer una serie de adecuadas y decorosas vestiduras que puedan utilizarse expeditamente para la infusión y efusión de las fuerzas que intervienen en nuestros servicios. Los Grandes Seres evitan siempre coactar el pensamiento del hombre, pero están dispuestos a dar consejo si se les consulta e influir en recta dirección en quienes desean dejarse llevar por tal guía.

Para que sea provechoso el resultado del clarividente examen de la valía y eficacia de las vestiduras, conviene advertir que han de satisfacer dos distintos grupos de requisitos. Han de cumplir dos condiciones: deben adaptarse en conjunto al sentido estético de las gentes (o al menos no ofenderlo en modo alguno) y no han de presentar ningún obstáculo a las fuerzas que han de fluir por ellas. El mejor modelo de vestiduras usadas hoy día por la Iglesia cumple acabadamente la primera de estas dos condiciones, porque son dignas y majestuosas, de hermoso colorido y ornamento, y corroboradas por el profundo interés de una larga continuidad histórica. Sin embargo, al considerarlas desde el segundo punto de vista, notamos que algunos modelos son más útiles que otros, y este es el aspecto de la cuestión que trataré de explicar.

Hay quienes por su especial mentalidad se impacientan puerilmente y de continuo claman con vehemente calor contra el ritual y las vestiduras, preguntando si no podríamos prescindir de ellos. Seguramente que podríamos prescindir. Cabe ofrecer el magno sacrificio de la Sagrada

Eucaristía, evocar la energía y recibir el beneficio sin ritual ni vestiduras; pero todo ello se efectúa más fácil y expeditamente *con* uno y otras. Es posible que una máquina funcione por corto tiempo sin lubricarla; pero no tardaremos en advertir que rinde menos de lo que debiera y que es mayor el rozamiento. El ritual, las vestiduras, las campanas, los cirios, el incienso, son todos trazas para economizar energía, de modo que no consuma tanta el mecanismo y quede mayor cantidad para emplearla en el magno objeto del sacrificio.

Dicen algunos que el poder de Dios es infinito y puede hacer cuanto le plazca sin nuestro concurso; pero no se les ocurre que Dios puede tener infinidad de propósitos en que emplear su poder, y que no es decoroso para nosotros hacer

que lo malgaste a causa de nuestros quisquillosos prejuicios personales. No cabe duda de que la voluntad humana puede hacerlo todo cuando debidamente desarrollada; pero puede hacerlo mucho más fácilmente y con mucho menos esfuerzo para la Fuente de todo poder, si con un poco de ingenio discurre un adecuado mecanismo. Por ejemplo, una materialización etérea podría substituir a algunas vestiduras; pero la energía empleada en efectuar cada vez dicha materialización sería incomparablemente superior a la empleada en confeccionar la vestidura, sin contar la oportunidad que la vestidura depara a los fieles de cooperar a una buena obra. La mayoría de sacerdotes no tienen la menor idea de cómo materializar, y Cristo trazó su plan para que pudieran tener eficacia aun en manos ignorantes. Por esto mismo se rodean los servicios de minuciosas precauciones y no es prudente separarse de un prescrito ritual a no ser cuando se vea claramente la necesidad de ello. Desde luego que nuestro Señor actuará con cualquier medio de que dispongamos, pero por nuestra parte debemos hacer honradamente cuanto esté a nuestro alcance para proporcionar los mejores canales que podamos.

Consideramos ahora una por una las diversas vestiduras eclesiásticas. Bastará mencionar incidentalmente algunas; pero otras requieren explicación o comentario.

LA SOTANA

La sotana (lámina 20) es sencillamente la casaca talar o toga con un simple alzacuello que formaba parte del traje usual en los siglos XI y XII. Posteriormente dejaron de usarla los seglares para substituir la por la casaca corta que resultaba más cómoda en varios respectos; pero la Iglesia conservó la sotana por su mucha dignidad y donosura como base de las demás vestiduras, y así fue la prenda distintiva de los eclesiásticos en los ordinarios actos de la vida. Hoy día se ajusta la sotana con una larga hilera de botones desde el cuello hasta los pies, y alguien la comparó a una caldera con una fila de roblones. Antiguamente (y a veces también ahora) era una prenda con esclavina y ancho cinturón de la misma ropa y color, aparte de los botones. En la Iglesia anglicana, los sacerdotes y diáconos llevan sotana negra, y la misma prenda exterior usan algunos obispos, aunque otros han adoptado la de color obscuro de púrpura. En la Iglesia romana los sacerdotes y el clero bajo llevan sotana negra, los obispos morada, los cardenales roja y el papa blanca. Los acólitos y monacillos en ambas iglesias llevan sotana de diversos colores: rojas, azules, moradas y negras.

Parece que en la edad media fue frecuente el uso de sotanas de color bermejo obscuro, que ya apenas se ven ahora, aunque creo que todavía las permiten los cánones anglicanos. Recuerdo que siempre la llevaba de dicho color el reverendo Esteban Hawker de Morwenstow.

La Iglesia católica liberal repudia enérgicamente esa negación de todo color llamada color negro, y no lo usa en ninguna circunstancia. Por lo tanto, vestimos de escarlata a los acólitos y turiferarios y a los portantes de la cruz, los cirios y el báculo; a los coristas (tanto hombres como niños) de azul claro; y a los sacerdotes, diáconos y subdiáconos de púrpura intenso. Los obispos visten el tradicional púrpura rosado. La sotana ha de ser siempre lo bastante larga para que no se vea el extremo de los pantalones.

En la edad media no se llevaba la sotana encima del traje de paisano como se lleva ahora, sino que era la usual prenda puesta encima de la ropa interior, por lo que en invierno iba forrada

de pieles o corambre de oveja para resguardarse del frío, y así se le dio en la baja latinidad el nombre de *pellicea*.

Aparte de su aire de dignidad y decoro, es la sotana muy ventajosa como distintiva prenda eclesiástica, cargada con el magnetismo de innumerables servicios, impregnada de pensamientos de la vida superior y de la obra sacerdotal, por lo que contribuye a eliminar las inquietudes y frivolidades de la cotidiana existencia.

EL SOBREPPELLIZ

Es la vestidura usual (lámina 21) de sacerdotes, diáconos y coristas en todos los servicios, excepto para el celebrante, diácono y subdiácono en la Sagrada Eucaristía o en la Bendición. El nombre de sobrepelliz es una variación fonética del nombre latino *superpellicea* que se le dio por llevarlo inmediatamente encima de la sotana. El sobrepelliz, el alba, el roquete y la cota son variantes de la misma prenda original, aunque modificada cada cual para determinado uso. Consiste esencialmente en una larga túnica de lino blanco con amplias mangas que en graciosos pliegues cuelgan de las muñecas. Está hecho a propósito para vestírsele por la cabeza. Parece ser directo descendiente de la *túnica talaris* de los ciudadanos romanos, aunque también se parece a la túnica mosaica de los levitas. Ha experimentado muchos cambios de hechura y estilo. Por ejemplo, hace dos siglos, en la Iglesia anglicana estaba todo abierto por delante y abrochado en el cuello por un botón, de modo que podía ponerse sin desarreglar las enormes y complicadas pelucas de moda a la sazón. Esta modificación invalidó la eficacia de la prenda para los ocultos designios a que está destinada, pero los que la llevan no conocen ni se cuidan de estas materias.

El moderno sobrepelliz romano es en muchos lugares un disfraz, una prenda de ridículo e indecoroso aspecto, absurdamente corta y guarnecida de encajes, de suerte que sin remedio recuerda la camisa de una bailarina. En otros lugares, la original abertura cuya amplitud había de bastar para el paso de la cabeza se ha convertido en un amplio hombrillo cuadrado que descansa sobre los hombros a estilo de blusa o de los trajes de algunos modernos lecheros (1). Todas estas extravagancias se han de evitar porque entorpecen la utilidad de la vestidura y evidentemente las introdujeron quienes ignoraban su valía en la obra eclesiástica.

No hemos de preocuparnos mucho del simbólico significado que los clérigos han atribuido a las diversas vestiduras, porque de tal manera discrepan unos de otros, que notoriamente es en gran parte cuestión de su fantasía individual. Sin embargo, muy legítimo es ver en la blancura del sobrepelliz un emblema de la pureza de vida tan necesaria en quie-

(1) El autor debe de referirse al traje usual de los dueños o dependientes de lecherías en algunas comarcas de Inglaterra o Australia, pues en España es desconocido. (N. del T.)

nes quieran servir verdaderamente a nuestro Señor, y así tiene quien lo lleva el cuidado de lavarlo y plancharlo frecuentemente para que simbolice mejor dicha virtud y esté más adecuado a su destino.

Para así comprenderlo, hemos de recordar que las vestiduras desempeñan varias funciones. Unas protegen al que las lleva, obrando como escudo contra perturbadoras influencias; otras le deparan ocasión de acumular sus fuerzas, al paso que otras están dispuestas para su expedita distribución. A veces, el flujo de la energía divina es definida y enteramente externo, como en la celebración de la Sagrada Eucaristía o en la Bendición con el Santísimo Sacramento; pero otras veces está destinado a actuar principalmente por medio de la intensificación de las naturales fuerzas del sacerdote. Nuestro Señor enlaza Consigo con especial intimidad a los sacerdotes en el acto de la ordenación, y este lazo nunca puede romperse, tanto si el sacerdote lo refuerza al usarlo devotamente como si lo debilita por incuria o persistente olvido de él. En todos los servicios de la Iglesia, excepto en los relacionados con la Sagrada Eucaristía, el Señor utiliza dicho lazo como canal de Su poder y para ello es el sobrepelliz la más adecuada vestidura.

Desempeña esta prenda una función que en menor grado puede compararse a la del edificio mental en la Eucaristía, porque en su interior se condensa y acumula la energía, pues el lino es un

excelente aislador, por lo impermeable a tales vibraciones. El sacerdote derrama sobre los fieles la acumulada energía, al levantar la mano derecha para absolver o bendecir, o cuando las junta y separa al pronunciar el *Dominus vobiscum*, y tal es la razón del uso de mangas amplias. También fluye energía por la estola, de que hablaremos más adelante.

El sobrepelliz (lámina 21) del sacerdote católico liberal ha de ser de lino, lo bastante largo para que caiga algo más abajo de las rodillas y debe tener una abertura circular indispensablemente amplia para que sin estorbo pase la cabeza, con mangas hasta las muñecas, cuya amplitud sea tal que toquen los costados al extender los brazos al nivel de los hombros. La franja alrededor del cuello ha de ser lisa, evitando cuidadosamente toda clase de pliegues y abollonados en esta parte de la prenda porque menoscaban gravemente su utilidad. No ha de llevar botones ni adornos ni guarniciones de encaje.

Incluyo una serie de fotografías de las vestiduras eclesiásticas, con el especial propósito de que nuestros sacerdotes vean la hechura más a propósito desde el punto de vista oculto para la expedita transferencia de las intervinientes fuerzas superiores; y espero que cuantos tengan la amabilidad de confeccionar cualquier clase de vestiduras para nuestros sacerdotes, se dignen ajustarse a los modelos aquí representados. Estos indumentos especiales sirven para distribuir la energía y su adecuación a tal objeto nunca debe posponerse a las personales preferencias de quien los elabore o los lleve.

LA COTA

Es un sobrepelliz corto (lámina 21) de exactamente la misma hechura, pero que sólo llega a la mitad del muslo, con mangas anchas y cortas hasta poco más arriba del codo. El borde inferior de la cota y los extremos de las mangas llevan guarniciones de encaje. En la Iglesia católica liberal la usan monacillos y no los clérigos ni los coristas. Consiste su oculta eficacia en proteger los órganos más importantes del cuerpo de las siniestras influencias externas que fácilmente arriesgan conturbar a quienes han de cumplir sus deberes entre fieles de ambos sexos.

LA ESTOLA

Es la estola (lámina 2H) una estrecha faja de seda o de estofa bordada, muy parecida a una banda, usualmente de tres a cuatro pulgadas de ancho en el medio, de seis a siete en los extremos y de ocho pies de largo⁴⁶. Suele estar adornada por ambos bordes con cordoncillo o trencilla de hilo de oro, y un espeso fleco de oro en cada cabo. Este fleco «olía ser en la edad media de cuentas de perlas u otras joyas interpuestas entre menudas campanillas de oro; pero ya no es costumbre hoy día.

La estola puede ser relativamente sencilla o estar suntuosamente adornada, aunque siempre lleva tres cruces de oro: una en cada extremo y otra mucho menor en el centro, que el sacerdote besa siempre antes de ponerse la estola por encima de la cabeza, quedando esta cruz menor al nivel del pescuezo, mientras que los extremos de la estola caen por delante hasta muy cerca de las rodillas. A veces los extremos son más anchos para que quepan las cruces, de mayor tamaño. En el siglo XVIII se exageraron groseramente estos ensanches en horrible configuración semejante a una azada, al paso que se disminuía la longitud de la estola hasta el punto de apenas llegar a la cintura; pero afortunadamente, la moda ha restaurado la antigua forma, mucho más airosa y eficaz. La forma larga y estrecha sugiere inevitablemente la idea de adornar la estola con figuras de ángeles y santos en sucesión de paneles, según tenemos centenares de ejemplos de este adorno, y algunos de ellos exquisitos modelos del arte medieval.

La estola suele formar parte de un juego de vestiduras correlativas. El juego para el servicio eucarístico consta de casulla, estola, manípulo, cubre-cáliz y bolsa. Además, una capa pluvial para la procesión y la dalmática y la túnica para el diácono y el subdiácono.

No es en modo alguno *necesario* que todas estas vestiduras hagan juego, pues suele suceder que un miembro de la congregación regala una casulla, otro una capa pluvial, otro una estola y un

⁴⁶ Estas dimensiones equivalen respectiva y aproximadamente en milímetros a 76,100, 152,178 y 2,465. (N. del T.)

manípulo, y así lo demás, cada prenda de distinto modelo. Las vestiduras son necesarias, y aunque no han de hacer forzosamente juego, siempre produce agradable efecto que sean todas de la misma elaboración y material, por más que varían muchísimo los materiales. El preferido es un paño recio con profusos bordados de oro, plata y seda de diversos colores; pero se usa mucho el brocado de seda y también el satén, el muaré y el terciopelo. El color del fondo del tejido difiere según la época del año eclesiástico, y puede ser blanco, encarnado, morado, verde o rosa, de modo que para el completo equipo de una iglesia se necesitan al menos cuatro juegos de vestiduras, prescindiendo del color rosa que sólo se usa dos veces al año. Ante todo se ha de adquirir el blanco, pues en las iglesias pobres puede substituir a los demás colores.

Únicamente llevan estola los obispos, sacerdotes y diáconos. Los sacerdotes la llevan, según queda dicho, puesta al cuello con los extremos colgantes por delante, en todos los servicios de la iglesia menos en la celebración de la Sagrada Eucaristía, porque entonces la lleva cruzada sobre el pecho y en esta posición la retiene el cíngulo (lámina 22). Sin embargo, el obispo *no* ha de cruzarse la estola cuando celebre, pues entorpecería las radiaciones del pectoral. El diácono lleva la estola puesta como una faja únicamente sobre el hombro izquierdo, con los extremos anudados o entrelazados sobre la cadera derecha. Se coloca encima del sobrepelliz o del alba, pero debajo de la capa pluvial, de la casulla o la dalmática.

La Iglesia romana sólo autoriza el uso de la estola cuando el sacerdote o el diácono están en el pleno ejercicio de su ministerio, y por lo tanto no llevan, por ejemplo, en las Vísperas. La Iglesia católica liberal ha decidido seguir en este punto la costumbre arraigada en la Iglesia anglicana, de que los sacerdotes y diáconos lleven la estola en todos los servicios en distintivo de su categoría. Sin embargo, la negra estola anglicana es probablemente una supervivencia de la esclavina medieval y no una verdadera estola.

Los simbólicos significados atribuidos a este indumento son más bien contradictorios que verosímiles. Se dice generalmente que simboliza el “suave yugo” de Cristo, pero también se interpreta en el sentido de simbolizar inocencia, la Encarnación, el sufrimiento de las penalidades presentes, la pureza de las buenas obras, el refreno de la lengua, el terreno origen y el celestial destino del hombre, la necesidad de justicia y misericordia, y la templanza y abstención de todo mal.

La energía acumulada en derredor del sacerdote por estímulo del servicio, se condensa y comprime, según queda dicho, en el interior del sobrepelliz. Por supuesto que hay un considerable escape por la abertura del cuello, pero la cruz de oro bordada en la estola atrae la escapada energía como un pararrayos atrae la electricidad; y así, en vez de disiparse inútilmente fluye por la estola en cuyos extremos la concentran en vórtices las cruces de oro y se derrama sobre la congregación por los flecos de oro (diagrama 13). El diagrama 14 representa la clase de cruz más a propósito para concen-

DIAGRAMA 13.—FLUJO DE ENERGÍA A TRAVÉS DE LA ESTOLA.— La energía acumulada en el sobrepelliz durante el servicio fluye por la abertura del cuello y la atrae la cruz metálica colocada en mitad de la estola, por cuyos ambos lados fluye desde allí hasta los extremos, donde forma un vórtice alrededor de cada una de las cruces, para irradiar sobre la congregación a través de la franja metálica.

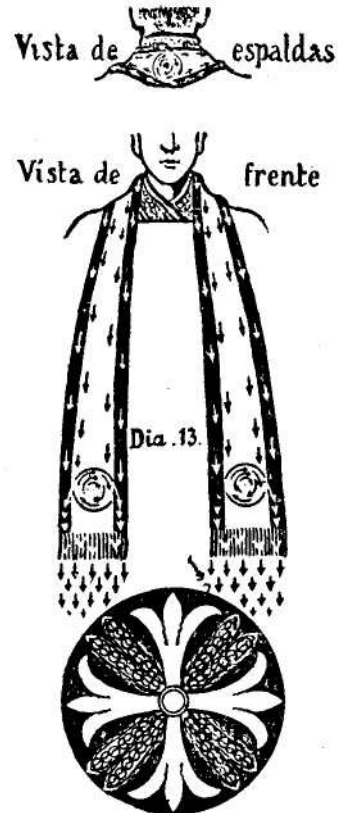


DIAGRAMA 14.—CRUZ DE LA ESTOLA.—Este tipo de cruz ha resultado sumamente eficaz en la concentración y difusión de la energía.

trar la energía de modo que después fluya uniforme y continuamente. El oro es el mejor conductor de las fuerzas superiores, y aunque algunas, no todas, actuarán casi tan bien por medio de la plata o de la seda, el oro es el más satisfactorio conductor de todas ellas. Debe emplearse el material de la mejor calidad que sea posible obtener, pues mucho de lo que se vende por cordoncillo o trencilla de oro no es más que oropel, y aunque usualmente podrá servir de conductor, no dará tan buen resultado como el oro.

De nuevo insisto en que ni remotamente sostengo que las vestiduras sean necesarias para la devoción. No me cabe duda alguna de que un hombre puede ofrecer aceptable alabanza y adoración en cualquier tiempo y lugar, vestido o sin vestir, y que al ofrecerlas recibirá la correspondiente respuesta de lo alto. Yo describo lo que cualquier clarividente bastante idóneo ve en los servicios de la Iglesia cuando se llevan las vestiduras veneradas por el tiempo; y por lo que yo mismo he observado repetidamente, declaro que las vestiduras tienen señalada y práctica utilidad, capacitándonos para recibir el beneficio de gran cantidad de energía divina que de otro modo retrocedería a su fuente sin influir durante su trayecto en ningún ser humano. Sé que hay

quienes no creen nada de esto y les subleva oír hablar de ello; pero sus sentimientos no alteran los hechos y quedan en libertad de aceptar otros ministerios religiosos si así lo prefieren.

LA CAPA PLUVIAL

El indumento de que deriva la capa pluvial (lámina 25) era una pesada capa que se llevaba para resguardarse de la lluvia, según se infiere de su nombre latino *pluviale*. Tenía en la espalda una capucha para cubrir la cabeza; pero al adaptarse al uso eclesiástico, la capucha se fue convirtiendo poco a poco en una especie de escudo de valioso bordado o de trencilla de oro, reforzado y guarnecido por una franja, completamente aparte de la capa y sujeta a ella con botones o lazos por la espalda. Extendida la capa sobre el suelo es de configuración semicircular y echada sobre los hombros resulta un largo manto que casi llega al suelo; y abierto por delante, se abrocha a través del pecho por medio de una presilla llamada morsa. Un orfrey⁴⁷ o banda con bordados de oro, usualmente de seis a ocho pulgadas de ancho⁴⁸ guarnece toda la cuerda del semicírculo, de modo que cuando se lleva puesta la capa, el orfrey pasa alrededor del cuello y baja por delante en dos anchas fajas hasta los pies. Los botones que sostienen la esclavina están generalmente colocados en el borde inferior del orfrey en la parte del pescuezo.

Se observará que si la configuración de la capa pluvial es exactamente semicircular cae de muy desmañada manera sobre los hombros y el pescuezo, con lo que se desperdicia gran parte de la energía generada en su interior. La Iglesia católica liberal, para evitar estas dificultades, ha dado a la capa una hechura que se ajuste a los hombros, con lo que no sólo es mucho más airoso su aspecto, sino que resulta más cómoda y mejor adecuada a su obra.

La capa pluvial se lleva en las procesiones, en las Vísperas solemnes, en el Asperges antes de celebrar la Sagrada Eucaristía y en la Bendición con el Santísimo Sacramento. En las grandes festividades, todo el clero lleva capa pluvia.1 si la tiene; pero los domingos ordinarios sólo la lleva el celebrante en la procesión y en el Asperges. Según costumbres de la Iglesia romana, también pueden llevarla los del coro. Leemos que en 1552 había doscientas ochenta capas pluviales en el tesoro de la catedral de San Pablo, algunas de ellas de enorme valor. Hoy día es difícil imaginar la multitud de vestiduras que poseían las iglesias de Inglaterra antes que las confiscara el rey Enrique VIII. Es necesario examinar alguno de los inventarios para hacerse cargo de su riqueza, y no es maravilla que excitara la codicia del inescrupuloso monarca, quien no merece tanta culpa al pensar que algo de tamaña riqueza hubiera podido emplearse mejor en general beneficio de la nación, pues si bien cada iglesia debe tener suficiente y decorosas vestiduras para sus clérigos, el amontonarlas por millares provoca censuras.

Un magnífico ejemplar de bordadura medieval es la capa Syon que se conserva en el museo de Kensington. Está profusamente adornada con escudos heráldicos y personajes de la historia sagrada, y debió de producir magnífico efecto al llevarla puesta. También recuerdo una capa pluvial más moderna, de tejido de oro con una primorosa reproducción de la Cena de Leonardo de Vinci en la esclavina.

Como quiera que la capa pluvial es una de las prendas de un juego de vestiduras se le pueden aplicar los materiales mencionados para la estola. La presilla suele ser una tira de brocado suntuosamente adornada, y otras veces una placa de metal con esmalte y engastada pedrería. En la edad media, la presilla de las capas pluviales figuraban entre los más hermosos y costosos modelos del arte de orfebrería, y la historia nos dice que la magnífica presilla labrada por Bienvenuto Cellini para el papa Clemente VII fue la base o punto inicial de su fortuna.

Para comprender la utilidad oculta de la capa pluvial debemos recordar que hay diversas fuerzas en actuación durante los servicios. Podemos agrupar las más importantes de ellas en tres clases, prescindiendo por de pronto de la más admirable de todas ellas, o sea la que fluye por la

⁴⁷ Palabra formada por contracción de las latinas *aurum phrygiatum* o labor en oro que hacían los frigios (Plinio, VHI-48.)

⁴⁸ 152 a 203 mm. (N: del T.)

Hostia consagrada.

1a. Las que, según queda dicho actúa por la especial conexión de Cristo con Su sacerdote, dimanantes del depósito de energía espiritual. Fluyen por medio de los principios superiores del sacerdote, en cuyo cuerpo, se transmutan o materializan acumulándose en el sobrepelliz, en el alba o en el roquete.

2a. Las corrientes que las fuerzas de la clase anterior producen por inducción, externamente a dichas vestiduras de lino, siempre que se les deparen favorables condiciones, es decir, cuando el sacerdote lleva estola, capa pluvial o mantelete.

3a. Las fuerzas recogidas del exterior, de las que la más intensa es la que irradia de la Hostia reservada; pero también hay una poderosa y constante emisión de energía de las magnetizadas piedras preciosas del ara y de las emees y candeleros especialmente dedicados a los Rayos. En todos los servicios solemnes, y más aún si se usa incienso, hay numerosa concurrencia de santos ángeles, y las maravillosas fuerzas que sin cesar dimanan de ellos, las recogen y aprovechan más fácilmente los fieles cuando las vestiduras eclesiásticas actúan como apropiados conductores.

Más adelante consideraremos la celebración de la Sagrada Eucaristía, porque tiene un juego especial de vestiduras. En todos los demás servicios feriados (esto es, de días no festivos) la estola recoge y distribuye suficientes fuerzas de la segunda y tercera clase, pero en ocasiones de especial efusión conviene complementarla con la capa pluvial cuya conductibilidad es mucho mayor. Las corrientes inducidas de la segunda clase determina una general radiación parecida a la que se nota en la proximidad de un ángel, y las vestiduras la recogen y conducen. El agua escapada de una rota espita callejera se desperdicia lastimosamente, pero si la conducimos a la manguera de una bomba de incendios tendrá formidable eficacia.

La capa pluvial es particularmente útil en las procesiones porque recoge energía de las cruces de los Rayos según pasamos por delante de ellas, así como en las Vísperas solemnes la recoge del altar al recibir el poderoso flujo dimanante del Tedeum. Sus orfreyes pueden considerarse como una especie de exaltada estola, pero la alquimia de la estola, la transmutación, entrelace y recíproca intensificación de las diversas fuerzas se efectúa en el vórtice producido en las cruces de sus extremos, mientras que en la capa pluvial se realiza, en mucho mayor proporción en el escudo de la esclavina. Así por ejemplo, en las Vísperas solemnes el escudo tiene figura de sol central deslumbrante de luz para el clarividente cuando el sacerdote canta el Tedeum ante el altar; pero cuando se vuelve para bendecir al pueblo, el vórtice se rebate por decirlo así, de modo que el escudo se convierte de pronto en un poderoso absorbente y la fuerza circula por los orfreyes, por cuyos extremos se derrama sobre la congregación elevándose al difundirse según su trndencia peculiar (diagrama 15).

EL ALBA

Consideremos ahora las especiales vestiduras eucarísticas. La primera es el alba (lámina 22), tan antigua como el sobrepelliz, pero modificada diferentemente a fin de adaptarla a su especial destino. En su forma actual es una vestidura blanca de lino, con mangas ajustadas, que llega hasta unas cuantas pulgadas antes del extremo inferior de la sotana, y está ceñida a la cintura por el cingulo (lámina 22). En la Iglesia romana suele ser un muy elaborado indumento con muchos pliegues y dobleces, y así vemos que San Carlos Borromeo prescribe para el alba siete yardas⁴⁹ de vuelo. A veces se sujeta en el cuello con un botón o con cordones. Las partes antero-inferior y post-inferior del alba están frecuentemente adornadas con apaños oblongos de riquísimo brocado; pero a veces se hacen en la misma alba cortes que después se cubren de finísimo encaje para que se trasluzca el color de la sotana. En los primeros tiempos se aplicaban

DIAGRAMA 15.—FLUJO DE FUERZAS A TRAVÉS DE LA CAPA PLUVIAL.—actúa como una enorme estola, con la diferencia de que las fuerzas, en ella acumuladas, ya sea cuando el sacerdote va en procesión, ya cuando está ante el altar, fluye hacia los hombros, bajan después por la capa y se derraman sobre los fieles. Cuando el sacerdote está de cara a la congregación, la capa absorbe del altar fuerzas que fluyen por los orfreyes, y a través de los extremos inferiores de la banda metálica se vierten sobre la congregación.



al alba discos de oro en donde hoy se colocan los apaños, pero ya no se sigue esta costumbre.

Para la Iglesia católica liberal hemos adoptado el modelo de alba más útil desde el punto de vista oculto según enseña la experiencia. No lleva botones ni cordones, sino que tiene una abertura collar por el mismo estilo de la del sobrepelliz, tan pequeña como consiente la comodidad, con un sencillo cuello liso, sin pliegues ni alforzas ni fruncidos en parte alguna. Esta circunstancia es importantísima, porque cada pliegue interrumpe la uniformidad del flujo de fuerza y ocasiona mayor perturbación.

El alba a propósito para ir ajustada sobre la sotana, tiene mangas como las de una casaca con espesos encajes en

⁴⁹ 6,398 metros. (N. del T.)

DIAGRAMA 16.—FLUJO DE FUERZAS BAJO EL ALBA.—Siempre que el sacerdote toca la Hostia o el Cáliz, las fuerzas dimanantes de ellos, pasan brazos arriba por debajo del alba de lino, y fluyen de la abertura collar para que las recojan y desvíen el amito y la estola en canales que las conduzcan a la congregación. Estos canales son los extremos de la estola y los orfres de la casulla. El cingulo impide el descenso de las fuerzas. Otras fuerzas procedentes de la parte inferior del altar pasan por el apaño de encaje hasta los bajos del alba cercanos al altar, fluyen por todo el vuelo de esta vestidura y se derraman sobre los fieles a través del otro apaño.



las bocas y amplias aplicaciones o apaños de encaje, como los ya descritos, por delante y por detrás unas cuantas pulgadas más arriba del dobladillo. Llega hasta cerca de los pies, pero ha de dejar al descubierto unas cuantas pulgadas de sotana. Está ceñida a la cintura por un cingulo, sobre el cual no ha de sobresalir colgando la tela como sucede en otras ramas de la Iglesia. El cingulo sujeta el alba a la sotana, sin alterar su recta caída. La utilidad del alba es en unos respectos análoga a la del sobrepelliz y en otros completamente distinta. El lino blanco actúa como fuerte escudo, como una especie de coraza para el sacerdote, y lo aísla de modo que no reciba ninguna siniestra influencia del exterior. Las mangas no son amplias porque no se lleva el alba en ocasiones en que la fuerza interna del sacerdote es el principal factor. En la celebración de la Eucaristía, la fuerza no se transmite brazos abajo del sacerdote como antes, sino que por ellos fluye *hacia arriba* procedente de los sagrados elementos que trae entre manos, y arrastrando las fuerzas propias del sacerdote se interna en el amito y la estola. La suave presión del cingulo impide que la fuerza se dirija hacia abajo; y otras fuerzas precedentes del altar se transmitan al apaño delantero y arrastrando también parte de las fuerzas propias del sacerdote se derraman sobre la congregación por el apaño posterior del alba (diagrama 16).

EL AMITO

Esta vestidura (lámina 19) tiene comúnmente el aspecto de una pieza rectangular de lino, ya lisa, ya a propósito para aplicarla sobre los hombros con cordones que arrancan de los ángulos superiores, se cruzan sobre el pecho y se atan alrededor del cuerpo, de modo que el amito queda sobre el cuello y hombros.

Parece que en un principio estaba destinado también a cubrir la cabeza, y como reliquia de este uso, todavía los sacerdotes de la Iglesia romana se lo colocan durante un momento en la cabeza antes de rodeárselo al cuello⁵⁰.

En los primeros siglos acaso sirviera tan sólo para proteger la garganta, o posiblemente para impedir que cayeran en la casulla gotas de sudor. En la edad media, el borde superior que se desdoblaba sobre el cuello de la casulla estaba adornado con un magnífico apaño a veces cuajado

⁵⁰ Otra prueba de lo dicho por el autor es que los dominicos celebran misa con el amito en la cabeza. (N. del T.)

de pedrería. Hoy día la Iglesia romana no permite el uso de este apaño, aunque desde el punto de vista oculto es la parte más importante de la vestidura. Los estudiantes de ocultismo no deben confundir el amito con el *almuce* que es otra muy diferente vestidura eclesiástica por más que por corrupción se le llame a veces *arras* o *arnés*, cuya etimología es muy otra a pesar de la semejanza entre las formas modernas.

En la Iglesia- católica liberal conservamos la forma medieval de amito con apaño de bordadura de oro en el borde superior como lo llevan los ritualistas anglicanos. El apaño puede ser del color del día, pero se ha observado que si es de preciosa seda blanca o encarnada con encajes de hilo de oro, sirve para toda época y armoniza con todos los colores excepto el rosa.

Algunos de nosotros hemos desechado por completo la rectangular prenda de lino, substituyéndola por un nuevo amito consistente en sólo el apaño reforzado con bocacá o cartulina y sujeto alrededor del cuello como una airosa gor-guera ligeramente adaptada a los hombros.

Es muy posible que nuestros hermanos de la Iglesia romana no reconozcan esta prenda por amito; pero sirve admirablemente desde el punto de vista oculto. Para la celebración de la Sagrada Eucaristía conviene tapar la abertura collar del alba con algo más que la estola, que sirve de excelente conducto de la energía circulante por brazos arriba del sacerdote. El cuello de encaje del amito satisface admirablemente esta condición y conduce la energía a los orfreyes de la casulla donde se une a la caudalosa corriente que por allí fluye.

EL CÍNGULO

Es el cordón (lámina 22) que estrecha el alba en la cintura, y a veces se le llama ceñidor, aunque a mi entender este nombre es más propio de la ancha faja que rodea la sotana (lámina 20). Sin embargo, también en otro tiempo era el cingulo ancho y llano, de seda o tejido de oro con profusos adornos de pedrería. Ahora es usualmente un cordón de recia tela de lino con una abultada borla del mismo material en cada extremo; pero también puede ser el cingulo de cordón de seda o mejor todavía de tejido oro. Algunos sacerdotes tienen cingulos de los cuatro colores litúrgicos para que armonicen con las vestiduras, pero esto no tiene importancia.

El objeto del cingulo es retener el alba sujeta a la sotana por la cintura y mantener en su lugar los cruciferos extremos de la estola durante la celebración.

LA CASULLA

Es la especial vestidura para el sacrificio, la más importante y suntuosa. En todas las épocas de la historia de la Iglesia se han prodigado en la casulla las más preciosas telas, la más exquisita orfebrería y los más primorosos bordados. Puede calificarse la casulla de traje de corte del sacerdote, pues la reserva para presentarse ante Cristo, el Rey celeste. Se ha creído que representa la túnica inconsútil de Cristo y simboliza el amor que compendia y resume todas las demás virtudes cuya belleza salvaguarda e ilumina con su protección. (Lámina 23).

Probablemente tuvo por origen un indumento algo parecido al ponchó mejicano, consistente en un gran paño circular con una abertura central para ponérselo por la cabeza. De aquí que las primitivas casullas tuviesen forma de campana, y algunas semejantes a capas pluviales con los bordes cosidos por el frente. Pero pronto se echó de ver que esta forma, aunque eficaz para retener energía, -era de todo punto intolerable por lo incómodo, y se convirtió la casulla en una vestidura oval acortada primero por los lados hasta las muñecas y eventualmente hasta un poco más abajo de los codos. Así evolucionó la casulla gótica, para ser la más efi-Caz y de elegante forma que se usó durante toda la edad media.

La Iglesia anglicana, allí donde es lo bastante discreta para usar vestiduras eucarísticas, ha conservado la casulla gótica, y la misma ha adoptado la Iglesia católica liberal; pero la Iglesia romana, posponiendo la eficacia a la comodidad, acortó todavía más la casulla desde la Reforma,

adoptando la antiestética hechura de caja de violín. La casulla romana carece en absoluto de costados, y las tiras que apenas sobre los hombros no son más que un par de trabas que enlazan el peto con el espaldar. También suele dejarse una abertura acanalada en vez de circular, para ponerse la vestidura por la cabeza. Esta reforma obligó a prescindir de la primitiva y convenientísima disposición de los orfreyes, substituyéndolos por una larga columna de bordadura de oro en el peto y una gran cruz latina en el espaldar, que suelen ser ambas de primorosa labor, e ingeniosamente se ha supuesto que significaban la columna donde según el relato evangélico ataron a Cristo para azotarlo, y la cruz que según se dice llevó a cuestas hasta el Calvario. Pero no son estos adornos tan eficaces por el flujo de las fuerzas espirituales como la antigua disposición de la cruz en Y que tiene columna por delante y por detrás con los brazos de la cruz sesgados hacia arriba hasta encima de los hombros, en configuración de la letra griega psi (lámina 23) o de una cruz latina de brazos oblicuos. Así dispuestas ambas bandas de la casulla, la columna delantera se llama pectoral, la de la espalda, dorsal, y las tiras auxiliares que pasan sobre los hombros se llaman orfreyes humerales. Sin embargo, en algunas partes conserva la Iglesia romana la casulla gótica y dícese que se nota creciente inclinación a restaurar su uso. Extendida la casulla sobre una mesa se parece a la conocida figura eclesiástica llamada *vesica piscis* (diagrama 17) o sea un óvalo puntiagudo trazado sobre dos círculos iguales cada una de cuyas circunferencias pasa por el centro del otro círculo. Mirada por delante o por detrás, la casulla tiene el aspecto de un escudo de armas. Además de los orfreyes ya mencionados, está rodeado todo el borde por una estrecha cenefa de oro que también orilla la abertura del cuello; y en el centro del espaldar, en el punto de donde arrancan los brazos de la Y hay una circular bordadura de oro que usualmente es uno u otro símbolo (la hostia y el cáliz, una paloma, un pelícano o las letras I H S) rodeado por un radiante nimbo que es el fundamento físico de un vórtice de formidable poder. Cualquiera de los materiales para un juego de vestiduras servirá para la casulla, pero conviene que sea flexible, pues la rigidez y los pesados pliegues embarazan los brazos en el acto de la elevación y arriesgan dar al sacerdote desagradable aspecto.

Los orfreyes han de ser trencilla o tela de oro siempre que sea posible. A veces son de seda bordada en oro, de distinto color de la vestidura, pero entonces han de llevar un ribete de trencilla de oro a fin de que el flujo de energía no tropiece con ningún obstáculo.

Durante todo el tiempo que los consagrados elementos estén sobre el altar irradian con inimaginable intensidad energía en diversos niveles de conciencia. El Ángel de la Presencia interviene en esta operación mientras está con nosotros; pero en cuanto se marcha, ha de tomarla a su entero cargo el sacerdote, y para auxiliarle en esta formidable obra se ideó por instrumento la casulla. Cuando una de las columnas de esta vestidura está orientada hacia la Hostia o el Cáliz, apresa, concentra y dirige la energía, mientras que por la columna opuesta y especialmente por el vórtice del centro de la espalda, cuando el sacerdote está de cara al altar, la energía se derrama sobre la congregación (diagrama 17).

La columna orientada hacia el altar actúa como una especie de escudo o pararrayos, porque la energía es tan intensa que pudiera sobrecoger por completo al sacerdote e incapacitarlo para continuar su obra.

Siempre que el sacerdote toca cualquiera de los sagrados elementos, las vibraciones fluyen por sus brazos (según queda explicado) y las recogen el amito y la estola, que las conducen al vórtice central, refulgente entonces como un sol.

En el momento de la consagración, una vena de lumbre viva, de indescriptible esplendor, fluye por cada brazo del sacerdote. Proceden directamente de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad pasando por el principio intuitivo de nuestro Señor, el Cristo Dios, mediante el Cristo Hijo del Hombre.

Esta estupenda energía arrastra con ella la generada por el sacerdote y en verdad que hierve en el interior de la casulla como en una caldera, siendo proporcionalmente vigorosas las corrientes inducidas que se establecen en el exterior.

Efectuadas las necesarias entremezclas y transmutaciones, las combinadas fuerzas fluyen

por el amito, circulan por el estrecho ribete áureo de la casulla y bajan por la columna del espaldar para derramarse sobre la congregación- Du

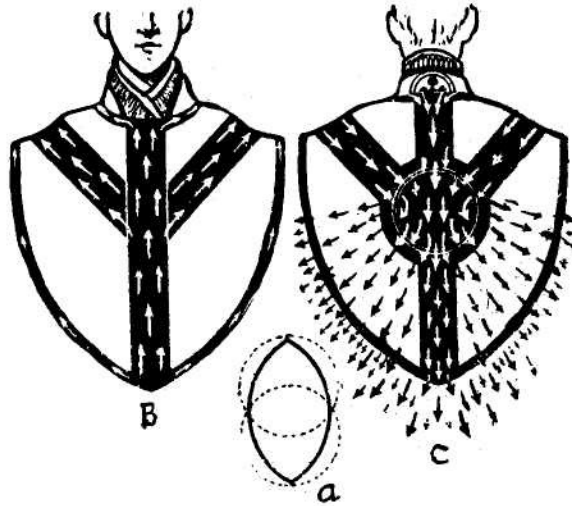


DIAGRAMA 17.—FLUJO DE FUERZAS EN LA CASULLA.—El orfrey o columna central de la casulla absorbe las fuerzas dimanantes de la Hostia y el Cáliz, las cuales fluyen hacia arriba, pasan por lo orfreyes humerales y dando la vuelta por la banda collar llegan a la columna opuesta. Así es que cuando el sacerdote está de cara al altar, irradia del disco céntrico de la espalda un raudal de energía, lo mismo que los bajos de la casulla; y cuando el sacerdote se vuelve de cara a los fieles, dicho disco y la columna que por debajo le sigue, absorben la fuerza y la transmiten por los humerales a la columna delantera de donde se derrama sobre la congregación. El apaño metálico del amito absorbe las fuerzas efervescentes en el interior de la casulla y las lanza a la circulación general, aunque alguna cantidad de ellas pueden rebosar de los bordes de la vestidura. La figura A representa la hechura general de la casulla extendida sobre el suelo, o sea la forma de vesica piscis. La ñg. B es el delantero y la C el espaldar de la casulla.

rante todo este tiempo, cierta cantidad de energía rebosa de los bordes de la casulla zigzageando por ellos como llamas; pero la mayor parte queda también arrastrada e impelida por el torrente dimanante del vórtice.

El sacerdote puede hasta cierto punto dirigir la energía, aunque principalmente la dirige el Ángel director que conoce la intención del celebrante.

La longitud de la casulla ha de estar necesariamente proporcionada a la estatura del sacerdote, aunque no puede darse sobre el particular una regla absoluta. La Iglesia romana recomienda que la casulla mida cuarenta y seis pulgadas de largo⁵¹ como la de Santo Tomás de Canterbury que se conserva en la catedral de Sens.

Sin embargo, conviene tener en cuenta que dicha casulla es de la antigua hechura y que la moderna romana, de configuración de violín, es muy ancha en los bajos, por lo que nuestra casulla, de configuración de escudo heráldico, necesita ser algo más larga.

R. A. S. Macalister, en su obra: *Vestiduras eclesiásticas* pág. 86, dice:

Las dimensiones de una casulla puntiaguda (hacia el siglo XIV) en Aquisgrán, adoptada por modelo para la confección de las modernas, son como sigue:

Longitud de los hombros a contar del cuello	33 pulgadas ⁵²
Longitud del costado desde el hombro hasta la punta	59
Longitud total delantera	54
Longitud total del espaldar	58 “

Macalister no dice por qué se ha adoptado este modelo, y me parecen excesivas sus dimensiones. Muriha más práctico sería un término medio entre el antedicho modelo y d de la Iglesia romana.

⁵¹ 1,170 metros. (N. del T.)

⁵² La pulgada inglesa equivale a 25.4 milímetros. (N. del T.)

La vasta cruz latina que generalmente ostenta el espaldar de las casullas romanas suele ser muy hermosa; pero desde el punto de vista interno algo menos práctica que el orfrey en forma de Y. La energía que fluye por dicha cruz queda demasiado comprimida en los ángulos rectos y bordea por ellos como una bicicleta cuando ha de virar en la pista. Cada ángulo recto es un verdadero gollete de obstrucción y vale más evitarlos.

EL MANIPULO

Tiene el manípulo (lámina 22) el aspecto de una estola pequeña de unos dos pies de largo⁵³, y el sacerdote, el diácono y el subdiácono lo llevan sobre el brazo izquierdo durante la celebración de la Sagrada Eucaristía.

Parece que en un principio fue una estrecha tira de lino, empleada para enjugarse la cara o las manos, de donde acaso proviene su nombre. Poco a poco se le añadieron adornos, poniéndole cenefa y ornamentándolo con labores de aguja hasta que finalmente se adoptó en definitiva como prenda de la idumentaria eclesiástica. Ahora lleva tres cruces, lo mismo que la estola, una en cada extremo y otra en el medio puesto el manípulo aparece en la superficie superior del brazo. Ya es uno de los indumentos del juego de vestiduras, y por lo tanto se confecciona con las mismas telas preciosas de la capa pluvial y la casulla.

En los primeros días de la Iglesia, se llevaba a veces sobre el hombro izquierdo, y a juzgar por la figura del arzobispo Stigand en el Tapiz de Bayeux⁵⁴ hubo una época en que se llevó sobre los dedos de la mano izquierda. Pero sin duda no tardó en advertirse lo intolerable de semejante disposición, y ahora se coloca sobre la manga del alba, encima precisamente de la muñeca. Conviene coserlo o abrocharlo de modo que se sujete ligeramente a la manga del alba o mantenerlo en su sitio por medio de una liga elástica. Lo he visto prendido con un alfiler, pero no es recomendable este procedimiento. Lo mejor es poner un botón o presilla en la manga del alba.

Primitivamente pudo ser el manípulo de pura utilidad; pero también tiene peculiar uso desde el oculto punto de vista de las cosas. La mano derecha se emplea con frecuencia en el ceremonial del servicio y de continuo está tocando o sosteniendo alguno de los sagrados objetos relativos al servicio, que por lo tanto emiten intensa radiación, fluyente en gran parte por el brazo derecho, el cual mantiene suficiente área de tensión por este lado; pero el izquierdo permanece abierto y mucha radiación se evadiría por allí disipándose, a no impedirlo la poderosa atracción de las cruces del manípulo que la absorben y guían por el brazo izquierdo del sacerdote hasta la general circulación de la energía.

Fácilmente se comprende la necesidad de un violento esfuerzo para atraer o materializar la energía espiritual de los planos superiores en el inferior, y si en éste no se utiliza, su natural propensión es disiparse rápidamente y volver a su original modalidad. Por lo tanto, nuestro anhelo es captarla y utilizarla toda en el propósito para que la invocamos.

Estoy completamente seguro de que a quienes no han pensado jamás en el aspecto científico de la religión les parecerá extravagante y a un irreverente medir con profanas medidas la gracia de Dios y hablar de aprovecharla e malgastarla; pero estamos tratando con definidos y observables fenómenos de la naturaleza y no veo por qué los hemos de rehuir y no afrontarlos para aprovecharlos todo lo posible de ellos.

LA DALMÁTICA Y LA TUNICELA

La dalmática (lámina 22) es la vestidura que lleva el diácono en la celebración de la Sagrada Eucaristía, en las procesiones y en la Bendición. Deriva su nombre del país de Dalmacia donde tuvo origen. Es un holgado indumento, abierto por los lados con cortas y amplias mangas.

⁵³ Unos 615 milímetros. (N. del T.)

⁵⁴ Bayeux es una población del departamento francés, de Calvados, cuya gótica catedral es de las más antiguas de este estilo arquitectónico. En el Museo de la población se conserva el Tapiz de Bayeux de 71,150 metros de largo por medio metro de ancho, que representa 72 escenas de la conquista de Inglaterra en 1066, y lleva epígrafes latinos. (N. del T.)

Sus orfres van en línea recta sobre los hombros y caen verticalmente por delante y por detrás hasta el dobladillo, enlazándose cerca de los extremos superior e inferior por los travesanos horizontales.

Estos orfres son por lo general menos suntuosos que los de la casulla y frecuentemente consisten tan sólo en dos amplias tiras de trencilla de oro o seda colocadas a pocas pulgadas de distancia. A veces penden de las mangas cordones de oro con borlas, adornados por el mismo estilo que el cuerpo de la vestidura. Generalmente, en medio del cuadrado o cuadrilongo que delante y detrás forman los orfres ostenta la dalmática una bordadura de oro que suele ser un IHS, un sol radiante o cualquier otro símbolo que sirve para recoger energía de la consagración o derramarla sobre ella.

Según queda dicho en un capítulo anterior, el diácono y subdiácono actúan de intermediarios entre el sacerdote y los fieles, y sus vestiduras están adecuadas para facilitarles esta labor. Por ejemplo, en la consagración de la Hostia el diácono está arrodillado inmediatamente detrás del celebrante; y cuando éste se genuflexiona, le levanta aquél la punta de la casulla con la que o bien toca el bordado de su dalmática o al menos dirige hacia él la energía de modo que por su conducto se derrame con mayor eficacia sobre la congregación.

La tunicela es la vestidura del subdiácono y casi exactamente igual a la dalmática, excepto que no está con tanta suntuosidad ornamentada y solo ostenta una tira en vez de dos como la dalmática. Solía ser más corta que ésta, pero ya desapareció tal costumbre. Ambas vestiduras son de seda, del color del día, aunque a veces se consideran como prendas de un juego de vestiduras y en este caso han de armonizar, con la casulla del celebrante.

EL HUMERAL

Es un paño de seda, generalmente blanco, de unos ocho pies de largo por diez y ocho pulgadas de ancho⁵⁵ que se pone sobre los hombros y cae por delante como una estola. En la Iglesia católica liberal sólo lo usamos en la bendición dada con el Santísimo Sacramento y cuando se lleva la Custodia en procesión. En la Iglesia romana se usa además al administrar el Viático a los enfermos y cuando en la Misa mayor sostiene el diácono la patena.

El humeral suele estar recamado de oro con cenefas y flecos de hilo de oro. He visto algunos humerales tan envarados por los adornos que no era posible utilizarlos para su objeto de sostener la custodia, siendo preciso proveerlos de unos pañuelos de tela ligera en donde envolver las manos el portante. Por supuesto que esto no debiera consentirse.

Hemos comprobado que el tejido más a propósito para el humeral (donde sea posible procurárselo) es la casi transparente gasa de seda índica en que el oro está entretejido con seda de no importa qué color excepto el negro, con tal que sea de agradable y delicado matiz. Puede ser azul, rosa, púrpura, amarillo o verde, pero de pura y suave tonalidad. Si no es posible adquirir gasa índica, se empleará como buen sucedáneo fina seda blanca japonesa ribeteada con trencilla de oro.

Se pone el humeral sobre los hombros del oficiante al ir a tomar la Custodia en que va la Hostia consagrada, para dar la Bendición o llevarla procesionalmente con las manos envueltas en ambos extremos del indumento.

El objeto del humeral es de todo punto distinto de las demás vestiduras, y por lo tanto se ha de magnetizar o bendecir diferentemente. Las demás vestiduras se bendicen a fin de que sean buenos conductores de la energía divina; pero la bendición del humeral tiene por objeto impermeabilizarlo a dicha energía, a fin de que la refleje a la mayor distancia posible. Así como un reflector colocado tras una lámpara recoge la luz que sin él absorberían las paredes y la arroja en el ambiente del aposento, así también el humeral está destinado a reflejar la energía que sin él fluiría brazos arriba del sacerdote que sostiene la Custodia a fin de proyectarla sobre los fieles.

⁵⁵ 2,465 metros X 457 milímetros. N. del T.)

Esta es la especial característica de la Bendición con el Santísimo Sacramento. En todas las demás bendiciones dadas al fin del servicio, la gracia de Cristo se derrama en admirable y beneficiosísima efusión sobre los fieles por mano del sacerdote a quien le confiere esta virtud el extraordinariamente estrecho lazo que con Cristo estableció la recibida ordenación; pero la bendición con el Santísimo Sacramento dimana directamente del mismo Cristo sin humana intervención. El flujo de viva lumbre que nuestro Señor derrama en la Hostia irradia de ella en derechura sobre los fieles, y el sensitivo nota en seguida la diferencia de calidad. El objeto de la procesión con la Custodia en que va la Hostia es derramar más cercanamente sobre la congregación la directa influencia de Cristo.

A este fin se convierte el humeral en un reflector de modo que toda la energía irradie con inmensa fuerza. El obispo que bendice o magnetiza el humeral anhela vehementemente que la constitución etérea, astral y mental de la vestidura cambie de modo que pueda desempeñar su función propia. El cambio determinado de esta suerte en el humeral persistirá hasta que se consuma el magnetismo, a menos que lo renueve una recia voluntad. Sucede cosa parecida a la operación de teñir una tela, que será permanente el teñido si el tinte es bueno. Al decir el humeral a su determinado uso, puede decirse que el obispo tiñe sus sutiles contrapartes con el necesario color.

Cuando el acólito o el familiar precede al obispo llevándole el báculo, se pone otro velo análogo, llamado vimpa, que se usa de manera semejante a la del humeral.

EL ROQUETE

Puede considerarse el roquete (lámina 24) como una forma episcopal de sobrepelliz, del que difiere en lo más corto (sólo llega a la rodilla), en estar profusamente orillado de encajes, con mangas más ajustadas y bocamangas de color de fuego con adornos también de encaje. Siempre es de lino finísimo.

En términos generales, el roquete le sirve al obispo lo mismo que el sobrepelliz al sacerdote, aunque hay cierta diferencia. El obispo es siempre un radiante centro de energía, una especie de potente batería, el escogido canal del Espíritu Santo, cuya vida fluye incesantemente por él; y así lleva las bocamangas de color de fuego no sólo como símbolo de la energía espiritual sino como apropiado vehículo de ella. Este color de fuego, que también se llama rojo alambrado, no siempre es fácil de encontrar; pero es mucho más eficaz que el de escarlata o el rojo cereza. En la Iglesia romana también llevan roquete los canónigos y otros dignatarios.

MUCETA Y MANTELETE

Estos indumentos (lámina 24) son en rigor pequeñas capas pluviales que los preladados llevan sobre el roquete en el coro o cuando resulta inadecuada la capa pluvial. La muceta es una especie de esclavina que cubriendo los hombros llega hasta los codos. Se abrocha por delante con una hilera de botoncitos encarnados y tiene una especie de capucha rudimentaria. La lleva el obispo en el territorio jurisdiccional de su diócesis, pero no fuera de ella ni en presencia de superiores dignatarios. Es del mismo color rosado purpúreo de la casulla y generalmente del mismo material, aunque puede ser de terciopelo o seda, pero siempre al menos con forros de seda.

El obispo no lleva la muceta cuando oficia de pontifical, y por lo tanto las fuerzas con que ha de tratar la vestidura son las del segundo tipo o las actualizadas por inducción, que en el obispo son muy numerosas e intensas y efervescen bajo la muceta, por cuyos bordes salen y rodean al obispo, quien permanece en medio como el pistilo de una flor de cáliz formado por las trémulas llamas de espléndido color que lo circundan. La energía irradia de todo el cuerpo del obispo derramándose indistintamente sobre el clero, el coro y el pueblo.

El mantelete, aunque de categoría inferior a la muceta, es mucho más hermosa vestidura.

La llevan los prelados subalternos y el obispo fuera de su diócesis o en presencia de un superior dignatario. Llega hasta las rodillas y cubre el roquete excepto por delante, por donde está abierto con las solapas vueltas y sujetas en esta posición. Es del mismo color purpúreo rosado que la muceta, pero se acostumbra a forrarlo de seda de color rojo alambrado, de modo que las solapas producen muy brillante efecto. Se abrocha con un solo botón o presilla en el cuello y por los brazos deja ver las mangas del roquete. Las fuerzas actualizadas por inducción bajo el

mantelete irradian por la abertura delante y también por las aberturas de los brazos para afluir a las rojo-alambradas bocamangas del roquete.

LA MITRA

Esta toca episcopal (lámina 25) se parece lo bastante a la del sumo sacerdote de los judíos para inducir al intento de encontrar en la segunda el origen de la primera; pero desgraciadamente no apoya la historia tan fascinadora insinuación

Parece que no hay prueba concluyente de que se usara la mitra antes del año 1000 de la era cristiana, aunque creo haber observado en mis clarividentes investigaciones algunos ejemplares anteriores a dicha fecha.

Los obispos de los primeros siglos se cubrían con algo la cabeza, pero hasta el siglo X no empezó a asumir la forma acostumbrada. Era a la sazón muy sencilla la mitra y no más alta de 152 milímetros; pero hacia el siglo XIV aumentó la altura hasta treinta y aún más centímetros con mucha mayor suntuosidad de ornamentación. En el siglo XVII excedía ya la altura de 45 centímetros tomando su configuración aspecto de barril. La Iglesia romana todavía usa mitras de gran tamaño, cuyo perfil afecta la forma de un par de paréntesis; pero en la Iglesia católica liberal hemos considerado más conveniente adoptar un modelo de mediano tamaño, dispuesto de suerte que cerrada la mitra forme un triángulo la parte superior y cuando puesta resulte de configuración cilíndrica. Sin embargo, no hay inconveniente en usar la forma de barril si tal se prefiere.

Hoy día la Iglesia romana usa tres clases de mitras. Transcribiré otro pasaje de la obra de Macalister, pág. 119:

A diferencia de otros indumentos que se clasifican según el particular color litúrgico que predomina en sus bordaduras, las mitras se clasifican según la *manera* con que están ornamentadas. El fondo es siempre blanco. Se llama *mitra simplex* la de lino o seda con poros o ningún adorno. *Mitra aurifrigiata* es la adornada con profusión de bordados pero sin piedras ni metales preciosos. *Mitra pretiosa* la ornamentada con metales preciosos y pedrería.

En la Iglesia anglicana se las denomina respectivamente mitra sencilla, mitra de oro y mitra preciosa. A la palabra *aurifrigiata* se le da el significado, de “débil o lánguida de dro”; pero Fortescue, en su admirable libro: *Descripción de las ceremonias del rito romano* dice que la mitra de oro es de tejido de oro sin adornos. Yo mismo la he llevado de esta clase con una cruz latina de hoja en el frente y me pareció muy a propósito.

El *Ceremoniale Episcoporum* dice que esta mitra es de tisú de oro, o bien de sencillo tejido de oro. Dícese que se ideó para aliviar al obispo, durante el sermón, del peso de la mitra preciosa, lo que no debe extrañarnos al leer que Enrique VIII Confiscó en la abadía de Fountains una mitra de plata sobredorada con engastes de perlas y piedras preciosas que pesaba ¡setenta onzas!⁵⁶.

Para comprender la oculta utilidad de la mitra conviene recordar los lazos que anuda el obispo en el acto de su consagración. Por inconsciente que de ello sea, extrae energía de la divina Trinidad por medio de su trino Espíritu, y la extraída energía desciende fluyente por sus principios. Pero el espacio comprendido entre Dios y Sus siervos es casi infinito aun cuando se digne actuar por medio de ellos; y nuestro Señor, con Su inmenso amor, coloca Su propia persona por puente de tan dilatado espacio (y así con-toda reverencia le saludamos como medianero, no como intercesor, sino como un lazo entre Dios y Su siervo.

⁵⁶ 1,985 Kg. (N. del T.)

Pero nuestro Señor es una manifestación del Segundo Aspecto de la Santísima Trinidad, por lo que las tres modalidades de energía que por mediación de nuestro Señor recibe el obispo, toman una modalidad del Segundo Aspecto cuya característica es que en él todas las cosas son duales: positivas y negativas, masculinas y femeninas. Así cuando la energía divina llega al obispo por conducto de Cristo y del obispo alcanza a los fieles (como sucede al dar la bendición o absolución) lleva la mitra a fin de que por sus dos divisiones fluya más cómodamente la dual energía.

En la celebración de la Sagrada Eucaristía o al dar la bendición con el Santísimo Sacramento, no se lleva la mitra porque la Hostia está en función y por medio de ella recibe el obispo la energía, cuyo dual aspecto indican los dos sagrados elementos.

Los lazos de la mitra, que en un principio fueron cintas para sujetarla, sirven ahora para conducir la energía al borde de la capa pluvial o de la casulla, y por estas vestiduras alcanza a los fieles.

EL SOLIDEO

Es un casquete que debajo de la mitra llevan los obispos de la Iglesia romana y que conservan puesto al quitársela en algunas partes del servicio. Se puede llevar durante toda la celebración de la Sagrada Eucaristía menos en el canon. Parece que no produce efecto alguno en el aspecto oculto del servicio, por lo que su uso es discrecional. En algunas iglesias ritualísticas llevan los acólitos solideo encarnado, pero esto es abusivo. •

EL BONETE

Llevan esta prenda (lámina 20) los obispos y sacerdotes, en armonía con el color de su respectiva sotana. Es un gorro cuadrado con tres prominencias curvadas que arrancan de la coronilla, y una borla en el centro. En Francia y España son muy frecuentes los botones de cuatro prominencias, al arbitrio de quien los lleva, aunque me parece que debieran reservarse exclusivamente para los doctores en Teología mientras explican lección en cátedra.

El obispo lleva bonete con la muceta o el mantelete, y nunca con capa pluvial o casulla; pero los sacerdotes pueden llevarlo con cualquier vestidura, aunque sólo en determinadas partes del servicio, como en las procesiones y durante la epístola y el sermón. Siempre que se hace una genuflexión hay que quitarse el bonete, pero no la mitra.

Es indudable que el bonete es una derivación del gorro cuadrado de los antiguos colegios, y no deja de tener utilidad en el aspecto oculto del servicio. Desempeña análoga función a la de los tapones de las botellas, esto es, impedir la evaporación y la consiguiente merma. Toda la energía que pueda generar el sacerdote debe acumularse en su interior para descargarse en beneficio de los fieles, sin permitir que por natural propensión retorne sin provecho a los planos superiores. De la propia suerte el vapor de agua que se deja escapar, se disipa rápidamente en el aire, y para que en el mundo físico cumpla obra útil es necesario encerrarlo y dirigirlo.

Las tres prominencias del bonete tienen el usual significado trino, mientras que las cuatro prominencias del bonete del doctor en Teología se consideran como símbolos de las cuatro letras del tetragramaton o nombre sagrado, que el teólogo ha de conocer mucho mejor que los demás hombres.

VESTIDURAS ADICIONALES

Tanto la Iglesia romana como la griega usan ciertas vestiduras adicionales, no adoptadas todavía por nosotros porque no hemos podido descubrir si tienen especial valor desde el punto de vista simbólico o del oculto. Entre dichas vestiduras se cuentan, por ejemplo, el palio y la capa magna⁵⁷.

⁵⁷ El palio es una insignia pontifical que da el Papa a los arzobispos y a algunos obispos, y consiste en una especie de faja blanca con cruces negras, que pende de los hombros sobre el pecho.

Es costumbre en la Iglesia romana que cuando los obispos offician de pontifical llevan medias y zapatos del color de la estación del año eclesiástico, a menudo suntuosamente bordados y adornados. No cabe objeción a esta costumbre, aunque con dificultad se observa en ella ventaja alguna.

Cuando el obispo no officia, suele llevar guantes de seda blanca con una cruz de oro bordada o cosida en el dorso de cada mano. Parece que en la edad media eran estos guantes del color de la estación y en vez de la cruz estaban ornamentados con gruesas joyas. Nosotros los usamos en la moderna forma (lámina 25).

EL PECTORAL

Hay algunos objetos usados por los obispos, que no pueden calificarse propiamente de vestiduras⁵⁸, pero que tienen gran importancia en el desempeño de la función episcopal. Dichos objetos son: el pectoral, el anillo y el báculo.

El pectoral es una maciza cruz de oro, o de plata sobredorada, de 75 a 100 milímetros de longitud, que suele estar cuajada de pedrería y la llevan en el pecho los obispos y abades mitrados (láminas 20, 24 y 25). En la Iglesia romana suele contener una u otra reliquia, y cuando es posible un fragmento de la supuesta madera de la verdadera cruz⁵⁹. En la Iglesia católica liberal hemos juzgado ventajoso proceder respecto del pectoral lo mismo que con el ara del altar, y adornarlo con las piedras preciosas correspondientes a los siete Rayos, aunque variando ligeramente su disposición. En el pectoral conviene una piedra céntrica de grueso tamaño, y valdrá más que sea la del séptimo Rayo, cuya prevalencia en el mundo se está hoy día iniciando.

Por lo tanto, engastamos en el centro del pectoral una amatista bastante gruesa y disponemos en su derredor las demás piedras como en el ara, excepto que el diamante está inmediatamente encima de la amatista central y el zafiro inmediatamente debajo. En los extremos de la cruz puede haber otras amatistas menores.

Cuando predomine la nueva raza raíz es probable que use el diamante como piedra central; pero la presente disposición es la más a propósito para hasta dentro de un milenio.

El pectoral es una permanente estación receptora y distribuidora de energía. Al consagrarla, quedó cada piedra convertida en especial vehículo del Jefe de su correspondiente Rayo a manera de receptor de teléfono con él relacionado como una especie de avanzada de su conciencia. La energía peculiar del Jefe de Rayo irradia siempre de su piedra respectiva, de la propia suerte que el magnetismo de una persona se nota siempre al acercarse a ella; pero si una persona vulgar fija la atención en determinado caso o se aviva su simpatía puede enfocar aquel radiante magnetismo y concentrarlo en el objeto de su atención. De la propia suerte la energía de un Rayo irradia siempre de su consagrada piedra; pero cuando una persona perteneciente a este Rayo se acerca a la piedra, se intensifica la virtud de esta piedra, y si la persona es receptiva puede recibir un extraordinario acumulo de fuerza y ayuda.

Los censores de la clase de aquellos que siempre están diciendo que para nada se necesitan los trebejos eclesiásticos, argüirán que lo mismo pudiera atraerse la atención del Jefe de Rayo por medio de una plegaria a él dirigida, sin necesidad de enlace alguno en el plano físico. Desde luego que puede ser así, como hasta cierto punto es posible comunicarse a grandes voces con una persona de cumbre a cumbre de colina a través de un valle; pero cabe obtener mas seguro y cómodo resultado con menor esfuerzo valiéndose del teléfono. Además, hay quienes están

La capa magna es la que se ponen los arzobispos y obispos para asistir en el coro de sus iglesias con los cabildos a los oficios divinos y otros actos capitulares. Es de la misma hechura que la capa de coro de los canónigos, aunque más larga la cola, y el capillo no baja ni remata en punta por la espalda, porque termina junto al cuello. Usase de tela de seda morada en tiempo de cuaresma y adviento, y encarnada en lo restante del año.

La capa de coro es la que usan los canónigos, dignidades y demás prebendados de las catedrales y colegiatas para asistir en el coro a los oficios y horas canónicas y para otros actos capitulares. (N. del T.)

⁵⁸ La calificación más propia parece ser la de INSIGNIAS. (N. del T.)

⁵⁹ En la Iglesia romana se llama lignum crucis. (N. del T.)

demasiado lejos para que oigan los gritos, y un teléfono psíquico, debidamente instalado, nunca puede estropearse como los terrestres teléfonos.

Ahora bien; ¿por qué sólo el obispo lleva pectoral y qué parte desempeña esta insignia en su acción? En el capítulo dedicado a las Sagradas Ordenes explicamos cuál era el lazo del obispo con su Señor y Maestro; y según antes dije, lo convierte en potente batería. Ampliando el símil telefónico, podemos decir que el obispo suministra la corriente para el funcionamiento del teléfono.

Como el ara del altar, el pectoral actúa a manera de prisma respecto de la energía, que de continuo fluye por el obispo, quien es un centro de energía del segundo Rayo, en el cual, como en todos los demás Rayos, hay siete subrayos; esto es, el segundo Rayo influido por cada uno de los otros.

Así, cuando la energía segundorádica de Cristo irradia del centro del corazón de Su obispo y llega al pectoral, las piedras de esta cruz descomponen instantáneamente la energía, que así se derrama sobre los fieles del modo más fácilmente asimilable.

Se da la preeminencia al séptimo Rayo porque precisamente en nuestros días se inicia su acción. Cada Rayo influye por sucesivo turno en el mundo. El sexto Rayo, de índole devocional, prevaleció durante la edad media, y al desvanecerse su influjo, sobrevino un período de incredulidad, irreligión y profunda ignorancia del aspecto oculto de la vida.

El séptimo Rayo entraña el estudio y aprovechamiento de las fuerzas ocultas de la naturaleza, así como la inteligente cooperación con las Potestades que las gobiernan. Esta es la influencia que ahora se inicia en el mundo; y por lo tanto, le concedemos la céntrica posición en el pectoral del obispo, y le proporcionamos adyutorios canales de manifestación.

La Iglesia romana prescribe acertadamente que el pectoral se lleve encima de la muceta, pero debajo del mantelete. También ordena que se lleve debajo de la casulla durante la celebración; pero en este particular nos hemos atrevido a no seguir su costumbre, porque consideramos que en las nuevas condiciones establecidas para el uso de las siete joyas en el ara del altar, es valiosísima la interacción entre ellas y las del pectoral. En consecuencia, prescribimos a nuestros obispos que es mucho más prudente llevar el pectoral sobre la casulla.

EL ANILLO

Parece que ya desde muy antiguo llevaron los obispos un anillo especial como insignia de su oficio, aunque la primera noticia concreta que de ello tenemos sólo alcanza al año 610 de la era cristiana. Se consideraba como símbolo del signáculo de los secretos, y también de la fidelidad conyugal exigida por los desposorios del obispo con su diócesis. Era siempre de oro con una gruesa piedra generalmente sin grabado alguno, que según se dice podía ser indistintamente un rubí, una esmeralda o un zafiro. Ahora suele ser una amatista de configuración oval, tan grande como sea posible encontrarla, y con las armas del obispo grabadas en ella, a fin de que en caso necesario sirva de sello, aunque el obispo dispone para el uso oficial >de un mucho mayor sello grabado en bronce. El anillo ha de tener el aro lo bastante holgado para llevarlo encima del guante, y por lo tanto es preciso a veces llevar un sencillo arete que sirva de sostenedor. El anillo (láminas 20, 24 y 25) desempeña muy importante parte en las funciones del obispo. En el acto de la consagración queda el anillo definitivamente enlazado con Cristo, no por medio de los principios superiores del obispo, sino directamente y de manera semejante a la consagración de la Hostia. Por lo tanto, es el anillo un lazo de comunicación con Cristo, de todo punto independiente de la personalidad del obispo sin que ninguna de las peculiaridades de éste pueda afretarlo, sino que siempre irradia el especial y personal magnetismo de Cristo, de suerte que sólo me cabe decir respecto de su peculiar potencia, que su efecto es idéntico a si lo llevara el mismo Cristo. Es así un centro de formidable poder, y cuando el obispo da la bendición solemne, se abren de par en par las puertas por donde mana el flujo de aquel poder. De maravillosa complejidad y adaptabilidad es la bendición de un obispo y vale la pena de andar largo trecho para obtenerla. El

anillo es uno de los principales factores de la virtualidad de la bendición. En el capítulo de las Sagradas Ordenes quedan explicados los demás factores.

EL BÁCULO

Es el bastón de mando pastoral del obispo, que tiene el extremo superior enroscado a la manera de cayado de pastor, del cual lo suponen algunos originario (lámina 25). No hay certidumbre de su antigüedad. Otros opinan que deriva del *lituus* o cayado que en la era precristiana llevaban los augures romanos; y en efecto, el báculo episcopal, según aparece representado en algunos primitivos monumentos cristianos, resulta idéntico a la vara de los augures romanos, pues el primitivo báculo parece haber sido de palo mucho más corto que su moderno equivalente, y fue necesario alargarlo cuando empezó a hacerse de materiales tan pesados que convenía apoyarlo en el suelo. Indudablemente es uno de los primeros símbolos externos que la Iglesia prescribió para sus ministros, pues se han encontrado báculos pintados en las catacumbas, y en la catedral de Tréveris se conserva el que según tradición usó San Pedro.

Tanto el material como la forma del báculo han variado considerablemente. En un principio fue una vara de madera de cedro, ciprés o ébano, a menudo dorada o chapada de plata. No tardó en hacerse el extremo superior de metal precioso o marfil labrado y posteriormente todo el báculo fue de marfil o de metal esmaltado. Los báculos irlandeses solían ser de bronce, ornamentados con primorosos nudos o bandas entrelazadas. Actualmente todo el báculo es por lo general de bronce o plata densamente sobredorados y a veces con mucha pedrería, aunque esto es innecesario.

Varias formas se dieron a la testa en los primeros siglos entre ellas las de Y, T, protuberancia, voluta y gancho. La testa de los báculos de bronce irlandeses tiene casi siempre figura de U invertida. En el siglo XI se adoptó generalmente la forma de gancho, menos la Iglesia griega que todavía conserva la forma de T cuyo travesano son generalmente dos serpientes en recíproca actitud amenazadora.

En la Iglesia latina aún hay tres variedades de báculo, según muestra el diagrama 18. El centro de la voluta suele representar algún episodio sagrado, un santo, un ángel o una divinidad simbólica o heráldica, como un cordero, un racimo de uvas o la hostia y cáliz. La protuberancia de la testa suele estar profusamente labrada y a veces sirve de relicario.

En la Iglesia católica liberal usamos cualquiera de las tres formas, aunque preferimos la de la izquierda del diagrama por lo mejor equilibrada y por tener el centro de la voluta más directamente encima de la protuberancia, por lo que se evita el tropiezo del flujo de energía con una embarazosa angulosidad.

Como en el caso del ara del altar, sustituimos la reliquia guardada en la protuberancia, por un juego de siete magnetizadas piedras preciosas dispuestas exactamente lo mismo que en el ara.

En todo tiempo se ha considerado el báculo como símbolo de autoridad y jurisdicción; pero no debe confundirse con la especial cruz que indica la dignidad del arzobispo, quien tiene su báculo como los demás obispos y lo usa en los mismos puntos del servicio, aunque siempre que entra o sale de su iglesia le precede una especie de cruz procesional que él *no* maneja.

Considerado desde el punto de vista oculto, el báculo es un valiosísimo instrumento. El engaste de las piedras preciosas le da equivalencia de ara portátil y además está provisto de un singular dispositivo para la aplicación de la energía espiritual a los diversos principios o divisiones del hombre. Sirven a este propósito las curvas de la voluta que se dividen automáticamente en tres partes según demuestra el diagrama 18. Convendría señalar materialmente estas divisiones por medio de marcas o discos de calcedonia, crisoprasa⁶⁰, jade o jaspe; pero parece que los orfebres tropiezan para ello con graves dificultades. Afortunadamente,

⁶⁰ Agiata de color verde manzana. (N. del T.)

le es fácil al magnetizador elaborar con materia etérea dichas separaciones.

El nudo, bollón o protuberancia del báculo en que están engastadas las piedras preciosas es un foco y fuente de actividad, un intenso centro de viva lumbre, del cual pasa la energía a la voluta. Allí están presentes todas las modalidades de energía, pero prevalece la etérea hasta el punto de que no fuera maravilla que pudieran sanar enfermos al toque del báculo.

La primera división o filtro está de manera que detenga la materia etérea y sólo pasen las manifestaciones astral, mental y otras superiores de energía. La curvatura de la voluta modera algún tanto la velocidad del flujo y así nos es más fácil dirigirlo. Entre la primera y segunda división se manifiesta más conspicuamente la modalidad astral de la energía, y de esta curva del báculo dimana la influencia cuya actividad es mayormente a propósito para estimular la de-

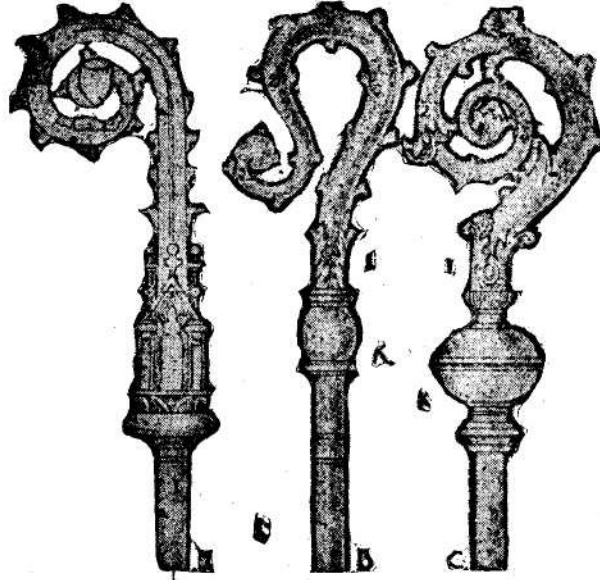


DIAGRAMA 18—EL BÁCULO.—Representa el Grabado tres estilos de báculo. Las menudas piedras preciosas consagradas están en el interior de la protuberancia K. Los puntos de la testa donde se han de fijar partículas de piedras o éter magnetizado están indicados con números. La primera división 1 detiene el flujo de materia etérea, la segunda . el de materia astral y la tercera 3 de materia mental inferior.

voción, al propio tiempo que para despertar y regir las emociones de los fieles.

La segunda división rechaza toda la materia astral, y por lo tanto desde esta división hasta la tercera prevalece el aspecto mental de la energía cuya tendencia es estimular los nobles y limpios pensamientos, y en general vivificar la mentalidad.

La tercera división rechaza toda la materia mental inferior, de modo que sólo puede pasar al céntrico adorno o florón en que termina la voluta, materia mental superior de la que está constituido el cuerpo causal, y por lo tanto es capaz de ejercer potísima influencia, en el ego o alma de quien esté lo bastante evolucionado para abrirse a ella. No se necesita al efecto el menor talento especial sino tan sólo

colocarse en humilde, agradecida y receptiva actitud mental. Porque verdaderamente, como El mismo dijo, está Cristo llamando a la puerta del corazón del hombre, en espera de admisión, pero nunca fuerza la entrada.

No hay porción del báculo reservada a superiores modalidades de energía porque no pueden confinarse ni localizarse de la misma manera que las anteriores. Como el báculo está empapado de la influencia del mundo intuicional, es capaz de penetrar en todos los principios inferiores con tal de que en ello consienta el individuo. Las proyecciones o espigas de que suelen estar provistas las curvas de la voluta, facilitan en cada sección del báculo que se derramen sobre lo fieles las respectivas modalidades de energía.

Hay báculos de suntuosa ornamentación cuajados de pedrería. En este caso conviene engastar uno o varios zafiros sobre el bollón que contiene las siete piedras preciosas; jaspe o topacio en la primera división (etérea); rubíes en la segunda (astral); esmeralda o jade en la tercera (mental); y un diamante o una amatista en el centro para indicar la cuarta división.

Sumamente poderosa es la acción del báculo durante los diversos servicios de la Iglesia y abarca abrumadora complicación de pormenores. Actúa simultáneamente en varias direcciones. Actúa sobre el obispo de quien también recibe influencia e irradia energía sobre la congregación. En algunos puntos del servicio el obispo lo sostiene en la mano, de modo que pueden entremezclarse las energías de ambos. En otros puntos del servicio, basta con que alguien lo lleve precediendo o siguiendo al obispo. Por ejemplo, cuando administra la Confirmación, ha de estar el báculo a su lado mientras acepta al candidato en nombre de Cristo; pero lo toma en sus manos al pronunciar las palabras de poder: "Recibe el Espíritu Santo." También sostiene el báculo al dar la absolución y la bendición, y muy admirable es ver cómo al pronunciar las palabras, su perpetuo resplandor se acrecienta en deslumbrante luz y el punto central ostenta tres a manera de estrellas, blanca, azul y rosa. Para ver estos estelares puntos se necesita un muy superior grado de clarividencia, por expresar el trino Espíritu de Cristo y sólo puede percibirlo el reflejo del mismo Espíritu en el hombre.

Hemos examinado muchos báculos y los servicios religiosos en muchas iglesias, y siempre se establecen los mismos lazos; pero desgraciadamente se dejan a menudo estériles. Muchos obispos y sacerdotes no saben nada de ello, y aunque no es absolutamente necesario que lo sepan, fuera muchísimo mejor que lo supieran. La intensa devoción y la fervorosa aspiración bastarán para poner todo este mecanismo en movimiento por más que no se perciba lo que en efecto está ocurriendo. El magno hecho de la Sagrada Eucaristía permanece doquiera hay sucesión apostólica, pero la efusión de su energía queda a menudo tristemente limitada, y las que pudiéramos llamar avenidas colaterales están enteramente obturadas y en desuso.

La verídica información aquí dada basta para que todo obispo o sacerdote reduplique el vigor y eficacia de sus servicios; pero precisamente quienes estén más necesitados de ella, serán los últimos en creerla y aprovecharla.

Nada tan triste para quien ha desarrollado la vista interna, que tropezar con la rasa y presuntuosa ignorancia y el escepticismo de quienes aún no la poseen. Tan seguros están de que no puede existir nada más allá de lo que ellos ven, de que no hay más luz que la de su mortecina lámpara, que viven como la oruga en su hoja, rodeados de los esplendores de tierra, mar y cielo, sin hacer el menor caso de ellos. Pero la evolución progresa incesantemente y algún día llegarán a ver, porque

Se va acercando más y más el tiempo en que seguramente la tierra será llena de la gloria de Dios como las aguas cubren el mar.

CAPITULO IX VÍSPERAS Y BENDICIÓN SOLEMNE

VÍSPERAS

Son las Vísperas el oficio más antiguo de la Iglesia, distinguiéndolo de la Sagrada Eucaristía que no se cuenta entre los oficios. Plinio menciona las Vísperas en su famosa carta de principios del siglo II, aunque no sabemos qué forma revestía entonces este oficio. Está descrito en la *Peregrinatio*, documento probablemente del siglo IV; y en 530. aparece en la *Regla de San Benito* tal como hoy lo usa la Iglesia romana, con los salmos, el corto capítulo, los versículos y el cántico *Magníficat*.

Laudes y Vísperas son los dos servicios diarios de alabanza que tiene la Iglesia, los dos que usualmente se cantan en público, pues la mayor parte de las demás horas de oración, las rezan privadamente los sacerdotes y los monjes.

De dichos dos oficios, el de Vísperas ha sido siempre el más importante; en primer lugar, porque los Laudes se cantaban al amanecer o aún más pronto⁶¹ de modo que a los seglares les era sumamente incómodo asistir a ellos; y en segundo lugar, porque la Sagrada Eucaristía fue naturalmente desde un principio el magno servicio matinal, y muy luego anuló enteramente a los Laudes, que apenas se usan ya entre los públicos servicios de la Iglesia romana, y nosotros no los hemos incluido en nuestra liturgia.

Las Vísperas fueron en un principio el oficio de la tarde; pero cuando San Benito introdujo las Completas como el acto final del día, se empezaron a cantar las Vísperas entre cuatro y seis de la tarde, considerándoseles oficio del ocaso, así como los Laudes eran el del alba.

En el siglo VI se introdujo el oficio del Himno, que consistía en un himno distinto para cada día de la semana, alusivos a los supuestos seis días de la Creación. El del domingo aludía a la creación de la luz; el del martes a la creación de las plantas; el del miércoles a la del sol y la luna; el del jueves a la de los peces, el del viernes a las de las bestias; el del sábado es una excepción, porque las Vísperas cantadas este día corresponden en rigor al domingo, y por ello el himno es en alabanza de la Santísima Trinidad. Este último himno es el que hemos adoptado para nuestros servicios, porque nos ha parecido mejor tener una forma invariable en la que sólo cambia la Colecta del día.

El objeto de las Vísperas es producir una continua efusión de alabanza que se vaya transmutando gradualmente hasta culminar en amor, devoción y gratitud, de modo que evoque una abundosa respuesta cuyas radiaciones inunden toda la vecindad.

En nuestra liturgia hemos seguido la estructura del antiguo servicio, pero son distintos sus componentes. Usamos cinco salmos, aunque no literalmente, sino eliminando los versículos insulsos, quejumbrosos y ofensivos y componiéndolos con los más hermosos y convenientes que hemos encontrado en diversos pasajes de las Escrituras.

Como quiera que la alabanza es la nota fundamental de todo el servicio, hemos dedicado a ella tres salmos enteros. De los dos restantes, uno encomia la vida piadosa y el otro es un panegírico de la sabiduría. Los cinco tienen por finalidad excitar el entusiasmo de los fieles y enaltecer sus pensamientos y emociones hasta el más alto punto que les sea posible. Para lograr plenamente este resultado es necesario

que todos canten a una voz los salmos, que atiendan cuidadosamente a las palabras que cantan y que procuren sentir las tanto como comprenderlas.

Toda la iglesia ha de estar a la sazón invadida por vivida energía que se manifiesta en ingentes nubes de coruscante luz. Durante el canto de los salmos, estas nubes se van acumulando, planean sobre el santuario, se arremolinan ante el altar, ascienden y descienden y aumentan de espesor con entrecruzadas ondulaciones cuando el coro y los fieles cantan la antífona.

La mayoría de estas nubes son de varios matices de azul y a veces las atraviesan áureas estrellas de aspiración o revolotean entre ellas chispas de oro cónicas como llamas.

Además de las formas construidas por la devoción de los fieles, hay las formas musicales resultantes de los sonos del órgano y de las voces de los coristas. Todo esto está dominado por la lectura del Corto Capítulo, con mucha pompa y ceremonia, no sólo para llamar especialmente la atención sobre sus palabras sino también para favorecer la distribución de su predominante pensamiento de amor que fluye en una corriente de espléndido carmesí.

Los sacerdotes asistentes se agrupan alrededor del oficiante, que tiene a uno y otro lado un acólito con cirio encendido en candelero, y el incienso se emplea lo mismo que en la lectura del evangelio.

El objeto de este capítulo es dar validez aprovechable a toda aquella potencial energía que ha sido generada, y convertirla en una inmensa fuerza motora al evocar el sentimiento de

⁶¹ En efecto, parece que seguían inmediatamente a los Maitines, que principiaban a las dos de la madrugada.

fraternidad y el intenso afecto mutuo.

En los primitivos tiempos, cuando se leían en la iglesia estas palabras del apóstol, acostumbraban los miembros de la congregación a volverse uno de cara a otro los contiguos y abrazarse; y aunque en nuestra artificiosa sociedad moderna serían inadmisibles semejantes demostraciones, debemos seguramente emitir de todo corazón los sentimientos que expresaban.

El Corto Capítulo nos proporciona fuerza motora, por llamarla así, y nos suministra la pólvora para nuestra arma, mientras que el oficio del Himno, que inmediatamente le sigue, señala la dirección en que hemos de apuntar, pues endereza nuestro pensamiento hacia la Santísima Trinidad de quien todo procede y a quien todo ha de volver.

Los fieles han de cantar con entusiasmo este himno, sobre todo en el conocidísimo *Gloria Patri* que nunca deja de llamar la atención de las huestes angélicas, y determina la vigorosa efervescencia de la densa masa de nubes que entonces toma configuración cónica, algo parecida a una campana.

Completada así la preparación hacemos el gran esfuerzo hacia el cual nos ha estado conduciendo toda la primera parte del servicio. En el ritual romano se canta a este punto el *Magnificat*; pero por muy hermoso que sea este cántico de Nuestra Señora, es mucho menos eficaz para nuestro presente propósito de una potente efusión de alabanza, que el *Te Deum laudamus*, el grandioso acto matinal de homenaje, cantado generalmente después de los Maitines y poco antes de los Laudes. Como quiera que hoy día no recitamos ni uno ni otro de estos dos oficios matutinos, escogimos el *Te Deum* para cantarlo en las Vísperas, y hemos visto que es sumamente a propósito para el caso. En su primitiva forma es el Tedeum uno de los más antiguos himnos de la Iglesia. Según tradición, lo compusieron y cantaron espontáneamente en alternados versículos San Ambrosio y San Agustín., al bautizar aquél a éste una noche del año 387; pero esto es una leyenda repudiada por los investigadores. No se sabe a punto fijo quién fue su autor, y es probable, que los compusieran gradualmente, pasando por varias modificaciones. Se atribuyen los diez primeros versículos al papa Aniceto que murió el año 168; pero se supone que hacia el año 400, el obispo Nicetas, de la diócesis de Remesiana en Rumania les dio la forma en que hoy los cantan las Iglesias romana y an-glicana. También se ha atribuido el Tedeum a Atanasio, a Hilario de Poitiers, a Hilario de Arles, a Niceto de Tréveris y a Abondio.

Kock afirma que es el Tedeum un antiquísimo himno, compuesto originalmente en griego y traducido al latín por San Ambrosio para usarlo en su iglesia de Milán, y adoptado después por San Agustín en las iglesias del norte de África. Añade Kock que en uno de los primeros manuscritos del siglo VI se encuentra el himno en el original griego.

San Benito ordena en su regla que se cante en el oficio nocturno del domingo, por lo que no hacemos nosotros graves innovaciones al usarlo en las Vísperas. Indudablemente se cantaba todos los días desde la época de la conquista nor-raanda en las catedrales, abadías y parroquias de Inglaterra excepto cuando lo substituía el *Benedicite*, como sucede en las temporadas de Adviento y Cuaresma. Según costumbre, el título del himno está formado por sus dos palabras iniciales que en lengua vulgar se han unido en una sola.

Desgraciadamente, desde el versículo 15 cambia algún tanto el carácter del Tedeum original, empezando por ser una especie de retrospectiva histórica o confesión de fe, y acabando por degenerar en los ordinarios abyectos clamores de misericordia, aunque aun en esta parte brota irremisiblemente en dos o tres versículos el espíritu de júbilo y alabanza.

Como quiera que esta bajada de tono es notoriamente inconveniente para el oculto fin a que está destinado el grandioso himno, nos hemos atrevido a substituir por más gozosos versículos los que menos se armonizan con el tono general.

Durante el canto del Tedeum es antigua costumbre añadir luces al altar, tantas como sea posible, para favorecer el acumulo y radiación de la energía (diagrama 19). Se intensa solemnemente el altar, como también al clero, coro y pueblo. Los sacerdotes asistentes se agrupan a los lados y detrás del oficiante que se coloca en medio del presbiterio frente al altar y tras él dos turiferarios que alternativamente incensan a toda longitud de cadeneta.

El incienso es siempre eficaz para llamar la atención de algún ángel que acierta a estar por las inmediaciones, aunque más bien lo atraen el *Gloria Patri* del himno y la invocación a la Santísima Trinidad al empezar el servicio. Los ángeles no acuden de propósito a las Vísperas como acuden

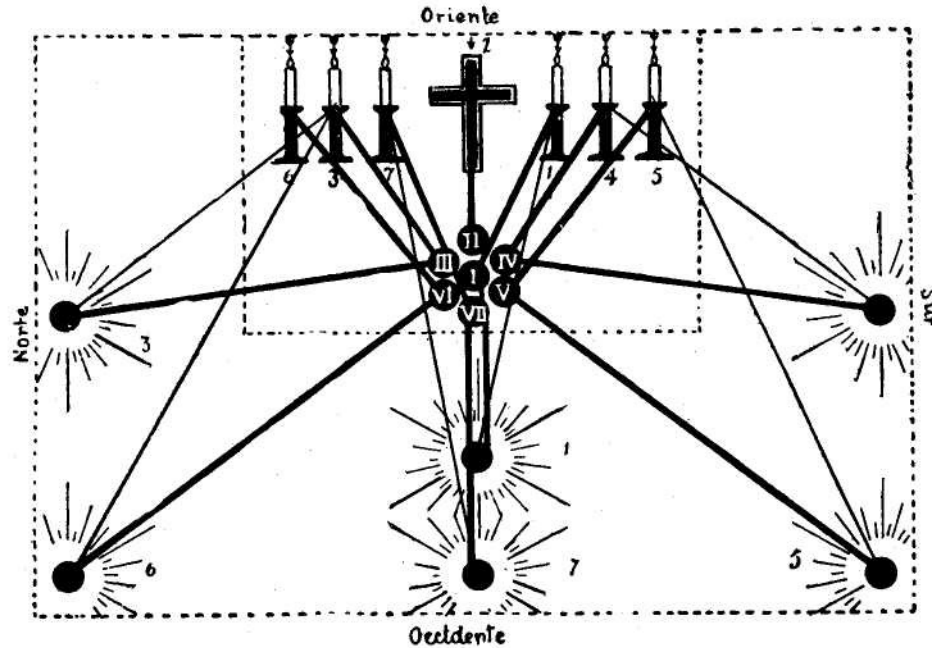


DIAGRAMA 19.—INTERACCIÓN DE LAS FUERZAS EN LA IGLESIA DURANTE LAS VÍSPERAS.—En las Vísperas, cuando la Hostia y el Cáliz no están presentes en el altar, los cirios y la cruz del tabernáculo (o del altar) actúan como receptores de la energía fluyente tan pronto como se encienden los cirios, porque cada llama establece una línea de enlace con el Jefe de un Rayo. Descomponen el flujo de fuerza en sus siete rayos componentes y por medio de las joyas consagradas de los escudos de los candeleros los dirigen hacia las joyas del altar y de allí a las cruces de los Rayos. También se establecen otras líneas de enlace entre estas cruces y las joyas del altar. Entretanto, las cruces de los Rayos y todos los objetos consagrados de la iglesia irradian energía sobre la congregación. Cuando la Hostia y el Cáliz están en el altar (véase el diagrama 8) la energía fluye en la iglesia por su medio, y entonces afecta primeramente a las joyas del altar y en segundo término (con menor intensidad) a los candeleros. En las Vísperas, la energía fluye primero por medio de las llamas de los cirios y después intensifica las joyas del altar y las cruces de los Rayos. (En ambos diagramas el diverso grueso de las líneas representa la relativa intensidad de las fuerzas interactuantes.) Muy luego se concentra la energía en torno del altar y se va formando el vórtice, primero como un tenue remolino de unas cuantas pulgadas de diámetro encima mismo de las joyas del ara; pero muy luego abarca todo el altar, al sacerdote y a los asistentes. (Véase la lámina .6).

a la Sagrada Eucaristía; pero yo nunca he visto sin ángeles servicio alguno debidamente celebrado.

Actúan en las nubes sobrecargadas de luz, generadas durante la primera parte del servicio, y rápidamente forman con ellas un giratorio vórtice en torno del oficiante y los asistentes, del cual vórtice brota un violento chorro de energía que atraviesa la techumbre (lámina 26) efundiéndose hacia lo alto en forma de vasta fuente de azul y rosa que entraña el devoto amor de los fieles intensificado por el de los santos ángeles, y la inevitable respuesta desciende en un torrente de blanco y oro, enormemente más copioso que el flujo ascendente aunque en estricta proporción a él. Forma la respuesta otro cilindro mucho mayor que envuelve al primero, y la energía que por él desciende, resbala por decirlo así por la superficie de la corriente devocional de los fieles e irradia por una extensa área de la comarca circundante, aunque considerables salpicaduras alcanzan también a la congregación.

El flujo descendido de lo alto atrae e intensifica los buenos pensamientos y emociones que

flotan alrededor, y persiste hasta desvanecerse poco a poco al terminar el Tedeum.

Esta energía es en varios aspectos diferente de la que se nos da en la Sagrada Eucaristía, la cual es el particular don del mismo Cristo, mientras que aquélla proviene directamente y en conjunto de la Santísima Trinidad. La de la Eucaristía está destinada a determinadas personas y a definidos objetos. La del Tedeum inunda como un mar toda la vecindad de la Iglesia, no está tan bajo la dirección del sacerdote y los ángeles no hacen esfuerzo alguno para prorratarla sino que tan sólo facilitan su efusión. Los ángeles por ella atraídos no están adiestrados especialmente en la obra de la Eucaristía ni son los representantes de las nueve jerarquías invocadas en el Prefacio.

Es frecuente costumbre que la Bendición con el Santísimo Sacramento siga inmediatamente a las Vísperas, y en tal caso se ha considerado conveniente omitir las tres Colectas que en el devocionario de la Iglesia anglicana preceden a los versículos finales y a la Bendición. Pero si se cantan Completas en vez de dar la Bendición, entonces se rezan las tres Colectas.

BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Es uno de los más hermosos y sin embargo de los más sencillos servicios de la Iglesia. Se le ha llamado la "Misa de la tarde" porque en ella se efunden las mismas admirables fuerzas que en la Sagrada Eucaristía, y aunque ésta sólo puede celebrarse por la mañana, la Bendición la substituye hasta cierto punto por la tarde.

Las esenciales características del servicio son que se saca la Hostia del tabernáculo, para colocarla en la custodia y mostrarla a la veneración de los fieles, llevándola después procesionalmente por el rededor de la iglesia y dando por último con ella la solemne Bendición.

Acompañánla tradicionalmente ciertos himnos desde que empezó a celebrarse en el siglo XIII, y en la Iglesia romana es costumbre cantar antes de exponer la Hostia la hermosa letanía de Loreto. Nosotros la substituimos como más apropiada a la ocasión, por una letanía dirigida a Nuestro Señor, y excepto este cambio, cantamos los himnos que se han cantado siempre, aunque en inglés en vez de en latín⁶². Es probable que el origen de la Bendición esté íntimamente relacionada con la institución de la festividad del Corpus Christi en el año 1246, pues su primera noticia corresponde a poco después de esta fecha.

Algunos se han extrañado de que un servicio de tan maravilloso efecto y tan consolador para Su pueblo, no lo hubiese ordenado nuestro Señor desde un principio. No somos quiénes para criticar el plan que El adoptó respecto a Su Iglesia; pero podemos conjeturar reverentemente, que según adelante la evolución se ofrecen nuevas posibilidades de modo que lo útil en el siglo XIII podría ser impertinente en el siglo I.

Por lo que a mí toca, me parece probable, aunque muchos no acepten la idea, que nuestro amado Señor va ensayando y experimentando nuevos métodos de derramar Sus beneficios; y por lo tanto, esta especial modalidad de servicio se le pudo ocurrir mucho más tarde de Su paso por la tierra.

Otra gran religión le da a nuestro Señor el nombre de *Avalokiteshvara* que significa: el Señor que desde arriba mira hacia abajo; y nosotros sabemos que nos mira por muchos conductos y que las fuerzas por ellos sobre nosotros efundidas se intensifican mutuamente al entrelazarse unas con otras.

En el acto de la Bendición, el celebrante lleva sobrepelliz, estola y capa pluvial, aunque si ha oficiado en Vísperas con capa de color del día y no deja el altar entre ambos servicios, se le permite retener la misma capa. Pero si, como debe suceder siempre que sea posible, le asisten un diácono con dalmática y un subdiácono con tunicela, debe llevar amito, alba y cingulo en vez de sobrepelliz. Ha de acompañarle un acólito que sostenga el humeral y toque la campanilla, otros

⁶² Desde luego reconozco que el latín es más sonoro; pero nosotros concedemos suma importancia a que todo en nuestros servicios sea fácilmente comprensible y que todos los circunstantes se asocien inteligentemente a ello

dos por lo menos con cirios en candelera, y un turiferario, aunque más vale que sean dos para mayor dignidad del servicio. En el altar han de arder al menos doce cirios, y más si fuese posible.

Como todos los servicios de nuestra Iglesia, comienza éste con la invocación, e inmediatamente después todos se arrodillan mientras el sacerdote saca la Hostia del tabernáculo y la coloca en la custodia que deja encima de un corporal sobre la tabla del altar. Se arrodilla el celebrante e incensa por tres veces, de tres golpes cada vez, el Santísimo Sacramento, como al comienzo de la primera incensación cuando celebra la Sagrada Eucaristía. Pone el celebrante el incienso en el incensario, pero no lo bendice, porque nunca se da humana bendición mientras está la Hostia de manifiesto.

Entretanto, los fieles cantan las dos primeras estrofas del *O Salutaris Hostia*, compuesto en el siglo XIII por Santo Tomás de Aquino:

¡ Oh! salvadora Víctima, abre de par en par las puertas del délo al hombre de la tierra. Impetramos tu auxilio. Concédenos Tu fortaleza porque nuestros enemigos nos combaten por doquiera.

Por siempre Te sean dadas toda alabanza y acción de gracias, Trinidad Santísima. ¡ Oh! concédenos la vida eterna Contigo en nuestra verdadera patria nativa.

Este himno es naturalmente un directo y personal llamamiento a nuestro Señor que le enviamos por el conducto que a la consagración de la Hostia nos abrió en aquella amplitud de su conciencia a que denominamos el Ángel de la Presencia. La Hostia es de por sí una avanzada de Su conciencia, y cuando aquel llamamiento atrae Su atención, la Hostia refulge vivamente en respuesta. Desde luego que la Hostia consagrada resplandece sin cesar mientras está en el tabernáculo y responde con un incremento de luz cada vez que se le ofrece un acto privado de adoración; pero en aquella circunstancia, el Señor fija mayormente en nosotros Su atención y la Hostia refulge con esplendores de sol en graciosa respuesta a la devoción sentida por los fieles y expresada por medio del incensamiento y del canto del conocido himno.

Permítaseme transcribir otro pasaje de la descripción que hice muchos años ha de este maravilloso fenómeno cuando por vez primera me condujeron a observarlo en una población de Sicilia:

La elevación de la Hostia inmediatamente después de consagrarla no fue la única ocasión en que se manifestó la energía. Lo mismo exactamente ocurrió al dar la Bendición con el Santísimo Sacramento. Varias veces seguí la procesión de la Hostia por las calles, y cada vez que se detenía ante alguna ruinosa iglesia desde cuyas gradas se daba la Bendición, se producía perfectamente el mismo doble fenómeno. Observé que la Hostia reservada en el altar de la iglesia emitía sin cesar la primera de las dos influencias (fuerza A) aunque no tan intensamente como en el momento de la elevación o de la bendición. Cabe decir que la luz refulgía incesantemente en el altar, pero fulguraba en dichos dos momentos como un sol de especial intensidad. La acción de la segunda fuerza, del segundo rayo de luz (fuerza B) podía también evocarse a toda hora desde el Sacramento reservado en el altar,, aunque me pareció algo menos intensa que el flujo inmediatamente subsiguiente a la consagración.

Todo lo relacionado con la Hostia, el tabernáculo, la custodia, el altar mismo, las vestiduras del sacerdote, el aislador humeral, el cáliz y la patena, estaban intensamente cargados de aquel formidable magnetismo y todos lo irradiaban cada cual según su grado⁶³.

En seguida se pone el humeral sobre los hombros del celebrante, quien se levanta, se dirige al altar, y con las manos envueltas en el velo toma la custodia y se vuelve hacia los fieles que permanecen arrodillados mientras se canta la letanía y se lleva la Hostia en procesión alrededor de la iglesia, a paso muy lento y con suma dignidad.

Cuatro o más seglares, revestidos de sotana y sobrepelliz llevan las varas del palio que cubre la cabeza del sacerdote a cuya derecha va el diácono y a la izquierda el subdiácono, sosteniendo las puntas de la capa pluvial. Delante van dos acólitos con sotana y sobrepelliz encarnados, vueltos de cara a la Hostia e incensándola alternativamente para ofrecerle una continua corriente de veneración.

Se han de ostentar en la procesión todas las banderas y luces de que disponga la iglesia,

⁶³ EL ASPECTO OCULTO DE LAS COSAS por C. W. Leadbeater

haciendo todo lo posible para acrecentar su belleza e impresionante grandiosidad. Será conveniente que un sacerdote (no el celebrante) o uno de los cantores, entone a solo alternados versículos de la letanía a los que respondan la congregación y el coro con los otros versículos.

Maravilloso es el efecto de esta procesión. Siempre hay ángeles en vela ante la Hostia reservada; pero cuando su fulgor se intensifica, aumenta de extraña y hermosísima manera la hueste, con buen número de angelitos que nimban la Hostia.

La mayoría de ángeles son por lo menos tan talludos como los hombres y muchos de ellos más corpulentos; pero hay también una legión de diminutos querubines, muy semejantes a los pintados por los insignes artistas del pincel, con la sola diferencia de que no he visto ninguno de ellos con alas. Son chiquitinas y perfectamente conformadas criaturas, algo parecido a ciertas clases de espíritus de la naturaleza, excepto que son más radiantes e indudablemente de tipo angélico, con talla de niño y experiencia de viejo. Dan una impresión de intensa refulgencia imposible de describir con palabras. Son de coloración tan espléndida como las aves del paraíso, cual seres de lumbre viva, y revolotean o se posan en actitud de adoración, contorneándose al moverse, de modo que forman encima de la Hostia una esfera hueca que alcanza a veces seis metros de diámetro.

No creo que ninguno de ellos sea tan inferior que tenga cuerpo astral, pues la mayoría sólo pueden percibirse viendo su cuerpo causal, de lo que cabe conjeturar que su más denso vehículo está constituido por materia mental. Reflejan y hasta cierto punto transmutan la fuerza A y atraen grandes masas de fuerza B, de suerte que dentro y alrededor de su esfera se forma un torbellino de indescriptible actividad.

El celebrante, sus asistentes, los portantes del palio y los turiferarios están dentro de dicha esfera; y si son sensitivos, difícilmente dejarán de notar la influencia circundante.

Don muy digno de agradecimiento es el otorgado por nuestro Señor al permitir que el centro de radiación de esta estupenda energía llegue tan cerca de los fieles y pase de tan amistosa manera por entre ellos. Es como si El mismo anduviera entre sus discípulos, dejando que sobre ellos brillara la luz de Su bondadosa Presencia.

La iglesia toda se llena de brillante resplandor, y parece como si uno viviese en el centro de un ocaso egipcio henchido de júbilo y paz celestes. Paz inefable, paz omnipenetrante, absoluta; y sin embargo, al propio tiempo intensísima actividad. Aunque la paz y la actividad son incompatibles en la vida ordinaria, aparecen allí claramente simultáneas.

Por supuesto que la esfera de seis metros de diámetro formada por los angelitos no es el límite de tan maravillosa radiación, pues se dilata mucho más allá en todas direcciones excepto en la rectamente hacia abajo (lámina 27). Nuestra larga sucesión de servicios ha formado en la iglesia una atmósfera en que la fuerza A brilla como una corriente eléctrica en el tubo de Crookes, de modo que produce el efecto de un gran hemisferio que envuelve por un lado el edificio, y se dilata hasta la misma extensión tras el altar por el espacio externo, aunque la parte oriental de dicho hemisferio es naturalmente mucho menos luminoso que la del interior del sagrado edificio.

Las radiaciones se extienden todavía hasta más lejos, aunque se debilitan a nuestra vista según se alejan, pero este amortiguamiento de su intensidad es muy posible que sólo resulte efecto de las limitaciones de nuestra visión.

Cuando la procesión regresa al presbiterio, el celebrante y los asistentes se arrodillan frente al altar, pero no sobre la grada sino dos o tres pasos bajo ella, y el clero y los acólitos se agrupan detrás y a los lados, todos de rodillas.

La custodia con la Hostia se coloca en un trono para que la vea toda la congregación. A veces este trono es una hornacina abierta en el retablo o en la pared de la iglesia, encima del altar; pero lo más frecuente es poner a un lado la cruz del altar, colocando en su vez la custodia sobre un corporal extendido de propósito. Si es posible conviene proyectar hacia la custodia una viva luz cuyo foco esté resguardado para que no ofusque a la congregación.

Terminada la letanía, guardan todos un breve rato de silencio y en seguida se canta el *Tantum ergo*, tal como se ha cantado siempre desde la institución de este servicio.

TANTUM ERGO

Por lo tanto, adoremos rendidos un tan alto Sacramento, y los antiguos símbolos y figuras cedan un sitio a los nuevos ritos establecidos. La fe, que es nuestro sentido externo, hará más clara la visión interna, Gloria demos al Padre y al Hijo; tributémosles honra, poderío y alabanza mientras transcurren los siglos sin fin. Y confesemos el amor de Quien de los Dos con los Dos es Uno Amén.

También es Santo Tomás de Aquino el autor de este himno, como de *O Salutaris Hostia* y en ambos las dos estrofas son las estancias finales de un himno sacramental⁶⁴.

Todos los circunstantes permanecen arrodillados y se inclinan profundamente al cantar el segundo verso del *Tantum ergo*. Al final del primer versículo, el celebrante vuelve a poner incienso en los dos incensarios, y todavía de rodillas, ofrece el incienso con nueve balanceos como antes mientras se canta el segundo verso. El versículo y la respuesta que siguen son tradicionales:

S. Les disteis el pan venido del cielo.

C. Que en sí contiene toda suerte de espirituales delicias.

Pero nosotros hemos añadido una oración en súplica de la necesaria luz para aprovecharnos todo lo posible de la maravillosa efusión de energía que aguardamos:

Sacerdote.— ¡Oh! Señor Cristo, que oculto moras en el espíritu humano.

Coro.— Abre en nosotros Tus ojos para que veamos.

También hemos modificado ligeramente la tradicional colecta, como sigue:

¡Oh! Dios, que en el admirable Sacramento del Altar nos dejaste viva memoria de Tu eterno sacrificio, Te rogamos nos concedas que por la veneración del sagrado misterio de Tu Cuerpo y Sangre, podamos percibir siempre en nuestro interior el poder de Tu residente vida; y así por el gozoso ofrecimiento de nuestras vidas en sacrificio, reconozcamos nuestra unidad Contigo y por medio de Ti con todo cuanto vive. Tú, que vives y reinas con el Padre, en unidad de Dios Espíritu Santo por los siglos de los siglos. R. Amén.

Aquí hemos añadido un tributo de gloria y alabanza a Dios y a todos aquellos por cuyo medio recibimos esta gran bendición:

A la Santísima y adorable Trinidad, Padre: Hijo y Espíritu Santo tres Personas en un solo Dios; a Cristo, nuestro Señor, el único Consejero sabio, Príncipe de Paz; a los siete potentes Espíritus que están delante del trono; y a la gloriosa asamblea de varones justos y perfectos, los Vigilantes, los Santos, los Sagrados, tribute incesante alabanza toda criatura viviente, y honor, poder y gloria de ahora en adelante y por siempre. R. Amén.

Después se levanta el sacerdote (los asistentes, los acólitos y la congregación permanecen de rodillas) toma la custodia del trono con las manos envueltas en el humeral y la mantiene frente a su pecho. Entonces se vuelve lentamente por la derecha hasta dar cara a los fieles y hace sobre ellos el signo de la cruz con la custodia, deseando vivamente que reciban la bendición de Cristo.

Si el celebrante es un obispo, hace tres veces la señal de la cruz, como en las bendiciones usuales, pero con la custodia y no con la mano. Entretanto se levantan nubes de incienso y resuenan las campanas de la iglesia. La efusión de energía es enorme y exactamente lo mismo que si allí estuviera Cristo y bendijese a Su pueblo, porque la personalidad del celebrante no interviene en ello para nada, ya que está de propósito aislada por el dieléctrico humeral.

En la bendición ordinaria, que se da al terminar el servicio, recibimos la gracia de Cristo por medio de la personalidad del sacerdote o del obispo, porque la energía va desde nuestro Señor a los principios superiores de Su representante que quedaron especialmente enlazados con los de El en el acto de la ordenación. De los principios superiores del sacerdote desciende la energía a sus cuerpos mental y emocional, de la propia suerte que cualquier otro pensamiento, y la irradia sobre los fieles por el esfuerzo de su voluntad. Así, parte de la transferencia de los planos superiores a los inferiores se efectúa en el interior del mismo sacerdote, e inevitablemente toma el flujo el color del medio por donde pasa.

En la Bendición con el Santísimo Sacramento, la línea de comunicación es aquel "tranquilo

⁶⁴ En el himnario titulado Himnos antiguos y modernos llevan los citados los números 311 y 309.

relámpago" que enlazó la Hostia con Cristo en el momento de la consagración, de modo que el flujo de energía es por completo independiente del sacerdote, excepto que el poder de su voluntad pone en movimiento la corriente o como si dijéramos da vuelta al conmutador.

No es fácil establecer un símil exacto. Siempre fluye de la Hostia una corriente de gracia, pero la voluntad del celebrante en el acto de la bendición la proyecta en chorro a muy alta presión.

Cuando al terminar un servicio da la bendición un obispo en vez de un sacerdote, la energía participa de ambas cualidades. El lazo del obispo con su Maestro es más estrecho, de modo que de su personalidad dimana más copioso flujo de energía; pero como al propio tiempo su anillo está en directa conexión magnética con Cristo, y el pectoral y el báculo con los Jefes de los siete Rayos, también se actualiza un copioso caudal de energía exterior a él.

Una de las más notables características de todas estas fuerzas vivas es su vigoroso poder de reaccionar e intensificarse mutuamente. Cuando actúan a la vez varias líneas, se refuerza cada una de ellas con formidable efecto total.

La gracia de Cristo se derrama silenciosamente en este servicio, lo mismo que en la ordenación sacerdotal. Es el punto culminante de la ceremonia, al cual ha ido conduciendo toda la primera parte. El terminal acto de devoción del *Tan-tum ergo* evoca esta maravillosa respuesta y la iglesia se inunda de celestial resplandor. La escena es de indescriptible belleza para el clarividente, y tampoco es posible expresar la exaltación que en su ánimo produce.

Esta silenciosa bendición es la única parte del servicio durante la cual actúa la fuerza C; y aun en este caso no se acumula y distribuye como en la celebración de la Sagrada Eucaristía, sino que irradia sobre la vecindad con la fuerza A. No hay allí un definido edificio mental donde retenerla, pues más bien parece que no se construye ninguna forma adrede para este propósito. Tenemos el efecto de un número de esferas concéntricas de luz, cada una de ellas con algo de tensión en la superficie que retiene temporáneamente la energía y permite cierta acumulación de ella; pero como la superficie es elástica, se dilata siempre que aumenta la presión; y cuando el celebrante levanta la custodia para la bendición, la energía errumpe a través del vidrio como por un reflector e instantáneamente disuelve la opuesta parte de esfera, de modo que al volverse lentamente el celebrante se quiebra toda la esfera y la almacenada energía se derrama horizontalmente sobre la congregación y la comarca circundante.

Esto no sólo es la culminación sino también el término virtual de tan hermosísimo servicio. Mientras se reserva la Hostia en el tabernáculo se canta una especie de salmo, y la procesión sale de la iglesia entonando un himno final que a mi entender es una de las más preciadas joyas de nuestra liturgia. Lo compuso uno de nuestros miembros, Mr. E. Armine Wodehouse:

Pasó la solemne hora; se celebraron los sagrados ritos y he aquí que la música de Tu poder todavía nos estremece ; Oh! Maestro, que la armonía cante en la vida que llevamos por Ti.

Y ahora, con paso reverente, renovado por Ti nuestra fortaleza y devotos guardianes de Tu gracia, saldremos de este sagrado santuario y entraremos en la silenciosa noche para ser portadores de Tu luz.

Recomiendo especialmente a nuestros miembros este servicio de Bendición. Me parece que en belleza e importancia sigue muy de cerca a la celebración de la Sagrada Eucaristía. Creo que es más eficaz cuando precedida por las Vísperas le sirve este último servicio de preparación, reuniendo una hueste de ángeles y otras entidades cuya asistencia es muy valiosa. Asociémonos a ella de todo corazón, pensando en las palabras que cantamos, dándoles su verdadero significado y tratando de sentir y apreciar lo que nuestro Señor hace por nosotros. Y después, como acto de gratitud, derramemos esta energía y esta bendición en todos aquellos con quienes nos pongamos en contacto. Así nos aprovecharemos mejor de la admirable oportunidad que Cristo nos ofrece. Así le complaceremos mayormente y en el porvenir nos constituiremos en más eficaces canales de su eterno amor.

CAPITULO X

SERVICIOS ACCIDENTALES

PRIMA Y COMPLETAS

Poco cabe decir de estos servicios. Transcribiré lo siguientes párrafos del prólogo de nuestra liturgia:

Prima es uno de los matutinos y Completas uno de los vespertinos servicios de la Iglesia. Los Oficios mayores, como los de la Sagrada Eucaristía, Vísperas y Bendición tienen por principal objeto derramar energía espiritual sobre el mundo, mientras que los oficios menores pueden muy bien considerarse destinados a beneficiar a quienes toman parte en ellos.

Prima y Completas son oficios cortos que en caso necesario pueden dirigirlos un seglar y por lo tanto convienen admirablemente para que los celebre un grupo de vecinos, una familia o un maestro de escuela que desee orar mañana y tarde con sus alumnos. Sin embargo, también pueden celebrarse desde luego en la iglesia. Prima cuando no sea posible celebrar la Sagrada Eucaristía o como preparación a ella; y Completas como apéndice de Vísperas o cuando no procede celebrar Vísperas ni Bendición, tal cual sucede en Viernes Santo.

Idéntico es el plan general de ambos oficios. Uno y otro principian, como todos los nuestros, con la invocación del nombre de la Santísima Trinidad, seguida de estos versículos.

S. El nombre del Señor es nuestro auxilio.

C. Quien hizo los cielos y la tierra.

S. Mañana y tarde le alabaremos.

C. Porque nuestros corazones permanecen siempre en Su amor.

Después se reza la confesión general. Si está presente un sacerdote da la absolución. Si no hay sacerdote, el director del servicio dice de rodillas:

Que el Señor nos bendiga y absuelva de nuestros pecados, y que Su paz permanezca hoy y siempre en nosotros. R. A Dios gracias.

Luego se recitan tres adecuados salmos de cuatro versículos cada uno, un acto de fe, la epístola y el evangelio del día, leídos como lecciones, el himno y unas cuantas colectas y versículos, con lo que terminan estos cortos servicios. Está permitido abreviarlos más todavía en caso necesario, omitiendo las lecciones, dos salmos y el himno.

A fin de indicar su carácter, transcribo los dos actos de fe que alternativamente pueden recitarse:

Creemos que Dios es amor, poder, verdad y luz; que el mundo está regido con perfecta justicia; que todos los hijos de Dios llegarán algún día a Sus pies por lejos que se extravíen. Creemos en la paternidad de Dios y la confraternidad de los hombres; y sabemos que mejor servimos a Dios cuando mejor servimos al prójimo. Que la bendición y paz de Dios permanezca siempre en nosotros. Amén.

El otro acto de fe dice así:

Ponemos nuestra confianza en Dios, la santa y gloriosísima Trinidad que mora en el espíritu del hombre. Ponemos nuestra confianza en Cristo, el Señor de amor y sabiduría, el primogénito de Sus hermanos, que nos conduce a la gloria del Padre y es el Camino, la Verdad y la Vida.

Ponemos nuestra confianza en la ley de Dios que gobierna el mundo y nos ofrecemos en seguir el antiguo y estrecho sendero que conduce a la vida eterna.

Sabemos que mejor servimos a nuestro Maestro cuando mejor servimos al prójimo. Que Su poder y paz permanezcan siempre en nosotros. Amén.

La clave de los servicios está constituida por una oración y unos cuantos versículos al final de cada uno de ellos.

En el de Prima son:

Sé con nosotros, ¡ oh! Señor en este día para que toda nuestra obra principie, prosiga y termine en Ti, y glorifiquemos Tu Santo Nombre. Que vives y reinas por los siglos de los siglos. R. Amén.

- S. Aliéntanos, ¡oh! Espíritu de Dios.
C. Con Tu fortaleza lo podemos todo.
S. Que Tu amor llene nuestro corazón.
C. Con Tu fortaleza lo podemos todo.
S. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
C. Con Tu fortaleza lo podemos todo.

En el de Completas decimos:

Sé con nosotros, ¡ oh! Señor, en nuestros hogares y que en ellos moren Tus santos ángeles para mantenernos en paz, Que Tu bendición permanezca siempre en nosotros, ¡oh! Señor de amor, que vives por los siglos de los siglos. R. Amén.

- S. Considera, Señor a esta Tu familia.
C. En tus manos encomiendo mi espíritu.
S. Cobíjanos a la sombra de tus alas.
C. En tus manos encomiendo mi espíritu.
S. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
C. En tus manos encomiendo mi espíritu.

Ambos servicios terminan con la siguiente bendición si está presente un sacerdote:

Al benigno amor y protección de Dios os encomendamos. El Señor os bendiga y guarde. El Señor os muestre su faz y sea benévolo con vosotros. El Señor os alumbre con la luz de Su rostro y os dé su paz esta noche y siempre. R. Amén.

Si no hay sacerdote, el director termina el servicio con las siguientes palabras:

La gracia de nuestro Señor Cristo, el amor de Dios y la compañía del Espíritu Santo sean por siempre con vosotros, R. Amén.

SEPELIO DE LOS DIFUNTOS

Acaso no haya servicio alguno como este en que de tan señalada manera se manifiesta la actitud de la Iglesia católica liberal.

El antiguo servicio tiene muchísimo de sombrío y dudoso. Quienes lo practican insisten en que toda carne es como hierba; que nuestra vida es corta y llena de miseria; que en nuestra última hora estamos en peligro de renegar de Dios, etc. Todo lo más que dan es "una segura y cierta *esperanza*". Su actitud es anticuada y de todo punto disconforme con la realidad. No tiene en cuenta el resultado de los modernos descubrimientos y sustenta descabelladas teorías contrarias a la razón y la ciencia.

En la Iglesia católica liberal acogemos la verdad venga de do viniere, y consideramos peor que insensatez promulgar una doctrina desacorde con multitud de hechos comprobados.

Ya no es un misterio la vida que sigue a la muerte. El mundo de ultratumba está regido por las mismas leyes naturales que este mundo físico que conocemos, y se le ha explorado y examinado con científica exactitud. A un objetante le podrá parecer que esto es sólo una afirmación; pero yo le preguntaría que cuáles son los fundamentos de su actual creencia cualquiera que sea. La mantiene porque alguna Iglesia la enseña o porque se figura que está basada en algún libro sagrado o porque es la general opinión de cuantos le rodean, la creencia dominante de la época.

Pero si limpiara su mente de prejuicios, vería que su opinión también se funda en afirmaciones porque las iglesias enseñan distintas doctrinas y las palabras de los libros sagrados pueden ser y han sido diversamente interpretadas. La creencia dominante en la época *no* están fundada en definido conocimiento sino que es tan sólo rumor de oídas.

Son estos asuntos de muchísima importancia y nos afectan demasiado profunda y cercanamente para dejarlos en mera suposición o vaga creencia. Demandan la certeza de la investigación y sinopsis científica.

Esta investigación se ha emprendido y esta sinopsis se ha efectuado, y los resultados de ambas constituyen las enseñanzas de la Iglesia católica liberal sobre este punto y en dichos

resultados se funda el oficio de difuntos. No exigimos ciega creencia. Exponemos lo que muchos de nosotros sabemos que son hechos ciertos e invitamos a nuestros discípulos a que los examinen.

Para esclarecer el asunto hemos de referirnos de nuevo al ya tratado tema de la constitución del hombre. Todos hemos oído decir vagamente que el hombre posee un algo inmortal llamado alma que se supone que sobrevive a la muerte del cuerpo. Rechacemos esta vaguedad y estudiemos la declaración hasta que en vez de decir: "Confío en que tengo alma" digamos: *Sé que soy un alma*". Porque tal es la verdad: el hombre *es* un alma que *tiene* cuerpo.

El cuerpo no es el hombre, sino tan sólo su vestidura. Lo que llamamos muerte es la dejación de un vestido usado, y no el fenecimiento del hombre, como tampoco fenecemos cuando mudamos de gabán. Por lo tanto, *no* perdemos a nuestros queridos parientes y amigos, sino que tan sólo perdemos de vista el traje en que acostumbrábamos verlos. Ha desaparecido el traje, pero no el hombre que lo llevaba. Seguramente amamos al *ser humano* y no el traje.

Antes de que podamos comprender la condición de los difuntos es necesario comprender la nuestra. Hemos de con-vencernos de que somos inmortales porque somos de esencia divina, chispas del mismo Fuego de Dios; que hemos vivido siglos antes de ponernos estas vestiduras a que llamamos cuerpos y viviremos siglos después de que se hayan convertido en polvo.

"Dios hizo al hombre para que fuese imagen de Su eternidad". Esto no es conjetura ni piadosa creencia. Es una verdad científicamente definida y comprobable según podrá ver quien se tome la molestia de consultar la bibliografía sobre la materia.

Lo que las gentes llaman su vida es en realidad un solo día de la verdadera vida del alma; y lo mismo cabe decir de los difuntos, pues no están muertos sino que tan sólo dejaron de lado su cuerpo.

Sin embargo, no debemos figurarnos que el difunto se haya convertido en un aliento incorpóreo ni que se haya menoscabado su entidad. Quien estas líneas lee tiene un cuerpo físico y visible y otro cuerpo interno que no puede ver, al que, según ya dije, llama San Pablo "cuerpo espiritual". Cuando se deja el cuerpo físico, se retiene dicho otro vehículo más sutil, y el hombre está entonces revestido de su "cuerpo espiritual". Si comparamos el cuerpo físico a un gabán o capa, el "cuerpo espiritual" resultará comparable a los indumentos que se llevan debajo.

No sólo al morir deja el hombre esta envoltura de materia densa sino que todas las noches al dormirse la deja durante un rato y va por el mundo revestido de su cuerpo espiritual, invisible en cuanto se refiere al mundo físico, pero claramente visible para quienes al mismo tiempo actúan en su cuerpo espiritual. Porque cada cual sólo ve lo que está en su propio nivel. El cuerpo físico sólo ve cuerpos físicos, y el cuerpo espiritual sólo ve otros cuerpos espirituales.

Cuando el hombre reasume su envoltura externa, esto es, cuando se restituye a su cuerpo físico y vuelve al mundo terreno, suele suceder que tenga alguna reminiscencia, aunque muy confusa o tergiversada, de lo que vio mientras estaba en el otro mundo, y a dicha reminiscencia le llama sueño vivido. Por lo tanto, puede considerarse el sueño como una muerte temporánea, con la diferencia de que no nos desprendemos de nuestra envoltura externa tan por completo que nos sea imposible reasumirla. De aquí se infiere que al dormir nos colocamos en la misma condición a que han pasado los difuntos. Trataré de explicar breve y parcialmente cuál es esta condición.

Muchas doctrinas se han expuesto tocante a la vida después de la muerte, las más de ellas basadas en erróneas interpretaciones de Escrituras antiguas. Hubo tiempo en que estaba casi universalmente aceptado el horrible dogma de la condenación eterna, aunque sólo creen hoy en él los supinamente ignorantes. Se fundaba en una equivocada traducción de algunas palabras atribuidas a Cristo⁶⁵ y lo mantuvieron los monjes medievales como un espantajo a propósito para aterrorizar a las ignorantes masas y moverlas a obrar bien. Según avanzó la civilización, echaron de ver las gentes que semejante dogma no sólo era blasfemo sino ridículo. Los modernos tratadistas de religión lo han substituido por algunas sugerencias más razonables, pero muy vagas y lejanas de la sencillez de la verdad. Todas las Iglesias han complicado sus doctrinas porque

⁶⁵ Véase la obra *Salvador Mundi* de Samuel Cox.

insisten en partir del absurdo e infundado dogma de una colérica deidad deseosa de dañar a sus criaturas. Tomaron esta horrenda doctrina del primitivo judaísmo, en vez de aceptar la enseñanza de Cristo de que Dios es un amoroso Padre.

Quienes están convencidos de la fundamental verdad de que Dios es amor y que Su universo está gobernado por sabias y eternas leyes, comprenden que estas leyes han de obedecerse en el mundo de ultratumba lo mismo que en el terrestre. Pero aun así resultan vagas las creencias. Se nos ha hablado de un cielo lejanísimo, de un día del juicio én remoto porvenir; pero poco se nos ha dicho respecto de lo que sucede entretanto.

Aun los mismos dogmistas carecen de personal experiencia de las condiciones postmortem, y lo que nos dicen no lo saben por ciencia propia sino porque lo oyeron de ajenos labios. ¿Cómo es posible que nos satisfaga?

La verdad es que pasaron los tiempos de la fe ciega, que ha llegado la era del conocimiento científico y ya no podemos aceptar ideas insostenibles por la razón y el sentido común. Nada impide aplicar los métodos científicos a la elucidación de problemas que en otro tiempo se dejaban enteramente en manos de la religión; y dichos métodos han sido aplicados en efecto por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, por la Sociedad Teosófica y por investigadores particulares entre los que se cuentan famosos científicos. Es el colmo de la insensatez ignorar o negar el resultado de tales investigaciones, porque si bien algunos investigadores han llegado más allá que otros, hay muchos hechos categóricos en que todos están conformes.

Como quiera que yo mismo he tomado parte en esta obra, lo que aquí expongo es el conocimiento adquirido por mis investigaciones. Nadie más es responsable de lo que afirmo, aunque muchos son los que total o parcialmente están acordes conmigo.

Somos espíritus, pero vivimos en un mundo material que sólo en parte conocemos. Todos los datos que de él tenemos nos llegan por medio de los sentidos, pero estos sentidos son muy imperfectos. Podemos ver los cuerpos sólidos y también los líquidos con tal que no sean totalmente diáfanos, pero la mayor parte de los gases son invisibles para nosotros. La investigación revela que hay otras modalidades de materia mucho más sutil que el más tenue gas, pero como no las perciben nuestros sentidos físicos no es posible obtener por medios físicos dato alguno a ellas referente.

Sin embargo, podemos ponernos en contacto con ellas e investigarlas, aunque sólo valiéndonos del aludido "cuerpo espiritual" que tiene sus sentidos como los tiene el cuerpo físico. La mayoría de las gentes no han aprendido todavía a usarlos, pero es una facultad que puede adquirir el hombre, y que ya han adquirido muchos, capaces, por lo mismo de ver gran parte de lo que está oculto a la generalidad de los hombres. Así aprenden que este nuestro mundo es mucho más admirable de lo que habíamos supuesto y que aunque los hombres viven en él desde hace millares de años, la mayoría han permanecido rasamente ignorantes de la superior y más hermosa parte de la vida del mundo.

Por medio de dicha facultad hemos adquirido todo el conocimiento expuesto en este libro; y así, vamos a considerar qué nuevo conocimiento nos ha proporcionado respecto a la vida del más allá de la llamada muerte y de la condición de quienes de ella gozan.

Lo primero que hemos de aprender es que la muerte no es el término de la vida como ignorantemente habíamos admitido, sino tan sólo el tránsito de una a otra etapa de la vida. Ya dije que la muerte es la dejación de la envoltura densa, pero que después de muerto queda el hombre todavía revestido de la sutil envoltura llamada "cuerpo espiritual". Pero aunque por lo sutil la denominó San Pablo cuerpo espiritual, aún es cuerpo y por lo tanto material, por más que su materia componente es mucho más fina que cualquiera de las que ordinariamente conocemos.

El cuerpo físico le sirve al espíritu de medio de comunicación con el mundo físico, y sin dicho cuerpo como instrumento, no podría relacionarse con el mundo físico, ni causar impresiones en él ni tampoco de él recibirlas. Sabemos que el cuerpo espiritual tiene exactamente la misma finalidad y actúa como medio de relación entre el espíritu y el superior mundo "espiritual", que no es algo vago, lejano e inasequible, sino sencillamente la parte superior de este

mismo mundo que habitamos.

No niego ni por un momento que hay otros mundos muy superiores y más lejanos. Sólo digo que la comúnmente llamada muerte no tiene nada que ver con ellos y es el mero tránsito de una etapa o condición a otra de este mismo mundo con el que estamos familiarizados. Cabe decir que quien experimenta este cambio queda invisible para nosotros; pero si reflexionamos sobre ello advertiremos que el *hombre* ha sido siempre invisible para nosotros y que lo que acostumbramos ver es el cuerpo en que habita. Después de la muerte habita en otro cuerpo más sutil inaccesible a nuestra ordinaria visión, pero no necesariamente fuera de nuestro alcance.

Lo primero que hemos de comprender es que los que llamamos muertos no nos han dejado. Se nos ha instruido en ía complicada creencia de que cada muerte es un singular y admirable prodigio, y que cuando el alma se separa del cuerpo va a un cielo allende las estrellas, sin decirnos nada acerca de los mecánicos medios de tránsito por un tan enorme espacio. Las operaciones de la naturaleza son ciertamente admirables y muchas veces incomprensibles, pero nunca contrarias a la razón y el sentido común.

Cuando un hombre deja su gabán en el recibimiento de una casa no se traslada de repente a la cumbre de una distante montaña sino que permanece donde estaba aunque bajo distinto aspecto. De la propia suerte, cuando el hombre deja su cuerpo físico, permanece en el mismo punto donde antes se hallaba. Verdad es que ya no lo vemos, pero no porque se haya marchado, sino porque el cuerpo que entonces lleva es invisible a nuestros ojos físicos.

La visión corporal sólo responde a un corto número de las vibraciones existentes en la naturaleza; y por lo tanto, las únicas substancias que podemos ver son las que emiten dichas vibraciones. La vista de nuestro "cuerpo espiritual" es también cuestión de respuesta a vibraciones, pero de muy diferente orden porque proceden de un tipo mucho más sutil de materia. Todo esto se encontrará tratado al pormenor en la bibliografía referente al asunto.

De momento, todo cuanto a nosotros atañe es que por medio de nuestro cuerpo físico sólo podemos ver y tocar el mundo físico, mientras que por medio del "cuerpo espiritual" podemos ver y tocar las cosas del mundo espiritual. Pero recordemos que este mundo espiritual no es en modo alguno *otro* mundo sino sencillamente una parte más sutil de *este* mundo. De nuevo afirmo que *hay* otros mundos, pero no estamos relacionados con ellos por ahora.

El difunto que a nuestro parecer se ha ido muy lejos, está todavía con nosotros. Cuando nos hallamos lado por lado, nosotros en cuerpo físico y él en vehículo "espiritual", no advertimos su presencia porque no lo vemos; pero cuando durante el sueño dejamos nuestro cuerpo físico, estamos junto a él con perfecta conciencia y nuestra relación con él es en todos aspectos tan completa como solía ser. Así durante el sueño somos dichosos en compañía de los "difuntos" a quienes amamos, y sólo durante las horas de vigilia sentimos la separación.

Desgraciadamente, en la mayoría de las gentes hay un abismo entre la conciencia física y la del cuerpo espiritual, de modo que si bien en este último podemos acordarnos perfectamente del primero, muchos son incapaces de transferir a la conciencia vigílica la memoria de lo que el alma hace cuando está separada del cuerpo durante el sueño. Si esta memoria fuese perfecta no existiría para nosotros la muerte.

Algunos han alcanzado ya esta continuada conciencia y todos pueden gradualmente alcanzarla porque es parte del natural desenvolvimiento de las potencias del alma. En algunos ha comenzado ya este desenvolvimiento y recuerdan parte de sus experiencias, aunque las consideran como sueños fútiles, sobre todo quienes no han estudiado especialmente los sueños e ignoran lo que en realidad son.

Pero aunque pocos poseen todavía la plena visión y memoria, son muchos los que han sido capaces de sentir la presencia de sus amados deudos, por más que no los vieran; y otros hay que aun sin definido recuerdo se despiertan con una sensación de paz y dicha, resultantes de lo que les ha sucedido en el mundo superior.

Quienes tienen plena memoria pueden informarnos de la vida que están pasando los difuntos. En ella hay muchas y grandes variaciones, pero en último término es casi siempre más

dichosa que la terrena. Hemos de repudiar anticuadas doctrinas. El muerto no va de repente a un imposible cielo ni cae en un todavía más imposible infierno. Realmente no hay infierno en el antiguo y pernicioso sentido de la palabra, pues el único infierno existente es el que el mismo hombre se forja. Hemos de comprender claramente que la muerte no opera cambio alguno en el hombre ni lo convierte de pronto en santo o en ángel ni queda repentinamente dotado de la sabiduría de los siglos, sino que el día después de su muerte es el mismo hombre que era el día antes, con las mismas emociones, la misma disposición y el mismo desenvolvimiento intelectual. La única diferencia está en que ha perdido su cuerpo físico.

Consideremos exactamente lo que esto significa. Significa absoluta liberación de toda posibilidad de dolor y fatiga; liberación también de enfadosos deberes; entera libertad (probablemente por vez primera en su vida) de hacer lo que guste. En la vida física está el hombre continuamente constreñido y a menos que pertenezca a la exigua minoría de los que poseen medios de vida independiente, se ve obligado a trabajar para satisfacer sus necesidades fisiológicas y las de su familia. En algunos raros casos, como en el del artista y el músico, el trabajo es un goce para el hombre, pero en la mayoría de las gentes el trabajo reviste una modalidad a que seguramente no se dedicarían si no estuvieran forzados.

En el mundo espiritual no hay necesidad de dinero ni es preciso preocuparse de la comida y el abrigo, porque todos cuantos allí habitan pueden disfrutar gratuitamente de su gloria y belleza. En su rarificada materia puede moverse a voluntad el hombre de aquí para allá, revestido de su cuerpo espiritual. Si gusta de las magníficas perspectivas del bosque, mar y cielo, puede visitar a su placer los más hermosos parajes de la tierra. Si ama el arte puede emplear el tiempo en la contemplación de las obras maestras de los preclaros artistas. Si es músico puede pasar de una a otra de las más famosas orquestas o escuchar a los más célebres ejecutantes. Cualquiera que haya sido su particular deleite en la tierra, su afición favorita, corno si dijéramos, tendrá entonces completa libertad para dedicarse enteramente a ella, y seguirla hasta el extremo límite, con tal que su goce sea intelectual o de elevadas emociones y no requiera lo posesión de un cuerpo físico. Así vemos que todo hombre razonable y honesto es más dichoso después que antes de la muerte, porque dispone de sobrado tiempo no sólo para el placer, sino para realizar satisfactorios progresos por las vías que mayormente le interesen.

Pero ¿nadie es infeliz en dicho mundo? Sí; porque aquella vida es necesaria consecuencia de ésta, y el hombre sigue siendo en todos sus aspectos el mismo que era antes de dejar su cuerpo. Si sus placeres en el mundo terrestre fueron bajos y groseros, se verá imposibilitado en aquel mundo de satisfacer sus deseos. Un beodo sufrirá de inextinguible sed, por carecer de cuerpo por cuyo medio apagarla; el glotón perderá los placeres de la mesa; el avaro no encontrará oro que atesorar; el que en vida terrena cedió a innobles pasiones se verá agarrotado por ellas; el sensual se estremecerá con ansias imposibles de satisfacer; el celoso estará torturado por los celos sin poder acercarse a su objeto. Todas estas gentes habrán de sufrir necesariamente, pero sólo aquellas cuyas tendencias y pasiones fueron de índole grosera y material.

Sin embargo, también estas gentes son absolutamente dueñas de su destino. No han de hacer más que vencer sus inclinaciones y quedarán al punto libres del sufrimiento ocasionado por sus ansias. Recordemos que no hay castigo en el concepto comúnmente dado a esta palabra, sino tan sólo el natural efecto de una determinada causa, de modo que si el hombre elimina la causa, cesará el efecto, no siempre inmediatamente, sino tan pronto como se agote la energía de la causa.

Sin embargo, hay quienes evitaron dichos degradantes vicios, pero vivieron mundanamente, esclavos de los convencionalismos sociales, sin otra finalidad que su propia satisfacción. Estas gentes no sufrirán activamente en el mundo espiritual, pero les parecerá triste y aburrido, pues aunque se junten con otro de su propia condición, les resultarán insulsos porque ya no caben porfías de lujo en el vestir y vana ostentación, mientras que las gentes de superior nivel moral e intelectual con quienes desearían relacionarse les son inaccesibles por estar ocupadas en más altos menesteres. Pero todo aquel cuyos intereses sean racionalmente artísticos o

intelectuales se hallará muchísimo más dichoso fuera de su cuerpo físico; y conviene recordar que siempre le es posible al hombre tener en aquel mundo un racional interés si es bastante prudente para desearlo.

Los artistas y los intelectuales son supremamente dichosos en esta nueva vida, y aun creo que son todavía más dichosos aquellos cuyo más vivo interés fue auxiliar, socorrer e instruir. Porque si bien en aquel mundo ya no hay pobreza ni hambre ni sed ni frío, hay aún afligidos necesitados de consuelo e ignorantes menesterosos de instrucción. Precisamente por el escaso conocimiento que en los países occidentales se tiene del mundo de ultratumba, encontramos allí muchos que necesitan instrucción respecto a las posibilidades de aquella nueva vida, y así los que saben pueden ir de un lado a otro derramando allí esperanza y buenas nuevas lo mismo que aquí. Pero no olvidemos que "allí" y "aquí" son términos usados tan sólo por motivos de nuestra ceguera, porque aquel mundo está aquí, continuamente cercano a nuestro alrededor, y ni por un momento hemos de creer que esté lejano ni que sea difícil de alcanzar.

Todo esto tiene muy poco de común con el cielo e infierno de que nos hablaron en la infancia; y sin embargo, es la realidad oculta bajo ambos mitos. Verdaderamente no hay infierno; y no obstante, vemos que el beodo o el lujurioso pueden prepararse algo que no sea mala imitación del mítico infierno, con la diferencia de que no es eterno, pues sólo dura hasta la extinción de los deseos, que el hombre puede extinguir en cualquier momento si es bastante fuerte y juicioso para dominar y sobreponerse a sus apetitos terrenos. Esta es la verdad subyacente en el dogma católico-romano del purgatorio, según el cual las malas cualidades del hombre se han de quemar en las ascuas del sufrimiento antes que sea capaz de gozar la felicidad celeste.

Hay una segunda y superior etapa de vida ultraterrena que corresponde muy estrechamente al racional concepto del cielo. Se alcanza este superior nivel cuando ya han desaparecido en absoluto todos los bajos y egoístas deseos. Entonces pasa el hombre a una condición de éxtasis o de suma actividad intelectual, según su índole y la dirección que siguió su energía durante la vida terrestre. Este es para él un período de suprema felicidad, de amplísima comprensión y de acercamiento a la realidad. Pero esta bienaventuranza la alcanzan todos y no tan sólo los especialmente piadosos.

Sin embargo, en modo alguno debe considerarse como una recompensa, sino asimismo como el inevitable resultado del carácter desenvuelto durante la terrena vida. Si está el hombre henchido de noble e inegoísta afecto o devoción, y de espléndido desenvolvimiento intelectual o artístico, no podrá menos de gozar de la antedicha felicidad. Recordemos que todo esto no son más que etapas de una sola vida, y que así como las condiciones de la virilidad y la vejez dependen en gran parte de la conducta observada en la juventud, así también la conducta del hombre durante su vida terrena determina su condición en los estados posteriores.

Cabe preguntar: ¿es eterno este estado de felicidad? No; porque, según dije, es el resultado de la vida terrena, y una causa finita nunca puede producir un efecto infinito. La vida del hombre es mucho más larga y amplia de lo que suele suponerse. La Chispa emanada de Dios ha de volver a Dios, y estamos todavía muy lejos de la perfección de la Divinidad. Toda vida evoluciona, porque la evolución es ley de Dios, y el hombre progresa lenta y continuamente con los demás seres de la creación. Lo que comúnmente se llama la vida del hombre, es en realidad una día tan sólo de su verdadera y larga vida. Así como en la ordinaria vida terrena el hombre se levanta cada mañana, se viste y se marcha a sus cotidianas ocupaciones, y al llegar la noche desviste y acuesta para al día siguiente levantarse de nuevo y reanudar su trabajo en el punto donde lo dejó, así también cuando el hombre viene a la vida física se pone la vestidura de su cuerpo físico, y cuando acaba su obra desecha dicha vestidura en el acto de la que llamamos muerte y pasa a la descansada condición que ya he descrito. Pero una vez terminado el descanso vuelve a ponerse la vestidura corporal y principia un nuevo día de vida física, reanudando su evolución en el punto en que la dejó.

Dice Sir Edwin Arnold en *The Song Celestial* (El celeste canto):

Tal como uno desecha sus usadas ropas y se pone otras nuevas diciendo: "Estas llevaré hoy"; así el

Espíritu se pone alegremente su vestidura de carne y pasa a heredar una nueva morada.

Y la dilatada vida del hombre dura hasta alcanzar aquella divina meta cuyo alcance le ha señalado Dios.

Todo será nuevo para muchos y por lo nuevo podrá parecerles extraño y ridículo. Sin embargo, todo cuanto he dicho admite prueba y ha sido varias veces atestiguado; pero quien desee estudiarlo debe leer la bibliografía referente al asunto.

Suele preguntarse: ¿Qué les sucede a los niños en este extraño y nuevo mundo espiritual? De todos cuantos entran en él, ellos son quizás los más dichosos y los que están más completa e inmediatamente en su morada. Recordemos que no pierden a sus padres, hermanos, hermanas y compañeros a quienes amaban, pues los tienen junto a sí durante la que llamamos noche en vez de tenerlos durante el día, y por lo tanto no experimentan sentimiento alguno de pérdida o separación. Durante nuestro día tampoco están solos, porque allí como aquí los niños se reúnen para jugar y juegan en elíseo campo llenos de raras delicias.

Sabemos cómo en la tierra disfruta un niño fingiendo ser tal o cual personaje histórico y desempeñando el papel de protagonista en todo linaje de maravillosas narraciones o cuentos de aventuras. En la sutil materia de aquel superior mundo los pensamientos toman forma visible, y así el niño que imagina ser tal o cual héroe, toma en seguida temporáneamente la efectiva apariencia del imaginado héroe. Si desea un castillo encantado, su pensamiento puede construirlo. Si desea mandar un ejército, allí lo tiene al punto. Y así las legiones de niños difuntos están siempre henchidos de gozo y son a veces turbulentamente dichosos.

Aquellos otros niños de diferente disposición cuyos pensamientos se posan más naturalmente en asuntos religiosos, tampoco dejan nunca de encontrar lo que desean. Porque los ángeles y los santos de las antiguas creencias existen y no son piadosas fantasías; y quienes en ellos creen y los necesitan, seguramente se ven atraídos hacia ellos y los ven más propicios y gloriosos de cuanto les cupiera imaginar.

Tampoco sufren desengaño los que esperan encontrar a Dios en forma material, porque amables y solícitos instructores les enseñan que todas las formas son Dios porque Dios está en todas partes y quienes sirven y ayudan a la más mísera de Sus criaturas, le ayudan y sirven verdaderamente a El.

A los niños les gusta ser útiles, ayudar y consolar, y un dilatado campo para tal consuelo y auxilio se les depara entre los ignorantes de aquel mundo; y según recorren sus gloriosos campos con la misión de amor y misericordia, aprenden la verdad contenida en la hermosa enseñanza antigua que dice: "Porque cuanto hicieris al menor de estos mis hermanos, a Mí lo hicisteis".

¿Y qué de los parvulitos demasiado tiernos todavía para jugar? No haya temor respecto de ellos, porque muchas madres difuntas aguardan anhelosamente estrecharlos contra su pecho, recibirlos y amarlos como si fueran propios.

Generalmente, los parvulitos permanecen corto tiempo en el mundo espiritual, y después regresan a la tierra para renacer a veces engendrados y concebidos por los mismos padres. Acerca de los parvulitos inventaron los monjes medievales una horrorosamente cruel doctrina diciendo que los niños muertos sin bautismo quedaban por siempre perdidos para sus deudos. El bautismo es un verdadero sacramento que tiene su eficacia, según ya vimos; pero no sea nadie tan cretino para figurarse que la omisión de tal formulismo externo haya perturbado la operación de las eternas leyes de Dios o transmutarlo de Dios de amor en despiadado tirano.

Es evidéntísimo que por muy natural que sea el sentimiento de tristeza experimentado por la muerte de nuestros deudos, semejante tristeza es un error y un mal, por lo que debemos vencerla. No es necesario afligirnos por *ellos*, porque han pasado a más alta y dichosa vida. Si nos afligimos por nuestra imaginada separación de ellos, tenemos en primer lugar que nos lamentamos de una ilusión, pues en realidad no se han separado de nosotros; y en segundo lugar procedemos egoístamente, porque pensamos más en nuestra aparente pérdida que en su verdadera e importante ganancia. Hemos de esforzarnos en ser enteramente inegoistas cual cumple a todo amor. Hemos de pensar en *ellos* y en nosotros; no en lo que deseamos o sentimos, sino tan sólo en

lo que sea mejor para ellos y mayormente favorezca su progreso.

Si nos afligimos y enlutamos, si cedemos a la melancolía y el abatimiento, echaremos sobre nosotros una densa nube que entenebrece el cielo para *ellos*. Su afección y simpatía por nosotros los expone a esta horrible influencia, y con sólo quererlo podemos utilizar la energía que su afecto nos da, para ayudarlos en vez de entorpecerlos, aunque esto exige valor y abnegación. Hemos de olvidarnos de nosotros mismos en nuestro ferviente y amoroso deseo de ser poderosos y eficaces auxiliares de nuestros muertos. Todos nuestros pensamientos y emociones influyen en ellos; y por lo tanto, hemos de ir con cuidado en que todos nuestros pensamientos sean generosos, que auxilién, ennoblezcan y purifiquen.

Tratemos de comprender la unidad de todas las cosas.

Hay un solo Dios y todos somos unos en Él. Si lográramos sentir intensamente la unidad del eterno Amor, ya no nos afligiríamos, porque tanto por nosotros mismos como por aquellos a quienes amamos, nos convenceríamos de que vivos o muertos somos del Señor y que en Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser, ya en este mundo, ya en el otro.

La aflicción luctuosa denota ignorancia y falta de fe. Cuanto mayor sea nuestro conocimiento, mayor ha de ser nuestra confianza, porque sabemos ciertamente que nosotros y nuestros muertos estamos por igual en manos del perfecto Poder y de la perfecta Sabiduría bajo la dirección del perfecto Amor.

SERVICIO FUNERAL

La prolija digresión con que nos hemos dispuesto a considerar el servicio funeral está justificado por la importancia del asunto, pues no es posible comprender este servicio sin un general alcance del conocimiento que presidió su ordenación.

El prefacio de este servicio en nuestra liturgia expone las siguientes observaciones:

Los ritos funerales de la Iglesia pueden dividirse en dos grupos: el primero incluye aquellos oficios de primordial importancia cuyo propósito es rodear de paz y energía espiritual a la libertada alma. El más importante y eficaz de estos oficios para el descanso del alma es el Santo Sacrificio. El otro grupo incluye la excavación de la sepultura, el depósito en ella de las cenizas del cadáver y la prestación de consuelo y seguridad a los parientes y amigos.

La obra de dar auxilio y paz al ego del difunto quedará inevitablemente contrariada si lo rodeamos de sentimientos de depresión e infortunio. Por lo tanto, debemos esforzarnos en desechar el sentimiento de tristeza y pérdida que naturalmente nos invade, y pensar más bien en la paz y dicha del difunto. En el grado en que así lo efectuemos, también recibiremos nosotros fortaleza y consuelo.

Se ha de solicitar del sacerdote que conmemore al difunto en una de sus regulares celebraciones tan pronto como sea posible después de ocurrida la muerte. Se recomienda eficazmente que siempre que se pueda se incinere el cadáver, a fin de que el fuego lo desintegre rápidamente en vez de por lenta descomposición.

Una vez leídas las usuales jaculatorias, y el cadáver en la iglesia, el sacerdote comienza con la invocación, y después dice:

Hermanos: Nos hemos reunido aquí hoy para celebrar el tránsito a más alta vida de nuestro querido hermano...

Es muy natural que por haberle conocido y amado lamentamos su partida de entre nosotros; pero en esta ocasión es nuestro deber pensar en él y no en nosotros. Por lo tanto, hemos de procurar esforzadamente desechar el pensamiento de nuestra pérdida personal y posarlo únicamente en su grande y gloriosísima ganancia.

Entonces invita el sacerdote a los fieles a que se unan a él para cantar el Tedeum en celebración del gozo sobrevenido al difunto hermano. Si el tiempo apremia, puede substituirse el Tedeum por el salmo 23, aunque desde luego no es tan eficaz. Después el sacerdote asperja el ataúd con agua bendita, lo incensa mientras recita algunos versículos y por último pronuncia la siguiente absolución:

- S. Concédete, ¡oh! Señor el descanso eterno.
- C. Y que le alumbre la perfecta luz.
- S. Salid a su encuentro, ángeles del Señor.

C. Recíbidlo en vuestra compañía Santos de Dios.

S. Recíbanlo los coros de los ángeles.

C. Y condúzcanlo a tu eterna paz.

S. Concédetele, ¡oh! Señor el descanso eterno.

C. Y que le alumbré la perfecta luz.

S. ¡Oh! Dios en cuyo inefable amor hallan descanso y paz las almas de los difuntos, en Tu Nombre absolvemos de todo lazo de pecado a Tu siervo que se ha despojado de esta vestidura de carne. Que Tus santos ángeles cuiden de él solícitamente para que entre en el fulgor de la perpetua luz y halle paz en Ti. Por Cristo nuestro Señor. R. Amén.

Si se celebra en sufragio del difunto la Sagrada Eucaristía, empieza el servicio con la precedente absolución, y si no se rezan las siguientes colectas:

Dios todopoderoso que tienes dominio sobre vivos y muertos y sostienes toda Tu creación en los sempiternos brazos de Tu amor, Te rogamos por la paz y descanso de Tu siervo, a fin de que muerto en este mundo aunque vive siempre en Ti, halle en Tu continuado e incesante servicio la perfecta consumación de paz y dicha. Por Cristo nuestro Señor. R. Amén.

Igualmente te rogamos, oh! Señor, por aquellos que aman a Tu siervo y a quienes has invitado a sacrificar el solaz de su terrena presencia. Gonsuélalos, Señor, con el bálsamo de Tu benignidad a fin de que por Ti fortalecidos y descansados en la seguridad de Tu sabiduría desechen sus pensamientos de aflicción y dolor y derramen sobre Tu siervo los pensamientos de amor que le auxilién en la superior vida de servicio a que le has llamado. Por Cristo nuestro Señor. R. Amén.

El cortejo funerario se dirige entonces con el féretro a la sepultura, que se rocía con agua bendita y se incensa antes de bajar el ataúd. Después se baja el ataúd y el sacerdote recita un centón⁶⁶ que en parte es confesión de fe y en parte oración, pero que da clara idea de los pensamientos que deseamos inspirar a los concurrentes al funeral:

Puesto que al Todopoderoso le plugo en su gran amor llamar a Sí a nuestro querido hermano de aquí partido, entregamos este su desechado cuerpo al suelo, la tierra a la tierra, las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo, para que en aquel glorioso cuerpo espiritual que ahora viste, quede libre de los terrenos lazos para servir a Dios como es debido. Porque yo os digo: Bienaventurados los que mueren en el Señor, porque en manos de Dios están las almas de los justos y no habrá tormento que los toque. A los insensatos les parece que han muerto y su partida se considera infortunio y que se marchan de entre nosotros para su eterna destrucción; pero están en paz. Porque Dios creó al hombre para la inmortalidad y que fuera imagen de Su propia eternidad. El Señor está sentado más arriba de las aguas; el Señor es eterno Rey. El universo es Su templo. La sabiduría, la fortaleza y la belleza rodean Su trono como columnas de Sus obras. Porque Su sabiduría es infinita, Su fortaleza omnipotente y Su belleza brillan por el universo entero en orden y simetría. Extendió los cielos como un toldo y puso la tierra por Su escabel. Corona Su templo con diadema de estrellas y de Sus manos fluye todo poder y gloria. Mensajeros de Su voluntad son el sol y la luna y toda Su ley es armonía. Si al cielo ascendemos, allí está. Si al infierno bajamos, también está allí. Si tomamos las alas de la mañana y residimos en los extremos límites del mar, también allí nos guía Su mano y nos sostiene Su diestra. En Su omnipotente solicitud descansamos con perfecta paz e igualmente descansa bajo Su cuidado este nuestro querido hermano a quien El designó para que se acercara a la visión de Su eterna belleza.

Por lo tanto, alabando siempre a Dios, invoquémosle con humilde pero firme confianza, y digamos: ¡Oh! Padre de luz en quien no hay tiniebla alguna, Te suplicamos que llenes nuestros corazones de paz y tranquilidad, y nos abras los ojos del alma para que veamos por fe el radiante esplendor que derramas sobre nosotros Tus siervos. Porque Tú siempre nos das más de lo que pedimos o pensamos, y a causa de nuestra flaqueza y desconfianza necesitamos siempre anhelar algo de Tu omnipotencia. Pero Tú conoces bien la debilidad del humano corazón y en Tu infinito amor permitirás que nuestro amor humano te niegue el descanso eterno para este nuestro querido hermano y que la luz perpetua brille en él. Te agradecemos que Tu amorosa providencia le haya llevado de lo ilusorio a lo real, de las tinieblas de la tierra a tu esplendente luz, y a través de las puertas de la muerte a un esplendor más allá de nuestra comprensión. Le seguirá y

⁶⁶ Se llama así toda obra literaria en prosa o verso, compuesta enteramente o en la mayor parte de sentencias y expresiones ajenas. En el caso del texto se refiere al conjunto de versículos entresacados de diversos pasajes de la Escritura. También se le da el nombre de rapsodia en segunda acepción. (N. del T.)

rodeará nuestro amoroso pensamiento. ¡ Oh! acepta este don de nuestra mente, por imperfecto que sea y tócalo con el eterno fuego de Tu amor, a fin de que se convierta para nuestro hermano en ángel custodio que le auxilie en su ascendente camino. Así, gracias a tu benevolencia, podamos nosotros con profunda humildad y reverencia llegar a ser colaboradores de Tu ilimitado poder y que Tu infinita fortaleza soporte nuestra debilidad. Que también nosotros, con este nuestro amantísimo hermano, alcancemos a su debido tiempo la sabiduría del Espíritu, que con el Padre y el Hijo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. R. Amén.

Con una colecta y una aspiración termina así este singular servicio.

APÉNDICE

EL ALMA Y SUS VESTIDURAS

Nuestro concepto de este mundo y del sistema solar a que pertenece es que hay en ellos mucho más de lo que comúnmente se supone y que no externa sino internamente se extiende mucho más allá de lo que por lo general se cree.

Nosotros afirmamos que hay aquí en nuestro alrededor un mundo invisible, no lejos de nosotros, y que permanece invisible tan sólo porque no hemos desarrollado todavía los sentidos capaces de percibirlo; mas para quienes los han desarrollado, no sólo es dicho mundo visible y conocido, sino que está dentro de su alcance y pueden explorarlo e investigarlo a voluntad como cualquier comarca terrestre.

Sabemos que además de la materia vista a nuestro alrededor y de la no vista, pero cuya existencia atestigua la ciencia (por ejemplo los gases y el éter) existen varias otras modalidades más sutiles de materia sólo visibles por medio de aquellos delicados sentidos.

Sentamos esto como una hipótesis sujeta a examen y consideración, aunque para nosotros es mucho más que una hipótesis, puesto que es una certeza fundada en nuestras individuales observaciones.

Hemos estado ocupados durante muchos años en estos estudios, y yo mismo investigué por tiempo de treinta y siete años cumplidos, y cuando un hombre ha dedicado prácticamente todo su tiempo a un solo asunto durante tantos años, empieza a conocer algo de él y tiene en su mente, claros y definidos, los generales principios del asunto.

Por lo tanto, es mucha verdad que respecto a varios de estos asuntos que tal vez le parezcan al lector nuevos y extraños, estoy en muy diferente situación, porque para mí son evidentes y en muchos casos materia de cotidiana experiencia.

Muchos de nosotros sabemos por nuestros propios experimentos que estas cosas son verdad, pero a nadie le pedimos que las crea porque nosotros las creemos sino tan sólo que se tome nuestro testimonio en cuenta y que se acepte como se aceptaría cualquiera otra prueba.

No es nuestro propósito convertir a nadie ni tratamos de inducir a las gentes a que crean lo que les decimos. Nos limitamos a exponer un sistema de estudio con la esperanza de que les interese lo bastante para proseguir por sí mismos. Hay sobre estos asuntos una copiosísima bibliografía, de modo que quien lo desee puede fácilmente adelantar en su estudio.

Así pues, por lo que a nosotros atañe, sabemos que existen dichas modalidades de materia sutil y que hay mundos enteros compuestos de ellas, a los que llamamos planos de la naturaleza. Tengamos en cuenta que hablo de la materia de todos conocida, pues sólo admitimos una clase de materia aunque pueda ofrecer diferentes condiciones. Así como es posible obtener hidrógeno en su normal condición gaseosa, o bajo cierta presión y temperatura puede liquidarse y aun solidificarse, así nosotros vemos que su condición puede mudarse en opuesto sentido y obtenerlo en un estado mucho más sutil a que llamamos etéreo.

En esta misma condición etérea podemos tener oro y plata, litio y platino o cualquiera de los llamados "elementos", aunque nosotros no llamamos así a estas substancias porque sabemos que todas son capaces de ulterior subdivisión. En 1887 Sir Guillermo Crookes expuso la teoría de

que todos los elementos conocidos pudieran muy bien ser variaciones y por lo mismo capaces de reducirse a una sola substancia material a que llamó protilo.

La verdad descubierta por nuestros investigadores va algo más lejos, porque en vez de hallar en el fondo de cada cosa una homogénea substancia vemos que existe el átomo físico, que no ha de confundirse con los átomos de que los químicos suponen constituidos los elementos o cuerpos llamados simples, porque estos átomos químicos pueden subdividirse y descomponerse en los verdaderos átomos físicos cuyo agrupamiento constituye el átomo químico.

Los ultrísimos átomos físicos son todos iguales sin más distinción que unos son positivos y otros son negativos y penetran todo el espacio, del que nada sabemos. Son inconcebiblemente diminutos y están mucho más allá del alcance del más potente microscopio construido o que tal vez pueda construirse, aunque los perciben los desarrollados sentidos del hombre.

La ciencia oculta examina sus problemas desde diferente punto de vista, pues en vez de mejorar y perfeccionar sus instrumentos como la ciencia exotérica ha conseguido tan admirablemente perfeccionarlos, se preocupa de perfeccionar al observador, educando del interior del hombre otras facultades mucho más perspicaces por cuyo medio es capaz de percibir los sumamente diminutos átomos y penetrar mucho más adentro del corazón de la naturaleza que con auxilio de cualquier instrumento.

No vaya a creerse que hay algo sobrenatural o misterioso en estas superiores facultades, pues resultan simplemente del recto desenvolvimiento de las ya poseídas por el hombre, y todas las desenvolverán a su debido tiempo, aunque algunos se han tomado el trabajo de desenvolverlas desde luego adelantándose a los demás.

Por lo tanto, tenemos ultrísimos átomos físicos, susceptibles de observaciones y examen. Fuera incongruente describirlos aquí al pormenor; pero diré que la figura del átomo ultrísimo es toscamente parecida a la de un corazón y resulta en su aspecto cual si estuviese construido con alambres como jaula de pájaro. (Diagrama 20.)

Cada alambre es una espiral construida por otras espirales más finas llamadas espirillas. Realmente es el átomo un vórtice formado por el flujo de la divina energía vital. Si por un momento se retrajera esta energía, desaparecería instantáneamente el átomo, cesaría de ser, de la propia suerte que un remolino de polvo y hojas secas en la esquina de una calle se deshace en cuanto calma el viento.



DIAGRAMA 20.—EL ULTERRIMO ÁTOMO FÍSICO.—El átomo representado es masculino o positivo. Es de configuración acorazonada y constituido por diez juegos de alambres dispuestos en espiral, de los cuales hay tres más gruesos que los otros. La observación demuestra que un átomo es sumamente activo y se notan en él tres' movimientos principales. Gira rápidamente sobre su eje; se mueve también rápidamente alrededor de una pequeña órbita; y sin cesar se dilata y contrae en pulsaciones semejantes a los latidos del corazón.. Todos los llamados elementos químicos y cuantas combinaciones de ellos se derivan están constituidos por ordenadas agrupaciones de estos átomos ultrísimos.

Al llegar al ultrísimo átomo físico ¿hay posibilidad de llevar aún más allá nuestra observación? La hay. La palabra átomo se deriva de la griega *átomos* que significa que no puede partirse o dividirse. Pero este término no es estrictamente aplicable, porque los átomos físicos pueden dividirse, y al dividirlos nos encontramos con un tipo de material totalmente inaccesible a cualquier calor o frío que podamos producir. Parece probable que la temperatura solar afecte a

esta finamente dividida materia, pero desde luego no la afectan las temperaturas producidas por el hombre.

Esta superior materia es sumamente interesante, y vemos que constituido por ella hay todo un mundo alrededor de nosotros, que interpenetra toda la materia que conocemos y está, por doquiera, en la atmósfera, dentro de nuestros cuerpos y en el interior de los objetos sólidos. Así como la ciencia nos enseña que el éter interpenetra dicha sutil materia.

Hay varios estados de esta subdivisión de materia, y los llamamos planos de la naturaleza, con los cuales significamos sencillamente las divisiones de la materia según su grado de densidad. A la materia usualmente conocida, incluso la del gas más ligero, la denominamos materia del plano físico. Después llegamos a otra modalidad de la misma materia, más finamente subdividida, a la que llamamos material astral, nombre que le dieron los alquimistas medievales, quienes tenían buen conocimiento de ella. La ciencia moderna no le ha puesto nombre todavía, pero probablemente se lo pondrá muy pronto, pues sus investigaciones la van aproximando más y más cada día a esta sutil materia, y es muy posible que lo que llama electrones sean lo que nosotros llamamos átomos astrales.

Hemos proseguido este método de subdivisión y refinamiento hasta una etapa ulterior, comprobando que todavía hay otra superior condición de materia, a la que llamamos materia mental porque de ella está constituido el llamado cuerpo mental del hombre. Sin duda que ha de parecer extraña esta afirmación; pero no obstante, es verdadera y se funda en concretos experimentos científicos.

Aún se suceden hacia arriba otras subdivisiones de materia, y empezando en conjunto a contar desde la más densa, las llamamos física, astral, mental, intuicional, espiritual, monádica y divina. Pero no ha de engañar a nadie el uso de la palabra "arriba". Ni por un momento hemos de pensar que nuestras investigaciones trasciendan de la tierra, pues adelantar en dichas investigaciones significa sencillamente concentrarse más y más en el Yo para ser capaz de percibir estados de materia más y más sutiles, pues todos dichos estados existen continuamente en nuestro rededor interpenetrándose unos con otros como el aire o el gas disueltos en el agua interpenetran este líquido. Así es que entre las partículas astrales y a su vez entre éstas existen partículas mentales.

Si llevamos estas subdivisiones a su extremo límite tendremos un incontable número de puntos o motas esféricas inconcebiblemente diminutas de la más sencilla construcción posible y en absoluto idénticas, que aunque son la base de toda materia, no son de por sí materia ni masa sino *burbujas* abiertas en el éter del espacio por el creador aliento de Dios, según exponen las antiguas Escrituras⁶⁷. Así el universo existe mientras Dios lo sostiene con su aliento y si retirara este aliento se desvanecería el universo. En vista de esta admirable difusión de Dios en el espacio, el familiar concepto del sacrificio del Logos adquiere nueva profundidad y esplendor. Tal es Su muerte en la materia; tal es Su perpetuo sacrificio. ¿No es Su verdadera gloria que se sacrifique hasta el extremo de unificarse por interpenetración con la parte de éter que escoge por campo de Su universo?

Adquiridas estas ideas respecto a la naturaleza de la materia, examinemos la constitución del hombre.

El hombre vulgar se considera constituido ciertamente por un cuerpo y posiblemente por un alma, aunque suele hablar de sí mismo con sola referencia a la posesión del cuerpo, de cuya conservación se considera responsable como si fuese un animal favorito confiado a su solicitud o algo atado a él o flotante por encima como un globo cautivo.

Debemos decir que el hombre está completamente equivocado al suponer que *tiene* alma, y estaría en lo cierto si dijese que *es* un alma. Decir uno que *tiene* alma es una risible inversión de la verdad, porque el hombre es ciertamente un alma que tiene cuerpo, el cual es tan sólo una de las vestiduras con que se recubre.

⁶⁷ Véase a este propósito la obra: Química oculta por A. Besant y C. W. Leadbeater.

Reflexionando sobre ello se echará de ver que es así. Estoy muy bien enterado de la teoría que sólo admite la existencia de la materia, y que los pensamientos y anhelos del hombre no son más que reacciones químicas entre las partículas de la substancia gris del cerebro; pero como hay millares de fenómenos inexplicables por medio de esta teoría, me parece que la hemos de repudiar en favor de otra más racional.

Se registran centenares de casos en que un hombre se ha desprendido de su cuerpo físico durante el éxtasis, bajo la influencia de un anestésico o aun durante el sueño; y se ha observado que en semejantes circunstancias, cuando está lejos del cerebro físico y de su substancia gris y sus químicas reacciones, todavía es capaz el hombre de pensar, observar y recordar, lo mismo que cuando usaba su cuerpo físico como vehículo.

Resulta evidente, por lo tanto, que el hombre no es el cuerpo, puesto que puede existir separado de él, y que el cuerpo es tan sólo un instrumento de que el hombre se vale para la acción.

Alguien preguntará que si además de nuestra propia observación tenemos alguna prueba concluyente del decisivo hecho de que el hombre pueda vivir sin su cuerpo. Seguramente hay gran número de pruebas para quienquiera que se tome el trabajo de buscarlas. Léanse las actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y se verá lo que ha hecho en este particular, y cómo una comisión de científicos comprobó repetidas veces la aparición del "doble" de un hombre a distancia del sitio en donde se hallaba al mismo tiempo su cuerpo físico.

Saben muy bien todos los investigadores que en determinadas circunstancias puede un hombre trasladarse a distancia de su cuerpo, ver lo que sucede en un punto lejano, restituirse a su cuerpo y decir después en dónde ha estado, lo que ha visto y lo que ha hecho.

En algunos de mis libros se citan varios ejemplos; y en las obras: *En el umbral de lo invisible e Investigación Psíquica* de Sir Guillermo F. Barrett, así como en los dos volúmenes de la profundamente interesante obra de Myers: *La personalidad humana y sus supervivencias de la muerte corporal* se encontrarán muchos ejemplos de irrecusable autenticidad.

La teoría materialista no explica en modo alguno estos fenómenos, y por no poder explicarlos los niega diciendo que no son ciertos, lo cual es insincero porque el más leve examen demuestra concluyentemente que están ocurriendo sin cesar.

Puesto que ocurren estos fenómenos ¿cómo ocurren? Su explicación está íntimamente relacionada con nuestro tema, porque el primer paso para debidamente comprenderlos es convencerse de que el hombre es un alma y tiene no un solo cuerpo sino varios. Este concepto no es nuevo. En las epístolas de San Pablo se habla de alma y espíritu; y como los hombres de aquella época ignoraban la psicología hasta el punto de confundir ambos términos, se figuraron que San Pablo era igualmente ignorante y los empleaba como sinónimos. San Pablo emplea dos palabras griegas completamente distintas: *pneuma*, que significa espíritu, y *psuche*, alma; y da a cada una de ellas el mismo significado que les daban los eruditos de la época. Quien desee comprender los exactos matices de ambos significados no ha de fiarse de la crasa ignorancia del moderno entusiasmo religioso, sino estudiar la filosofía coetánea de San Pablo.

Desde luego sé que se han suscitado muchas controversias acerca del preciso significado de aquellas dos palabras griegas. Las he tomado aquí en el sentido que más probable me parece con relación al restante* razonamiento de San Pablo; pero algunos exégetas las consideran en más alta acepción y dicen que la palabra *psucikos* traducida por "natural" debe traducirse por "psíquico"; y si se acepta este criterio, tendremos que el "cuerpo natural" será el astro-mental, y el otro vehículo superior, al que se le llama "espiritual", debe ser el cuerpo causal o vehículo permanente del alma que dura todo el dilatado período de encarnaciones físicas. Pero aún así, no deja de ser verdad que San Pablo atestigua que el hombre posee más de un cuerpo, y que cuando uno de ellos muere, sigue el hombre viviendo en otro.

Nuestra teoría del hombre y su origen afirma que es esencialmente espíritu, una chispa del Fuego divino. Esta chispa se individualiza, separándose, por decirlo así, del gran océano de la Divinidad, como algo a que podemos llamar alma, o mejor dicho, que llamamos alma cuando está

de aquel modo individualizada. A lo que la separa llamamos usualmente cuerpo causal; pero prescindiremos de éste por ahora para considerar tan sólo los vehículos inferiores, pues el cuerpo causal es inalterable aunque mental, astral y físico se renuevan en cada encarnación.

Se preguntará: ¿Por qué ha de revestirse el hombre de estos diversos vehículos? Porque éste es el método de evolución que le está señalado, a fin de que adquiera experiencia aprendiendo a responder a los choques del exterior. Asume el hombre estos cuerpos inferiores para ser capaz de recibir y responder a vibraciones más recias y groseras que cuantas cupiera hallar en su mundo superior. Muchos estudiantes comprenden más fácilmente este asunto considerándolo según el orden de vibraciones, y así lo consideramos diciendo que todas las impresiones que del exterior recibimos, sean cuales sean, nos llegan como vibración. Vemos por medio de vibraciones del éter; oímos por medio de vibraciones del aire. Así pues, ¿qué percibimos por las vibraciones de la sutil modalidad de materia a que antes me referí, y cómo somos capaces de recibirla? La respuesta es sencilla, pero transcendental. Por medio de dichas vibraciones somos capaces de percibir la parte superior de nuestro mundo que de ordinario nos está oculta; y podemos aprender a notar dichas vibraciones por medio de la sutil materia que en nosotros existe, o sea mediante los sentidos de los cuerpos sutiles.

Entro ahora en dominios inexplorados por la ciencia ordinaria; pero nada digo en contradicción de esta ciencia. Podrá quienquiera descartarlo por no comprobado, pero nadie podrá decir que sea irracional o anticientífico. La ciencia reconoce gran número de posibles vibraciones y sabe que nuestros sentidos físicos sólo son capaces de responder a pocas de ellas. Sin embargo, por medio de estas pocas hemos aprendido todo cuanto hasta ahora sabemos, y es evidente que si lográramos utilizar mayor número de dichas vibraciones procedentes del exterior, recibiríamos más copiosa información.

Ahora bien; esto mismo es lo que hace el clarividente. Recibe información de un mundo que de ordinario no vemos nosotros, y la recibe por medio de vibraciones que percuten en sus vehículos superiores. Así, es clarividente quien sabe enfocar a voluntad la conciencia en sus cuerpos superiores. Esto es lo que al menos podría hacer un clarividente del todo adiestrado; pero hay muchos que son clarividentes pasivos y no pueden regir las facultades que poseen.

También reconoce la ciencia cuan incompleta es nuestra visualidad, y cómo la más leve alteración de nuestra aptitud para responder a estas vibraciones del exterior altera también para nosotros el aspecto del mundo.

Sir Guillermo Crookes dio un buen ejemplo de ello, diciendo que si en vez de ver por rayos de luz viéramos por rayos eléctricos, resultaría completamente distinto todo cuanto nos rodea. Entre estas alteraciones tendríamos que el aire nos parecería opaco porque no es conductor de las vibraciones eléctricas, mientras que un alambre o una barra de hierro serán agujeros a cuyo través podríamos ver porque son buenos conductores de la electricidad.

Muchos suponen que nuestras facultades tienen un límite imposible de transponer. No hay tal. De cuando en cuando encontramos personas anormales⁶⁸ que poseen la visión a través de cuerpos opacos⁶⁹ y son capaces de ver mucho más que otros; pero sin ir tan lejos podemos observar en nosotros mismos variaciones de la potencia visual. Si tomamos un espectroscopio, que es una disposición de una serie de prismas, el espectro que proyecte tendrá bastantes centímetros de largo en vez de dos o tres, aunque aparecerá mucho más débil. Si proyectamos el espectro sobre una amplia hoja de papel blanco y les decimos a unas cuantas personas que señalen en la hoja exactamente el límite hasta donde ven luz, y hasta donde llega el rojo por un lado y el violeta por otro, nos sorprenderá que unos alcancen a ver más por un lado y otros por otro. También habrá quien sea capaz de ver por ambos lados el espectro mucho más allá de donde

⁶⁸ Vulgarmente se tiene un concepto incompleto de la palabra "anormal", pues se le suele dar el significado de torpe, atrasado, cretino y de condición inferior al común de las gentes, siendo así eme también conviene el calificativo de "anormal" a quien como los genios y talentos extraordinarios son superiores á la generalidad de las gentes. (N. del T.)

⁶⁹ La facultad llamada metasomoscopia de que tan notable ejemplo es el joven español Joaquín Argamasilla. (N. del T.)

alcanzan la mayoría de las gentes, y el tal está en camino de ser clarividente.

Podría suponerse que esto es sólo cuestión de agudeza visual, pero no lo es en modo alguno, sino de sentidos de la vista capaces de responder a diferentes series de vibraciones, pues de dos personas con la misma agudeza de visión, una la ejercerá únicamente hacia el extremo violeta y la otra hacia el rojo. La ceguera de los colores es un fenómeno relativo a esta capacidad; pero cuando una persona ve mucho más allá de ambos límites del espectro, es en parte clarividente, es decir, que puede responder a mayor número de vibraciones y por esto ve más que otros.

Puede haber y hay en nuestro rededor muchas entidades y objetos que no reflejan rayos de luz que son visibles para nosotros y en cambio reflejan otros rayos cuya modalidad vibratoria es invisible, por lo que se pueden fotografiar dichas entidades y objetos aunque no seamos capaces de verlos.

Los experimentos del difunto doctor Baraduc, de París, parecen demostrar concluyentemente la posibilidad de fotografiar estas invisibles vibraciones. Cuando últimamente fui a visitarle, me enseñó una larga serie de fotografías en que había logrado reproducir los efectos de la emoción y el pensamiento. Tenía la de un niño afligido por la muerte de un pájaro, en que el niño y el pájaro estaban rodeados de una extraña red de líneas producidas por la emoción. Otra fotografía de dos niños, tomada en el momento subsiguiente a un repentino espanto, mostraba una abigarrada y trémula nube. La cólera despertada por un insulto se manifiesta por un número de menudas formas de pensamientos lanzadas en configuración de vedijas, burbujas o glóbulos truncados.

Estos experimentos demuestran que para la cámara fotográfica son visibles muchas cosas para nosotros invisibles; y es evidente que si se lograra hacer la humana visión tan sensitiva como las placas fotográficas, veríamos muchas cosas para las cuales estamos ahora ciegos. Le es posible al hombre no sólo igualar sino superar en mucho la delicada sensibilidad alcanzada por las substancias químicas, y de este modo adquirir copiosa información del mundo invisible.

Consideramos la misma idea desde otro punto de vista. Los sentidos por cuyo medio obtenemos toda nuestra información sobre los objetos externos están todavía imperfectamente desarrollados; y por lo tanto, no es completa la información obtenida. Lo que vemos en el mundo circundante no es en modo alguno todo cuanto hay que ver, y quien se tomara el trabajo de educar sus sentidos advertiría que según adelantara le fuera la vida mucho más amplia y abundosa. El amante de la naturaleza, del arte y de la música tiene ante sí un dilatado campo de increíblemente intenso y exaltado placer, y sólo le falta capacitarse para entrar en él. Sobre todo, el amante de sus prójimos tiene la posibilidad de mucho más íntima comprensión, y por lo tanto de más amplia utilidad. Así no es maravilla que cuando aprendemos a ver por medio de una enteramente nueva serie de vibraciones de materia astral, se abre un mundo del todo diferente a nuestra contemplación. Una de las diferencias consiste en que somos capaces de ver la materia astral en los demás hombres y observar sus cuerpos astrales en vez de solamente el físico. He compuesto sobre el tema de los cuerpos superiores del hombre un libro titulado *El hombre visible e invisible* con cromografías cuyos dibujos me proporcionó expresamente persona capaz de ver dichos cuerpos. Las cromografías dan alguna idea de cómo aparecen los cuerpos del hombre a los ojos del clarividente y me parece que ofrecerán interesantísimo estudio.

El cuerpo astral es el peculiar vehículo de las pasiones, emociones y deseos del hombre, de modo que el repentino estremecimiento causado por alguna intensa emoción, se manifiesta por vibraciones sumamente violentas de la materia astral.

Si con la vista astral observáramos a un hombre que por desgracia se encolerizara, en vez de ver la expresión física del enojo veríamos un notable cambio en su cuerpo astral que todo él se estremecería en violenta vibración; y como el color no es más que cierta modalidad vibratoria, el repentino cambio alteraría asimismo el color del cuerpo astral. Cuando hablamos del embate de las pasiones estamos más cerca de la verdad de lo que creemos, porque tal es el aspecto que toma el cuerpo astral. En cuanto el hombre se apacigua, el cuerpo astral reasume su natural color y

aspecto, aunque la vista ejercitada descubre una leve huella permanente. Lo mismo ocurre en todas las demás emociones, buenas o malas. Si un hombre siente un impetuoso impulso de emocional devoción o de intenso afecto, se manifestarán por su peculiar mudanza en el cuerpo astral y dejarán su permanente huella en el carácter del hombre.

Al relacionarnos con aquel otro vehículo de materia todavía más sutil a que llamamos cuerpo mental, vemos que también vibra, pero en respuesta a una muy diferente serie de impresiones. No le afecta en lo más mínimo emoción alguna en ninguna circunstancia, porque no es el vehículo de las pasiones ni de las emociones sino del pensamiento. No es nueva idea hablar de la vibración relacionada con el pensamiento. Todos los fenómenos de telepatía y transmisión del pensamiento derivan de que cada pensamiento produce una vibración que transmitida por partículas mentales puede despertar análoga vibración en el cuerpo mental de otro hombre. Acaso hay aún quienes no crean en la telepatía, porque difícil es poner límites a la obstinación humana; pero como de ello puede fácilmente convencerse cualquiera, la incredulidad sólo denota indiferencia acerca del asunto. Un hombre puede permanecer ignorante si quiere, pero no tiene derecho a negar el conocimiento de quienes se tomaron más trabajo que él.

Tenemos, por lo tanto, dos de los cuerpos del hombre: el astral, vehículo de las pasiones, sentimientos y emociones; y el mental, que sirve de medio a los pensamientos. Ambos tienen posibilidad de desenvolverse, porque en cada plano hay distintas modalidades de materia. Puede un hombre tener un cuerpo astral relativamente grosero, que responda con facilidad a bajas y siniestras vibraciones; y sin embargo, trabajando cuidadosamente en él y aprendiendo a gobernarlo, le será posible ir modificando poco a poco su composición hasta que sea capaz de responder a vibraciones emocionales de mucha mejor calidad.

En el cuerpo mental puede tener el hombre materia fina o grosera, y de ello dependerá que sus pensamientos sean natural y fácilmente buenos y elevados o al contrario. Pero también el cuerpo mental está en su poder porque puede modificarlo si quiere. Y no sólo determinará esto gran diferencia para él y sus emociones durante la vida terrena, sino también en la vida posterior a la muerte. Cuando el hombre deja el cuerpo físico, retiene todavía el astral y mental, de cuya condición depende en gran parte su dicha en el nuevo mundo en que se halla y que, sin embargo, es parte del antiguo. Recordemos que para muchos de nosotros no son estos asuntos de pura creencia sino objeto de experimentación.

Fácilmente se comprende que cuando un hombre se manifieste por medio de uno de estos vehículos ofrecerá a cuantos le rodeen un aspecto modificado por dicho vehículo. El hombre que vive en cuerpo astral, vive en sus emociones y sólo puede expresarse por medio de ellas, y los demás sólo pueden influir en él por medio de sus vehículos emocionales.

Si el mismo hombre vive en cuerpo mental podrá parecer una entidad de todo punto distinta, porque entonces se expresa por medio de sus pensamientos; y análogas diferencias se observarán cuando use otras vestiduras. Tan distintas son estas diversas manifestaciones del hombre, que aunque en realidad sean varios aspectos de él, se han descrito a menudo como si fuesen separadas partes o factores de su constitución, y desde este punto de vista se les llama "principios" (diagrama 21). Debe entenderse por esta palabra las partes constituyentes o aspectos del hombre, que denotan, cada cual de por sí, buena porción de vida y actividad, y sin embargo todos son fundamentalmente un solo.

Tal es nuestra teoría resultante de la experiencia, y al exponerla doy el fruto de cerca de cuarenta años de paciente, penoso y difícil trabajo de variada índole acompañado de no poca disciplina y dominio propio. Creo que todos mis colegas de investigación, que soportaron la carga y ardor de aquellos años, reconocerán que fue obra lenta y ardua, pero no obstante progresiva y de firme adelanto en muchos conceptos, infundiéndonos a todos una certidumbre que nada

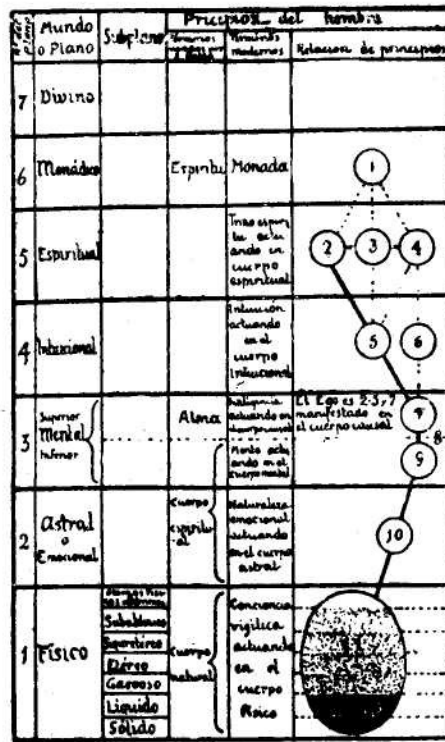


DIAGRAMA 21.—LOS PRINCIPIOS HUMANOS.—La conciencia del hombre es una unidad, no una multiplicidad; pero toma diversos aspectos según se manifiesta en los diferentes cuerpos o vehículos. A estos aspectos o manifestaciones de la conciencia se le llama "principios". Pueden compararse a los aspectos que toma una corriente eléctrica según pasa por una barra de hierro dulce, por un carrito de alambre de plata o por el interior de un tubo lleno de vapor de mercurio, generando respectivamente magnetismo, calor y luz. La corriente es la misma, pero sus manifestaciones varían de conformidad con la naturaleza de la materia en que actúa. De análoga manera, los cuerpos del hombre diversifican en varias manifestaciones la corriente de conciencia. Un principio no es un cuerpo, sino la expresión de la conciencia en un cuerpo. La mónada (1), llamada el espíritu por San Pablo, es una chispa de la Llama divina, el divino origen de la conciencia humana. Nuestros investigadores nada saben directamente de la mónada, porque para llegar al nivel del mundo monádico y examinar sus condiciones, debe haber alcanzado el hombre la etapa de desenvolvimiento llamada adeptado. Cuando la conciencia de la mónada se manifiesta en el mundo espiritual es siempre una trinidad (2, 3 y 4) el trino espíritu de la filosofía. El principio 2 no desciende del nivel espiritual y por lo mismo se le llama el espíritu del hombre. Los otros dos principios se manifiestan en el mundo inmediatamente inferior, el intuicional, determinando la dual naturaleza intuitiva. El principio 5 no se manifiesta más «bajo del nivel intuicional y por lo mismo se le llama intuición. El principio 6 desciende al mundo inmediatamente inferior, el mental, en cuyo nivel superior se manifiesta como inteligencia. Los principios 2, 5 y 7 constituyen el ego humano, el reencarnante centro de conciencia que persiste en toda la sucesión de vidas humanas. Probablemente el ego corresponde a lo que San Pablo llamaba alma. En los mundos inferiores, el ego se refleja en los principios 9, 10 y 11 que colectivamente constituyen la transitoria personalidad de una vida. El enlace entre el ego y la personalidad está señalado con el No. 8 y la filosofía índica le llama antaskarana. Si consideramos el ego como el verdadero hombre, la personalidad ha de considerarse como la mano de que se vale para operar en la materia, y el antaskarana es el brazo que une dicha mano al cuerpo del ego. En el mundo mental inferior, la inteligencia del hombre se refleja caliginosa como mente o aquella fase de nuestra conciencia que se ocupa en acopiar, ordenar y clasificar imágenes y hechos concretos. En el mundo astral, nuestras emociones, pasiones, deseos y apetitos se expresan por medio del cuerpo astral, mientras que en el cuerpo físico reside una instintiva conciencia que en la mayoría de las gentes es en gran parte subconciencia. La que llamamos conciencia vigílica es el principal reflejo en el cerebro de las actividades de los cuerpos astral y mental. Representa el diagrama la constitución del cuerpo físico por siete grados o densidades de materia física; y aunque el diagrama no lo represente, sucede cosa análoga en los demás cuerpos, pues cada uno de ellos está compuesto de la materia de los subplanos del mundo en que se halla, y la proporción entre la cantidad de materia grosera y sutil de cada cuerpo en cada plano, denota la etapa de evolución del individuo. Tomando por ejemplo el cuerpo astral, vemos que en el de las personas groseras y poco evolucionadas prepondera considerablemente la materia correspondiente a los subplanos inferiores del mundo astral (que sólo puede vibrar en respuesta a groseras y egoístas emociones) y hay escasa cantidad de la sutil materia correspondiente a las subdivisiones superiores del mismo plano. Según progresa el hombre, disminuyen las vibraciones densas y las partículas de materia grosera que por ellas viven se van atrofiando poco a poco hasta desintegrarse y las substituyen las sutiles partículas de los subplanos superiores del plano astral que sólo responden a las suaves ondulaciones de los sentimientos inegoístas.

Lo mismo sucede en el cuerpo mental. Los ruines pensamientos requieren grosera materia mental, que cede sitio a la sutil cuando mejora la índole de los pensamientos. Los enlaces señalados en el disgrama no indican separación en el espacio, sino que tan sólo demuestran la conexión entre los diversos aspectos o manifestaciones de la compleja conciencia humana.

será capaz de quebrantar y por la cual sabemos en dónde estamos.

De la realizada obra se ha derivado la firme y definitiva adhesión a este glorioso conocimiento que tanto nos ha beneficiado, esclareciéndonos muchas cosas, de otro modo insondables misterios, que nos auxilian en períodos de tribulación y tropiezo y nos explican clara y razonablemente por qué sobrevienen el tropiezo y la tribulación y de qué han de servirnos.

Es en todos sus puntos una teoría sumamente práctica, y seguramente no deseamos nada que no sea práctico y razonable. Siguiendo humildemente las huellas del poderoso instructor indo de hace 2500 años, el Señor Buda, diremos lo que él dijo a las gentes de la aldea de Kalama cuando vinieron a preguntarle que en qué doctrina de las muchas del mundo habían de creer. Respondió así:

No creáis en una cosa dicha tan sólo porque se haya dicho; ni en tradiciones porque se hayan transmitido de antiguo, ni en rumores de oídas, ni en escritos de sabios tan sólo porque los escribieron los sabios; ni en fantasías que os figuréis que os ha inspirado un ángel (esto es, presumiendo de inspiración espiritual); ni en deducciones inferidas de alguna fortuita suposición que hayáis hecho; ni en lo que parezca una analógica necesidad; ni en la mera autoridad de vuestros maestros e instructores, sino que hemos de creer cuando el escrito, doctrina o dicho están corroborados por nuestra propia razón o conciencia. No creáis lo que yo os he enseñado tan sólo porque lo habéis oído, sino que cuando lo creáis en conciencia, obrad entonces abundantemente de acuerdo con ello. Kalama Sutta del *Anguttara Nikaya*.)

Muy hermosa es para todo instructor religioso esta actitud, y es precisamente la que nosotros deseamos tomar. No buscamos conversos en el vulgar sentido de la palabra. No estamos bajo la ilusión que ofusca a tantos estimables ortodoxos quienes auguran un porvenir desastroso a lo que no creen lo que ellos creen. Sabemos perfectamente que todo ser humano ha de alcanzar la meta final de la humanidad tanto si cree como si no, lo que enseñamos. Absolutamente seguro es el progreso de cada hombre; pero puede allanarse o entorpecerse el camino. Si es ignorante y apetece fines egoístas, hallará el camino áspero y penoso. Si aprende la verdad sobre la vida y la muerte, sobre Dios y el hombre y la relación entre ambos, marchará de niodo que le sea fácil el camino y también (lo cual es mucho más importante) ser capaz de tender una auxiliadora mano a sus compañeros de viaje que saben menos que él. Esto es lo que cada quien puede hacer y lo que espero que haga. Esta filosofía ha sido útil para nosotros, nos ha ayudado en nuestras dificultades, ha hecho la vida más llevadera, y más fácil de arrostrar la muerte; y así queremos compartir nuestro evangelio con quien quiera. No exigimos de nadie ciega fe. Tan sólo exponemos esta filosofía e invitamos a su estudio, creyendo que quien la estudie hallará lo que nosotros hemos hallado: auxilio, paz y sosiego, con el poder de servir a la humanidad.

A. M. D. G.